



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



CHARLES HENRY
SANFORD

Sanford & Co., Inc.

Wholesale Stationery Co.

~~UNS. 164 C. 4~~



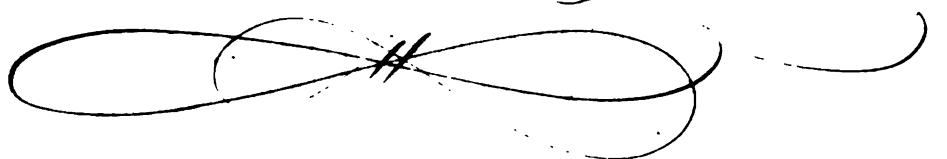
Vet. Span. III B.6

100

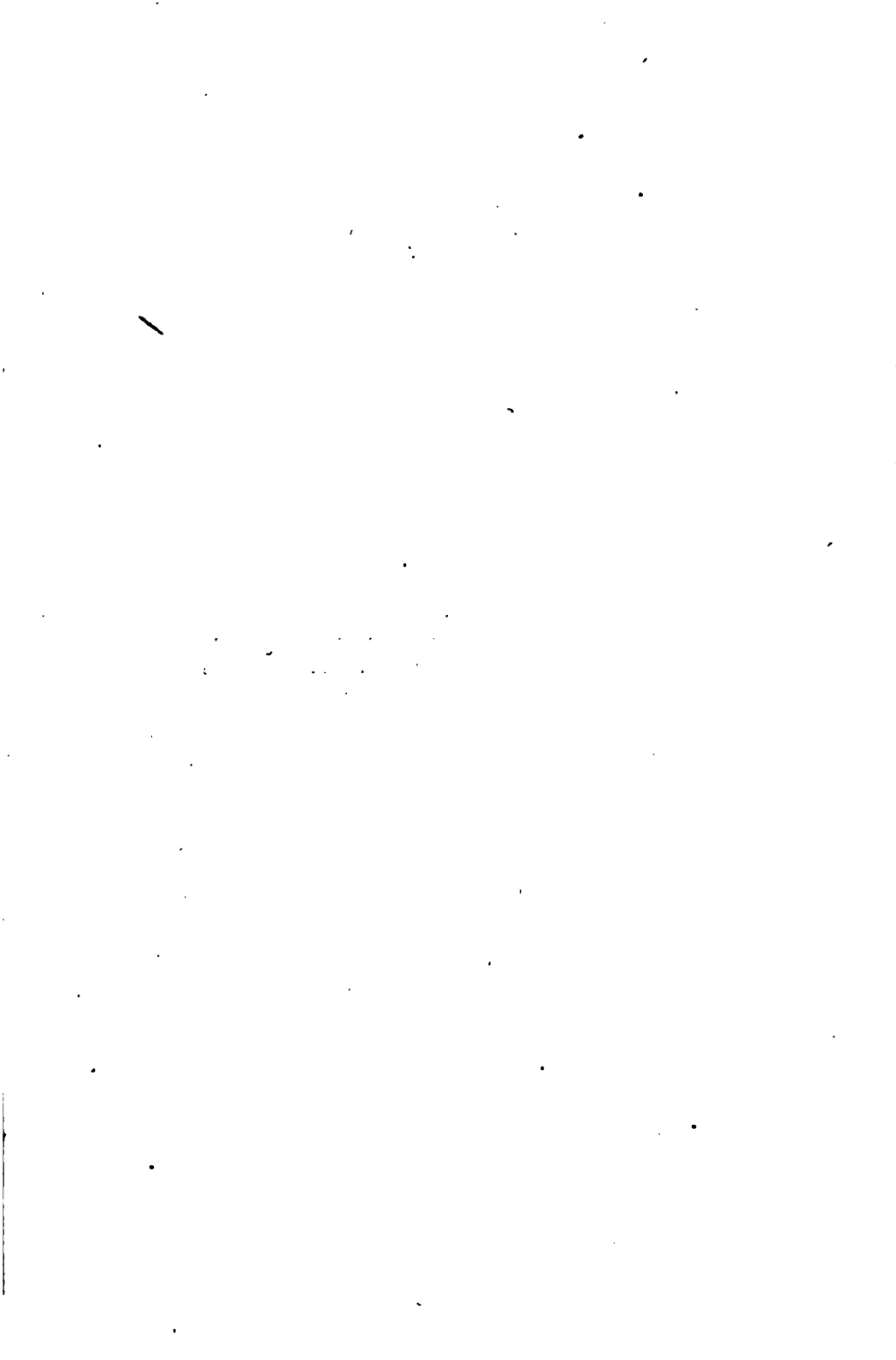
100

100

Natana
12 de Dec de 1863



LA BANDERA DE LA MUERTE.



LA
BANDERA DE LA MUERTE

(CONTINUACION DE D. JUAN DE SERRALLONGA)

NOVELA ORIGINAL

escrita hasta el capítulo XX por

D. Victor Balaguer,

y continuada hasta la conclusion

POR

D. ANTONIO ALTADILL.



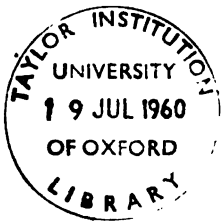
BARCELONA:

LIBRERIA NACIONAL Y ESTRANJERA DE SALVADOR MANERO,

Rambla de Sta. Mónica, n. 2, frente á Correos.

1859.

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.



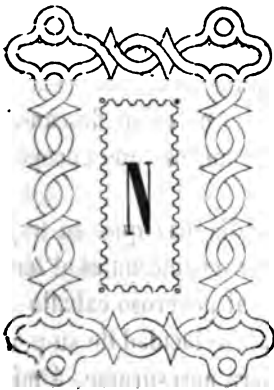
W. G. Sanford

LA BANDERA DE LA MUERTE.

Dec 14th 1863

I.

EL ESPECTRO BLANCO DE GUALBA.



ADA mas triste que ver el cielo cubierto por esa negruzca y sombría capa de nubes que, como una lámina de plomo, se interpone á veces entre la tierra y el bello ilimitado azul del horizonte. Todo entonces parece entristecerse en la naturaleza, y cuando comienzan á entreabrirse las nubes para dejar caer gruesas gotas de agua, precursoras de la tempestad, llega uno á temer que se haya ocultado el sol para siempre y que continúe lloviendo hasta el

fin de los siglos.

El día en que el cielo está de luto, todo lo está en la naturaleza, y hasta el mismo corazón del hombre parece oprimirse, tomando involuntariamente parte en el duelo universal. Al faltar el sol, que es el amor de la tierra, como el amor es el sol del corazón humano, los campos mudician esas bellas cambiantes de colores que les dan

un mágico atractivo, las avecillas no cantan ocultas en las arboledas sus armoniosos coros, las mariposas no revolotean en torno de las flores que se mecen muellemente, y si los árboles tienen rumores, no son suaves y lánguidos como armonías escapadas á un concierto de ocultas lirás, sino que, fuertemente azotadas las ramas por un viento tempestuoso, dejan escapar como una especie de coro diabólico henchido de salvajes gritos y estridentes ahullidos. En semejantes dias no hay que buscar emociones puras y halagüeñas, y la imaginación, esa huésped de casa, como la ha llamado un espiritual autor, no puede echarse á volar por el espacio, bañándose juguetona en los rayos del sol, para luego regresar de su excursión aérea, provista de un caudal de inspiradora poesía. La belleza ha desaparecido de la tierra con el sol: todo es triste, incoloro; no hay colores porque no hay armonías.

La hermosura de la naturaleza y las rientes imágenes que ella inspira, acostumbra á ser el encanto mas agradable de todo viajero, pero sin duda no debian ejercer ninguna seducción en el alma de un jóven ginete, que eligió un dia oscuro y tempestuoso para ponerse en camino, saliendo de Gerona cuando daban las ocho de la mañana en el reloj de su célebre catedral.

A medida que el dia iba adelantando, parecia irse ensombreciendo mas y mas el horizonte, pero poco se fijaba en ello el resuelto mancebo, en cuya frente, digámoslo de paso, parecian descansar grupos de nubes mucho mas sombrías que las mismas que encapataban el espacio.

El caballero, porque de que era tal respondia mas que su traje su noble continente, parecia deseoso de llegar cuanto antes al término de su viaje, y espoleaba sin descanso al generoso caballo al cual quizá hubiera querido ver marchar con la velocidad de su pensamiento. Por mucho sin embargo que quisiera apresurarse, á mitad de jornada hubo de detenerse para restaurar su fatiga y la de su caballo con algun alimento, y para informarse tambien del camino que debia seguir, puesto que nuestro personaje era extranjero en Cataluña, cuyo suelo pisaba por la vez primera.

Dos horas hacia ya que el sol habia andado la mitad de su carrera, como se hubiera dicho antes que Galileo asombrase al mundo y á la

ciencia con el resultado de sus cálculos, cuando nuestro jóven viajero trató de abandonar el pueblo y la posada en que momentáneamente habia encontrado un descanso y tambien un abrigo donde ampararse, mientras descargó un furioso aguacero, que, si bien corto, no era sino presagio de la tempestad que amenazaba. Esto no obstante, el resuelto jóven puso el pié en el estribo de su caballo, disponiéndose á proseguir su camino, acerca el cual se habia ya orientado, sin fijar la atencion en los consejos que le daba el cortés posadero, mientras le sujetaba el estribo, consejos que, debemos creerlo así, eran inspirados, mas por la seguridad del viajero, que por la esperanza del lucro que pudiera redundarle reteniendo á su huésped.

—Créame vuesarcé,—decia el buen hombre ;—no se ponga en viaje con un tiempo tan condenado como el de hoy. Ayer amaneció el mal espíritu sobre el *gorg negre*, y siempre ha sido esto señal segura de una horrible tempestad. Mas le valiera á su merced pasar aquí la noche, al amor de una buena lumbre, y dejar para mañana la continuacion de su viaje. A mas, el pueblo á que, por lo visto, vuesa merced se encamina, está en la misma falda del Monseny, y como sobrevenga la noche, es muy fácil errar el camino á causa de las muchas revueltas y encrucijadas, sin contar con que debe cruzarse el torrente que puede venir crecido, y sin hablar de los caminos mismos, que son condenadamente malos, y que el aguacero habrá convertido en verdaderos lodazales.

Aun seguia hablando el bueno del posadero, cuando ya el ginete estaba léjos de él. Sin hacer maldito el caso de los saludables consejos que se le daban, el gallardo jóven se caló su sombrero chambergó con una airosa pluma, y se arropó en su capa larga para guarecerse, á un mismo tiempo, del viento que era glacial, y soplaba con fuerza, y de la lluvia que comenzaba á caer de nuevo. En seguida, dió de espuelas á su caballo, y los habitantes del pueblo pudieron verle pasar á través de la niebla como un sombrío fantasma.

Llevado por el noble corcel, el mancebo se lanzó al valle, dejando bien pronto muy atrás el pueblo.

A estar despejado el dia, nuestro viajero, por muy rebelde que tuviera su corazon á los encantos de la naturaleza, hubiérase parado absorto ante las ricas maravillas de una tierra llena de poesía.

El sombrío ginete cruzaba uno de los más pintorescos lugares de Cataluña.

Incomparablemente hermosa es aquella comarca en un día claro y azul. Allí todo le sonríe al viajero, todo le habla, si á cruzarla llega al amanecer de un fresco día de primavera ó al caer de una plácida tarde de esto.

La naturaleza toda se anima y canta un himno con sus mil voces. El arroyo tiene murmurios agradables, la brisa lamentos tiernísimos, el ave cantos de amor, el árbol plácidos susurros. Campos vestidos de lujosa vegetación se extienden hasta las faldas del monte, y van y vienen, cruzando como animadas figuras de un encantador belén, las vivarachas campesinas con su cesto en la cabeza, los pastores que siguen el paso tardío de sus ovejas tafiendo la melancólica zampaña, los aldeanos con sus yuntas de bueyes, los montañeses con su zurrón al hombro y su palo en la mano.

Al extremo de este valle se levanta el Monseny, el monte de las sombrías baladas y de las poéticas tradiciones. Trepan del llano al monte, como si pretendiesen escalarle, gigantes árboles, hayas colosales, cuyo tronco apenas puede abrazar un hombre y que cubren el suelo con sus raíces. Las copas de estos árboles viven la mayor parte del tiempo entre las nieblas que se forman en la montaña, y, á través de estos seculares bosques, baja por fragoso cauce el misterioso río Gualba, que gimiendo de dolor al despeñarse, va á desaparecer en el profundo y oscuro sumidero conocido entre los del país por el *gorg negre*. Este es el punto que parece haber tomado por cuna las mas sombrías consejas y las mas lúgubres tradiciones.

Es fama que la boca de este horrible sumidero es la puerta de la morada de las brujas y de los hechiceros. A orillas de este abismo sin fondo, celebran su *sábado* los malignos espíritus; óyense voces misteriosas, sollozos confusos y lejanos, gritos y ayes discordantes, que exhalan en lo profundo de las cavernas subterráneas las víctimas infelices de la cólera ó del odio de las brujas.

Actualmente, una cruz de hierro se eleva junto al *gorg negre*. Hubo un tiempo en que todos los días amanecía una negra y oscura nube sobre el sumidero. Esta nube, que los de la comarca llamaban *el mal espíritu*, iba creciendo con majestad, é impelida por el

viento, doblaba la cumbre, descendia lentamente, y azotaba el llano con el rayo y el granizo.

Al desencadenarse la tempestad, la tierra toda se estremecia, los torrentes que bajaban de la montafia se abrian cada dia nuevos cauces á través de los campos, el huracan arrancaba los árboles, y mientras los frutos y las mieses cubrian el suelo con sus despojos, el pobre labrador, cruzado de brazos, contemplaba sus campos yermos y destruido el trabajo de sus vigiliás y sudores. Todo era desolacion y horror, todo tristeza y muerte. El lobo y el jabali de la montafia bajaban hambrientos al llano, cruzándole despavoridos, las aves huian á bandadas de aquel lugar maldito, los perros aullaban lúgubrememente á la puerta de las cabañas desiertas y á los piés del labrador aterrado, que hundia la frente entre sus manos para ocultar las lágrimas que se deslizaban de sus ojos, en tanto que las infelices esposas, las desconsoladas madres, rodeadas de sus hambrientos hijos que sollozando les pedian un pedazo de pan, se prosternaban en el templo, al pié de los altares, demandando al Señor compasion y misericordia.

Una idea comenzó entonces á circular entre toda aquella gente que languidecia, viéndose próxima á perecer de hambre ú obligada á emigrar de los lugares que habian sido su cuna y eran la tumba de sus padres. Hay ideas que cuando caen entre el vulgo se arraigan en él con la misma fuerza que el roble en la montafia. Llegaron á figurarse ¡pobre gente crédula! que el origen de su desolacion estaba en los brujos y hechiceros que, segun fama, moraban en el *gorg negre*. La oscyra nube que todas las mañanas se formaba sobre el sumidero, y á la cual ya llamaban *el mal espiritu*, no era otra cosa, á su juicio, que el manto tras el cual se ocultaba el genio infernal, enemigo de la comarca, enviado por los espíritus malévolos del *gorg negre*, y al cual estos prestaban las alas de la tormenta para que periódicamente se arrojase sobre el país, talando y destruyendo cuanto hallar pudiera á su paso. No faltó entonces quien dijese que, pocos momentos antes de estenderse las nubes por el llano, se oian resonar estrepitosas carcajadas en las profundas cavidades del sumidero, como si los espíritus del mal celebrasen de antemano su triunfo; ni faltó tampoco quien asegurase que el genio

infernál, al regreso de su destructora expedición, era recibido en brazos, á orillas del *gorg*, por los enemigos del hombre, y llevado triunfalmente á las entrañas de la tierra, para hacerle el rey de las satánicas orgías á que, ébrios de contento, se entregaban.

Entonces fué cuando el buen pastor de Gualba, aparentando tomar parte en la credulidad de sus feligreses, ó tomándola realmente, convocó á los fieles de su diócesis, deseoso de poner remedio á tantos males, y seguido de una cristiana multitud de hombres y mujeres, con los piés descalzos y rezando piadosos salmos, se dirigió á las orillas del fatal sumidero, en el fondo del cual hervía el agua arremolinándose y lanzando los estraños rumores que el vulgo tomaba por carcajadas infernales. Una vez allí, doblaron todos la rodilla, y el cura conjuró entonces á los espíritus del mal que moraban en el abismo, mandando fijar en la cumbre la cruz de hierro que debía ahuyentar al maléfico rey de aquellos lugares.

Cuéntase que despues de esta piadosa ceremonia, muy pocas veces han vuelto las nubes á descargar su furia sobre el valle.

Es cierto que, aun hoy mismo, *el mal espíritu*, en forma de negra nubecilla y arrojando la cruz que alza al cielo sus descarnados brazos, va alguna que otra vez á posarse sobre el sumidero y de allí se estiende sobre la llanura, pero no es menos verdad que las tempestades ya no son frecuentes, teniendo solo lugar, como las demás funciones de la naturaleza, en el decurso natural de sus terrestres conciertos.

Un cronista catalán, despues de haber contado esta tradición en el mismo modo y forma, poco mas ó menos, que acabamos de hacerlo nosotros, esclama cediendo á un inspirado arranque: «Cuando despues de haber recordado el viajero esta historia, eche una mirada en torno suyo, y aplique atentamente el oído á los débiles murmullos que animan estas riberas, no solo concebirá la posibilidad del hecho, sí que tambien reconocerá en el carácter sombrío de esos lugares el origen de tantas tradiciones como conservan aun los habitantes de las faldas orientales del Monseny. Las vastas masas de sol y sombra que se dividen el espacio, el Gualba que baja con furor entre márgenes desnudas y pierde de improviso en el *gorg* su voz y su pureza, el lento susurro de los árboles, el ave que cruza piando

el aire, el lobo que aulla en la profundidad de los bosques, el eco que á lo léjos repite tristemente todos esos acentos agrestes de la naturaleza, la soledad, la inmensidad, todo hablará con fuerza á su fantasía, y cegando los ojos de su razon, poblará el aire que respire de sombras fantásticas, de hijas del agua, de ninfas encantadas que danzarán y se agitarán á sus ojos, ó murmurarán y suspirarán á sus oídos.»

Es así. El Monseny, así como tiene en sus cumbres una morada perpetua para las nieves, tiene en las hayas centenarias de sus sombríos bosques, en las cruces misteriosas que se alzan cabe el *gorg negre*, en las cuevas profundísimas ocultas entre sus espesos matorrales, en las ermitas y capillas solitarias esparcidas por sus rocas, un semillero inagotable de lúgubres tradiciones y melancólicas baladas. Parecido en esto al Montserrat, el monte santo de las leyendas catalanas, el Monseny tiene á cada paso lugares que recuerdan dramáticas consejas ó históricos episodios, narraciones impregnadas todas de ese mismo colorido sombrío que dan á la montaña las continuas nieblas, que solo parecen formarse en ella para acariciar las formas agrestes de sus rocas, y envolver con un misterioso velo las copas de sus árboles seculares.

En el seno de esos montes altísimos hay sitios agrestes y solitarios, inaccesibles casi, que mas de una vez han servido de morada y fortaleza á osados bandoleros; allí, oculta en uno de sus mas pintorescos vallecitos, á las márgenes amenas de un arroyo, que se desliza graciosamente por entre chopos, y junto á una fuente de agua tersa y cristalina, se levanta la pequeña ermita de Santa Fé, lugar plácido y tranquilo, perdido entre la aspereza de aquellos escabrosos montes, y que aparece de pronto al fatigado y sediento viajero, como una idea de santo y divino amor ilumina tambien á veces el corazon del hombre hundido en el revuelto mar de las espinosas pasiones de la vida; mas allá está el *gorg negre*, de cuyas fantásticas consejas hemos dado ya cuenta; al norte se levanta la antiquísima capilla de San Marcial, á cuyos umbrales llega el caminante, pisando, segun la tradicion, los sitios en que durante los primeros siglos del cristianismo se alzó un monasterio de Benedictinos; esas peñas por entre las cuales brota un agua pura y tersa, pero tan fria que raras

veces deja de romper el cristal en que se la recoge, esas peñas son la cuna del Tordera; esa carcomida cruz que corona una escarpadísima eminencia, indica la cumbre del Matagalls, envuelta siempre entre las nieblas; aquella cueva colocada al borde de vertiginosas pendientes, donde el viento se engolfa lanzando espantosos rugidos al pasar por entre matorrales vírgenes de toda humana planta, sirvió de morada al solitario Segismundo que fué arrancado de allí para ir á ceñir en Borgoña una corona que debia ser para él de espinas, como la del Señor, y ensangrentar su frente.... Sitios agradables y rientes como imágenes de futuras felicidades, lugares sombríos y lúgubres como recuerdos de muerte, cumbres yermas é inaccesibles donde no crece ni una sola planta para indicar una señal de vida, bosques de árboles que han dado sombra á romanos y á godos, nieves continuas y nieblas perpetuas, arroyos murmurantes allado de impetuosos torrentes, pintorescas leyendas y narraciones fantásticas, tal es el Monseny, tal es el monte en que, como de ello nos enterarémós en el curso de esta obra, habia buscado un asilo con su banda la intrépida y aventurera D.^a Juana de Torrellas, despues de la muerte sufrida por Serrallonga en el cadalso.

Hácia este monte tambien, ó al menos hácia uno de los pueblecitos diseminados por sus pintorescas faldas, parecia dirigirse el gallardo mancebo, al cual hemos visto embozarse en su capa y espolear á su caballo, poniéndose en viaje sin hacer caso de los consejos del posadero y de los avisos, mas pronunciados, que le daba el cielo.

A las dos ó tres horas de camino sucedióle á nuestro incógnito lo que profetizado le habia el bueno del posadero. Sin embargo, era ya demasiado tarde para retroceder. La tempestad, desatándose con furia, se arrojó destructora sobre el valle, á tiempo que el jóven ginete, despues de bajar una cuesta, se introducía por entre dos altos murallones de tierra, á través de los cuales se abria paso el camino.

Aun cuando suponemos que nuestros lectores deben tener curiosidad por saber algo de este misterioso personaje, que se les presenta el primero, nos vemos obligados á burlar por el pronto su deseo, invitándoles á seguirnos á la villa de Gualba, otra de las situadas á la falda del Monseny, en donde, al abrigo de un techo hospita-

lario, que pueda guarecernos del frio y de la tempestad, aguardaremos la llegada de nuestro desconocido viandante, si es que, como nos lo da á pensar el camino que emprende, se dirige á la citada villa, y si es que le deja con vida el huracan de agua, viento y granizo que descarga sobre el valle.

La villa de Gualba, en la época de nuestra curiosa narracion, era un pueblo dependiente de una casa ó castillo señorial, del que en el dia apenas quedan algunos paredones. Era este un vasto y espacioso edificio que tenia todo el aire de una fortaleza, sin ser realmente tal, puesto que carecia de fosos, murallas y puente levadizo. En cambio, sus paredones eran dobles, sus ventanas muy elevadas, y el edificio remataba por un ángulo en una gruesa torre que daba sobre el valle dominándolo en gran parte. Al extremo opuesto, ó sea por el lado de la montaña, se levantaba un lienzo de edificio, de un solo piso, unido al cuerpo principal, pero en parte independiente de él, y de construccion mucho mas moderna. Allí estaban las dependencias del castillo, las cocinas, bodegas, habitaciones del mayordomo y de los criados y demás estancias secundarias, quedando todo lo que verdaderamente formaba el castillo para morada de sus dueños, que lo habitaban en ciertas épocas del año.

Una calle de árboles unia el castillo al pueblo, cuyos habitantes sentian ciertamente de una manera muy viva la opresion tiránica de su orgulloso señor, uno de los barones mas intratables y fieros de aquellos tiempos, uno tambien de los mas odiados por sus infelices vasallos, que solo le respetaban por el miedo que les infundia y por la costumbre, arraigada tradicionalmente en las familias, de respeto y consideracion á sus naturales señores.

El poseedor de este castillo, en aquel entonces, era D. Diego Calderon, señor castellano pariente del Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, que despues de haber llegado al pináculo del poder y á la privanza del rey Felipe III, acabó por morir en un cadalso. D. Diego Calderon, por enlaces de familia, habia heredado el señorío de Gualba en Cataluña, y desde entonces unió á sus nombres y títulos el de baron de Gualba.

No ha llegado aun la ocasion de hablar de este señor. Volvamos al castillo.

La avenida de árboles de que hemos hablado llegaba hasta una gran puerta que daba entrada á un patio muy vasto y capaz, cerrado por el castillo que se alzaba en el fondo, por el cuerpo de edificio reservado para la servidumbre que se levantaba á la izquierda, y por las caballerizas, que formando un lienzo de un solo piso como el anterior, se estendia por la parte opuesta, desprendiéndose de la torre y cerrando el patio de que estamos hablando, el cual tenia una forma cuadrada.

Detrás del castillo se estendia el parque, que era inmenso y en el que abundaba la caza. Este parque llegaba hasta las mismas rocas del Monseny.

El dia de que hablamos, las habitaciones del castillo estaban cerradas, puesto que nadie moraba en ellas, mientras que las del edificio contiguo, perteneciente á los criados y dependientes, estaban llenas de vida y animacion.

La tarde habia caido ya y comenzado la noche en medio de la deshecha borrasca que se habia desatado, y que hemos visto venia amenazando desde por la mañana. El frio se habia ido haciendo cada vez mas intenso, y desde el principio de la tarde los servidores del castillo, que parecian ser por el pronto sus únicos habitantes, se habian refugiado en el ancho hogar de la cocina, entregándose allí tranquilamente á sus pláticas y conversaciones, al amor de la lumbre y al grato calor que se desprendia del anchuroso hogar, en donde el fuego hacia gemir corpulentos troncos.

Permitasenos pasar revista á los comensales del castillo de Gualba, ya que en aquel lugar les hallamos todos reunidos.

Allí, en el sitio preferente, puesto reservado á su elevada dignidad, medio tendido en un sillón de cuero, el mayordomo Mateo habia gala de su pronunciada obesidad; á su lado, y sentada en un sillón exactamente igual, como si compartiera con él el mando, Elena ó Lena, como la llamaban, el ama de llaves, se mantenia tiesa y empinada como un huso.

Estos dos personajes parecian ser los mas importantes de la reunion, en ausencia de sus amos. Mateo y Elena poseian la completa confianza del baron, que les dejaba el manejo interior y exterior del castillo, siendo ellos quienes se entendian con los vasallos para co-

brar los réditos, siendo en ellos, en una palabra, los que manejaban la hacienda del don Diego, y los que se convertían también en pasivos ejecutores de sus tiránicas voluntades. Por lo que toca al barón, no acostumbraba á ir á su castillo mas que dos ó tres meses en verano. Lo demás del año lo pasaba con su esposa en Madrid ó Barcelona, y todo quedaba entonces á cargo del esperto mayordomo y de la inteligente ama de llaves.

Ocupaban pues estos dos personajes la derecha del hogar, á cuya izquierda se veían dos rústicos bancos.

En el uno estaba sentada Gertrudis, gentil y vivaracha jóven, huérfana que un día fué recogida en el castillo, que allí se había criado y crecido, y que era también un poco respetada por todos á causa de ser la favorita de la señora baronesa á la cual, cuando estaba en el castillo, no dejaba un solo instante, acompañándola á todas partes, sirviéndola á la mesa y durmiendo en su propia antecámara.

Al lado de Gertrudis, mirándola de vez en cuando con ojos algun tanto indiscretos, se hallaba Pedro, el guarda-bosque del castillo, Pedro, charlatan como el que mas, pero honradote y fiel como él solo.

El otro banco estaba ocupado por los servidores de menor categoría, dos mujeres que servían para las faenas de la cocina, y cuatro criados destinados al servicio de la casa, sin contar cuatro ó cinco mas, entre mozos de mula y de labranza, que en aquel momento no se hallaban allí presentes.

Finalmente, en medio, en el sitio que dejaban en descubierto los sillones y los bancos, estaba sentado á la oriental y sobre el blando suelo, un muchacho de imbécil fisonomía, de ojos grandes y redondos, que cuando no tenía caballos á quienes llevar á beber, ni asador á que dar vueltas, ni cabras que llevar al pasto, se sentaba en el suelo, se cruzaba de piernas, y entreteníase, una por una, en contar las vigas del techo, volviendo á comenzar su operacion concluida la cuenta.

No hay duda que la ocupacion era amena y variada, y como las vigas no eran mas que trece, de ahí resultaba que la pobre criatura no sabia contar mas que hasta el número trece.

El mayordomo Mateo había creído encontrar cierta semejanza entre la estúpida fisonomía del muchacho y el mochuelo, habiendo

comenzado á llamarle con este nombre. De aquí se originó que todos en el castillo le llamaban *Mochuelo*, y que su verdadero nombre no era sabido de nadie, ni de él mismo.

Apenas era conocido el metal de su voz. Cuando tenia hambre, pedia pan ; cuando tenia sed , pedia vino. Estas y otra docena de palabras era lo único que claramente pronunciaba. En cambio, labraba que era un gusto. Dormia con Turco, el gran perrazo guardador del castillo, y su amable compañero de cama era sin duda el que le habia enseñado á ladrar con tanta maestría. Algunas veces, por la noche, ya fuera que ambos riñeran ó jugaran, se oia un duo de ladridos en todos los tonos y tan perfectos, que los sirvientes de la casa dudaban sobre cuales eran los del hombre y cuales los del perro.

Tal era el personal de la servidumbre del castillo, que solo se aumentaba en verano, cuando el baron iba á morar en él algunos meses.

La conversacion habia ido amortiguándose á medida que fué cerrando la noche, y un baño de melancólica sofíolencia resplandecia en los amortiguados rostros de casi todos los comensales de la casa.

Mateo hacia con su cabeza repetidas señas afirmativas; Lena se mantenía tiesa y erguida como siempre, pero sus párpados, bajándose suavemente, velaban el petulante reto de su mirada; Cristóbal, uno de los criados, hacia como que dormia, pero miraba de reojo al guarda-bosque y á Gertrudis; los demás dormitaban ó dormian del todo; y en cuanto á Pedro se entretenia en hacer espresivos guiños á la gallarda Gertrudis, que fingia no entenderlos, pero cuyo corazon los interpretaba demasiado bien acaso.

Mochuelo, segun su costumbre, contaba las vigas del techo y tiraba de las orejas á Turco, que tendido junto á él, las patas estendidas y el hocico sobre las patas, le dejaba hacer tranquilamente.

En aquel momento la tempestad pareció arreciar con mas furia, y una verdadera manga de viento fué á romperse contra las paredes del castillo, haciéndole estremecer, abriendo con furia algunas puertas y ventanas, y dejando escapar lúgubres silbidos al penetrar por los corredores y habitaciones.

—La purísima Virgen de Montserrat me valga!—murmuró Lena incorporándose á medias en su sillón.—No parece sino que esta noche es el fin del mundo.

—Qué noche! qué noche!—esclamó Mateo que tambien habia despertado con sobresalto, rebullendo su humanidad en el sillón.— ¡Vaya una tempestad!

—Mayor tempestad han causado tus ojos en mi corazón,—dijo Pedro al oído de Gertrudis.

Esta se ruborizó, pero hizo como si no hubiese oído.

—Gertrudis,—esclamó Lena que se daba un tono y un aire de superioridad á los ojos de los demás criados á quienes miraba como sus inferiores,—se me figura que una de las puertas que he oído batir por el viento es la de comunicacion con el castillo. Quizá la hayas dejado abierta esta mañana cuando has ido á arreglar las habitaciones.

—No señora, contestó Gertrudis,—segura estoy de haberla cerrado.

—Pero no me has devuelto la llave, ciec.

Una mirada experta hubiera creído notar cierta turbacion en la jóven.

No obstante, si fué así, pasó con la rapidez del rayo, porque Gertrudis contestó en el acto con voz perfectamente segura y con una especie de candidez:

—Es verdad. La he dejado olvidada encima la mesa de mi cuarto. Ya os la devolveré mañana, señora Lena.

Creemos haber ya dicho, y si es así no importa repetirlo ahora, que las habitaciones de los servidores del castillo estaban enteramente independientes de este. El lienzo de edificio por ellos ocupado formaba un caserío aparte, aun cuando tenia comunicacion por medio de una puerta en el piso bajo que abria paso á una escalera interior. Durante la época en que el castillo permanecia viudo de sus señores, nadie entraba en él mas que Gertrudis, que era la encargada de limpiar una vez por la semana las habitaciones, y alguna que otra vez la misma señora Lena para presidir, con su habitual gravedad, al arreglo de los muebles y limpieza de las salas.

La contestacion de Gertrudis pareció haber satisfecho á la señora Lena, y no volvió á promover el incidente de la llave.

—Al diablo la tempestad!—esclamó Mateo oyendo como la lluvia arreciaba y menudeaban los rugidos del viento.—Parece que va á durar hasta mañana, y en noches como esta no se puede dormir en este viejo castillo.

—¡Medroso!—murmuró entre dientes Cristóbal.

—¿Le teneis miedo á que el diablo os tire de las piernas, señor Mateo?—le preguntó Pedro el guarda-bosque, que era el único que se atrevia á tomarse con él, y con Lena cierta familiaridad y franqueza.

—Yo no le tengo miedo al diablo, Pedro. Los buenos cristianos...

—Pues ya!

—¿Qué diriais si durmieseis en la sala roja? esclamó Lena sin volver la cabeza.

—La sala roja? la de la torre?—preguntó Gertrudis.

—Sí, niña, la sala roja de la torre,—contestó Lena.

—¿Pues qué hay en ella?—volvió á preguntar la muchacha.

—¡Cómo! eres de la casa y no lo sabes?

—No por cierto.

—Ni yo,—dijo el guarda-bosque.

—Ni nosotros,—murmuró Cristóbal.

—Es la sala en que aparece el espectro blanco de Gualba.

Y la señora Lena dijo esto haciendo la señal de la cruz.

Todos los que estaban allí reunidos, excepto Pedro que hacia poco caso de espectros y fantasmas, sintieron como una especie de estremecimiento y de sudor frio al oír las palabras pronunciadas con misterioso acento por la vieja ama de llaves.

—El espectro blanco de Gualba!—murmuró Gertrudis.—¿Y qué es eso, señora Lena?

—Es una tradicion de familia.

—Contádnosla, y así mataremos entretenidamente el tiempo,—dijo el guarda-bosque:

Lena, que ardía mas que nadie en deseos de narrar la conseja, se excusó sin embargo para hacerse de rogar.

—No sé si debo,—dijo.

—Porqué?

—Primeramente porque, como tradicion de la casa, puede decirse que es un secreto de familia, y luego porque hoy es noche de tempestad y, lo que es peor aun, es la noche del dia de difuntos.

—¿Y eso qué tiene que ver?—preguntó Pedro.

—Mucho que sí. La última vez que se presentó el espectro blanco de Gualba, siendo yo niña y rapazuela, fué precisamente durante la noche del dia de difuntos y en ocasion en que una deshecha tempestad como la de hoy hacia estremecer los viejos cimientos de castillo.

—Que no os detenga esto, señora Lena. Contádnoslo!—dijo Gertrudis.

—Sí, sí, contadlo,—repitieron todos.

El ama de llaves se aseguró de que la curiosidad mas viva hacia arder en deseos de oír la historia á todo su auditorio, y se decidió á comenzar su narracion.

—Entonces,—les dijo,—acercaos todos, porque lo que voy á decirnos debe contarse en voz baja. Es una terrible y sangrienta historia.

Hubo entonces un movimiento general. Pedro por un lado y Cristóbal por otro acercaron sus respectivos bancos, y todos se agruparon para no perder una sílaba.

—Apártate, animal!—le dijo Mateo á Mochuelo dándole un puntapié.

Mochuelo pasó á rastras por debajo del banco, seguido de Turco, y ambos fueron á tenderse en un rincon de la cocina.

La tempestad iba arreciando, y Lena comenzó así su historia.

«Hace ya mucho, mucho tiempo, cuando este castillo y pueblo no pertenecian aun á la familia de Calderon, era señor de Gualba el anciano baron Guillen, cuya esposa habia muerto sin dejarle mas que una hija.

Viéndose sin un sucesor varon á quien poder legar su nombre y título, el buen señor, á pesar de su ancianidad, resolvió contraer

nuevas nupcias, esperando que Dios bendeciría el lazo que iba á formar.

Eligió por lo mismo una jóven modesta y bella, hija de una de las principales familias de la comarca.

Fijóse la boda para el día 3 de noviembre, y la víspera, no obstante ser día de difuntos, quiso el baron obsequiar á varios de sus amigos con una caza al jabalí en la vecina montaña de Monseny.

Sin duda Dios, ofendido de que el baron consagrara tal día como hoy á mundanos placeres, decidió castigarle para ejemplo y escarmiento de todos.

Es pues lo cierto que el baron, que habia partido alegre y contento para la caza, solo volvió cadáver á este castillo.

Sus pages y sus compañeros de placer trajeron por la noche su ensangrentado y mutilado cuerpo. En el instante en que iba á herir á un jabalí, su caballo asustado se alzó sobre sus piés traseros y le botó de la silla, cayendo el pobre baron al lado mismo de la fiera, que se arrojó sobre él, dejándole cadáver antes que pudieran acudir en su auxilio.

Con la muerte del baron Guillen acaecida el día de difuntos, el castillo y baronía de Gualba debia pasar á su hija Clotilde, casada un año antes con uno de los nobles antecesores de nuestro actual señor.

Dicen que Clotilde era una hermosa jóven de veinte años, pálida como un lirio de agua y con unos ojos que brillaban como estrellas.

En cuanto supo la muerte desgraciada de su padre, acudió presurosa, pero ni aun tuvo el triste placer de verle cadáver. El baron Guillen dormia ya entre sus antepasados, bajo la marmórea losa de su sepulcro.

Cuentan que el difunto caballero tenia un primo, de corazon malvado y de ruines instintos, que ambicionaba la baronía.

Este hombre infame, al ver que los ricos dominios de Gualba iban á pasar á manos de una mujer, pudiendo ser suyos, á no mediar este obstáculo, resolvió deshacerse de la infeliz Clotilde, asesinandola si no habia otro recurso.

En efecto fué así; á favor de una horrible noche de tempestad, muy parecida á esta, Arnaldo, que tal nombre llevaba, saltó las tapias del parque, y por una escalera secreta pudo introducirse hasta la sala roja de la torre, en donde, entregada á los goces del sueño, descansaba tranquilamente la baronesa Clotilde, cuyo esposo y señor se hallaba entonces en la guerra.

Una doncella de Clotilde, que dormía cerca de la estancia de esta, y á quien aquella noche traian desvelada los rugidos de la tempestad, creyó oír ruido y un grito de agonía en el gabinete de su señora. Llamó en el acto con desaforados gritos á la demás servidumbre del castillo, y todos se precipitaron en la sala roja.

Un horrible espectáculo se ofreció entonces á sus ojos. La jóven baronesa, con la negra cabellera flotando sobre sus desnudos hombros, envuelta en su vestido blanco, yacia al pié de la cama, bañada en la sangre que brotaba de una herida profunda, abieria en su seno por un afilado puñal.

Los remedios que prontamente se le aplicaron fueron inútiles. Estaba muerta, y su misterioso é ignorado asesino habia desaparecido.

Un velo impenetrable cubrió por el momento aquel crimen.

Como Clotilde habia muerto sin sucesion, su pariente Arnaldo se presentó á reclamar la herencia y los dominios de Gualba, siendo puesto en posesion de ellos á pesar de las gestiones que hizo el esposo de la difunta.

Cosa de un año poco mas ó menos disfrutó de sus dominios el nuevo baron, de quien se observó que jamás entraba en la sala roja ni permitia que nadie entrara tampoco.

Arnaldo no solo era de mal corazon, sino que tenia un detestable vicio. La mayor parte de las noches las pasaba con algunos compañeros, tan perversos como él, apurando sin tasa el contenido de cuantas botellas y jarros de vino se le presentaban delante, hasta que caia embriagado debajo de la mesa, en donde tenian que ir á buscarle siempre sus criados para trasladarle á su lecho.

Una noche, era tambien la del dia de difuntos, y una espantosa borrasca se habia desatado sobre la comarca, una noche el baron Arnaldo se entregaba á su acostumbrada orgía con sus compañeros de siempre. El vino se habia ya subido á la cabeza de todos ellos, cuan-

do uno que, al parecer, no estaba aun tan ébrio como los demás, alargó el brazo y por la ventana del comedor, que estaba abierta, les hizo observar una luz que brillaba en la sala roja de la torre, donde nadie habia puesto los piés desde el asesinato de Clotilde. El baron Arnaldo, lo mismo que sus compañeros, vió la luz que brillaba en la ventana de la sala roja, y cuentan que á pesar de su embriaguez, se puso pálido como un cadáver.

Notáronlo sus compañeros, y comenzaron éntonces á dirigirle zumbas y á burlarse de él diciendo que tenia miedo. Arnaldo se esforzó por aparentar un valor que realmente no tenia, y haciéndole decir el vino lo que nunca se hubiera atrevido á decir en sano juicio, apostó á que iria en persona á la sala roja para averiguar de que provenia la luz que se veia brillar á través de su ventana.

La apuesta fué admitida, y Arnaldo se vió en la precision de cumplir su oferta ó pasar á los ojos de todos por un medroso y un cobarde. Hizo pues un esfuerzo para levantarse de la silla, y con paso vacilante atravesó las habitaciones y corredores del castillo, dirigiéndose á la sala roja.

La puerta estaba cerrada, y sin embargo en el interior de la estancia ardía una misteriosa luz. Temblábale el corazon á Arnaldo cuando dió orden para que descorriesen los cerrojos de la puerta y la abriesen.

En el momento en que esta se abria y en que el baron, cuyo cuerpo temblaba como hoja en el árbol, daba un paso para penetrar en la sala, resonaron en la puerta exterior del castillo furiosos y repetidos golpes que retumbaron de un modo lúgubre por bajo las bóvedas.

Arnaldo palideció, pero como sus amigos le observaban, dió un paso mas y puso el pié en el interior de la sala.

En aquel instante volvieron á repetirse, pero de un modo mas furioso y descompasado, los golpes que habian sonado en la puerta del castillo, y á estos golpes sucedió un grito horrible del baron.

Penetraron en la estancia, pero solo fué para verle caer desfallecido. Los primeros que entraron en la sala roja dijeron luego que, de pié en mitad de la estancia, habian visto á una mujer muy pálida, vestida de blanco, desmelenado el cabello, con una luz en la

mano izquierda, mientras que con la derecha señalaba una profunda herida abierta en su seno y de la cual brotaba un arroyo de sangre que manchaba la blancura de su traje.

El fantasma desapareció en cuanto hubo caído Arnaldo y así que sus amigos penetraron en la sala. Por lo que toca al baron, ya no volvió á levantarse. Su desmayo se convirtió en muerte.

A los pocos instantes penetraba en la sala el esposo de la difunta Clotilde, que era el que con repetidos golpes llamaba á la puerta del castillo. Había sabido de un modo positivo que Arnaldo era el asesino de Clotilde y acudía para vengar en él su muerte. Afortunadamente, la venganza de Dios se había anticipado á la suya.

Desde entonces el espectro blanco de Gualba ha aparecido algunas otras veces, cuando ha tenido que sobrevenir alguna terrible desgracia á los propietarios del castillo, habiéndose observado que siempre aparece en la sala roja, con una luz en la mano, en la noche de difuntos, mientras que atruena el espacio la tempestad, y cuando suenan golpes misteriosos en la puerta exterior del castillo.

Yo recuerdo que, cuando niña, oí una noche sonar esos golpes y ví luz en la ventana de la sala roja. Al día siguiente se dijo que había aparecido el espectro, y antes de terminar el año había muerto el baron, padre de nuestro actual señor.»

Lena calló y un silencio sepulcral reinó en torno suyo. La sangrienta historia que acababa de contar había impresionado profundamente á todos los oyentes.

Gertrudis estaba pálida; los demás, excepto Pedro, temblaban casi todos y se estremecían á la idea del espectro blanco y de los alabazos misteriosos.

Pedro trató de reirse, pero detuvo su risa al pasear una mirada en torno suyo y al ver los rostros de todos pálidos y azorados. Cristóbal mismo, para disimular su miedo y la impresion que le causara la narracion, se levantó del asiento en que hasta entonces había permanecido clavado, y se acercó á una ventana que daba al patio con el pretexto de ver si menguaba la tempestad.

Acababa de abrir los cristales y habia asomado su cabeza para observar el cielo, cuando despidió un agudo grito y se retiró de la ventana, temblando y descompuesto el semblante.

—¿Que es eso? —preguntó Pedro.

Cristóbal estendió el brazo y señaló en direccion á la torre.

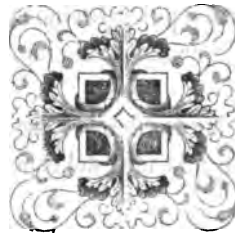
—La luz! —esclamó con acento indefinible. —Hay luz en la sala roja.

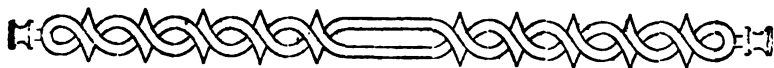
Y en el mismo instante en que acababan de salir de sus labios estas palabras, un ruido metálico y prolongado entró por la abierta ventana con una bocanada de viento que agitó las llamas del hogar y que se escapó por la chimenea lanzando agudos y lúgubres silbidos.

El ruido se repitió en seguida haciendo retumbar las bóvedas del castillo. Era causado por la gruesa aldaba de la puerta exterior que una mano vigorosa parecia agitar repetidamente y con fuerza.

Todos los habitantes de la cocina saltaron en sus asientos, mientras que Cristóbal se habia quedado delante la ventana, con la boca abierta, los cabellos erizados y dominado completamente por el terror.

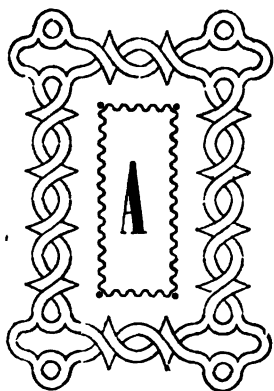
Hasta al mismo Pedro, en aquel instante, hubo de darle un vuelco el corazon.





II.

EN QUE SE TRATA DE UN ESTRANJERO Y DE UN MONTAÑÉS.



El ruido de los golpes aplicados con fuerza á la puerta exterior del castillo, Turco y Mochuelo, tendidos en un rincon, se despertaron sobresaltados, levantándose ambos sobre sus cuatro piés.

Turco se puso á ladrar por costumbre, Mochuelo por imitacion.

Pedro el guarda-bosque, dominado ese primer momento de ansiedad que hasta el hombre mas valiente se ve obligado á sentir en circunstancias dadas, Pedro, repetimos, se acercó á Cristóbal á quien cogió del brazo sacudiéndole fuertemente.

—Estúpido!—le dijo.—¿No estás oyendo que llaman á la puerta? Qué diablos de pavor os ha sobrecogido á todos?

Y mientras hablaba así, su mirada tomaba por la abierta ventana la direccion de la torre. Esta permanecia oscura, envuelta en las sombras. La luz que habia aparecido en una de sus ventanas era

una ilusion de Cristóbal, ó en caso de ser real, desapareciera al estremecerse la puerta bajo los golpes que le eran aplicados.

—¡Cobarde!—prosiguió diciendo Pedro á Cristóbal.—El miedo te hace ver visiones. ¿En dónde está la luz que decias haber visto?

Al oír que no se veía ninguna luz en la torre, los oprimidos pechos de todos los comensales reunidos en la cocina parecieron dilatarse y respirar. Gertrudis, que era sin duda la que mas y mas pronto habia palidecido, recobró sus colores y su serenidad, apresurándose á dominar la agitacion estraña que se habia apoderado de ella.

—No importa,—dijo en esto Cristóbal que comenzaba á volver en sí;—estoy dispuesto á jurar que he visto luz en la sala roja.

—La luz de tu cobardía es la que has visto, medroso!

Gertrudis se atrevió á murmurar:

—¿Cómo puede haber luz si hace cuatro meses que nadie habita el castillo?

—¿Y el espectro?—preguntó cándidamente Cristóbal.

El guarda-bosque se encogió de hombros.

—¡Qué necios son los cobardes!—murmuró.

A todo esto, Mateo y Lena no decían una palabra. Tanto el obeso mayordomo como la enjuta ama de llaves, se mantenían clavados en sus asientos, procurando disimular el miedo que también se habia apoderado de ellos.

La gruesa anilla de hierro que servía de aldaba á la puerta exterior volvió á caer redobladas veces sobre el martillo.

Los habitantes de la cocina, algo mas tranquilos, recibieron ya esos nuevos golpes con menos sobresalto.

—¿En qué quedamos?—preguntó Pedro que parecia interesado en calmar á todos, haciéndoles ver que solo provenía aquel incidente de un acontecimiento natural.—En qué quedamos?—repitió dirigiéndose á Cristóbal.—¿Vas tú á abrir ó voy yo?

Cristóbal se dirigió entonces hácia la puerta, refunfuñando y jurando haber visto la luz. Como su miedo no se habia aun estinguido totalmente, sus rodillas temblaban y sus dientes daban uno contra otro.

Por lo que toca á Turco, habia cesado en sus ladridos, como si su

olfato ó su instinto le hubiese dicho que el que llamaba no era enemigo. Así es que se tendió otra vez en el rincón de la cocina, y lo mismo hizo Mochuelo á su lado.

A los pocos instantes, dos nuevos personajes entraban en la cocina, precedidos de Cristóbal, que les abrió la puerta, y de Pedro que se había adelantado por precaución hasta mitad del patio, donde pudo acabar de convencerse que la torre estaba sumergida en la mayor oscuridad.

Echemos una mirada sobre nuestros dos nuevos personajes.

A uno le conocemos ya. Era el joven de gallardo continente, pero sombrío y melancólico, que despreciando los consejos del posadero, se había empeñado en proseguir su camino á pesar de la borrasca.

El otro era un montañés catalán, pues vestía el traje de tal, con su correspondiente gorro encarnado, su manta al hombro, sus calzones cortos y sus alpargatas. No obstante su traje, la fisonomía de este hombre revelaba inteligencia, y su mirada era altiva y profunda. Era un rostro característico el suyo, en toda la plenitud de esa belleza varonil que tienen los tipos montañeses y á la cual sienta tan bien el tostado color que le comunican los continuados besos del sol.

La llegada de esos dos personajes dió una nueva dirección á las ideas de los habitantes del castillo, y acabó de ahuyentar las miasmas de miedo que todavía parecían llenar la atmósfera. Por lo demás, nuestros dos viajeros no solo llegaban fatigados, sino que la lluvia les había puesto en un lamentable estado.

En todas épocas ha sido la hospitalidad una de las virtudes del pueblo catalán. Inmediatamente que los dos viajeros hubieron puesto el pié en la cocina, todos, comprendiendo que reclamaban un hospitalario abrigo, se apresuraron á rodearles, ofreciéndoles sus servicios. Hasta la misma Lena abandonó por un instante su gravedad y se puso en pié, á cuyo acto contribuyó también por algo la mirada que arrojó sobre uno de los dos viajeros, al que juzgó de clase distinguida por su traje.

En cuanto al montañés, parecía ya ser conocido de los habitantes del castillo, puesto que, á más de estrecharle cordialmente la mano

Pedro el guarda-bosque, fué saludado por Lena con las siguientes palabras :

—Buenas noches, Cayetano. ¿De dónde venís con ese horrible tiempo?

Aquel á quien se acababa de llamar por el nombre de Cayetano, se adelantó entonces hasta el centro de la estancia, donde le daban de lleno los rayos que despedían las llamas del hogar, y dijo :

—Buenas noches, señora Lena ; buenas noches, señor Mateo.... Me alegro de veros tan frescote y buen mozo como siempre.... Buenas noches, hermosa Gertrudis ; buenas noches á todos. Decís que es un tiempo horrible, señora Lena? Mucho que sí. Los demonios del *gorg negre* han escogido la noche de hoy para salir á hacer de las suyas. Es un condenado tiempo, pero afortunadamente para ese caballero que os acompaño, y para el cual os pido la hospitalidad, Dios ha querido que me encontrase hoy en su camino.

Las miradas de todos se fijaron entonces en el caballero. Era un estado deplorable el en que se hallaba su traje. Su capa estaba empapada en agua, lo mismo que su vestido interior, y sus botas llenas de barro .

—Bien venido sea ese caballero al castillo de Gualba, —dijo entonces Lena, —y le suplico que se acerque al hogar á fin de que puedan secarse sus ropas. Hallándose ausente nuestro señor y dueño el baron, al señor Mateo y á mí cumple llenar los deberes de la hospitalidad.

El caballero dió cortesmente las gracias al ama de llaves, y se acercó al hogar suplicándole que diese disposiciones para cuidar de su pobre caballo, el cual, dijo, necesitaba por cierto mas solicitud que su mismo amo. Entonces, Mateo que, aunque con cierta repugnancia, se habia levantado á la aproximacion del caballero para cederle su sillón, llamó á Mochuelo y le dió orden de ir á llevar á la cuadra el caballo del huésped.

Mochuelo, seguido de su fiel Turco, salió de la cocina para ir á cumplimentar el mandato del mayordomo.

Por lo que toca al joven caballero, cuyos ademanes y actitudes no revelaban por cierto ninguna timidez, ya fuese por su natural carácter, ya por conocer que se hallaba en una sociedad inferior á

su clase, se acomodó en el sillón del mayordomo, que acercó cuanto pudo al hogar, despojándose de su capa y sombrero, de los cuales se encargó Cristóbal.

El montañés Cayetano se arrimó también á la lumbre, y, sin miramientos de ninguna clase, se tendió en el suelo para calentarse mejor, poniendo á secar su manta en el interior mismo de la chimenea.

Lena, á quien los modales y traje del caballero habian revelado que era una persona de calidad, se apresuró á dar órdenes á sus inferiores para que el huésped fuese tratado como parecia corresponder á su clase, y despues que les hubo puesto á todos en movimiento, aprovechando aquella ocasion que se le presentaba de darse aires no de ama de llaves, sino de ama de castillo, se volvió otra vez al hogar, al objeto de dar fienda suelta á su locuacidad y curiosidad naturales, departiendo mano á mano y familiarmente con el caballero.

La ocasion era oportuna. Mateo el mayordomo, que era un hombre tan petulante y necio como egoista, se habia apoderado del sillón de Lena haciendo como que dormitaba para no tener que entrar en conversacion con los recién llegados, Gertrudis habia salido de la cocina, los demás criados se ocupaban en sus quehaceres domésticos, y Pedro, que se habia sentado en el blando suelo junto á Cayetano, hablaba en voz baja con este, sosteniendo los dos una conversacion tirada é interesante, por lo que en ella parecian entrambos absorvidos. Lena pudo, pues, acercarse al huésped, á quien comenzó por preguntar si se le ofrecia algo. Interin se preparaba la cena. El caballero se contentó sencillamente con darle las gracias, pidiéndole perdon por la molestia que su llegada podia ocasionar, y Lena, encontrando ya un flanco abierto para comenzar su ataque y desplegar toda la artillería de su mujeril curiosidad, comenzó una retahíla de preguntas que, mas ó menos estensamente, el huésped se vió obligado á satisfacer.

Así es como supo que la tempestad habia sobrecogido al viajero en mitad de su camino, y como hubieran sido indudablemente victimas él y su caballo al atravesar un torrente, que bajaba muy crecido, si Dios no le hubiese parado la fortuna de encontrarse en aquel mo-

mento con el hombre que llamaban Cayetano y el cual, no solo le ayudó á salir de aquel mal paso, sino que le sirvió de guia volviéndole á su camino, del cual se habia extraviado, y acompañándole hasta Gualba, que era el pueblo al cual se dirigia el viajero.

Esto fué casi todo lo que pudo llegar á saber la buena ama de llaves, pues de lo tocante á la procedencia del viajero, al objeto de su viaje y á su nombre y títulos, tuvo que contentarse por el pronto con averiguar solo que era extranjero en el país. Efectivamente, en el acento del huésped se notaba cierto tonillo extranjero en medio de que hablaba perfecta y correctamente el idioma catalan, hijo sin duda este tonillo de ser realmente oriundo de un país extraño ó, á lo menos, de haber permanecido en él durante su infancia.

La curiosidad de la vieja no quedó satisfecha, pero no importaba. Estaba decidida á volver á la carga en tiempo oportuno.

—Por lo demás,—dijo el jóven con un acento que tenia cierto timbre dulce y suave,—no os tomeis por mí mucha molestia. Mañana mismo continuaré mi viaje, y como estoy acostumbrado á todó y una mala noche pronto se pasa, os suplico que me arregleis un jergon, de cualquier manera, aunque sea en el suelo. Aquí mismo, en un rincon de esta cocina, dormiria yo perfectamente.

—¿Cómo es eso?... No señor,—contestó Lena.—Pues no faltaba mas. ¿Qué se diria de nosotros si en el castillo de Gualba no se os daba la hospitalidad conveniente á vuestra clase, señor caballero? Mi amo, el señor baron, en medio de lo bondadoso que es para conmigo y que jamás ha abierto la boca para reprenderme... y que encuentra bien hecho cuanto yo hago... y que deposita en mí su plena confianza, como que casi tengo yo en el castillo mas autoridat que la misma señora baronesa... mi amo el señor baron, repito, se amostazaria, y no poco, si llegase á saber que en su castillo, estando él ausente, no se hubiese tratado á un viajero con todas las consideraciones debidas á su rango, porque yo he de suponer que su mercé, y demasiado lo dice su solo aspecto, es un noble y un caballero.

El jóven no pudo menos de sonreirse con los paréntesis estudiados de que la buena mujer sembraba su discurso.

—Noble soy y caballero, es verdad;—contestó.

—Por lo mismo pues. Quizá su mercé es todavía mas que simple caballero. Es baron ó conde tal vez.

Y Lena se detuvo como aguardando respuesta, pero el jóven, que parecia no haber oido, se bajó en aquel momento para avivar la lumbre con ayuda de unas descomunales tenazas que halló á mano. El ama de llaves, viendo que por aquella vez habia fallido tambien su maniobra, tuvo que continuar:

—No, señor, nó; de ninguna manera,—añadió anudando así el hilo de su discurso.—Vuesa mercé tendrá para esta noche, y para todas las que le plazca pasar en el castillo, la mejor habitacion de este departamento. Y no ofrezco á su mercé una estancia en el castillo mismo, porque, no estando los señores, no se entra en él mas que para la limpia una vez á la semana, y allí se hallaria su mercé solo y demasiado léjos de los criados. Esto no obstante, si el señor caballero se empeñase en....

—De ninguna manera,—se apresuró á decir el jóven.—Ya os he dicho que en cualquier sitio que se me coloque estaré bien. Oh! por ningun estilo quisiera yo ocupar una estancia del castillo hallándose ausentes sus señores.

—Tanto mas,—continuó la charlatana vieja,—cuanto yo haré dar al señor caballero una bonita habitacion, destinada ya siempre para albergar á las personas de calidad que á veces visitan este castillo en ausencia del señor baron. Es un aposento que de seguro gustará á su mercé, con vistas al parque, y tambien con una salida al mismo. Es el único que tenemos con puerta de comunicacion al parque. Vuesa mercé podrá pasearse por él mañana por la mañana, si le agrada, y tambien.....

El ama de llaves se interrumpió en aquel momento al ver entrar á Gertrudis en la cocina.

—A propósito, Gertrudis,—le dijo, dejando de hablar con el jóven para dirigirle á ella la palabra.—¿Te he dicho que preparases habitacion para ese caballero?

—Sí señora, y está corriente. Tiene ya dispuesto el cuarto verde.

—El cuarto verde! No, Gertrudis, no. Es preciso colocarle en la habitacion de los forasteros.

—¿ La que da al parque ?

— Toma, pues es claro. La que da al parque.

— Yo habia creído.... — murmuró la jóven.

— Pues has creído mal. Nunca hemos dado el cuarto verde á un forastero de clase, hija mia. ¿ Dónde tenias la cabeza ?

— Mejor estará en el cuarto verde que en la habitacion del parque. Tiene mejores vistas y.....

— Estás en tí, muchacha?... ¿qué te ha dado?... ¿Cómo quieres alojar á un caballero como el señor en una habitacion que ni siquiera tiene vidrios en las ventanas ?

El caballero notó que á la jóven parecia interesarle que él no se alojara en la habitacion que le destinaba el ama de llaves, y, respetando los motivos que Gertrudis pudiera tener, creyó del caso intervenir.

— Señora, — dijo dirigiéndose á Lena, — estaré perfectamente en el cuarto que me destina esa muchacha. A mas, parece que lo tiene ya dispuesto; y no puedo permitir que....

Lena le interrumpió.

— No señor, no señor; de ninguna manera. Soy yo la que no debo permitir semejante infraccion en las costumbres de la casa. La habitacion del parque es la destinada por el señor baron para los forasteros que vengan al castillo, estando él ausente, y los deseos del señor baron son aquí leyes. Anda pues, Gertrudis. Véte á disponer la habitacion del parque, y retira todos los trebejos que hayas llevado al cuarto verde.

— Pero.... — dijo el jóven queriendo intervenir de nuevo.

— Es inútil, señor caballero, completamente inútil que os empeñeis. Por nada en el mundo faltó yo á las órdenes que me son comunicadas por el señor baron, y demasiado lo sabé esa muchacha, que no sé donde tiene hoy la cabeza. Anda pues ¡anda! — añadió dirigiéndose á Gertrudis, — y arregla la habitacion que te he dicho. Promíto. Ah! oye; y de paso mira á ver si está puesta la mesa. Han dado ya las ocho, y ese caballero debe estar fatigado y necesitará recuperar sus fuerzas.

Gertrudis bajó la cabeza haciendo un gesto de desagrado, que aun cuando no fué visto por el ama de llaves, no se ocultó al huésped.

En seguida salió de la cocina, dejando á la buena vieja que refunfuñara y gruñera junto al caballero.

Al amor de la excelente lumbre que ardía en la chimenea, el joven, lo mismo que el montañés, había conseguido secar completamente sus vestidos, recobrando entrambos á dos las fuerzas perdidas durante su camino. El caballero, en particular, se sentía tan ágil y fuerte, que de buena gana, á ser de día, hubiera emprendido de nuevo su viaje. Así se lo estaba diciendo precisamente á su guía Cayetano, que había ya suspendido su conversación con el guarda-bosque, cuando apareciendo en la cocina una de las muchachas de servicio anunció á la señora Lena que la mesa estaba dispuesta.

Esta palabra pareció servir de despertador para el obeso Mateo, que hasta entonces había estado dormitando en su asiento. Apresúramonos á decir que el señor Mateo era un comilón ó por mejor decir un gloton de primera clase, lo cual acababa de caracterizar al egoísta mayordomo del castillo de Gualba, que para ser egoísta en todo, hasta lo era en palabras.

Un momento despues estaban sentados al rededor de una mesa sobre la cual se veían apetitosos manjares, el caballero, el montañés Cayetano, Lena, Mateo, Pedro el guarda-bosque y Gertrudis. Los demás de la servidumbre hacían mesa aparte. El puesto de preferencia habíase cedido al joven huésped, y ocupaban sus costados el mayordomo y el ama de llaves.

Esta había por fin podido satisfacer en parte su curiosidad, pues que al pasar al comedor, donde se había puesto la mesa, señaló el sitio de preferencia, diciendo:

—Este es el puesto del señor... ¿cómo he de llamar á su merce?

—Llamadme sencillamente señor Orso, —contestó el joven.

—Raro nombre es el de su señoría, —dijo entonces Cayetano que, por haber salvado la vida al joven, tenía una especie de derecho á la familiaridad con él.

—Os parece raro, buen Cayetano, —contestó el mancebo, —porque es un nombre extranjero.

Orso, pues, que bajo el nombre que él se había continuaremos llamando al joven, Orso, pues, repetimos, ocupó su asiento, tomaron

los demás el suyo, Mateo pronunció entre dientes el *Benedicite* de costumbre, y comenzó la cena.

Los primeros momentos fueron consagrados á satisfacer el apetito, pero no tardó Lena, cuya propension á la locuacidad la obligaba á no permanecer callada ni aun cuando comía, no tardó en tomar la palabra bajo un pretexto cualquiera. La conversacion al principio, giró sobre los viajes de Cayetano que, por lo que pudo deducir el caballero, parecia ser un labrador de la montaña regularmente acomodado, el cual muy á menudo acostumbraba á pasar por Gualba, yendo y viniendo de las ferias y mercados de Gerona, Hostalrich, Granollers y demás pueblos comarcanos, á donde le llevaban sus intereses y negocios.

Sin embargo, el extranjero Orso, que, en medio de ser muy jóven, parecia tener un alma de temple nada vulgar, poseyendo sobre todo una mirada singularmente escrutadora, creyó comprender que el llamado Cayetano no era lo que parecian creer las buenas gentes del castillo, en medio de que todos le trataban familiarmente, mientras que él solo le conocia de aquella tarde. En los modales y ademanes del montañés, en los rayos que despedian sus ojos, en el desembarazo natural de sus menores movimientos, en el acento imperioso y pronunciado que daba á sus palabras, creyó ver un hombre mas dado á cosas de guerra que á transacciones de comercio, y mas dispuesto á manejar el mosquete ó el pedreñal, que á pasarse las horas muertas en las plazas de los pueblos mercando géneros ó reses. Esta observacion, no obstante, se la hizo el extranjero para sí solo, mientras que, por otra parte, prestaba poco oido á la conversacion la cual en nada le interesaba. Sin embargo, oyó de pronto una palabra que fijó su atencion.

—Yo no comprendo, Cayetano,—decia Lena,—como en vuestras carreras por valles y montañas, y sobre todo en vuestras escursiones por el Monseñy, no habeis topado alguna vez con la *banda negra*.

El montañés á quien iban dirigidas estas palabras, se encogió de hombros y se contentó con alargar los labios pronunciando un ¡Psé! con la mayor indiferencia.

—Pues no debeis haceros el desdefioso,—continuó diciendo Le-

na.—El mejor día os saldrán al paso esos infames bandidos, y como lleveis algunos escudos en la bolsa, os van á dejar desnudo y pobre como una rata. ¿No sabeis que esa canalla es solo un hato de pillos y ladrones?

A estas palabras de Lena, Orso creyó ver que se encendia una chispa en los ojos del montañés, pareciéndole notar al mismo tiempo que Pedro el guarda-bosque, que estaba sentado á su lado, le daba suavemente con el codo, como si hubiese advertido lo mismo que el extranjero y quisiese encargarle la prudencia.

—La *banda negra*!—murmuró en esto Orso terciando en la conversacion y sin perder de vista el rostro de Cayetano.—¿Qué es eso de la *banda negra*?

—Ah! es verdad,—dijo Lena.—Vos no sabreis esto, señor Orso, pues que sois extranjero. Y sin embargo, es muy extraño que hayais dado un solo paso en el país sin que haya llegado á vuestros oidos el nombre de la *banda negra* ó de la mujer que la capitanea!

—Una banda capitaneada por una mujer, decís?

—Nada mas cierto. ¿Habeis oido hablar alguna vez de D. Juan de Serrallonga?

El extranjero, que miraba de reojo á Cayetano, pudo observar que al oir el nombre pronunciado por Lena, hizo un ligero movimiento mientras que una nube de indefinible tristeza parecia estenderse por su moreno rostro. Los demás comensales, excepto Pedro que miraba al montañés como si quisiera hablarle con los ojos, se fijaban poco en la conversacion. Gertrudis comia silenciosamente con la vista baja, y en cuanto á Mateo, tenia realmente ocupados todos sus sentidos en un tasajo de carne asada que al par que destrozaba con los dientes devoraba con los ojos.

Por lo que toca al extranjero, despues de haber paseado rápidamente su mirada en torno suyo, trató de contestar á la pregunta que le hiciera Lena, y ya supiese ó ya ignorase realmente quien era D. Juan de Serrallonga, contestó que nunca habia oido citar semejante nombre.

Entonces tomó Lena la palabra,—verdad es que apenas habia dejado de estar un instante en uso de ella,—y en medio del silencio interrumpido solo por el rumor de las mandíbulas de Mateo puestas

á dura y laboriosa prueba, contó como Cataluña, desde mucho tiempo atrás, estaba dividida en dos poderosos bandos llamados de *Narros* y *Cadells*, perteneciendo á este último, segun Lena, los hombres mas nobles, mas poderosos y de mas buenos sentimientos religiosos, mientras que solo pertenecian al primero los aventureros, los hombres perdidos y desalmados y todos los pícaros en general. Tal fué la síntesis que hizo de ambos partidos el ama de llaves. Esplicó en seguida como al bando de los *Narros* habia pertenecido el caballero D. Juan de Serrallonga, el cual habia robado á una hermosa jóven de una familia distinguida llamada doña Juana de Torrellas, llevándosela consigo á la montaña, y haciéndola compañera de sus crímenes y de su vida errante y vagabunda.

—Por fin,—continuó diciendo la vieja,—la misericordia de Dios permitió que ese bribon y mal noble llamado Serrallonga, cayese un dia en poder del señor virey, el cual le mandó cortar la cabeza en una plaza pública de Barcelona. Pues bien, en lugar de servir esto de saludable escarmiento, los *Narros*, mas ensoberbecidos que nunca, trataron de vengar la muerte del bandolero infame que les habia servido de jefe, y al mes de su muerte, cuándo todo el mundo daba gracias á Dios por haberse estinguido aquellos crueles bandos, héte aquí que volvieron á resucitar mas sanguinarios que nunca en el campo de Tarragona. Oh! señor caballero, es una cosa horrible y que hace erizar los cabellos! La doña Juana, la compañera de Serrallonga, olvidando su nobleza y su raza, convirtiéndose en una especie de fiera sedienta de sangre, y acompañada de un tunante que se llama Fadri de Sau, y que dicen que es un hombre de un aspecto feroz, que solo tiene un ojo, que es jorobado y con unas barbas negras que le llegan hasta el pecho, la doña Juana, digo, se presentó en el campo de Tarragona en compañía del ausodicho Fadri y de unos cuantos perdidos de su calaña. Da lástima, señor caballero, da lástima oír contar las atrocidades que cometieron aquellas fieras en algunos pueblos y lugares, y tambien en algunas haciendas propias de los señores jueces que habian sentenciado á muerte á Serrallonga. Una mujer del país me contó á mí misma que la Juana iba al frente de su partida, á caballo, con el pelo desgredado y llevando en la mano una bandera negra donde habia pinta-

da una calavera sobre dos huesos, á la cual bandera llamaba ella *de la muerte*, porque decia que todos los que se agrupaban bajo sus pliegues debian estar dispuestos á morir por vengar á Serrallonga. El caso es, señor Orso, y á vuesa mercé le deberá parecer increíble, siendo cierto no obstante, que aquellos tunantes pasearon su bandera de la muerte por todo el llano, cometiendo miles de excesos y llegando á las manos con los vecinos de muchos pueblos, honrados *Cadells*, que se reunieron para echarles del país, queriendo la desgracia que fuesen vencidos los últimos en un sangriento combate. Entonces fué cuando el señor virey se vió obligado á tomar sérias providencias y á enviar gente de armas en persecucion de los malhechores *Narros*, que por fin se desbandaron abandonando el campo de Tarragona (1). Pero, no para aquí la cosa. La doña Juana de Dios, con su compañero el Fadri de Sau, el jorobado de las barbas negras, se vino entonces á este país, á este mismo país en donde estamos, señor caballero, refugiándose con su partida y su maldita bandera de la muerte en los riscos inaccesibles del Monseu. Dicen que allí se ha construido una especie de fortaleza, y de cuando en cuando ella y los suyos bajan al llano á hacer pagar contribuciones á los pueblos, á los cuales obligan á mantenerlos, sin que por esto dejen de robar la hacienda que encuentran al paso ó despojar inhumanamente al pobre viajero con quien tropiezan. Tal es lo que en el país se llama *la banda negra*, señor Orso.

Y la vieja haciendo por via de corolario la señal de la cruz, añadió:

—Dios tenga á bien librarnos, como del mal espíritu, de la *banda negra*, de su horrible capitana de la cual dicen que tiene un cráneo que le sirve de vaso para beber la sangre de los que manda asesinar; y Dios nos libre, sobre todo, del Fadri de Sau, de quien cuentan que se come los niños crudos, pues que no se alimenta sino de carne humana.

(1) El fondo de esta relacion es histórico. En los registros que se guardan en el archivo de la Corona de Aragon referentes al vireinato del duque de Cardona, hay un documento que da noticia de unas sangrientas reyertas que hubo en 1634 en el campo de Tarragona entre los bandos de *Narros* y *Cadells*, resultando muchas desgracias y muertes.

Una estrepitosa carcajada acogió estas últimas palabras de Lena, á pesar de que fueron pronunciadas con suma gravedad y con una especie de horror por la buena ama de llaves, que creía con su relación haber cautivado por completo á sus oyentes, transmitiéndoles todo el instintivo terror de que ella se hallaba poseída.

La carcajada, que no habia sido lanzada por otro que por Cayetano, escandalizó á Lena y sobresaltó á Mateo, haciendo que cayera de su mano el hueso que llevaba á la boca para acabar con un resto de carne pegado á su superficie.

Durante la larga relación de la vieja, el extranjero habia estado observando de reojo al montañés. Al principio este habia parecido encenderse en ira y se agitaba sobre su asiento como sobre un lecho de espinas, habiendo tenido que jugar varias veces el codo de Pedro. Sin embargo, á medida que Lena habia ido adelantando en su relato, la fisonomía de Cayetano fué tomando distintas expresiones, de profundo desden unas veces, de desprecio otras, de cólera reconcentrada algunas. Cuando el ama de llaves hizo la estraña pintura del Fadri de Sau, una sonrisa contrajo los labios del montañés, y ya entonces pareció como que la risa retozase en su cuerpo, descargando por fin con una ruidosa carcajada, cuando Lena al terminar su narración dijo de Juana y del Fadri que la una bebía sangre y que el otro comía carne humana.

Aquella estraña risa, que al ama de llaves hubo de parecerle muy fuera de lugar, y muy inconveniente, hizo fijar las miradas generales en Cayetano.

—Pues qué,—dijo Lena picada en lo vivo;—no creéis vos eso?

—¿Cómo quereis que lo crea? Estos son cuentos de...

La palabra vieja iba á deslizarse de sus labios. Afortunadamente se detuvo á tiempo.

—Cuentos de qué?—preguntó Lena incorporándose sobre la mesa.

—Cuentos de personas que no han visto nunca á la doña Juana ni al Fadri de Sau,—dijo Cayetano.

—Ah!—prosiguió Lena.—Vos creéis que son cuentos?

—Sí que lo creo.

—¿Seria por ventura que vos conocieseis á la Juana y al Fadri?

El montañés temió sin duda haber dado un paso en falso. Pareció vacilar un momento, y en seguida dijo con la mayor tranquilidad:

—Yo! Dios me libre! Maldito lo que de ellos me importa!

La vieja pareció calmarse.

—Es que por esto,—dijo.—Ya sabeis, Cayetano, que el señor baron de Gualba, nuestro amo y señor, pertenece al bando de los *Cadells*, que es al que pertenecen todos los buenos cristianos, y nadie que no sea *Cadell* de corazon comerá jamás un solo pedazo de pan en su casa. Las puertas de este castillo estarán siempre cerradas, mientras en él habitemos el señor Mateo y yo, á cualquiera que sea *Narro* ó se trate con ellos. ¿No es verdad, señor Mateo?

El mayordomo abrió entonces los labios por primera vez desde que se habian sentado á la mesa, pues creyó que su dignidad y categoría le obligaban á secundar las ideas del ama de llaves.

—Es verdad,—dijo.—Los *Narros* son unos animales feroces y dañinos, á los cuales es bueno perseguir para que llegne día en que ni rastro quede de ellos.

Cayetano dirigió una estraña mirada al mayordomo, y volviéndose hácia Lena, le dijo:

—Todo esto sé, pero como yo no soy ni *Narro* ni *Cadell*, por esto me rio de lo que dicen.

—Pues no se debe reir de lo que afirman personas graves y juiciosas,—esclamó Lena.

—Procuraré hacerlo así, y os pido perdon, señora Lena,—contestó Cayetano.—De hoy mas respecto á Juaná y á Fadri creeré lo que me habeis dicho.

El ama de llaves pareció darse por satisfecha con esta contestacion, y la cena terminó sin otro incidente notable.

Al levantarse de la mesa, mientras Lena iba á buscar una luz pues queria poner al caballero en posesion del cuarto en que debia pasar la noche, el montañés se encontró casualmente junto á Orso.

—El cielo ha despejado,—dijo este señalándole por una ventana la luz de la luna que iluminaba el patio del castillo,—y se me figura que mañana vamos á tener un hermoso dia.

Cayetano miró el cielo, en el cual efectivamente ya no se veia

ni una sola nube empañando su bella lámina azul, y contestó al caballero:

—Es verdad; la tempestad pasó, y, según está el cielo, diríase que no ha llovido nunca. Teneis razon: bello día vamos á tener mañana.

—¿Os quedais vos aquí, buen hombre?—le preguntó Orso.

—Yo no. ¿Y su señoría?

—Tampoco. Me interesa proseguir mi viaje.

Hubo entonces un momento de silencio entre ambos. Orso lo interrumpió el primero para decir al montañés:

—Oid, Cayetano. Vos, según parece, conocéis este país.

—Como mi propia casa.

—Pues bien, ¿quereis servirme mañana de guía?

—Según y conforme,—contestó Cayetano.—Todo depende del camino que piense seguir su señoría, y como no me alejara mucho del mio, con gusto le prestaría el servicio que me pide.

—¡Mi camino!—dijo el caballero.—Yo mismo no sé cual es.

—¿Pero á dónde se dirige su señoría?—preguntó Cayetano.

El caballero bajó la voz para no ser oído de Mateo, que estaba recostado en su sillón, y de Pedro que se hallaba en el otro ángulo de la estancia.

—Al Monseny,—dijo.

El montañés fijó en Orso una mirada profunda é interrogadora.

—Al Monseny!—esclamó.—¿Y qué es lo que va á buscar su señoría en un monte en donde no hay mas que nieves, lobos y nieblas?

—No tengo reparo alguno en decíroslo á vos, que me pareceis hombre honrado y que me habeis salvado la vida. Voy,—y al llegar aquí el jóven bajó todavía mas su voz,—voy al Monseny en busca de esa partida de *Narros* que se llama la *banda negra* y en busca de la mujer que parece ser el jefe de la misma. Decidme pues, buen hombre. ¿Quereis servirme de guía?

El montañés se hizo un paso atrás y miró de hito en hito al caballero.

En vano estuvo el jóven aguardando por largo rato una contestacion.

—Decid, — repitió Orso con alguna impaciencia. — ¿Quereis servirme de guia?

Cayetano contestó con una pregunta.

—¿A qué hora quiere ponerse en camino su señoría?

—¿Os parece que sea á las nueve de la mañana?

—Como su señoría guste. Puesto que quiere ir en busca de la *banda negra*, le enseñaré el camino y yo le dejaré entonces, para seguir el mio, que es distinto del de su señoría.

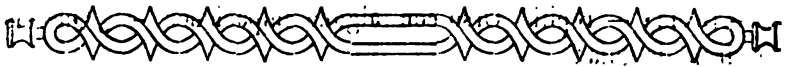
—Bueno. Esto me basta, — contestó sencillamente el jóven.

En aquel momento volvía á entrar el ama de llaves con una luz en la mano, dispuesta á acompañar al huésped á la habitacion que se le habia preparado.

El caballero la siguió, pidiéndole perdon por la nueva molestia que le causaba.

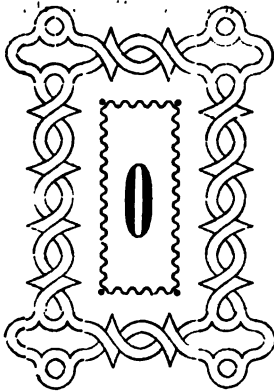
Lena llevó á Orso á una sala baja decentemente amueblada, con dos ventanas y una puerta que abrian sobre el parque. El ama de llaves le señaló la última, le dijo que si queria por la mañana salir á dar un paseo por el parque encontraria la llave sobre el mármol de la chimenea, y dejando la luz sobre una mesa, dió las buenas noches al huésped y le dejó solo.





III.

DE LA NOCHE QUE PASÓ EL ESTRANJERO EN EL CASTILLO DE GUALBA.



...rso se quedó solo; decimos.

Su primer movimiento fué el de pasear una mirada en torno de la habitación, cuyo mueblaje era sencillo y acomodado al gusto de la época. Una línea de taburetas corría á lo largo de las paredes, una cama cuadrada con colgaduras se alzaba en el fondo de la estancia, los cuatro ángulos de la habitación eran ocupados por otras tantas rinconeras, de forma cuadrada también, que sostenían unas estatuas, y en el centro, frente á la puerta que daba al parque, se veía una labrada chimenea. A cada lado de la chimenea había una mesita triangular con dorados relieves, pegada á la pared, como á cada lado de la puerta había una gran ventana que daba al parque.

La habitación toda tenía un aire sombrío y misterioso que le comunicaban el color verde de las colgaduras de la cama, el color morado de los tapices que cubrían las paredes, y el mismo color oscu-

ro de los taberetes y demás muebles. A otro personaje, menos melancólico que nuestro huésped, le hubiera entristecido un solo minuto de estancia en aquel aposento; pero Orso no solo parecía estar familiarizado con las ideas tristes y tégubres, sino que hasta parecía buscarlas con afán.

Nuestro jóven huésped se hallaba en su elemento en aquella funebre habitacion y aceptó con gusto la tristeza que allí filtraba y se desprendia de muebles y paredes.

Hemos dicho que en los cuatro ángulos del aposento se veían cuatro estatuas. Figuraban Nepluno, Pluton, Juno y Diana.

Orso se detuvo al pié de esta última y fijó en ella su mirada, á la escasa luz que despedia la bujía colocada por el ama de llaves encima la mesa.

La estatua era bastante bella y demostraba ser obra de un artista inteligente. Una blanca vestidura, llena de airosos pliegues, caía hasta sus piés, mientras que un manto artísticamente ceñido se desprendia de sus hombros, cubriendo con púdico recato las bellas formas de la diosa de las selvas. El rostro de la estatua lo formaba un gracioso óvalo, de una admirable pareza de líneas y de una rápida precision de delicados contornos. A no ser por sus ojos inanimados hubiérase dicho que aquel pálido rostro vivía.

Un buen rato permaneció el jóven caballero contemplando aquella estatua con melancólico arrubo, hasta que, apartándose de ella, se dirigió á una de las ventanas y la abrió de par en par.

El dia, que habia comenzado tempestuoso, tenia una conclusion excelente. Era aquella una bella noche que hasta hubiera podido envidiar la primavera. El cielo estaba raso y despejado mostrando toda la belleza de su lámina azul y de sus millares de estrellas, balancéandose la luna en el vacío como un globo de luz. No quedaba de la tempestad pasada mas recuerdo que las gotas de agua que de cuando en cuando se desprendian de los árboles con monótono ruido y mesurada cadencia. El aire era fresco sin ser frío, y como la noche estaba templada, no parecia realmente una noche de noviembre al pié del Monseny.

Orso se cruzó de brazos sobre el antepecho de la ventana; apoyó su cabeza en el marco, y dejó vagar errante su mirada por la es-

tension del parque que la luna iluminaba armonizándole con tintas sombrías y claras del mas poético efecto. Largo tiempo permaneció nuestro jóven apoyado en la ventana, completamente entregado á sus pensamientos, que eran ciertamente de color muy triste. La brisa dulce que se habia levantado, al mismo tiempo que llevaba hasta él los perfumes acres de la tierra removida por la lluvia y de esos arbustos y plantas que tienen verdura y aromas todo el año, agitaba las cabelleras de los árboles que se movian cadenciosamente, vertiendo un diluvio de gotas de agua depositadas en sus hojas por la tempestad.

El espectáculo que para cualquier otro hubiera sido agradable y risueño, era para Orso triste y fantástico. La larga línea de sombras de árboles proyectada por la luna en una de las calles transversales del parque, aparecia á los ojos del jóven como una procesion de movedizos y gigantes fantasmas, mientras que las masas imponentes de rocas con que el Monseny cerraba el horizonte, acababan de dar un sombrío color al paisaje.

Orso, despues de haber contemplado silenciosamente y con fria mirada aquella noche llena de estrellas, de perfumes y de fantásticas visiones, se apartó de la ventana, y se arrojó vestido sobre la cama, para gozar un momento de reposo, dejando encendida la bujía y abierta la ventana por la cual hacia entrar la luna sus oleadas de luz.

El sueño del caballero fué agitado y nervioso, poblado de apariciones estrañas y de fantasías sin conexion y sin enlace alguno. Una hora hacia poco mas ó menos que dormia, cuando despertó sobresaltado pareciéndole haber oído el crujir de una puerta al abrirse.

Entreabrió el jóven las colgaduras de su cama y abrazó el aposento de una mirada. La bujía, tocando á su término, arrojaba antes de consumirse del todo algunas luces vacilantes, pero débiles. En cambio, la luna entrando por la ventana, iluminaba completamente una parte de la habitacion.

Orso permaneció un rato escuchando y oyó que abrian la puerta de su cuarto, la cual habia dejado entornada. Esta puerta se hallaba al otro extremo de la habitacion, frente por frente de su cámara. No le quedó duda de que alguien la iba abriendo con cuidado, y su

mano buscó el puño de su espada, á fin de estar prevenido para cualquier incidente.

En aquel momento la moribunda bajó arrojo su última viva llamada y se apagó del todo. Quedaba empero la luz de la luna.

Orso vió avanzar de entre las sombras que se agrupaban en el fondo de la habitación, una especie de sombra blanca, que se adelantaba sigilosamente y que al andar no movía mas ruido que el que pudiera hacer una bola de algodón impelida por el viento.

Restregóse el jóven los ojos para asegurarse de que no soñaba. Le parecía ver á la estatua de Diana, que habia bajado de su pedestal y que se adelantaba lentamente. La sombra blanca fué tomando formas á los ojos del caballero, que distinguió su traje largo, el manto con que se envolvía, y la vió acercarse á la mesa y en seguida á la chimenea, como si buscase algo.

El corazón de Orso latía violentamente, pero no se atrevía á hacer el menor movimiento. El resplandor de la luna comunicaba bastante luz al gabinete para poder seguir á la sombra blanca en todos sus ademanes. A Orso, que en medio de todo se creía aun juguete de un sueño, le pareció que el fantasma, ó lo que fuera, buscaba con solicitud por sobre las mesas y mármol de la chimenea algo que no encontraba, pues se le veía tender sus manos paseándolas por encima los muebles, sobre los cuales se inclinaba buscando al mismo tiempo con los ojos, á través del tupido velo que ocultaba su rostro, el objeto con el cual no podía dar sin duda.

El jóven conoció por fin que el fantasma habia encontrado lo que buscaba, le vió apartarse de la chimenea, cruzando ligero la habitación y lanzándose hácia la puerta del parque, que no tardó en abrirse desapareciendo por ella.

Entonces fué cuando Orso volyió del todo en sí y se puso á reflexionar. Pensó que lo que el fantasma buscaba sin duda era la llave de la puerta del parque, que recordó haberle dicho Lena que estaba sobre el mármol de la chimenea, y calculó prudentemente que debia de ser un pobre fantasma el que necesitaba encontrar una llave para abrir una puerta.

Saltó Orso de la cama decidido á averiguar el fin de aquella aventura, cibióse la espada, y se atomó á la ventana que se abría sobre

el parque. Este se hallaba silencioso y desierto, iluminado á trechos por la luna. El jóven parecia querer interrogar con sus miradas el espacio, la luz, las sombras, los árboles, cuando de repente llegó á sus oídos un grito de angustia y de socorro.

Orso no vaciló. Abrió de par en par la puerta que el fantasma habia dejado entornada, y bajó la escalera precipitándose en el parque, y dirigiéndose hácia el punto de donde partiera el grito. Atravesó corriendo una calle de árboles, y llegó á una especie de plazuela, bañada por la luna, en el centro de la cual habia un vasto estanque cuyas aguas iba aumentando con las que arrojaba de su abierta boca un monstruoso león de piedra.

Detúvose el jóven al llegar allí y paseó una mirada en torno. Junto al león de piedra le pareció ver un grupo. Acercóse, y allí estaba en efecto la mujer blanca, tendida en el suelo, sin movimiento, al lado de un hombre que yacia cadáver, pues Orso pudo verle bañado en su propia sangre.

¿Qué horrible misterio era aquel?

Inclinóse sobre los cuerpos de entrambos. El hombre era realmente cadáver; la mujer solo estaba desmayada.

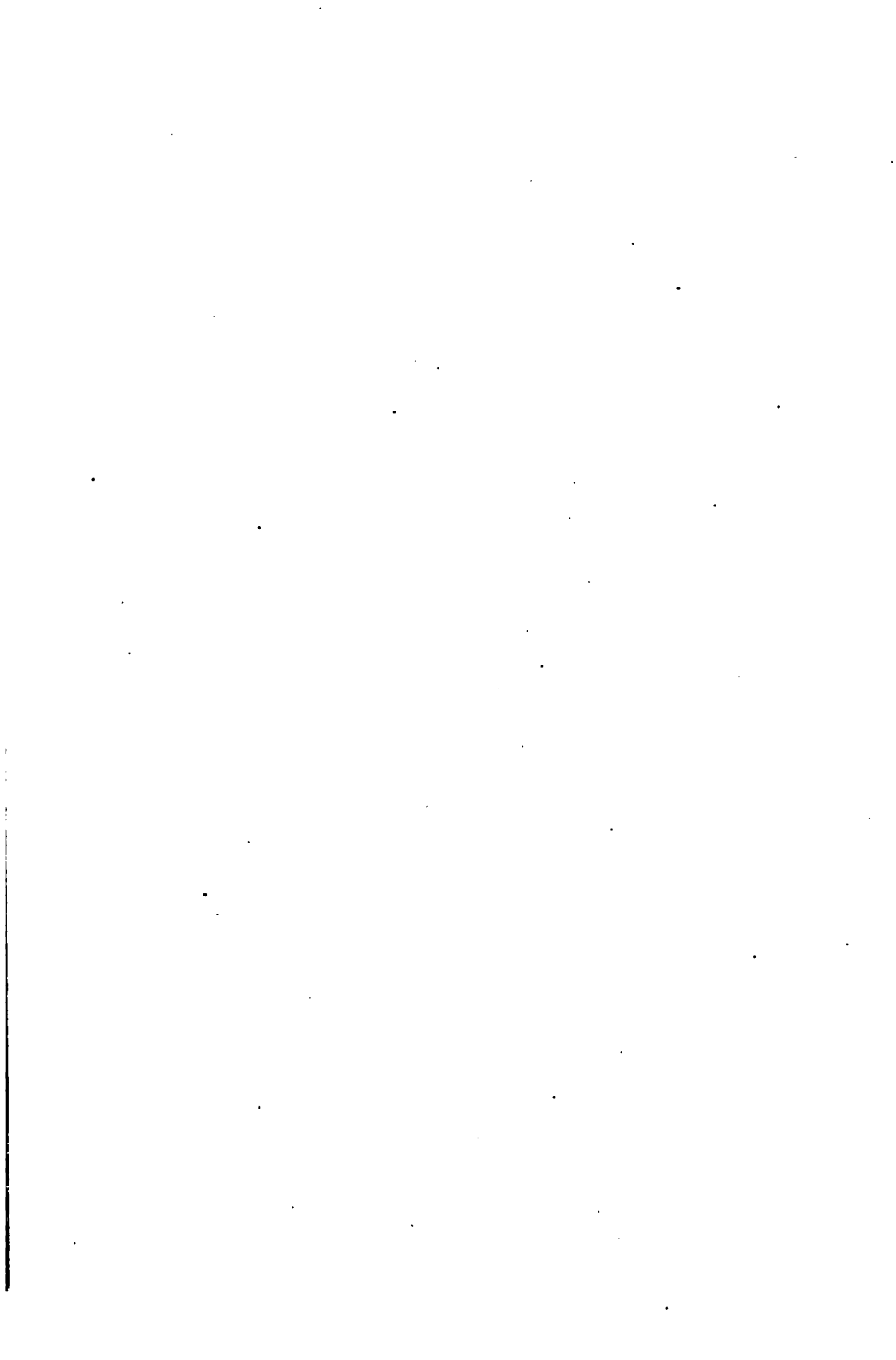
Orso se preguntó qué debia hacer. Era un extraño misterio aquel y una extraña situacion la suya. Miraba á todas partes con espanto, no sabiendo á que decidirse y temiendo que algúien, sobreviniendo de pronto, le hallase junto al cadáver pudiéndole creer quizá complicado en un horrible crimen. Esta idea le aterró, é iba ya á retirarse y á huir de aquellos sitios, cuando el fantasma hizo un ligero movimiento, y Orso entonces se avergonzó ante el pensamiento que de retirarse habia tenido dejando abandonada á una pobre mujer. Tomóla pues en brazos creyendo que lo más prudente era apartarla de aquel sitio, y atravesó de nuevo la calle de árboles, subiéndola la escalinata que conducia á su habitacion, y depositando su preciosa carga sobre unos taburetes junto á la ventana, por la cual continuaba entrando pálida y suave la luz de la luna.

Todo esto habia pasado en menos tiempo que el que hemos empleado para contarlo.

Orso se quedó en pie junto á la mujer desmayada, á la cual heria de lleno la luz del astro nocturno. Habíase desceñido por sí solo



¿Qui horrible misterio era aquel?



el manto que la cubría, y su rostro aparecía en toda la esplendidez de una de esas bellézas meridionales cuyo tipo no puede ser mas perfecto. Era casi una niña, y de una hermosura tan suave y peregrina, que bien podía pasar plaza de una aparición. La luz de la luna parecía formar como una aureola de ópalo sobre su cabeza, cuyos rizados cabellos mecía blandamente la nocturna brisa.

El caballero permaneció ante ella deslumbrado, y en un completo malestar, puesto que en todo lo que acababa de suceder había un misterio demasiado incomprensible para que pudiese acertar á darse cuenta de lo que le estaba pasando.

El aire fresco de la noche pareció reanimar á la dama blanca que movió primero un brazo y en seguida se incorporó, lanzando en derredor miradas que tenían algo de febriles y delirantes. La hermosa jóven se pedía cuenta sin duda del sitio en que se hallaba; é iba á hacer un movimiento para levantarse del todo, cuando sus ojos se fijaron en las manchas de sangre de que estaba sembrada la falda de su vestido blanco. Esto pareció devolverle el recuerdo, dió un grito agudo y llevóse ambas manos á su corazón como si sintiera que se lo arraucaban, en tanto que sus labios se entreabrian para dar paso á estas palabras:

—Muerto!... ¡Dios mio!... Muerto! muerto!

Orso creyó entonces deber acercarse á la dama.

—Señoral—murmuró.

Pero su pálida y hermosa desconocida, presa de un febril delirio, no solo no le hacia caso, sino que ni siquiera reparaba en él.

—Muerto! muerto!—continuó murmurando.

Y en seguida se puso á balbucear entre dientes unas palabras que Orso no comprendió. A los pocos instantes, la dama blanca, como si las fuerzas se le fueran agotando de nuevo, comenzó á dejarse caer sobre los taburetes, exclamando:

—Agua!... me abraso!... ¡Ay! agua, un poco de agua por piedad!... Me ahogo!

Y nuevamente cayó inerte y pálida, desmayada otra vez, sobre los asientos que Orso habia agrupado para recibir su cuerpo.

Difícil situación era en verdad la del jóven caballero. Empezó por tomar una de las manos de la dama y la encontró helada; tocó

su frente y la encontró abrasando. Aquella mujer, no sólo había perdido el conocimiento, sino que se agitaba en medio de una crisis nerviosa, que al aterrado Orso le hacía todo el efecto de una agonia.

Para colmo de desgracia una oscura nube que cruzaba el cielo se interpuso entre la luna y la tierra, dejando la habitación sumida en la mayor oscuridad.

Orso creyó que debía dar pronto socorros á aquella mujer que estaria tal vez moribunda, y por lo mismo, impulsado por esta idea, se lanzó fuera de su habitación, decidido á procurarse luz y á llamar á alguno de la servidumbre del castillo para que le auxiliara.

Creyendo recordar el camino por el que le había guiado el ama de llaves cuando le acompañó á su aposento, cruzó á oscuras y á tientas un largo corredor que se le figuraba debía conducir á la estancia en donde habían cenado, pero las tinieblas, y sobre todo el estado de zozobra y terror en que se hallaba por todo lo sucedido, le hicieron perder completamente el tino, encontrándose perdido en un dedalo de habitaciones, de donde difícilmente pudo salirse. Pasado mucho rato, encontró por fin el comedor, en donde había una luz, y de allí pasó á la cocina.

Todo el mundo dormía en la casa y reinaba en ella el mas sepulcral silencio.

Los instantes que el caballero permaneció perdido en las tinieblas y divagando por las habitaciones de aquella casa que le era desconocida, sirviéronle para calmar el ardor de su sangre que hervia y hacerle entrar en reflexion. Comprendió que no debía llamar á nadie ni pedir el auxilio de servidor alguno. Puesto que aquella dama desconocida, por un misterio que era impenetrable á su concepcion, se hallaba sola en su cuarto á semejante hora de la noche, enlazada á un crimen de que sin duda era inocente, creyó que llamar á alguno en su auxilio, seria venderla, comprometerla quizá, y acaso complicar de una manera mucho mas horrible su situacion angustiosa.

Con el firme propósito pues de no llamar á nadie, se proveyó en la cocina del castillo de una luz y de una vasija llena de agua, y volvió á su habitación cuyo camino entonces, gracias á la luz que llevaba, no le fué difícil encontrar.

Apresuróse pues, entró en su aposento, y... lo halló desierto. Una nube pasó por delante de los ojos del caballero, que hubo de apoyarse en la pared para no caer.

— ¿Era aquello un sueño?

— Los taburetes, que él había arrimado á la ventana para que recibieran el cuerpo de la hermosa dama, volvían á estar cada uno en su lugar respectivo; como si nadie los hubiese nunca tocado; la puerta del parque estaba cerrada como cuando Orso entró por primera vez en el gabinete acompañado de Lena. Todo estaba en su puesto. Nada parecía haberse movido ni nada parecía haber entrado.

El jóven extranjero creyó que soñaba ó estaba loco. Recorrió la habitación, separó las cortinas de la cama, buscó hasta debajo de las mesas..... nadie, absolutamente nadie. Dirigióse entonces á la ventana, que proseguía abierta como él la había dejado al ir á tenderse en la cama, y arrojó una mirada al parque. Se hallaba silencioso y desierto.

Y sin embargo, Orso estaba seguro de que ni estaba loco, ni había soñado. Recordaba perfectamente la aparición nocturna, la calle de árboles, el estanque con el leon de piedra, el cadáver de un hombre, la dama desmayada, y recordaba sobre todo la interesante hermosura de esta damà que le había causado una impresion tan profunda, que, aun cuando viviera siglos, el caballero estaba seguro de no olvidar.

Para asegurarse mas de que aquello no había sido un sueño, Orso decidió bajar al parque, correr otra vez al estanque y asegurarse de que allí estaba aun el cadáver del desconocido.

Se dirigió pues á la puerta. Estaba cerrada, y no halló la llave ni en la cerradura ni sobre el mármol de la chimenea.

Ya no le quedó duda entonces de que la misteriosa dama se la había llevado para imposibilitarle su salida al parque, puesto que las ventanas estaban demasiado altas para poder saltar por ellas. Es observacion que hizo el jóven caballero por sí mismo, pues que abrigó por un momento la idea de saltar al parque. Con solo asomarse se convenció de que era imposible.

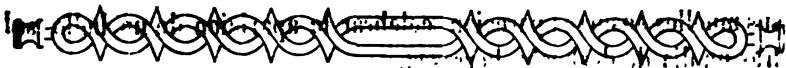
Retiróse el jóven de la ventana, y su fantasía, como caballo des-

bocado, comenzó á correr por el campo de las ilusiones y de las conjeturas. Al poco rato de haberse entregado á ese mental razonamiento, comenzó á sentir que hervía su sangre, que zumbaban sus oídos, que se abrasaba su cabeza. No era ciertamente extraño: la fatiga del viaje, los peligros que le ofreciera la tempestad, las extrañas emociones y misterios de aquella noche, todo se reunía para rodearlo de una especie de atmósfera vertiginosa.

Orso se arrastró hacia la cama y se dejó caer en ella, rendido y postrado.

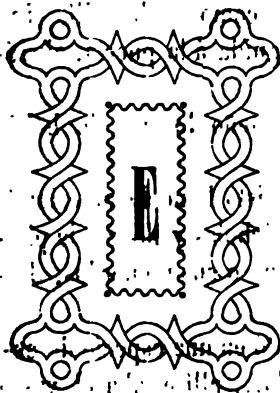
Poco después dormía profundamente.





IV.

EN LA MONTAÑA.



RA ASES muy de mañana cuando Orso despertó del profundo sueño en que había estado sumergido.

Recordaba de un modo confuso y vago las escenas de la víspera, y en medio de su somnolencia, se representaba la mujer vestida de blanco, el estanque del parque y el cadáver de un hombre. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo para despertarse del todo, movió de una manera ruda su cabeza, y saltó de su lecho.

Lo primero que hizo fué pasear una mirada por la habitación. Todo estaba lo mismo: la puerta del parque cerrada, la ventana abierta de par en par, todos los muebles en sus sitios. Llegó entonces á imaginarse que podía haber soñado, y se acercó á la ventana.

Había amanecido un día hermoso. Una brisa suave agitaba los árboles, que se balanceaban bajo un cielo límpido y azul y que ca-

sus muelles susurros parecían celebrar la aparición de un bello sol tras un día de deshecha borrasca.

Orso quedó engañado en su deseo. Se había asomado á la ventana creyendo desde ella divisar el estanque, pero, si realmente existía este, y no lo había soñado, la cortina de árboles que se desplegaba ante él lo ocultaba á su vista.

En seguida se volvió para buscar la llave que abría la puerta del parque, pero también, como la noche anterior, sus pesquisas fueron vanas: no estaba ni sobre el mármol de la chimenea ni sobre las mesas. Entonces se arrimó á la chimenea poniéndose de espaldas á ella, se cruzó de brazos y dejó caer la cabeza sobre el pecho preguntándose si verdaderamente había soñado ó estaba loco.

En aquel momento un rayo de sol penetrando en el cuarto y estendiendo una faja de luz por el suelo, hizo visible á los ojos del caballero un objeto que relucía debajo de uno de los taburetes. Orso se acercó, se inclinó... era la llave que buscaba. Sin duda cuando cerraron la puerta la habían arrojado al suelo, ó quizá habían entrado á depositarla en aquel sitio mas tarde cuando el joven dormía.

Orso no se entretuvo á darse cuenta de como estaba allí, sino que, apoderándose de ella, se dirigió en seguida á la puerta, abrióla, y se lanzó al parque.

Quería convencerse de qué no era un sueño lo que le había pasado.

Reconoció los mismos lugares que había visto la noche anterior á la luz confusa de la luna; siguió la calle de árboles y llegó á la plaza, en el centro de la cual, según su sueño ó sus recuerdos, debía existir el estanque.

Al llegar á esta plaza, su pecho se dilató en una especie de exclamación de gozo. Nó, no lo había soñado... allí estaba el vasto estanque, allí estaba el león de piedra vomitando agua. Pero, si esto aparecía en realidad tal como se lo presentaban sus recuerdos, en cambio, ningún otro objeto le revelaba su nocturna aventura. El cadáver que viera junto al león había desaparecido, y hasta parecía haberse tenido cuidado en borrar todas las huellas que pudieran denunciar la escena. El joven extranjero recorrió todos los alrededores sin encontrar indicio alguno de los que buscaba; solo creyó

notar huellas recientes en la arena, y hasta se le figuró que estas huellas revelaban la planta ligera de una mujer.

Inclinado se hallaba sobre la tierra, ocupándose en examinar una de aquellas pisadas, cuando una voz un poco bronca resonó junto á él, haciéndole estremecer:

—¿Qué es eso, señor caballero? ¿Se le ha perdido algo á su mercé que con tanto cuidado fija sus ojos en la tierra?

El montañés Cayetano era quien hablaba así. Preocupado en sus ideas, Orco no se había apercibido de su llegada.

Incorporóse el jóven y se volvió hácia él.

—Buenos días, mi salvador y mi guía, —le dijo.

—Me alegró que su mercé sea madrugador —añadió Cayetano. —Vengo de su habitación en donde creía hallarle entregado á los brazos del sueño, pero no le vió abierta de par en par la puerta de este parque, y he bajado á buscarle.

—¿Para qué?

—¿Para qué? Para ponerme en camino.

—Es ya la hora?

—No por cierto, pero á mí me interesa adelantarla; y si es que vuesa merced quiere que yo le sirva de guía, es necesario que se decida á ponerse en camino sin pérdida de un instante.

—No comprendo semejante prisa, —dijo el jóven á quien le había gustado permanecer algunas horas más en el castillo para ver si descubría algo de su misteriosa aventura.

—Pero la comprendo yo; y así basta, —contestó el montañés con desenfado y acompañando sus palabras con un brusco movimiento.

El caballero estrañó aquella aspereza en un hombre cuyos modales atentos y cuya complacencia había podido observar en el día anterior. Así es que sin contestar fijó en él sus ojos. Cayetano, que no vió su mirada, y que solo observó que no se movía, añadió en seguida, sin abandonar el tono de resuelto y singular desenfado que parecía haber tomado aquella mañana:

—¿En qué quedamos, señor caballero? ¿Viene ó no viene conmigo su mercé?

—Me pareció, —observó el jóven, —que me había señalado una hora y...

Cayetano le interrumpió: — ¿Y cómo se le paga?

— La hora se señala al guía cuando se le paga. Su merced no me paga á mí y yo soy por consiguiente quien he de escoger la hora de partida.

El caballero al oír esto llevó la mano á un bolsón, espere de este bolsón, que colgaba de su cintura. Cayetano vió el movimiento y adivinó la intención:

— No lleve su merced, mano á la bolsa, — le dijo. — Lo que me cabe de manifestar lo he dicho solo, por contestarle, y me por otra causa. Por lo demás, yo no soy de aquellos á quienes se pagan los servicios. Me ofrecí ayer á servir á vuesa merced de guía, y lo haré con gusto sin la menor retribucion, que con ella no lo haris, pero ha de ser mediante que vuesa merced se decida á venir conmigo al instante. Demasiado tiempo hemos perdido ya charlando.

— Mal humorado os habeis levantado esta mañana, Cayetano, — le dijo el caballero, que no queriendo en manera alguna peñir con el montañés, le hablaba con dulzura como para volver á putar en su gracia.

Cayetano se encogió de hombros, y suvizando la aspereza de su tono preguntó al jóven:

— ¿Ha abandonado ya vuesa merced el proyecto que me manifestó ayer noche?

— Oh! No, no, por cierto, — exclamó Orso con viveza. — Así cuando fuese con peligro de mi vida lo llevaria adelante.

— Pues si es así, y si verdaderamente le interesa hablar con la mujer que capitanea la *banda negra*, aprestase su merced á ponerse en camino, pues que acaso esta noche no exista ya ni rastro de *banda negra* en el *Montañés*.

— ¿Cómo es eso? — preguntó el jóven con interés. — ¿Por qué?

— Porque quizá levanta el campo y se vaya á otra parte.

— Pues qué, ¿sabeis por ventura?

— Yo no sé nada, señor caballero, sino que dentro pocas horas estará este castillo lleno de gente de armas que viene en persecucion de la *banda negra*, segun noticias traídas por un mensajero al apuñtar el día, y aspongo que, como ha sucedido otras veces cuando se ha visto hostigada muy de cerca, la banda partirá del

país dejando á los *caballés* que se dividieran á sus ranchos y á sus solas.

El jóven caballero al oír estas palabras pareció reflexionar un momento, y en seguida volvió á hacer ya una observación sobre la marcha, dijo al montañés:

—Vamos, pues, pero supongo que me darsis tiempo para despidirme de las buenas gentes de este castillo, aunque no sea sino interinamente me ensilla el caballo.

—En cuanto á despediros, podéis hacerlo de paso, puesto que con la noticia de la llegada del baron de Guilba, que viene con los hombres de armas, todo el mundo está ya levantado en el castillo, y por lo que toca á vuestro caballo os aconsejo que lo dejéis al cuidado de Pedro el guarda-bosque, ya que os voy á llevar por sitios, si es he de servir de guía, que con dificultad podéis salvar á pie.

Al decir las últimas palabras, Cayetano estaba ya andando. Demostraba tener prisa de abandonar el castillo, mientras que Orso, por el contrario, parecia alejarse de él con visible repugnancia.

Costábale mucho marcharse sin tratar de descubrir algo de su estraña aventura, sobre la cual por otra parte no queria hacer ninguna pregunta; al mismo tiempo que no queria ver partir sin él al montañés.

Orso, siguiendo á Cayetano, llegó al comedon en donde estaban hablando la china Lena y Mateo, ocupados en dar disposiciones á los servidores. Con la noticia de la llegada de su amo, Mateo habia recobrado alguna actividad, al mismo tiempo que Lena andaba de un lado para otro gruñendo, riñendo, hablando á solas unas veces y otras con el primero que estaba á sus alcances.

El jóven caballero, que todo lo observaba con curiosidad como si en el menor incidente ó objeto buscase la clave que debía descubrirle el enigma de su aventura, nada notó de particular, y en vano fué que fijara en todo su atencion y que hiciera, hasta algunas preguntas, muy indirectas por otra parte. Nada consiguió rastrear. Por lo demás, Lena andaba tan atareada, que no hizo caso del huésped, y se despidió ligeramente de él diciéndole que iba á reunirse con Gertrudis, la cual estaba arreglando y poniendo en orden las habitaciones del castillo para recibir al baron. Con el aviso de la llegada

de este, el curso de las ideas de Lena había tomado nueva dirección, y no trató ya de importunar al caballero con indiscretas preguntas:

Orso se vió obligado á abandonar el castillo sin poder descubrir nada absolutamente. Su aventura nocturna parecía estar condenada á quedar envuelta eternamente en el misterio.

Pedro el guarda-bosque, que les esperaba á la puerta, se ofreció á acompañar un trecho á los viajeros, y Orso aceptó esta proposición como una última esperanza que se ofrecía á sus deseos.

Sia embargo, no tardó mucho en quedar disipada.

Al salir del castillo, Pedro y Cayetano emprendieron su caminata á paso largo y hablando entre sí, cuidándose poco de si el caballero les seguía ó no.

Hasta despues de haber andado un buen trecho, no habló el último ocasion propicia para dirigir ciertas preguntas al guarda-bosque. La conversacion, que parecía tener muy preocupados tanto á Pedro como al montañés, cesó por fin, y Orso aprovechó la coyuntura.

Sus preguntas no fueron estrañadas por el guarda-bosque, que creyéndolas naturales en un extranjero, las satisfizo con puntualidad y corrientemente. En cuanto á Orso se quedó lo mismo que estaba, sin saber nada. Segun le dijo Pedro, en el castillo no habia mas meradores que los que habia visto la noche anterior reunidos en la cocina, y las estancias destinadas para el baron permanecian deshabilitadas durante todo el invierno.

Orso creyó inútil hacer mas preguntas. En el acento con que le hablara Pedro, conoció que no sabia nada, y por lo mismo decidió dejarse de mas averiguaciones y esperar del porvenir la solucion de aquel enigma. Por mucho, no obstante que se empeñase en olvidar su misteriosa aventura, le era del todo imposible. La imagen de la dama, sobre todo, á pesar de no haberla visto mas que un instante, habia quedado impresa de una manera indelible en su memoria. La hermosa desconocida, mas que la misma aventura, habia dejado un profundo é imborrable recuerdo en su alma.

Embebido pues en sus meditaciones y con la cabeza baja, fué prosiguiendo su camino, sin cuidarse de sus compañeros, que habian

vuelto á caer en interrumpida conversacion, llegando á abar- verse de tal modo en sus cavilaciones, que hasta se despidió fria- mente de Pedro, cuando este á la salida de un bosque se adelantó para desearle buen viaje, diciéndole al mismo tiempo que regresa- ra al castillo.

Cayetano estrechó la mano del guarda-bosque, quedóse un mo- mento rezagado como para confiarle algun encargo, y en seguida se dió prisa á reunirse con el caballero.

Largo rato continuaron los dos, uno al lado de otro, y en silencio, embebidos entrambos en sus ideas.

El camino, que se habia ido haciendo desigual y pedregoso, les llevó bien pronto á la montaña. Cayetano comenzó á trepar por un sendero escabroso y difícil. Orso le siguió sin vacilar.

Pareció entonces que se operaba una verdadera transformacion en Cayetano. Como si se encontrase en su elemento, como si el acre aroma que despedían los pinos y los matorrales de la montaña ejer- ciera en él una influencia particular, Orso pudo verle de pronto ani- marse y volver á todas partes sus ojos espresivos cual si quisiera saludar cada roca, cada árbol, cada objeto que se ofrecia á su vista. El rostro del montañés se iluminó con una expresion hasta entonces desconocida, y sus miembros cobraron mas agilidad, sin embargo de que era aquel el camino mas penoso que hasta entonces habian se- guido los viajeros; todo en él parecia cobrar nueva animacion y nue- va vida.

Entonces fué cuando, rompiendo el silencio, que hasta entonces habia guardado, dirigió la palabra al caballero. Su acento no era tan rudo y áspero como por la mañana, era por el contrario natural y afable, pero hasta en este sentido habia cobrado, permitiásenos de- cirlo así, una nueva faz; eran el acento y el tono de un hombre acostumbrado al mando que habla con naturalidad, pero con ener- gía y con imperio.

— Ya estamos en el Monseny, señor caballero; ya estamos en la montaña en la cual habita *la banda negra*! ¿Persistís en vuestro propósito?... Toda via estáis á tiempo para retiraros, mientras que dentro diez minutos quizá sea ya tarde.

— ¿Y quién os ha dicho que he acordado siquiera en retirarme?

—contestó el joven sin fijarse al parecer en el tono de familiaridad que con él había tomado el montañés.

—Pues que, ¿verdaderamente no os arredra la idea de presentaros ante esa furia que se llama doña Juana de Torrellas y ante ese jorobado de negras barbas que solo se alimenta de carne humana, según os ha dicho el ama de llaves del castillo de Gualba?

En los ojos de Cayetano brilló, al decir esto, un rayo de satírica malicia.

—Aun cuando uno y otro fueran tigres carnívoros,—dijo el joven,—iría á encontrarles.

Cayetano se acercó á él.

—¿Tanto es pues lo que os interesa verles?

—Mucho me interesa en efecto.

—¿A los dos?

—No. Poco me importa el tragon de carne humana, como dice en efecto aquella buena vieja, pero me conviene hablar con la viuda de Serrallonga.

—¿Porqué?

A esta atrevida é indiscreta pregunta, el joven contestó con serenidad y encogiéndose de hombros:

—Es mi secreto.

—Quizá no os sea fácil hablarle.

—A quién?

—A la viuda de Serrallonga, como vos la llamais.

—¿Porqué?—preguntó el joven á su vez.

—Porque los suyos no os dejarán acercar á ella. Tendreis que entenderos antes con.... con el jorobado de las barbas negras.

—A ella es á quien me interesa hablar y no á su teniente ni á ninguno de los suyos.

—¿Y quién le asegura á su teniente y á los suyos que no llevais alguna intencion perversa?

—No os comprendo.

—Jóven—dijo entonces Cayetano que ya no tomaba un tono de familiaridad sino de superioridad,—jóven, doña Juana de Torrellas tiene enemigos mortales y encarnizados que la detestan y que han probado ya varias veces de deshacerse de ella, no pudiendo acabar

con su banda. ¿Quién dice que no seáis vos un empujón de esos enemigos y quién responde de que vuestra misión no sea de atacaros á Doña Juana para...?

El caballero no dejó acabar á Cayetano. Encendió su puño, y su mano, movida por un impulso de generosa cólera, hizo un movimiento en busca del puño de su espada.

—Me tomarían por un asesino!... á mí! —esclamó con el acento de la indignación.

Cayetano pareció quedar satisfecho de aquel acento y del exámen que hizo del jóven en aquel instante su escrutadora mirada.

—Pues entonces —esclamó sin embargo, — ¿qué mil diablos de asuntos puede induciros á correr el peligro de pisar esta montaña, de querer ir al campamento de la *banda negra*, que ya os han dicho que estaba solo compuesta de malhechores, y de querer hablar á Doña Juana de Totreñas? Si no sois un hombre pagado, fuerza es entencós que....

De nuevo volvió el caballero á interrumpir al montañés, pero esta vez su indignación habia sabido de punto y su mano llegó á caer con fuerza sobre el puño de su espada.

—El haberme salvado la vida, —esclamó Orse tomándo su vez un imperioso acento, — no os autoriza para ser insolente conmigo, y si quereis que continuemos nuestro camino en buena paz y compañía, Cayetano....

El montañés fué entonces quien á su turno interrumpió al caballero. De un brinco saltó sobre una ruca vecina, y esclamo con voz tonante:

—Ya no me llamo Cayetano. Estoy ya en la montaña y recobro mi verdadero nombre. Yo me llamo el Fadré de Sac!

Y al decir esto, introdujo un dedo en su boca y dejó oír, uno tras otro, tres agudos y prolongados silbidos; á los cuales contestó en seguida otro desde el fondo de un bosque que se veía un poco á lo léjos.

El caballero no pareció sorprenderse. Al contrario, soltó el puño de la espada que su diestra sujetaba, y se cruzó tranquilamente de brazos.

El Fadri, porque era realmente él, volvió á bajar de las ramas á que se había subido, y dijo:

—Dentro un instante estarán aquí los míos. Ya es tarde para retroceder. Vais á encontraros entre los hombres de *la banda negra*.

La contestacion de Orso fué mirar con indiferencia al Fadri y encogerse de hombros.

El bandolero miró hácia el bosque, y estendiendo el brazo añadió:

—Mirádes. Aquí están ya.

Efectivamente, un grupo de hombres, con traje muy parecido al del Fadri, pero llevando todos el cuchillo en el cinto y el pedregal en la mano, acababa de salir del bosque dirigiéndose á todo correr hácia el sitio en que se hallaban nuestros dos personajes. Orso les vió llegar sin abandonar su actitud tranquila, sin desplegar los labios, sin que su rostro retratara ni la menor expresion de sorpresa.

Y es de advertir que la aparicion de aquellos individuos no era por cierto nada tranquilizadora, pues que todos tenian algo de feraz en sus tostados semblantes.

El Fadri, que habia estado observando con la mayor atencion al caballero, se acercó á él.

—Sois un valiente, —le dijo, —y un valiente no puede prestarse nunca á ser instrumento de malvados fines.

Y le tendió con franqueza su mano.

Orso se hizo un paso atrás.

—Ola! —dijo el bandolero.—¿No queréis estrechar la mano del Fadri de Sau! Pues bien, no creais que me incomode por esto. Os habrán llevado la cabeza de heroes y maldades que se nos atribuyen gratuitamente, y aun cuando estais ya convencido de que el Fadri de Sau no es el jorobado de largas barbas que se traga los niños crudos, sin embargo os queda todavía la sospecha de que tenéis delante á un ladrón, á un asesino y á un bandido.

En esto habían llegado los demás bandoleros en número de siete. Eran los que componian la avanzada, que estaba esperando en el bosque el regreso del Fadri.

— Este les saludó afectuosamente, y tomó el pedruzco que le ofreció uno de los recién llegados.

En seguida se volvió á Orso.

— Señor caballero, — le dijo, — oíd bien lo que voy á deciros. Libre sois aún de seguir adelante ó de volver atrás. Si queráis volveros, nadie se opondrá á vuestro camino; si queréis venir con nosotros, es preciso que antes me digáis los motivos que os guían á querer hablar con Doña Juana.

— No puedo contestaros á nada de lo que me preguntáis sobre este punto, — dijo el jóven. — Ya os he dicho que era mi secreto. En cuanto á volver atrás, no lo haré por caso. He venido á esta montaña en busca de Doña Juana de Torrellas, y no me volveré sin haber hablado con ella.

— ¿Estáis pues decidido?

— Decidido.

El Padrí pareció titubear un momento y en seguida añadió:

— Hay algo en vos que me interesa, jóven. Quiero respetar vuestro secreto y quiero llevaros á presencia de Doña Juana, pero ya comprendéis que nuestra situación nos autoriza á exigir condiciones.

— Decid.

— Será preciso que nos entreguéis todas vuestras armas y que os dejéis vender de hijos.

— ¿Me exigis esto por desconfianza ó por precaucion?

— Por ambas cosas.

— ¿Me serán devueltas mis armas cuando me separe de vosotros?

— Esto depende de...

— ¿De qué?

— De que lleguéis á separaros.

— No os entiendo, — murmuró Orso.

— Podría suceder que os quedarais en el campamento.

— Menos os entiendo ahora.

El Padrí arrojó una mirada en torno suyo y vió que sus compañeros seguían atentamente la conversacion que sostenia con el desconocido. Así pues, hizo una seña á Orso, separóse con él algunos pasos, y le dijo en voz baja:

— Oídme, jóven. No os ocultaré que nuestra situacion es crítica.

Yo no sé quien sois ni que misterio os lleva á nuestro campamento. Debeis pues comprender que cualquiera precaucion que yo tome con vos es poca, considerada la gravedad del caso. ¿Quién me asegura que vuestras intenciones son leales? ¿Quién me responde que no venís con el objeto de espiarnos y con el de dar á los enemigos noticia de nuestras fuerzas y de la situacion de nuestro campamento?

— Mi palabra, — dijo Orso.

— Vuestra palabra solo?

— Mi palabra solo, mi santa palabra de honor.

El jóven caballero dijo esto con tan solemne acento de veracidad, que hubo de conmover á Fadri. Este permaneció un rato pensativo, y en seguida tomando una resolucion, exclamó:

— Teneis razon y debo creerlo. Lo que tiene de mas sagrado un caballero es su palabra de honor. Yo admito la vuestra, y no hablemos mas del asunto.

Dicho esto, se volvió á los bandoleros, y les dijo:

— Adelante, muchachos.

Ninguno hizo la menor observacion á la órden del Fadri, y todos se pusieron en marcha, sin ni siquiera cuidarse; aparentemente al menos, del jóven extranjero.

Este guardó silencio tambien y se puso en marcha como los demás, guardando su continente glacial y sombrío. En cuanto al Fadri, se colocó á la cabeza de la partida sosteniendo en voz baja una conversacion con el que hasta entonces habia parecido estar de jefe de los bandoleros, y que no era otro que nuestro antiguo conocido Tallafarro.

Por lo que toca á Orso, pronto olvidó la situacion en que se hallaba, los nuevos compañeros que le rodeaban y hasta el punto á que se dirigia y el objeto que le guiaba. La rara aventura de la noche anterior, de la cual habia sido á un tiempo héroe y testigo, continuaba preocupándole, y ya sabemos que la desconocida dama blanca habia hecho una profunda impresion en su alma. Entonces se arrepintió de no haber dirigido preguntas mas directas á los moradores del castillo y de haberse salido de él sin averiguar algo de aquel misterio. Desgraciadamente, era ya tarde para volver atrás.

Sumergido pues en sus reflexiones, á las cuales por otra parte le inclinaba su carácter de suyo soñador y sombrío, Orso seguía maquinalmente á sus compañeros, sin hacerse cargo del camino que llevaban ni de los bellos paisajes y hermosos puntos de vista que á cada paso ofrecían las revueltas del monte á los ojos de los caminantes.

A medida que iban acercándose á la cumbre, la vegetacion, ya de sí escasa en la estacion en que se hallaban, parecia ir disminuyendo: la senda que seguian se presentaba cada vez mas árida y triste, y pronto tropezaron con grandes grupos de rocas que fué preciso salvar para vencer la cima del monte. Allí se les presentaron dificultades de camino más serias, pues la nieve que durante todo el año, y particularmente en invierno, no abandona nunca la cumbre del Monseny, hacia de aquellos lugares un punto verdaderamente intransitable para otros que no hubiesen sido los atrevidos montañeses que rodeaban á Orso. Este se vió obligado entonces á abandonar sus meditaciones, y hasta alguna que otra vez tuvo necesidad de aceptar el brazo y el auxilio de un bandolero para poder deslizarse por entre aquellas rocas cubiertas de hielo.

Si nuestro viajero hubiese querido recrearse en los bellos puntos de vista, hermoso era el que allí se le presentaba. Hubiera podido ver á sus piés una estensa y vastísima llanura, continuada por el mar que media entre Barcelona y Mallorca, y en esta inmensa llanura, cruzada por caudalosos rios, hubiera visto brillar centenares de villas y pueblos, campeando sobre todos la ciudad de Barcelona al mediodía, la de Vich al norte, y la de Gerona al oriente.

Luego que hubieron vencido la cumbre, empezaron á descender por la falta opuesta, como si se dirigiesen al pintoresco valle de Muscarolas. No tardaron en hallar un camino mas fácil y accesible que el que por largo rato habian estado siguiendo, volvieron á encontrar la vegetacion de la que parecian haberse despedido, y llegaron por fin á un bosque de sombrías hayas. Hubieran podido alcanzar este bosque rodeando el monte en vez de tramontarlo, pero sin duda el jefe de la partida habia seguido la direccion citada para desorientar al caballero, llevándole por mas fatigoso y árido camino.

Cuando estuvieron en el bosque, Tallaferró dejó escapar tres agu-

dos silbidos á los cuales contestaron otros varios que fueron gradualmente debilitándose, como sucede con la voz de alerta de los centinelas á medida que va alejándose del que la escucha.

El Padri se acercó entonces al extranjero y le dirigió por primera vez la palabra desde que habian empezado la marcha con dos bandoleros.

— Vamos á llegar al campamento, — le dijo. — He sabido que Doña Juana está ausente y no llegará hasta el anochecer. ¿Queréis volveros ó esperarla? Os dejo completamente en libertad de hacer lo que más os acomode.

— La esperaré, — respondió Orso lacónicamente.

El Padri no contestó y volvió á ponerse á la cabeza de los suyos, que no por esto habian interrumpido su marcha.

La partida atravesó entonces en toda su direccion el bosque, en el cual observé el caballero varios hombres, exactamente vestidos como los que le acompañaban, y que parecian estar de centinela; y desembocó de pronto en un claro colocado al pié de una eminencia ó colina á la cual se subía por una serpenteada escoba.

Orso conoció que habia llegado al campamento de los bandoleros, y arrojó una rápida mirada en torno suyo.

Al pié del montecillo se abria la boca de una cueva junto á la cual comenzaba la rampa que conducia á lo alto. La cambre estaba rodeada de masas de piedras, que parecian colocadas con cierta simetría como formando almenas; lo que daba á la colina un verdadero aire de fortaleza. En el centro de esta se veia una bandera negra con un cráneo sobre dos huesos en cruz, colocada sobre un montón de piedras. Orso vió asomar varias cabezas de bandoleros por entre las peñas y vió á otros que saliendo de la cueva y de entre los árboles se acercaban á ellos, pero lo que más le sorprendió fué ver á dos niños, de ocho á once años, que jugaban al pié de la colina y que suspendieron sus infantiles juegos para fijar en él sus asombrados ojos.

El Padri se le acercó entonces y le dijo:

— Estaréis fatigado, caballero, y voy á llevaros á un sitio donde podreis esperar cómodamente la llegada de Doña Juana.

Dicho esto echó á andar, siguiendo Orso á su lado. Al pasar por

delante de los niños, el Fadri observó que el caballero les miraba con atención y con estrafieza, y como contestando á una pregunta que no se le había hecho, le dijo:

—Son dos huérfanos, hijos de uno de nuestros valientes compañeros muerto en una refriega, y que *la banda negra* ha recogido para ampararles y protegerles.

Era así realmente. Doña Juana había aceptado el legado que le hiciera en sus últimos momentos uno de los más valerosos bandoleros que tenía en su compañía, y le juró recoger y amparar á sus dos hijos, huérfanos ya de madre, que estaban á cargo de una pobre familia de cierto infeliz pueblo. Para mejor cuidar de ellos y cumplir mejor la promesa hecha al moribundo, Doña Juana los sacó de la casa en que se hallaban y se los llevó consigo al campamento de los bandoleros, llegando á cifrar en ellos su cariño y á quererles como hijos suyos.

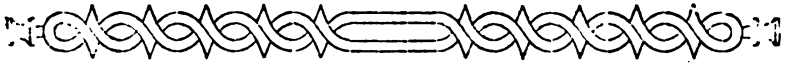
Orso y el Fadri pasaron por delante de la cueva y dieron vuelta á la colina. El caballero se halló entonces en una especie de vasto terraplen donde vió varias chozas esparcidas y formadas con tablas, troncos de árboles y esteras.

Señalóle el Fadri una de aquellas chozas y le dijo:

—Ahí podeis esperar el regreso de Doña Juana. Se os servirá cuanto podais necesitar, y si se os ofrece pedir alguna cosa, bastará con que os asomeis á la puerta. Siempre habrá un hombre al alcance de vuestra voz dispuesto á daros lo que pidais.

El caballero, admirado de la cortesía con que se le trataba en un campamento de bandoleros, que tenía motivos para creer feroces y sanguinarios, dió las gracias al Fadri, y, para no dar que sospechar, se apresuró á penetrar en la choza que se le había designado, decidido á no salir de ella hasta que fuesen á buscarle para presentarse á Doña Juana.





V.

GUERRA Á MUERTE.



La choza en que Orso penetró era bastante capaz, y aunque toscamente amueblada, tenia cuanto pudiese ser necesario. Unas tablas con un jergon para cama, una mesa, dos sillas de palo, un banquillo y un armario.

El jóven se acercó á la cama y se tendió en ella, y si bien comenzó á pensar en su situacion, en el objeto que le habia traido á aquel sitio y sobre todo en su nocturna aventura, cosas todas que le preocupaban de sobra, sin embargo, vencido por la fatiga, no tardó en quedarse profundamente dormido con la mano derecha debajo de la almohada, en donde por precaucion habia colocado las pistolas que llevaba en su cinto.

Largo rato permaneció entregado á las dulzuras de un sueño profundo y pesado, del cual le despertó el ruido que hizo una persona al entrar en la choza.

Orso se incorporó y vió á los piés de su cama á un bandolero que estaba disponiendo la mesa, sobre la cual estendia unos blancos y limpios manteles, colocando al mismo tiempo platos y cubiertos.

A la pregunta que Orso hizo, contestó el bandolero diciéndole que se le iba á servir la comida y que el teniente iria luego para acompañarle á la mesa.

El teniente era el Fadri de Sau. El título de capitán quedaba reservado para Doña Juana, que era realmente el único y verdadero jefe de la banda.

Ha llegado ya el momento de dar algunas esplicaciones á nuestros lectores.

Hacia ya siete meses que D. Juan de Serrallonga habia muerto en el cadalso, cuando comienza nuestra narracion, el dia 2 de noviembre de 1634.

Doña Juana de Torrellas, esposa del famoso bandolero, cuyo ánimo varonil conocen cuantos han tenido ocasion de leer la primera parte de esta obra, se creyó llamada á ejercer una mision de venganza, así que la cabeza ensangrentada de su infeliz esposo rodó por el patíbulo, separada del tronco por la cuchilla del verdugo.

Sedienta de venganza, declarando al bando de los *Castells*, causador de la muerte de Serrallonga, una guerra y un odio á muerte, se volvió á la montaña con el Fadri de San, inseparable compañero de su difunto esposo, y desde allí hizo un llamamiento desesperado á todos los *Narros*, enarbolando la bandera, llamada de la muerte, porque el lienzo de esta bandera era un pedazo de tela negra con que habia sido tapizado el cadalso de D. Juan, y porque sobre la misma hacia jurar solemnemente á todos cuantos se alistaban en su banda morir antes que desistir de su venganza.

Doña Juana, que habia aprendido en la escuela de su esposo, y cuyo ánimo resuelto y varonil la hacian apta, mejor que muchos hombres para jefe de una banda, acostumbrada como se hallaba á la vida errante de la montaña y á los peligros y emociones inherentes á esa aventurera existencia, Doña Juana, repetimos, se halló bien pronto á la cabeza de ochenta ó cien hombres decididos á todo y dispuestos á atropellar por todo.

El Fadri de Sau, siendo el primero en acatar los conocimientos

militares de Doña Juana, no solo se avino á ser su teniente, sino que cifró en ella todo el cariño y todo el respeto que por espacio de tantos años habia tenido y profesado á Don Juan de Serrallonga. Demasiado se lo probó esponiendo cien veces la vida en las refriegas para cubrir con su cuerpo el de aquella mujer heroica.

Cuando Doña Juana comenzó á sentirse fuerte, decidió llevar á cabo la expedicion al campo de Tarragona, de que al comienzo de esta obra hemos visto hablar al ama de llaves del castillo de Gualba; y eligió para primera de sus empresas el citado país, porque allí tenian posesiones y haciendas los principales *Cadells* que habian asistido á la asamblea que, dos dias antes de morir Serrallonga, tuviera lugar en el palacio de Don Carlos de Torrellas, asamblea de lo que largamente nos hemos ocupado en la primera parte de esta obra.

Los *Narros*, avergonzados de haber dejado morir á Serrallonga, al cual bien puede decirse que habian abandonado, favorecieron la expedicion de Doña Juana, y por espacio de un mes el campo de Tarragona se convirtió en un verdadero campo de batalla, corriendo á torrentes la sangre y siendo numerosas las víctimas de aquellas terribles jornadas.

Entonces fué cuando Doña Juana cobró un nombre que comenzó á ser famoso en Cataluña. La primera en el combate, enarbolando siempre su bandera de la muerte, se la vió entusiasmar con hechos y palabras á los suyos, siendo la primera en darles el ejemplo de la lucha y de la matanza. Su odio á los *Cadells* y su deseo inmoderado de venganza, llegaron á hacerla temible, feroz y sanguinaria. Habia jurado vengar de una manera horrible á su esposo y cumplia al pié de la letra su juramento.

Ningun hombre ha llegado jamás á ser tan feroz en el combate como aquella mujer; pero ninguno tampoco ha desplegado, despues de la lucha, y en medio de la victoria, sentimientos mas nobles, magnánimos y generosos.

Siguiendo las tradiciones establecidas por su esposo en la banda, repartia el botin conforme se hacia en vida de Serrallonga, siendo severa en punto á la disciplina y al buen orden de la companía.

Cargada con el botin recogido y amenazada por fuerzas mayores,

Dofia Juana abandonó el campo de Tarragona y se volvió á las Guillerías, que hubo de abandonar á su vez á causa de un somaten general que contra ella mandó levantar el virey.

Entonces fué cuando se marchó al Monseny, estableciendo su campamento en los lugares mismos en que habia tenido el suyo el célebre bandolero Roque Guinart.

Con la persecucion, la partida de Dofia Juana habia menguado bastante, quedando reducida solo á unos cuarenta hombres, si bien que estos resueltos y decididos.

Desde el Monseny, *la banda negra* bajaba de cuando en cuando á hacer escursiones ya en el campo de Gerona ya en el de Barcelona, pero nunca se propasó contra ninguna hacienda que no fuese de un conocido *Cadell*, ni atacó á otros que á los partidarios de este bando.

La existencia de esta partida de bandoleros mantenida por el ódio, por la venganza y por la resolucion á toda prueba de aquella mujer que habia jurado vengar á su esposo, empezó á causar serios temores al gobièrno, el cual decidió acabar con ella. No tardaremos en ver los medios de que se valió y trató de poner en planta para conseguir su objeto.

Por de pronto debemos limitarnos á hablar de Dofia Juana y de su partida.

Ni *Testa de ferro*, ni Roque Guinart, ni Serrallonga, ni ningun otro de los famosos *Narros* bandoleros, habian llegado jamás á tener la popularidad que conquistó Dofia Juana. El nombre de esta esforzada heroína resonó en toda la nacion y se hizo funestamente célebre. Era un nombre que inspiraba realmente terror, pues que el vulgo, como sucede casi siempre en casos semejantes, se complacia en pintar á aquella mujer de corazon varonil con los colores mas sombríos al par que mas terribles. Se contaban de ella cien hechos horrorosos y se le imputaban calumniosamente muchos saugrientos crímenes.

Calumniosamente, decimos, porque esta era la verdad. Dofia Juana era buena en el fondo, generosa y noble. Solo estaba desconocida cuando se hallaba en el combate, embriagada por el desco vivo de venganza que nutria su alma, y al cual se consagraba con la misma

fé con que pudiera haber hecho á un sacerdocio. En sus accesos de vengativa fiebre, cuando se le presentaba la sombra eusangrentada de su amado, cuando recordaba el dolor de dolores con que los *Cadells* impasibles habian herido su alma, cuando se le ofrecia á la memoria la inhumanidad de sus enemigos y pensaba en el deleite cruel con que se habian gozado en la muerte de Serrallonga, entonces la mirada de Juana se encendia abrasadora, su corazon latia descompasado, su rostro se contraia, sus ojos parecian rodar en una atmósfera de sangre, y frenética, delirante, fuera de sí, azuzaba á los suyos como á sus perros el feroz cazador nocturno de las baladas, y no daba ni queria cuartel, destruyendo cuanto se encontraba á su paso. En aquellos momentos estaba verdaderamente horrosa.

Afortunadamente, esta especie de delirios pasaban pronto, y volvia entonces á ser la mujer magnánima y noble que ya conocemos.

Parte de lo que acabamos de decir fué comunicado por el Fadrí de Sau al jóven extranjero, con motivo de haber comido juntos el dia de la llegada del último al campamento, segun hemos indicado al comenzar el presente capítulo.

Orso, al verse tratado por los bandoleros con atencion y hasta con cortesía, abandonó un poco el aire severo y glacial de que al principio parecia haberse revestido, y empezó á conversar con el Fadrí, cuando éste llegó á su choza para acompañarle á la mesa, bajo un pié de familiaridad, que el bandolero aceptó de buen grado. Así fué como, animándose poco á poco la conversacion, Fadrí, que era entusiasta de Doña Juana como lo habia sido de Serrallonga, esplicó á Orso algo del carácter de esta, desvaneciendo los errores que sobre ella se habia formado el caballero á causa de lo que generalmente se decia.

Largo rato estuvieron de sobre mesa nuestros dos personajes, saboreando las delicias de la succulenta comida con que el extranjero fué agasajado, hasta que el teniente de la *banda negra*, á quien llamaban asuntos del servicio, se separó de Orso ofreciendo volver en busca suya así que el capitán — que de tal modo llamaban á Doña Juana — hubiese llegado al campamento.

Orso tuvo entonces ancho campo para entregarse á sus acostum-

bradas reflexiones, pues permaneció solo hasta las nueve de la noche. A esta hora poco mas ó menos, el Fadri volvió á presentarse en la puerta de la choza anunciándole que Doña Juana habia llegado ya, y que enterada de su presencia en aquel sitio, estaba dispuesta á recibirle.

El corazon del jóven extranjero latió aceleradamente á este anuncio, como si hubiese llegado para él un momento por largo tiempo anhelado y estuviese por consiguiente abocado á uno de los trances supremos de su vida. Dominó sin embargo su emocion, y siguió al Fadri.

Este dió vuelta á la eminencia de qué hemos hablado y comenzó á subir por la rampa, seguido siempre del caballero.

A pesar de la estacion, la noche era bastante plácida, aun cuando corria un vientecillo sutil y fresco. Algunas nubes manchaban el azul del cielo, interceptando á veces la luz de la luna y comunicando de este modo un color sombrío á los lugares en que los bandoleros habian establecido su campamento.

No tardó en llegar Orso al terraplen que coronaba la eminencia. Allí, sobre un monton de apiñadas piedras, se alzaba la fúnebre bandera de la muerte, cuyo negro lienzo continuamente agitado por el viento, parecia despedir melancólicos gemidos. Dos bandoleros estaban de centinela paseándose, y veíase á otros dos tendidos en el suelo, como si aguardasen á que les tocara el turno para relevar á los primeros.

Junto al monton de piedras, que era pilar ó pedestal de la bandera, estaba Doña Juana con su pintoresco traje montañés, su daga colgada de la banda, que era negra en señal del luto que vestia su corazon, y su mano izquierda apoyada en el pedreñal. Hallábase de espaldas á la luna, habiendo quizá escogido aquella posicion porque le permitia examinar de lleno las facciones del recién llegado y leer en ellas.

Al llegar al terraplen, el Fadri estendió el brazo, y señalando á Doña Juana, dijo á Orso:

—Hé ahí al capitan.

En seguida, saludó al caballero y se volvió por el camino que ambos habian traído.

Orso, dominando su emoci3n, que era grande en aquel momento, fué adelantándose lentamente hasta encontrarse frente á frente de Doña Juana que le habia estado examinando con atencion á medida que se iba acercando á ella.

Hubo un momento de silencio entre ambos personajes. El extranjero examinaba con c3ruidosidad el traje y continente de aquella mujer, de quien tan contrarias versiones habia oido, mientras que Doña Juana, por su parte, tenia con una insistencia particular su vista fija en el j3ven.

Doña Juana no era ya entonces aquella deliciosa criatura que, al comienzo de la primera parte de esta obra, vimos un dia, ostentando á orillas de un estanque su cuello de cisne de inmaculada blancura, su talle lleno de vaporosas ondulaciones y moviendo su cuerpo con la voluptuosa y perezosa indolencia de un ser mimado y de una niña débil. El g3rmen de virilidad que dormia en el fondo de su corazon parecia haberse despertado por completo y de repente, y en su rostro tostado por el sol, pero bello entonces de verdadera belleza varonil, se leia una resolucion y una energ3a á toda prueba. Su mirada lanzaba rayos cuando queria, y entonces sus cejas al contraerse obligaban á estremecer á cualquiera que en aquel momento la mirase. Era todav3a bella, pero de una nueva belleza, de una belleza salvaje, si así puede decirse.

Ella fué la que primero rompió el silencio.

—Hanme dicho, caballero, que deseabais hablarme.

La voz de aquella mujer era breve y fuertemente acentuada. Hasta su voz parecia haber tomado un tinte de dureza como todo lo que le rodeaba.

—Así es la verdad, —contestó Orso. —He venido de muy léjos para hablaros.

—¿De dónde venís pues?

—De Sicilia.

—¿Sois siciliano?

—Soy corso.

Doña Juana fijó con nueva insistencia su mirada en el j3ven como si volviera á examinarle, y acabó por decirle:

—Caballero, no os conozco.

—Ya lo sabia yo,—contestó sencillamente el extranjero.

—Quiero decir con esto,—replicó Doña Juana,—que yo no acostumbro á tener tratos con desconocidos. Antes de decirme que que-
reis y á que venís, desearia saber vuestro nombre.

—Es muy justo. Me llamo Orso de Monteferro.

Doña Juana pareció recoger sus recuerdos.

—Monteferro!—dijo.—¡Orso de Monteferro!... Este nombre no me es desconocido.

—Mas de una vez lo habreis oido pronunciar á D. Juan de Serrallonga.

Doña Juana se estremeció, como le sucedia cada vez que oia pronunciar el nombre de su esposo.

—¿Fuisteis amigo de mi esposo en otra época?—le preguntó..

—No. Ya veis que soy muy jóven. Su amigo fué mi padre.

—Se llamaba entonces Orso como vos?

—Sí.

—Voy ahora recordando,—dijo Doña Juana.—Serrallonga en su juventud tuvo estrechas é íntimas relaciones con Orso de Monteferro, y hasta creo que este le prestó un servicio de consideracion en cierta época.

—Es verdad. En un lance apurado mi padre salvó la vida á vuestro esposo.

Doña Juana, con una arrogancia verdaderamente varonil, tendió su mano á Monteferro.

—Bien venido sea,—esclamó,—el hijo del compañero de armas de mi D. Juan. ¿Puedo yo seros útil en algo? ¿Puedo yo por mi parte satisfacer la deuda de gratitud que Serrallonga contrajo con vuestro padre el dia que este le salvó la vida?

—Podeis hacerlo.

—Explicaos pues.

—¿No os habló nunca D. Juan de Serrallonga de cierto legado que le habia sido confiado por mi padre antes de morir?

—No por cierto.

—¿De un puñal que debia serme entregado cuando yo, cumplidos mis veinte y dos años, me presentase á reclamarlo?

—No.

La frente de Orso de Monteferro se ensombreció.

—¿Es eso posible, señora? ¿No teneis noticia de ciertõ puñal confiado por mi padre á D. Juan de Serrallonga para que pasada cierta época me lo enviase, si antes no me presentaba yo á reclamarle?

—Jamás mi esposo me habia hablado de esto.

Orso lanzó un grito de dolor.

—Desgraciado! Desgraciado de mí! —murmuró dando espansion al vivo sentimiento que pareció estallar en su corazon.

—¿Qué de particular habia en ese puñal que tanto dolor parece despertar en vos su pérdida?

—Habia, señora, habia...

Y el jóven se interrumpió de pronto para volverse resueltamente, por medio de un movimiento duro, hácia Doña Juana, á la cual preguntó:

—¿Sabeis lo que es la venganza, señora?

A esta inesperada pregunta hecha por Monteferro con voz reconcentrada y solemne, una especie de estremecimiento nervioso recorrió el cuerpo de Doña Juana que se calló, como si no hubiese oido bien, y fijó una ardiente é interrogadora mirada en el extranjero.

Este, á los pocos momentos, volvió á repetir su pregunta:

—Os decia, señora, si sabeis vos lo que es la venganza?

La voz de Monteferro al volver á repetir estas palabras tenia, si nos permite decirlo así, una especie de sabor de ferocidad.

Perfectamente comprendió esta vez Doña Juana la pregunta que se le dirigia. Sus cejas se arquearon de aquella manera terrible que le era habitual en sus momentos de furor, sus facciones todas parecieron descomponerse abandonando todo resto de femeníl belleza para cobrar la dureza, el colorido y la animacion que podian tener las del hombre mas enérgico en un arrebato de noble ira, sus ojos llegaron á chisporrotear en la oscuridad iluminados por un rayo de salvaje cólera, y su mano febril se crispó á los bordes de la boca de su pedregal.

—¿Si sé lo que es la venganza, me preguntais, caballero?— exclamó con un acento indefinible porque parecian haberle prestado á un mismo tiempo sus tonos el dolor, la ira, el frenesí, el rencor y hasta esa especie de voluptuosa ironía que tiene la cólera: re-

concentrada. — Tanto valdria que me preguntaseis quién yo soy, porque yo, caballero de Monteferro, no me llamo como pensais ni soy lo que podeis creer. Nó, yo no me llamo Doña Juana de Torrellas; yo me llamo la venganza. Yo no soy un ser humano, yo he dejado ya de ser una mujer para convertirme en una idea, en un pensamiento, en el odio que se ha encarnado en mí para perseguir á toda una raza maldecida. Yo soy el esterminio.

Aquella mujer estaba casi sublime espresándose de esta manera. Orso la contemplaba mudo, con admiracion y con respeto, y habia dejado de pensar en sí propio para concentrar toda su atencion en aquella mujer que se erguia de súbito ante sus ojos, bajo una faz desconocida, como si se creyese ser una mensajera divina de venganza.

De pronto, Doña Juana estendió su brazo derecho y señaló la bandera que flotaba al viento.

—¿Veis esa bandera? — exclamó. — Esa bandera quiere decir venganza, esterminio, guerra á muerte y sin cuartel. Esa bandera está formada de un pedazo del lienzo con que unos jueces inexorables mandaron vestir el cadalso; sobre el cual rodó la ensangrentada cabeza de mi D. Juan. Este lienzo está pues empapado en sangre, y si fuera de día, hasta podriais ver las manchas impresas en él por la sangre de mi esposo.

Al llegar aquí, Doña Juana cogió violentamente á Monteferro por el brazo y le empujó, con una fuerza que parecia sobrenatural en su sexo, hasta el pié del monton de piedras.

—Y ahora, —añadió dando á su voz un verdadero tinte de fiereza, —ahora, oid.

Orso quedó inmóvil y mudo, siguiendo asombrado con la vista la direccion del dedo de Doña Juana que le señalaba el flotante lienzo, bajo el cual se encontraban en aquel instante.

Hubo un momento de silencio que el extranjero no se permitió interrumpir.

Doña Juana parecia escuchar con salvaje placer el ruido que hacia el lienzo de la bandera, ya desplegándose impelido por la brisa, ya cayendo lánguido á lo largo del mástil que lo sostenia. Fuése por la disposicion de espíritu en que se encontraba, por lo acordes que es-

taban con los suyos los sentimientos con tanta energía expresados por Doña Juana, por la fascinación que aquella mujer comenzaba á ejercer en él, ó por todo el conjunto de circunstancias reunidas que le acosaban, lo cierto es que Orso creyó notar que aquella bandera al plegarse y desplegarse, al chocar con el mástil, al azotar el aire, producía en efecto un ruido extraño, particular, lúgubre y misterioso. Parecía ser una voz que se quejaba en el lenguaje de los sollozos y que despedía gritos y lamentos.

El rostro de Doña Juana, que en aquel momento iluminaba un rayo de la luna medio velada por las nubes, tenía algo de fantástico, al par que parecía destacarse sobre una aureola de sublime fiereza.

—Oís? — exclamó aquella extraña mujer, como si estuviera en una crisis de éxtasis ó de delirio. —Oís?... No es el viento el que se queja y el que suspira. Es la voz de mi esposo, la conozco bien, es la voz de mi esposo que... ¿oís? me grita venganza, ven...gan..za, ven...ganza.

Realmente era así. Orso al menos creyó escuchar que el ruido formado por el lienzo murmuraba la palabra venganza. La ilusión fué completa para él. La convicción pasó del ánimo de Doña Juana al suyo.

La viuda de Serrallonga se apartó un paso de la bandera y se enjugó el sudor que inundaba su frente.

—Cuando me siento alguna vez débil, — murmuró, — vengo siempre á ponerme al pié de este lienzo, y veo entonces entre sus pliegues las manchas de sangre, y oigo la voz misteriosa de mi Don Juan que me impele á seguir adelante en el camino á mis pasos abiertos. Mucha sangre ha corrido ya por mi causa, pero hasta ahora aun no he tropezado con ninguno de los que fueron jueces de mi esposo. Quiere decir esto que aun ha de llegar la hora del esterminio, y el día que esta hora suene en el reloj de la justicia, mi venganza caerá inexorable sobre la cabeza de los inhumanos *Cadells*, como inexorable cayó la cuchilla del verdugo sobre Don Juan de Serrallonga. Cuando llegue este caso será cuando oigais hablar de mí, caballero de Monteferro. En el ínterin, no volvais á preguntarme jamás si sé lo que es la venganza.



Guerra à muerte.



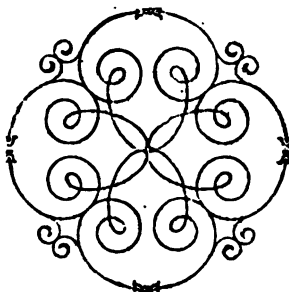
Doña Juana había concluido ya y Orso la escuchaba aun. Comprendió por fin que le llegaba su vez de abrir los labios, y exclamó, con extraño acento á su vez :

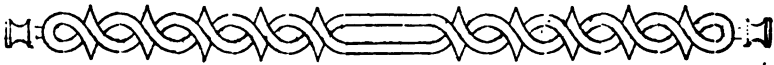
—Señora, nadie como yo puede comprender mejor vuestros sentimientos, nadie como yo, que he nacido corso. En mi país, y en mi raza sobre todo, la venganza es una religion. Vos teneis que vengar á vuestro esposo ; yo tengo que vengar la honra de mi nombre y la muerte de mi padre. La venganza nos ha hecho hermanos. Ahora bien, hermana mia, oid mi historia.

Y haciendo sentar á Doña Juana sobre una peña, Orso empezó á contarle una historia terrible y sangrienta.

No haremos que nuestros lectores escuchen esta historia de boca de Orso, porque mejor que él la sabemos nosotros, y podemos contarla, por consiguiente, mejor de lo que él la contó á Doña Juana.

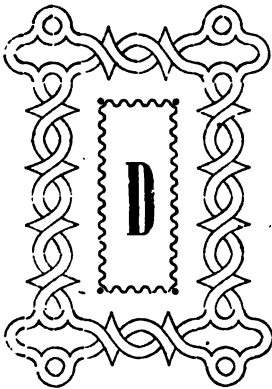
Héla aquí.





VI.

LA HISTORIA DE ORSO DE MONTEFERRO.



DOCE años antes de la época en que tenían lugar las escenas que hemos contado, es decir en 1622, vivía en Sicilia, en una espaciosa casa de campo situada á poca distancia de la ciudad de Mesina, una familia oriunda de Córcega, pero que, por causas que no son de este lugar, había abandonado su país nativo para ir á buscar una patria de adopción en Sicilia, que entonces se hallaba aun bajo el dominio del cetro español.

El jefe de esta familia, corso de origen y de raza, era marino y se llamaba Orso de Monteferro. Propietario y capitán de un buque que tenía por nombre *San Anselmo*, con el cual había hecho varios viajes á las costas españolas y dos á las Indias y á América, era un hombre intrépido como buen marino, adusto y franco como buen montañés, y vengativo como buen corso. En alta mar, y en un día de tempestad, el capitán Monteferro era un hombre indispensable:

era la mirada que vigilaba las rocas, el instinto que advertía los escollos, el oído que escuchaba el viento, la mano que guiaba el buque. Daba sus órdenes con una firmeza ejemplar, sin que admitieran réplica, sin decir nada mas que lo estrictamente necesario para darse á entender. Cuanto mayor era el peligro, mas serenidad resplandecía en su rostro.

Era parco de palabras, pero en cambio brotaban á veces de sus ojos tan estrañas miradas, que no se hallaban á faltar sus palabras.

Se habia casado en Córcega, muriendo su mujer al poco tiempo de haber dado á luz un hijo.

Este hijo que en la época en que por primera vez le encontramos tenia solo doce años, se llamaba Orso como su padre, como él tenia grandes y rasgados ojos negros, y como él, ya en aquella tierna edad, mostraba en su semblante el baño de singular melancolía que parecia ser herencia de los Monteferro transmitida de padres á hijos.

Porque una cosa rara tenia la raza de Monteferro: ese rostro singular, taciturno, melancólico, adusto, pero espresivo en alto grado, original de la familia, como si los hijos no fueran mas que una copia y un retrato del padre.

En Sicilia el capitan Monteferro contrajo segundas nupcias enlazándose con una jóven noble pero pobre, pobre pero linda. La primera circunstancia importaba poco al capitan, que era inmensamente rico.

Teresa, que así se llamaba el tercer miembro de aquella familia, no simpatizaba con Orso. Pobre jóven tímida, que nunca se habia separado del lado de sus padres, como tórtola de su jaula; pobre flor trasplantada fuera del huerto maternal, viviendo en el mundo sin conocer el mundo, era tan virgen al año de casada como antes de efectuar su enlace, pero virgen de esa virginidad de alma, no de esa hipócrita vestimenta con que en la sociedad, y en todas épocas, se han cubierto ciertas mujeres.

Finalmente, el cuarto miembro de aquella familia era un hermano menor del capitan, llamado Paolo, adusto y sombrío como su propio hermano.

Orso, que le tenia mucho cariño, depositaba en él sus secretos, y le dejaba encargados sus negocios y la direccion de su casa mientras duraban sus viajes.

Ahora bien, en el momento en que introducimos á nuestros lectores en el seno de esta familia, el capitán Monteferro estaba ausente, habiendo partido para uno de sus largos viajes, despues de haber dejado á Teresa su mujer y á su hijo Orso al cuidado inmediato de Paolo.

Este, á su vez, se habia visto obligado á ausentarse por espacio de mes y medio para ir á Palermo, donde le llamaba un negocio del capitán, y durante este corto espacio de tiempo, grandes acontecimientos habian sobrevenido en la casa y en el corazon de Teresa en particular.

Mesina en aquella época estaba llena de españoles, y en particular de catalanes. Durante la ausencia del capitán y de Paolo, un caballero castellano, oficial de las tropas del rey Felipe, pero cuyo nombre jamás llegó á saberse en la comarca, habia ido á habitar una casita cerca la del capitán Monteferro. Vivía con él otro español, grande camarada suyo, á quien el oficial llamaba Miguel.

Mientras que el oficial castellano era un hombre realmente arrogante, de hermosa figura, Miguel era feo, pero de un feo subido y, al revés de Teresa de Monteferro que ignoraba que fuese linda, Miguel sabia demasiado bien que era feo. Aquella fealdad, cual si fuera una mancha impresa en su rostro por la sociedad, Miguel queria hacerla pagar á todos, y la crecida dosis de ódio que encerraba su pecho, le habia ido volviendo hipócrita, malo é infame. Si á fondo hubiéramos podido sondear su vida, si nos fuera dado seguirle desde sus primeros pasos en el mundo, ¡de cuántos crímenes quizás hubiéramos tenido que acusarle! ¡Cuántas tropelías, cuántos desmanes, cuántas infamias ocultaba de seguro su vida!

Miguel era para el oficial español, como se diría ahora, lo que Beltrán para Roberto, el ángel malo de su amigo. Y sin embargo, unía á entrambos un lazo de constante y real amistad. Era tal vez que en el fondo los dos eran malos.

Miguel aconsejó á su amigo que hiciera el amor á su linda vecina,

la esposa del capitán Monteferro, y el oficial, emprendedor y ligero de cascos, secundó el pensamiento de su camarada. Sin embargo, Miguel llevaba una segunda idea en el consejo. Sabía que Monteferro era inmensamente rico, y quiso, por medio de su compañero, anudar el hilo de una intriga que pudiese ponerle á él mismo en camino de hacerse con parte de aquella riqueza.

El oficial echó sus redes, logró introducirse en la casa de Monteferro, y la pobre Teresa sucumbió.

Los amantes se entendieron, y nada llegó á traslucir la servidumbre de la casa.

Sin embargo, dos terceros mediaban en aquellos amores. Miguel, el compañero del oficial castellano, y Benedetta, la camarera de Teresa.

Todo esto tuvo lugar durante la ausencia de Paolo.

Cuando este regresó, los amantes continuaron viéndose, pero mas de tarde en tarde, y solo de noche. Las entrevistas eran del modo siguiente. Benedetta cuidaba de dejar abierta la puerta del parque, el oficial se introducía por ella, y á favor de una escala de cuerdas suspendida de la ventana de Teresa, el amante llegaba á los brazos de su amada.

Cierto día, á hora en que apenas empezaba á clarear el alba, un mensajero llegó á la casa de Monteferro preguntando por Paolo y diciendo ser tan urgente el mensaje, que debía hablarle en el acto. Despertaron pues al hermano del capitán, quien recibió en seguida al mensajero. Este era un enviado del capitán mismo. La víspera Orso había llegado á Mesina á bordo del *San Anselmo*, de regreso de un viaje de un año, y comunicaba la noticia á Paolo para que pasara á la ciudad en busca suya.

Satisfecho y alegre Paolo con la nueva, despidió al mensajero, y esperó con impaciencia la hora en que acostumbraba levantarse Teresa para darle la fausta noticia de la llegada de su esposo.

Mientras esperaba, Paolo, para ocupar en algo el tiempo, se asomó á la ventana de su aposento la cual daba á una calle de árboles que partía de la puerta de la casa, y se dispuso á contemplar el hermoso cuadro que siempre ofrece la naturaleza al despertar del sol.

Largo rato hacia que estaba deleitosamente entretenido en sus observaciones, cuando, de pronto, dejó de mirar al cielo para observar en la tierra un objeto que le habia llamado la atencion.

Una mujer salia recelosa y furtiva de la casa, mirando con precaucion á todos lados. Era Benedetta.

Fué adelantándose hasta la alameda ó calle de árboles que habia delante de la quinta, llegó hasta el tercer árbol, detúvose ante él, y Paolo pudo ver como la doncella sacaba de su seno un papel que desapareció sin saber como ni por donde. En seguida, con las mismas precauciones, Benedetta se volvió á la quinta.

Poderosamente escitada la curiosidad de Paolo por aquel misterio, no vaciló en bajar de su cuarto y en dirigirse al árbol, ante el cual habia visto que se detenia Benedetta. Dió vueltas al rededor del árbol, haciendo sufrir al tronco un detenido exámen, y por fin descubrió un pequeño hueco á la altura de la mano. Introdujo esta en el hueco y sus dedos tocaron un papel, que retiró en el acto.

Era un billete.

Paolo lo desdobló y leyó.

Decia así:

«Esta noche á las diez. No sucederá como el otro dia que Benedetta olvidó dejar entornada la puerta del parque, y la escala de cuerdas te esperará en mi ventana.»

Por lo demás, ninguna firma, pero tampoco la necesitaba Paolo. Habia conocido la letra de Teresa.

Un punzante dolor oprimió su corazon, pues que Paolo estaba celoso de la honra de su hermano como de la suya, y decidió averiguar á quien iba dirigido aquel billete.

Púsose pues en acecho, y no tardó en ver aparecer á un hombre que se dirigió en linea recta al árbol, apoderándose de la carta que en él habia vuelto á depositar el hermano de Orso.

Este hombre era el oficial español que hacia poco se habia establecido en la comarca.

Todo se lo esplicó entonces Paolo, y como el citado oficial y el compaño que con él vivia, gozaban de una malísima reputacion, comprendió todo lo profundo del abismo abierto á los piés de Teresa.

En cuestion de honra Paolo era inexorable, pero creyendo que no debia constituirse en juez atendidas las circunstancias, decidió dar aviso de todo lo que pasaba á su hermano para que este obrase conforme lo tuviese por mas conveniente. Tomada esta resolucion, ocultó á todo el mundo la llegada de Orso á Mesina, y partió para la ciudad sin decir á donde iba ni cuando estaria de vuelta.

Debemos transportarnos ahora á la noche de aquel mismo dia, entre las nueve y diez de la misma.

Frente las ventanas del aposento de Teresa de Monteferro se estendia el parque de la casa, y antes de entrar en él se elevaba una rústica glorieta cubierta por un espeso manto de enredaderas y adornada con algunas estatuas. Colocada esta glorieta á unos cuarenta pasos de las ventanas de Teresa, se unia por la espalda con la alameda que daba comienzo al parque, no teniendo ante sí ni un solo árbol, ni una sola planta que pudiera servir de estorbo á la mirada.

Ahora bien, á la hora indicada un hombre se hallaba en esta glorieta, sentado en un banco de madera, inmóvil y mudo como una estatua.

Este hombre era el capitan del *San Anselmo*.

La luna no penetraba allí; las entrelazadas hojas ofuscaban su luz comunicando á la glorieta un tinte sombrío y melancólico, el silencio mas triste reinaba en aquellos lugares interrumpido solo por el débil murmullo del viento agitando las hojas y las ramas.

Renunciamos á describir lo que pasaba en aquel hombre cuya inmovilidad hubiera podido confundirse con la de las estatuas que le hacian compaña. El alma tiene tempestades desencadenadas como la naturaleza, y en aquel momento, bajo aquella aparente calma, el corazon de Orso era teatro de una de las mas horribles y violentas tempestades que puedan agitar la humana naturaleza.

Un débil rumor que la brisa llevó á su oido le hizo estremecer repentinamente. La sombra de duda que podia existir en su corazon iba á trocarse por una realidad aterradora, desnuda, palpable. Se levantó entonces, y acercándose al fondo de la glorieta, separó con precaucion las enredaderas para abrir paso á su mirada.

Un hombre entró de lleno en la luz proyectada por la luna en los cuarenta pasos que mediaban entre la glorieta y la casa. Previsor y

prevenido , aquel hombre examinó los alrededores , y se acercaba ya á la glorieta para visitarla sin duda, cuando, abriéndose con algun rumor una ventana de la casa, le hizo pararse y volver la cabeza.

El capitan del *San Anselmo*, con aquella sangre fria que nunca abandona á los hombres avezados al peligro, se habia cruzado de brazos, y, altanera la frente, centellante la mirada, sereno el rostro, esperaba.

El ruido de la ventana cambió la direccion de las ideas del desconocido y tambien la de sus pasos, pues sin cuidar ya de encaminarse á la glorieta como parecia ser su intento al principio, se dirigió hácia el sitio de donde partiera el rumor.

Un rostro, que Rafael hubiera deseado tener por tipo, asomó en el óvalo de la ventana, é inmediatamente una escala de cuerdas bajó con la presteza del rayo. El desconocido, sin quitarse el embozo de la capa, subió por la escala, doblándola en seguida, y cerrando la ventana.

Toda aquella escena pasó con espantosa celeridad ante los ojos del capitan, que ni siquiera pestañeó. El semblante de Orso no se descompuso en lo mas mínimo, sus brazos quedaron cruzados sobre el pecho, sus piés parecian haber echado raices en aquel sitio ; tan solo una ligera crispacion de sus manos indicaba lo que sentia su alma.

En la lucha que sufriera pocos momentos antes, en el combate que habian tenido que sostener sus pasiones contra su corazon, su corazon contra su cabeza, su cabeza contra su sensibilidad, y contra todo y todos su afan de venganza, su fisonomía habia cambiado cien veces, su sonrisa habia tomado cien espresiones, su mirada habia vendido sus cien afectos. Entonces ya no ; su resolucion fija, terrible, inmutable como el destino, habia cubierto con un velo sus pasiones todas ; su corazon de hierro podia conmoverse á los preludios de la tempestad, pero una vez llegado el momento del peligro, la serenidad de su rostro dependia de la tranquilidad de su alma. Orso no pensaba ya, se mantenía en pié, inmóvil, mudo, cruzado de brazos, apagada la mirada, ausente la sonrisa, cual si fuera la estatua del comendador esperando á D. Juan para convidarle al

banquete. Si el desconocido no hubiera bajado del aposento de Teresa hasta la consumacion de los siglos, hasta la consumacion de los siglos hubiera permanecido allí el capitán.

Nada revelaba la presencia de un ser humano en el parque. Había solo una estatua mas en la glorieta, pero en aquella estatua ¡qué drama!

Dos horas transcurrieron.

De nuevo se volvió á abrir la ventana, de nuevo se deslizó la escala á lo largo de la pared y en ella puso el pié el desconocido bajando dos ó tres gradas. Como si el alma del capitán se hubiese ido con aquel hombre y con aquel hombre hubiese regresado, Orso hizo un movimiento, el primero desde hacia dos horas.

El desconocido iba á bajar, cuando Teresa que sostenia la escala, le dijo :

—Ah! me olvidaba....

—Qué?

—Un momento.

Y Teresa desapareció volviendo á los pocos instantes con una cajita de ébano, que parecia muy pesada, y que alargó á su amante.

—¿Qué es eso?

—Es para tu amigo Miguel,—contestó Teresa que parecia estar un poco turbada.

—Pero....

—Dásela, te digo. Ya sabe él lo que es. Nosotros nos entendemos.

—Teresa, esta caja....

Teresa le interrumpió diciéndole :

—Adios, amado mio, adios. Hasta mañana!

Y en aquel momento, un beso, el choque de dos labios, débil como un murmullo, fugitivo como un soplo de aire, resonó en el espacio y llegó hasta el capitán, que no habia oido el anterior diálogo, pero que oyó el sonido del beso.

Orso sintió una puñalada en el corazón, un choque eléctrico y nada mas. A fuerza de padecer, el corazón del hombre se hace insensible, y en aquella noche el capitán contaba un siglo de padecimientos.

Poco despues, habia desaparecido la escala, estaba cerrada la ventana, ninguna huella quedaba del desconocido ni de la mujer. La estatua se animó, el capitan se puso á andar como movido por una mano invisible, y pausadamente salió de la glorieta.

A la puerta encontró á un hombre. Era Paolo.

—Le dejas marchar?—preguntó este tendiendo su brazo en la direccion que habia tomado el desconocido.

—Sí,—contestó lacónicamente el capitan.

—¡Orsol—murmuró con estrañeza Paolo.

—Y bien, qué?—preguntó el capitan con una calma terrible.

—Orso,—dijo Paolo,—ese hombre, á mas de robarte tu honra, te roba tu oro. En este momento se lleva bajo su brazo la cajita de ébano que contiene la fortuna de tu hijo y que al partir dejaste en depósito á tu esposa.

El capitan se encogió tranquilamente de hombros por toda respuesta, y contestó:

—Vámonos á casa.

Aquella tranquilidad y aquella calma eran espantosas. Paolo no se atrevió á insistir.

Ahora bien, Paolo, que mientras el capitan habia estado de acocho en la glorieta, habia él por su parte permanecido junto á una ventana del piso interior colocada precisamente debajo de la del aposento de Teresa, Paolo oyera el corto diálogo entablado entre esta y su amante, y pudo ver á este último bajar la escala con la cajita, que á la luz de la luna reconoció perfectamente.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores la historia de la entrega de esta cajita.

Ya hemos dicho quien era Miguel. Hombre sin pudor y sin freno, quiso especular en aquella aventura, y como tenia que luchar con un resto de pundonor que existia aun en el fondo del corazon de su amigo, se dirigió resueltamente á Teresa. Escribióla pues una larga carta manifestándole que su amante habia sufrido una pérdida enorme en el juego, y que iba á quedar deshonorado si no hacia efectiva aquella cantidad, que no fijaba, aun cuando daba á comprender ser muy crecida. Teresa creyó el cuento y cayó en el lazo. Por otra parte, Miguel supo pintárselo con vivos colores y hasta le escribió que su

amante sería capaz de atentar á su propia vida si no encontraba el oro que le hacia falta para pagar su deuda. Miguel terminaba su carta diciendo que lo que pedia para su amigo , ya que este jamás se hubiera atrevido á pedirlo por sí mismo , era solo un préstamo, pues que antes de un mes debía llegarles una gruesa suma de oro que habian enviado á pedir á España y á su familia.

Teresa cayó en el lazo, repelimos, y en uno de esos momentos de ceguedad de una mujer enamorada , creyendo buenamente que iba en ello la honra y hasta la vida de su amante, Teresa recordó que su esposo al partir le habia dejado una cajita llena de oro. Ignoraba la suma que encerraba , aun cuando debía ser enorme, pues que el capitán le advirtiera que era toda la fortuna de su hijo Orso; pero esto no detuvo á Teresa, que no podia por otra parte poner en duda la lealtad del amigo de su amante. Creyó realmente que el dinero le sería devuelto antes de regresar el capitán , y ya hemos visto como la cajita con todo su contenido pasó á manos del oficial español.

Este, debemos decirlo en su honor, no supo de lo que se trataba hasta que llegó á su casa; y entonces se prometió á sí mismo devolver la caja y su contenido. Empero , ya era tarde. El dinero estaba ya en poder de Miguel , y mas fácil hubiera sido dejar sin agua el mar á fuerza de extraerla taza á taza, que arrancar de manos de aquel hombre el oro que una vez habia caido en ellas.

Oh! era la de Miguel un alma infamemente condenada!

Pero, volvamos á la casa de campo del capitán del *San Anselmo*.

A la mañana siguiente de la aventura que hemos ya contado, Teresa acababa de despertar sobresaltada , habiendo tenido un sueño horrible lleno de visiones y fantasmas. Los primeros rayos del sol alumbraban la habitacion , en un ángulo de la cual y delante de un escritorio habia un hombre , que despues de haber registrado uno á uno los cajoncitos y descubierto un paquete de cartas en uno de ellos, se entretenia calmosamente en la lectura de las epístolas.

Teresa, al despertar; al abrir desmesuradamente los ojos como buscando la realidad de su sueño, vió al hombre aquel y quedóse helada de terror y espanto. Incorporóse en la cama como si dudara todavía, y la palidez mas cadavérica se difundió por su semblante.

El hombre que estaba allí , á su vista , era Orso de Monteferro. El paquete de cartas que en su mano tenia eran los amorosos billetes del oficial español.

Al ruido que hizo Teresa incorporándose en la cama, el capitán, como un hombre gravemente ocupado y al que estorba una cosa de poca importancia, volvió la cabeza, miró á Teresa con la mayor indiferencia, como pudiera haber hecho con un objeto cualquiera , y continuó su lectura.

La pobre mujer estaba horriblemente pálida: el terror la habia embargado por completo, y sentia sobre su corazon un peso enorme, una mano de hierro que iba oprimiéndola cada vez mas á cada instante; sus ojos adquirieron una inmovilidad espantosa, la sangre desapareció de sus labios que, cadavéricos y entreabiertos, daban paso á una penosa y tardía respiracion, próxima sin duda á desaparecer del todo.

Y en verdad que estaba hermosa, en medio de todo! Seductoras oleadas de cabellos escapándose como un torrente que ha vencido un dique, bajaban á besar sus desnudos hombros estendiéndose por una nevada espalda, en tanto que la traidora camisa entreabierta vendia los hechizos de un seno, sin rival acaso.

El capitán la abrazó de una sola mirada, é impasible y frio, sin que su rostro tradujera el incendio de su alma, continuó la lectura.

Aquel silencio, aquella espantosa sangre fria, aterrorizaban á Teresa que varias veces pasó la mano por sus ojos creyéndose juguete de un sueño aterrador ; pero nó, nó, era la verdad desnuda, palpable, era el capitán en persona , que caido de las nubes, iniciado por el infierno, tenia en sus manos, y leia friamente, la correspondencia amorosa del español con Teresa.

Transcurrieron cinco ó seis minutos, un siglo de angustias y padecimientos indescriptibles para la pobre mujer.

Por fin, se dibujó una indefinible sonrisa en los labios del capitán, que doblando un billete para abrir otro, volvió pausadamente la cabeza, y fijando sus ojos en Teresa, le preguntó :

—¿Cuál es el nombre de vuestro amante, señora, que no lo encuentro al pié de ninguna de estas cartas?

Teresa oyó la pregunta, pero no contestó. Sintió rasgarse su co-

razon como si la fria hoja de un acero hubiese penetrado en él; un torrente de lágrimas de fuego se agrupó á sus ojos sin que estos, encendidos por la fiebre, le abrieran paso; su mano se crispó arrugando la fina tela de la sábana, y otro baño de cadavérica palidez inundó su rostro. La infeliz no acertaba todavía á comprender, le parecia un sueño, un sueño horrible. Despertada repentinamente, y á impulsos de una emocion desconocida, se habia encontrado cara á cara con el hombre que veia de luengos países, como si la tierra le hubiese vomitado de pronto; á pedirle cuenta de su hora mancillada, con el hombre, en fin, de corazon duro como una roca, de fisiónomia impasible como una máscara, de sentimientos incomprensibles como la eternidad.

¿Y qué iba á hacer ella, ella, pobre paloma descarriada, ella que habia cedido sin saber á lo que cedia, ella que habia amado porque una voz interior le habia dicho que amara? ¿Qué iba á hacer ante la mirada inflexible de un juez severo que se presentaba de pronto, cuando menos le esperaba, á pedirle el depósito sagrado que, una vez perdido, le daba á aquel hombre derecho de vida y muerte sobre la que se lo habia dejado arrebatar?...

Teresa, pobre jóven inesperta en medio de su falta, nada reflexionó: quedóse aterrada al ver en su estancia al hombre de hierro á quien Dios y el mundo daban derecho sobre ella, y creció de panto su terror al ver en sus manos las cartas que imprudentemente habia guardado.

Cuando el capitán habló, Teresa se sintió desfallecer, y hubo de valerle toda su fuerza de voluntad para no caer en el lecho medio muerta de terror y angustia. La voz del capitán habia vibrado en sus oidos como el lúgubre son de una campana que toca por los difuntos: en la inflexion de su voz, en su timbre casi metálico, en su mirada impasible, en la serenidad de su rostro, Teresa conoció que estaba sentenciada, y, pobre mártir de amor, bajó la cabeza y esperó á que le fuera notificada su sentencia.

El capitán arrojó una mirada sobre la otra carta que habia ya desdoblado, y con una voz estraña, pero perfectamente serena y clara, en la cual se notaba sin embargo una tinta de punzante sarcasmo, preguntó de nuevo, sin ni siquiera volver la cabeza:

—Pero en fin, ¿no me direis, señora, cuál es el nombre de vuestro amante?

Teresa tampoco contestó. Aquella serenidad y aquella calma le daban mas miedo que el que hubiera podido darle el sentir apoyado en su frente el cañon de una pistola.

El capitán, como si no hubiese reparado que por dos veces se habia dejado su pregunta sin contestacion, abrió y desdobló las cuatro ó cinco cartas que le faltaba examinar.

—Por fin!—esclamó de pronto viendo firmado uno de los billetes.—Por fin! hé aquí su nombre.

Y volviéndose á Teresa, añadió:

—No os molesteis ya, señora. Sé cuanto queria saber. Os pido perdon por haber interrumpido vuestro sueño.

En seguida, juntó todos los billetes, atólos con la misma cinta azul bajo la cual los habia hallado, y llevándose el paquete, como si hubiese ya satisfecho todos los deseos que á aquella habitacion le llamaban, dirigióse pausadamente hácia la puerta, saliendo de la estancia sin decir mas palabra.

Teresa permaneció inmóvil como una estatua de mármol. No acertaba á concebir, no podia comprender. Tardó su pensamiento, no hallaba camino entre las tinieblas de horrores agrupadas en su imaginacion.

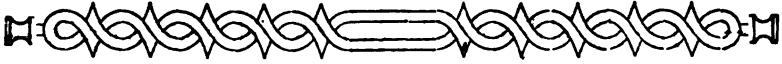
Así permaneció mucho tiempo. Así la encontró Paolo cuando al cabo de una hora entró en su cuarto.

Teresa fijó una mirada interrogadora en el hermano de su esposo.

—Orso me envia á deciros, —dijo Paolo, — que esteis pronta mañana al amanecer para acompañarle á Mesina.

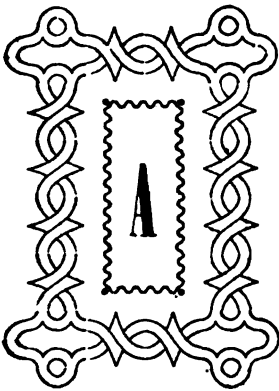
Teresa, que á punto fijo no comprendió lo que se le decia, dejó caer la cabeza sobre su nevado seno.

Paolo se apresuró á salir de la estancia. La culpable comenzaba á darle lástima.



VII.

CONCLUYE LA HISTORIA DE ORSO DE MONTEFERRO.



QUEL mismo día, en ocasión en que el oficial español se retiraba á su casa, distraído y meditabundo, tropezó á seis pasos de la puerta con un hombre que le estaba mirando impassiblemente y cruzado de brazos.

El español iba á pasar de largo, cuando la voz del desconocido llegó hasta él.

— Os estaba esperando, caballero.

— A mí? — preguntó con sorpresa el

español.

— A vos.

— No os conozcô.

— Si por Dios que me conoceis.

— No recuerdo entonces...

— Mi nombre os hará recordar.

— ¿Cómo pues os llamais? quién sois?

— Soy, — dijo el desconocido con voz terriblemente tranquila, — soy el capitán del *San Anselmo* y me llamo Orso de Monteferro.

El español palideció. Una víbora que hubiese hallado de pronto en su mano no le hubiera aterrado tanto como la repentina presencia de aquel hombre.

Procurando sin embargo aparentar una serenidad que no tenía y dar firmeza á su voz, dijo:

— Es la primera vez que tengo el honor de veros. ¿Qué me quereis?

— Que tengais á bien hacerme el favor de dar un paseo conmigo.

— ¿Cuándo? — murmuró el español que comenzaba á turbarse.

— Pasado mañana si os parece. Tened la bondad de haceros acompañar por alguno. Yo llevaré á mi hermano.

— Pero, capitán, — exclamó el oficial armándose de toda su sangre fría, y clavando sus ojos en el rostro de su interlocutor, — quisiera saber el motivo...

— ¡El motivo! — interrumpió Orso con un sarcasmo cruel.

— ¿Me preguntais el motivo? Pues bien, este si os parece.

Y diciendo esto, el capitán del *San Anselmo* levantó su brazo y su mano cayó sobre el rostro del español.

Este podía ser tan infame como se quisiera. pero era valiente. A la afrenta que acababa de recibir contestó dando un salto y echando mano á la espada, mientras que de sus ojos brotaban rayos.

Orso se contentó con preguntar, siempre con la misma aterradora frialdad:

— ¿Os hallaré pues pasado mañana á las diez junto á la puerta de mi parque?

— Pasado mañana no, — gritó el español fuera de sí; — ha de ser ahora, ahora mismo, en el acto.

— Ahora no puede ser.

— ¿Porqué?

— Porque antes de batirme con vos debo administrar justicia.

El español que había ya medio desenvainado su espada, dejó caer su mano y bajó su cabeza.

Orso de Monteferro miró al oficial de arriba abajo, con un marcado y profundo desprecio, y en seguida se alejó, diciendo:

—Pasado mañana á las diez. Que no vaya á olvidárseos!

El oficial permaneció aterrado.

Al día siguiente por la mañana los marineros y demás tripulantes del *San Anselmo* invadían el cuarto bajo de una posada, sita en un arrabal de Mesina, cerca de la playa, y asombraban al posadero con la noticia de que el capitán Orso de Monteferro les había despedido á todos bajo el pretexto de que renunciaba á los viajes é iba á vender su buque.

Interin pasaba esta escena en la posada, el capitán Orso en persona, acompañado de Teresa, que iba pálida como la muerte, llegaba á la playa donde le estaba esperando una lancha con cuatro marineros.

Embarcóse en ella con su esposa, y, rápida como una flecha, la barca partió en dirección al *San Anselmo*, que estaba anclado á la vista de la playa, pero lejos del puerto.

El capitán llegó al buque, hizo subir á Teresa, subió él en seguida, y halló sobre cubierta á su teniente que le esperaba.

Orso le dirigió la palabra con aquel inflexible acento que á veces sabía tomar y que no parecía pertenecer á nadie mas que á él.

—¿Se han cumplido mis órdenes? — preguntó.

—Sí, capitán. Todos los marineros han sido remunerados y despedidos, según lo que ayer dispusisteis.

—¿Nadie queda á bordo?

—Nadie.

—Toma pues la lancha que me ha traído, véte á tierra, y envíamelas dentro media hora. Ni antes ni despues.

—Está bien, capitán.

Y el teniente del *San Anselmo* partió sin hacer la mas leve observación ni la menor pregunta, acostumbrado como estaba á obedecer ciegamente las órdenes del capitán, por incomprensibles que fueran.

Cruzados los brazos y de pié sobre el castillo de popa, Orso vió

alejarse la ligera embarcacion al impulso vigoroso de sus remos. En seguida volvió los ojos en todas direcciones.

El buque estaba anclado en una especie de rada, léjos del puerto, enteramente aislado. El silencio mas profundo reinaba en torno suyo, interrumpido solo por las olas que acariciaban los flancos del buque con esa especie de rumor que parece ser el suspiro de la mar en calma.

Teresa se habia sentado junto á una escotilla, pálida y resignada á todo. La pobre mujer ignoraba á que habia ido allí, pues el capitán desde el momento en que salió de su estancia el dia anterior no le habia vuelto á dirigir la palabra, pero demasiado bien comprendia que se estaba representando el prólogo de un drama, cuyo imprevisto desenlace debia estallar de pronto cayendo sobre ella como un rayo.

Teresa no se habia vuelto loca por un milagro de Dios, y habiendo sobrellevado sus emociones del dia anterior sin haberse estraviado su juicio, todo lo aguardaba con calma, con resignacion, porque nada creia ya que pudiese haber capaz de conmover su alma.

Y era que la pobre mujer habia sufrido en solo un dia todo un siglo de angustias y tormentos; era que en solo un dia habia envejecido de cien años; era en fin que ya no tenia mas fuerzas para sufrir, como tampoco encontraba fuerzas para quejarse y hablar.

En aquel momento, forzoso es decirlo, la frente pálida pero serena de aquella mujer perjura, de aquella pobre paloma estraviada, aparecia con toda la poética sublimidad de la resignacion cristiana.

El capitán se acercó á ella.

— Teresa, — le dijo con una voz que quizá no era tan dura y tan firme como él queria, — Teresa, arrodillaos y rezad vuestras oraciones.

— Porqué? — preguntó cándidamente la infeliz.

— Reza vuestras oraciones os digo, señora, — contestó con firmeza el capitán á quien siempre irritaban las preguntas.

Orso aguardaba un torrente de imprecaciones ó mas bien una explosion de lágrimas y sollozos.

Nada de esto. Teresa se arrodilló y se puso á orar.

El capitán, á quien aquella sublime resignacion hirió por lo ines-

perada, sintió cruzar por su alma como un rayo de piedad, estremeciéndose á su contacto. Hubo en él un momento de duda, pero fué de cortísima duracion. Volvió pausadamente la espalda á su esposa y bajó á una de las cámaras interiores.

En la que se detuvo habia varios barriles; estos barriles estaban llenos de pólvora.

El capitan sacó una especie de cinta, flexible, larga y enroscada como una blanquizca cuerda, destapó uno de los barriles y sumergió en la pólvora uno de los cabos de la cuerda. En seguida fué tomando en brazos los demás barriles y los acercó y agrupó.

Concluido su trabajo, volvió á mirar la cuerda y se dijo:

— La mecha durará cinco minutos. Es lo bastante.

Dicho esto, volvió á subir al puente.

Teresa permanecia aun arrodillada. La fresca brisa del mar rasgándose en su frente hacia ondear los lucientes bucles de su cabellera, en tanto que un sol brillante besaba sus desnudos hombros bañándola con su arroyo de seductora luz.

Teresa estaba hermosa en aquel momento.

— Habeis rezado, señora? — le preguntó el capitan.

— Sí, — contestó la jóven débilmente pero sin levantarse.

El capitan encendió una antorcha y volvió á desaparecer por la escotilla. Pocos segundos tardó en presentarse de nuevo.

Todo lo habia ya comprendido Teresa. Conocia demasiado bien que con el carácter de Orso era imposible ensayar ni lamentos ni suspiros. Por lo demás, estaba ya resignada á morir.

Así que el capitan asomó por la puerta de la escotilla una cabeza livida en que rodaban dos encendidos ojos, Teresa le dijo dulce y melancólicamente:

— Orso, Dios os perdone lo que vais á hacer. Dios os perdone como os perdono yo.

El capitan se estremeció. Sin embargo, era ya imposible retroceder. El fuego habia sido aplicado á la mecha que rápidamente debia transmitirlo á los barriles de pólvora.

— Señora, — dijo el capitan. — Soy corso, soy marido ultrajado. Habeis merecido lo que hago: os entierro en mi buque, Teresa;

envuelvo vuestro cadáver con todas mis riquezas. Lo que hago lo debía hacer. Ahora me toca ir á rezar por vos y... y á vengaros.

Dicho esto, el capitán sin aguardar contestación, se arrojó al mar poniéndose á nadar rápidamente hácia la playa.

No hubo la menor variación en la fisonomía de Teresa: ni se apartó la serenidad de su rostro, ni disminuyó la resignada y lánguida expresión de sus ojos.

Dos minutos después abrióse el buque como el cráter de un volcán; y un brillante surlidor de fuego lanzándose á los aires dejó oír una espantosa detonación; volaron por el aire, revueltas en borrascoso torbellino, gruesas y pequeñas tablas, cuyos restos fueron uno tras otro á caer ardientes y encendidos en el mar donde el agua les absorbió estremeciéndose. De pronto nada más se vió que una lluvia de llamas, nada más se oyó que una terrible explosión, pero á los pocos instantes el volcán se había estinguido y, escépto una lejana vibración en el aire que acabó por morir casi instantáneamente, hubiera podido creerse que nada había sucedido. Todo volvió á entrar en su misma calma, á seguir su curso... solo que el *San Anselmo* había desaparecido de la superficie del mar.

Teresa había muerto sin dar un solo grito.

Al día siguiente de esta catástrofe, á la hora anunciada, el capitán Orso y su hermano Paolo abrieron la puerta del parque. El semblante de Orso estaba pálido como un mármol, pero también, como un mármol, impasible y frío.

El oficial español y su amigo Miguel estaban ya en su puesto.

Orso hizo un leve saludo de cabeza al español y le dijo;

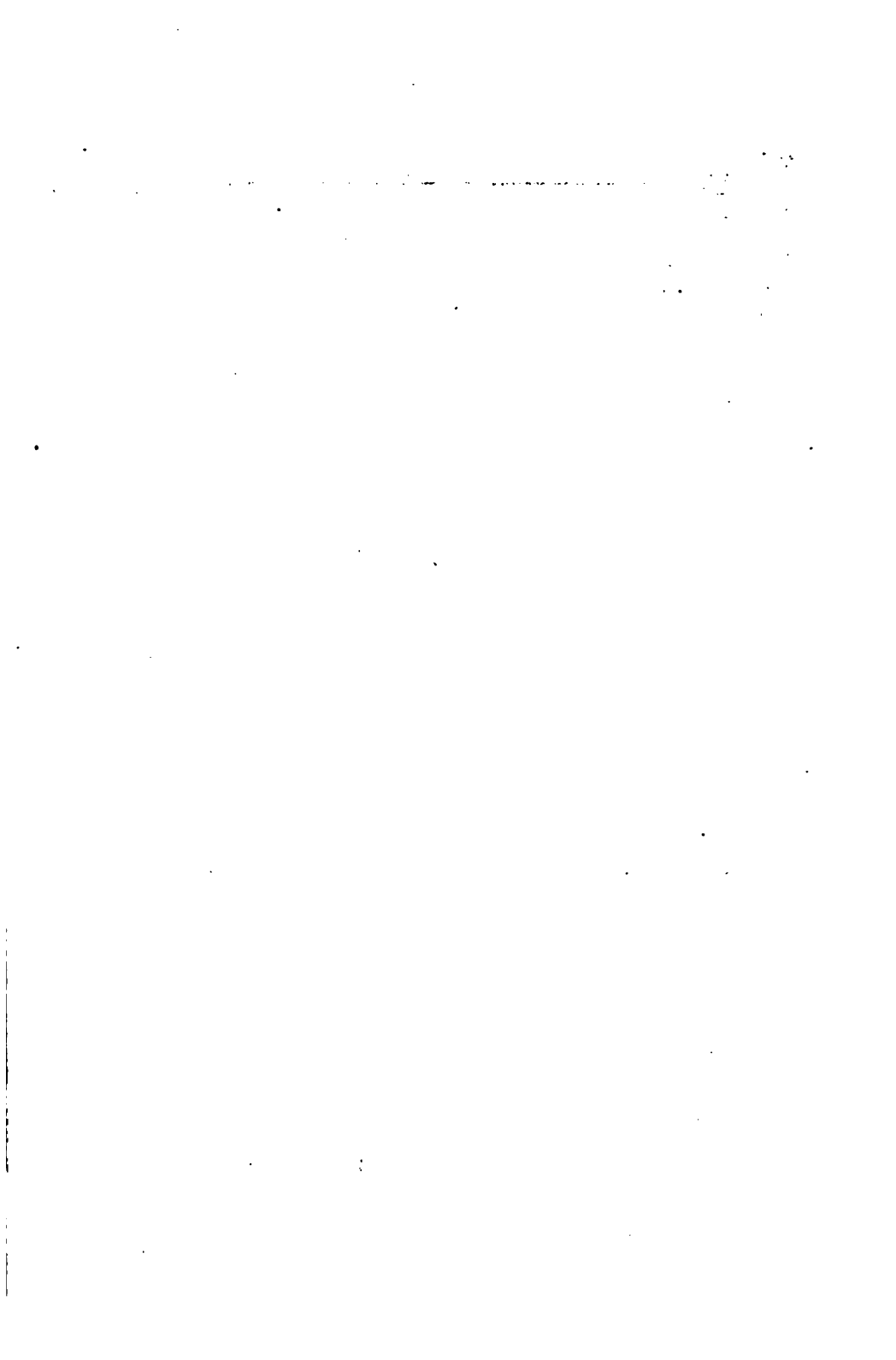
—Servíos seguirme y buscaremos un lugar á propósito.

El oficial, que estaba sumamente pálido también, se inclinó en silencio y siguió á Orso.

Nuestros cuatro personajes fueron andando, sin trocar una palabra, y bien pronto llegaron á la plataforma de un montecillo cuya vista era magnífica. Dominaba por un lado la casa de Orso y la presentaba en todos sus menores detalles exteriores, con su patio, su jardín y su parque. Por la otra parte desplegábase el país en toda su variedad y belleza.



Abrióse el buque como un cráter de volcan.



Al llegar allí se paró el capitán, que iba delante, y se detuvieron todos.

—He elegido la pistola, dijo Orso al español.

—Me es indiferente, —contestó este.

—Esos señores, — prosiguió el capitán, — cargarán las pistolas y fijarán las condiciones del combate, condiciones que me son indiferentes mientras que el duelo sea á muerte.

—Como gustéis. — dijo el español.

Paolo y Miguel cargaron las pistolas. En seguida entregaron una á cada combatiente, colocándoles á veinte pasos de distancia uno de otro con la facultad de avanzar hasta diez, y dieron la señal.

El español y Orso dieron algunos pasos y sus dos tiros partieron á un tiempo, de tal modo que no se oyó mas que una sola detonación.

El capitán bamboleó y cayó de espaldas.

Habia recibido en el bajo vientre la bala del español, mientras que este por su parte habia quedado ileso, pues la bala de Orso solo le pasó rozándole el hombro.

Todos creyeron muerto al capitán del *San Anselmo*, que no lo estaba ciertamente, aun cuando habia caído y se estaba desangrando.

—Pues señor, esto está concluido. Vámonos!

Estas palabras pronunciadas con la horrible indiferencia de la insensibilidad y del cinismo, fueron dirigidas por Miguel á su compañero, que permanecía inmóvil, como aterrado por el desenlace de aquel duelo. Miguel, viendo que no se movia, le cogió del brazo y le arrastró. El oficial se dejó llevar.

Paolo, á su vez, viendo caer á su hermano y creyéndole muerto, se habia quedado helado y frío, y solo pareció volver en sí cuando vió que los dos contrarios se alejaban.

—Miserables! —esclamó entonces en alta voz y cerrando sus puños. —No os habeis contentado con robarle su honra y su oro: habeis querido su sangre. Está bien, ya nos volveremos á encontrar.

—Ola! —se dijo á sí mismo Miguel que oyó perfectamente la alusión al robo del oro. — Ese hombre sabe lo de la cajita. Será preciso enviarle á hacer compañía á su hermano.

Y siguió adelante, llevándose consigo al oficial.

Paolo se acercó entonces á su hermano y vió con gozo que vivía aun. Orso en efecto, dominando los dolores atroces que sentía, se habia medio incorporado un poco y olavaba su vista en la direccion que sus contrarios tomaron al marcharse. Paolo comenzó á preguntarle con interés y se bajó para restañar la sangre que brotaba en abundancia de la herida del capitan, no ocupándose de otra cosa que de este, pero Orso parecia no hacerte caso y continuaba con su mirada fija en el sitio indicado.

De pronto, el capitan hizo un movimiento, como si viera algo que le llamase de un modo extraordinario la atencion, y exclamó con voz entrecortada por el dolor, pero terrible en medio de todo:

— Paolo, Paolo, quieren asesinarle.

Paolo se volvió como un rayo, pero fué para recibir una bala en pleno corazon.

Miguel era el que acababa de dispararle un pistoletazo, sin advertir que Orso vivia aun y que le estaba observando.

Paolo cayó cadáver junto al cuerpo de su hermano, que entonces realmente se desmayó debilitado por la sangre y triturado por el dolor.

En cuanto á Miguel, volvió tranquilamente la espalda, y se fué á reunir con su amigo á quien habia dejado á la entrada de un bosque vecino.

Un servidor del capitan, que habia oido los disparos, se dirigió al sitio en donde acababa de tener lugar la escena que acabamos de encontrar, y hallóse con Paolo ya cadáver y con Orso moribundo. Dió aviso inmediatamente á los demás servidores de la casa, y pocos momentos despues el mismo Orso veia atravesar los umbrales á los que llevaban á su tío muerto y á su padre casi espirante. Causóle aquello una impresion tal, que jamás, durante toda su vida, pudo olvidarla.

El capitan pasó muchos dias entre la vida y la muerte.

En el interin, el oficial español y su amigo Miguel partieron del país, regresando á España.

Al cabo de quince dias de horribles padecimientos, Orso recobró algunas fuerzas, pero conoció que su situacion era desesperada y que no habia remedio para él. Arrojó una mirada en torno suyo, y se

encontró solo, solo con su hijo de doce á trece años al que iba á dejar aislado y solitario en el mundo y al cual sin embargo, como una herencia forzosa, queria legar su venganza.

Orso, en medio de su soledad, podia aun contar con dos hombres: un amigo y un criado.

El amigo, desgraciadamente, era extranjero, y se hallaba lejos de él. Era D. Juan de Serrallonga, con el que habia tenido estrechas relaciones durante una larga temporada que el capitán del *San Anselmo* habia morado en Barcelona. Consiguió entonces, con motivo de una de aquellas pendencias tan frecuentes en la juventud de Serrallonga, salvar á este la vida, y D. Juan juró entonces á Orso una amistad eterna. Mas tarde, los dos amigos se volvieron á encontrar en Marsella é hicieron un viaje juntos, y Orso vivió algun tiempo con D. Juan, cuando este escogió el mediodia de la Francia para su residencia, al tener que huir de Barcelona por la muerte dada á Don Felix de Torrellas. El capitán del *San Anselmo* sabia que podia contar con Serrallonga, del que pocos dias antes se habia despedido dejándole en Montpellier.

Así pues, llamó á su criado, hombre que jamás se habia separado de él, acompañándole en todos sus viajes, y le envió á Montpellier con un puñal y una carta para Serrallonga, encargándole el pronto regreso si queria aun volver á tiempo de encontrarle vivo.

En la carta Orso contaba su historia en resumen y pedia á Serrallonga, en nombre de la fe y amistad juradas, que guardase el puñal que le enviaba hasta el dia en que su hijo, mayor de veinte y dos años, fuese á reclamárselo. Si al cumplir los veinte y dos años el jóven Orso no se presentaba á Serrallonga, este debia remitirle el puñal. Tambien le encargaba que tomase sus precauciones para que, en caso de morir él, pudiese siempre llegar aquella arma al destino que su poseedor le reservaba.

Ahora bien, el puñal en cuestion era un arma tradicional de la familia de Monteferro y tenia en su puño un secreto en el que escondió el capitán un papel dirigido á su hijo, papel que le debia revelar el nombre y calidad del oficial español causador de todas las desgracias de su casa.

El criado portador del mensaje tardó quince días en regresar. Serrallonga había aceptado el encargo y prometía cumplirlo.

Durante aquellos quince días, Orso de Monteferro pareció vivir solo por su admirable fuerza de voluntad. Cuando su leal servidor hubo regresado, portador de la contestación de Serrallonga, la vida, como si solo esto hubiese guardado, pareció abandonarle.

Llamó entonces á su servidor y le confió su hijo, encargándole que le educase en las ideas de venganza y que, cuando fuera tiempo, le participase la última voluntad de su padre. Al pié del lecho de muerte, el criado juró cumplir lealmente las instrucciones de su capitán. No es extraño que así lo hiciese: era corso también, y por consiguiente, como todos los de este país, profesaba la venganza como una religión.

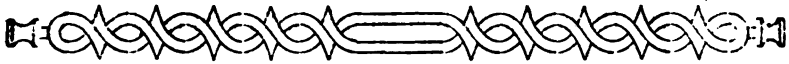
Orso de Monteferro espiró diciendo á su hijo: — «Sé digno de tu faza, véngame algún día.»

El viejo servidor de la familia cumplió al pié de la letra las órdenes que su señor le diera desde su lecho de muerte. Era un corso de corazón, un marino rudo y muchas veces inhumano.

No se debe extrañar, pues, que desde la temprana edad de trece años, el joven Orso fuese educado de la manera que quería el capitán. Excepto el nombre del matador de su padre, que este murió sin revelar ni á su criado, Orso sabía desde su edad más tierna la historia terrible de su familia, y sabía también que al cumplir sus veinte y dos años debía ir en busca de Serrallonga, el cual le daría el puñal que debía revelar el nombre del español, causador de la deshonra de su madrastra, matador de su padre y cómplice en el asesinato de su tío.

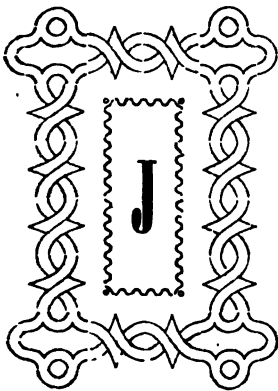
Orso era digno hijo del capitán del *San Anselmo*. Desde muy niño, pues, comenzó á nutrir en su corazón un deseo horrible é inmoderado de venganza, que se aumentaba á medida que se iba haciendo hombre.

Era de la raza de Monteferro y era también corso. Los corsos tienen en su sangre algo que se parece á odio y á venganza.



VIII.

NUEVOS PERSONAJES.



JUANA escuchó la historia que, aunque con menos detalles de lo que hemos hecho nosotros, le contó Orso de Monteferro, á la luz pálida de la luna y bajo los pliegues de la bandera de la muerte.

Cuando el jóven extranjero hubo terminado, se calló como vencido por la emocion. Hubo un instante de silencio que Juana interrumpió.

—Qué pensais hacer ahora? —le preguntó.

—La pérdida de ese puñal —dijo Orso con desaliento, — destruye todas mis esperanzas.

—Nada me habló jamás de ello mi esposo. Sin embargo, si ese puñal existia en su poder, yo le encontraré.

—Me devolveis la vida, señora.

—Nada os aseguro todavía. En sus últimos momentos señaló al Padre el sitio en que habia enterrado varios papeles y objetos de

importancia. Quizá el arma que buskais estará entre ellos. Yo lo averiguaré.

—Oh! sí, sí, por Dios que la busqueis, señora!

—¿Podeis darme alguna seña particular por la que sea conocido el puñal?

—Sí por cierto. He oido varias veces decir al anciano servidor que cuidó de mi educacion, con referencia á lo que le dijera mi padre, que este puñal tiene grabado en su hoja por un lado un esqueleto y por el otro la divisa de mi casa.

—Y esta divisa es?...

—*La sangre lava la injuria.*

—Está bien.

Dofia Juana se levantó entonces y añadió:

—Nuestra entrevista ha terminado, caballero de Monteferro. Podeis ir si os place á descansar algunas horas. A las cuatro de la madrugada un guia irá á despertaros y os acompañará hasta el pié del monte.

Orso abrió los labios para decir algo, pero Dofia Juana no le dió tiempo.

—No achaqueis esto á despedida, —se apresuró á añadir.—En cualquier otra ocasion, os hubiera brindado con la hospitalidad en mi campamento, por pobre que en él sea, pero será muy probable que los primeros rayos del sol de mañana me encuentren léjos de aquí. Las tropas enviadas en nuestra persecucion han llegado á Gualba, y es preciso burlarlas.

Juana decia en aquel momento lo que estaba mas léjos de su mente, y no hacia sino repetir á Orso una idea que ya en el castillo de Gualba le anunció el Fadri, la de que podia ser muy bien que los bandoleros abandonasen la montaña. Esto sin embargo no era mas que una táctica particular á la *banda negra*, pues tanto el Fadri como Juana sabian que en ningun punto estaban tan seguros como en el Monseny.

—Cómo sabré si habeis encontrado el puñal? —preguntó entonces el jóven.

—De hoy en ocho dias un hombre de mi confianza irá á llevároslo. Procurad estar á las cuatro de la tarde de dicho dia en la ca—

tedral de Barcelona en la primera grada de la capilla de Santa Eulalia. Allí irá á buscaros mi mensajero.

Orso se dispuso á bajar de la plataforma. Juana le tendió su mano.

—Caballero, —le dijo.—Habeis dicho bien. La venganza nos hace hermanos. Adios, hermano mio!

Monteferro estrechó con emocion la mano de aquella mujer, que aparecia sublime á sus ojos, y bajó de la colina buscando la choza que le servia de albergue y arrojándose sobre el lecho.

A las cuatro de la madrugada poco mas ó menos le despertaron. Un bandolero envuelto en su manta bajo la cual llevaba el pedretial, se le presentó para servirle de guia, y ambos comenzaron á bajar la montaña.

El guia se despidió del caballero en el sitio desde el cual le pudo señalar el castillo de Gualba.

Orso entonces prosiguió solo su camino y no tardó en llegar al castillo, en el cual no quiso poner el pié, contentándose con pedir su caballo á Pedro el guarda-bosque. Este se apresuró á sacarlo del establo, y el caballero, montando en su caballo, tomó el camino de Barcelona, dando algunas monedas á Pedro, y alejándose de aquella comarca sin entrar, como hemos dicho, en el castillo, ocupado entonces por los jefes militares que habian llegado el dia anterior con el baron de Gualba.

Aun cuando la vista del castillo recordó á Orso su nocturna y misteriosa aventura, no creyó prudente detenerse. Los jefes que en él moraban hubieran podido sujetarle á un interrogatorio peligroso. No se cuidó pues de otra cosa que de alejarse cuanto antes del pais.

Dejemos nosotros al jóven Orso proseguir su camino, y quedémosnos en Gualba.

Este castillo tan silencioso y sombrío el dia anterior, estaba en aquel momento lleno de animacion y ruido.

Con el baron de Gualba habian llegado á él D. Juan de Colmenar, nuestro antiguo conocido, Monredon, el alguacil real á quien vimos figurar en la asamblea de los *Cadells* el dia que se trató de la muerte de Serrallonga, y una numerosa partida de gente de armas, la cual se habia acampado parte en el castillo y parte en el pueblo.

Es preciso saber, antes de seguir adelante, que D. Juan de Colmenar, el antiguo gobernador de Vich, el mortal enemigo de Serrallonga, era padre político de D. Diego Rodrigo Calderon, señor y baron de Gualba. Este, que debía tener sobre unos treinta años, se habia casado poco tiempo antes con una hija de Colmenar.

El baron, que ya sabemos era un decidido *cadell*, al tener noticia de que su padre político iba á operar en el Monseny en persecucion de la *banda negra* por orden del virey de Cataluña, se apresuró á poner á su disposicion el castillo de Gualba, habiéndolo aceptado Colmenar por creerle sitio á propósito para establecer en él el centro de sus operaciones militares.

Este era pues el motivo de haber acompañado D. Diego á los jefes en aquella espedicion.

Por lo demás, los tercios iban á las órdenes de D. Juan de Colmenar, pero se habia dispuesto que le acompañase como adjunto el alguacil Monredon, por ser hombre muy travieso, muy activo, de muchas relaciones y conocimientos en el país, y el cual, por razon de su cargo, podia en aquella espedicion prestar señalados servicios. En tanto era así, en cuanto él se habia ofrecido á concluir en quince dias con la *banda negra*, de la que efectivamente conocia muchos detalles é interioridades por un bandolero preso poco tiempo antes, y al que Monredon hizo dar tormento, arrancándole importantes declaraciones.

Lo cierto es que aunque aparentemente Colmenar era jefe de la espedicion, estaba secretamente sujeto al alguacil real, que era quien habia respondido del buen éxito de la empresa, siendo por consiguiente quien tenia amplios poderes para obrar.

Colmenar, sin embargo, ya fuese por ser amigo antiguo de Monredon, ó por otra causa que no debemos averiguar, parecia estar contento con el mando ficticio y dejaba el real á Monredon.

Una hora despues de haber pasado el jóven Orso por el castillo de Gualba, los tres personajes de que acabamos de hablar estaban reunidos en una habitacion, ante la mesa de la que los criados retiraban los restos de un abundante almuerzo.

Ya conocemos á D. Juan de Colmenar. No hay por que hablar de él.

El baron de Gualba era un hombre de figura bastante agraciada, pero la dureza de sus facciones, y el brillo sombrío que despedían siempre sus ojos, le hacían verdaderamente poco simpático. Se conocía que era un hombre cruel.

Pero, en medio de todo, á los ojos de cualquier observador, el baron D. Diego era un ángel al lado del alguacil real. Nada más antipático ni repugnante que Monredon. Su rostro, que marcaba sobre cuarenta y cinco años, era un modelo de fealdad. Tenía barba y cabellos negros, espesos y crespos, una nariz de deformes proporciones casi, ojos pequeños pero saltones, y unos rasgos de fisonomía durísimos que no podían ser endulzados por la sonrisa de una boca que no se reía nunca. A más, esta cabeza, que tenía la forma de una bola, estaba colocada sobre un cuerpo ancho y pequeño, pero fuerte, y que debía tener la conciencia de su fuerza, pues que el menor de sus movimientos parecía ser una provocación ó una amenaza. Concluiremos este retrato diciendo que era agresivo en su hablar y en su obrar áspero y soberbio.

En el momento en que los criados hubieron hecho desaparecer el último resto del almuerzo, Colmenar se volvió hacia Monredon y le dijo:

—Y bien. Hace ya veinte y cuatro horas que estamos aquí. ¿Qué os parece que debemos hacer?

Monredon se arrellenó en su sillón y contestó con la voz bronca y dura que le era natural:

—Por de pronto digerir el buen almuerzo con que nos ha obsequiado el señor baron.

D. Diego hizo con la cabeza una ligera inclinación de agradecimiento.

—Pero...

Y Colmenar se limitó á decir esta palabra, interrumpido por Monredon:

—Qué diablos! — dijo este. — Me parece que bien podemos esperar aquí, ya que al cabo y al fin no estamos tan mal.

—Pero vos no reflexionais, Monredon, — añadió Colmenar, — que la *banda negra*, mientras nosotros nos estamos aquí tranquilamente, puede abandonar el Monseny y dejarnos burlados. ¿Cómo

nos hemos de atrever entonces, ni vos ni yo, á presentarnos ante el yrey á quien hemos prometido, vos en particular, que no regresaríamos sin haber esterminado esa condenada banda?

— Ah! — dijo Monredon dando á su voz un marcado tinte de ironía. — ¿Vos creéis, Colmenar, que la *banda negra* puede abandonar el Monseny y dejarnos chasqueados?

— Ya se ve que lo creo. Lo ha hecho otras veces.

— Pero entonces las tropas que la perseguían no iban mandadas por Colmenar y por Monredon.

— Qué quereis decir con esto?

— Quiero decir que nuestros bandoleros se estarán tranquilos en su nido y solo tendremos que echarles mano, cuando llegue el caso, para cogerlos.

— Tan fácil lo creéis, señor alguacil? — Preguntó entonces el baron que hasta aquel instante habia permanecido callado.

— Tan fácil, señor baron, — contestó con un completo aplomo el alguacil.

— Y cuando llegará el caso que decís? — preguntó á su vez Colmenar.

— Pronto, esta tarde quizá, puede que ahora mismo, — añadió viendo que se abria la puerta dando paso á un criado que se dirigia á él.

El criado le dijo que un hombre pedia hablarle con urgencia.

— Vuelvo en seguida, señores, — exclamó Monredon levantándose.

Y salió de la sala.

En la habitacion inmediata le esperaba en efecto un hombre, que era uno de sus ministriles de bajo rango o por mejor decir uno de sus espías.

El espía se adelantó hácia el alguacil, pero este sin dejarle hablar, se volvió hácia otro hombre que estaba en un ángulo de la habitacion haciendo como que buscaba a lgo.

Este otro era Pedro el guarda-bosque que habia penetrado en el interior del castillo tras del ministril.

— Buen hombre, — le dijo Monredon á cuya esperta y vigilante

mirada no se escapaba nada, —si algo se os ha perdido ya volvereis luego para buscarlo. Despejad ahora.

El semblante de Pedro se encendió como la grana. Sin embargo, nada dijo y salió.

—Habla tú ahora, —dijo Monredon al ministril.

Este no tuvo necesidad de hablar. Sacó un papel y lo presentó á su jefe.

Monredon lo leyó guardándolo en seguida.

—Está bien, —dijo. —¿De modo que todos estarán en sus puestos?

—Todos.

—Bueno, bueno. —Y añadió dando un golpecito en la mejilla al ministril como hubiera podido hacer con un niño, lo cual era su característica señal de hallarse satisfecho. —Ahora véte á descansar, pues debes estar fatigado.

El alguacil se marchó y Monredon volvió á la sala.

—No os lo decia yo? —esclamó al entrar.

—Qué sucede? —preguntó D. Juan.

—Sucede, Colmenar, que llegó ya el caso y que esta noche dormiremos en el campamento de los bandoleros. Dad por consiguiente vuestras órdenes para que al caer la tarde nos podamos poner en marcha, pero dadlas con mucha reserva á fin de que los soldados no se enteren de ello hasta la hora misma de partir. Que nadie mas se entere tampoco. Yo me entiendo, pues que no sé si se puede fiar en todos los servidores de este castillo.

—Qué quereis decir? —esclamó el baron.

—Nada, nada, señor baron. Esto no reza con vos.

Y volviéndose á Colmenar, añadió:

—Dad las órdenes oportunas, pero con reserva... Por lo demás, yo respondo de todo. Mañana seremos dueños de la Doña Juana.

Colmenar no contestó nada. En cuanto al baron, no pudo menos de mostrar en su rostro su profundo desagrado por la manera como hablaba á su suegro el alguacil real, pareciendo ser el verdadero jefe. Sin embargo, al ver que Colmenar callaba disponiéndose á obedecer, se encogió de hombros de una manera altamente desdeñosa para su suegro, y se calló á su vez.

Nadie volvió á hablar una palabra. Diéronse las órdenes, se tomaron las precauciones que queria Monredon, y á la hora del crepúsculo la tropa se puso en marcha, llevando á su frente á Colmenar, al aguacil real y á dos ó tres hombres muy prácticos en la montaña y de entera confianza de Monredon. Por lo que toca á Don Diego se quedó en Gualba.

Tanto el Fadri como Doña Juana sabian perfectamente la existencia de una fuerza considerable en Gualba, pero por esto se mantenian tranquilos en su campamento. En caso de que se les atacase, cosa que les parecia muy difícil por estar situado el campamento en un punto del monte inaccesible casi, tenian dos medios de retirada: una cueva que partia de un bosque vecino y que atravesaba el monte, yendo á salir al otro lado, y un camino, conocido solo de los montañeses mas prácticos, que llevaba á Muscarolas.

De estos dos medios de retirada, el de la cueva era mas seguro é infalible, por ser solo conocida su existencia de los bandoleros. Quizá no habia cuatro personas en toda aquella comarca que la conocieran.

Sin embargo, ni Doña Juana ni el Fadri habian contado con que el jefe que les atacaba era Monredon, y con que este tenia en su poder á un bandolero, al que habia hecho cantar de pleno en el tormento. Este bandolero le habia marcado la situacion del campamento y le habia dicho lo de la cueva y lo del camino de Muscarolas.

En su consecuencia, pues, Monredon, al que Colmenar parecia obedecer sumiso, abandonándole de buen grado la direccion de aquella empresa, habia dispuesto que un cuerpo de tercios fuese á colocarse en el camino de Muscarolas y otro á la entrada de la cueva, á fin de cortar toda retirada á los bandoleros.

El aviso que Monredon habia recibido aquella misma mañana en Gualba, era el de que los jefes por él designados se habian ya puesto en marcha desde Hostalrich, punto de partida, para hallarse cada uno al anochecer con su respectiva fuerza en los puntos indicados. El hacer salir los hombres de armas de Hostalrich y no de Gualba, era otra hábil maniobra del aguacil real, el cual consideró muy acertadamente que la vista de los bandoleros y por consiguiente de

sus espías estaria fija en el cuerpo principal. Las divisiones que salieran de Hostalrich para puntos distintos, podian pasar desapercibidas á los ojos de la *banda negra*, y así sucedió en efecto.

Habia ya caído del todo la noche, cuando en el bosque de hayas inmediato al campamento de los bandoleros sonó de pronto el nocturno y monotonó canto de la lechuza. Uno de los centinelas apostados en el bosque lo oyó, y en seguida por medio de un silbido hizo seña al centinela mas inmediato á él, el cual trasladó el silbido al otro, llegando así al instante esta señal de alarma al campamento y á oídos del Fadri. Este se armó de su pedreñal y se internó en el bosque.

No tardó en encontrarse con Pedro el guarda-bosque de Gualba, al cual habian dejado pasar los centinelas, siendo el mismo que habia dado aviso de su llegada remedando el canto de la lechuza.

—Pedro!... Qué es pues lo que sucede?— le preguntó el Fadri.

—Dentro de dos horas, á mas tardar, pues que es todo lo que les llevo de delantera, estarán las tropas reales á la entrada de este bosque.

—Quién las manda? preguntó el Fadri sin sorprenderse.

—Don Juan de Colmenar y el alguacil real Monredon.

—Quién las guia?

—Tres hombres de Granollers prácticos en este monte:

—Crees tú que vienen aquí directamente?

—En línea recta. Saben perfectamente la posición de vuestro campamento.

—Dentro dos horas dices?

—Dentro de dos horas.

—Está bien. Gracias, Pedro. Tenemos tiempo de sobra y hallarán el nido sin los pájaros. Véte tranquilo si es que puedes verte sin tropezar con ellos.

—No hay cuidado.

—Adios, pues.

Y sin decirse mas palabra, el Fadri y Pedro se separaron, volviéndose aquel al campamento y el otro á Gualba por una vereda de él conocida.

El Fadri comunicó á Doña Juana lo que pasaba.

No dejó de admirar mucho á la arrogante capitana, como admiraba tambien mucho al Fadri, la noticia de haberse puesto en marcha las tropas reales á la caída de la noche. En efecto, era casi una locura la idea de internarse á semejante hora en las soledades y bosques del Monseny. O los jefes de la columna estaban locos, ó tenían un designio oculto y contaban con algo que no estaba al alcance de los bandoleros.

Doña Juana, el Fadri y Tallafarro celebraron en el acto y en pié una especie de consejo de guerra, resolviéndose por fin á hacer lo que otras veces habian hecho en circunstancias parecidas. Decidieron levantar el campo y marcharse por el camino de la cueva.

Efectivamente, gracias á este medio, ya alguna otra vez sucediera que los tercios enviados contra los bandoleros, habian llegado al campamento no encontrando á nadie y teniéndose al cabo que volver por donde habian venido, mientras que á las dos ó tres horas de su partida, los *narros* volvian á ocupar su puesto.

Se trataba pues de jugar á los tercios una burla como otras veces.

Diéronse en su consecuencia las órdenes necesarias, los silbidos avisaron á los centinelas para que se reuniesen al grueso de la tropa, y estaban cargando algunos bandoleros con los fardos y equipajes, bien ligeros por cierto, de la compañía, cuando otra seña de inteligencia, como la de Pedro, anunció la llegada de un nuevo confidente por la parte de Muscarolas.

El Fadri salió á reconocer al que llegaba.

Era otro de los varios agentes de que disponia la *banda negra*, el cual llegaba jadeante con una noticia aterradora. Tal era la de que una fuerza considerable tenia ocupadas todas las avenidas del valle de Muscarolas que comunicaban con la montaña, mientras que otra fuerza no menos numerosa habia ido á ocupar la salida de la cueva, la cual se habia cegado con piedras y rocas, tapiándola á mas con una gruesa pared.

Tales nuevas alarmaron realmente al Fadri de Sau. Esto le indicaba que los enemigos tenían perfecta noticia de todos sus medios de evasión y que habian procurado cortarles por todas partes la retirada.

Se trataba en consecuencia de un ataque serio y formal, como hasta entonces no habían sufrido ninguno los bandoleros.

El Fadri se apresuró á ponerse de acuerdo con Doña Juana.

La situacion topográfica del campamento de los bandoleros era tal, que tomados los tres puntos que tenían los enemigos, la banda no tenia otra retirada que la cima del monte, y en este punto la defensa era insensata.

Doña Juana comprendió toda la eminencia del peligro, pero combinó al mismo tiempo el medio de defensa.

—Fadri, —le dijo, —tres son las fuerzas que se han enviado contra nosotros, pero de las tres solo tendremos que combatir á una si nos quedamos aquí. Intentar marcharnos por la cueva desde el momento que la han cegado es cosa imposible. Aun cuando pudiésemos remover los obstáculos, no conduciría á nada, pues hallaríamos la tropa que nos espera á la salida. Forzar el paso de Muscarolas, donde habrán tenido buena cuenta de parapetarse, seria una temeridad: considero lo mejor quedarnos aquí y esperarles en nuestro castillejo, agrupados todos junto á nuestra bandera.

Los bandoleros llamaban castillejo á la colina y plataforma de que hemos hablado á la llegada de Orso al campamento.

Doña Juana continuó estendiendo la mano y señalando el bosque.

—La fuerza que manda Colmenar debe desembocar por este bosque, y cada hombre que ponga el pié en el espacio que media entre este castillejo y el bosque, será víctima de nuestros tiros. No se atreverán á subir al asalto, porque nosotros seríamos los mas fuertes. Las fuerzas que hay en Muscarolas y á la entrada de la cueva no abandonarán sus puntos. Así pues, solo tenemos que combatir á los que vienen con Colmenar. En último resultado, abandonaremos el fuerte, nos dirigiremos hácia Muscarolas y nos dispersaremos.

El Fadri meneó la cabeza é hizo varias objeciones al plan de Doña Juana. La opinion del Fadri era que desde el momento se adoptase la última idea indicada por ella misma.

Esta idea consistia en una cosa muy sencilla puesta en práctica varias veces por el difunto Serrallonga, cuando se veia perseguido muy de cerca. Dado un punto de reunion para seis ú ocho dias

mas tarde, la banda se dispersaba ocultándose cada uno en el sitio que mejor le parecia. Ya en la primera parte de esta obra hemos visto el buen efecto que surgió esta combinacion cuando se mandó levantar un somaten general contra Serrallonga. Sin embargo, esto tenia tambien sus inconvenientes, y Doña Juana no queria apelar á este recurso mas que en un caso estremo. No habia aun tenido que recurrir á ello desde que estaba al frente de los bandoleros, y temia que el adoptar este plan, antes de combatir, era desautorizarse á la vista de los suyos.

Negóse pues á ceder á las instancias de su teniente.

—Preveo entonces, señora, —le dijo este, — que hoy vamos á morir aquí todos.

—Si no hay otro recurso, Fadri, moriremos.

—Hágase entonces como vos deseais.

—Tengo empeño en hacer ver á nuestros enemigos que valemos mas de lo que ellos suponen. Quien sabe si al ver que les esperamos á pié firme, retrocederán.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Fadri.

—Han ido ya demasiado adelante para retroceder. A mas, los manda Monredon, que es, mejor que Colmenar, su verdadero jefe.

—Precisamente es esta una de las circunstancias que me obligan á esperarles. Monredon y Colmenar son dos de los asesinos de mi esposo. Si consiguiera, especialmente, matar á Colmenar, no me importaria morir.

—Peor que Colmenar es Monredon. El alguacil real, señora, es una hiena sedienta de sangre de *narros*, y, cobarde como es, cuando se ha aventurado á ponerse al frente de esa expedicion, es porque confia en el triunfo, porque tiene seguridad en este.

—Somos cuarenta hombres resueltos, Fadri.

—Pero ellos son trescientos ó mas, señora.

—Mas mérito por nuestra parte en vencerles.

—Es una temeridad el intentarlo. Todavía estamos á tiempo.

—¿A qué?

—A dispersarnos, y bien sabe Dios que no digo esto por miedo.

El Fadri no debia hacer esta observacion. Demasiado sabia Doña

Juana que no era el miedo el que le obligaba á espresarse de aquel modo.

—Nó, Fadri, nó,—dijo Doña Juana, que en ciertas ocasiones era obstinada y terca. —De ningún modo. Puesto que saben el paso de la cueva, y nos le han cegado, quiero batirme con ellos. Siempre queda tiempo para dispersarnos.

—Quizá cuando creais que sea tiempo, hallareis que ya es tarde.

—Fadri, no me contradigas. Quiero batirme con esos hombres, quiero que sepan lo que valemos, no quiero plegar ante ellos mi bandera sin que antes hayamos medido nuestras fuerzas.

—Entonces, cúmplase vuestra voluntad y que Dios tenga misericordia de nosotros.

Jamás Doña Juana habia visto al Fadri de Sau usar un lenguaje tan sentencioso y solemne; jamás le habia visto oponerse tan tenazmente á sus deseos. Así es que tuvo un momento de vacilacion, y estuvo casi por acceder á sus instancias, dando la órden á la banda para dispersarse. Empero, la idea de que esto podia ser en desprestigio y mengua de su autoridad, volvió de nuevo á despertarse en ella, uniéndose al afán que tenia de dar una leccion á sus perseguidores, y esto la obligó á no rechazar su primer proyecto. A mas, todo parecia favorecerle para el combate; la noche, que habia de dar ventaja á los bandoleros como mas acostumbrados que sus enemigos á operar á semejantes horas, la situacion casi inespugnable del castillejo, el no poder ser este sitiado por impedirlo la topografia del terreno, y el serles fácil abandonar aquella especie de fuerte para emprender la retirada y dispersarse, ocultándose y desapareciendo favorecidos por la noche.

Juana, pues, se volvió á los suyos y les dijo que era preciso esperar á los enentigos y aceptar el combate.

Inmediatamente se tomaron todas las disposiciones necesarias, se hizo subir á todo el mundo al castillejo, incluso los dos pobres niños de que ya hemos hablado, se colocaron gruesas piedras sobre algunos parapetos que parecian algun tanto bajos, y cada hombre fué destinado á su puesto.

Uno de los mas activos era entonces el Fadri. Habia hecho lo po-

sible para evitar el combate, pero desde que Doña Juana lo habia decidido y comunicado á la banda, el mas ardiente de todos era él de fijo.

Enviáronse cinco ó seis bandoleros al bosque, por donde habian forzosamente de pasar los enemigos, en clase de escuchas, con encargo de replegarse á la banda en cuanto vieran asomar las fuerzas contrarias.

Se pasaron mucho mas de dos horas.

La noche estaba serena y despejada y la luna brillaba en todo su esplendor. Los bandoleros envueltos en su manta estaban todos en sus puestos, esperando la primera señal, y Doña Juana se hallaba sentada al pié de la bandera escuchando silenciosamente el rumor formado por sus pliegues.

A pocos pasos de Juana, envueltos con una manta y al abrigo de un paredon, estaban los dos niños que la banda habia recogido, durmiendo tranquilamente el sueño de la inocencia y bien ajenos de que pronto el silencio sepulcral que en torno reinaba iba á ser interrumpido por clamores de guerra y gritos de muerte.

En cuanto al Fadri iba de un lado á otro, inspeccionándolo todo y parándose algunas veces para dirigir su mirada al bosque, como si quiesse interrogar el silbido del aire y el movimiento de las hojas.

A él y á Doña Juana los momentos les parecian siglos.

Una vez dispuesto ya para el combate, la tardanza impacientaba al Fadri de Sau, que estaba ya preparándose para ir al bosque á reunirse con los bandoleros en él colocados, cuando de pronto se oyeron algunos tiros, á los que se siguieron gritos repetidos y en seguida una descarga de mosquetería.

Era que la avanzada enemiga se habia tropezado en el interior del bosque con los bandoleros.

Colmenar hacia adelantar la tropa pausadamente y con mucho tiento, dispuesto á sorprender el campo de los bandoleros, si estos no estaban sobre aviso, y dispuesto en este último caso á no atacar hasta que se hiciera de dia. Sin embargo, el tropiezo de su avanzada con los cinco bandoleros, le obligó á variar su plan, en alguna parte.

Los cinco bandoleros, que cansados de esperar se habian ido

poco á poco adelantando, al tropezar de pronto con los soldados, dispararon sus pedresnales hiriendo malamente á dos de aquellos, y en seguida echaron á correr á través del bosque en direccion á la colina. Los enemigos creyendo que los bandoleros eran en mayor número, dispararon á su vez sus armas, y á la voz de adelante dada por sus jefes, se lanzaron en persecucion de los fugitivos.

Los disparos pusieron sobre sí á los del castillejo, pues continuaremos llamándole por este nombre, y á la primera señal de alarma Doña Juana se puso en pié, y Fadri de un salto se colocó á su lado.

—Ahora, Fadri,—le dijo esta tendiéndole la mano,—ya la muerte está echada. No debemos pensar mas que en una sola cosa.

—En vencer,—dijo Fadri.

—O en morir con honor,—contestó la intrépida heroína.

Los bandoleros pudieron ganar sanos y salvos el castillejo, y acababan de poner el pié en él, cuando los soldados que les perseguian salian del bosque.

—Fuego!—gritó Fadri.

Una descarga general por parte de los bandoleros, tendió muertos á cinco soldados hiriendo á cuatro. Los otros se hicieron atrás y volvieron á internarse en el bosque.

Colmenar y Monredon, que llegaron entonces con la demás fuerza, dispusieron sus tropas, como mejor les pareció, haciendo que los soldados se pusieran á cubierto tras de los árboles, y comenzaron el fuego contra el castillejo, pero sin resultado alguno. La oscuridad que comenzó á reinar, por haber desaparecido la luna, les impidió poder sacar partido alguno de su posicion, aun cuando no era ciertamente la mejor.

Tampoco por su parte podian hacer nada los bandoleros. Así es que, como de comun acuerdo, fué menguando el fuego por una y otra parte, acabando por extinguirse del todo.

Colmenar, furioso por las pérdidas que habia experimentado, queria dar el asalto á la colina, sin embargo de que no conocia el terreno y no podia juzgar de la posicion en que se hallaba la banda, pero Monredon le disuadió y le aconsejó esperar á que fuera de dia.

—Pueden entre tanto escaparse,—decía Colmenar.

—Yo respondo de que no lo harán, y ay de ellos si lo intentan! —se limitó á contestar Monredon, que habia dispuesto cortarles la retirada del modo que sabemos.

Casi al mismo tiempo, el Fadri se acercaba á Doña Juana y le decia :

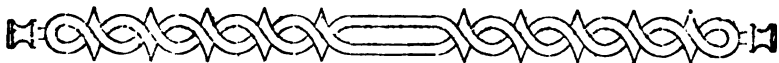
—Aprovechemos la ocasion. Se conoce que esperan que sea de dia para atacarnos. Contentémonos con el resultado obtenido, y burlémosles escapándonos.

—Nó, Fadri ; ahora menos que nunca,—contestó Doña Juana á quien el olor de la pólvora y el ruido del combate embriagaban.— Ahora menos que nunca. Esperemos tambien nosotros á que sea de dia, y que una vez al menos vean esos malvados brillar al sol la bandera de la muerte.

El Fadri ya no volvió á insistir mas. Conoció que seria inútil.

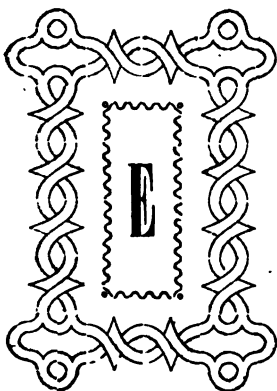
Lo restante de la noche se pasó en silencio por uno y otro campo. Solo de vez en cuando sonaba ya entre los soldados, ya entre los bandoleros, algun tiro disparado al acaso, como para advertirse unos á otros que estaban alertas y vigilantes.





IX.

UN TIGRE.



El verdadero combate no comenzó hasta rayar el alba.

Y entonces comenzó terrible y despiadado como lo era siempre en aquellos tiempos todo combate entre *narros* y *cadells*, como debia serle entre bandoleros y tropas reales.

Porque es preciso saber que en aquella época en Cataluña no era conocido lo que ahora se llama ejército permanente. No habia mas milicia que la ciudadana, y aun esta cuando el Consejo de Ciento y la voz del somaten la llamaban á las armas. El espíritu de las constituciones juradas por el monarca se oponia á toda otra clase de fuerza que la que dependia de las autoridades populares.

Para perseguir á los bandoleros, que muy amenudo entonces se hacian fuertes en la montaña, no habia otro recurso que levantar un somaten, el cual no siempre producía resultados, ya sea porque los

pueblos simpatizaban secretamente con los bandoleros que se trataba de perseguir, ya sea porque estos sabian burlar las pesquisas haciéndose invisibles.

Viendo el virey que este medio no le habia dado con respecto á la *banda negra* el resultado que apetecia, aprovechó la ocasion de la llegada á Barcelona de un tercio de tropas castellanas, el cual se encaminaba al Rosellon á ocupar las fronteras con motivo de temerse una próxima guerra con Francia, y lo destinó á perseguir á la banda que enarbolaba orgullosa en el Monseny la bandera de la muerte.

Ahora bien, lo que nosotros llamamos tropas reales eran entonces generalmente odiadas en el Principado, y este fué uno de los motivos que indujo á Doña Juana á mantenerse firme en su posicion, creyendo fácilmente poder vencer á unas fuerzas contra las cuales estaban ya declarados de antemano el instinto y el ódio de sus bandoleros y de los hijos del pais. Los soldados que les atacaban eran castellanos, castellanos Colmenar, Monredon y sus demás jefes, *cadells* por añadidura, se infringian hasta cierto punto las leyes y constituciones de Cataluña dando á aquella fuerza forastera el encargo de perseguirles, estaban en favor de la *banda negra* las ventajas de la posicion, el conocimiento del terreno y las simpatías del pais.... Todo, junto con las demás causas que hemos mencionado, se reunió para hacer que Doña Juana se mantuviera firme y aceptase el combate.

Este, hemos dicho, comenzó al rayar el alba.

Hechos ya cargo los jefes reales de la posicion ocupada por los bandoleros, dieron la orden de empezar el ataque, y los soldados, protegidos por el bosque, rompieron un nutrido fuego de mosquetería contra el castillejo, contestado vigorosamente por los pedreñales de los *narros*. Este cambio de fuegos duró algun tiempo sin resultado notable por uno y otro bando, y hubieran acabado de fijo por llevar en él la ventaja los bandoleros, si Monredon, cuyo diabólico genio hemos ya dado á conocer, no se hubiese prevenido tomando anteriormente sus medidas.

Entre los tercios, habia una escuadra de soldados perfectamente adiestrada en el manejo de las granadas de mano, que entonces es-

taban ya muy en uso. Monredon , pues , mandó cesar el fuego de mosquete y dió orden á la citada escuadra para avanzar , encargándola que inundase el interior del castillejo con sus terribles proyectiles. Ocupó la escuadra una posicion favorable, y el combate tomó entonces una nueva faz. Por espacio de media hora el fuego continuó por ambas partes con encarnizamiento , pero las tropas reales, gracias á sus horribles granadas, hacian casi á mansalva un cruel destrozo en las filas de los bandoleros. A los tres cuartos de hora ya no le quedaban en pié á Doña Juana mas que veinte hombres.

Para colmo de desgracia, un casco de granada hirió mortalmente al Fadri de Sau, que cayó casi moribundo á los piés mismos de la intrépida bandolera, arrancando á esta su caída un verdadero rugido de cólera y venganza.

El ánimo de los bandoleros comenzó entonces á decaer. Aquella forma de combate era nueva para ellos; no estaban acostumbrados á luchar con un enemigo invisible, por decirlo así, y á ver caer entre ellos, como llovidos del cielo, aquellos mortíferos proyectiles contra los cuales no habia escudo posible, pues que saltaban por encima de las tapias que solo protegian sus cuerpos ante los mosquetes enemigos. Una rápida mirada le bastó á Doña Juana para hacerse cargo del desaliento que comenzaba á cundir entre los suyos, desaliento aumentado por la caída del Fadri, al que todos creyeron muerto, y tomó por lo mismo una decisiva y repentina resolución.

Continuar allí por mas tiempo era imposible. Así pues, hizo que Tallaferro empufñase la bandera, encargó á otro bandolero que tomase en brazos á los dos niños adoptados por la compania, á dos mas que cargasen con el cuerpo del Fadri, al cual, muerto ó vivo, no queria abandonar, y encargando á todos los que se hallaban en disposicion de seguirla que se lanzaran tras ella, comenzó á bajar precipitadamente la cuesta de la colina.

La idea de Doña Juana era tomar el camino de Muscarolas y perderse con los suyos en aquellos bosques y soledades, antes que los enemigos pudieran volver en sí de la sorpresa que debia causarles el instantáneo abandono del castillejo por los bandoleros. Doña Juana creia fundadamente que al verles huir, las tropas reales se lan-

zarian sobre el castillejo para tomar posesion de este, renunciando á la idea de perseguir á los fugitivos por la práctica que estos tenían en el terreno.

Así hubiera sucedido en efecto, y hubiéranse perfectamente colmado las esperanzas de la viuda de Serrallonga, si al frente de los enemigos hubiese estado otro hombre menos astuto y diabólico que el alguacil Monredon. Este parecia haberlo previsto todo.

Gracias á los guias que llevaba, Monredon pudo hacerse bien cargo del terreno y desde su llegada habia emboscado una partida de cuarenta hombres á la otra parte del castillejo, con órden de lanzarse sobre los bandoleros si trataban de abandonar su posicion huyendo por aquel lado, único que podian tomar en este caso.

Dofia Juana y los suyos bajaron la cuesta en precipitada carrera atravesando por delante de los enemigos, pero sin que sus disparos alcanzasen á uno solo, y habiendo doblado la colina, se croian ya salvos y se arrojaban por el camino de Muscarolas, á fin de internarse entre los grandes bosques que existian á la derecha del mismo donde les hubiera sido fácil esconderse, cuando repentinamente cayó sobre ellos la emboscada de los cuarenta soldados que allí colocara la astucia de Monredon.

Como no estaban prevenidos para aquel repentino ataque, pues creian buenamente dejar atrás á sus enemigos, el éxito de las tropas reales tuvo en feliz todo lo que tuvo en imprevisto.

Solo una descarga hicieron los enemigos emboscados. A esta descarga cayeron muertos los dos hombres que llevaban en brazos al Fadri, arrastrando en su caida el cuerpo de este, muriendo tambien en el acto cuatro bandoleros mas, y sucumbiendo así mismo Talleferro que recibió una bala en el costado y cayó sobre el cuerpo de Fadri abrazado á la bandera.

Tras de la descarga, los soldados castellanos se arrojaron á la voz de su jefe sobre los demás bandoleros, envolviéndoles de un modo tal y tan repentino, que cuando pensaron en defenderse estaban ya cautivos.

Esto mismo le sucedió á Dofia Juana. Solo tuvo tiempo para poner mano á su daga hiriendo al primero que se le acercó. Encontróse en seguida cercada y aprisionada.

Catorce bandoleros quedaron en poder de las tropas, sin contar á Juana y á los dos infelices niños de que hemos hablado.

Colmenar y Monredon estaban realmente ebrios de contento. Así es que, despues de un corto descanso concedido á las fuerzas, decidieron regresar cuanto antes á Gualba, llevándose los prisioneros, y dejando sin enterrar los muertos para que fueran pasto de las aves de rapia y de las fieras de la montaña.

La tropa por consiguiente se puso en marcha, y al llegar á Gualba, los pobres prisioneros pudieron ver alzarse á la puerta del castillo dos sombrías y terribles horcas que parecian presagiarles su próximo destino.

Esto habia sido producto de otro refinamiento de crueldad muy propio del carácter del alguacil Monredon. Cuando hubieron las tropas vencido, el alguacil envió un mensajero á Gualba á fin de mandar que se levantaran inmediatamente las citadas horcas. Quería que los bandoleros pudiesen ya verlas levantadas al llegar al castillo.

Era un alma condenada é infame la de Monredon.

Aquella noche los prisioneros durmieron en el suelo, manjados fuertemente, en un cuarto bajo del castillo de Gualba. Solo á Doña Juana se le dió un jergon en el cual pudo tenderse, pero sin que desataran sus manos.

Los jefes de la expedición tuvieron una breve conferencia y dos de los bandoleros fueron interrogados. Entonces por primera vez supo Monredon que el Fadri de Sau no estaba entre los prisioneros.

Nublóse su frente al saber que el teniente de la banda negra no estaba en su poder, segun hasta entonces habia creído, aun cuando se tranquilizó al decirle que habia quedado tendido en la montaña y que ya á aquella hora su cadáver habia de fijo sido pasto de las fieras.

De los catorce prisioneros, decidióse enviar cuatro á Barcelona para que el virey les hiciese matar allí, ahorcando á los otros diez á la puerta del castillo.

En cuanto á Doña Juana, habia orden especial del virey para que, en caso de apoderarse de ella, fuese llevada á Barcelona, guardándole las atenciones posibles.

Sin embargo, Monredon, por una de esas crueldades propias de su horrible carácter, quiso que Juana antes de partir presenciase la muerte de sus compañeros.

- Efectivamente, á la mañana del siguiente dia todo se preparó en consecuencia. Los cuatro bandoleros destinados á la ciudad habian ya partido; solo quedaban los diez condenados á morir aquella mañana, los dos niños y Juana.

- A la puerta del castillo se alzaban las horcas, al pié de ellas estaban el verdugo y su ayudante, mas allá el verdugo real y verdadero, Monredon. La tropa estaba tendida en cuadro, la muchedumbre venida de los pueblos inmediatos se apiñaba tras de la tropa, y ocupaba el centro del cuadro un fraile de rostro macilento y larga barba con un rosario en una mano y un crucifijo en la otra, dispuesto á recibir la postrer confesion de los prisioneros.

Ni Colmenar ni el baron de Gualba estaban allí: el único que estaba era Monredon, paseándose tranquilo y sereno, como si se tratase de asistir á una fiesta. Para él en efecto aquello no era otra cosa.

Los prisioneros fueron adelantándose lentamente, mudos y sombríos, con las manos fuertemente atadas á la espalda. Marchaban primero los diez hombres, seguian los dos niños, y en pos de todos Doña Juana, con las manos atadas como los demás.

Iban los reos marchando en silencio, moviendo alguno sus labios como si rezara, otro postrado y desfallecido como si de antemano sintiera las angustias de la muerte, habia quien lanzaba miradas furiosas y provocadoras sobre sus enemigos, y quien iba sereno y tranquilo mostrando un valor que no tenia nada de bravata y una resignacion en que no habia fingimiento.

Monredon les dejó adelantar y fué paseando por sus rostros una mirada profundamente cruel, hasta llegar á Doña Juana. Los ojos de esta se habian fijado en el semblante del alguacil real pesando sobre él con todo el poder de una mirada fulminante. Quizá por vez primera en su vida, Monredon se sintió turbado y hubo de apartar sus ojos.

Volvióse de espaldas como para no dar á aquella mirada la satisfaccion de leer su vencimiento, y exclamó:

—A ver, acabemos pronto!

Se hizo adelantar á uno de los prisioneros, que cayó de rodillas ante el fraile. Luego que hubo terminado su confesion, el verdugo se apoderó de él, y unos momentos despues su cuerpo se balanceaba en la horca.

Dos silenciosas lágrimas corrieron por las mejillas de Doña Juana, que cerró los ojos para no ver aquel triste y horrible espectáculo.

Tras del primero siguieron los demás. Todos fueron á prosternarse ante el fraile, apoderándose de ellos en seguida el verdugo.

Monredon no apartaba su vista de los que iban á morir. Les seguía desde el instante en que caían á los piés del confesor, hasta que la última convulsion de la muerte se pintaba en su semblante. Parecia deleitarse en aquel espectáculo, y hasta una especie de feroz sonrisa iluminó alguna vez sus facciones cuando veia el terror que manifestaba alguno de los bandoleros.

La gente agrupada junto á los tercios permanecia muda, no atreviéndose á respirar siquiera. Reinaba en aquella plaza un silencio de muerte.

Hasta para dar mas sombrío colorido al cuadro, una nube negra-ca fué de pronto á interponerse entre el sol y la tierra arrojando una estensa y funebre sombra sobre gran parte del valle y de la montaña.

Los diez cadáveres de los bandoleros se balanceaban ya en las horcas. El verdugo enjugando con mano trémula el sudor que corría por su frente, acercóse á Monredon y le saludó humildemente como pidiéndole su vénia para retirarse.

—Poco á poco,—dijo este.—Algo falta todavía.

El verdugo, que sabia que Doña Juana no debía morir, paseó una asombrada mirada al rededor, como buscando quien podia ser la nueva víctima.

Monredon levantó el brazo, y le señaló los niños.

El hombre se estremeció, y hubiera podido notarse como á él, el verdugo, se le erizaban de terror los cabellos.

—Han de ser ahorcados esos niños?—balbuceó.

—Sí,—contestó lacónicamente el alguacil-real.

—Señor!—se atrevió á decir el verdugo.

—Son dos viborillas,—murmuró entonces Monredon como si se hablase á sí mismo para satisfacción de su conciencia,—que los narros han criado en su seno. Matándoles ahora impediremos que sean dos monstruos mas adelante. Muerta la víbora, muerto el veneno.

El verdugo parecia titubear. Su situacion era horrible.

—Pronto!—esclamó el alguacil.—Despacha pronto, si no quieres que te haga bailar en la horca á tí mismo.

Cuando la gente agrupada en la plaza vió que el verdugo se dirigia á los dos niños, comprendiendo entonces la órden que le habia sido dada por Monredon, hubo un estremecimiento general, y un sordo murmullo se levantó de entre aquella muchedumbre, como el rumor, présago de la tempestad, que se levanta repentinamente de entre las olas del mar.

Monredon se volvió y arrojó una mirada de soberbio y profundo desprecio sobre la multitud.

Aquel rumor hizo abrir los ojos á Doña Juana que los habia tenido constantemente cerrados hasta entonces, y, al ver al verdugo llevarse á los dos niños, siguiéndole los pobrecitos con la mayor indiferencia, creyó comprender lo que pasaba y sus labios dieron paso á una esclamacion ronca é ininteligible, mientras que sus brazos hacian un impbente esfuerzo para romper las ligaduras que los aprisionaban.

El verdugo se detuvo como interrogando el semblante del alguacil real, interin los dos pobres niños miraban á todos con ojos llenos del asombro de la inocencia.

—Adelantel!—gritó Monredon al verdugo.

Doña Juana entonces se estremeció y dió un salto como una patera herida.

—Monredon,—esclamó adelantándose hácia el alguacil real á pesar de que trataban de impedirselo los guardias que lá retenían;—Monredon, eres un miserable, un tigre á quien el infierno ha dado sed de sangre.

—Apartad de aquí á esa loca! —murmuró el alguacil dirigiéndose á los guardias.

Dofia Juana, fuera de sí, se debatió un momento entre los brazos de los soldados, pero estos consiguieron por fin sujetarla arrastrándola hácia el castillo.

En esto, los dos infelices niños comenzaron á llamar á grandes gritos á Juana.

Esta rugia de cólera y de exasperacion.

—Miserable! miserable! miserable! —gritaba á Monredon en medio de su frenesí. —Dios te llamará un dia ante su tribunal, Monredon, y tendrás que darle cuenta de la muerte de esas víctimas.

—Llevaos á esa mujer, —volvió á repetir Monredon, —y ponedla una mordaza.

—Asesino, —gritó por medio de un postrer esfuerzo Dofia Juana, —la muerte pide muerte, la sangre pide sangre. Dios permitirá que un dia se levante un vengador para herirte permaneciendo sordo su corazon á tus angustias, como sordo estás hoy á los gritos de la inocencia. Asesino, maldito seas!

Se habia levantado un tumulto espantoso en la plaza. Los soldados arrastraban á Dofia Juana hácia el castillo no pudiendo conseguir, por mas que lo procuraban, taparle la boca de la que á cada instante, en medio de un jadeante esfuerzo, se escapaba la palabra *asesino! asesino!* Los niños, que habian por fin comprendido que los llevaban á morir, daban terribles chillidos y con desconsoladores sollozos llamaban á Dofia Juana; la multitud se agitaba preñada de gritos y rumores sordos como las olas de un mar tempestuoso; los mismos soldados se miraban unos á otros con inquietud y zozobra estrechando instintivamente sus filas, y el verdugo estaba pálido como un cadáver entre las dos horcas de donde colgaban los cuerpos de los diez bandoleros.

Solo Monredon permanecia indiferente con toda la ferocidad de su alma pintada en su rostro.

Viendo que el verdugo volvia á mirarle como para esperar una última orden, el rayo de la cólera chispeó en sus ojos.

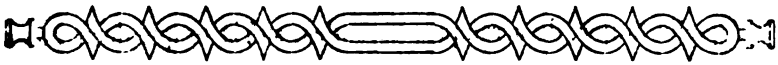
—*Ira de Dios!*—gritó con voz de tigre.—¿No te he dicho adelante?

El verdugo bajó la cabeza y obedeció.

Las dos pobres infelices criaturas fueron ahorcadas.

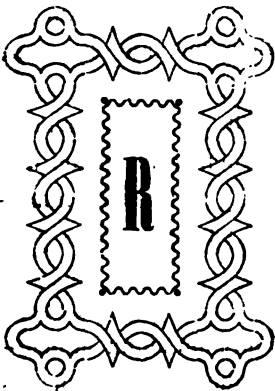
Monredon se había propuesto dar al pueblo una escena de terror. Le dió un espectáculo espantosamente horrible, un acto de inaudita crueldad.





X.

**DE QUÉ MANERA Y POR QUÉ CAUSA VOLVIÓ Á PRESENTARSE EL ESPECTRO
BLANCO DE GUALBA.**



ENUNCIAMOS á pintar todo lo que sufrió durante aquel horrible dia la pobre Doña Juana de Torreltas.

Encerrada en una habitacion del castillo de Gualba, sentía su corazon despedazado por las espantosas luchas que en él tenían lugar.

Pocas horas antes se hallaba al frente de una banda disciplinada que obedecía el menor de sus gestos, con un amigo leal y ardiente á su lado, con fieles compañeros que la respetaban prontos á derramar su sangre por ella, con oro, con poder, lleno el corazon de brios y el alma de ensueños de venganza. Ahora se veía sola, perdida, abandonada, prisionera de unos hombres de corazon de mármol: su porvenir era una cárcel eterna. Todo lo mas que podia esperar era la reclusion durante su vida en un convento.

Aquella mujer, de arranques varoniles, sufría lo que decir no es dable al verse tratada como un miserable facineroso, pues que, para mayor inhumanidad, por orden espresa de Monredon, se la habia encerrado con las manos atadas á la espalda.

¿Puede haber tormento comparado al suyo?

A todos sus dolores se unia el recuerdo de haber visto caer á su lado á la flor de sus compañeros, entre otros Fadri, el hombre leal, el corazon de hierro, el escudo de Serrallonga un dia, y el suyo propio hasta entonces; Fadri, á quien ella se acusaba de haber dado muerte por no haber querido seguir su consejo de abandonar con tiempo el sitio en que se obstinó en hacerse fuerte. Este punzante recuerdo era todavía mas horrible cuando se presentaba á su imaginacion el espectáculo de sus compañeros ajusticiados, que bárbaramente le habian obligado á presenciar, y sobre todo, el de las dos pobres inocentes criaturas arrastradas al suplicio por orden del feroz Monredon.

Entonces aquella mujer desesperada hacia violentos esfuerzos para romper sus ligaduras, sus ojos parecían salir de sus órbitas, arrugábanse sus cejas, descomponíase su semblante y todo su cuerpo se estremecía como al contacto de una víbora. Si en uno de aquellos momentos se hubiese presentado Monredon ante ella, una sola mirada hubiera bastado para matarle.

Pasado este instante de fiebre, Juana, vencida por la violencia de sus propios esfuerzos, volvía á caer postrada encima del jergon que allí le habian arrojado como por misericordia, y se quedaba inmóvil, abatida, sin fuego en su mirada, sin color en sus mejillas y en los labios, como un ser insensible á todo.

En tal estado la encontraron las primeras sombras de la noche.

Se le habia enviado por un ministril de Monredon algun alimento, pero renunció á tomarlo y hasta se negó á que le desataran los brazos, como se le ofreció, concediéndole un breve instante de respiro para comer.

A fuerza de ser atormentado por febriles y nerviosos sacudimientos, aquel cuerpo de mujer acabó por postrarse y rendirse; á fuerza de las violentas emeisiones que la habian destrozado, su alma llegó á sucumbir vencida. Cuando vino la noche, Juana se hallaba reco-

tada en su jergon, inmóvil, tranquila al parecer. Era que habia ya sufrido tanto que no tenia fuerzas para sufrir mas.

Si á lo menos Dios hubiese querido enviarle el consuelo del llanto!

Las lágrimas son para las almas despedazadas por el dolor, lo que el rocío para las flores á quienes el aire de la noche ha marchitado.

Pero Juana de Torrellas, en aquellos momentos sobre todo, no podia llorar. Presa se hallaba, aherrojada, abatida, sin otro porvenir que el de una muerte probable ó el de una cárcel segura para toda su vida, y sin embargo sentia que el demonio de la venganza roía con acerados dientes su corazon injertando en él el deseo de devolver ódio por ódio, saña por saña, muerte por muerte.

Llegó á creerse que podria, mas tarde ó mas temprano, recobrar su libertad, y fraguaba para entonces horribles planes de venganza. Ya no era á su esposo solo á quien tenia que vengar; se debia por entero á la venganza del Padri, de sus compañeros ajusticiados, de los dos niños arrastrados á la horca. Monredon y Colmenar! estos dos nombres parecian haberse grabado en su corazon con letras de sangre y fuego.

La noche estaba ya muy adelantada. Todos los ruidos del castillo se habian ido estinguendo uno tras otro; la luna entraba por una pequeña reja en el cuarto de nuestra prisionera, iluminándolo con una vaga luz.

Todo el mundo dormia ya en Gualba: solo velaban el dolor y la venganza en el corazon de Juana.

De pronto un ruido estraño se dejó oir junto á la puerta del cuarto en que esta se hallaba.

Juana, impelida por un movimiento inexplicable y sintiendo latir su corazon de una manera inusitada, levantó su cabeza.

Entonces vió abrirse lentamente, sin rechinar sobre sus goznes, la puerta de su estancia, apareciendo dos mujeres á sus atónitos ojos, las cuales entraron de lleno en el radio proyectado en el cuarto por la pálida luz de la luna.

De estas dos mujeres, la una iba enteramente vestida de blanco como una estatua de mármol, cubierto á mas el rostro con un velo:

la otra parecía por su traje modesto una sirvienta del castillo.

Efectivamente, esta última era Gertrudis.

Juana se incorporó con asombro y fijó en ellas su mirada.

Las dos mujeres se adelantaron sin hacer el menor ruido. Gertrudis dejó en el suelo una linterna sorda que llevaba, y acercándose á Juana, empezó á desatar sus manos sin pronunciar una sola palabra.

Juana, que la dejaba hacer, sintió libres sus brazos á los pocos instantes, y entonces llevando entrambas manos á su pecho, respiró con fuerza. Iba en seguida á abrir los labios, cuando la mujer tapada sacó una fina mano de debajo su manto y llevó un dedo á su boca como para recomendarle el silencio. En seguida, ella misma extendió un pié mostrándoselo á Juana para hacerle ver que iba descalza é indicándola con una seña que se pusiera lo mismo.

La prisionera comprendió lo que se le pedía, y sin decir una sola palabra, comenzó á descalzarse.

Entonces reparó que Gertrudis llevaba los piés desnudos lo mismo que la mujer blanca.

A una seña de esta, concluida aquella operacion, Juana hechó á andar tras de aquel misterioso ser, que no podía ser otro que el mismo fantasma blanco visto por Orso de Monteferro. Gertrudis abría la marcha, alumbrándose con la linterna sorda que habia vuelto á recoger.

Las tres mujeres salieron de la estancia sin hacer el menor ruido.

Atravesaron varios corredores, subieron una escalera, bajaron otra, y al pié de esta última la mujer blanca se volvió de nuevo á Doña Juana haciéndole un gesto espresivo como para que redoblara su cautela.

En efecto, pocos momentos despues, las tres mujeres como silenciosos fantasmas, marchando sobre la punta del pié á pesar de ir descalzas, cruzaban por delante de una cuadra en donde, uros encima de otros, fatigados y rendidos, dormían profunda y ruidosamente los hombres que Colmenar y Monredon habian llevado á la montaña el dia anterior.

Pasado este peligro, las dos mujeres que guiaban á Doña Juana, parecieron abandonar ya todo temor, pero ninguna de ellas sin em-

barge rompió el silencio , antes bien volvieron á recomendárselo á la que se sentía feliz respirando el aire de la libertad.

Así llegaron á una habitacion , que á estar allí el caballero de Monteferro , hubiera reconocido por la suya durante la noche que pasó en el castillo. Gertrudis abrió la puerta que daba al parque, y que ya conocemos, y nuestras fugitivas bajaron la escalinata, deslizándose rápidas á través de las arboladas calles.

Una vez allí, sintiendo el aire fresco estrellarse en su agitada frente, Juana se creyó salvada, y con todo el impulso y efusion de un alma ágradecida, se dirigió á la tapada, á la cual demasiado se notaba que no hacia sino obedecer Gertrudis.

—Señora, — le dijo, — me habeis salvado y me dais mas que la vida. Decidme vuestro nombre para que pueda grabarlo eternamente en mi memoria y para....

La dama blanca no la dejó acabar.

—Silencio! — le dijo. — Silencio! Todavía no estais libre y nuestras voces pudieran ser oidas.

El acento con que estas palabras fueron pronunciadas era dulce y suave. Parecian salir de unos labios virginales partiendo de un cándido corazon.

Dofia Juana obedeció.

Volvió á continuar la silenciosa marcha de aquellas mujeres, y no tardaron en llegar al estremo del parque. Allí habia una puerta y en su umbral un niño que detenia con fuerte mano á un perro que parecia querer lanzarse al encuentro de los que llegaban.

Eran Mochuelo y Turco.

La tapada misteriosa se dirigió entonces á Dofia Juana.

—Partid, — le dijo, — apresuraos! De un momento á otro pudiera ser descubierta vuestra fuga. Ese muchacho lleva el dinero que podais necesitar y os servirá de guia. Tened confianza en él. Os llevará al punto que le designeis, y él y su perro os defenderán en caso estremo. Huid, huid pronto!

La tapada iba á retirarse , pero Juana la detuvo por una punta de su manto.

—Oh! — le dijo, — no permitiré que os separeis de mí sin que me digais quien sois. Generosa bienhechora mia , decidme vuestro

nombre para que cada día pueda bendecirle. Ya os he dicho que devolviéndome á la libertad, me habeis dado mas que la vida.

—Estais perdiendo un tiempo precioso, — exclamó la tapada. — Pueden de un momento á otro sorprendernos. Huid, huid aprisa si en algo estimais vuestra libertad y vuestra vida.

—Yo no puedo separarme así de vos. Necesito saber quien sois, como os llamis, si sois una mujer ó un ángel.

—Mi nombre debe quedar oculto.

—Pero á quién he de bendecir entonces?

—A Dios.

—Señora, por piedad, completad vuestra obra. Decidme quien sois.

—No puede ser os digo. Huid! huid! Cada minuto que perdeis puede costaros la vida.

—Nó, nó. Prefiero que me sorprendan aquí antes que separarme de vos sin conoceros.

—Os empeñais en ello?

—Sí, sí,—dijo con efusion Doña Juana.

—Pues bien, soy el espectro blanco de Gualba.

Y dicho esto, la tapada tiró del manto, una de cuyas puntas tenia aun cogida Doña Juana, y echó á correr por el parque seguida de Gertrudis, no tardando en desaparecer entrambas entre los árboles.

Juana se habia quedado tan sorprendida con la inesperada respuesta de la tapada, que ni siquiera acertó á detenerla en su fuga.

Pocos momentos despues, no habia ya nadie en aquel sitio. La tapada y Gertrudis habian regresado al castillo; Juana siguiendo á Mochuelo y á su fiel Turco, se alejó apresuradamente de Gualba.

Hasta la mañana siguiente no tuvieron noticia Monredon y Colmenar de la fuga de su prisionera.

Encontróse abierta la puerta y vacía la estancia.

La cólera de Monredon, en particular, no tuvo entonces límites. Púsose frenético, delirante de ira y de coraje, y envió partidas sueltas por los alrededores con encargo de traerle muerta ó viva á Doña Juana.

Todo fué inútil. Los soldados regresaron unos tras otros sin haber podido dar con la que buscaban. Cuantas pesquisas se hicieron, cuantas tentativas se pusieron por obra, todo quedó sin resultado.

No volvió á saberse de Doña Juana, y Colmenar y Monredon regresaron á Barcelona, en compañía del baron de Gualba, dando estensa noticia al virey de lo que en su famosa expedicion les habia sucedido. Pesóle mucho al virey la nueva que le dieron de la fuga de Doña Juana, temiendo que como mujer intrépida y varonil, volviese de nuevo á reaparecer en la montaña al frente de otra partida, pero no fué así.

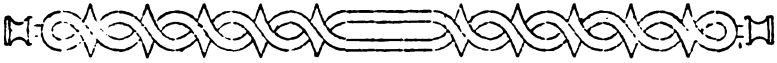
Gracias al alguacil real, la *banda negra* habia quedado bien es-terminada, y jamás volvió á saberse de Doña Juana, de quien se sospechó por unos que habia muerto ignorada en el desconocido rincon de un pueblo, y por otros que se habia retirado á un convento á terminar penitente en él su azarosa vida.

Como sucede siempre, la atencion pública se ocupó algun tanto al principio de la suerte que podia haber cabido á esa mujer extraordinaria, tan misteriosamente desaparecida, pero, por fin, su memoria fué legada al olvido, contribuyendo á ello por otra parte los importantes acontecimientos que entonces tuvieron lugar y que no solo afectaron á Cataluña, sino que resonaron en toda España, hallando ruidoso eco en el orbe entero.

Dé estos graves acontecimientos será bien que nos ocupemos ahora, puesto que con ellos va enlazado el curso de nuestra curiosa narracion.

Concluyamos por el pronto este capítulo repitiendo que no solo quedó olvidada Doña Juana de Torrellas, sino que ya no volvió á hablarse de ella, habiendo prevalecido la opinion, universalmente generalizada, de su retirada á un convento de monjas de Valencia, en donde se aseguraba que habia muerto al año de su entrada en él.

Esto es todo lo que llegó á saber el vulgo tocante al fin de la hermosa y atrevida bandolera que por espacio de tanto tiempo fué el terror y asombro de las montañas catalanas.



XI.

UN CAPÍTULO HISTÓRICO.



ORZOSAMENTE deben ahora permitirnos nuestros lectores que demos cuenta de los graves acontecimientos políticos que tuvieron lugar por aquel tiempo; y con tanto mas motivo nos creemos obligados á hacerlo, en cuanto hemos de llenar el vacío que de otro modo se notaria en nuestra relacion.

Efectivamente, apoyándonos en el privilegio concedido á los novelistas, vamos á dejar un blanco de cinco años.

Los que hayan leído la primera parte de esta obra recordarán que hemos hablado, si bien que ligeramente, de la política de Richelieu, el ministro ó mejor el rey francés, y de la de Olivares, el ministro, ó mejor tambien el rey español.

En 1625 se habia roto la guerra entre España y Francia, ajustándose la paz en 1626, pero entrambas naciones continuaron por

esto recelosas una de otra, dispuestas á aprovechar la menor coyuntura para volver á las manos.

En 1635 se presentó á la Francia ocasion favorable, y declaró la guerra á España.

Para justificar la determinacion del gobierno francés, Richelieu publicó un largo manifiesto al que Olivares respondió con otro: ambos llenos de quejas, de mutuas acusaciones y de invectivas. Con decir aquel que queria acabar con la dominacion austriaca en Europa, esclama Ortiz de la Vega, y este defenderla, habian concluido.

La campaña principió y comenzó con suerte varia. La primera accion tuvo lugar en los Países Bajos, en país de Lieja, junto á Avein. Los franceses fueron entonces los vencedores, y dueños del campo de batalla, avanzaron hasta Tirlémon que entraron á saco, sitiaron á Lovaina, amenazaron á Bruselas, é invadiendo la Italia, embistieron á Valencia del Pó. Los españoles por su parte penetraron en Francia, ganaron La Chapelle, Chatelet, Landreci y Corbie y llegaron hasta las puertas de Paris, mientras que la escuadra al mando del duque de Fernandina se apoderaba de las islas de San Honorato y Santa Margarita.

Dos años hacia ya que duraba la guerra, cuando el marqués de Valparaíso, virey de Navarra, bajó de improviso los Pirineos y se apoderó de Siburo, Juan de Luz, Socoa y la Tapiola, que hubo luego de abandonar con harto menoscabo del nombre español. Casi al mismo tiempo, el duque de Cardona embestia Lencata, postrer lugar del Languedoc en la frontera del Rosellon.

El ejército francés por su parte invadió la Guipúzcoa al mando del príncipe de Condé, poniendo cerco á Fuenterrabía, pero fué socorrida á tiempo la plaza y hubo el francés de retirarse. Afrentado por este rechazo, Condé pasó al Rosellon en el cual entró talando y saqueando, género de guerra vandálico, y sitió el castillo de Salses, última plaza del rey de España en el Rosellon.

Este país pasó á ser entonces el foco de la guerra.

Barcelona habia aprontado ya á título de subsidios extraordinarios para la guerra mas de 260.000 libras, y estaba dispuesta á hacer toda clase de sacrificios.

Al ver la faz que tomaban las cosas en el Rosellon, y correspondiendo á la invitacion del conde de Santa Coloma, que era el nuevo virey del Principado, los catalanes enviaron á la guerra diez mil voluntarios, presentando solo Barcelona seiscientos jóvenes resueltos mandados por el valiente patricio don Antonio Oms; todos vestidos, armados y pagados á costas de la ciudad.

A los pocos dias un destacamento de estos voluntarios, bisoños pero denodados, derrotó y puso en fuga una division francesa muy superior en número, matándola doscientos hombres y cogiéndola muchos prisioneros. Sin embargo, este ejemplo de denuedo no fué bastante para impeler al virey, que no quiso acometer por entonces á los franceses, y Salses hubo de rendirse.

La nueva de haber los franceses ocupado á Salses, causó una consternacion general. No se trató por el pronto de otra cosa que de recobrar esta plaza, y como no habia en Castilla todos los medios proporcionados para la guerra, las miradas de toda España se fijaron en Cataluña, la única que podia salvar á la nacion en aquel conflicto.

Las armas españolas no llevaban entonces la mejor parte. Todos los generales pedian al gobierno refuerzos. Todos clamaban que sin ellos la gloria de las armas españolas quedaria en breve marchita. Respondiales el conde-duque que nada les habia de faltar, y para cumplir su promesa, no vacilaba en tratar á las provincias como país conquistado, exigiéndoles nuevos y extraordinarios tributos.

General era el descontento, y no resonaba en toda la nacion mas que un grito de indignacion contra el ministro que á sus ambiciosas miras sacrificaba las haciendas y las vidas sin reparo alguno. Preguntábanse los españoles á que venian tantas y tan interminables guerras; que grande interés nacional las dictaba; porque se exigian tributos tan crecidos y se enviaba la juventud á morir léjos de la patria, agotándose su poblacion y sus recursos. El ministro, apegado á las empresas militares, se hacia sordo al clamoreo público, trataba á los súbditos con altanería y desoia las mas justas representaciones. Agrió especialmente á Felipe IV con los habitantes de las dos mas ricas é industriosas provincias de la monarquía, Portugal y Cataluña.

En vez de hacer olvidar á aquel reino su perdida nacionalidad, protegiendo su marina en la que fundaba sus antiguas glorias, y dándola de este modo á conocer que nada había perdido de su grandeza formando con la España un cuerpo, enemistóse con su nobleza permitiendo que su habla y aun su nombre fuesen objeto de sarcasmo. Olivares se reía de los portugueses, y á los catalanes les miraba, no con risa, con ódio profundo.

La risa y el ódio contra él y contra España se volvieron.

Desde las últimas córtés en Cataluña, á cuyos diputados trató de una manera indecorosa, se declaró la guerra entre el ministro y el Principado: guerra de pluma, primero, de representaciones concertadas y de respuestas orgullosas, que se elevó á escritos en que tras del respeto al trono apuntaba la saña contra el ministro, y á los que contestaba este con nuevos desabrimientos y desaires, hasta que por último agriándose la disputa, se hubo de convertir en armada reyerta.

Siempre había sido Cataluña muy considerada de sus reyes, quienes no podían ni debían olvidar que un conde de Barcelona vino á ser rey legítimo de Aragon, y que á un nieto de un rey de Aragon le tocó por sangre el trono de las Españas reunido. El condado de Barcelona reputábase ser la mas preciosa joya de la corona real; por tanto procuraban los reyes conservar y aun aumentar las franquicias de aquellos naturales, quienes con lealtad y sacrificios correspondían á las bondades del monarca.

El Principado era en el siglo XVII, un país libre metido en una monarquía absoluta, cuyo soberano tenia en él, mas bien que su señorío, su protectorado. Barcelona su capital, concedora de las instituciones de Venecia, Génova y otras ciudades libres de Italia, marítima como ellas y entregada al tráfico, era á su ejemplo entusiasta por sus libertades, y nunca consintió que se torciese siquiera el sentido de sus privilegios, dándole otro escatimoso. Cuando Olivares manifestó á las córtés de Cataluña ser conveniente que el rey impusiese contribuciones segun su voluntad, levantaron los diputados un grito de oposicion diciendo que si tal valiese, serian ellos no diputados ni hombres, sino esclavos sujetos en persona y en haciendas al capricho de un individuo.

Quejéronse al rey de la insolencia del conde-duque, diciendo que las córtes no podían tratar con quien abusando de su real nombre se portaba con ellas indecorosa y tiránicamente; pero las quejas no llegaron al monarca sino envueltas en las injurias del ministro. Tenía este en su mano el medio de hostilizar continuamente á sus adversarios.

Los gobernadores militares de Cataluña estudiaban al parecer la manera de mortificar á los naturales para dar gusto al ministro. Por algun tiempo el combate se libró en este terreno, creciendo con las humillaciones el rencor de los ofendidos. Pareció que con la guerra del Rosellon, debían darse treguas ambas partes para combatir al enemigo comun, pero no fué así.

Volvamos pues á este punto del cual nos hemos un tanto separado, siguiendo en sus elevadas reflexiones á nuestro amigo el historiador, á quien esta novela hemos dedicado.

En vano los catalanes acudieron á la defensa del país, siendo aquella ocasion, como dice Melo, la piedra de toque de su fineza; en vano, valientes como todo pueblo que conoce sus derechos y los estima, hicieron toda clase de sacrificios, de modo que los mismos escritores castellanos dicen que fué un ejército de treinta mil plazas el que pagó y mantuvo Cataluña en los siete meses que duró el sitio; en vano fué todo: la ciega animosidad del conde-duque de Olivares continuó decatándose contra ellos en invectivas y tropeñas.

Los catalanes, á tenor de sus leyes, estaban exentos del servicio de las armas, como tambien del de alojamientos. Por aquí empezó el conde-duque á asestar sus tiros, dando disposiciones para alojar á las tropas y ordenando como habían de proceder los catalanes para llevar víveres y forrajes á Salses sitiada por los nuestros. Mandaba cartas una tras otra al virey, conde de Santa Coloma, y cada una mas apremiante y decisiva.

En una le decía :

«Si V. S. el primero y despues todos los ministros de S. M. y de las universidades mismas y la nobleza toda, no obligan al Principado á traer sobre sus cuestras, cuando no hubiese carruaje, quanto trigo, cebada y paja hubiere, no cumplen con la obligacion que

tienen á Dios, á su rey natural, á la sangre que tienen en sus venas, ni á su propia conservacion y defensa.»

En otra decia :

«Es menester que V. S. eche ropa al mar y se haga obedecer; no quede hombre que trabaje sino en venir á la guerra en toda la provincia, y mujer que no sirva de traer á cuestras paja y heno, y cuanto fuere menester para el bien pasar de la caballeria y del ejército, que está en la salvacion de todos. No es tiempo de rogar sino de mandar y hacerse obedecer. Los catalanes son naturalmente ligeros; unas veces quieren y otras no quieren. Hágales entender V. S. que la salud del pueblo y del ejército debe preferirse á todas las leyes y privilegios. Pondrá V. S. el mejor cuidado en que la tropa esté bien alojada y que tenga buenas camas; si no las hay, no debe repararse en tomar las de la gente mas principal de la provincia, porque vale mas que ellos duerman en el suelo, que no que los soldados padezcan.»

«Si faltan gastadores para los trabajos del sitio, decia en otra carta, y los paisanos no quieren venir á trabajar, obligueles V. S. por la fuerza llevándoles atados siendo necesario.»

«No se debe disimular la menor falta por mas que griten contra V. S., añadia en otra, aunque quieran apedrearlo. Se debe obligar á todo el mundo.»

Estilo de conquistador bárbaro y triunfante.

A estas tiránicas disposiciones, Cataluña contestó con el ejemplo de valor y de heroismo que dió presentando el numeroso ejército que hemos dicho ante los muros de Salses.

Esta plaza fué recobrada por fin, quedaba concluida la campaña, y cuando se entregaban los pueblos á la natural alegría del triunfo, vino orden de Olivares de alojar el ejército á costa del país, procurando que los soldados fuesen siempre superiores al paisanaje del pueblo en donde estuviesen alojados; orden abiertamente opuesta á una ley del Principado, pero que no obstante fué llevada á cabo rigurosa é inmoderadamente.

Eleváronse al gobierno fuertes representaciones por los magistrados del pueblo, esponiendo la justicia de sus derechos y quejas, la ley que les favorecia, y los desmanes á que comenzaba á entregarse

la soldadesca. Léjos de dar lá corte oido á estas justísimas quejas, apoyaba con todo su poder al virey.

El conde-duque envió entonces una nueva carta al conde de Santa Coloma en la que trataba de *menudencias provinciales* á las constituciones y privilegios de Cataluña, añadiendo por posdata:

« Señor mio, por un solo Dios que la gente se aloje rebien, y no solo bien. »

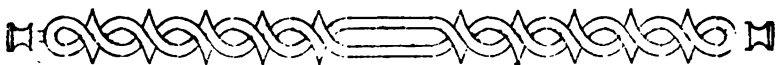
Sufrían los oprimidos, pero entre sus sentidas quejas asomaba ya la amenaza. No sabía el ministro de donde sacar recursos para mantener el ejército, y entonces halló ocasion favorable para vengarse atrozmente de Cataluña.

Mandó que las tropas se mantuviesen á costa del Principado. Era hacerle apurar hasta las heces la copa de la venganza.

La exaltacion de aquellos infelices moradores, cuyo entusiasmo en defender la patria se pagaba con ingratitud tan negra, debia llegar entonces á su colmo. De seguro no hubiera hecho mas el ejército francés si hubiese entrado triunfante en Cataluña.

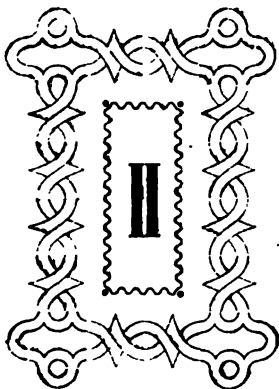
En tal estado se hallaban las cosas cuando volvemos á tropezar con alguno de los personajes de nuestra historia.





XII.

LOS DOS HERMANOS DE ARMAS.



amos dicho ya que la campaña de Salses había terminado de una manera brillante para España y sobre todo para Cataluña, cuyos somatenes alcanzaron gloria imperecedera en aquellas jornadas.

Los catalanes habían hecho esfuerzos desesperados. En los siete meses que duró el sitio, Cataluña hizo continuas levadas de infantería y repetidas conducciones de gastadores para manejo y fortificación del ejército. Notables debieron ser sus sacrificios, extraordinarios sus esfuerzos, cuando el historiador Melo, hablando de este ejército, dice que se contó por el más grande que España formó dentro de sí, y que su prosperidad se fundó sobre la industria de los catalanes. Tanto fué el caudal con que entró en la empresa, y con la misma proporción que ayudó al número, sirvió también al peligro.

Así es que al terminar la campaña, Cataluña tenia por todas sus provincias muchos huérfanos y viudas cuyos padres y esposos, como dice un cronista, habian servido al alimento de aquella bestia insaciable que se sustenta con la sangre de los humanos; sus llantos y clamores cargaban sobre su afligida república, que, lastimada de ellos, tuvo poco lugar de alegrarse con los vivas del triunfo que indecisiblemente gozaba Castilla, como si solo ella hubiese merecido el aplauso.

Esto hubo de amargar la alegría de la victoria, y hubo de amargarla mas y mas todavía la conducta seguida por el gobierno de Madrid, de lo que hemos comenzado ya á hablar en el anterior capítulo.

Peró no basta. La conducta del gobierno en aquellas circunstancias fué tan desatentada y tan infame, que es preciso hacerse cargo de todas las razones que militaban en favor de los catalanes para comprender hasta qué punto se faltó con ellos á todas las naturales consideraciones y deberes.

Con el fin de estimular á los naturales á concurrir á la reconquista de Salses, se habia hecho formal promesa de ennoblecer á todos los habitantes de Barcelona que tomasen las armas, y de conceder el derecho de ciudadanía en la misma capital á todos los del resto del Principado que combatesen durante treinta dias al frente de las murallas del castillo sitiado. Esperaban pues los catalanes los premios y gratificaciones de sus servicios, singularmente en la última jornada de tanta importancia; pero aunque su mérito fué muy señalado, no obtuvieron la menor recompensa. Estrañábanlo mas y mas al considerar que, estando en aquella época poco acostumbrados al servicio militar de sus principes, tenian por mas apreciables la solicitud y abnegacion con que acudieron á salvar la patria comun. La corte española, aparentando siniestramente desconocer esta singular fineza, no solo no satisfizo el justo deseo de Cataluña, no solo dejó de concederle las mercedes y gracias á que se habia hecho acreedora, sino que, faltando á su palabra empeñada, jamás la manifestó ni un ligero ó vano agradecimiento. Otros eran y por cierto bien diversos sus propósitos.

Ya en el capítulo anterior hemos manifestado algo, y nuestra

relacion sucesiva acabará de hacer evidente toda la justicia de los catalanes en aquella época azarosa y terrible no solo para Cataluña, sí que para España toda.

Cierta mañana un joven caballero iba á doblar la esquina de la casa de la diputacion penetrando en la calle que hoy llamamos del Obispo, cuando se encontró de manos á boca con otro joven elegantemente vestido y muy apuesto.

Una doble exclamacion partió á un tiempo de los labios de entrambos, que se aproximaron estrechándose cordialmente las manos con muestras de la mayor efusion y de la mas cordial amistad.

—Monteferro!— exclamó el mas elegante.

—Fontanellas!— contestó el otro.

Era en efecto uno de nuestros dos amigos el mismo Orso de Monteferro que al principio de esta obra se nos ha presentado. Los cinco años que por él habian pasado en nada habian cambiado sus facciones graves impregnadas como siempre de un carácter de habitual tristeza y de una mate palidez. Orso era uno de esos jóvenes que á la edad de veinte y dos años representan ya el número de treinta.

La única diferencia que habia en él era que su rostro aparecia mas moreno y tostado que la vez primera.

No es estraño. Orso habia hecho la campaña de Salses, alistándose voluntariamente bajo las banderas catalanas.

Hallábase en Barcelona, segun ya sabemos, cuando se declaró la guerra entre España y Francia. Mantúvose tranquilo é indiferente hasta que Cataluña llamó á todos sus hijos á las armas. Entonces, ocioso como se hallaba, valiente como era, creyó que debia tomar parte en favor de su patria adoptiva y tomó las armas como simple voluntario.

Una idea secreta le impulsaba tambien, idea que era el móvil de su vida. Habia venido á España y á Cataluña, segun ya conocemos, impelido por una pasion de venganza que vivia en su corazon sin extinguirse jamás. Nuestros lectores saben de que modo quedaron destruidos todos sus planes con la ruina completa de la banda negra y la desaparicion y muerte probable de Doña Juana de Torrellas. Terrible fué realmente su desesperacion al llegar á sus oidos esta nueva, y ya Orso no pudo fiar mas que en la casualidad de allí en

adelante. Así es que aprovechaba todas las ocasiones y obedecía á todos los impulsos de su instinto, creyó que quizá la vida militar y del campamento le pondria en contacto con el hombre ó mejor con los dos hombres que buscaba, y por saber cuyo nombre hubiera dado parte de su vida.

Alistóse pues y marchó.

Sin embargo de la campaña de Salses no sacó personalmente otro resultado que el de contraer íntimas relaciones con un jóven algo menor que él en edad llamado Cárlos Fontanellas, el cual habia ido á cumplir como buen catalan y buen patriota á combatir por su patria bajo los pliegues de la venerada bandera de los patriotas catalanes.

Entre Orso de Monteferro y Cárlos Fontanellas habia una diferencia notable de carácter que parecia deber desunirles, y que, sin embargo, vino á ser el lazo que mas estrechamente les unió. Todo lo que Orso tenia de taciturno, de grave, de reflexivo, tenia Cárlos de risueño, de ligero y de arrebatado. Todo lo que el uno tenia de aplomo tenia el otro de irreflexion. Esto no obstante, una amistad íntima y estrecha, como los que se adquieren regularmente en los campamentos, atrajo á los dos jóvenes, que bien pronto fueron inseparables. Tomaron parte en los mismos combates, compartieron los mismos peligros, se embriagaron con los mismos triunfos, durmieron en el mismo lecho de campaña y se juraron una amistad eterna.

Terminada la expedicion, y entrado el castillo de Salses, Cárlos se fué á Vich á ver á su familia y Orso regresó á Barcelona en donde la mas terrible melancolía volvió á apoderarse de él al verse de nuevo solo y aislado, sin familia, sin amigos, en un país extranjero y con el mismo deseo inmoderado de venganza en su corazón. Monteferro era corso y ni por su raza ni por su sangre podia olvidar lo que ya hemos dicho que en Córcega, y en la estirpe de los Monteferro sobre todo, era una especie de religion.

Ya nuestros lectores están ahora en antecedentes.

Volvamos pues al encuentro de los dos hermanos de armas.

La alegría de Orso al encontrarse con Cárlos, aunque expresada menos ruidosamente de lo que lo fué por este, no por esto era menos profunda y viva.

—El diablo me lleve en cuerpo y alma, si no iba pensando precisamente en tí,—esclamó Fontanellas que no contento con apretar las manos de su amigo, le estrechó afectuosamente en sus brazos.

—Te agradezco tu buen recuerdo, Carlos; y pláceme haberte encontrado. Lo que es por mi parte, te confieso que no creía tenerte en Barcelona.

—Toma! algún día había de venir.

—Ya, pero como me habías anunciado que ibas á permanecer lo menos dos ó tres meses en tu casa al lado de tu padre, estaba yo pensando en ir á hacerte una visita á Vich el día menos pensado.

—Y hubieras sido recibido en triunfo, porque he hablado largamente de tí á mi padre, que te conoce ya tan á fondo como yo mismo y te quiere como yo.

—Gracias por ello, mi buen Carlos,—dijo Monteferro estrechando con dulzura la mano de su amigo.—Al hombre que como yo vive solo y aislado en este mundo, siendo un verdadero pária, le place hasta en extremo que tú no puedes imaginarte despertar solo una ligera simpatía en el alma de un hombre honrado.

—Pues mira, yo te aseguro que mi padre desea de veras estrecharte en sus brazos y darte las gracias por los buenos consejos que has dado alguna vez á su hijo, evitándole á veces cometer ciertas imprudencias, que hubieran podido serle fatales, y conteniéndole en el camino de sus locuras.

—Carlos!

—Toma! ¿pues no es esta la verdad? El caso es que yo soy un si es no es loco, y que afortunadamente te he tenido á mi lado como sabio mentor y consejero. Todos nuestros amigos decían lo mismo. Tú eras el aplomo y la gravedad; yo la locura y la insensatez. Mira, iremos á ver á mi padre un día, y oirás de su boca lo que de tí le ha dicho su hijo.

—¿Y á qué has venido á Barcelona?—pregnató Orso que quería visiblemente cambiar la conversacion.

—Primeramente á verte.

—Gracias.

—No debes dárme las. Es la verdad. Acostumbrado á verte todos los días, á estar contigo, á contarte mis proyectos y mis esperanzas,

me faltaba algo faltándome tú. Te lo digo sinceramente. A mas, me ponía triste, horriblemente triste en mi casa. Figúrate tú un edificio sombrío y negro en una de las calles mas feas de Vich, sin mas sociedad que la de mi pobre padre, hundido siempre en su sillón, no pudiendo dar un solo paso sin el auxilio de las muletas, gracias á la bala de cañon que en Norinza se le llevó una pierna; figúrate, á mas, la buena vieja que ha cuidado de mi infancia y que es pesada como el plomo, un fraile amigo de mi padre que va todos los dias á casa, dos ó tres caballeros viejos que hablan siempre de los buenos tiempos de Felipe II, y tendrás en resúmen todas las glorias y felicidades que me rodeaban en mi casa paterna. No, Orso, esto no es para mí. Tú ya lo sabes, yo necesito ruido, movimiento, agitacion, cuchilladas, muchachas y buen vino. Si estoy quince dias mas en mi casa, me muero como un pájaro metido en su jaula. Mi padre mismo lo ha conocido, pues que sin pedírselo yo, me ha dado permiso para venir á Barcelona, haciéndome solo prometer que cada mes iré á pasar con él tres ó cuatro dias. En la primera visita que le haga, te llevaré á tí. Se lo he prometido. De aquí á entonces, Orso, viva la libertad y viva la independencia!

— Eres un loco, Carlos!

— Pues si te lo estoy diciendo. Maldito lo que me sorprende tu descubrimiento. Veinte y cuatro años tengo y hace otros tantos que sé que soy un loco.

Monteferro no pudo menos de sonreirse.

— Vamos á pasar una vida alegre, Orso, — continuó Carlos. — Ya verás, ya verás tú.

— Alegre!... No lo creo.

— Cómo que no?

— Tú no puedes estar alegre, Carlos, cuando tu país está triste. Eres demasiado patriota para no tomar parte en las aflicciones y amarguras del suelo que te ha visto nacer.

— Pues qué sucede? — preguntó Carlos á quien efectivamente los males de su patria le interesaban mucho, pues que, en medio de su atolondramiento natural, amaba de corazón á su país y era catalán de pura raza. — A ver, cuenta, cuéntame lo que sepas, — añadió

con interés; —ayer noche he llegado de Vich y allí se vive en el Limbo. ¿Qué noticias hay?

—Aseguran que el rey ó mejor su ministro el conde—duque de Olivares...

—A quien lleve el diablo, — interrumpió Carlos.

—Como quieras. Me es igual.

—Pues á mí no. Aborrezco de muerte á ese orgulloso favorito. Prosigue.

—Me han asegurado, — prosiguió Orso, — que el rey ha mandado con todo rigor al conde de Santa Coloma que de grado ó por fuerza haga una leva de seis mil catalanes con destino á engrosar las tropas de Milan. Esto, unido á la órden de que el Principado debe mantener á sus costas el ejército, ha hecho que estallara la indignacion general. Barcelona á estas horas está fermentando realmente, Fontanellas, y no sé á donde puede llevarnos el disgusto que reina entre los habitantes de la ciudad, y que, francamente le confieso, creo muy justo.

—¿Quieres que te diga una cosa, Orso?—esclamó de pronto Carlos.

—Dí.

—Quisiera que anduviésemos á trastazos con los castellanos.

—Carlos!

—Lo quisiera, te digo, lo deseo del fondo de mi corazon. Esta será otra de mis locuras, no digo que no, pero en esto pienso lo mismo que el canónigo Pablo Claris. Ya ves que por fin ha llegado el dia en que la opinion de un loco y la de un hombre sesudo y grave estén de acuerdo.

—Y qué piensa el canónigo Claris?

—El canónigo Claris, segun he oido decir al fraile amigo de mi padre, cree que no hay felicidad posible en Cataluña mientras estamos unidos á Castilla. Yo lo creo como él. Los castellanos nos tratan á latigazos. Nosotros debemos acuchillarlos y no dejar uno solo con vida en el país, como se cuenta que un dia hicisteis vosotros los sicilianos con los franceses.

—No apruebo esto, Carlos. Y sin embargo, si algun dia llegara este caso, mi brazo y mi espada son de Cataluña, que es mi patria

adoptiva. Ya por ella he hecho armas, he recibido bajo su gloriosa bandera mi bautismo de sangre, y volveré con gusto á ocupar mi sitio en el combate y en las filas de sus bravos soldados el dia que peligre su independencia.

—¡Bien por los hombres de corazón!—esclamó Fontanellas con entusiasmo y estrechando cordialmente la mano de Orso.—Mira, dicen de mí que soy ligero, en una palabra que soy un tronera, y no obstante nadie me gana en constancia para amar á mi patria. Tus palabras me han llegado al alma. Bien, Orso, bien! Tú eres ya un hijo de Cataluña! Demasiado te lo he visto yo probar bajo los muros de Salses. Eres mi hermano de armas, has sido soldado como yo, y eres *narro* de corazón como lo es mi padre y como lo soy yo mismo. ¿Qué más te falta para ser catalán?... Deja que la copa se hene, un dia rebosará, y aquel dia, Orso, nuestra patria nos llamará en su auxilio y acudiremos á prestarla nuestro pobre apoyo. ¿No es verdad?

—Sí por cierto, Carlos.

—Entretanto, no pensemos mas que en divertirnos. Déjame que dé un poco de rienda suelta á mi carácter, que vosotros los hombres graves llamais irreflexivos. Ya te he dicho que me aburría de muerte en mi casa. He venido aquí á gozar, á reir, á divertirme, á pasar la vida alegre y tú la vas á pasar conmigo. Déjate guiar por mí y serás feliz. Mira, hoy me van á presentar en casa la condesa de Fiorerrosa, una paisana tuya por cierto, una italiana, una siciliana, que sé yo, una mujer que tiene inmensas riquezas y en cuya casa se reúne todos los sábados la mejor sociedad de Barcelona. Te presentaré á esa señora y allí verás las mujeres mas hermosas y las mas preciosas muchachas que encierra la capital del Principado.

—Gracias, Carlos, pero no acepto tu oferta.

—Estás en tí? ¿No quieres que te lleve al palacio de Fiorerrosa, un verdadero palacio encantado, donde todo es amor y alegría, donde todo respira riqueza y lujo, donde se dan cita los hombres mas galantes y las mujeres mas deliciosas?

—No, Carlos. Yo estoy condenado á vivir solo y aislado. Ya sabes que hay en el fondo de mi corazón un secreto, que jamás he comunicado á nadie, ni á tí que eres mi único amigo. Interín yo no

consiga lo que me trajo á este país, estoy resuelto á vivir oscuro y desconocido. Para mí no puede haber felicidad en la tierra, no pueden existir placeres ni goces en tanto que mi corazón esté de luto, ocupado por un deseo ardiente que lo mina y lo llena todo entero.

— Desgraciado! ¿Tú sabes lo que te haces y lo que te dices? Te ofrezco abrirte de par en par las puertas de un palacio encantado, y lo rechazas! Muchos hombres de posición y valer quisieran estar en tu lugar y encontrar quien les ofreciese el fácil acceso en esa mansión de dichas y placeres.

— Pues yo declino ese honor con el mayor gusto en cualquiera que sea de ello más digno. A mas, ¿quieres que te diga la verdad?

— Dña. ¿Cuándo nos la hemos ocultado uno á otro?

— Tu condesa Fiorerosa no merece mis simpatías.

— ¡Cómo! ¿La conoces ya?

— No la he visto en mi vida, pero se dicen de ella cosas que me desagradan.

Carlos se echó á reir y exclamó:

— Vamos, más convenzo que has nacido para buho. Eres un ser inesplicable, querido Monteferro. Te presentas rodeado de misterios y de secretos.

— Por muchos misterios que me rodean á mí, no serán nunca tantos como los que envuelven á tu rica condesa.

— Y vamos á ver, ¿qué se dice de ella? Entérame, ya que parece estar tú al corriente.

— Se dicen cosas que á tí en particular debieran retraerte de pisar los umbrales de su casa.

— A mí!

— A tí, que eres, según decías hace poco, y según yo puedo hacer constar, un ardiente y entusiasta catalán.

— ¿Y qué tiene eso que ver?

— Mucho. Los barceloneses se sorprenden con las fiestas que da esa mujer, la cual por lo visto es mas rica que Crespo, y se cree generalmente que ha venido á instalarse aquí con una mira política.

— ¿Crees tú?

— Mucho me lo temo. Está insultando con su lujo y prodigalidad

la miseria pública, da fiestas espléndidas mientras Cataluña toda está de luto, y es íntima amiga del virey Santa Coloma, de D. Juan de Colmenar, del baron de Gualba, del alguacil real Monredon y de todos los que hoy por hoy representan el partido castellano, el partido de los *Cadells*, según llamais vosotros. Créeme, no vayas á casa de esa mujer, te lo aconsejo.

—¿Y á mí qué me importa? ¿He de dejar de ser por eso catalan y narro de corazón? Yo sé que otros de nuestro partido visitan su casa, entre ellos el diputado Tamarit. Nó, amigo mio, nó; yo voy allí á divertirme, á pasar el rato alegre y entretenido, y sea lo que quiera la condesa. De todos modos tengo convicciones demasiado fijas para que pueda temer el contagio. Cuando venga el caso, sabré luchar y seré de los primeros en hallarme en mi puesto. Ahora no quiero pensar mas que en divertirme. A mas, Monteferro amigo, yo tambien tengo mi punta de secreto.

Orso se sonrió.

—Supongo,—dijo,— que tu secreto se llamará una hermosa muchacha de ojos azules ó negros, de encantadoras facciones, de tallo airoso, y de todo lo demás que constituye la belleza á los ojos de un enamorado

Cárlos se echó á reir.

—No se necesita ser brujo para adivinarlo,—esclamó.

Y añadió en seguida:

—¿En qué quedamos? ¿aceptas ó no mi oferta de presentarte á la condesa de Fiorerosa?

—Te he dicho que nó. Por el contrario, yo te insto á no poner los piés en su casa.

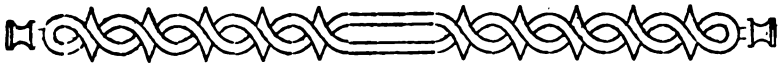
—Ríete de estas cosas. Sea ella lo que quiera, siempre seré yo el mismo.

—Cárlos, Cárlos, guárdate de las sirenas al atravesar el golfo.

—Me taparé con cera los oídos como Ulises, no tengas cuidado.

Orso se encogió de hombros.

En seguida los dos amigos se abrazaron y despidiéronse uno de otro por el momento, marchándose en direcciones encontradas y continuando Monteferro su camino hácia la catedral.



XIII.

DE UNO DE LOS VARIOS PELIGROS Á QUE SE ESPONE EL QUE
SIGUE Á UNA TAPADA.



n el momento en que Orso pisó los umbrales de la catedral, la vieja iglesia de Barcelona aparecía llena de misterio y majestad. Habían cesado los divinos oficios, ardían en las desiertas capillas las solitarias lámparas consagradas por la piedad de los fieles, y la luz de un día nublado, abriéndose paso con dificultad á través de las pintadas vidrieras, llenaba el templo de esa semi-oscuridad, que tan bien armoniza con la cristiana gótica fábrica de

una iglesia del Señor.

Algunos fieles oraban con religioso recogimiento ante el altar mayor ó ante algunas de las santas imágenes de los demás altares.

Orso fué adelantándose pausadamente, envuelto en las sombras que se agrupaban debajo la nave, y satisfecho de hallarse en un sitio que estaba en armonía con la tristeza profunda que constituía el fondo de su carácter, se apoyó junto á uno de los hermosos pila-

res que se alzan frente la subterránea capilla de santa Eulalia, y, dejando vagar su pensamiento, olvidó que la devoción le había llevado á aquellos lugares y comenzó á dar libre curso á su desatada imaginación.

La misma capilla de santa Eulalia que veía á sus piés al final de la gradería, le recordó la cita que un día recibiera para aquel punto. Impelido por una idea de venganza, que en los corsos es una religión, deseoso de cumplir la ~~santidad~~ de un juramento, Orso, lleno de juvenil ardor, había pasado á Cataluña, lo había arrostrado todo para saber el nombre del infame causador de todas las desgracias de su familia, y cuando tocaba ya al término de sus afanes, cuando recibió la promesa de que un mensajero de Doña Juana de Torrellas iría á encontrarle en la primera grada de la capilla de santa Eulalia para entregarle el puñal misterioso que debía revelar el nombre de su enemigo, hé aquí que, de pronto, la *banda negra* sucumbe, Doña Juana se escapa, cunde la noticia de su muerte, no se oye hablar nunca más de ella, y Orso, devorando en secreto su despecho, se ve imposibilitado de llevar á cabo su proyecto.

Amargos fueron entonces los días para el joven caballero de Monteferro, contribuyendo á dar un color sombrío á sus ideas la misma extraña y misteriosa aventura que le sucediera en el castillo de Gualba, aventura inexplicable que en vano pugnaba por descifrar. La imagen de aquel ser, que le apareciera como un fantasma, había quedado impreso de un modo indeleble en su mente. Por uno de esos extraños misterios del alma, la figura de aquella joven vestida de blanco y desmayada, había herido vivamente su imaginación. Jamás en la vida la hubiera desconocido Orso. Era la primera figura de mujer que había logrado impresionarle, pero de un modo profundo, indeleble, dejándole un recuerdo que ni los años ni las desgracias hubieran podido borrar nunca, recuerdo siempre vivo en su corazón, alimentado por la llama continua del misterio mismo que rodeaba á aquel ser incomprensible.

Un acontecimiento inesperado había contribuido también á renovar este recuerdo.

Ya hemos dicho que Orso se había alistado voluntariamente bajo

la bandera de Cataluña, partiendo con sus valientes compañeros á la campaña del Rosellon.

El ejército expedicionario se hallaba en Perpignan, y esta antigua ciudad estaba por consiguiente llena de gentes de armas con todo el bullicio y confusion inherentes á escenas de esta clase. Ya Orso entonces habia trabado estrechas relaciones con el jóven Cárlos de Fontanellas, y para estrechar mas los lazos de su amistad, habian decidido tomar juntos una habitacion donde albergarse, interin permaneciesen las tropas en la capital del Rosellon.

Monteferro habia salido una mañana con el objeto de buscar este hospedaje y se encaminó á una casa que se le habia indicado, manifestándole que su dueña alquilaba habitaciones á precios cómodos á los oficiales de las tropas catalanas.

La casa que se le habia señalado, estaba situada en una calle llamada de Na Pincarda, tomando su nombre de una fuente vecina. A la puerta de dicha casa estaba parada una jóven dama, en quien de pronto no se fijó Monteferro, embargada como tenia entonces su imaginacion por objetos enteramente estraños al amor y á la galanteria. Asi es, que, sin detenerse á examinarla, acercóse á ella para preguntarla cortesmente si era en realidad aquella la posada que él buscaba.

Pasó entonces una cosa estraña.

La dama hizo un movimiento de sorpresa como si hubiese conocido al caballero que se acercaba, y apresurándose á cubrirse con el manto, que las señoras de distincion acostumbraban á llevar siempre, se entró rápidamente en la casa, sin contestar al jóven que con toda cortesia y saludándola respetuosamente habia empezado á dirigirle la palabra.

Orso estrañó realmente la conducta de aquella dama, pero tampoco se fijó mucho en ello, creyendo que la jóven podia haberse ruborizado al ver que se acercaba á ella un hombre de armas, y achacó su precipitada fuga al temor que podia haber abrigado de que le dirigiese algun requiebro con franqueza demasiado militar. Sonrióse pues, y se introdujo en la casa detrás de ella. Una criada le salió al paso con precipitacion y pareciendo estar algo confusa.

Monteferro se enteró de que era en efecto aquella la posada que le

habian indicado , pero la dueña se hallaba ausente en aquellos momentos. Orso no dijo á lo que iba , pero prometió volver pasadas una ó dos horas.

Hízolo así en efecto. Volvió á las dos horas y espresó su deseo á la especie de posadera, dueña de la casa, pidiéndole una habitacion donde pudiesen vivir cómodamente él y su amigo interin las tropas estuviesen en Perpignan.

—Dos horas hace,—le contestó la dueña,—no hubiera podido serviros porque todas mis habitaciones estaban ocupadas. Sin embargo ahora tengo un aposento á vuestra disposicion. Lo ocupaba una jóven dama que, acompañada de una doncella y de una dueña ha partido hace apenas un cuarto de hora. A pesar de que habia tomado la habitacion para algunos dias, se ha decidido á partir precipitadamente á causa de una noticia que dice haber recibido cuando menos lo esperaba. A esta circunstancia debeis, señor caballero , el que pueda alojaros en mi casa á vos y á vuestro amigo. Si gustais seguirme, iremos á ver si el aposento os conviene.

Orso siguió á la señora de la casa. Plúgole la habitacion, convino en el precio , y como se hallaba fatigado y deseaba descansar , se quedó instalado ya , encargando que se mandase un aviso á Carlos Fontanellas para que fuese á reunirse con él.

La habitacion se hallaba en el mismo desórden en que la dejara la dama que la ocupaba, revelando su partida precipitada. Las sillas estaban revueltas, en un rincon habia quedado un pañuelo olvidado, y junto á la chimenea, en el suelo, veíase una cajita que sin duda se cayera allí y que Orso no tardó en notar.

Acercóse, la cogió, la abrió por curiosidad, y apenas hubo fijado en el interior sus ojos , cuando no pudo contener un grito. La caja encerraba un pequeño medallon, y este medallon era un retrato exacto de su misteriosa desconocida del castillo de Gualba.

Orso recordó entonces á la jóven dama que viera á la puerta de aquella casa y que, al acercarse él, se habia cubierto con el manto retirándose precipitadamente. No le quedó duda de que la desconocida del castillo de Gualba, la dama que habia encontrado á la puerta de aquella casa y la que hasta pocos momentos antes habia ocupado aquel cuarto, eran una misma.

Salió pues de su habitacion con el objeto de informarse por medio de su huésped, siguiendo hasta el fin el hilo que la casualidad ó la Providencia ponía en sus manos.

Su ilusion hubo de durar poco desgraciadamente.

La huésped solo pudo decirle que la dama que antes que él ocupaba el aposento, le era enteramente desconocida. Le dijo que , acompañada de una doncella y de una dueña , habia llegado cuatro dias antes procedente de Arles, segun creia, que le habia dicho tener que esperar en Perpignan á un pariente suyo con el cual debia marchar á Barcelona, pero que, por lo visto, habria recibido de pronto alguna noticia contradictoria, puesto que decidió marcharse cuando menos era de presumir, habiendo hecho en menos de una hora todos sus preparativos de viaje.

Orso no pudo saber nada mas.

Ninguna duda le podia ya quedar á Monteferro. La desconocida al encontrarse con él y al oír seguramente que iba á volver á la casa, temió ser descubierta , y su repentina partida no tenia otro objeto que evitar el encuentro con Orso.

Volvió la imaginacion del jóven á sumergirse en un piélago de conjeturas, y revivida su natural curiosidad con aquel encuentro inesperado, hubiera dado parte de su vida por descubrir en el acto aquel misterio.

Desgraciadamente, no podia dejar sus banderas y salir de Perpignan en persecucion de la fugitiva, segun al pronto ideara. A mas, aun cuando así hubiese podido ser ¿qué camino habia tomado la dama ?

Orso hubo de contentarse con guardar el medallon que contenia el retrato y dejar para tiempos mejores el descubrimiento de aquel secreto. No obstante , el encuentro y el retrato contribuyeron á renovar los recuerdos que habia dejado en su corazon la noche pasada en el castillo de Gualba. Desde aquel instante la memoria de la desconocida vivió en él como una parte de su ser, y el medallon que á menudo contemplaba , acabó por hacer que se apasionara locamente de aquella mujer misteriosa.

Sin embargo, se pasaron meses y años sin que nuestro enamorado

jóven volviere á tener noticia de la dama, que de tal modo habia conseguido cautivarle.

Hemos tenido necesidad de contar todo esto para poner en antecedentes á nuestros bondadosos lectores.

Volvamos ahora á reanudar el hilo de nuestra narracion.

Hemos dejado á Orso de Monteferro en la catedral de Barcelona, apoyado en uno de los robustos y hermosos pilares, que son el mas precioso adorno de aquella magnífica iglesia.

Habia ido con intencion de orar. Sin embargo, la oracion huia de sus labios, y el mismo recogimiento que le inspiraban la soledad y majestad del templo, contribuia á que su mente, dominada por sus propios recuerdos, se sintiese impresionada con las memorias de los principales acontecimientos que se marcaban profundamente en la vida de Orso.

La capilla de santa Eulalia le recordó la cita que junto á ella le diera un dia Juana de Torrellas, y el recuerdo de Juana de Torrellas trajo á su memoria la noche pasada en el castillo de Gualba.

— ¡Dios mio! — se dijo Monteferro; — ¿he de estar condenado á no saber nunca quién fué el matador de mi padre y á no encontrar jamás á mi desconocida de Gualba?

Precisamente, en el instante en que Orso se dirigia á sí mismo esta pregunta, una voz apagada, que parecia salir del seno de la columna en que se apoyaba, resonó á oidos del jóven.

— Orso de Monteferro, — dijo la voz, — oíd, pero sin volveros.

El jóven se estremeció, y á pesar de la advertencia que se le hacia, se volvió rápidamente. A su lado no habia nadie, y solo á pocos pasos de él vió dos mujeres arrodilladas y rezando fervorosamente. Orso dió vuelta á la columna. Nadie tampoco.

Aquello era inesplicable. El jóven caballero de Monteferro parecia destinado á pasar su vida caminando de misterio en misterio, de enigma en enigma.

No le engañaban sus sentidos. Seguro estaba de haber oido una voz misteriosa, pero ¿de dónde provenia?... detrás de la columna no habia nadie, y en toda la estension del templo que podia abarcar con sus miradas, solo se veian las dos mujeres citadas, ninguna de las cuales se habia movido de su sitio.

Orso se preguntó si soñaba, pasó la mano por sus ojos, movió su cabeza. ¿Era aquello el principio de otro misterio?

Arrepentido de haberse vuelto, volvió á ocupar su puesto, en la misma posicion en que se hallaba, dispuesto entonces á mantenerse tranquilo é inmóvil si nuevamente sonaba la voz.

No tardó esta en hacerse oír de nuevo.

—Orso de Monteferro, —dijo esta,— permaneced quieto, si quereis saber algo que os interesa muy de cerca. Al menor movimiento que se os vea hacer, dejareis de oirme y la muerte de vuestro padre quedará sin venganza.

Aquella vez Orso permaneció inmóvil.

La voz estuvo sin dejarse oír unos instantes. El jóven no se movió.

—Oid, oid bien, —continuó la voz.— Existe una persona que sabe quienes fueron los asesinos de vuestro padre y de vuestro tío.

Orso se estremeció. Sin duda el que hablaba creyó que hacia un movimiento para volverse, pues le dijo:

—Permaneced quieto ó dejareis de oirme para siempre.

Orso se contuvo y volvió á quedar inmóvil.

—La persona que lo sabe, —prosiguió la voz,— es la condesa de Fiorerosa. Hacedos presentar en su casa y procurad arrancarla su secreto. No despreciéis mi consejo. Los ensangrentados manes de vuestro padre y de vuestro tío piden venganza.

La voz se calló. Orso estuvo aguardando un buen rato, pero al convencerse de que ya no volvería á sonar en sus oídos, dió algunos pasos y se separó de aquel lugar sin ni siquiera registrar los alrededores del sitio que habia ocupado hasta entonces.

El jóven penetró en el coro de la iglesia por la verja que estaba entreabierta, y se dejó caer en uno de los anchos sillones que rodean aquel lugar.

Su corazón latia apresurado, su frente ardia.

¿Qué voz era aquella que habia resonado en sus oídos? ¿Quién podia ocuparse de él en Barcelona donde era completamente desconocido, pues solo Cárlos Fontanellas sabia su nombre verdadero? ¿Qué condesa era aquella que podia decirle el nombre del matador

de su padre? ¿Quién podía ser el amigo, tan enterado de su historia y del objeto primordial de su vida, que le daba aquel aviso?

Orso se perdía en conjeturas.

¡Cosa estraña! Unos momentos antes, Cárlos Fontanellas le proponía presentarle á la condesa de Fiorerosa y él habia rechazado, por ser una mujer que solo le inspiraba antipatía, á causa de las relaciones que tenia contraídas con los prohombres del partido *Cadell*.

Orso dejó caer su frente entre sus manos y estuvo largo rato pensativo. El resultado de sus reflexiones fué decidirse á seguir el consejo que le daba aquel misterioso amigo. De todos modos, nada perdía con presentarse en el palacio de Fiorerosa y conocer á la condesa de la cual precisamente entonces se ocupaba todo Barcelona.

—Iré,—se dijo.—Iré, si por cierto. La voz que ha sonado en mis oídos, debe ser verídica. ¿Qué objeto podía llevarse nadie en engañarme?

Y Orso se levantó, decidido á salir del templo, y á correr en busca de su amigo Fontanellas, para decirle que lo habia pensado mejor y que estaba dispuesto á admitir entonces lo que poco antes habia rechazado.

Embargado con esta idea, disponíase Monteferro á llevarla á cabo; pero estaba de Dios que aquel dia debia serlo para él de aventuras.

Un nuevo incidente le impidió realizar su propósito tan pronto como deseaba.

En el instante en que, preocupado y distraído, iba maquinalmente á mojar sus dedos en la pila de agua bendita para salir de la catedral, una mujer tapada, seguida de un criado, salía de la capilla de San Olegario donde sin duda habia estado en oracion, acercándose á su vez á tomar el agua bendita antes de salir del templo.

La dama, sia reparar por el pronto en el caballero, se aproximó á la pila de mármol, introdujo su blanca mano en la concha y en seguida apartó su manto para persignarse.

La casualidad quiso que los ojos de Orso se fijasen en ella en aquel instante.

El jóven lanzó una esclamacion de sorpresa. Acababa de ver á la

jóven misteriosa de Gualba, á su desconocida de Perpignan, al original del retrato que un raro incidente hiciera caer en sus manos.

La exclamacion de sorpresa lanzada por Monteferro hizo volver la cabeza á la dama, que sin duda hubo de conocer al caballero, pues que se estremeció, se cubrió de nuevo con el manto sin cuidar ya de persignarse, y se apresuró á salir del templo, rápida como cervatilla perseguida.

El criado la siguió.

Orso, á quien aquel encuentro hacia emprender un nuevo órden de ideas, se precipitó á su vez tras la desconocida, murmurando:

—Es ella! es ella!.... Oh! no se me escapará esta vez.

La dama tapada bajó con ligera planta las escaleras de la catedral y se internó por las calles vecinas en direccion á la riera de San Juan.

Orso, decidido á no perder aquella vez sus huellas, la seguia muy de cerca.

Una vez sola volvió la tapada la cabeza, y viendo que el jóven la seguia, apretó mas el paso, encargando sin duda que hiciera lo mismo al criado que la acompañaba.

Así que estuvieron en la riera de San Juan, los perseguidos doblaron rápidamente una calle, y desaparecieron á los ojos de su perseguidor.

Orso, que iba algunos pasos apartado, al verles doblar la esquina, se precipitó para no perderles de vista, pero al revolver la calle, tropezó con un caballero de arrogante ademan, que iba embozado en una larga y aneha capa. El jóven balbuceó algunas excusas sin ni siquiera fijarse en la persona en quien habia tropezado y siguió adelante. Su preocupacion era tal en aquel momento, que no reparó que el caballero al verle habia hecho un movimiento de sorpresa, quedándose clavado en la esquina de la calle y siguiéndole con la vista.

Por lo que toca á Orso, se quedó plantado en medio de la calle, dirigiendo la vista á todas partes. Por tercera vez en su vida la dama misteriosa le habia desaparecido huyéndole de entre las manos.

Afortunadamente, solo habia tres ó cuatro casas en aquella calle, gran parte de la cual era ocupada por las tapias del jardin de uno de los palacios vecinos. Orso se orientó, y sin detenerse mucho tiempo en reflexionar, se entró de rondon en una de las casas mas inmediatas. Era la única que descollaba entre las demás, de humilde apariencia todas; el jóven juzgó, ó creyó al menos, atendido el porte de la dama y del criado que la acompañaba, que aquella era la única casa en que podian haberse refugiado.

Sin reflexionar nada y sin reparar tampoco en el caballero del tropezon, que embozado en su capa continuaba observándole desde la esquina, Monteferro entró en el patio de la casa, dispuesto á no salir sin haber averiguado algo respecto á su misteriosa desconocida.

El patio estaba desierto. Comunicaban con él tres ó cuatro puertas, que conducian sin duda á los departamentos establecidos en el piso bajo, y en el fondo se veia la escalera, abierta y de bóveda artesonada, sostenida por pilares.

Orso, á quien la preocupacion del momento cegaba haciéndole que irreflexivamente se adelantara, empezó á subir la escalera y llamó con desenfado á la puerta de la casa.

¿A qué iba?

Ni él mismo lo sabia. Obedecia al impulso del momento, y estaba decidido á obrar segun las circunstancias se presentaran.

Un criado salió á abrir la puerta.

Orso le conoció. Era el acompañante de la dama desconocida. Aun no habia tenido tiempo para quitarse su traje de calle.

El jóven respiró. Volvia á coger el hilo de su aventura.

El criado que permanecia en pié delante de él le preguntó, con bastante mal modo por cierto, qué era lo que se le ofrecia.

—Deseo hablar á la señora,—contestó Orso.

El criado miró al jóven con un asombro que tenia parte de estupefaccion, y contestó:

—La señora baronesa no está visible.

Y, sin añadir una sola palabra mas, cerró violentamente la puerta.

La sangre se agolpó al rostro del jóven al verse objeto de aquel insulto. Su primera intencion fué golpear la puerta hasta que vol-

vieran á abrírsela y castigar entonces por su propia mano al insolente servidor, y en efecto, aplicó tres ó cuatro violentos golpes que no recibieron contestacion.

Orso era terco y constante en el objeto que se proponia. En aquel momento la sangre hervia en sus venas y la cólera llenaba su corazon.

Bajó la escalera viendo que no se le contestaba, y, arrimándose á una reja del patio, decidió permanecer allí clavado hasta que apareciese alguien de la casa contra quien poder desahogar su cólera ó á quien pedir satisfaccion del insulto que habia recibido.

La preocupacion del jóven iba en aumento. Nada reflexionaba ya, nada veia ; un velo se estendia ante su vista y no pensaba mas que por conducto de sus pasiones terriblemente excitadas y que, como se sabe, son siempre malas consejeras.

De pronto, una voz ahogada y débil, trémula de conmocion, que parecia ser de mujer y que salia de detrás de la reja en la cual se apoyaba Monteferro, resonó á oidos de este.

—Huid, huid, Cárlos, — dijo la voz, — huid ó estais perdido. Habeis sido un imprudente.

Orso se volvió repentinamente. La ventana que habia tras de la reja estaba entornada, y le pareció ver desaparecer la sombra de una dama. De todos modos un grito ahogado llegó á oidos de Monteferro y luego una voz que decia :

—No es él!

—Qué diablos de misterios son esos? — se preguntó Orso. ¿Estoy por ventura en un país encantado?

Un nuevo rumor sonó entonces á sus oidos. Volvióse y vió que acababan de cerrar la puerta de la calle, como si se tratara de impedirle la salida. El hombre que acaba de cerrarla era el mismo insolente criado que tan groseramente le habia recibido pocos momentos antes.

—Bueno, por fin te he pillado! — exclamó Orso. — Me vas á pagar cara tu insolencia.

Y diciendo esto, se arrojó sobre el criado, pero no pudo llegar á él.

Habia apenas cruzado la mitad del patio, cuando otros criados que,

sin él advertirlo, habían salido por una de las puertas que abrían paso á las habitaciones inferiores, se arrojaron sobre el jóven envolviéndole por la espalda con una capa que le impidió hacer el menor movimiento, ahogando al propio tiempo las voces que trató de dar.

Orso era fuerte y valiente. Se debatió unos momentos y luchó, pero era imposible resistir.

Sus contrarios eran muchos, envolviéronle como un fardo con la capa, atáronle fuertemente con una cuerda, y en seguida, cargándosele á cuestras, desaparecieron por una de las puertas laterales.

El criado que había cerrado la puerta, volvió entonces á abrirla, cuando todo estuvo concluido, á una seña que le hizo un caballero de mirada sombría y duras facciones que estuviera contemplando toda la escena desde una de las ventanas que daban al patio, y que parecía haber sido el director de todo.

En el momento en que el criado volvía á abrir la puerta de la calle, se apartaba del umbral el hombre embozado con que Orso había tropezado momentos antes.

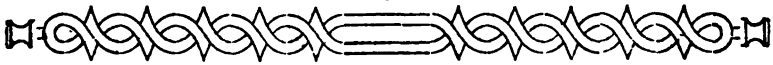
Ya sabemos que este desconocido personaje se había quedado inmóvil siguiendo con la vista al jóven como para espiar sus acciones. Le vió entrar en la casa, vió al poco rato que cerraban la puerta, y, sospechando algo, se acercó y se puso á escuchar. No tardó en oír el ruido de una lucha y los gritos del jóven ahogados por la capa con que le habían envuelto.

—Oh! oh!—murmuró el embozado.—Ese jóven ha caído en un lazo. Esos hombres son infames.

El desconocido estuvo un momento vacilando entre marcharse ó llamar á la puerta. Parecía luchar entre dos caminos que se presentaban á su imaginación.

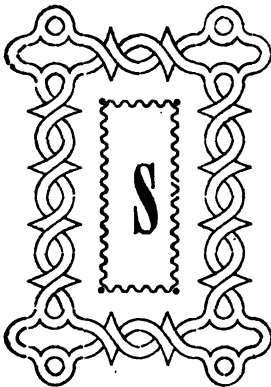
Por fin, se decidió y embozándose mas cuidadosamente en su capa, se dirigió con paso precipitado hácia lo alto de la calle.

En aquel momento volvía el criado á abrir la puerta como si nada hubiese sucedido.



XIV.

EL EMBOZADO.



IGAMOS al embozado.

Este, sin detenerse, cruzó rápidamente las principales calles de Barcelona y se dirigió á un extremo de la ciudad lindante con lo que ahora llamamos la Rambla.

Allí habia una calle oscura y angosta conocida por el *palamall*, á causa de existir en ella una casa pública de este juego.

El juego del *palamall* lo mismo que el de pelota estaban entonces muy en uso en Barcelona, y en los establecimientos públicos destinados á estos juegos era donde se reunian los jóvenes, como sucede ahora en los cafés, cuyo punto de reunion era en aquella época totalmente desconocido.

Entonces el juego de pelota era el punto de cita de las clases mas altas y aristocráticas, como el juego del *palamall* lo era de la clase media.

El embozado se detuvo en el umbral de la puerta y paseó una mirada por el cuadro que se ofreció á sus ojos.

Los jugadores provistos de sus mazas con las cuales herian los bolos, ocupaban el centro, y á entrambos costados se hallaban los espectadores, sentados en anchos bancos inmediatos á mesas de madera, en las cuales se servian refrescos á los que los pedian.

Aun cuando en aquel momento no habia gran concurrencia, reinaba en el local un rumor confuso, un zumbido continuo dimanado de las conversaciones de los jugadores y espectadores, ocupados los unos en sus jugadas y los otros en comunicarse sus observaciones sobre el juego.

Nuestro desconocido paseó, como hemos dicho, su mirada por los grupos, como si buscase á alguno, y no tardó en fijarla en un hombre modestamente vestido que ocupaba uno de los extremos de un banco, y que con los codos apoyados en la barrera y la barba entre las manos, parecia seguir con marcada aficion las diferentes faces que presentaba el juego, al que sin duda era muy inclinado.

Era un hombre de mediana edad, de espresiva fisonomía, de elocuente mirada.

El embozado dió la vuelta en torno de la sala pasando por detrás de todos, y sin que nadie fijase en él la atencion, por hallarse todos embebidos en el juego, se acercó al hombre de que hemos hablado, y llamó su atencion dándole un ligero golpe en la espalda.

El espectador volvió la cabeza con disgusto, como aquel á quien se arranca á una sensacion de placer, y clavó sus ojos en el desconocido, cuyo rostro no distinguia por estar cubierto con el embozo de la capa.

Comprendió el embozado todo lo que aquella mirada tenia de interrogadora; así es que, inclinándose hasta rozar con sus labios la oreja del espectador, le dijo en voz muy baja:

—*Los dioses son de barro.*

El que se hallaba sentado se estremeció al oír estas palabras, sufrió su fisonomía una notable alteracion, dejó ya de fijarse en el juego y levantándose con respeto, contestó en voz baja tambien:

—*Escalaremos el cielo.*

En seguida añadió :

—¿ Sois vos, señor?—¿ vos aquí, sin saberlo yo, y en ese traje?

—Silencio, Cayetano,—esclamó el desconocido.—Silencio! y sígueme sin que nadie lo note.

Aquel á quien el desconocido llamó Cayetano, se apresuró á obedecer con una humildad y consideracion que indicaban todo el respeto que le tenia.

Nadie notó nada efectivamente. En aquel momento el juego ofrecia para los inteligentes y aficionados una de las facces mas interesantes, de modo que ninguno reparó en las pocas palabras que se habian dicho al oido aquellos dos hombres, como tampoco en su salida del local.

Cuando estuvieron fuera, el embozado, seguido siempre de Cayetano, se dirigió por la Rambla abajo, y buscando un sitio retirado para comenzar su conversacion, se detuvo junto á las tapias del convento de religiosos agustinos descalzos, consagrado bajo la advocacion de Santa Mónica, que por aquellos años acababa precisamente de edificarse.

Una vez allí, Cayetano fué el primero en romper el silencio volviendo á repetir:

—¡ Vos! vos aquí, señor, sin yo saberlo!

—He llegado esta misma mañana, y la prueba de que no me hubiera ido sin hablarte, es que he venido en busca tuya. ¿Hay alguna novedad?

—Sí, señor. Precisamente pensaba yo partir mañana en busca vuestra para comunicárosla.

—¿Qué es pues lo que sucede?

—He descubierto por fin, y no ha sido sin pena ¡vive Dios! he descubierto por fin quien es la persona que hace trabajos iguales á los nuestros, alistando gente que pueda estar pronta á la primera señal que se le dé, gente que obedezca pasiva á un santo y seña, y que en un dia dado debe reunirse en el lugar que se le indique dispuesta á todo.

—Sabes el santo y seña que tienen?

—Todavía no, pero lo sabré.

—¿Quién es esa persona? ¿Es enemiga nuestra?

—Creo que sí.

—Entonces su objeto será distinto del nuestro?

—Probablemente.

—¿Cómo se llama?

—Es... ¿lo creeriais, señor?.. es una mujer.

—¡Una mujer!

—Una mujer, sí señor.

—¿Estás en tí, Cayetano?

—¿Habeis oido hablar alguna vez de esa condesa de Fiorerosa, vecindada hace poco tiempo en Barcelona, italiana segun creo, que tiene un palacio magnífico en el barrio de la Ribera, donde da brillantes fiestas y suntuosos banquetes á la sociedad barcelonesa?

—Sí por cierto, he oido hablar de esa mujer entre otros al canónigo Claris y al diputado Tamarit, pero ambos á dos me han dicho que esa condesa tiene íntimas relaciones con los *Cadells* cuyas miras secunda y apoya.

—Pues bien, esa es la mujer en cuestion.

—¿La condesa de Fiorerosa?

—La misma condesa de Fiorerosa.

—¿Estás seguro, Cayetano?

—Como estoy seguro de mí mismo.

—¿Y por órden de esa mujer se alista gente en secreto?

—Por órden de ella, pero quizá los mismos que alistan y enganchan á la gente ignoran de quien reciben la órden. Creo que yo soy el único que lo sé. Lo debo á una casualidad, que os contaré otro dia.

—¿Conoces tú á esa condesa?

—No la he visto en mi vida, pero haré por conocerla. Me interesa seguir el laberinto de su intriga ahora que tengo bien cogido el hilo que ha de guiarme.

El embozado se quedó un momento pensativo.

—¡La condesa de Fiorerosa! —dijo. —Una extranjera... una italiana!... ¿Para qué necesitará ella esa gente?... No has podido traslucir nada de sns proyectos?

—Nada.

—¿Y paga bien á los suyos?

—Mejor que nosotros. Afortunadamente, le llevamos la ventaja

de que nuestra causa es noble y santa y se vienen con nosotros mas por entusiasmo y amor patrio que por dinero. Los que se alistán en su bandera no saben porque ni para que. Todo entre ellos es misterio y oscuridad.

—Me figuro una cosa, — dijo el embozado.

—¿Cuál?

—Esto es una contramina de los *Cadells*. Habrán sospechado que nosotros teníamos gente dispuesta para levantar un ejército á un solo grito el dia que se nos antojara, y querrán hacer lo mismo, creyendo destruir con iguales trabajos los nuestros.

—Bien pudiera ser. De todos modos, yo lo averiguaré, y si es esto una jugada de los *Cadells*, perded cuidado, yo la destruiré.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Y cómo?

—No sé, pero otras mayores conspiraciones he destruido durante mi vida: Dios y la buena causa me inspirarán.

—De todos modos, esta cuestion es mas seria de lo que quizá tú te imaginas, Cayetano. Yo que tengo en mi mano todos los hilos de nuestra vasta sociedad, hilos de los que tú solo tienes uno, yo veo las cosas bajo su verdadero aspecto. Lo que me has dicho, no me alarma; me inquieta solo. Mejor que tú hallaré yo medio de destruirlo, si es lo que pensamos. Lo que importa saber ahora es con que objeto reune esa mujer semejante gente, que santo y seña tienen á fin de que podamos introducir entre ellos algunos de los nuestros, y en una palabra todo lo que directa ó indirectamente tenga relacion con este negocio. ¿Te comprometes á averiguarlo en tres dias?

—Haré lo posible.

El embozado meneó su cabeza con un aire de disgusto.

—Otras veces, — dijo, — á una pregunta semejante por mi parte referente á cosas mas arduas que esta, me has contestado: Lo haré.

—Pues bien, señor, lo haré.

—Así me gusta, Cayetano. Gracias. Creo que no tardará el dia en que tu objeto y el mio queden plenamente satisfechos.

—Se lo estoy pidiendo á Dios á cada instante, —esclamó con acento profundo y apasionado Cayetano.

—Pues bien, Dios nos atenderá, no te quepa duda. ¿Tienes algo mas que comunicarme por el pronto?

—Nada mas.

—Entonces, ahora me toca á mí. Atiende y óyeme bien.

—Decid.

—Hace media hora apenas he visto entrar en casa del baron de Gualba á un jóven por quien me intereso muy particularmente.

Y el embozado contó á Cayetano lo que habia visto, ó mejor, lo que habia oido, acabando por manifestarle su sospecha de que el jóven hubiese podido ser víctima de un lazo.

—Creo, —dijo al concluir,— que hay alguno de los nuestros en la servidumbre del baron de Gualba.

—Hay dos, contestó Cayetano.

—Pues bien, es preciso averiguar que ha sido de ese jóven sobre el cual tengo yo mis miras particulares. Si el baron de Gualba, por motivos que no comprendo, le ha mandado encarcelar, es preciso que mañana, hoy mismo si puede ser, quede libre. Ahora, si lo hubiese mandado asesinar....

—Asesinar! —murmuró Cayetano.

—Todo es creible en ese hombre de corazon infame. Entonces seria preciso vengarle.

—Dentro tres horas á mas tardar sabré á que debemos atenernos sobre este asunto, confiad en mí. ¿Hay que llevaros la contestacion á algun punto?

—No; salgo de Barcelona ahora mismo. Ya nada mas tengo que hacer aqui. Dentro tres dias te espero en el sitio donde siempre nos hemos visto. Otra cosa aun. Así que el jóven de que te he hablado esté libre, enviarás á su casa esta esquila que tenia escrita para él.

Y el embozado sacó un papel de debajo su capa.

—Está bien, —dijo Cayetano. —Solo me falta saber ahora el nombre de ese mancebo.

—Es verdad. Se llama Orso de Monteferro y es siciliano. Cayetano alzó su cabeza y se puso á reflexionar.

—Orso! —dijo. —Orso de Monteferro!.... Yo conozco este nombre.

En seguida, dándose una palmada en la frente exclamó:

—Toma! Ya caigo! A un joven que llevaba ese mismo nombre le salvé yo la vida un día y le acompañé luego al campamento del Monseny, la vispera precisamente del desgraciado día en que....

El embozado le interrumpió.

—Ya sabia yo que le conocias, Cayetano, — le dijo.

El recuerdo que Cayetano acababa de evocar, debía serle sin duda muy doloroso, pues que su frente se nubló y sus manos se crisparon obedeciendo á un ligero estremecimiento que recorrió todo su cuerpo y contrajo su rostro.

El embozado, hácia el cual parecia guardar Cayetano tantas consideraciones, debió de conocerlo, sin duda porque le tendió la mano diciéndole:

—A qué recordar cosas pasadas, Cayetano?

—Debo recordarlo. La sangre pide sangre.

—Me habias prometido olvidarlo hasta que llegase el día de la venganza.

—Vos mismo me habeis dicho que este día se acerca.

—Sí, pero no ha llegado aun.

Cayetano se calló.

El embozado le volvió á repetir sus instrucciones y se despidió de él dándole cita para dentro de tres días.

En seguida, cada uno tomó por opuesta direccion.

Ahora bien, suponemos que nuestros lectores habrán conocido á Cayetano.

Realmente era el mismo que ellos se han figurado.

Abandonémosle por un momento, pues no hemos de tardar en encontrarle.

Volvámonos al palacio de Gualba, ahora que ya sabemos que era la casa de ese orgulloso baron aquella en que hemos visto entrar á Orso para ser víctima de la estraña é incomprensible escena que hemos detallado.

El joven Monteferro, que no podia darse cuenta de lo que le estaba sucediendo, fué encerrado en uno de los subterráneos de aque-

lla casa que él ignoraba ser del baron de Gualba. Allí, los criados le quitaron la espada que llevaba ceñida y le dejaron libre de piés y manos, diciéndole que no tratase de dar gritos, pues nadie podria oírle bajo aquellas bóvedas, siendo efimera por consiguiente toda esperanza de socorro.

Era inútil la recomendacion. Orso era demasiado altivo, y antes que dar un grito, se hubiera dejado matar cien veces.

Lo único que les dijo fué lo siguiente:

—No sé que delito he cometido para que se me encierre como á una fiera dañina en este subterráneo. Supongo que obedecéis á alguno dejándome aquí. Decidle pues á vuestro amo que es un mal caballero y un cobarde. A hombres de mi condicion se les ataca cara á cara, no por la espalda y por medio de miserables sirvientes, como se ha hecho conmigo. De todos modos, si el que os ha dado la órden de portaros conmigo como lo habeis hecho, tiene algun resto de pundonor en el alma, decidle que yo Orso de Monteferro, caballero corso, le cito y emplazo á medir su espada con la mia. Me debe esta satisfaccion en pago de la ofensa que me ha inferido.

Los criados se marcharon sin contestar nada.

Una ó dos horas despues de esta escena el criado que ya conocemos, por haber sido el que tan insolentemente recibiera al jóven Monteferro, salia de la casa á llevar un recado de su amo y se disponia á cruzar la calle, cuando un mendigo, un hombre lleno de harapos que apenas podia andar, apoyándose en un palo, gracias al cual arrastraba lentamente su cuerpo desfallecido, le detuvo en el umbral de la puerta, alargándole la mano como para pedirle una limosna.

—Perdone por Dios, hermano, —contestó el criado disponiéndose á pasar de largo.

El pordiosero no hizo caso del despedido, y se cogió al traje del criado.

Este se volvió entonces airado y en disposicion de reprender duramente al que así se atrevia á impedirle el paso, cuando el mendigo dijo en voz baja, pero de modo que pudieran ser oidas por aquel á quien iban dirigidas, las siguientes palabras:

—*Los dioses son de barro.*

El criado se detuvo atónito, fijó en el pordiosero una mirada de asombro y permaneció un momento vacilando.

—*Los dioses son de barro*,— volvió á repetir el mendigo con insistencia y con voz, aunque baja, fuertemente acentuada.

El criado del baron de Gualba se inclinó entonces, y contestó:

—*Escalaremos el cielo*.

Al recibir esta respuesta, el mendigo sacó un objeto de entre su mugriento ropaje el cual enseñó á su interlocutor. Debía ser sin duda alguna insignia ó señal que solo llevaban los jefes ó superiores de aquella sociedad para ser conocidos, pues que en el acto desapareció en el criado toda clase de orgullo, inclinándose y saludando con respeto al pordiosero.

Este le hizo seña que le siguiese. El criado obedeció sumiso.

El mendigo, ó por decir mejor Cayetano, ó para hablar mas francamente el Fadrí de Sau, se adelantó pausadamente haciendo perfectamente su papel de pordiosero y parálitico hasta llegar á un portal oscuro en donde penetró, seguido siempre del criado en cuestion.

Al estar allí enderezó su talla y se incorporó cuan alto era.

—Os llamis Ramon, segun creo,—dijo al criado.

—Sí, señor,—contestó este que no sabia con quien hablaba, pues no conocia al que le dirigia aquella pregunta sino como un jefe, gracias á la insignia que le mostraba.

—Pues bien, Ramon, en virtud del juramento que prestasteis sobre los santos Evangelios el dia que fústeis recibido en nuestra hermandad, os comprometisteis á contestar á cuantas preguntas pudiera haceros un jefe, á obedecer ciega y pasivamente las órdenes de cualquiera de estos, haciéndoos acreedor con negaros á esto, al castigo horroroso que hay destinado para los perjuros y traidores.

—Es verdad,—contestó Ramon.

—Vais pues á serme franco y á contestar á mis preguntas.

—Así lo haré.

—Comenzad primero por esplicarme que es lo que ha pasado en el patio de casa de vuestro amo hace cosa de una hora.

Ramon relató la escena de que ya tenemos noticia, diciendo que el baron era quien les habia dado orden de apoderarse del jóven,

presenciándolo por sí mismo el acto desde una de las ventanas que daban al patio.

—Y á dónde ha sido llevado ese jóven?—preguntó Cayetano.

—A una de las cuevas de la casa.

—¿Qué es lo que ha inducido al baron á obrar así? Lo sabeis?

—Supongo que los celos. El baron es horriblemente celoso y hace ya tiempo que va en persecucion de un caballero que, segun él dice, galantea á la señora. El jóven por quien me preguntais ha llamado á la puerta pidiendo por la señora, el baron le ha visto, ha creido reconocer en él al galan, y hé aquí el caso.

—¿Qué piensa hacer vuestro amo ahora?

—No sé. Hemos recibido órden de tener encerrado al caballero en el subterráneo dándole algo que comer.

—Oid. El jóven debe quedar libre esta noche á mas tardar.

— Señor! — exclamó Ramon aterrorizado ante la responsabilidad de lo que se le proponia.

—Debe quedar libre por todo el dia de hoy, os repito.

—¿Pero cómo?

—Esto es cuenta vuestra. La hermandad se interesa por ese caballero y os manda á vos que le pongais en libertad.

— Señor!

—Os lo manda! ¿Es verdad que debeis obediencia á nuestra hermandad?

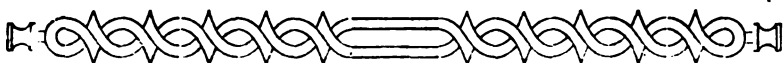
— Sí, señor.

—¿Es verdad que si faltais puede castigaros con la muerte?

— Sí, señor.

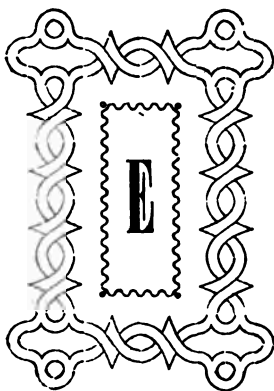
—Pues tenedlo presente. Esta noche, á mas tardar, el jóven caballero de que os he hablado debe hallarse sano y salvo en su casa. Va en ello vuestra vida. Ya estais enterado, y Dios quede con vos, hermano!

Dicho esto el fingido pordiosero salió del portal y se fué pausadamente por la calle abajo, andando con pena arrastrando su paralítica pierna y tendiendo la mano á los transeuntes.



XV.

UN MEDALLON Y UNA CARTA.



RA todavía muy de mañana cuando Cárlos Fontanellas, que se habia acostado muy tarde la noche anterior y que estaba durmiendo en brazos de un profundo sueño, se despertó sobresaltado oyendo que alguien entraba en su dormitorio.

—Quién anda ahí? —esclamó incorporándose en la cama.

La persona que acababa de entrar en su habitacion se adelantó á tientas hasta la ventana, abrióde par en par los postigos, y

en seguida, dirigiéndose hácia la cama, contestó:

—Soy yo, Cárlos.

—Monteferro! —esclamó Cárlos al reconocer á su amigo.—
¿ Dónde diablos vas á semejantes horas? ¿ Qué ocurre? De dónde sales?

—Salgo de lo profundo de un subterráneo, —contestó lacónicamente Monteferro.

—Tú!

—Sí.

—¿Y qué diablo de ocurrencia te ha dado? ¿Qué has ido á hacer á un subterráneo?

—No he ido, me han arrastrado.

Fontanellas soltó una estrepitosa carcajada.

—No es cosa de reirse, Cárlos. Es mas serio de lo que puedes suponer, pues es una aventura que concluirá con sangre.

Fontanellas miró á su amigo y dejó de reir. Vió su semblante demudado, y conoció que en efecto se trataba de un asunto serio.

—Perdóname, —le dijo tendiéndole la mano. —Mi risa puede haber sido inconveniente, lo conozco, pero me tienes dispuesto á desagraviarte. Cuéntame lo que ha sucedido.

—Oye el caso.

Y entonces Orso le refirió como habiendo visto á una dama que deseaba conocer, sin estenderse sobre este punto, la habia seguido, entrando tras ella en una casa, y siendo víctima del ataque de varios criados que se arrojaron á un tiempo sobre él imposibilitando sus movimientos con echarle una capa y bajándole á un subterráneo de la casa.

—Una vez allí, —continuó Monteferro, —dejaron libres mis miembros, y á las cinco ó seis horas me trajeron algo para comer. El criado que me trajo el alimento apenas abrió la puerta, y lo dejó allí en el suelo como hubiera podido hacer con un perro, saliéndose en seguida por temor, sin duda, de que yo no me abalanzase á él tratando de abirme paso. Te confieso sin embargo que yo no estaba para nada. Me parecia un sueño todo aquello y no podia darme cuenta de lo que en mí pasaba. Sospechaba si seria algun enemigo oculto que trataba de vengarse de mí, y te confieso que no probé ninguno de aquellos manjares por miedo de que estuviesen envenenados. Por otra parte, empezaba á sospechar que yo habia sido víctima de una fatal equivocacion, dándome derecho á creerlo así ciertas palabras que me fueron dirigidas desde una reja un momento antes de que los criados de aquella casa se me echasen encima. Lo cierto es, Cárlos amigo, que encerrado en aquel subterráneo he sufrido lo que decir no es dable, creándome una continua tortura mi

propio pensamiento. Las horas iban pasando lentas, pausadas, horribles de silencio y oscuridad, pues que allí estaba completamente entre tinieblas y no oía mas ruido que el de algunos inmundos animales que se deslizaban por el suelo ó por las paredes. Te aseguro, amigo mio, que mi situacion era horrible y temia que se me hubiese encerrado allí para asesinarme.

—Me esplico tu situacion y comprendo todas las amarguras de ella, pobre amigo mio,—dijo Cárlos.—Continúa.

—Por fin, despues de muchas horas de una mortal angustia, y á eso de las dos ó las tres de la madrugada, segun luego he podido calcular, he oido abrir la puerta del sótano, cueva ó subterráneo en que estaba metido, y un rayo de luz ha penetrado en mi prision por la abertura de la puerta. Me he puesto en pié y me he armado de valor para recibir al que venia en mi busca, pero en vano he esperado. La puerta continuaba entreabierta dejando penetrar un vivísimo rayo de luz, y por lo demás no se oía el menor ruido ni nada indicaba que se acercase algun ser humano. Al cabo de un buen rato, me he decidido y me he acercado á la puerta que, obedeciendo á mi presion, se ha abierto de par en par. Detrás de ella no habia nadie. El que se acercara á abrirla, se habia sin duda marchado. Entonces he reparado con asombro que en el suelo habia la espada que por la mañana al prenderme me habian quitado, y junto la espada una linterna de la cual provenia la luz que entraba en el subterráneo. He comprendido que un amigo desconocido trataba de librarme sin presentarse ante mí, me he ceñido la espada, he cogido la linterna y he subido una escalera de caracol que se ofrecia á mis pasos. Iba yo andando con toda precaucion y cuidado para no ser víctima de un nuevo lazo, pero ningun accidente ha venido á interrumpir mi marcha. En lo alto de la escalera habia un corredor largo al cual daban varias puertas, cerradas todas. He ido siguiendo, y al final me he encontrado con una puerta entornada. La he abierto, y me he visto en la calle. Hé aquí mi aventura.

—Singular aventura por cierto! Asegúrote, amigo mio, que á no ser tú quien me la contara, la hubiera puesto en duda. Es cosa de novela.

—Será lo que quieras, pero esto ha pasado.

—¿Y á qué achacas tú el que se te haya dado tan estraña libertad despues de tan estraño encarcelamiento?

—A dos cosas solas puedo atribuirlo : ó á que se hayan convencido del error que quizá cometieran tomándome por otro, ó...

Y Monteferro se detuvo vacilante antes de anunciar su pensamiento.

—Ya, ya entiendo,—esclamó de pronto Fontanellas.—O á la dama aquella á quien ibas siguiendo. Sí, debe ser esto mejor. Oh! las mujeres! Picarillo! ¿Con qué tú tambien andas en aventuras amorosas?

—Cárlos!

—No te me vengas haciendo el mogigato. Varias veces te he visto, cuando vivíamos juntos en Perpiñan y en el campamento, mirar con adoracion un retrato que apostaria á que en este momento mismo llevas colgado del seno. La única diferencia que media entre nosotros dos, consiste solo en que tú adoras á una mujer y yo adoro á muchas, ó mejor, las adoro á todas.

—Cárlos, te juro que no conozco á la dama en seguimiento de la cual he entrado en la casa del baron.

—Ola! la casa de un baron! ¿Hay un baron de por medio?

—Ya comprenderás que así que me he visto fuera de aquella casa, no he parado hasta saber á quien pertenecia.

—¿Y pertenece?

—Al baron de Gualba.

Fontanellas hizo un movimiento marcadísimo de sorpresa y desapareció instantáneamente el aire de burlona alegría que animaba su rostro. Orso, preocupado con lo que le pasaba, no advirtió nada de ello.

—El baron de Gualba! —murmuró Cárlos.—¿Y en la casa del baron de Gualba es donde te ha sucedido esta aventura?

—Sí. ¿Le conoces acaso?

—Un poco.

—Me alegre.

—¿Por qué?

—Porque vas á irle á encontrar en mi nombre.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Para batirme con él.

—¡ Con el baron de Gualba!

—Con el baron de Gualba.

—Qué majadería!

—Podrás tú creerlo una majadería. Para mí no lo es. He sido insultado en su casa; sus criados, y he de creer que lo han hecho por orden suya, me han atropellado encerrándome en un subterráneo. Es preciso que el baron se bata conmigo, ó me dé una explicacion lógica de este misterio.

—Yo te la daré en su nombre.

—Tú!

El acento de Cárlos habia tomado un tinte vago de seriedad, cosa que el jóven no acostumbraba ciertamente.

—Conozco al baron, te digo, y sé lo que ha pasado como si lo hubiese visto. D. Diego Calderon es un hombre celoso como un turco, celoso y tirano para con su jóven y desgraciada mujer, como no hay ejemplo de celos y tiranía iguales en la historia de los maridos mas crueles. Te ha visto entrar en su casa en seguimiento de una dama, quizá su esposa, te ha oido llamar á la puerta y preguntar por ella, te ha visto que insistias en entrar y te quedabas parado al pié de la escalera. Un hombre como D. Diego, no necesita mas para estar seguro de que no podias ser otro que un galan ó un amante de su mujer. Hé aquí explicado el misterio.

—Esta sospecha podia darle derecho á exigirme una satisfaccion, que me hubiera apresurado á darle; no á tratarme como á un villano, haciéndome poner preso por sus criados, y teniéndome encerrado durante un dia en un subterráneo de su casa, como á un chiquillo á quien se trata de castigar ó de meter miedo. Estoy resuelto, Cárlos, quiero batirme con él. Si tú no vas á buscarle en mi nombre, iré á encontrar á otro amigo que pueda ser mas condescendiente que tú.

—Cualquiera que nos oyese, diria que los papeles se han trocado. No parece sino que el hombre prudente y sensato soy yo, mientras que el ligero y el irreflexivo eres tú. Oye, Monteferro, oye y sigue mi consejo. Olvidate de lo que ha pasado.

—Por qué?

—Porque el baron estará ya á estas horas convencido de que solo una ligereza, pues que has cometido una ligereza, Monteferro, y esto te lo digo yo, de que solo una ligereza es lo que te ha inducido á presentarte en su casa y á reclamar con insistencia una entrevista con su esposa; mientras que si te empeñas ahora en batirte con él, creará que realmente eres el galan de la baronesa. Al convencimiento que sin duda habrá adquirido D. Diego de que no eres este galan, es á lo que debes tu libertad. Él mismo te habrá hecho abrir las puertas del subterráneo y de la casa. A mas, tu duelo con el baron solo redundaria en perjuicio y en mayor martirio de esa pobre desgraciada mujer, que vive, ó por mejor decir, que muere siendo su esposa.

Orso se habia quedado pensativo, pero no quiso dejar sin correctivo una frase de su amigo, que le habia picado.

—Dices que he cometido una ligereza! ¿Y quién te ha dicho que lo sea?

Cárlos se inmutó levemente.

—Creo que es una ligereza seguir á una mujer que no se conoce, entrar tras ella en una casa y empeñarse en hablarla. A no ser que....

—Qué?

—Que la conocieras, y hubieses dejado de ser franco conmigo. Dí, ¿la conoces acaso?

Y Cárlos al decir esto miraba á Orso de tal modo, que no podia menos de conocerse que tenia cierto interés en la pregunta.

—Nó,—contestó Orso.

Cárlos pareció respirar.

—Y tú? dí ¿la conoces tú?—preguntó Monteferro tocándole á este entonces el clavar sus ojos en Cárlos y estar pendiente con gran interés de la respuesta que pudiera darle.

Cárlos titubeó, y aun cuando iba á negarlo, no se atrevió á mentir.

—La conozco un poco,—dijo ó mejor balbuceó.—La he visto alguna vez en las tertulias del conde de santa Coloma.

Monteferro pareció luchar con una idea que le atormentaba. Por fin se decidió.

—Oye, Cárlos,—le dijo.—Voy á hacerte una pregunta á la cual espero que me contestes francamente.

—Lo haré.

—Pero es preciso que te limites á contestarme, sin, á tu vez, hacer la menor pregunta ni exigirme aclaracion alguna.

—No te comprendo.

—No importa. Es preciso que lo hagas como te digo. Te lo pido en nombre de nuestra amistad.

—Haré lo que quieras.

—Oye pues. ¿Tú conoces á la baronesa de Gualba, has dicho?

—Sí.

—Pues bien, ¿es esta?

Y Orso sacó el medallon de que tienen noticia nuestros lectores y se lo enseñó á Cárlos, que lo tomó con avidéz y curiosidad.

Le bastó sin embargo echar sobre él una mirada para convenirse de que no era la baronesa.

—Nó,—dijo pues á Monteferro,—no es ella.

—Cárlos,—dijo Orso,—no te ocultaré que la pregunta que te dirijo es de suma importancia, y perdóname, amigo mio, el fondo de desconfianza que encuentres quizá en mis palabras.

—Como hay Dios que no te entiendo, Monteferro.

—¿Sé yo acaso si me entiendo á mí mismo?

—Explícate, pobre amigo mio, ya que estoy viendo que algo serio te pasa. No trato de penetrar tus secretos, los respeto; solo te diré que seas explícito conmigo hasta donde quieras y puedas, y que si te falta el brazo ó el corazón de un hombre leal y honrado, dispóngas de mí.

—Gracias, Cárlos: Así pues, díme: ¿estás seguro de que la mujer que representa este medallon no es la baronesa de Gualba?

—Estoy seguro.

—No basta que me digas esto, es preciso que me lo jures.

—Orso!

—Ya te he dicho que me perdonáras mi desconfianza, pero necesito que me lo jures.

—Pues bien, Orso, te lo juro por....

—Basta. Estoy satisfecho.

La verdad tiene un acento particular que no puede equivocarse, como el sol tiene una luz tan exclusivamente suya que no puede confundirse con otra.

Orso comprendió que Cárlos le decia la verdad.

Guardóse pues el medallon, y mientras Fontanellas le miraba con una espresion particular, como si quisiera descifrar con sus ojos aquel misterio, ya que habia prometido no preguntarle nada, Monteferro variando rápidamente de conversacion, le dijo:

—Tienes razon. Le ha llegado el turno al hombre sensato de seguir los consejos del loco. Tienes razon, repito. Desisto de mi idea.

—¿De cuál? —preguntó Cárlos que estaba visiblemente distraido.

—De batirme con el baron de Gualba.

—¡Ah!

Hubo un momento de silencio entre ambos amigos.

Cárlos fué el primero en romperlo.

—Algo te pasa, Monteferro. ¿Por qué no eres franco conmigo? Tú eres extranjero, te hallas ausente de tu país natal, quizá no tienes en esta ciudad mas amigo que yo. Si un corazon leal á toda prueba y una buena amistad de hermano pueden serte útiles, yo tengo uno y otra para tí. Abreme pues tu corazon. Yo puedo parecer loco y ligero algunas veces, pero jamás se ha tenido que arrepentir de mi conducta el hombre á quien he dado mi mano de amigo.

—Cárlos, —dijo Monteferro con acento de dulzura,— te suplico que no me preguntes nada. No podria contestarte.

—Pues señor, entonces no se hable mas del asunto. Queda olvidado lo que ha pasado entre nosotros y hablemos de otra cosa, de muchachas si quieres.

Por una de aquellas reacciones naturales en un carácter como el de Cárlos, la alegría que habia instantáneamente perdido, fué instantáneamente recobrada. Su rostro volvió á animarse, y todas sus palabras y acciones recobraron aquel sello de ligereza que le era habitual.

Saltó de la cama y empezó á vestirse.

—Díme, —le preguntó Orso, — ¿te presentaron ayer á esa condesa de Fiorerosa?

—Sí por cierto.

—¿Y qué?

—Es una arrogante mujer. Me recibió con una amabilidad y cariño de que no puede formarse idea. Yo no sé quien era que me dijo.... Toma! creo que fuiste tú.

—¿Qué?

—Sí, tú, tú mismo.

—Pero qué?

—¿No fuiste tú que me hablaste de esa dama como de una mujer muy metida en negocios, rodeada de misterios, y partidaria de los *Cadells*?

—Recuerdo efectivamente haberte indicado algo de esto.

—Pues, amigo mio, lo mismo se ocupa ella de los asuntos de Cataluña que yo de los del gran turco.

—¿Crees tú? —esclamó Orso á quien entonces por sus miras particulares le importaba dejarse convencer.

—Estoy segurísimo.

—Me place que te lo figures así.

—Es que no es una simple figuracion: es un convencimiento.

—Se conoce que esa mujer te ha entrado por el ojo derecho.

—Me ha llenado completamente.

—Cárlas, Cárlas, tu corazon está corriendo peligro.

Fontanellas se echó á reir.

—No por cierto, — dijo. —Nunca podria inspirarme amor. En primer lugar no es ninguna niña, y despues no es bella ni es coqueta, siendo así que es guapa y es amable. Es la suya una fisonomía varonil. Atrae pero no encanta; fascina, pero no subyuga. Comprendo que se pueda ser amigo íntimo de la condesa, sin pensar nunca en ser su amante.

—Me parece una definicion bastante sutil la tuya.

—Si algun dia llegas á conocerla, la encontrarás exaeta. La condesa de Fiorerosa es una mujer del gran mundo y nada mas, amiga de placeres, de fiestas, de lujo, como educada en la fastuosa corte de Francia...

—Ah! — exclamó Orso interrumpiendo á su amigo; — yo creia á esa dama nacida en Italia.

—Y es italiana realmente, pero casó muy jóven con el conde de Fiorerosa, el cual se la llevó á la corte de Francia donde ocupaba una posicion elevada, permaneciendo en dicha corte hasta la muerte de su esposo, que la dejó heredera de una fortuna inagotable.

—¿Y á qué ha venido esa mujer á Barcelona?

—Toma! A lo que has venido tú, á lo que han venido otros muchos, atraida por la fama de nuestra ciudad y por la benignidad de su clima.

Orso no hizo ninguna observacion.

Fontanellas prosiguió:

—Por lo demás, te aseguro que es una dama completa. Su conversacion está llena de atractivos. Me recibió admirablemente, y estoy con ella como si toda la vida nos hubiésemos conocido. Siento que no quieras conocerla, tanto mas cuanto que ella desea conocerte á tí.

—A mí! ¿Te ha hablado de mí por ventura?

—Sí, Pilades mio, sí; de tí me ha hablado.

—Me conoce?

—No, pero cuando se conoce á Orestes debe saberse quien es Pilades.

—No te entiendo.

—Pues me parece que me esplico.

—¿Quieres hacerme el favor de dejarte de enigmas para ir al asunto, Cárlos?

—No te formalices. No hay cosa para mí mas triste que verte serio. Voy á explicarme. La condesa habia oido hablar de mí, conocia mi nombre, y sabia la parte que tomé en el sitio de Salses. Me habló pues de mi campaña con un elogio que me hizo ruborizar, y entonces fué cuando me dijo saber que yo tenia un hermano de armas al cual, segun le habian manifestado, profesaba yo un gran cariño. Me parece que esto no es ningun secreto. La condesa de Fiorerosa, como todo el mundo, puede saber que nos queremos entrafablemente. En el campamento nos llamaban los inseparables.

—Y qué dijiste tú á eso?

—Yo!... ¿Qué habia de decir?... Que era verdad.

—Ah!

—¿Hubieras preferido que hubiese dicho que era mentira?

—No, pero...

—¿Pero qué?

—Nada.

Cárlos, que á todo esto se habia acabado ya de vestir, se cruzó de brazos y se plantó delante de Monteferro con un aire verdaderamente cómico.

—Chico, —le dijo, —el que realmente es un enigma eres tú. Lléveme el diablo si te entiendo.

Monteferro se sonrió por toda contestacion encogiéndose de hombros.

—Con qué, me hablan de tí, — continuó Cárlos; — me dicen que eres mi hermano de armas, mi único amigo, que debe ser muy profundo el cariño que nos une cuando nuestra amistad llegó á ser conocida de todo el campamento, y á todo esto he de permanecer yo callado como si no entendiera una palabra y como si me hablasen del emperador de la China y de su elefante blanco!

Orso se sonrió.

—Tienes razon, —le dijo. —No lo estrañes. Debes tener un poco de compasion á un hombre que ha pasado la noche en un subterráneo... Cuéntame pues lo que contestaste tú.

—Contesté que era verdad, que nos queríamos mucho, y como cuando á mi me tocan el punto de tu amistad me hieren en el blanco, dije de tí lo que pienso y lo que digo siempre que se me ofrece ocasion.

—Muchas gracias, Cárlos. Eres un buen amigo para mi. ¿Y qué dijo entonces la condesa?

—Nada, escuchó tu elogio en silencio, y luego dijo: «Debe ser ese caballero un excelente amigo cuando así hablais de él. Conservad su amistad. Los hombres como el de que me hablais son raros, y merecen citarse como modelos. Mucho me gustaria conocer á quien tiene tan noble corazon.» Te confieso ingenuamente que entonces llegué á abrir los labios para pedirle permiso de presentarte,

pero por fortuna me acordé á tiempo de tu negativa, y me callé. Hé aquí lo que pasó, ni mas ni menos.

—Pues bien, Carlos, ya que esto ha pasado así, y ya que tu condesa de Fiorerrosa no es lo que yo me imaginaba, estoy dispuesto á ir á su casa. Preséntame cuando quieras.

Carlos levantó las manos al cielo.

—Hossanna!—esclamó—gracias sean dadas al Señor de las alturas! Por fin te has decidido! Por fin he conseguido de tí que quieras ser sociable.

—Qué diablos!—dijo Monteferro.—Me parece que no soy ningún huron.

—No, pero tienes algo de murciélago. Vives solo, aislado, saliendo poco á la luz y, ya lo ves, pasas las noches en el fondo de los subterráneos.

Carlos acompañó estas palabras con una sonora carcajada. Su hilaridad produjo un efecto igual en su amigo.

Así que se hubo calmado la risa de entrambos, Orso preguntó:

—¿Cuándo vamos á casa de la condesa?

—Dentro pocos dias da una espléndida fiesta. Yo te llevaré á ella.

Nuestros dos amigos continuaron aun hablando largo rato, pero su conversacion no tuvo ningun interés para nuestros lectores.

Suponemos pues que estos nos darán permiso para pasarla por alto.

Contento por el resultado de su conferencia con Carlos, Monteferro se retiró á su posada y allí le dieron un billete que para él se habia recibido.

Abriólo nuestro jóven y leyó lo que sigue:

«Hijo mio: hace mucho tiempo que no nos hemos visto. Habeis regresado de vuestra campaña, y no habeis tenido un recuerdo para vuestro viejo amigo. ¿Cómo puede ser eso? ¿Os habeis olvidado de mí? ¿Tan feliz sois que no os son ya necesarios los consejos que pudiera daros mi esperiencia?

«Hijo mio, ya sabeis que os tengo afecto. Puesto que vos no me necesitais ahora, pudiera ser que yo os necesitase á vos. Cuando podais robar un momento á vuestros placeres ú ocupaciones, apro-

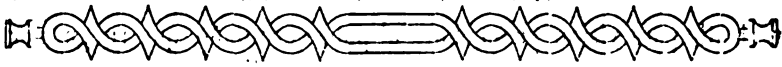
vechadlo para visitar en su choza al pobre ermitaño que ruega por vos al Señor y le pide que os dé su santa bendicion.

«Fray Agustin.»

—Tiene razon,—murmuró Monteferro en cuanto se hubo enterado de la carta anterior.—He olvidado al hombre á quien debo prudentes y sanos consejos. Voy á pagarle mi deuda en el acto. Ya que me necesita, que me halle pronto.

Y Monteferro dió orden á su criado para que le ensillara el caballo.





XVI.

CAPÍTULO QUE NO TIENE NADA QUE VER CON EL RESTO DE LA OBRA.



IGAMOS á Orso de Montferro.

Vamos con él á Montserrat.

Montserrat! nombre poético y santo que habla muy alto al corazón del que escribe estas líneas. Montserrat! Tebaida catalana, catedral de las montañas, yo te envío mi beso de amor envuelto en mi saludo de creyente.

Hermosa señora, la que leéis este libro, este libro escrito entre las luchas continuas que forman mi vida, sin que tenga el tiempo necesario para meditarlo, sin que pueda detenerme á releer una sola página, porque esa boca de Gargantúa que se llama imprenta me devora cuartilla á cuartilla lo que escribo; hermosa señora, ¿quereis emprender conmigo una escursión á Montserrat?

Oh! no temais estraviaros, yo la conozco bien esa montaña, sé el nombre de cada una de sus peñas, he recorrido cien veces sus caminos mas apartados...

Yo soy el trovador de Montserrat.

Hermosa señora, es una escursión de minutos la que os propongo. Pronto volveremos á encontrarnos con Orso de Monteferro, al cual no haremos sino adelantar en el camino.

¿Os decidís á seguirme, señora mía?... No temáis: soy un guía seguro y fiel.

Miradla ya! Dibujándose en el azul del horizonte con sus severos y robustos perfiles, dorada por los poéticos rayos del sol de la tarde, una majestuosa montaña se ofrece á nuestra vista.

Es Montserrat.

Quizá no le habiais visto nunca ese monte soberbio, norte de los marinos, que eleva junto á rocas informes sus riscos caprichosos, sus sierras dentelladas, sus picos atrevidos como torres que han quedado en pié cabe el monton de ruinas de una ciudad bombardeada.

Desde que Montserrat aparece, no se acierta á separar la vista de su encumbrada mole. Es bello contemplar aquellos conos cónicos en que se rasga el aire, aquellas teorías de portentosas catedrales toscamente delineadas, aquellos bosques y follajes de piedra amontonados unos sobre otros y á que van anexas sombrías y misteriosas tradiciones. Casi estaria uno tentado á tomar aquellos ejércitos de rocas, con sus listas pardas y oscuras, por bandadas de monstruosas cebras errantes por la montaña.

Abandonemos la carretera de Manresa, hermosa señora, y nos internaremos en la montaña siguiendo el camino que conduce al monasterio, cuyo camino pasa rozando las rocas que elevan sus espantosas masas verticales, como si estuviesen prontas á desprenderse sobre el viajero que va á turbar con sus pasos su eterno silencio.

Lo creeréis acaso una necedad, pero siempre que llevo allí, me parece que respiro mejor, entrego mi cabeza desnuda á la brisa zumbadora perfumada de los acres aromas del monte que viene á refrescar mi frente, bebo con fuerza el aire, y me sumerjo en aquella atmósfera voluptuosa de frescura en busca de la salud para mi alma enferma, como se sumerge el buzo en las azúreas ondas en busca de las conchas que guardan perlas en su seno.

Es deliciosa la atmósfera de las montañas! Allí es donde debe

irse en busca de salud y de bondad, allí es donde debe irse para orar y creer!

¡Dios sabe si nosotros los pobres Tántalos del pensamiento tenemos necesidad de abandonar de cuando en cuando, aunque solo sea por un momento, esa llamada república de las letras donde se vive tanto en tan poco tiempo y donde envejece en un año el corazón mas joven! El buzo mas esperto se ve obligado á elevarse de vez en cuando sobre la superficie del mar para llenar de aire sus pulmones. ¡Dios sabe si tenemos necesidad de olvidar por un momento los amargos sinsabores, herencia poco envidiable por cierto de los que cultivan el campo de la literatura, fértil solo y productivo para aquellos que lo riegan con el sudor de su corazón y con las lágrimas de su alma! Dios sabe, en fin, si tengo yo necesidad de ir á respirar un poco de aire libre para mis pulmones fatigados y de ir en busca de un poco de cielo para estender mi pensamiento por un horizonte sin límites!

Las montañas son el lazareto de las almas enfermas.

¿Qué es pues lo que haceis ahí, enterrados en esos inmensos panteones que se llaman ciudades, necrópolis de los vivos, vosotros, críticos, los que vivís del análisis que gasta y que mata? los que inclinados sobre la obra, como el anatómico sobre el cadáver, teneis que seguir con mirada fria y sondear con frio escalpelo todas las profundidades, todos los vacíos, todas las arterias?

Y vosotros ¿qué es lo que haceis ahí, poetas de corazón ardiente, apóstoles de la fé en una sociedad incrédula? ¿qué es lo que haceis ahí vosotros los que os entretenéis cantando en esa lengua divina que acaricia el oído y que adormece los corazones? vosotros, hombres de poesía, los de sensibilidad exquisita, que perdeis en una lucha todas las ilusiones, como en un día de crudo cierzo pierde un árbol todas sus hojas? Pues qué, ¿no sabeis que el ruiseñor se muere preso en su jaula de oro?... Pues qué, ¿preferís tener por sol la grasienta araña de un teatro, por horizonte los árboles pintados en un vetusto lienzo, por capitolio las columnas de un folletín, á tener por alfombra campos con sus ondulantes cabelleras de oro, por cúpula un dosel de estrellas, por rumores los parleros acentos

del arroyo y las cadencias melancólicas de las aves, por horizonte el espacio en toda su asombrosa majestad y por antorcha Dios?

Partid, partid á las montañas. Allí está la vida. Un mes de permanencia entre los riscos os dará fuerza á vosotros, poetas, para todo un año de lucha, á vosotros críticos, para todo un año de análisis....

Perdonadme, hermosa señora, esta digresion.

Prosiganos nuestro viaje.

El camino que conduce al monasterio por la parte citada es delicioso, sin estar espuesto el viajero á los peligros que á cada paso le salen al encuentro por los otros caminos de travesía. Los ruiseñores vagabundos cantan escondidos entre las matas; el serpol, el tomillo, el romero, el pinabete envian al peregrino sus acres olores y sus salvajes emanaciones; se atraviesa por entre senderos á cuyas orillas crecen el aciano con sus bellas hojas azules prendidas á su corola como las alas esmaltadas de una mariposa, la perpetuina con su dorado ramillete, la campanilla con su grano purpurino en el centro como una lágrima de sangre, el boton de oro con su rubia cabellera, el solitario con sus balanceadoras flores blancas y castas como las alas de una paloma.

De cuando en cuando, un rumor grato y ténue herirá nuestros oidos. Son arroyuelos que se escapan de las peñas en surtidores de plata, aguas cristalinas que lamen con su lengua de azur la roca de que se desprenden, y que atraviesan el camino despues de haber formado un hoyo profundo, plácido aunque pequeño estanque, palacio de cristal donde habitan las salamandras que endulzan el agua cuando están tranquilas, pero que la envenenan cuando se las irrita.

Delicioso es el camino, señora, ya os lo he dicho. Es un continuado panorama, mucho mas bello aun á esa hora en que el sol baja como un globo de fuego á sepultarse tras las cicópleas peñas de Montserrat, á esa hora de encanto y de dulzura en que el último rayo del sol moribundo juega con el primer rayo del crepúsculo naciente, y en que todo el paisaje, valles, rios, rocas, bosques y montañas, parece nadar en ese océano de opalada neblina que rueda sus olas invisibles por los transparentes espacios.

¡Ay, señora mía! No os sorprenda si veis una sombra de tristeza en mi frente! Precisamente, como es la hora que mas se presta á la melancolía, he recordado todo lo que he padecido, todo lo que he sufrido, todo lo que he llorado en este mundo... Mirad, señora mía. Esas peñas con sus enhiestas frentes de asperon y de pudinga, no están tan desnudas á la vegetacion, como muerto está mi corazón á las ilusiones.

Es ya casi de noche, pero hemos llegado al término de nuestro viaje.

Las sombras se agrupan como un turbante sobre el monasterio, y por las abiertas ventanas sale en brazos del órgano el canto vesperino, la *Salve* melancólica que parece subir á los cielos dejando un rastro de armonía, como el cohete que se eleva deja una estela de brilladoras chispas.

Entremos en Montserrat por donde no entran los demás.

Pasando por sobre escombros, atravesemos la puerta bizantina de galanas cimbras festoneadas, ante la cual se detenian los romeros á sacudir el polvo de sus sandalias, crucemos el derruido claustro gótico cuyas esbeltas ojivas cargan sobre hacecillos de elegantes columnitas llenas en sus capiteles de frutas y de follaje, y penetremos en el templo, tan desnudo en adornos como antes era rico en maravillas.

Lleno está el santuario de notas del órgano y de las voces que entonan la *Salve*, como un pomo está lleno de perfumes.

Vamos, lo primero de todo, modestos y humildes peregrinos, á doblar la rodilla ante la Virgen á quien tantos prelados, tantos príncipes, tantos grandes de la tierra, tantas ilustraciones del solio han doblado la suya.

Mientras oremos, la *Salve*, ese lirio de los cristianos cánticos, henchirá el templo con sus notas vibrantes y revoloteadoras, como un puñado de abejas susurrantes sobre la frente que se inclina soñadora y pensativa.

Al salir de la iglesia, nos aguarda un triste espectáculo, el espectáculo que se presencia en Montserrat.

A la pálida claridad de la estrellada noche, podemos pasear una mirada de dolor por todo ese monton de ruinas debidas no al soplo del tiempo, sino á la mano del hombre.

Hermosa señora, la mirada que arrojareis en torno, hará que vuestra alma se rasgue de pena como un día estas mismas rocas se rasgaron de dolor, siguiendo la cristiana leyenda.

Vamos ahora á descansar pues debemos levantarnos con el alba.

¿No quereis recorrer la montaña y visitar las ermitas ó mejor los sitios en donde antes estuvieron, puesto que no quedan ya mas que ruinas?

Al borde de espantosos precipicios que dan vértigo al mirarlos, sobre elevados picachos al parecer inaccesibles, existen los escombros de doce ermitas.

Allí, á esos nidos de golondrinas, que tal parecen desde léjos, se retiraron hombres ilustres á terminar sus días, y allí, sibaritas del desierto, buscaron la calma que les negaba un mundo engañoso y pasaron su vida rezando y trabajando, rodeados de las maravillas de la naturaleza, ahogando los deseos que sentian nacer en su corazón y cortándoles sus alas de paloma.

Es inútil buscar hoy á ninguno de esos anacoretas. Las huéllas de sus pasos se han perdido en la montaña, como perdido se han los trillados caminos que á sus moradas conducian.

— Todo es, en Montserrat desolacion ó miseria.

Han pasado aquellos tiempos en que el monasterio veia llegar á su puerta numerosas caravanas de peregrinos, el bordon en una mano y la ofrenda en la otra.

Unas veces eran principes y caballeros de remotas provincias, otras sencillos habitantes del país ó de lejanas tierras.

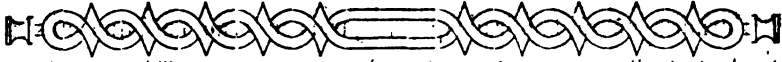
Señora mia, aquí solo se vive de recuerdos y de pasado. Cada peña tiene una tradicion, cada ermita una leyenda.

Ay hermosa señora! Las montañas van quedándose viudas. Los siglos anteriores las robaron sus amantes, los castillos feudales; nuestro siglo les arrebató sus esposos, los santuarios.

— Afortunadamente, Dios les dejó su poesía, los huracanes y las tempestades!

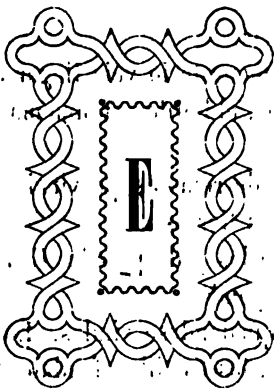
— Y ahora, señora mia, puesto que estamos ya en la montaña, y vemos allí abajo una ermita, dirijámonos á ella.

— A su puerta hemos de encontrar á Orso de Monteferro.



XVII.

EL ERMITAÑO DE MONTSERRAT.



El padre Agustín, á quien iba á visitar Orso de Montferro, moraba en una de esas ermitas situadas en los picos mas atrevidos de Montserrat, al borde de profundos abismos y envueltas casi siempre en las nieblas que coronan esta montaña.

Los solitarios que, nutridos por su amor religioso ó impelidos por desengaños del mundo, poblaban la Tebaida catalana, vivian en una eterna soledad, en sitios los mas salvajes y pintorescos que darse pueda, sin ver mas personas que los devotos peregrinos que pasaban á visitarles de vez en cuando, oyendo continuamente los coros armoniosos de las avejillas, huéspedes constantes de los frondosos alrededores de las ermitas, y viendo las mas de las veces estrellarse á sus piés las tempestades.

Los ermitaños distribuian el tiempo que de los ejercicios santos les quedaba, en trabajar crucecitas para regalar á los peregrinos y devo-

tos que les visitaban y en adiestrar á las avecillas para que se acostumbrasen á ir á tomar en sus manos su diario alimento. En efecto, á una simple señal que los ermitaños les hacian para darles de comer mañana y tarde, los pajaritos acudian con presteza; y si, absorto el anacoreta en sus estudios ó contemplacion, olvidaba alguna vez llamarles, se le posaban sobre el hombro, cabeza ó libro, obligándole con este festejo y con la melodía y porfía de su canto, á darles una ligera parte de su frugal alimento.

Los ermitaños vestian un hábito de paño ordinario y su cama era un simple jergon de paja.

Para ir á visitar al padre Agustín, Orso tomó el camino mas corto, que empezaba á la derecha de la cerca exterior del monasterio y que consistía en una vereda, abierta en la peña viva por medio de unos escalones desiguales, formando á especie de unas espirales en una de las mas elevadas gargantas del monte.

Penoso encontró el camino nuestro jóven héroe, que habia dejado su caballo en la hospedería, pero compensó su fatiga lo delicioso y agradable de los sitios que hubo de atravesar. Las matas de espliego, tomillo y romero que bordeaban el camino, le enviaban sus dulces emanaciones, las campanillas azules y blancas se balanceaban en brazos de la brisa, como para saludarle, y los ruiseñores ocultos en las enramadas le obsequiaban con sus peregrinos conciertos matinales.

Orso llegó á la ermita del padre Agustín, y como la puerta se hallaba entornada, se detuvo para contemplar un instante al anacoreta, que sentado junto á una ventana abierta sobre el abismo, tenia sus ojos clavados en el espacio como si estuviera absorto en una profunda meditacion ó en un éxtasis religioso.

Detengámonos un momento junto á Orso de Monteferro para conocer al nuevo personaje con que tropezamos.

Era un hombre que no revelaba tener mas allá de cincuenta ó cincuenta y cinco años. Su estatura era mediana, el cabello entrecano, el color de su rostro trigueño y quebrado, sus ojos vivos algo grandes y salidos, revelando ser un varon entero, firme, de prudente consejo pero de ánimo osado. Vestia como los demás anacoretas.

Orso empujó la puerta, y al ruido, el padre Agustín volvió lentamente la cabeza.

—Ah! ¿eres tú, hijo mío?—dijo á Monteferro, sin manifestar sorpresa alguna.—Te estaba esperando.

Orso se adelantó con las mayores muestras de respeto y deferencia, y estrechó cordialmente la mano que el ermitaño le tendió y que hizo ademán de llevar á sus labios, sin que el padre Agustín se lo permitiera.

—Vuestra carta espresándome una justa queja,—dijo el jóven,—ha hecho que me pusiera inmediatamente en camino para visitaros.

—Gracias, hijo mío.

—No deis dárme las, que no soy acreedor á ellas. He cumplido con un deber. Padre, cuando vine á Cataluña guiado por el deseo de venganza que vos sabéis, pues que os lo he revelado, visité esta portentosa montaña deseoso de admirar á la Virgen cuya fama llena todo el orbe. Aquí os conocí, aquí trabé con vos estrechas relaciones. Os abrí mi alma como al primer amigo que encontraba en un suelo extranjero, y vos me disteis prudentes consejos, que no olvidaré nunca. Varias veces volví á esta montaña solo para visitaros, atraído hácia vos por una simpatía irresistible y de la que mil veces me he preguntado en vano la causa, y vos fuisteis quien alentasteis mi deseo de tomar las armas en favor de la tierra hospitalaria que me daba abrigo. Vos sois, padre, quien me ha hecho catalán, pues que á vos debo el haber recibido mi bautismo de sangre en los campos de batalla, peleando á la sombra de la gloriosa bandera de Santa Eulalia. Sin vos, nunca hubiera conocido á Carlos Fontanellas, ese generoso y buen amigo, que es mi hermano de armas, y á quien tengo verdaderamente un cariño fraternal. Vos y él: hé aquí los dos únicos seres que han hecho grata mi estancia en Cataluña.

—Carlos Fontanellas! La descripción que de él me has hecho en tus cartas me lo han dado á conocer como si le hubiese visto y hablado. ¿Es este Carlos hijo de un Salvo Fontanellas, capitán de tercios que era durante el vireinato del duque de Cardona?

—El mismo.

—Conocí á su padre. Era un hombre valiente y honrado. Sus primeras relaciones le hicieron comprometerse adhiriéndose algun tanto al partido de los *Cadells*. Él fué, segun creo, quien con don Juan de Colmenar puso preso al famoso bandolero Serrallonga, jefe que era entonces de los *Narros*, y él quien ocupaba el cargo de gobernador interino de Barcelona cuando aquel bandolero fué ajusticiado. Disgustado con los manejos de los *Cadells* y victima de sus intrigas, decidió abandonar Cataluña y pidió pasar á los Países Bajos. Cumpliéronse sus deseos y poco despues estuvo en el sitio de Norlinga, combatiendo á las órdenes del cardenal infante don Fernando. Allí una bala de cañon se le llevó una pierna, y hubo de retirarse del servicio, viniéndose á Cataluña otra vez. En el dia vive en Vich, ageno á todo, pero haciendo, como buen catalan, que su hijo preste á su patria los servicios que él se halla imposibilitado de prestarle. Tal es su historia, ¿no es verdad?

— En efecto, —contestó Monteferro. —Así me la contó Cárlos poco mas ó menos.

— Yo amo á ese jóven por ser hijo de quien es y por lo que tú me has contado y escrito de él. Será con el tiempo un hombre valiente y honrado como su padre. No importa que sea algo ligero de cascos. Ya madurará. Buen árbol da buen fruto. Y ahora, hijo mio, —continuó el anacoreta levantándose—debes hallarte fatigado, porque el camino que aquí conduce no tiene nada de cómodo, y por lo mismo será preciso que tomes un bocado.

Diciendo esto, el ermitaño se acercó á una alacena y abriéndola puso sobre la mesa un plato de frutas, otro de dulces y un pedazo de pan, disponiéndose á ir á llenar un cántaro con el agua de la cisterna que habia junto á la ermita.

Orso le dió las gracias, y quiso rehusar el convite, pero el padre Agustin se negó redondamente á escucharle, desapareciendo para regresar luego con el cántaro lleno de agua.

Monteferro tuvo que ceder y compartió con el anacoreta su frugal almuerzo.

El padre Agustin invitó al jóven á que le hablara de sus proyectos, de sus esperanzas, de los sucesos prósperos ó adversos de su vida, y el jóven que apenas tenia secretos para el primer amigo que

habia encontrado en Cataluña, le contó sin hacerse de rogar todo lo que le sucediera desde la última vez que estuvo en Montserrat. Lo único que le ocultó, por no haberle hablado jamás de su nocturna aventura en el castillo de Gualba, fué sus encuentros con la dama desconocida; pero si se calló tocante á este asunto, no lo hizo así respecto á la voz misteriosa que habia oido en la catedral de Barcelona, pues que el padre Agustin estaba enterado de la historia de Orso.

Al citar este el nombre de la condesa de Fiorerosa, el rostro del anacoreta se contrajo, y pareció entonces escuchar con mas atencion el relato del mancebo.

— Y has ido ya á ver á esa condesa de Fiorerosa?—preguntó con ansiedad el ermitaño así que el jóven hubo concluido.

— Todavía no. Antes de hacerlo he querido consultaros sobre este punto. Solo me he adelantado á pedirle á Fontanellas que me presente, á lo cual este se me habia ya ofrecido. Decidme ahora, padre ¿qué debo hacer?

El ermitaño permaneció callado por algunos instantes.

— Tambien he oido hablar de esa condesa de Fiorerosa,—dijo por fin. —No obstante vivir apartado del mundo, sé desde esta pobre morada cuanto me conviene saber y cuanto puede interesar á aquellos con quienes simpatizo. Esa mujer es extranjera, de tu mismo país, según creo.

— Es siciliana á lo que dicen.

— Me han referido de ella cosas extraordinarias,—prosiguió el padre Agustin.—Hay quien dice que esa mujer es solo un agente de los castellanos.

— Bien pudiera ser. Todo á lo menos induce á creerlo.

— ¿ La conoces tú ya? —preguntó el anacoreta.

— No señor; jamás la he visto, pero he oido hablar mucho de ella, y os aseguro que no siento la menor simpatía por conocerla.

El padre Agustin pareció sumergirse en un laberinto de meditaciones porque inclinó su frente pensativa hácia el suelo.

— Es estraño! —murmuró á los pocos instantes. — ¡La condesa de Fiorerosa conoce á las personas que asesinaron á tu padre y á tu

tio! Cómo es eso posible? ¿No me dijiste tú, hijo mio, que nadie mas que tu padre sabia esos nombres?

— Es cierto.

— ¿Cómo pues los sabe esa mujer?

— No me lo esplico. Los nombres de los criminales fueron escritos en un papel que se guardó en el pomo del puñal, arma de mi familia, enviado por mi padre á D. Juan de Serrallonga. Ni este sabia la existencia del papel. Serrallonga ha muerto, el puñal se ha perdido, y yo me pregunto como vos mismo: ¿de qué manera puede saber esa mujer lo que nadie sabe en el mundo?

— Habrá podido llegar á sus manos el puñal?

— No. La misma Doña Juana de Torrellas, el dia antes de la derrota de su banda, me confesó que ignoraba la existencia de semejante arma, y aun cuando me dió una ligera esperanza de encontrarla, esta murió en mi corazon con la noticia que recibí mas tarde de la muerte de aquella atrevida bandolera.

— ¿Y no te dijo Juana de Torrellas de qué manera pensaba averiguar si existia aun el puñal?

— Sí. Me contó que en sus últimos momentos Don Juan de Serrallonga habia señalado á uno de su banda el sitio en que tenia enterrados varios papeles y objetos de importancia. Doña Juana creyó que en este sitio debia existir si acaso el puñal de mi familia.

— Fija bien tus recuerdos, Orso, hijo mio, y contéstame, — dijo el anacoreta que parecia seguir con interés el hilo de un secreto pensamiento. — ¿Recuerdas si Juana te dijo el nombre de la persona á quien Serrallonga señaló el sitio en que estaban enterrados los objetos?

— Me lo dijo en efecto, y lo recuerdo bien.

— ¿Qué nombre era?

— El del teniente de Serrallonga.

— ¿El Fadri de Sau?

— Sí.

— ¿Y conocerias tú el puñal en cuestión si llegabas á verlo?

— No lo he visto jamás, pero le conoceria. Sé que por un lado

debe tener en su hoja un esqueleto y por el otro la divisa de mi casa: *la sangre lava la injuria*.

Satisfecho quizá el anacoreta en lo que deseaba saber, trató de dar un giro á la conversacion.

— No, — dijo, — ese puñal no puede tenerlo la condesa de Fiorerosa. Voy á decirte lo que pienso.

— Decid.

— O esa mujer, como siciliana que es, conoce el secreto de tu familia por haberlo sabido en tu mismo país, ó esa mujer te tiende un lazo.

— Un lazo!

— Sí. No sé cual, pero bien pudiera ser un lazo. La persona que se te acercó en la catedral para decirte que te hicieses presentar en el palacio de la condesa, podia muy bien ser enviada por ella misma.

— ¿Creeis?

— ¿Quién sino la condesa puede tener interés en ello?

Orso se puso á reflexionar.

El ermitaño continuó.

— Todas las noticias que yo tengo, están acordes en pintar á esa mujer como una intrigante, como una persona vendida en cuerpo y alma al partido de los *Cadells*, que es el partido castellano, y por consiguiente el enemigo de Cataluña. Esa condesa necesita, para llevar á cabo las intrigas que se propone en sus maquiavélicos fines, hombres adictos, de corazon y firme voluntad. ¿Quién te dice á tí que no haya pensado en Orso de Monteferro para algunos de sus secretos designios y en el mismo Carlos Fontanellas quizá, ya que es otro jóven valiente y decidido?

Orso seguia meditando.

— A Carlos Fontanellas, — prosiguió el anacoreta, — puede atraerlo con el amor de una mujer, á Orso de Monteferro con la promesa de descubrirle el secreto que tanto le interesa, y de este modo puede hacér servir á entrambos de instrumento de sus secretas miras.

El rostro de Monteferro se encendió.

— Teneis razon, padre, dijo, — y admiro lo prudente y preca—

vido que sois en todo. Teneis razon, voy ahora atando cabos con motivo de lo que de ella me ha contado Carlos, y no me queda duda que acertais. Estoy resuelto, no iré á casa de la condesa y procuraré apartar de ella á Carlos.

—Al contrario, hijo mio.

—¿Pues cómo?

—Es preciso ir ahora mas que nunca.

—¿Lo creéis así?

—Te lo aconsejo. Es preciso que vayas, repito, pero dispuesto y prevenido á no dejarte prender en el lazo : es preciso que vayas, sobre todo, para velar por tu amigo Carlos, á quien podrian arrastrar mas fácilmente á un precipicio. Si esa mujer es fuerte en astucia, sé astuto tú tambien. Si trata de cautivarte, finge que te dejas cautivar, y si ella quiere arrancarte tu secreto, arráncale tú el suyo. Debes hacerlo así, porque, segun parece, ella es enemiga de tu patria, que tu patria, Orso, tú mismo lo has dicho hace poco, es ya Cataluña. Grandes acontecimientos se preparan; les veo venir, van á llegar para Cataluña dias de amargura y de prueba, y es indispensable para cuando llegue este caso conocer quienes son los malos y quienes son los buenos. Vé pues á casa de la condesa, vé pues, que yo desde esta ermita velo por tí.

—Padre !

—No te sorprenda lo que te digo, jóven. Pobre y solitario como me ves, desconocido é ignorado en el fondo de este desierto, quizá tengo mas poder y medios de los que imaginarte puedes. Yo soy catalan de raza, Monteferro, yo amo á mi patria. Vé á encontrar á la condesa de Fiorerrosa, te digo, y comunícame cuanto te suceda con ella. Sé cauto y prudente sobre todo, vela por tu amigo, vela por tí mismo, y procura descubrir el secreto de esa mujer, que es fatal á la causa catalana.

—Iré pues, ya que así lo quereis.

—Yo desde aquí, repito, velaré por tí. Quien te ha sabido arrancar de entre las garras del baron de Gualba, sabrá, si á mano viene, arrancarte de entre las de una mujer.

El jóven se inmutó y miró de hito en hito al anacoreta :

—Cómo! —balbuceó.— Sabeis...?

—¿Qué es lo que yo no sé, hijo mio?

—Pero.....

—Ya te he dicho que, aunque encerrado en el fondo de esta ermita y de estas montañas, tengo mas poder del que puedas imaginarte y sé cuanto me interesa saber. Tuve noticia de lo que te sucedía en casa del baron y tomé disposiciones para que salieras bien del paso.

Orso no se cansaba de mirar al padre Agustin que en aquel momento se le presentaba bajo un aspecto enteramente nuevo. El anacoreta crecía inmensamente en importancia á sus ojos. Esto no obstante, no podía comprender, como no fuese por medios sobrenaturales, de que manera se habia valido el ermitaño para librarle desde las cimas de Montserrat.

El padre Agustin conoció todo lo que pasaba en el interior del jóven y le dijo:

—No hablemos mas de este asunto. Bástete saber que, sin mí, no hubieras salido tan fácilmente del mal paso en que imprudentemente te metiste, siguiendo á una dama, segun parece. Orso, sé cauto y prudente, te repito. La condesa á quien vas á conocer debe ser un enemigo formidable. Cuidado con dejarte llevar á un precipicio!

Monteferro estaba verdaderamente absorto y no sabia lo que en realidad le pasaba.

El anacoreta no le dió tiempo de seguir el hilo de sus conjeturas.

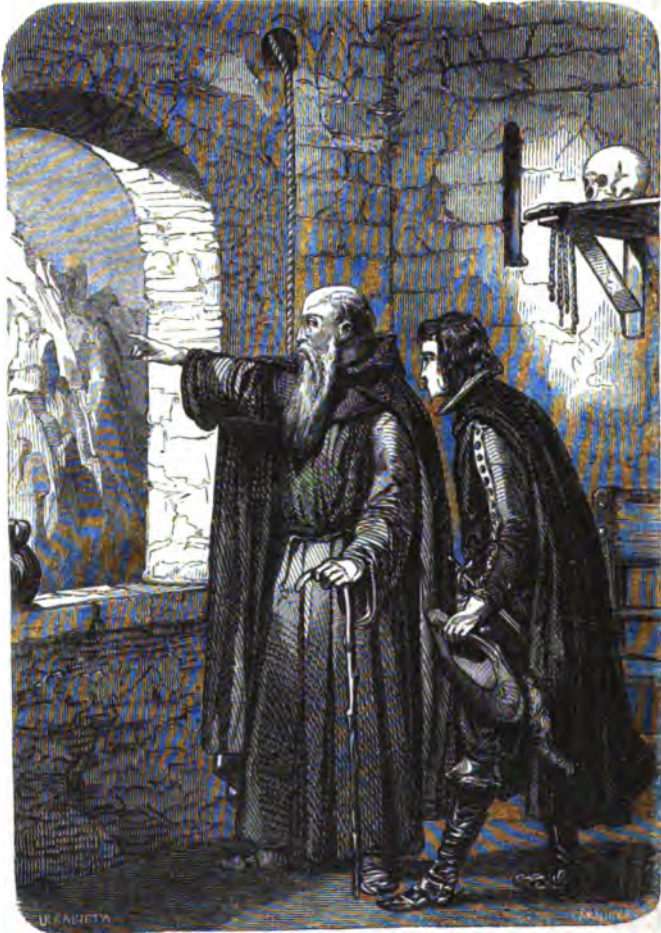
—Hijo mio, — le dijo tomando su voz un acento solemne, — te he escrito que necesitaba verte, has venido, y por consiguiente vamos á hablar de cosas muy graves.

—Estoy á vuestras órdenes, padre, —dijo el jóven en quien á cada instante crecían el respeto y la veneracion por el anacoreta.

Este se levantó y fué á cerrar la puerta de la ermita. En seguida, acercándose al jóven lo llevó á la ventana.

Ya hemos dicho que esta se abria sobre un abismo profundo, mientras que descubria al mismo tiempo un horizonte inmenso. La montaña parecia abrirse en dos alas formadas por las caprichosas y dentelladas sierras, como para ofrecer á los ojos del ermitaño el mas hermoso panorama de que puede tenerse idea.





Hé aquí el espacio, hé aquí la libertad.

Montañas y campos todo parecia llano. Los elevados montes que forman el anfiteatro de la llanura de Barcelona, semejábanse todo lo mas á simples mojones de tierra, veíanse infinidad de pueblos y villas esparcidos como manchas blanquizcas por aquella vasta alfombra de todos colores, y podia seguirse el curso del Llobregat hasta que desemboca en el mar. El espectáculo era realmente imponente, y Orso paseó por él una mirada atónita.

—Hijo mio,—dijo el ermitaño estendiendo su brazo y señalándole la inmensidad del horizonte,—hé aquí el espacio, hé aquí la libertad. Viendo desde aquí á las avejillas cruzar alegremente por las dilatadas regiones que ellas pueblan, bañándose en los rayos del sol; viendo desde aquí á las flores mecerse enamoradas al sentirse acariciar por la brisa; viendo desde aquí á todos los seres, á todas las plantas moverse, estenderse, crecer, he aprendido á conocer cuanto vale la libertad y cuan precioso es ese don de que nos ha dotado la providencia y que no todos saben por cierto apreciar. ¡Ay, hijo mio! los hombres amamantados con la leche de la servidumbre, ignoran del todo aquella bizarría y libertad de ánimo, de que necesita el verdadero repúblico. En el dia Cataluña, mi patria adorada, está esclava de insolentes, nuestros pueblos como anfiteatros de sus espectáculos, nuestras haciendas despojo de su ambicion, y nuestros edificios materia de su ira (1). Los pueblos no ven en las tropas sino unos terribles y crueles enemigos, ya que los soldados, gente por demás licenciosa, fuertes con el permiso y la tolerancia de sus jefes, encuentran lícito todo insulto por grave que sea. Tratan este país como contrario, discurren libremente por las campiñas, roban los ganados, desperdician los frutos, oprimen los lugares, y mientras que unos se atreven á la hacienda, otros se atreven á la vida. Obra es todo esto, hijo mio, de la política infame del conde-duque de Olivares, mas rey en España que el propio rey de España. Y no te admires, vuelvo á repetirte, de oirme hablar de este modo, á mi, pobre y solitario anacoreta. ¿Quién puede ver con indiferencia los males de su patria?... Tanto valdria ser insensible

(1) Ideas de Pablo Claris.

como una piedra. « A vista de todas estas lástimas, ¿ puede haber quién pretenda persuadirnos espacios, negociaciones y mansedumbres ? No. El que corrige el fuego con delicadas varas, antes le ayuda que castiga. Divina cosa es la clemencia, pero en las materias de la honra de su casa, el mismo Cristo nos enseña á desceñirse el cordel contra sus enemigos hasta arrojarlos de ella. Desde el año 1626 está nuestra provincia sirviendo de cuartel de soldados: Ya los medios suaves se acabaron. Largos dias rogamos, lloramos y escribimos ; pero ni los ruegos hallaron clemencia, ni las lágrimas consuelo, ni respuesta las letras. (1) » Ha llegado pues el caso de obrar, hijo mio. Cataluña, como un gigante aprisionado, muerde sus cadenas ; va acercándose el dia en que por medio de un supremo esfuerzo ha de romperlas.

Orso seguia con la mirada al ermitaño que iba exaltándose poco á poco y cuyo rostro se iluminaba con sublimes luces de entusiasmo patrio.

— Cuando llegue el dia de que te hablo, — continuó el anacoreta, — cuento contigo, Orso de Monteferro.

— Oh ! sí, sí, padre mio !

— No eres catalan, ya lo sé, pero, tú mismo lo has dicho hace poco, has recibido el bautismo de hijo de este país peleando bajo su santa bandera en el campo de batalla. Como catalan te considero ya, como hombre de honor te tengo, como bueno y leal te miro, y voy por lo tanto á iniciarte en el secreto.

La solemnidad con que hablaba el anacoreta. el silencio profundo que reinaba en torno de aquella ermita edificada sobre las peñas del desierto, la majestad del sitio, todo se reunia para hacer que Orso sintiese una emocion particular como no habia nunca conocido.

El padre Agustin dió un paso y estendió la mano.

— De rodillas, Orso de Monteferro, — le dijo.

El jóven, impresionado y conmovido, cayó de rodillas.

El padre Agustin continuó.

— Júrame por la salvacion de tu alma no revelar jamás á nadie

(1) Ideas de Pablo Claris.

lo que voy á confiarte, júrame que no te dejarás arrancar el secreto ni por halagos, ni por promesas, ni por tormentos, ni por martirios.

— Lo juro.

— Si faltas á tu juramento, Orso, los hermanos de la santa asociacion tendrán derecho todos juntos y cada uno de por sí á clavarte su puñal en el pecho. Ahora, levántate y escucha.

Orso se levantó.

— Hay en Cataluña una hermandad compuesta de millares de personas, de todas clases, de todos sexos y condiciones, que se llama *la hermandad de la muerte*. Tiene por objeto la libertad de Cataluña y se intitula así, porque todos los que á ella pertenecen deben estar dispuestos á morir por su patria. Yo soy en el dia el presidente de esta secreta hermandad. Orso, tú has peleado por Cataluña, y te he creído digno de pertenecer á nuestra hermandad. Te necesito en ella porque tengo puestas mis miras sobre tí. ¿Puedo pues contar contigo?

— Sí, padre mio. Toda causa noble y santa me tendrá siempre á su lado dispuesto con alma y vida á defenderla.

— No esperaba menos de tí, jóven. Como presidente de la hermandad, tengo poder para admitir á un número dado de personas relevándoles de las pruebas á que se obliga á todos. Quedas incluido en el número. Mas haré aun por tí. Quedas desde este momento nombrado uno de los *hermanos mayores*, es decir, uno de los jefes, y te voy á dar la insignia por medio de la cual se les reconoce.

El anacoreta diciendo esto se acercó á un armario que habia en un ángulo de la ermita, y abriendo un cajon secreto, sacó de él una pequeña plancha, de tres dedos de ancho sobre cuatro de largo, la cual estaba pintada de negro teniendo en el centro un cráneo sobre dos huesos en cruz. Esta plancha tenia en su parte superior un agujero que daba paso á una cinta de color de fuego, la cual servia sin duda para poder llevarla colgada del cuello.

El padre Agustin la presentó á Monteferro.

— La sola posesion de esta plancha, —le dijo, —te instituye hermano mayor ó jefe de la *hermandad de la muerte*. Todos los hermanos menores están ciegameamente subordinados á los mayores en virtud de un juramento prestado sobre los Santos Evangelios el dia

que son recibidos en la asociacion. Por medio de este juramento se comprometen á obedecer ciega y pasivamente las órdenes de los jefes, sin poder hacer réplica ni observacion alguna. La desobediencia por su parte les puede valer la muerte. A su vez, todos los jefes me están sometidos á mí, como presidente, teniendo para conmigo la misma obligacion que tienen para con ellos los hermanos menores. Ahora bien, debes llevar siempre oculta bajo tu ropa esta plancha que te entrego, y si alguna vez necesitas auxilio, donde quiera que te halles, bastará que hagas una cruz sobre tu pecho. De fijo uno de nuestros hermanos te verá, porque están estendidos por todas partes. Los hay en las cabafias, en los palacios, en los campos, en los pueblos, en las ciudades. Allí donde haya solo un grupo de tres hombres, dos de ellos de fijo pertenecen á la *hermandad de la muerte*. Al ver tu señal, uno ú otro se te acercará, pero sin decirte nada. Tú eres entonces quien debe dirigirle la palabra diciéndole: *Los dioses son de barro*. Cuando aquel hombre te haya contestado *Escalaremos el cielo*, enséñale entonces tu insignia de jefe, y puedes desde aquel momento disponer de él aunque sea para llevarle á la muerte. ¡Desgraciado del que se atreviera á desobedecerte!

—Es entonces la vuestra una asociacion admirablemente montada.

—Es una hermandad compacta, unida y disciplinada, como no puede haber otra en el mundo. Desde esta ermita dispongo yo de un ejército. Cataluña toda está en mi mano, y me bastaria enarbolar una bandera en uno de los picos de Montserrat, para que los pueblos todos se levantaran en masa contra sus opresores. Sin embargo, el dia, aunque está cercano, no ha llegado todavía.

—Y cuando llegue ese dia, padre...

—Oh! cuando llegue ese dia, brillará el sol de la libertad para los pueblos oprimidos y entonces haremos conocer al mundo entero que no hemos nacido para esclavos.

Orso escuchaba al ermitaño con admiracion.

No era estraño. En el tiempo que llevaba de vida en Cataluña, el jóven se habia identificado con la causa de los catalanes. Pudo presenciar sus sufrimientos, sus penalidades, vió la injusticia con que se les trataba, la opresion en que se les tenia, y su corazon ardién—

te y entusiasta se sublevaba á cada nueva injuria de las tropas castellanas ó del gobierno del conde-duque. A mas, como por instinto, obedeciendo á una causa que no se sabia explicar, Orso odiaba de muerte á los castellanos y aborrecia á los que formaban el partido de los *Cadells*.

Nada hay pues de estrañar en que tan pronto y tan buenamente se prestara á los deseos del ermitaño, aviniéndose sin observacion alguna á secundar sus miras.

Mas aun, desde que estaba en Cataluña conocia Orso al anacoreta, y se habia acostumbrado á mirarle y respetarle como á un padre. Le habia consultado en todos los casos arduos de su vida y habia recibido de él buenas instrucciones y mejores consejos. Esto, unido á que el padre Agustin era un hombre simpático en alto grado, que atraia y fascinaba, hizo que nuestro jóven no albergase ni por un momento la menor vacilacion.

Orso se hubiera entregado en cuerpo y alma al ermitaño.

Hubo un instante de silencio entre ambos personajes, que el padre Agustin fué el primero en romper.

—Ya estás enterado de lo principal de nuestra hermandad, hijo mio,—le dijo.—Ahora solo falta tu juramento.

—Dictadme la fórmula, padre.

El ermitaño cogió un crucifijo y lo presentó al jóven, que puso la mano sobre él.

—¿Juras sobre esta santa imágen obedecer ciegamente, sin réplica ni observacion, cuantas órdenes te sean dadas por tu jefe superior, el presidente de la *Hermandad de la muerte*?

—Sí juro,—dijo el jóven con voz clara y sonora.

—¿Juras consagrarte sin descanso á la felicidad de Cataluña, trabajando en pro de ella como si fuera tu propia patria?

—Sí juro.

—¿Juras, en fin, no tener mas objeto ni deseo que la libertad de Cataluña, contribuir con obra y pensamiento á su libertad, consagrarle tu corazon, tu brazo y tu vida si necesario fuese, odiar á los que la tiranizan y amar á los que la aman?

—Sí juro.

—Si así lo cumples, que Dios te lo premie, sino te lo demande.

Dicho esto, el anacoreta dejó el crucifijo y tendió sus brazos al jóven.

—Hermano de la muerte,—le dijo,—ven ahora á que te dé mis brazos y con ellos el ósculo de amor y paz.

Orso se arrojó en brazos del ermitaño.

En aquel momento una voz lejana llegó á oídos de nuestros dos personajes.

Era una voz que entonaba una antigua cancion montañesa, de triste y melancólica tonada, que comienza así:

Lo pardal cuant s' acutzaba
feya remó,
feya remó,
per véurer si 'l sentiria
la seva amó,
la seva amó.....

El padre Agustín se desprendió en silencio de los brazos de Orso y se puso á escuchar con atencion.

Orso creyó comprender.

—Es alguna seña, padre?—le preguntó.

—Sí, hijo mio,—contestó este.—Es uno de los nuestros que me anuncia su llegada á fin de hallarme solo.

—Me voy pues.

—Hijo mio, una palabra antes de despedirnos. Acaba de abrirse á tus pasos una nueva senda. Siguela con paso firme y seguro. Sé leal como lo has sido siempre. Yo espero mucho en tí, y pronto te haré saber la mision para la cual te reservo. En el interin, vuélvete á Barcelona y procura ver á esa condesa de Fiorerosa. Ya sabes ahora que es enemiga nuestra capital. Nada tengo que encargarte porque ya eres *hermano de la muerte*. En Barcelona recibirás instrucciones mias, y apresúrate á comunicarme cuanto de esa mujer misteriosa puedas indagar. Yo, por mi parte, no me olvidaré de tí, y acaso un dia pueda, mejor que esa condesa siciliana, cumplir uno de los votos de tu corazon.

—No os entiendo, padre...

—Ni debes entenderme tampoco por ahora. Véte, véte, hijo mio, pues va á llegar la persona que se me ha anunciado por medio del

canto que has oído, y es fuerza que me encuentre solo. A nuestra próxima entrevista hablaremos mas detenidamente.

—¿Cuándo quereis que vuelva?

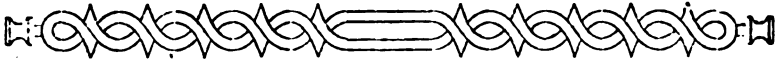
—Yo te avisaré. Adios, Orso. Valor y lealtad.

—Ni uno ni otro me han faltado jamás, padre.

Orso estrechó la mano que le tendió el ermitaño, y tomó el sendero estrecho y pendiente que guiaba al monasterio.

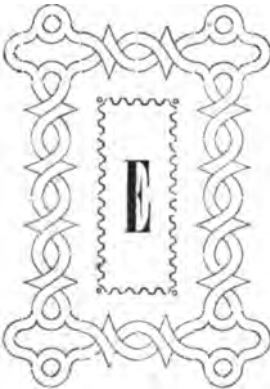
Apenas habia desaparecido, cuando, hallándose aun el padre Agustin en el umbral de la puerta, un hombre, que venia por otro sendero, salió de entre las peñas y se presentó ante el anacoreta.





XVIII.

PROSIGUE HABLÁNDOSE DE LA CONDESA.



RA Cayetano; ó mejor dicho, puesto que no es ya ningun secreto para nuestros lectores, era el Fadri de Sau.

El anacoreta le hizo entrar en la ermita y cerró la puerta.

— Qué hay? — le preguntó en seguida.

— Noticias graves, señor.

— ¡ Graves!

— Vais á juzgar vos mismo.

— Dí.

A pesar del tono con que el Fadri dijo aquellas palabras, el semblante del padre Agustin no se inmutó en nada. Sentóse tranquilamente disponiéndose á escuchar, é hizo seña al Fadri para que ocupase un banquillo que habia junto á la mesa.

El Fadri, á quien continuaremos dando este nombre que nos parece ha de ser mas agradable para nuestros lectores, se sentó.

— Veamos pues esas noticias, dijo el anacoreta.

— Quizá mañana, puede que hoy mismo, — exclamó el antiguo teniente de Serrallonga, — es derán aviso de la desaparición de uno de los nuestros, del hermano llamado Martín Andal, que había sido nombrado cabo de los cien hombres que tenemos alistados en las cercanías de Barcelona.

— Y qué?

— Quiero decir que no debe hacerse caso de la desaparición de ese hombre. Si lo quisiere encontrar alguna, — añadió el Fadri tranquilamente poniendo una pierna sobre otra, — hallará su cadáver á orillas del Llobregat, en una alameda que hay al pié de Samboy.

— Ha muerto?

— De una puñalada.

— ¿Y quién se ha atrevido á clavar un puñal en el pecho de Martín? ¿Alguno de los nuestros quizá?

— Uno de los nuestros ha sido en efecto.

— ¿Se sabe quién ha sido?

— Se sabe.

— Dime su nombre y se hará justicia en el matador.

— Podeis hacerla cuando gustéis; el matador está en vuestra presencia.

— Tú!

— Yo.

Hubo un instante de silencio.

— Si eres tú el que has muerto á Martín, — dijo el anacoreta, — debe haber mediado alguna causa muy grave.

— Nos había vendido.

— Él! Martín!

— Sí.

— A quién?

— A la condessa de Fieseressa.

— ¡Otra vez esa mujer! ¿Quién pues es esa condessa con la cual hemos de tropezar á cada paso en nuestro camino?

— Debe de ser el diablo por fuerza, señor.

— Explícame esto.

— Es muy breve. Ya conociais á Martín, ¿no es verdad? Era un hombre leal, valiente, de buen corazón, pero el brillo del oro le ce-

gaba. Desgraciadamente, esa condesa de Satanás parece poseer los tesoros de Crese. Como se conocieron y como se hizo el negocio no lo sé. Solo sé que Martin por una crecida cantidad, pues me lo ha confesado antes de morir, vendió á la condesa el secreto de nuestra hermandad.

—De modo que....

—De modo que esa mujer, escepto nuestros verdaderos nombres, que por fortuna eran ignorados de Martin, sabe que existe nuestra asociacion, sabe su objeto, sabe nuestro santo y seña.... Sin duda á estas horas todo está ya en noticia del virey y de ese Monredon de alma condenada.

El anacoreta se levantó. Sus ojos chispaban, su rostro estaba demudado.

—Oh! seria horrible! —murmuró. — Naufragar ahora, ahora que llegábamos al puerto!

—Es preciso tomar prontas disposiciones, señor.

El padre Agustin permaneció un momento pensativo.

—Y qué es lo que tú has averiguado tocante á la condesa? —preguntó por fin.

—He averiguado que es un agente secreto del conde-duque de Olivares, segun todo lo hace creer. Vendida en cuerpo y alma á los *Cadells*, sirve á sus intereses, es la columna mas fuerte de sus ódios, y es el ángel malo del conde de Santa Coloma. Me consta que tiene carta blanca del conde-duque, que el virey consulta con ella, y que cuantos males y desventuras llueven sobre Cataluña, son en gran parte inspirados por ella. Debe ser una mujer de alma infame y de perversas intenciones.

—¿Y con qué objeto se alista gente por su orden, segun me dijiste?

—Esto es un secreto impenetrable. Estoy seguro que sus mismos agentes no lo saben.

—¿La gente alistada tiene un punto de reunion? tiene un santo y seña?

—Se pasará aviso á cada uno de ellos la víspera del dia que se les necesite, su punto de reunion es la montaña de Monjuich, su seña una cinta encarnada colgada del hombro, el objeto es desconocido á

todos, pero, y atended bien esto, señor, se lea ha prometido el saqueo.

—El saqueo!

—Esto me hace creer que el día designado por esa infernal mujer, bajo un pretexto ó aprovechando alguna ocasion que nos es desconocida, esos hombres entrarán en Barcelona y saquearán las casas de los principales *Narros* porque, no os quede duda, la mano que los mueve y que reúne toda esa escoria, es mano de *Cadell*.

—Es preciso que yo vea y hable á esa mujer, —se dijo á sí mismo el anacoreta.

—¿Qué vamos á hacer ahora, señor?

—Parte en seguida para Barcelona y que mañana se reúna asamblea de todos los hermanos mayores. Yo la presidiré, y tomaremos cuantas disposiciones se crean convenientes.

—¿Qué mas?

—Basta con esto por ahora. Y ahora oye, porque voy á confiarle dos asuntos delicados.

—Decid.

—Tú conoces á Orso de Montefarro, no es verdad?

—Ese jóven corso ó siciliano á quien por vuestras órdenes hice sacar de los subterráneos del palacio de Gualba?

—El mismo.

—Sí por cierto.

—Ese jóven es de los nuestros, y es uno de los hermanos mayores.

—Ah!

—Sí. Le he nombrado yo, en uso de mis facultades.

—Bien hicisteis si á fondo le conoceis.

—Le conozco como á un hombre leal, adicto, valiente, que puede serme de gran utilidad.

—Venga pues con bien á las filas de los defensores de la patria.

—Oye. Me intereso muy particularmente por ese jóven. En el nuevo camino que va á emprender se va á encontrar rodeado de peligros y acochanzas. Es preciso vigilarle para poderle socorrer inmediatamente en cualquier trance en que se halle. Su vida y su se-

guridad deben interesarte como las mías propias. A nadie mejor puedo confiar este cuidado que á un hombre como tú, cuya lealtad y adhesión me son bien conocidas.

—Descuidad y contad conmigo.

—Pasemos ahora al otro encargo.

—Decid.

—Voy á renovar una herida de tu corazón, pero las circunstancias me obligan á ello.

El Fadri miró al anacoreta y le dijo:

—Sois vos el único hombre que hay en la tierra con poder para hacer de mí cuanto os plazca. Mi difunto capitán y después de él su esposa doña Juana eran los únicos que podían disputaros este privilegio. Desgraciadamente, entrambos han muerto, y he quedado yo para vengarlos. Cómo es que esta venganza se retrasa?... ¿Cómo es que la mano del Fadri de Sau no empuña todavía el puñal vengador?... ¿Cómo es que mientras las sombras ensangrentadas de mi capitán y de doña Juana yacen sin venganza en el fondo de la tumba, el Fadri de Sau ve cada día pasar á sus asesinos y no se lanza á ellos para destrozarlos con sus uñas?... Por qué? Vos lo sabéis, señor, vos á quien no conozco todavía, pero á quien estoy adherido como el cuchillo al mango. Vos me recogisteis moribundo de entre el grupo de cadáveres que me envolvía, vos me cargasteis sobre vuestros hombros y me llevasteis al asilo en donde permanecí con Tallafarro hasta mi completa curación. Ambos debimos entonces la vida á vuestros cuidados. Jamás os he preguntado quien eráis. Unisteis mis deseos de venganza con los vuestros de rehabilitación de nuestra patria. Os ví catalán de corazón y raza, narro de convicciones, enemigo de mis enemigos, entusiasta de las libertades del país. ¿Para qué necesitaba saber más? Vos me dijisteis: yo te procuraré los medios de vengarte si tú me ayudas á libertar á mi patria. Os lo prometí: Decidme pues ahora ¿he cumplido mi promesa?

—Fiel y religiosamente, amigo mío.

—Esto me basta. Ayudo á vuestros planes. Muchos de ellos me son conocidos, otros los ignoro. No importa. Os obedezco ciegamente porque tengo confianza en vos como la tuve un día en mi po-

bre capitán. Lo que vos habeis soñado y lo que tratais de realizar, antes que vos, señor, lo había soñado yo. Mi capitán quería también ponerlo en práctica. Este, y no otro, era su secreto pensamiento, por más que se haya calumniado su memoria. Vos con poder, vos con más recursos, con elementos que hasta de mí, vuestro confidente, son ignorados, vos tratais de llevar á cabo nuestra obra. Yo os bendigo por ello y os obedezco sin preguntas ni réplicas. Teneis pues el derecho de hacer de mí cuanto os plazca. Profundas heridas hay mal cerradas en mi corazón; si os conviene para vuestros intereses volver á abrirlas todas, no vacileis. Aquí me teneis dispuesto.

El anacoreta, que realmente era un hombre superior, y en cuya frente brillaba el rayo de la inteligencia, fijó su mirada en el Fadri, complaciéndose por un instante en acariciar con ella la figura de aquel hombre nacido en las clases más ínfimas del pueblo y que reunía á un valor á toda prueba, una lealtad asombrosa y un patriotismo capaz de resistir á todas las contrariedades.

Este nuevo exámen duró un momento, y acabó por tender el anacoreta su mano al antiguo bandolero. Este dejó caer en ella la saya, y el padre Agustín la estrechó cordial y afectuosamente.

Un atento observador hubiera podido ver brillar la sombra de una lágrima en los ojos del anacoreta. Aquella profunda espresion de lealtad le había llegado al alma.

Transcurrido este momento de silencio, el padre Agustín dijo al Fadri:

— Escúchame bien, Cayetano. Tengo presentido que D. Juan de Serrallonga estando en la capilla te indicó el punto donde había enterrado algunos papeles y objetos.

El Fadri á quien aquella pregunta parecía conmover visiblemente hizo con la cabeza un signo afirmativo.

— Te ha ocurrido alguna vez ir á desenterrar esos objetos?

— Nunca.

— De modo que estarán en el sitio mismo en que los depositó tu capitán?

— Deben estar allí.

— Pues bien, es preciso ir á desenterrarlos. Conviene á la causa, interesa á la Hermandad.

El Fadri pareció titubear, pero el anacoreta se apresuró á desenterrar las dudas que podía tener, diciéndole:

— Solo se necesita un objeto de los que debe haber allí, y aun este para devolverlo á su legitimo propietario, pues que D. Juan solo lo tenia en depósito. Consiste en un puñal, una de cuyas hojas tiene esculpido un esqueleto y la otra una leyenda que dice en lengua italiana: *La sangre lava la injuria*. Conviene que tú mismo ó una persona de tu completa confianza vaya á desenterrar esos objetos y me traiga el puñal de que te hablo.

— Lo haré yo mismo.

— Está bien. Nada más por ahora.

— ¿Puedo ya marcharme?

— Sí. ¿Recuerdas mis instrucciones?

— Perfectamente.

— Mañana estaré en Barcelona. Allí nos encontraremos. Adios.

El Fadri estrechó la mano del anacoreta, y despidiéndose de él, salió de la ermita.

Poco despues de haberse marchado el antiguo bandolero, el anacoreta se acercó á la cuerda que colgaba de la campana de la ermita, y tirando de ella, dejó oír algunas campanadas, á intervalos iguales, como si fuese una seña.

En seguida se dirigió á un armario, del cual sacó un traje completo de caballero, despojóse de su hábito, se quitó la barba postiza que llevaba, y pocos momentos le bastaron para transformarse completamente.

El nuevo traje le rejuvenecia de una manera pasmosa y nadie hubiera sido capaz de descubrir en él al ermitaño de Montserrat.

Cuando hubo acabado su transformacion, ciftándose una espada, pasando un par de pistolas á su cintura, y echando una capa larga sobre sus hombros, se sentó junto á la ventana, y esperó.

Su frente, plegándose bajo la sombra de una idea, revelaba haberse entregado á profundas meditaciones.

— La condesa de Fiorerosa! — murmuró. — Oh! es preciso averiguar á toda costa los designios de esa mujer y es preciso detenerla en mitad de su camino. Yo la veré, yo la hablaré, yo la sondaré...

y ¡desgraciada de ella si persiste en ser un obstáculo á nuestros planes!

El anacoreta, ó mejor dicho, el caballero se levantó de su asiento y comenzó á pasearse con agitacion por la sala. De cuando en cuando sus labios se abrian para murmurar algunas palabras que parecian tener necesidad de salir de su pecho para desahogarle.

—Señor, Dios mio, —murmuró una vez, —coronad mi obra, no permitais que naufrague ahora que voy á llegar al puerto! Señor, Señor, es el trabajo de toda mi vida el que se va á realizar, es la salvacion y la libertad de la patria lo que me he propuesto, vos lo sabeis, Señor. Oh! hacéd que sea libre Cataluña, y muera yo si es necesario.

Interrumpióse un momento y al mismo tiempo se paró en medio de la estancia. Un rayo encendió su mirada.

—Esa mujer! —dijo. —Esa condesa!... infeliz, infeliz de ella! Se trata de una causa santa y no debe retrocederse ante ningun obstáculo.

En esto oyéronse pasos fuera de la armita. El caballero recobró toda su serenidad y se dirigió á abrir la puerta.

El que llegaba era uno de los servidores del monasterio, que no manifestó ninguna sorpresa á pesar de hallar á un arrogante caballero en vez del encorvado ermitaño.

Aquel á quien hasta ahora solo conocemos por el padre Agustín, se dirigió al recién llegado, que guardaba en su presencia una actitud reverente y una humilde compostura.

—Me marchó, —le dijo. —Avisad inmediatamente al padre Agustín para que venga á ocupar su ermita. Decidle que volveré probablemente dentro dos ó tres dias y que no ocurre novedad.

El servidor se inclinó sin desplegar los labios, y abrió paso inclinándose al caballero.

Este tomó con paso firme la senda estrecha que se abria al borde de las rocas y que iba á parar al pié de la cerca del monasterio.

Los caminos mas ocultos de la montaña parecian serle conocidos y familiares. Sin vacilar, iba bajando por los atajos que le abrian las peñas, y poco tiempo ocupó en llegar al pié de la llamada

fuelle de los monjes, situada ante la puerta que daba entrada al patio del monasterio.

Una vez allí, se detuvo bajo el frondoso grupo de árboles que daban sombra á la fuente. El sitio estaba desierto en aquel momento. El caballero hizo oír tres agudos silbidos.

No tardó en comparecer un criado, que debía estar por allí cerca, en la casa de los peregrinos sin duda, pues que acudió inmediatamente al llamamiento.

—Mi caballo!—dijo solo el personaje de que hablamos.

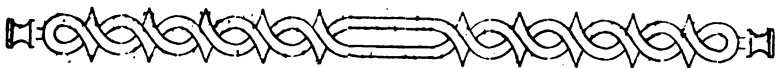
El criado se retiró y el caballero comenzó á pasearse á la sombra de los árboles, bajo una hermosa bóveda de verde follage poblada de acariciadores susurros á los cuales se mezclaba el canto de las avecillas.

Algunos minutos despues, el criado que habia acudido al llamamiento de los silbidos, comparecia llevando de la brida un hermoso caballo tordo.

Montó en él el caballero y partió veloz por el camino que costeano la montaña conducia á la carretera de Manresa.

Ahora bien, ¿quién era ese hombre extraordinario y misterioso al cual hemos encontrado primero en Barcelona oculto y recatándose, al cual hemos visto luego ocupar en Montserrat un puesto de ermitaño que al parecer no le correspondia, vistiendo el pobre traje de los anacoretas de la Tebaida catalana? ¿Quién era ese hombre, presidente de una sociedad secreta y patriótica, que parecia tener inmenso poder y contar con grandes recursos? ¿Quién era en fin ese personaje que despojándose de sus barbas y de su hábito, vestia de pronto el traje de caballero y ceñia á su cinto las armas que parecian serle familiares, abandonando la ermita á su verdadero dueño que sin duda estaba acostumbrado á esas transformaciones y misterios?

Lo ignoramos por el pronto, pero de seguro que hemos de descubrirlo en el curso de esta obra.



XIX.

EN EL QUE NO SE HABLA UNA SOLA PALABRA DE LA CONDESA.



UESTROS lectores deben hallar por demás extravagante y llena de misterios la narracion que vamos poco á poco desenvolviendo.

Deben hallarla muy embrollada y confusa.

El caso no es para menos.

Tenemos en el cuadro una porcion de figuras envueltas en el velo por el pronto impenetrable del mas profundo misterio.

Esto naturalmente debe producir cierta confusion, cuando no participe de cierta extravagancia.

Pero ¿qué culpa tenemos nosotros en ello? La necesidad de ir relatando los acontecimientos á medida que se van sucediendo, lo exige así.

Ello es que, sea culpa de nosotros, séala de los sucesos, debe haber por fuerza cierto embrollo en la narracion.

Primeramente, hay lo de la noche del dia de difuntos que el jóven

Orso de Monteferro pasó en el castillo de Gualba. Esta noche la forman : el espectro blanco de Gualba, el hombre bañado en sangre al pié del estanque, la mujer desmayada, la desaparicion de esa mujer al regreso de Orso y la desaparicion del cadáver que yacia junto al estanque.

• Tenemos luego el puñal de los Monteferros, la mujer estraña que salva á doña Juana de Torrellas, la dama desconocida que Orso encuentra en Perpignan y mas tarde en Barcelona, la voz misteriosa de la catedral, la otra voz no menos misteriosa que se oye detrás de una reja en el patio de la casa de Gualba, una condesa llena de rarezas y singularidades á la cual ni siquiera conocemos todavía, un hombre que parece ser un caballero, que luego se transforma en un ermitaño para luego volver á ser caballero y que es presidente de una vasta sociedad secreta.

Confesemos que hay en todo esto para embrollarse y para echar á paseo la narracion y el narrador.

Reasumamos.

Un espectro; el cadáver de un hombre, que aparece y desaparece; una mujer que se desmaya y que luego desaparece tambien ; dos damas misteriosas ; dos voces idem ; un puñal inhallable ; toda una condesa incomprensible y un caballero, ó lo que sea, mas incomprensible todavía.

Realmente es un laberinto.

Sin embargo, que nuestros lectores no se apuren ni se desesperen. Haremos el papel de Ariadna para con ellos y les tenderemos el cabo de un hilo para que puedan salirse de todo.

Solo les pedimos un poco de paciencia y otro poquito de benevolencia.

No perdamos de vista á Orso.

Él será nuestro hilo por el pronto.

Nuestro jóven se detuvo muy poco en el monasterio, despues de su conversacion con el padre Agustin, y tomó el camino carretero dirigiéndose otra vez á Barcelona.

Soltando la brida á su caballo, iba poco á poco siguiendo su camino, apoyado de brazos en la delantera de la silla, y paseando una mirada distraida por el bello y pintoresco panorama que se desple-

gaba á sus ojos, cuando de pronto oyó á espaldas suyas el galope de un caballo. Volvió la cabeza, y vió pasar por su lado á un caballero, mejor montado que él indudablemente, embozado en su capa, que cruzó con la rapidez del rayo.

¿Hubiera Orso dado crédito al que le hubiese dicho que aquel bizarro caballero no era otro que su amigo el anciano padre Agustín, el buen ermitaño de Montserrat?

Y sin embargo era el mismo.

Una vez en el camino real, Orso apretó el paso de su caballo, y dejando Montserrat á su izquierda para luego dejarlo á sus espaldas, se dirigió sin pérdida de momento á Barcelona.

Cuando llegó á la ciudad y á su posada, le dijeron que su amigo Carlos Fontanellas habia estado tres veces distintas á preguntar por él, manifestando grande interés. Monteferro estaba un poco fatigado, y como sentia necesidad de descanso, se retiró á su cuarto dando órden de introducir inmediatamente á Fontanellas si se presentaba de nuevo.

Pronto hubo lugar de ejecutar esta órden.

Un cuarto de hora haria poco mas ó menos de la llegada de Orso, cuando Carlos volvió de nuevo. Monteferro que oyó su voz, se apresuró á abrir la puerta de su aposento, saliendo al encuentro de su amigo. Bastóle una ojeada para conocer que este último no se hallaba en su estado normal.

Realmente algo debia pasarle. Estaba serio y grave, cosa que él acostumbraba raras veces, su rostro tenia un ligero bafio de palidez, y se le veia morderse su labio superior como signo de la agitacion que le dominaba.

—Gracias á Dios que te encuentro! —dijo Fontanellas entrando en el aposento de Orso.

Estó cerró la puerta y estrechó la mano de Carlos.

—¿Qué sucede? —le preguntó. — Se me figura que te hallo inquieto y desasosegado.

—Siéntate y escucha. Tenemos que hablar.

La voz y el tono de Carlos eran solemnes. El jóven loco, alborotado, irreflexivo, se habia trocado en un hombre sesudo y grave. ¿Qué es lo que podia haber obrado aquel milagro?

Orso se sentó y escuchó.

—Cárlos que como un hombre cuyas fuerzas están agoladas se había dejado caer en un sillón, le tendió una mano diciéndole :

—Eres mi amigo, Monteferro? no es verdad?

—Puedes dudarlo?

—No, y esta es la razón porque hoy vengo á tí.

—¿Qué es lo que te pasa, Cárlos?

—Vas á saberlo. Hace dos días me contaste la aventura estraña y misteriosa que te había sucedido. Yo voy ahora á contarte las consecuencias de esta aventura.

Orso fijó en Cárlos una mirada estraña.

—Sin saber como ni por quien, saliste del subterráneo en que estuviste sepultado todo un día, —prosiguió Fontanellas. — A la mañana siguiente hubieron de relatar tu fuga al baron de Gualba. D. Diego rugió como un toro herido y la furia que había comenzado á desencadenar sobre sus criados, cayó sobre su infeliz esposa.

—Ah!

—Sí. Creyó que la baronesa era tu cómplice, que ella te había ayudado en tu fuga, que eras real y verdaderamente su amante, y golpeó á su pobre mujer, y la maltrató, y cogiéndola por los cabellos la arrastró por la sala. Monstruo infame! Oh! Monteferro, te lo aseguro, —esclamó Cárlos que iba poco á poco exaltándose, —el baron se acordará de mí. Los dos no cabemos á un tiempo en este mundo.

Orso que con visible sorpresa había estado escuchando la relación de su amigo, levantó la cabeza al oír sus últimas palabras. Fontanellas estaba demudado, y por sus ojos brotaba todo el fuego de su corazón.

En aquel instante mismo, por una de esas súbitas y estrañas revelaciones que se efectúan á veces en la inteligencia humana. Orso que sintió su mente herida por un recuerdo, creyó comprenderlo todo.

Recordó en efecto que pocos momentos antes de ser preso por los criados de Gualba, una voz sonando á sus oídos le había dicho : « Sois un imprudente, » y le pareció recordar también que aquella

voz había añadido el nombre de Cárlos. Bien podía ser de Cárlos Fontanellas de quien se tratase, bien podía ser que al pronto le hubieran tomado por su amigo. Las palabras últimas de este acababan de rasgar el velo; Cárlos conocía á la mujer de quien era la voz misteriosa.

Fontanellas, preocupado con sus emociones, había llevado las manos á su cabeza y mesándose los cabellos, decía:

—Miserable! miserable! ¿Comprendes tú, Monteferro?... ¿comprendes tú que pueda existir un hombre bastante vil é infame para vengarse en una pobre é indefensa mujer, para arrastrarla por el suelo, para dejarla en un riacen moribunda casi á fuerza de golpearla y maltratarla?

Orso miraba á Cárlos sin decir nada. Era para él aquel día un día de extrañas emociones. Por la mañana el padre Agustín se le había aparecido bajo un aspecto enteramente nuevo: entonces su amigo se le revelaba bajo una nueva faz.

—Yo mataré á ese hombre, yo le mataré,—continuó diciendo Fontanellas.—Purgaré á la tierra de ese monstruo y haré con ello un bien á la humanidad. Su proceder es vil é infame. Aun cuando no tuviese armas, me bastarian mis uñas para destrozarle.

Orso continuaba cruzado de brazos mirando á Cárlos.

—Perdóname, amigo mio,—le dijo de pronto este.—Tú no comprendes nada de lo que digo, pero vas á comprenderlo en seguida. Debo serte franco y voy abrirte mi corazón. Hasta ahora te he ocultado el misterio de mi vida, pero ha llegado el momento de no tener secretos contigo. A mas, cuento con tu amistad, que esta noche he de poner á prueba.

—Dispuesto me hallarás.

—Ya lo sé, ya me lo imaginaba. Por esto sin vacilar he contado contigo.

—Y has hecho bien.

—Óyeme ahora.

—Di.

—El otro día, cuando me hablaste de tu aventura en casa del baron de Gualba, debiste de observar en mí algo que para tí había de ser incomprendible.

—Es verdad.

—Es que yo conozco á la baronesa de Gualba, amigo mio, y hago mas que conocerla, la amo.

Orso agnardaba ya esta revelacion. En nada pues le sorprendió. La relacion de su amigo era no obstante seguida por él con ávida esperanza. Entre su dama desconocida, la mujer que había cautivado por completo su alma, y los barones de Gualba debia haber por fuerza algunas relaciones. ¿No fué en el castillo de Gualba en donde la vió por vez primera? ¿No fué siguiéndola á ella y viéndola entrar en casa del baron, que le sucedió su estraña aventura, aventura intimamente enlazada por lo visto con la relacion que le estaba haciendo Carlos?... No era estraño pues que Orso esperase descubrir algo de lo que á él de cerca le interesaba.

—La amo, sí, —prosiguió Carlos. — Bien puedo decírtelo á tí, que eres mi hermano de armas. Mi corazon necesita esplayarse. La amo, la amaba antes de que se enlazara con ese infame monstruo que la tiraniza y oprime.

El hombre tiene momentos solemnes en su vida en que la expansion es una necesidad del alma. Carlos se hallaba en uno de estos momentos.

—Voy á contarte, amigo mio, —continuó, — todo lo que yo he amado y amo á esa mujer. Tenemos tiempo de sobra. Hasta las siete de la tarde no te necesito. Es la hora en que pondré á prueba tu amistad y quizá tambien tu brazo y tu espada; y por la misma razon que vengo á reclamar de tí un gran servicio, es necesario que te sea franco y sincero, que te abra por completo mi corazon.

—Dispuesto estoy á escucharte, Carlos, —contestó Monteferro. — Los secretos de un amigo como tú son los míos propios. Sabré guardarlos en el fondo de mi corazon como en un abismo. Sin embargo, si tu delicadeza te hace creer que me debes la revelacion de tu secreto como una recompensa del servicio que vas á exigir de mí, te relevo de entrar en detalles. Yo sirvo á mis amigos á ciegas. Dispon pues de mí, de mi brazo y de mi espada, sin necesidad de darme ninguna explicacion.

—No, Monteferro, no. Gracias por tu generosidad, pero estoy resuelto á no tener secretos para mi compañero de armas, para el

que ha partido conmigo sus emociones y peligros en el combate, su pobre lecho en la campaña. Dios mismo haciéndote héroe de la aventura que ha ocasionado los desgraciados incidentes en que me veo obligado á tomar parte, parece indicarme que todo debe ser revelado. Escúchame pues.

Y Carlos comenzó así su narracion.

—Diez y siete años tenia yo no mas; cuando conocí á Isabel de Colmenar. Entre su padre y el mio existia una frialdad tal de relaciones, que casi rayaba en enemistad. Un amor profundo y apasionado se apoderó de mi corazón arraigándose en él con esa tenacidad con que un verdadero amor se apodera de un alma jóven dominándola por entero y esclavizándola. Fueron muy escasas las ocasiones que tuve de hablar con Isabel; pero las suficientes para jurarnos un amor eterno. Acostumbra á decirse que los juramentos de jóven se disipan como el humo. No ha sucedido esto en mí. Mi amor á Isabel es la única pasion grave y seria de mi vida. El atolondramiento, la irreflexion, la ligereza que todos notais en mí, son obra del estudio que he sabido hacer para disfrazar mi secreta pasion á los ojos del mundo.

El modo mejor de ocultar mi seriedad era cubrirla con un baño de simple meditacion y ligereza; el mejor modo de hacer que no se supiera mi profundo, mi inestinguible amor á una mujer, era hacer ver que las amaba á todas, galanteando á cuantas se me ofrecian al paso. He sido constante en este camino. Tú mismo, que eres mi mejor amigo, te has engañado como los otros, y estabas de seguro muy léjos de creer que el aturdimiento, que en mí parecia natural, ocultaba una de esas profundas heridas del corazón que no se cicatrizan nunca. De todos los que hasta hoy me han conocido, solo Isabel me ha hecho justicia; solo ella sabia lo que pasaba en el fondo de mi alma. Ella fué la primera en aprobar mi conducta; convenia así por muchas razones, porque nuestros padres, que pertenecian á dos bandos políticos distintos, acababan de declararse enemigos; y de descubrirse nuestro amor, Isabel hubiera sufrido todas las iras del violento carácter de don Juan de Colmenar. Nos amábamos pues en secreto y ardientemente. Un dia supe con desesperacion que trataban de enlazar á mi amada con el baron de Gualba, hombre

odioso á todos y generalmente aborrecido. En aquella ocasion mi padre estaba ausente, pues que habla ido á militar bajo las banderas del ejército español en Flandes. Es inútil que te pinte todo mi dolor y todo mi desencuero, es inútil tambien que te diga todo lo que sufrió aquella pobre incoente víctima arrastrada al altar por un padre inicuo y bárbaro y obligada á entregar su mano á un hombre que aborrecia. Mi desesperacion llegó á tal extremo, que decidí poner fin á mis dias, pero antes de morir quise ver á mi amada, quise decirle que yo sabia cumplir mi juramento de ser suyo ó de la muerte. Supe por un servidor de la familia, que me era adicto, que el baron pensaba llevar á su jóven é infeliz esposa á pasar la fiesta de Todos los Santos en su castillo de Gualba al pié del Montseny. Me pareció que allí seria fácil verla y llevar á cabo mi proyecto de atravesarme con mi espada á sus plantas mismas. Porque, ya te lo he dicho, Orso, mi resolucion estaba irrevocablemente tomada. Quería acabar con una existencia que me pesaba como un yugo insostenible, pero, en medio de la fiebre de mi dolor, queria que mi amada presenciara mi muerte.

Cárlos se detuvo un instante como vencido por los recuerdos, pasando una mano trémula por su frente bañada en sudor.

Es inútil decir con cuanta atencion le estaba escuchando Monteferro.

— Valiéndome del servidor de que te he hablado, — continuó Fontanellas, — tuve medio de hacer pasar á Isabel un escrito en que la decia que el dia de difuntos á las doce de la noche me hallaria en el estanque llamado del Leon que hay en el parque del castillo de Gualba. Es preciso advertirte que este parque y este castillo me eran entonces conocidos y familiares. Mi escrito concluia diciéndola que si á las doce en punto no se hallaba ella en dicho sitio, me atravesaria con mi propia espada.

Orso le interrumpió al llegar aquí.

— Para qué dia era la cita? — le preguntó.

— Para la noche del dia de difuntos.

— ¿Hace mucho tiempo?

— Hace poco mas de cinco años. Fué en 1634.

Monteferro; visiblemente afectado, se levantó de su asiento y comenzó á pasear por la estancia.

—Qué tienes? — le preguntó su amigo.

—Nada, nada. Es un recuerdo de que te hablaré luego. Continúa. Me interesa saber el fin de tu aventura. Decias pues que diste cita á tu amada para el estanque del Leon en el parque del castillo de Gualba á las doce de la noche del dia de difuntos.

—Precisamente.

—Estoy impaciente por saber el fin de esta aventura. ¿Cómo concluyó?

—Muy sencillamente. Salté las tapias del parque, y el dia y la hora por mí designadas me hallaron allí.

—Y ella? y tu amada?

—Dieron las doce y no compareció. Entonces cumplí mi juramento.

—¿Cómo!

—Sí, lo habia jurado. Saqué mi espada, apoyé el puño en el suelo y me dejé caer con todo el peso de mi cuerpo sobre la punta.

Monteferro no pudo contener una exclamacion estraña y arrojándose á Fontanellas le empujó hácia la ventana y le miró de hito en hito.

Cárlos se sonrió creyendo comprender el pensamiento de su amigo.

—Te parece increíble, —le dijo, —oirle contar á un hombre de que modo se dió la muerte?... Nada mas cierto sin embargo. Bien sabe Dios que hice todo lo posible por morir. Di, ¿recuerdas haberme oido alguna vez en la campaña quejarme de una herida que te dije tener bajo la tetilla derecha?

—Sí por cierto, y aun recuerdo que te ví un dia la cicatriz. Me dijiste que era resultado de un duelo.

—Te engañé. Hé aquí la cicatriz.

Cárlos se desbrochó el pecho y enseñó en efecto el sitio de la herida á su amigo.

—Es la herida que me causé yo mismo. El puño de la espada no estaba sin embargo bien afirmado en el suelo y resbaló, haciendo que la herida fuese menos grave de lo que al principio hubiera

podido creer cualquiera. No obstante, recuerdo que caí, perdiendo del todo el conocimiento, sin que jamás haya podido saber cuanto tiempo estuve en aquella situación.

—Pero, ¿cómo saliste del parque?—preguntó Monteferro que cada vez prestaba mayor atención á las palabras de su amigo.

—Esto es lo que no he sabido nunca. Al volver en mí, me encontré en la choza de una buena gente que, según después supe, constituía la familia de una muchacha llamada Gertrudis, sirvienta en el castillo de Gualba. Los primeros días la calentura que me abrasaba me produjo continuos delirios. Recuerdo solo haber visto una ó dos veces á la cabecera de mi cama á una jóven que me pareció muy hermosa, vestida toda de blanco. Esta jóven examinaba mi herida y le aplicaba cierto bálsamo, poniendo después el apósito. Tengo idea de que luego la ví marchar sobre la punta de los piés, llevando un dedo á sus labios como para encargar el silencio. Salí del cuarto como había entrado en él, sin ruido, sin hablar una palabra, como un fantasma. Oh! la calentura me abrasaba y mi pobre cabeza estaba sujeta á continuos accesos de delirio, pero estoy seguro, Monteferro, que no deliraba en aquel momento y que ví á la mujer de que te hablo. Recuerdo mas, recuerdo que al principio me dió un vuelco el corazón, pues creí que podía ser la baronesa, pero no tardé en convencerme que me había engañado. No era ella. Era una jóven, una niña casi, no tengo presente su rostro, pero sé que era muy hermosa.

El interés que prestaba Orso á la narración crecía cada vez mas. En aquel momento estaba pendiente de los labios de su amigo.

—Y nada pudiste descubrir acerca esa mujer misteriosa?—le preguntó.

—Con ella, continuó Carlos, —había otra jóven de modesto porte, que parecía ser una sirvienta suya. Esta vino á verme dos ó tres veces mas, se acercaba á la cama en silencio y me examinaba, pero nunca decía una palabra. Una vez llamé yo á esa mujer y la pregunté quién era la jóven vestida de blanco que había visto á la cabecera de mi cama. Lo recuerdo todo como si fuese ahora. La buena mujer se sorprendió mucho con mi pregunta, pero en seguida, reponiéndose un poco, me dijo que sería sin duda una visión de mi

delirio. Insistí diciendo que estaba seguro de tener en aquel momento todo el uso de mi razón, pero ella insistió también, y acabé por decirme: « Esto es que habeis visto en sueños al espectro blanco de Gualba. » El resultado de todo, amigo mio, es que no pude saber nada. Cuando me hallé en disposición de hacer preguntas á la buena familia que me habia recogido, solo pude saber que unas personas desconocidas me habian llevado á su choza herido y moribundo, que me habian recogido y me habian cuidado. Pregunté por la dama vestida de blanco, por la mujer que parecia ser su doncella, pero me dijeron que no sabian de que les hablaba y lo achacaron también á visiones de mi delirio. Sin embargo, yo siempre he abrigado la duda de que aquella gente sabia algo mas de lo que á mí me confesaba.

—Y ella? y tu amada?—preguntó Monteferro.—¿La has visto posteriormente? ¿Le has hecho alguna pregunta sobre este misterio?

—Tardé mucho en restablecerme,—dijo Carlos prosiguiendo su relato.—De allí me trasladé á Vich, y empezaba apenas á sentirme con fuerzas para venir á Barcelona, cuando mi padre regresó del extranjero en el estado triste en que se halla ahora. Esto naturalmente retardó mi salida de Vich, y á poco, supe que el baron de Gualba se habia marchado á hacer un viaje llevándose á su esposa. Un año tardé lo menos en verla. En este año, amigo mio, mi pasión en lugar de calmarse fué en aumento. Yo amo á esa mujer, Monteferro, te juro que la amo perdidamente, y ha de llegar dia en que sea mia mas que á ello se opongan el cielo y el infierno. La soledad y el aislamiento en que viví contribuyeron á concentrarme mas y mas en el éxtasis de mi violenta pasión. El ver á mi pobre padre jóven aun y mutilado, las ideas de amor á la patria que promovidas por él se despertaron en mi pecho, el afán de la gloria, el deseo de verter mi sangre en defensa del país, me curaron de mi monomanía suicida, pero no por esto abandoné la idea de morir, solo que escogí para tumba el campo de batalla. Cuando Isabel regresó de su viaje, la ví tres ó cuatro veces pero sin hablarla. Estaba tan pálida y tan desmejorada, que daba lástima verla. Volví á anudar mis relaciones con ella por conducto del servidor de que te he hablado, y entonces

supe que era una víctima infeliz de los celos de su bárbaro esposo. Solo raras veces tuve ocasion de hablarla, y por cortos momentos, en una reja de los jardines de su casa. Pues bien, amigo mio, te confieso que nunca la hablé de lo sucedido en el castillo de Gualba. Me daba vergüenza confesarle mi arrebato. A mas, la veia tan triste, tan pálida, tan desgraciada ! Isabel continuaba amándome con el delirio de los primeros tiempos de nuestro amor, y me dijo que confiaba en mí, que sufría tanto y era tan infeliz, que acaso algun dia se veria precisada á pedir mi proteccion, puesto que yo era la única persona que la amaba en el mundo. Es así realmente. Isabel no puede contar ni con su padre ni con su marido. Nuestras entrevistas fueron muy raras ; el baron la vigilaba estrechamente porque sus celos le hacian ver un amante y un galan de su mujer en cada hombre que atravesaba la calle. En esto llegó el momento en que la patria llamó en su apoyo á todos los que se sentian con fuerza y ánimo para sostener un arma. Acudí á su llamamiento, y desde entonces data nuestra fraternal amistad, Monteferro. En la vida del campamento como en la de la ciudad continué mostrándome de carácter ligero é irreflexivo, insiguiendo siempre mi primitiva idea de ocultar á todo el mundo la pasion devoradora que roía mi alma. Antes de partir, ví á Isabel por última vez y le ofrecí que conservaria mi vida, ya que algun dia podia serle útil. Esta es mi historia, Orso. Te he abierto mi corazon. Juzga tú mismo.

Cárlos se calló al llegar aquí. Monteferro reflexionaba. Ya tenia en parte descubierta su aventura de la noche de difuntos en el castillo de Gualba. El hombre que habia visto bañado en sangre junto al estanque y que juzgara cadáver, era Cárlos Fontanellas, pero la dama misteriosa, la mujer vestida de blanco ¿quién podia ser? ¿Era quizá la misma baronesa de Gualba? Cárlos habia visto dos dias antes el medallon que Orso conservaba en su poder y le habia dicho que no. Sin embargo, Monteferro quiso ahuyentar todo asomo de duda y preguntó á su amigo.

—Dime, ¿esa jóven vestida de blanco que tú creiste ver ó que estás seguro de haber visto á la cabecera de tu cama, no podia ser la misma baronesa?

—Nó,—contestó Fontanellas.—Luego, supe que en aquellos

días el baron no salió de Barcelona como habia pensado y por consiguiente Isabel tuvo que permanecer tambien.

—De todos modos, me estraña que no hayas tratado de averiguar el fondo de tu aventura.

—Es que he de confesarte una cosa.

—Dí.

—Abrigo mis dudas de que la carta en que daba cita á Isabel le fuese entregada. Jamás me ha hablado ella una palabra y yo por mi parte ya te he dicho que no me he atrevido nunca á indicarla la menor cosa.

—¿Pero el criado á quien tú confiaste la carta no se la entregó?

—Le ví cuando ya habia pasado mas de un año, y no le pregunté nada.

Orso no insistió mas ; no lo creyó prudente tampoco.

—Y bien,—dijo entonces á su amigo.—Me has contado tu historia porque has dicho que me necesitabas. Dime que he de hacer por tí.

—Desde que hemos regresado de la campaña,—contestó Cárlos,—no he hablado á Isabel. He venido á Barcelona solo por verla y me hice presentar en casa de la condesa de Fiorerosa porque sabia que algunas veces el baron de Gualba llevaba á Isabel á sus tertulias. La he visto dos veces, pero sin hablarla, pasando yo por delante de su casa y estando ella asomada á un balcon. A los pocos momentos de haberte ido tú de mi casa el otro dia, despues de haberme contado tu aventura, que me sorprendió mucho por cierto, entró el confidente de mis amores á relatar me lo que yo sabia ya por tí. El baron que cada dia se ha ido haciendo mas celoso y mas intratable, ha comenzado á sospechar que realmente su mujer tenia una pasion de alma, al ver el desamor que ella le muestra, al verla palidecer á su lado y estinguirse como una flor que se va marchitando. Te tomó á tí por el galan en cuestion, y hasta parece que la misma Isabel creyó en un principio, que era yo mismo el que habia entrado en el patio de su casa. Mejor que yo sabes tú lo que sucedió despues. Ahora bien, tú estraña fuga, de la que yo el primero no me doy cuenta, produjo una escena terrible en casa del baron. Ya te he dicho de que modo ese infame ha tratado á su mujer, y la

pobre Isabel, agoladas ya todas sus fuerzas, no pudiendo soportar por mas tiempo la vida horrible que pasa en aquella casa, ha tratado de apelar á la fuga.

—A la fuga!

—Sí. Esta noche el criado de confianza que ha mediado en nuestros amores, le proporcionará el medio de escaparse de su casa. Isabel, que no puede ir á reunirse con su padre, el cual, hombre de corazon duro, la devolveria á su marido, quiere refugiarse en un convento y ha elegido el de Pedralves, donde está de abadesa una persona que fué amiga de su difunta madre y que cree se compadecerá de ella, dándole asilo en aquel santo monasterio. La pobre mujer, sola y perdida en este mundo, temiendo, una vez fuera de su casa, volver á caer en las garras de tigre que se llama su marido, se ha confiado á mi amor y á mi lealtad, enviándome á pedir que la sirva de escolta hasta Pedralves.

—Y tú la acompañarás al convento?

—La acompañaremos los dos, si quieres prestarme este servicio.

—Los dos!

—A las siete hemos de estar junto á la puerta de la ermita del Angel. Allí irá á buscarme Isabel. Tendré un caballo dispuesto para ella y la acompañaremos al convento. Podríamos ser perseguidos por el baron ó por criados suyos si se apercibiesen á tiempo de la fuga de la baronesa, y esta es la razon porque necesitando á alguno que me auxiliara, he contado contigo. Isabel no puede volver á la casa de su esposo, una vez haya puesto el pié fuera de ella. La mataria. Así pues, si nos persiguen, es preciso que mientras uno de los dos acompaña á la dama, el otro se quede á impedir el paso á los perseguidores. El tiempo que tarden en matar á este—dijo friamente Carlos—pues que es preciso que solo pasen por encima de su cadáver, bastará al otro para dejar en salvo á la baronesa.

Orso se acercó á Fontanellas.

—Has hecho muy bien en contar conmigo,—le dijo,—y te doy las gracias. Tú serás el que la acompañe y yo protegeré vuestra fuga.

—Nó,—dijo Carlos,—el derecho de hacerse matar por ella me

corresponde á mí, que soy el que la amo. Tú te encargarás de acompañarla, y yo cerraré el paso á los que os persigan.

—Cárlos!

—No te admito réplica alguna en este punto. Es la única condición que pongo para poder contar contigo. Ella se fia á mi lealtad, yo la fiaré á la tuya, en un caso de peligro, quedándome yo en el sitio que de derecho me pertenece.

Orso se calló. Hubiera sido inútil insistir.

—Monteferro, amigo mio; —prosiguió Cárlos,—ya sabes mi historia, no me hagas pues ningun cargo ni ninguna reflexion por ahora. No debemos ocuparnos por el pronto mas que en salvar á esa pobre paloma de las garras del milano. Por lo que toca al baron, yo me encargo de él.

—Cárlos!

—Te repito que amo á Isabel y la amo con idolatría. Hubiera podido perdonar á cualquiera que me la robase si la hubiese hecho feliz; pero ese miserable se ha complacido en hacerla su víctima y te juro que he de beber su sangre.

Fontanellas estaba en realidad muy acalorado en aquel momento. Orso esperó á otra ocasion para hacerle desistir de su propósito. Tratar de calmarle entonces, hubiera sido irritarle mas.

Cárlos añadió casi en seguida, como si de pronto se le hubiese ocurrido una circunstancia:

—Te advierto que hemos de ir en minutos de aquí á Pedralves. Tienes confianza en tu caballo?

—Sí, pero lo he traído cansado de mi espedicion á Montserrat.

—No importa. Yo te procuraré uno. A las siete en punto lo hallarás en la ermita con el mio y el que he mandado disponer para Isabel.

—No llevaremos mas armas que las pistolas y la espada?

—Bas'ta con ellas.

—¿Debemos hacernos acompañar por algun criado?

—No. Nos bastamos y nos sobramos. A mas, conviene que solo nosotros dos estemos en el secreto.

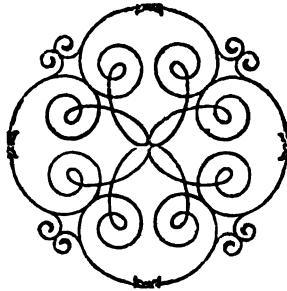
—A las siete?

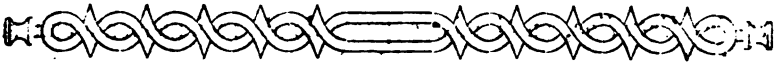
—A las siete en punto al pié de la ermita del Angel.

—No faltaré. Véte tranquilo.

Los dos amigos, en lugar de despedirse como otras veces apretándose cordialmente la mano, se arrojaron en brazos uno de otro y se dieron un estrecho abrazo.

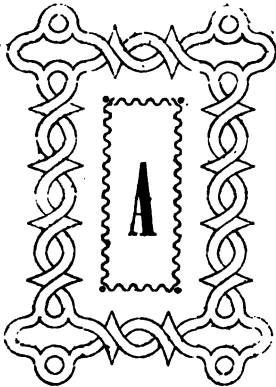
Hasta entónces habian sido hermanos de armas ; aquel dia comenzaban á serlo de alma.





XX.

POR FIN APARECE LA CONDESA.



En el extremo occidental de la Rambla, junto á una puerta entonces existente y que se llamaba de San Severo, elevábase la Universidad de Barcelona ó la casa del estudio general, como vulgarmente era denominada.

El Consejo de Ciento barcelonés, gran protector de las libertades del país, amante entusiasta de sus glorias, respetable cuerpo secular que á través de los tiempos y de las vicisitudes iba guardando el amor patrio como una arca santa, fué el primero que ya en 1450 inició la idea de formar una Universidad literaria, idea que se apresuró á secundar desde Sicilia, en donde á la sazón se hallaba, el rey de Aragon D. Alfonso V á quien la historia ha llamado *el Sabio*.

Fundóse pues provisionalmente la casa para el estudio general en un sitio poco apto hasta 1536, en que se acordó levantar el edificio para ello en la parte de Rambla que aun hoy lleva el nombre

de los Estudios, en el mismo punto donde recientemente aun se abria la puerta de Isabel II y donde ahora se continúa el paseo que ha de prolongar Barcelona uniéndola á Gracia.

Aun recordamos nosotros haber visto en nuestra nifvez levantarse el venerable edificio, que habia pasado á servir de cuartel de artillería.

Felipe V, rey de ominosa memoria para los catalanes, al destruir el secular monumento de las libertades constitucionales de este país, trasladó á Cervera la Universidad literaria, no volviendo á Barcelona esta institucion hasta nuestros tiempos, gracias al nuevo orden político de cosas.

No es nuestro ánimo entrar en detalles particulares. No lo permite tampoco el género de obra que estamos escribiendo. Nos hemos visto precisados á hablar de ello sólo por un incidente de localizacion, si se nos permite decirlo así.

Conociendo ya nuestros lectores cual era el sitio en que existia la Universidad en la época en que pasa la accion de nuestro relato, fácil les será encontrar el punto donde se elevaba una ermita que el vulgo llamaba *del Angel*.

Existia esta á espaldas de la Universidad, á orillas de un camino que daba vuelta á Barcelona.

Habia entónces en esta ciudad varias casas exteriores, inmediatas á las murallas, que tenian como patron el santo Angel de la Guarda, y los dueños de estas casas fundaron la ermita citada como una dependencia de la capilla situada en la muralla sobre la puerta del Angel.

Era una tradicion religiosa y bella la que iba unida á esta capilla y por consecuencia tambien la que iba unida á la ermita, que solo se fundó, repetimos, como una dependencia ó secuela.

Cuéntase,—y aunque sea cuento es un bello cuento,—que un dia en el momento en que iba á entrar en Barcelona san Vicente Ferrer, que tanta parte habia tomado en el célebre *Parlamento de Caspe*, vió sobre la puerta á un gallardo mancebo con una espada desnuda en la mano.

Rodeábale una aureola de luz divina y su espada era un rayo.

Conocióle Vicente Ferrer como á un enviado del cielo , y le preguntó:

—Angel de Dios , qué es lo que estás haciendo aquí ?

Y el ángel respondió:

—Soy el guarda de esta ciudad. Púsome Dios aquí para su custodia.

El santo en el primer sermón que pronunció en Barcelona , hizo partícipes á los habitantes de aquella maravilla , y desde entonces la puerta por la que había entrado san Vicente se llamó del Angel , condecorándose con este mismo nombre y poniéndose bajo la misma advocacion varias casas inmediatas á las demás puertas de Barcelona , y la ermita de que hemos hablado y en la cual tuvo lugar la escena que vamos á referir.

Nada de particular ofrecia esta ermita. En la parte exterior una capillita con la imágen del Angel de la Guarda , cerrada por una verja de hierro , y espuesta siempre por consiguiente , así de dia como de noche , á la devocion de los fieles. Junto á la capilla la pequeña vivienda del guarda , de un solo piso , consistente en dos sencillas habitaciones , á las cuales se subia por dos ó tres gradas.

A las siete de la noche del dia en que tuviera lugar la conversacion de que hemos hablado en el anterior capítulo , los alrededores de la ermita no estaban desiertos como de costumbre. A pocos pasos de distancia , al abrigo de un grupo de árboles , había un criado teniendo por las bridas tres hermosos caballos , uno de ellos con montura dispuesta para dama. Frente á la puerta , paseándose por delante de la capilla , había dos jóvenes caballeros envueltos en sus capas.

Eran nuestros conocidos Orso de Monteferro y Cárlos de Fontanellas.

Este último particularmente demostraba la impaciencia que se había apoderado de su alma por medio de sus movimientos irregulares y vivos.

—Hace ya rato que he oido dar las siete , —decia á su compañero , —é Isabel no viene. ¿Qué diablos puede haberle pasado ?... Habrá sido descubierta en su fuga?

—No te apures , —le contestó Monteferro. —¿Pretendes acaso

que en una cita de esta clase se sea tan puntual como en un lance de honor? Puede que no tenga ocasion de salir de casa hasta mas tarde.

Cárlos se calló y volvió á continuar sus paseos que eran la demostracion viva de toda la impaciencia que le devoraba.

Orso se separó un poco de su amigo, y acercándose á la ermita, se puso á examinarla, fijándose un poco en una ventana que daba al sitio en que ellos estaban y dando en seguida la vuelta en torno.

—A qué has ido?—le preguntó Cárlos cuando volvió á juntarse con él.

—A examinar los alrededores de esta ermita. En casos como este es bueno estar seguro de que no hay importunos cerca.

—Y qué?

—Nada, no he visto nada.

Cárlos continuaba su paseo.

—Dime,—le dijo Monteferro,—tú que has llegado antes que yo debes haberte enterado de si hay alguien en el interior de la ermita.

—No, ni debe haber nadie tampoco.

—Pues hace poco que he oido mover aquella ventana empujada por una mano interior, no me queda duda.

—Cuando digo nadie,—añadió Fontanellas,—dejo á un lado al guarda ó al ermitaño, llámale como quieras, que es el único que aquí vive. Lo que es este no nos estorbará. Se halla metido en su huronera, y ni siquiera asomará la cabeza por mas ruido que oiga. Conozco sus costumbres y esta es la hora en que se acuesta, despues de cumplido su último deber del dia que es el de encender la lámpara que cuelga ante el Angel de la Guarda.

En efecto, la lámpara á que aludia Cárlos estaba ya encendida, y el guarda de la ermita, que era ciertamente un hombre metódico y arreglado, debia estar preparandose para echar su primer sueño, si es que no estaba ya entregado en brazos de este.

Monteferro, tranquilizado con estas observaciones, siguió los pasos de su amigo y comenzó de nuevo con él sus paseos por delante de la ermita, no sin echar de cuando en cuando una ojeada al edificio como si todavia guardase una sombra de recelo. Sin em-

bargo, ni la menor circunstancia dió pábale á sus temores. La ermita estaba envuelta en el mayor silencio, y la ventana de que Orso habia hablado no volvió á dejar oír asiquiera un cruzido. El buen guarda habitante de aquella morada debia estar ya profundamente entregado á las delicias del sueño.

Cosa de un cuarto de hora permanecieron paseando arriba y abajo, sin desplegar los labios. Solo Carlos, que no podia reprimir su impaciencia, la traducia por medio de movimientos irregulares y de exclamaciones sueltas é interrumpidas.

Por fin se dejó oír un ruido de pasos.

Carlos y Monteferro se volvieron.

Una mujer envuelta y tapada con un manto se dirigia precipitadamente hácia la ermita, su paso era rápido, como si huyese de alguien.

Carlos se precipitó á su encuentro:

—Isabel! —le dijo.

Con voz entrecortada por la fatiga y por la agitacion la dama contestó:

—Me sigue!.... me sigue!

—Quién?

—Él.

—El barón?

—Sí.

Carlos llamó á Orso que estaba solo á tres pasos de distancia.

—Pronto! pronto! —dijo,— á caballo!

La dama medio desfallecida, dobló una rodilla y se dejó casi caer en el suelo. La emoción y la carrera precipitada que habia tenido que llevar, la postraban.

—No puedo mas, —dijo.— Huid y dejadme aquí, Carlos. Me matará y á lo menos habré acabado de sufrir.

Carlos queriendo tranquilizarla arrojó una mirada en torno y dijo:

—Nada, no se oye nada. Sosegaos. Os habréis equivocado.

—No, no, —balbuceó la pobre mujer en el colmo del terror y de la angustia.— Me sigue. Le he encontrado junto á la puerta!

del Angel, me ha visto pasar, me ha conocido. Oh! dejadme, dejadme aquí!

Orso viendo á aquella mujer desfallecida y aterrada, se acercó entonces como para contribuir á tranquilizarla diciéndola:

—Desechad todo temor, señora. Antes de que alguien se acerque á vos, tendrá que pasar por encima de nuestros cadáveres.

La dama al ver presentarse á Monteferro, á quien no habia visto aun, hizo un movimiento y se replegó instintivamente hácia Fontanellas.

—Es un amigo fiel,—le dijo este.

En aquel instante se oyeron pasos en el camino, que formaba un recodo en aquel sitio.

La tapada, como si el terror y el espanto le hubiesen devuelto de pronto las fuerzas perdidas, se levantó exclamando con voz ahogada por el miedo y los sollozos:

—Ya está aquí, ya está aquí! desgraciados! Huid, huid todos.

Y fuera de sí, sin saber lo que se hacia, obedeciendo solo al impulso de profundo terror que la dominaba, se sustrajo á la presión de Fontanellas que queria llevarla hácia el sitio en donde estaban los caballos, y pasando desolada por entre los dos amigos, corrió hácia la ermita, que sin duda se ofreció á sus ojos como un puerto seguro de salvacion. La pobre mujer, en medio de su miedoso aturdimiento, se arrojó hácia las gradas, que salvó en dos saltos, y empujó violentamente la puerta que sin duda no estaba mas que entornada, pues que se abrió ruidosamente, volviéndose á cerrar en seguida con estrépito.

Cárlos se precipitó, pasado el primer momento de sorpresa, tras de la dama, pero en la primera grada de la escalera fué detenido por Orso, que acababa de ver á un caballero doblar el recodo del camino por donde habia venido Isabel.

—Prudencia!—dijo Monteferro á su amigo.—Ya está aquí, y puesto que ella se ha refugiado en la ermita, guardemos la puerta.

El caballero se adelantaba á pasos precipitados moviendo la cabeza en todas direcciones. Visiblemente estaba buscando á alguno. Fué adelantándose y sus miradas tropezaron con los dos jóvenes que permanecian inmóviles en las gradas de la ermita.

Un rayo de salvaje cólera brotó en sus ojos y se dirigió á ellos. Era efectivamente el baron de Gualba.

Cárlos le conoció, diciéndoselo primero su corazon que sus ojos.

El baron se adelantó y fijando su mirada en los dos amigos, les dijo bruscamente :

—¿ Qué es lo que estais haciendo ahí, caballeros ?

—Y qué es lo que á vos os importa ?—contestó arrebatadamente Cárlos que estaba impaciente por llegar á las manos con el baron.—Seguid vuestro camino y no os metais en donde no se os llama.

—Me pareceis muy altivo, jóven,—dijo el baron.

—Soy lo que soy,—contestó Cárlos.

El baron procuró reprimirse, y sin hacer caso del acento de provocacion que tenian las palabras de Fontanellas, preguntó :

—Habeis visto pasar por aquí á una dama tapada, señores ?

Orso detuvo á su amigo que iba á contestar, y dijo :

—No, caballero. No hemos visto á ninguna dama ni para verlo estamos tampoco. Un asunto de honra nos tiene aquí, esperamos á unos amigos, y si como parece sois cumplido caballero, os suplicamos que nos dejeis el campo libre, sea dicho esto con toda la cortesia que sin duda os mereceis.

El tono cortés y hasta afectuoso usado por Monteferro pareció hacer alguna impresion en el de Gualba.

—Paréceme sin embargo,—le dijo este,—que estais aquí de centinelas de esta ermita, como si guardarais su puerta.

Cárlos no pudo reprimirse por mas tiempo.

—Hacemos lo que nos da la gana, señor baron, y os advierto que si no tratais de dejarnos el campo libre, me verá precisado á hacer que os arrepintais de ello.

El baron, al oirse llamar por su título, y al ver que era conocido, se afirmó en sus sospechas.

Dió dos pasos hácia adelante, diciendo, sin contestar á la interpelacion del jóven.

—Necesito visitar el interior de esa ermita, señores ; necesito ver si se esconde en ella la persona que yo busco. Hacedos á un lado !

En lugar de hacerse á un lado los dos jóvenes se estrecharon y pusieron mano á las espadas.

—Ola! ola!—dijo el baron á quien la contrariedad irritaba. —¿No quereis abrirme paso buenamente? Pues entonces lo hareis á la fuerza.

Y desnudando su espada, se dispuso á subir los escalones.

Los dos jóvenes desenvainaron las espadas á su vez y presentaron la punta al baron.

—Haceos vos atrás, baron de Gualba, ó sois muerto! —gritó Fontanellas.

El baron dejó escapar una especie de carcajada estridente, y se arrojó sobre ambos jóvenes, cruzándose las espadas.

En aquel momento, la puerta de la ermita se abrió de par en par.

Una mujer se presentó en el umbral, pero no era la dama tapada que allí habia entrado pocos momentos antes. Sin embargo, iba como aquella envuelta en un manto que le llegaba hasta los piés, y que habia levantado para descubrir su rostro.

Era una mujer que tenia ya quizá unos treinta y cinco años, pero que era de buena, agraciada y arrogante figura.

—Acabo de oir pronunciar vuestro nombre, baron,—dijo,—y salgo á impedir un combate inútil.

—La condesa de Fiorerosa! —esclamó asombrado Fontanellas bajando la punta de la espada y mirando á aquella mujer de hito en hito.

—La condesa de Fiorerosa! —dijo á su vez el baron sorprendido.

—La condesa!—murmuró Monteferro á cuyos ojos tan inopinadamente y por vez primera se presentaba aquella mujer de quien tanto habia oido hablar.

—Buen susto me habeis hecho pasar!—continuó la condesa con la mayor calma dirigiéndose al baron.

—Señora! vos!—balbuceó el de Gualba en el colmo de la sorpresa.

—Yo soy, yo misma, baron. Lo incomprendible es que al pasar por junto á vos no os haya conocido. He observado solo que un hombre me seguia, y he apretado el paso huyendo de él hasta en—

contrarme con esos dos caballeros, bajo cuya proteccion me he puesto, y que parece lo habian tomado tan á lo vivo que estaban dispuestos á morir antes que permitiros la entrada. Muchas gracias, señores,—añadió la condesa dirigiéndose á los dos jóvenes y saludándoles con la mayor amabilidad,—muchas y repetidas gracias. Permitidme que no ponga á prueba vuestra cortesía por mas tiempo. El señor baron es precisamente un amigo mio y supongo que se dignará acompañarme. Caballeros, el palacio de la condesa de Fiorerosa estará siempre abierto de par en par para vosotros y me honraris si os dignais asistir al baile que doy dentro seis dias. Cuento con vosotros, señores.

Y bajando las gradas de la ermita, hizo un nuevo saludo amistoso á los jóvenes, enlazando su brazo con el del baron, el cual, como á su pesar, se vió arrastrado por la condesa.

Monteferro pudo oir al de Gualba que preguntaba á la dama, como si aun guardase en el fondo un resto de duda :

— Pero erais vos realmente, señora?

La condesa se echó á reir.

— Pues, ¿ por quién me habeis tomado? Era yo, baron, yo misma, pero figuraos mi aturdimiento cuando no os he conocido.

La pareja se alejó y Monteferro no pudo oir nada mas.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores la situacion en que quedaron entrambos jóvenes, mirándose uno á otro, sin saber realmente lo que les pasaba.

Cárlos en particular creia estar soñando. Su primer impulso fué el de lanzarse hácia la condesa, que se marchaba apresuradamente llevándose consigo al baron, pero en seguida reflexionó, y empujando las puertas de la ermita, penetró en su interior.

Monteferro le siguió.

En un rincon, y arrodillada, pálida como un cadáver, trémula y sin manto, se hallaba la joven baronesa de Gualba.

No habia nadie mas en la ermita.

Una luz que estaba encima una mesa y que daba de lleno en el rostro de Isabel, la iluminaba por completo.

Monteferro pudo convencerse á su primera mirada que la baronesa y su desconocida de Gualba distaban mucho de ser una misma.

Isabel tenia hermosos cabellos rubios mientras que la otra los tenia negros, Isabel tenia los ojos azules y pequeños, mientras que los de la otra eran rasgados y negros tambien, Isabel, en fin, que estaba muy pálida, muy delgada, con las mejillas hundidas y el mas característico sello de melancolía impreso en su rostro, en nada se parecia á la dama del medallon.

Y sin embargo, Isabel era hermosa, se conocia solo que el dolor y el sufrimiento formaban para ella una terrible y pesada carga.

— ¿Qué es eso? ¿qué ha sucedido? y qué misterio os este? — preguntó Cárlos.

La pobre baronesa estaba tan conmovida, que no acertaba á decir nada al principio. Por fin, esplicó que al refugiarse en la ermita sin saber lo que se hacia, se encontró con la condesa de Fiorerosa que estaba allí sola. La condesa lanzándose á ella, la tranquilizó, se enteró de lo que pasaba, y en seguida la pidió su manto envolviéndose con él y diciéndola que no abrigase el menor recelo, pues que se encargaba de salvarla. De pronto, Isabel la vió salir, y no sabia nada mas, pues que habia caido de rodillas poniéndose á orar.

La baronesa concluyó su relacion diciendo á Cárlos:

— Por piedad, amigo mio, por piedad llevadme al monasterio!

Monteferro salió é hizo acercar los caballos. La baronesa estaba tan débil, que fué preciso colocarla en brazos en la silla.

— Marchemos! marchemos! pronto! al convento pronto ó me muero! — decia Isabel.

Cárlos renunció á hacerla mas preguntas, y montando los dos amigos á caballo, se pusieron en marcha.

Ningun incidente tuvieron en el camino, y los tres marcharon envueltos en el mas profundo silencio, interrumpido solo por los sollozos que de cuando en cuando dejaba oír Isabel. Cárlos se acercaba entonces á ella y le dirigia algunas palabras afectuosas, contestando siempre la baronesa:

— No tengo nada, nada, estoy bien, pero llevadme pronto á Pedralves, pronto!

— Monteferro, se oíaba, comprendia que el corazon de aquellas dos personas se rompía de dolor y de amargura.

Llegaron por fin á la puerta del monasterio. Isabel bajó del caballo y con paso firme, como si hubiese recobrado sus fuerzas, se dirigió á la puerta, tirando de la campana. Cuando hubieron abierto invitándola á entrar, así que hubo pedido por la abadesa, Isabel se volvió y dió algunos pasos dirigiéndose á los dos amigos que se habian quedado algo apartados junto á sus caballos:

—Gracias, caballero, — dijo saludando á Monteferro, — y á vos, Carlos, — añadió con voz impregnada de sollozos, — á vos, amigo mio...

Los sollozos sofocaron su voz impidiéndola continuar. Los dos amigos pudieron verla llevar una mano á su corazon como si hubiese recibido una puñalada, viéndola vacilar al mismo tiempo cual si estuviera pronta á caerse.

Cárlos se arrojó hácia ella para sostenerla, pero Isabel entonces se irguió y tendiendo una mano al jóven, le dijo :

—Adios!

—Isabel! — murmuró Cárlos con voz entrecortada por la emocion y por los sollozos tambien.

—Adios para siempre!

Cárlos llevó la mano de Isabel á sus labios.

—Para siempre no, — dijo.

Isabel como si hubiese sentido aplicar un boton de fuego sobre su mano, la retiró de súbito.

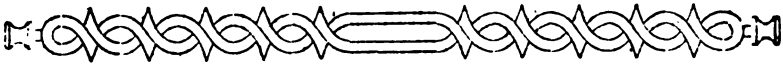
—Sí, — dijo con acento impregnado de profunda amargura, — adios! y adios para siempre!

En seguida hizo con la mano un afectuoso saludo á entrambos amigos, y entró apresuradamente en el monasterio.

Las puertas se cerraron tras ella.

Monteferro hubo de acercarse á Cárlos para sostenerle pues que le vió vacilar y tambalearse como un hombre ebrio. El dolor le destrozaba el alma.





XXI.

LA CONDESA DE FIOREROSA.



IENTRAS Fontanellas y Monteferro marchaban con la joven y desgraciada baronesa de Gualba al convento de Pedralves, el baron, llevando del brazo á la condesa, seguia absorto aun y sin apenas pronunciar una palabra, caminando hácia la calle donde estaba el grandioso palacio de Fiorerosa.

El baron, como todos los hombres celosos, era sobradamente desconfiado y no pocas veces indiscreto; y aunque, efecto de esa misma desconfianza de su espíritu constantemente alarmado, su conciencia se resistia á creer por completo aun aquello mismo que sus ojos acababan de ver, no se atrevia sin embargo á preguntar á la condesa, acerca del reciente *quid pro quo* que le tenia abismado en la mas desgarradora confusion.

Esto se comprende fácilmente.

La superioridad, ya sea hija de la posicion, ya del talento ó de

cualquiera otra circunstancia real ó accidental en el individuo, pone cierta valla natural que contiene siempre á cierta distancia á la persona que es inferior; y la condesa por la posicion que gozaba en Barcelona, sostenida por sus altas relaciones en la corte, de una parte, y de otra, por sus inmensas riquezas, tenia efectivamente esa superioridad sobre el baron á quien aventajaba de mucho en talento. A esto debe agregarse todavía el natural respeto del caballero con una señora jóven aun y de una hermosura que, sin escluir los encantos de la mujer, participaba de aquella dignidad varonil que servia de base al carácter de la condesa de Fiorerosa.

Hé aquí porque el baron, creyendo y no creyendo á un tiempo lo que acababa de ver, llegó sin pronunciar una sola palabra á las puertas del palacio, á pesar de que en su imaginacion bullian mil ideas contradictorias acerca del estraño suceso reciente.

La condesa por su parte á quien importaban poco ó nada las cuitas del baron, olvidó en el momento la aventura, para entregarse á meditaciones tan distintas como distinto era el objeto que la condujo á la ermita.

Llegados á la puerta del palacio, la condesa soltando suavemente el brazo de su acompañante, dijo :

— Gracias, baron.

— Yo soy el que debo darlas por el honor que me ha cabido.

La condesa se sonrió afectuosamente, y con esa expresion de fino cumplido, tan familiar en las clases elevadas y que tan perfectamente hace mentir al labio lo que siente el corazon, dijo disponiéndose á entrar en el patio:

— ¿ Quereis subir ?

El baron no podia responder sino lo que se responde siempre que de tal modo se hacen estas invitaciones:

— Gracias.

— Adios, pues, baron, y hasta otro rato.

— Adios, condesa.

Y mientras que esta subia la escalera, aquel se alejó cabizbajo y reflexionando profundamente, en direccion á su casa.

Dejemos por ahora al baron que harto que hacer tiene en este momento y mayor le tendrá mas tarde con la desaparicion de su espo-

sa, y observemos á la condesa que acaba de entrar en una de las salas del palacio.

Era esta una pieza cuadrada y mas reducida que las otras de aquella morada verdaderamente suntuosa.

Su mueblaje consistia en un ancho sofá de terciopelo carmesí, un sillón dorado con asiento y respaldo sorrados de la misma tela, un espejo magnífico de cuerpo entero y una arquilla, especie de secreter de ébano perfectamente pulido, sobre el cual se destacaba, formando un extraño contraste con los objetos indicados, un cráneo en medio de dos huesos humanos en forma de X.

Al entrar la condesa, una doncella que la siguió, encendió uno de los candelabros de bronce que habia á los lados del espejo y quitándola el manto de la triste Isabel, se lo llevó dejando sola á la dama en la estancia.

La de Fiorerosa se dejó caer en el sillón y permaneció así un buen rato como descansando del camino, bastante acelerado por cierto, que habia traído desde la ermita.

Luego pasándose la mano por los ojos y levantándose del sillón la llevó á un cordon que pendia de la pared y tiró dos veces de él.

Instantáneamente se dejó oír á la parte de afuera el sonido de una campanilla y en el momento mismo se presentó en la puerta la doncella de antes.

—El correo: dijo la condesa.

La doncella desapareció volviendo al cabo de segundos con una bandeja de plata sobre la cual habia dos cartas que tomó la Fiorerosa, indicando luego con una seña á la doncella que podia marcharse.

—De Olivares, dijo mirando el sobre de una de las cartas, y dejando la otra sobre el sofá.

—Vamos á ver que dice el *sapientísimo* ministro del *adorable* Felipe IV.

Hemos subrayado las palabras *sapientísimo* y *adorable* para que nuestros lectores las tomen, en boca de la condesa, como un epigrama mas bien, que como un favor de aquella dama, que sin embargo merecia el señalado, señaladísimo de que el soberbio favo-

rito se dignara escribirle desde la corte, y de su propio puño y letra.

La condesa se puso á leer la carta atentamente y en su rostro no se advirtió sino, á la mitad de la lectura, una ligerísima espresion de alegría semi-salvaje, esto es de esas alegrías que produce por ejemplo la venganza, cuya satisfaccion está en el daño que se causa á otro. Y sin embargo de que la venganza no se anida comunmente sino en corazones malos y perversos, la condesa, en quien observamos por primera vez este sentimiento, distaba mucho de ser una de esas mujeres de rostro de angel y de dañoso y perverso corazon.

Concluida la carta repasóla con la vista deteniéndose otra vez á la mitad y en el mismo párrafo que aquella sensacion le produjo.

El párrafo de la carta de Olivares decia así:

« El carácter de Santa Coloma es harto débil, y al servicio del Rey Nuestro Señor conviene mayor energía de la que emplea en el gobierno del rebelde principado, el *bondadoso* virey de Barcelona. »

— Perfectamente, dijo la de Fiorerosa despues de haber vuelto á leer á mas de media voz el citado párrafo. Si yo hubiese tenido que dictar la carta á Olivares, no lo hubiera hecho mejor ni mas conforme á mi objeto.

Luego, reflexionando sobre el mismo asunto, continuó:

— Sí, Santa Coloma es débil, harto débil en verdad para traducir con su conducta en Cataluña toda la cólera, toda la animadversion con que se mira en la corte de España á esta colonia, mas bien que provincia, conquistada por la corona. Santa Coloma es débil, es decir no es bastante cruel, y Olivares que cree que la fuerza de un gobierno está en la opresion, y la energía en la crueldad, quisiera mas enérgico y mas fuerte al virey de Cataluña. Pobre conde-duque! no sabe que esa conducta llevada al estremo que él desea, daria por resultado la indignacion en el pueblo, y que esa indignacion rebosaria al fin por mil bocas de fuego que abrasarian instantáneamente el alcázar de su poder! Pero en fin yo soy su amiga y su aliada, y he prometido ser el instrumento cerca de Santa Coloma que le induzca á cumplir los deseos del

ministro de Castilla. No se quejará de mí... Si Santa-Coloma es débil yo sabré hacerle fuerte; si es harto bondadoso, conservando todavía un resto de amor al país que le vió nacer, yo haré que ese amor desaparezca por completo; al cabo ingrato á medias ó ingrato por entero, todo es ingratitud; y ya que ha empezado, entre su patria y su rey, á tiranizar á la primera por servir al último, concluya su obra de una vez, y acepte por completo el papel que su amo le confiere.

En la fisonomía de la condesa se pintó al pronunciar estas últimas palabras un sentimiento de santa indignacion mezclado con la expresion de un profundo desden.

Dejó sobre el sofá la carta leida y tomó la que estaba por abrir.

—Es de Ramon, dijo viendo la segunda carta. Este muchacho se porta admirablemente. Quien habia de decir que bajo aquella capa de estupidez y de embrutecimiento se ocultase un tan gran tesoro de discrecion! Veamos que me dice.

Y la condesa abrió la carta poniéndose á leerla con tan visible atencion, que hubiera chocado á cualquiera que sabiendo la procedencia de ambas cartas, hubiese visto la preferencia que merecia á la condesa un escrito de persona tan humilde como Ramon, sobre el de un personaje tan elevado como era el primer ministro y favorito de Felipe IV, conde-duque de Olivares.

Por de pronto podia afirmarse que la segunda carta la interesaba mucho mas de cerca que la del conde-duque.

Despues de leida atentamente y con marcadísima atencion, la condesa exclamó satisfecha:

—Bien! perfectamente! Este muchacho vale el oro que pesa. Dice que hasta ahora no parece inspirar su persona la menor sospecha á nadie...

La condesa soltó una semi-carcajada al decirse á sí misma estas palabras que estaban en la carta de Ramon.

—Es claro! continuó, riéndose. ¿Quién ha de sospechar de un ser como Ramon?

Luego con tono mas serio repuso:

—Me pide mas dinero, pues ha distribuido ya todo el que se

llevó. Mucho es. Se lo mandaré, se lo mandaré al momento.

Y tomando la otra carta y levantándose del sillón, sacó del pecho una llave pequeña y de difícilísima construcción, dirigiéndose al sitio donde estaba la arquilla.

Abrió, y tocando un resorte casi tan insensible á la vista como al tacto, se levantó un pedazo de la fina madera á un lado de la arquilla, dejando ver un hueco de un palmo cuadrado, en cuyo fondo se veían algunos papeles ordenados y un objeto que á primera vista parecía un cuchillo de monte ó puñal.

—Aquí la carta de Ramon, dijo la condesa doblando el papel y colocándolo en el secreto de la arquilla.

La otra, esto es la carta de Olivares, la puso en uno de los cajones.

Luego sacó el puñal, porque puñal y no otra cosa era aquel objeto en tan reservado sitio escondido, y tocando otra vez el resorte cayó la tapa cerrando el secreto completamente.

La de Fiorerosa fué con el puñal á sentarse otra vez en el sillón.

—Es particular, dijo después de haber examinado detenida y cuidadosamente el arma que tenía en las manos, es particular que no encuentre ya el resorte de este secreto.

Levantóse, volvió á la arquilla, abrió el secreto otra vez y tomando uno de los papeles en él guardados, leyó lo siguiente:

«En el mango del puñal hay un secreto que contiene un papel en el que están escritos los nombres del asesino y de su cómplice.»

—Pero no dice como se ha de buscar ese secreto! exclamó la condesa dejando el papel y volviendo á dejar caer la pequeña tapa sobre el hueco.

Si nuestros lectores no hubiesen adivinado ya la procedencia y significacion del arma que la condesa tenía entre sus delicados dedos, bastaría que les dijésemos, para reconocerla, que en la hoja habia por un lado un esqueleto, y por el otro la siguiente leyenda italiana: *La sangre lava la injuria.*

La condesa volvió á su sitio, pero esta vez no se sentó. De pié

junto al candelabro encendido al lado del espejo, púsose á examinar nuevamente y con esquisito cuidado el mango del puñal; pero á pesar de la luz y la vista casi microscópica de la condesa, sus esfuerzos eran cada vez mas inútiles para descubrir el secreto.

—No habrá mas remedio, dijo desesperada ya, que destruir el mango para buscar el papel.

Y con uno de estos movimientos nerviosos tan propios y comunes en temperamentos como el de la condesa, dejó caer la mano que tenia el puñal dando, sin pensarlo, con el extremo del mango en el pesado pié del candelabro.

—Ah! exclamó de repente.

El secreto del puñal se abria precisamente dando un golpe con el extremo del mango sobre otro objeto duro.

Al abrirse el secreto, asomó al mismo tiempo la punta de un papel. Sacólo la condesa y desdoblándolo y leyéndolo instantáneamente, vió que su contenido decia :

« Hijo mio ; el ladron de la honra y el asesino de tu padre , es un oficial español que se llama D. Juan de Colmenar : su cómplice es otro español llamado Miguel Monredon.

Orso de Monteferro.

No bien habia vuelto de su sorpresa la de Fiorerosa cuando se abrió una de las hojas de la puerta de la estancia.

—Quién va! dijo la condesa sobresaltada.

—Señora... dijo humildemente la doncella que se presentó sin pasar de la puerta.

—Ah! eres tú, Beatriz? No abras jamás la puerta sin llamar antes. Estaba medio dormida y me has asustado.

—Perdonad , señora...

—Qué hay?

—Aguardan ver á la señora dos caballeros ; D. Juan de Colmenar y el alguacil mayor, señor Monredon.

—Bien , véte y cuando yo tire de la campanilla condúceles hasta aquí.

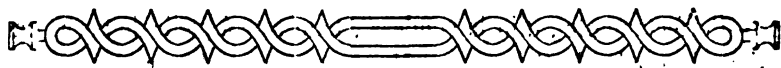
La doncella salió.

—Perfectamente, dijo la condesa, todo sale á pedir de boca. La visita sobre todo de Colmenar y Monredon no puede ser mas oportuna.

En seguida dobló conforme estaba el pequeño papel que cerró en el secreto del puñal, y dejando otra vez el arma vengadora en el sitio de donde poco antes la habia sacado, tiró del cordon de la campanilla, sentándose en el sillón.

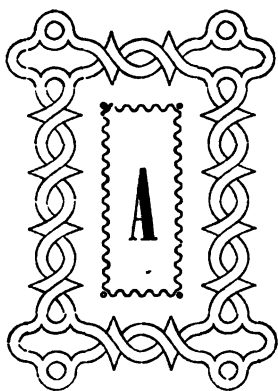
Al cabo de segundos aparecian en la puerta de la estancia D. Juan de Colmenar y el alguacil mayor Miguel Monredon.





XXII.

UNA VISITA Á TIEMPO.



UNQUE en la época á que se refieren los sucesos que vamos narrando , no eran las de la noche , cuándo no habia tertulia en la casa , las horas mas á propósito de visitas para las altasclases del pueblo , D. Juan de Colmenar y su compañero el alguacil Monredon no tuvieron el menor reparo en presentarse aquella noche en casa de la condesa.

La de Fiorerosa , de origen italiano , segun de público se decia y daba á entender su nombre , y establecida de pocos años en la capital del principado , ni tenia , ni podia tener con las dos personas que fueron á verla , tan antiguas relaciones , que autorizasen así una visita á aquellas horas ; y decimos esto , porque solo el antiguo conocimiento de familias , cuando no el lazo del parentesco , permitia entonces esa confianza que en nuestros dias se concede y se permite tan fácilmente en la alta sociedad.

Peró en todas épocas como en todas las clases , la mancomunidad en ciertos negocios salva la distancia del tiempo como así mismo las prescripciones y los usos sociales. Así es que ni los caballeros hicieron reparo en la hora de la visita , ni la condesa la estrañó , ni por eso dejó de recibirla.

Después de los cumplidos de costumbre , la condesa indicó el sofá y Colmenar y Monredon tomaron asiento , quedándose ella en el sillón.

—Os recibo de confianza , señores , dijo la condesa así que se hubieron sentado.

—Tanta mayor honra para nosotros , contestó Colmenar , inclinándose un poco la cabeza.

Monredon no pareció oír las palabras de la condesa , ni menos la galante respuesta de su amigo. Aunque no habia mas que un candelabro encendido , como la estancia era reducida , las cinco bujías que ardian en los labrados mecheros la iluminaban completamente. La arquilla de ébano estaba colocada frente por frente del sofá y Monredon al sentirse no pudo ocultar un movimiento de sorpresa , al reparar en el estraño adorno que coronaba el lujoso mueble.

La condesa observó esta sensacion del Alguacil y no estrañó , conociendo la causa , la especie de estupidez en que estaba sumido.

Desde luego , por las leves indicaciones que llevamos hechas , conocerá el lector que en esta visita ocuparían poco el tiempo y la conversacion las frivolidades que gastan el primero y en que suele emplearse la última en casi todas las visitas.

Así es que la condesa tomando la primera la palabra , preguntó :

—Y qué novedades corren ?

—Nada buenas , contestó Colmenar.

—Pues ?

—Habeis visto hoy al virey ?

—A Santa Coloma ? dijo la condesa.

—Sí.

—A caballo le ví pasar esta tarde.

—A qué hora ?

—A media tarde.

—No hubiera podido indicaros nada aun.

—Pues? volvió á preguntar la condesa con marcada impaciencia.

—No habia recibido aun los pliegos de Madrid que llegaron al anohecer.

—Conque ha recibido el virey pliegos de Madrid.

—Del conde-duque.

—Y traen alguna novedad?

—Un triunfo para vos y un disgusto para el conde.

—No os comprendo.

—Es bien fácil, sin embargo.

—Explicaos.

—¿Cuál ha sido siempre vuestra opinion acerca del gobierno del virey?

—Mi opinion acerca del gobierno del virey?

—Sí.

—No recuerdo haberla manifestado.

—Francamente, condesa, repuso Colmenar con un tono mas afectuoso que familiar, apesar de que este era el carácter de la conversacion. ¿No habeis reprochado alguna vez la debilidad de carácter del virey?

—Ciertamente.

—Pues?

—Como han reprochado esa debilidad cuantos verdaderamente se interesan por la seguridad y orden del principado.

—Es cierto.

—Pero de esto á esponer mi opinion acerca de su gobierno.....

—Ciertamente, vuestro talento.....

—Mil gracias.

—No se ha estendido á tal punto conmigo..... por mas que la tenga formada: ni merezco ni he tenido en verdad este honor.....

Y Colmenar dijo estas palabras con un tan desgraciado tono de tierna reconvenccion, que la condesa no pudiendo disimular su disgusto y aprovechando la ocasion de cortar indirectamente pretensiones que quizás adivinaba, le dijo:

—Yo no hago distinciones á nadie entre mis amigos, todos me son absolutamente iguales. Pero dispensadme si tengo impaciencia por saber en que consiste ese triunfo mio y ese disgusto del virey.

Colmenar entonces, sin andarse en mas rodeos, obligado ya por las palabras de la condesa, dijo :

—El Conde-Duque reconviene de debilidad y falta de energía á Santa Coloma, y como vos presentistéis no ha muchos dias esa reconvenccion, hé aquí el triunfo vuestro y el natural disgusto del virey.

— Creed que lo siento vivamente ; pero convendreis conmigo en que son por demás justas las observaciones de la corte de Madrid.

Si Colmenar no fuera tan corto de penetracion y Monredon estuviera menos ocupado en contemplar y querer descubrir allá en su mente la significacion y el objeto del cráneo aquel que como un iman atraia toda su atencion desde que tomó asiento en el sofá, hubiesen notado que las facciones de la condesa adquirieron un tinte marcado de satisfaccion cuando Colmenar le hizo saber las noticias últimamente llegadas de Madrid. Pero como decimos, ni el uno podia, ni el otro estaba para ello, y aunque Monredon lo hubiese observado, quizá no hubiera visto en la alegría de la condesa otra cosa que la pueril satisfaccion de haber adivinado antes lo que despues sucedió.

Sin embargo, estas pequeñas debilidades del alma estaban léjos, muy léjos de dejarse sentir en la de Fiorerosa.

— Y qué dice á todo esto el conde? continuó la dama.

— Qué quereis que diga ?

— Vos le habeis visto, despues de recibido el pliego ?

— Sí, acabamos de salir de su casa. Está, naturalmente, sobremanera pensativo.

— Pero se resuelve al fin á adoptar otra marcha ?

— Eso falta saber.

— Ah! su debilidad le perderá, exclamó la condesa afectando un sentimiento al mas vivo en favor del virey.

— Soy enteramente de vuestra opinion.

— Pero permitidme, continuó la condesa que vió llegado ya el momento de emplear toda la fuerza de su ingenio al objeto que ocultaba, permitidme que os diga que no tiene toda la culpa el virey del reproche que ha sufrido.....

— De quién es pues la culpa ? dijo entonces Colmenar que creyó

adivinar que algo le tocaba á él por el tono y la mirada con que acompañó la condesa sus palabras.

— En hombres colocados en el puesto que ocupa Santa Coloma influyen mucho las personas que les rodean...

Entonces Colmenar y hasta Monredon miraron fijamente á la condesa, como para pedirle una explicacion por sus palabras.

— Sí, Colmenar, la influencia de las personas allegadas á los que mandan es la que prevalece siempre en la esfera del gobierno, y esto es seguro cuando el que ejerce el poder es de un carácter tan ductil como el virey de Barcelona.

— Creo, condesa, que no podeis dudar ni un solo momento de nuestras intenciones y completa adhesion al gobierno, como de nuestros servicios contra esa semilla de bandidos que nosotros hemos perseguido tan mortalmente...

La condesa á estas palabras hizo un movimiento que apenas se notó, contenido por su excesiva fuerza de voluntad.

— Y cuyas ideas son hoy todavía la causa del malestar que siente el país, concluyó Colmenar.

— Es que no basta eso — dijo la condesa, repuesta ya de la sensacion primera — no basta ser completamente adicto á una causa y batirse en el campo de batalla. Los servicios los exigen las circunstancias y segun sean estas, han de prestarse aquellos. Ya sé que sois *Cadells* de corazon; pero esto mismo os impone el deber de emplear en odas tocasiones vuestros esfuerzos en favor del partido.

— Pero...

Aquí la condesa entró ya de lleno en su objeto, y dijo:

— Francamente: mucha parte de la debilidad del virey está en la falta de escitaciones por vuestra parte. Las ideas sembradas é infundidas por los *Narros* al pueblo, tienden á la rebellion del principado contra su legitimo rey. El pueblo no quiere alojamiento, apoyándose en las constituciones y fueros del país? pues alojamiento sin consideracion; rechaza los impuestos? apremios pues sin demora y donde falte la voluntad del pueblo, súplalo la fuerza de quien le gobierna.

— Bien! muy bien! exclamaron á un tiempo Colmenar y Mon-

redon. — Teneis razon, sobradísima razon, y eso falta que conozca el virey.

La condesa queriendo aprovechar todo el efecto de sus palabras, fuése ya al punto principal, y dijo:

— Y sobre todo, de dónde viene, dónde está la causa del mal? ¿No está en ese abominable partido de los *Narros* abiertamente hostil y siempre contrario al gobierno? Pagnen, pues, sus hijos y sus haciendas el daño que sus perniciosas ideas están causando. No es tan difícil señalar quienes son *Narros* y quienes *Gadells* en el principado de Cataluña.

— Ciertamente, condesa, os sobra la razon y desde ahora os prometemos emplear todos nuestros esfuerzos cerca del conde, á este fin.

— Podeis y debeis, estais en la obligacion de hacerlo — repuso la de Fiorerosa disimulando apenas la alegría por el buen resultado que auguraba de sus palabras.

— Hasta ahora, francamente — repuso Colmenar — vos comprendereis que por naturalísimas consideraciones, no hayamos escitado abiertamente al virey á seguir otra senda; pero hoy tenemos un motivo justo que nos impone este deber por un lado, y por otro nos da un derecho ya que nos ha sido comunicado por el mismo virey.

Llegó para la condesa el instante de aprovechar el último y mas poderoso recurso. Así levantándose del sillón dijo:

— Yo haré todavía mas valadero ese derecho á los ojos del virey.

— Y abriendo la arquilla, sacó la carta de Olivares enseñando el párrafo que vieron nuestros lectores en el capítulo anterior, á Colmenar y Monredon.

— Esto mas! — dijo Colmenar.

— Perfectamente de acuerdo con lo que le dice el conde-duque al virey, — dijo Monredon.

— Rodeis — continuó la dama con toda la serenidad y aplomo que adquiere uno cuando llega á dominar una conversacion — podeis hacer todo el uso que creais conveniente de esta carta ante el virey, para lograr nuestro objeto.

— No desaprovecharemos tan buen recurso.

— Una carta de puño y letra del conde—duque! —dijo Monredon, admirado y mirando á la condesa que para él era ya desde entonces un elevadísimo personaje.

La de Fiorerosa comprendió que debía aprovechar toda la importancia que le daba la ocasion, y dijo:

— No es esto un milagro en el conde—duque. Mi buen tio el ilustre conde de Fiorerosa tenia íntimas relaciones con Olivares, y el ministro de Felipe IV no olvida en su elevada esfera á la sobrina de su antiguo amigo.

En esto habia transcurrido ya un larguísimo rato y Colmenar se levantó diciendo :

— Os molestamos ya demasiado y el inmenso provecho que creo resultará de esta visita, no es una razon para que abusemos de vuestra bondad.

—Al contrario , Don Juan, me haceis mucho favor y os suplico nuevamente que os senteis.

—Es que por mi parte—repuso Colmenar que permanecia de pié al lado de Monredon que le imitó levantándose—voy á seguir estrictamente vuestras prescripciones....

—Indicaciones mias y no mas.

—Y no quiero demorar un instante su cumplimiento, siquiera me cueste el placer de estar un rato mas en esta casa—concluyó Colmenar.

—Gracias por tanta galantería: ya sabeis que está siempre abierta para mis amigos.

—Vamos , pues , con vuestro permiso y directamente al palacio del virey.

—Como querais, y ojalá alcancen vuestros esfuerzos el resultado y la recompensa que merecen.

La condesa pronunció estas últimas palabras con el corazon en los labios.

Colmenar las escuchó con cierta indefinible emocion y con aquella especie de ternura semi-intencionada que le habrá observado el lector poco antes, se atrevió á decir :

—Harta recompensa es ya merecer vuestra aprobacion.

A todo esto el Alguacil mayor, que ya no fuera alguacil para no ser tan curioso é indiscreto, y á quien apenas hemos oido pronunciar una palabra durante la entrevista, no apartaba los ojos del maldito cráneo, y viendo con motivo de la despedida, acabarse los instantes y por consiguiente perdida la ocasion de saber que significaba y porque estaba allí aquella calavera, se atrevió á preguntar con toda la indiscrecion de que es capaz un alguacil :

—Decid, condesa, y perdonad la curiosidad ; pero me está llamando la atencion toda la noche el cráneo que teneis sobre esa arquilla.

—Ah ! quereis saber lo que significa y porque está ahí ese cráneo ?

—Si no es un secreto.

—Nada de eso. Son las armas de mi casa.

—Vuestras armas ! — exclamaron á la vez Colmenar y Monredon asombrados.

—Qué tiene de particular ?

—Nada ; pero es un blason muy original.

—Es pues el blason de la condesa de Fiórrerosa.

—A vuestros piés, condesa, —dijo ya Colmenar disponiéndose á salir.

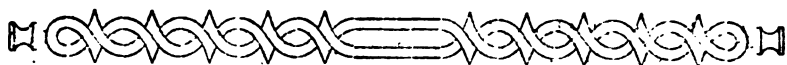
—Adios, señores.

Y Colmenar y Monredon saludando á la vez, salieron acompañados de la doncella que les recibió en la primera sala, acompañándoles hasta la escalera.

Apenas hubieron salido, la condesa, respirando como quien se ve libre de repente de un gran peso, exclamó sola ya en la pequeña estancia :

—Perfectamente ! Caiga de una vez sobre la espalda de ese pueblo el látigo del tirano, á ver si de una vez y al dolor de los golpes, levanta indignado la cabeza !





XXIII.

JUSTOS RECELOS DE LA HERMANDAD DE LA MUERTE.



AS revelaciones de Martín Andal á la condesa de Fiorerosa acerca de la secreta sociedad á que pertenecía el desdichado muerto bajo el puñal del Padri, traian inquieta y revuelta á toda la *Hermandad de la Muerte*.

Todo el poder de las sociedades secretas descansa, como su nombre lo indica, en el secreto que envuelve lo mismo sus actos, por insignificantes que sean, que las bases y reglas de su organizacion, signos, palabras de inteligencia y demás de que se valen al objeto que las motiva.

Además, el origen de las sociedades secretas está siempre y esto no hay que dudarlo, en la falta de libertad de los pueblos, ó lo que es lo mismo, en la opresion que ejercen los gobiernos. La razon es muy sencilla : si los individuos tuviesen toda la libertad para reunirse y tratar ampliamente todo género de asuntos, no habria

para que hablar entre tinieblas de lo que pudiera tratarse á la luz del día ; pero como este derecho, por mas que sea natural, dista mucho de serlo en las constituciones escritas, ni mucho menos se tolera por los gobiernos, es de aquí que no habiendo en el círculo de la ley espacio donde hacer caber este derecho, se ejerce fuera de la misma, y á cubierto de las miradas de quien pudiera impedirlo ó castigarlo.

La causa de que estas sociedades sean siempre enemigas del gobierno es, por consiguiente, la misma de que toman origen ; esto es, la de que el gobierno es el enemigo nato de estas sociedades.

Y dimanando ahora otra consecuencia legítima de este antecedente, podremos afirmar que el odio de una sociedad secreta hácia el gobierno ó gobiernos á quienes afecte, está en razón directa del mayor ó menor grado de opresion que estos ejerzan sobre los pueblos.

Conocido ya el sistema de gobierno que para Cataluña tenia adoptado el soberbio favorito del inepto rey Felipe IV, fácil es calcular si seria grande el odio y temible el objeto de la *Hermandad de la Muerte*, como así mismo, porque lo uno va unido á lo otro, si seria dura y cruel la mano del gobierno una vez descubiertos sus individuos.

La *Hermandad de la Muerte*, pues, con la defeccion de uno de sus miembros, tenia, además de la zozobra natural en casos semejantes, un miedo terrible y tanto mas fundado, cuanto mayor era el empeño del gobierno en aniquilar á cuantos intentasen la emancipacion de Cataluña, principal objeto de la *Hermandad*.

Así pues que llegó la desagradable nueva de la falta de Martín Andar á oídos del presidente, este pensó en pasar aviso á todos los *hermanos* para reunirse y evitar ó prevenir las consecuencias de las revelaciones de Martín que iban á sufrir todos los afiliados.

Una duda inquietaba el ánimo del presidente.

Aunque por la particular organizacion de la sociedad, dividida en grupos independientes unos de otros en la materialidad de los trabajos, era imposible á un individuo citar otras personas que las que componian su grupo, y las reuniones generales se tenian en

lugares oscuros donde se entraba y salía embozado y recatando el rostro, á fin ya de evitar que uno pudiese descubrir en un momento dado los nombres de todos; sin embargo, esta semi-seguridad en cuanto á las personas no bastaba para tomar una medida que pudiese llamarse acertada, ignorando como se ignoraba, hasta que punto habia llegado en sus revelaciones Martin Andál con la de Fiorerosa.

Además, del modo y en el estado que se encontraba Barcelona en aquellos momentos, se presentaba otra dificultad: la de encontrar sitio á propósito para una reunion que debia ser numerosa, puesto que habia de tomarse un acuerdo general.

Esta dificultad que tan pequeña parece á primera vista en una tan gran ciudad como era ya entonces Barcelona, embarazaba no poco estando la capital del principado llena de espías y agentes del virey que en todas partes, hasta en el fondo de las iglesias, se contraban.

El presidente tomó sin embargo, por el pronto, la primera providencia, indicada por estos casos.

Esta fué la de pasar al *hermano mayor* de cada grupo, para que este la comunicase á los del suyo respectivo, la palabra *prudencia* que era la señal de que se habia violado el secreto de la Hermandad, al paso que la voz de alerta para cualquier evento, como asimismo el encargo de la mayor prevencion con cualquiera persona, aunque se presentase con la fórmula y signos adoptados por la Hermandad.

Cumplido este primer deber, el presidente púsose á pensar en el sitio mas á propósito y menos arriesgado para la reunion.

Nos olvidábamos de advertir una circunstancia que necesita el lector tener presente para mas adelante.

La sociedad secreta *La Hermandad de la Muerte*, como que no tenia otro objeto que la independencia de Cataluña, lo cual satisfacía poco, antes al contrario, á las demás provincias de España, impõtando nada casi á las otras naciones, se reducía al círculo solamente que comprendía el principado: el número de afiliados, respecto de otra sociedad de mas vastos planes y mas generales objetos era demasiado corto para hacerse notar; y si á estas circunstancias uni-

mos lo reciente de su creacion, no se estrañará que en España; en Barcelona mismo, se ignorase completamente la existencia de tal sociedad, fuera de las personas á ella afiliadas.

El presidente pensó por fin un sitio donde pudiese la Hermandad reunirse, y deliberar el tiempo necesario, á cubierto de las miradas y hasta de las sospechas de la policia.

El lugar no podia ser mas á propósito: faltaba no mas el medio, la persona que pudiera poner á su disposicion este lugar.

El presidente llamó á un *hermano* y le mandó hacer circular verbalmente la orden que sigue, por el mismo conducto que el *alerta* de antes:

«Averigüese si existe alguno de los *hermanos* empleado en el servicio interior de la Catedral.»

La orden corrió con asombrosa rapidez todos los grupos, y dos horas despues el presidente recibia esta contestacion:

«El monge llamado Pedro es otro de los *hermanos*.»

No necesitaba mas el presidente.

Pocos momentos despues, cualquiera que hubiese entrado en la Catedral, al ir á tomar el agua bendita de la pila, hubiera podido ver, arrodillado junto á la misma y en un lado resguardado de la luz por la sombra que proyectaba al abrirse la puerta de entrada, la figura de un hombre de cabellos blancos, encorvado por la edad y cubierto el cuerpo con un sayo de paño burdo.

Esta figura no era otra que la del anacoreta Montserrat, presidente de la *Hermandad de la Muerte*.

Largo rato estuvo el tenaz ermitaño esperando ocasion de preguntar á alguno que no fuese de la iglesia, por el monge Pedro, á quien no conocia; pero los que se llegaban á tomar agua, ó no sabian del monge, ó lo mas que contestaban era un *por ahí estará*, que le dejaba en igual estado.

Por fin, desesperado ya de poder marchar á su objeto por esta via, resolvió levantarse de aquel sitio y tomar otro junto á la sacristia y al lado del altar mayor, que es de donde y á donde van y vienen siempre los monges.

—Aquí—decia para sí—será fácil que le vea, y me parece que le conoceré.

No era esta una vanidad infundada de nuestro ermitaño. Dotado de una maravillosa fuerza de intuición, en más de un caso había afirmado ser la que veía por primera vez, tal ó cual persona á quien conocía solo de nombre, y cuyo porte y expresión del rostro, según el oficio, profesión, edad y demás noticias que acerca de ella tuviera, se había figurado de antemano. Y con efecto, raras, rarísimas veces solía equivocarse.

No esperó mucho rato el anacoreta en el nuevo sitio de su acecho, sin que se le presentase ocasión de poner en juego esta maravillosa facultad de su inteligencia.

Un ruido metálico como el que produce un manajo de llaves al movimiento del andar de un hombre, hirió sus oídos. Volvió la vista al lado de donde el ruido venía, y en el mismo instante se ofreció á sus ojos la figura de un monge.

Ahora falta ver si aquel monge parecía el que buscaba el ermitaño.

El paso que traía era bastante rápido y en breve se encontró cerca y pasó por delante del que le observaba.

La mirada distraída del monge, su cabeza levantada más de lo natural y su movimiento continuo á uno y otro lado, su precipitado andar, y la reverencia *tan de costumbre* y sin apenas pararse, que hizo al llegar frente al altar mayor, indicaron al presidente que aquella cabeza, al parecer tan ligera, pues que con tal facilidad se movía, no podía sostener el peso del más insignificante de los asuntos de la *Hermandad*.

Dejóle pues pasar sin tomarse el trabajo siquiera de dirigirle el menor signo.

Estaba cierto y no se engañaba de que aquel monge no era el llamado Pedro, que buscaba.

Pero el tiempo corría y la reunión era necesaria por momentos, aquella misma noche.

Eran ya tan cinco de la tarde, y aunque con pocas horas bastaba para dar la orden de reunión y hacer saber el sitio á los *hermanos*, que en tal caso no podrían reunirse hasta muy entrada la noche; sin embargo, posible y aun más que probable sería que el monge Pedro necesitase algunas horas para prepararse al objeto.

Y figura de monje que se pareciese á la que de Pedro tenía formada el presidente, no asomaba por ningun lado.

Calculado esto, disponíase ya el anacoreta á tomar una resolución cualquiera con tal que el tiempo no pasara así tan sin resultado, cuando vió pasar otra vez por delante de sí al monje de antes al que detuvo á pocos pasos una doncella de no despreciable presencia, jóven y bastante bien parecida.

La proximidad permitió oír al anacoreta las palabras de la doncella y del monje.

—Perdonad, maese Tomas,—dijo la doncella á media voz,—Está en la Catedral el monje Pedro?

El ermitaño respiró satisfecho por dos razones: la primera porque iba al fin á saber algo de lo que buscaba; la segunda porque vió que efectivamente no se había engañado al creer antes que aquel no era el monje que buscaba.

—No sé si estará aun en la sacristía—contestó el monje en voz alta y en ese tono destemplado con que amenudo las gentes de iglesia hablan en el templo, dando así á conocer que está muy distante de ellos el respeto que imponen á los demás.

—Pues si le veis, me hareis el obsequio de decirle que mi amo el señor arcediano quiere verle y que se llegue esta misma tarde á su casa.

—Está bien, se lo voy á decir ahora mismo, pues creo que todavía está en la sacristía—contestó el monje en el mismo tono, y volviendo otra vez hácia el lado de donde venia.

Partió la doncella, el monje desapareció y nuestro ermitaño quedó impaciente ya, aguardando en su sitio ver pasar al monje Pedro.

Al cabo de poco rato, tres veces seguidas del ermitaño y un signo particular hecho con la mano derecha delante del rostro, como quien se persiguiere, hubieran indicado á quien hubiese estado atento observándole y enterado de su objeto, que el anacoreta estaba á hacer la primera prueba en el terreno de sus adivinaciones.

En el mismo instante un hombre de unos cuarenta años, en traje negro seglar, pero que á la legua trascendia á iglesia, saliendo de

la sacristía con paso mesurado y grave, pasaba por delante del anacoreta.

Al oír las *tres toses*, volvió la cabeza y vió el *signo*; pero aunque no pudo reprimir el primer movimiento que fué el de pararse y levantar la mano para responder, dió otros dos pasos, continuando su camino y fingiendo no haber notado, ni menos entendido la seña que se le hacia.

El monje Pedro, que no era otro nuestro hombre, habia recibido ya la voz de *prudencia*.

El presidente que notó su primer impulso, lo comprendió así al momento y volviendo á toser lo mismo que antes y acompañando la tos de ciertos golpecitos dados en el suelo con el extremo del cayado que llevaba, consiguió detener al receloso *hermano*.

Este volvió la cabeza otra vez, y al mirar al anacoreta se encontró con una medalla que pendia de sus manos á manera de una reliquia de rosario.

El monje se acercó entonces y dijo:

—Estoy á vuestras órdenes.

La medalla que habia visto, era la superior de la *Hermandad*, que tenia solo el presidente.

—Decid:—preguntó este en voz muy baja—¿podrémos esta noche reunirnos en la Catedral?

—Difícilísimo es.

—Conviene y ha de ser.

—Contad con ello.

—A qué hora y por qué parte ha de ser la entrada?

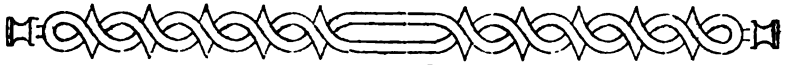
—La hora de once á doce: la entrada por la calle del Obispo.

—Salud, *hermano*, dijo el anacoreta despidiendo al monje.

Este hizo una reverencia y se alejó.

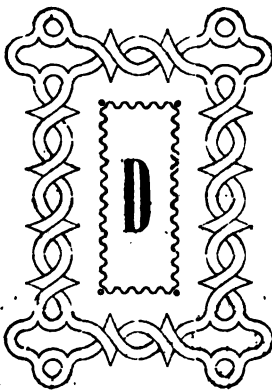
Dos horas despues, á las siete de la noche, tenian ya todos los individuos de la *Hermandad de la Muerte* comunicada la siguiente orden:

«Esta noche de once á doce en la Catedral. La entrada por la calle del Obispo.»



XXIV.

EN QUE SE VE EL SIGILO Y PRECAUCION CON QUE PROCEDEN LAS SOCIEDADES SECRETAS.



HEMOS manifestar al lector en el anterior capítulo, que á la órden de reunion y á la hora y lugar de la cita dada por el presidente de la *Hermandad de la Muerte*, iba unida una advertencia de la mayor importancia: la sustitucion de las palabras *los dioses son de barro escalaremos el cielo*, que tenia adoptadas la Sociedad desde su creacion, con estas otras: *San Jorge, Barcelona*.

Sigamos ahora la narracion.

A la hora de las once ó las doce de la noche las calles de la pobladísima cuanto ruidosa ciudad de Barcelona, fuera de un solo sitio, la Rambla, punto de eterna concurrencia, están aun en nuestros dias completamente silenciosas y desiertas.

Júzquese ahora en la época á que nos referimos, en que sobre no haber tanta gente, el ciudadano trasnochaba menos, y que en lugar de esa maravilla de nuestro siglo que se llama alumbrado de gas,

se veía á largos trechos y eso en las calles principales, la mezquina luz de las *teyeras* júzguese, repetimos, lo apetitoso que sería entonces atravesar á tales horas las dichas calles de la *que fué* ciudad de los condes.

Y si esto sucedía, como decimos, en las calles principales, fácil es colegir como estarían las de menos tránsito ó mas estraviadas.

La noche en que nos hallamos era, sobre todo esto, oscura y lluviosa, circunstancia que si ~~podía disgustar~~ á cierta gente pacífica que por precisión y contra su còstumbre tal vez se veía en el caso de arrostrar la lluvia y las tinieblas, no podía ser mejor para los galanes de reja y los *hermanos* de la consabida sociedad.

Con efecto, en las cercanías de la Catedral que es donde nos encontramos, no se veía al rededor de las once, sino á alguno de los primeros pegado á una tapia debajo de algun balcon, y bastantes de los últimos atravesar en intervalos y silenciosos como sombras, de una á otra calle.

Estaban al caer las once, y en la esquina de una calle contigua se hallaba de pié y metido en el umbral de una puerta un hombre de mas que mediana estatura y envuelto en una ancha y larga capa por entre cuyos pliegues asomaba la vaina de una, al parecer, muy regular espada.

Sin el sombrero de anchas alas que le cubría la cabeza y el embozo que le recataba todo el rostro, se hubiera notado en su fisonomía toda la virilidad y fuerza que dan los treinta y tres años á un hombre de la robusta constitucion que nuestro personaje presentaba.

Lo único que podía distinguirse era su mirada, y esta era tal de viva y centellante, que bien dejaba presumir lo demás.

No hacia gran rato que allí se parara el caballero, pues tal parecía y tal era realmente, cuando otro individuo de la clase del pueblo, pasóle por delante viniendo por la misma acera, y sin que él primero notara sus pisadas, tal era su marcha de ligera y cautelosa.

El embozado *tosió tres veces*.

El otro se paró de repente, volviendo la cabeza.

El embozado dió un paso para acercársele y al reconocerle exclamó :

—Fadri!

— Señor, — contestó este, — como la noche era tan oscura y yo iba tan á mi camino, no había reparado en vos.

— No son las once todavía.

— Ya lo sé ; pero van á dar.

— No importa. En ciertos asuntos el adelantarse puede perjudicar tanto como el retardo.

— Aguardaremos entónces.

— Sí , esperemos á que den las once.

— Vendrá bien , porque tengo que comunicaros una nueva que me trae mohino y apesadumbrado , desde el dia en que tuvimos la última entrevista.

— Pues?

— Recordais el encargo que me hicisteis?

— Sí.

— Pues ya es imposible cumplirlo.

— Cómo!

Nuestros lectores que vieron salir aquel guerrero armado de la cabaña del ermitaño, la última vez que allí les llevamos, habrán reconocido al caballero con quien habla el Fadri, que no es otro que el ermitaño mismo, ó el presidente de la *Hermanidad de la Muerte*.

Sigamos por ahora llamándole *el caballero*.

Este se sorprendió con la noticia del Fadri, y continuó con el mismo asombro :

— Que me dices!

— No hay mas.

— Fuiste á verlo aquel dia?

— Sin pérdida de momento. Salí, y al anoecer llegué al pueblo de Santa Coloma. Debajo de un picacho del monte vecino que conozco bien, hay una especie de cueva que mas bien parece agujero ó madriguera. En su fondo estaban enterrados esos papeles que dijisteis, y algun otro objeto que no recuerdo.

— Pero estás cierto de que era allí?

— Yo mismo ayudé en la operacion á D. Juan de Serrallonga y no de noche, sino en un dia bien claro y sereno.

— Es particular!

— Además ; sobre el sitio mismo donde estaban los papeles enterrados, habia una piedra de mas que regular tamaño que colocamos allí. La piedra está apartada lo menos á una vara de distancia.

— Segun eso.....

— Otro ha quitado los papeles.

— Pero quién podrá ser?

— Eso mismo digo yo ; quién podrá ser?

— Nadie sabia el sitio sino tú.....

— Nadie.

— Estás bien cierto? preguntó entonces con vivísima ansiedad el caballero.

— Ah! si... es verdad, otra persona lo sabia!...

— Quién?

El Fadri llevó la mano á los ojos para contener dos gruesas lágrimas que asomaron á sus párpados. .

En seguida respondió :

— Pero esa persona, desgraciadamente, no pudo ir á buscar los papeles!...

— Explicate.

— Lo supo doña Juana el mismo dia de nuestra última y mas desdichada accion.

— Ciertamente que la pobre doña Juana no podia ir á buscar los papeles!... — continuó el caballero dominado por la misma emocion que el Fadri, quien apenas pudo pronunciar sus últimas palabras.

Ambos interlocutores permanecieron un rato en silencio como para dar ensanche á la pena que sentian, al recordar la pérdida de doña Juana en la triste jornada de aquel dia.

El caballero fué el primero en romper el silencio, y poco satisfecho con las explicaciones del Fadri acerca de un suceso para él del mayor interés, pues el que sentia por Orso de Monteferro tenia todos los visos de un cariño paternal, se apresuró á preguntar :

— Y fuera de doña Juana, no piensas en nadie mas que pudiera estar enterado de ese asunto ?

—Nadie absolutamente.

—Recuérdalo bien, Fadri!

—Lo juraría.

—Lo siento de todas veras, pues es cosa que interesa vivamente á un bravo jóven y uno de nuestros mejores compañeros.

—Yo francamente, señor; acerca de este suceso, tan sumamente extraño es, que no sé que pensar, y parece cosa de encantamiento.

El Fadri de Sau pronunció estas palabras con tal espresion de verdad, acompañándolas con un tinte tan marcado de estupefaccion en su fisonomía, que si con ser el Fadri no tuviera ya bastante para la completa confianza del caballero, la adquiriera desde luego con solo este modo de espresarse.

—En fin no hay mas remedio, y las cavilaciones en tan reducido círculo no sirven de nada—dijo el caballero.

—Efectivamente—contestó el Fadri.

—Vamos á otra cosa.

—Decid.

—No ha llegado á tus oidos nada que pudiese darte á conocer que alguien sabia la existencia de la *Hermandad*, desde la traicion de Martin Andal?

—Nada absolutamente.

—Es particular.

—Y eso que de propósito he visitado los sitios donde mas fácilmente puede saberse y se dice una nueva, y mas de este género—repuso el Fadri.

—Lo mismo dicen los demás *hermanos*, á quienes he visto y preguntado acerca de lo mismo.

No bien acababa de pronunciar estas palabras el caballero, cuando en la alta torre de la Catedral sonó el primero de los cuartos que preceden á las horas.

—Las once—dijeron ambos á la vez.

Luego el caballero repuso:

—Aguardemos á que acaben de dar.

Dejemos por un instante la esquina de la calle y pasemos al interior de la Catedral de Barcelona.

No entretendremos inútilmente al lector describiéndole con minuciosidad lo que es y lo que inspira el interior de la Catedral, completamente desierta, á las once de la noche.

Diremos sí solamente, porque esto importa á nuestro propósito, que una sola luz alumbraba la grandiosa nave, por medio de una gran lámpara que pendía frente al altar mayor, pues las demás colgadas delante de las capillas laterales, estaban semi-apagadas.

Con esto tiene suficiente el lector para acabarse de formar la idea que se forman todos del interior de una iglesia, y mas si esta es la Catedral, á media noche.

Apenas dió el primer cuarto, un hombre envuelto en una larga capa de color muy oscuro salió de la sacristía, dirigiéndose á la puerta que da á la calle del Obispo.

Sus pisadas apenas se dejaban oír y con su rápida y silenciosa marcha, mas que persona humana, parecía un espectro evocado de alguno de aquellos sepulcros.

Al llegar á la especie de contrapuerta ó biombo de madera que se encuentra antes de la de la calle, un ruido extraño en medio de aquella soledad se dejó oír; era el que producía el choque de unas llaves con otras en el manajo que llevaba el hombre en la mano.

A la primera campanada, exactamente, de las once, el hombre puso la llave en la cerradura y dió vuelta, sacándola instantáneamente.

La puerta de la Catedral estaba, por consiguiente, abierta; aunque nadie desde afuera pudiese notarlo, dejándola como el hombre la dejó, perfectamente ajustada.

Luego retrocedió un paso, colgó el manajo de llaves de un clavo que había detrás de la misma puerta y sacando una aguda y larga daga que empuñaba bien con la mano derecha, se quedó del pie é inmóvil como una estatua á la corta distancia que decimos.

Una cosa singular sucedía en aquel mismo momento á la parte de afuera.

Aunque mero y brevísimo episodio, queremos hacerlo notar á nuestros lectores, por el contraste mas bien que por otra cosa: -

- En el instante de dar la primera campanada de las once y cuando el hombre de la iglesia pasaba la llave, una mano algo mas delicada

da, una perfecta mano de mujer, corría el cerrojo de una ventana baja perteneciente á una casa de grande aspecto que habia frente á la puerta de la Catedral.

La mujer se quedó tambien como en acecho detrás de la ventana.

Cuando el hombre de la puerta empuñaba la daga, la mujer de la ventana cogia un fresco y aromático ramo de flores.

Ambos en esta disposicion, oyéronse pasos de hombre en la calle.

El hombre de la iglesia levantó el puñal, la de la ventana besó el ramo de flores.

Llegado el que venia, al sitio que media entre la casa y la puerta de la Catedral, la ventana se entreabrió; un rostro de ángel asomó en ella y volvió á retirarse instantáneamente.

— Amor mio, — dijo en voz bastante baja y muy arrimado á la tapia de la casa el hombre que acababa de llegar. — Amor mio! — repitió con toda la ternura y vibrante acento de un enamorado á los veintidos años.

Una de las hojas de la ventana se abrió entonces lo preciso para dar paso á la delicada mano y al ramo que cayó á los piés del caballero.

Y la ventana se cerró entonces para no volver á abrirse.

No sabemos ni nos importa averiguar que era y que significaba lo de la bella mano, y mas bello rostro de aquella mujer que á tales horas asomaba para arrojar el ramo al caballero, ni la ansiedad y cuitas de este, que, despues de besar repetidas veces la por lo visto dulce y estimada prenda que cayó á sus piés, se puso á pasear á largos pasos de arriba abajo de la calle, sin ánimo, á lo que parecia, de abandonarla.

Ya comprenderán nuestros lectores que la presencia de semejante rondador no agradaria mucho en aquel sitio á los *hermanos* de la de la *Muerte*.

Al llegar pues el presidente junto con el Fadri á la entrada de la calle para dirigirse al punto de la cita, observaron desde luego aquella figura que por lo notable que se hacia en la calle, conocieron al momento que estaba muy léjos de pertenecer á los suyos.

Este incidente retraeria de entrar á los hermanos que fuesen llegando, y podria además descubrirse y hasta sorprenderse por este medio la importante reunion de aquella noche.

Aquel hombre debia desaparecer.

Los individuos de la *Hermandad de la Muerte* distaban mucho de ser, como cree el vulgo de todas las sociedades secretas, una horda de ladrones y asesinos; y el presidente y el Fadri, visto y reconocido el obstáculo, se entendieron con media palabra para removerlo sin necesidad de sangre.

El Fadri sacó de su bolsillo un pañuelo de lino y entró á la calle de puntillas y medio agachado caminando muy arrimado á la acera de la casa.

El presidente le seguia con la misma cautela y á pocos pasos.

Ya hemos dicho que la noche era oscurísima.

A corta distancia de la ventana alcanzaron á nuestro enamorado que siguieron hasta cerca del fin de la calle que era donde daba la vuelta de su paseo.

Allí con una agilidad asombrosa el Fadri saltó sobre el enamorado apoderándose de él y sujetándole entre aquellos brazos de hierro.

Instantáneamente y sin que el acometido tuviera tiempo de pronunciar una palabra, el presidente le ató el pañuelo tapándole la boca.

—Si intentais libraros con el menor esfuerzo, sois muerto sin remedio—dijo el Fadri.

El prisionero calló, y aunque hubiese querido hablar no pudiera tampoco segun tenia el pañuelo atado y tapándole la boca.

—Quedaos vos aquí con él hasta que yo vuelva—dijo el presidente al Fadri.

Y con paso rápido se dirigió á la puerta de la Catedral.

Al llegar al umbral empujó la puerta que cedió al momento y entró dejándola ajustada, conforme estaba antes.

No bien habia entrado el presidente, el hombre que hemos dejado allí de pié, levantó la daga y exclamó:

—*San Jorge.*

El presidente respondió:

—*Barcelona.*

El hombre de la puerta bajó el brazo y dijo al recién venido :

—Pasad y tomad asiento en el coro.

El presidente le enseñó entonces la medalla que había visto ya el otro en manos del ermitaño , pues creemos que nuestros lectores habrán ya reconocido al monge Pedro.

Este inclinándose entonces , dijo :

—Mandad , señor.

—Habrá por aquí un sitio lejano del lugar donde tendremos la reunion , y en el que podamos guardar á un individuo hasta que salgamos y de modo que no nos oiga ?

—Hay ese lugar.

—Pues dentro de minutos vuelvo con él.

El presidente salió y llegado al punto en que se hallaba el Fadri con el prisionero , dijo á este.

—Nada temais , si sois discreto, caballero. Ahora si cometeis la menor indiscrecion ú os separais un ápice de lo que se os prevenga, juzgaos en la eternidad.

El pobre caballero no podia hablar , pero si pudiera , lo haria ciertamente para dar todas las garantías posibles de su silencio ; tal era la especie de miedo que sentia en medio de tan estraña situacion despues de tan súbita como inesperada acometida.

—El presidente sacó entonces otro pañuelo con el cual vendaron los ojos al preso.

Vendados ya los ojos, del que seguiremós llamando *el preso*, el presidente y el Fadri lo cogieron cada uno de un brazo y llevándolo á la plazuela contigua, que hoy se llama *Nueva*, le hicieron dar unas cuantas vueltas y girar varias veces sobre un mismo sitio, á fin de hacerle perder completamente el tino.

Despues dando varias vueltas á la plaza para que el *preso* se figurara que andaban largo camino, le condujeron á la Catedral por la puerta misma de antes.

Así que el presidente puso el pié dentro y despues de la voz *San Jorge* del monge Pedro y la consiguiente contestacion *Barcelona* del otro, se hizo seña al Fadri de que entrara, quedándose este al

cuidado de la puerta, mientras el presidente y el monje conducían al enamorado al sitio antes convenido.

Con tan bien tomadas precauciones era imposible que el de los ojos vendados coligiese ni menos guardase el hilo del laberinto en que se encontraba, pues lo que con él se hizo basta y sobra para desorientar al hombre de mas serenidad y mejor tino.

Solo una cosa sabia de cierto: esta es la clase de sitio donde entonces se encontraba.

Sabia que era una iglesia por el olor que se siente en todas así que uno entra.

Pero ¿qué iglesia era aquella?

Difícil era descubrirlo; y mas difícil, si se tiene en cuenta que nuestro hombre se figuraba haber andado lo menos al otro extremo de Barcelona, calculando camino recto los pasos que habia dado en la plaza.

Mientras el presidente, como decimos, acompañado del monje conducía al *preso á buen recaudo* como diría un gacetillero de nuestros dias, el Fadri se quedó detrás de la puerta para dar y recibir la consigna que sabemos.

—*San Jorge!*—preguntaba el Fadri al que entraba.

—*Barcelona!*—respondía el otro.

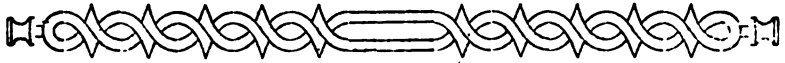
—Pasad y tomad asiento en el coro:—añadía el primero.

Y el reciénvenido sin articular mas palabras pasaba adelante y Fadri se quedaba inmóvil á sí mismo en su sitio, recibiendo con la misma exacta fórmula y haciendo la propia y brevísima indicación á los que iban llegando.

Cuando el presidente y el monje salían de la sacristía donde entraron volviendo del sitio que pensara este último, el primer cuarto de los que preceden á las doce se dejaba oír en el interior de la Catedral.

El monje se dirigió rápidamente á la puerta y á la primera campanada de las doce en punto daba vuelta á la llave para cerrarla, con la misma exactitud que lo hizo una hora antes para abrirla.

Al dar la última hora de las doce, el presidente de la *Hermanidad de la Muerte* se sentaba en el sitio de preferencia del coro de la Catedral, ocupado ya por los individuos de la *sociedad*.



XXV.

CONTINUAN LAS PRECAUCIONES. — ÁBRESE LA SESION.



REÍMOS ocioso en el capítulo precedente hacer una descripción del interior de la Catedral desolada y desierta á media noche, porque aunque ninguno de nuestros lectores la haya contemplado á aquella hora, todos sin distincion se formarán una idea de lo que es y puede inspirar el grandioso templo en semejantes momentos. Además, en lugares tan generalmente conocidos y tantas veces descritos y cantados, preciso es que la falta de novedad se supla con la belleza de la descripción, y esta era para nosotros otra circunstancia que debimos atender. Pero lo que de seguro no han visto nuestros lectores y lo que por lo mismo vamos á intentar describirles, es la sesión de una sociedad secreta, tenida en el coro de una catedral á las doce de la noche.

Ya antes hemos dicho que una sola luz que mereciese llamarse tal alumbraba el sagrado recinto en una gran lámpara colgada frente al altar mayor.

El reflejo de esta luz llegaba demasiado débil al interior del coro para que en las sillas, que sirven á los canónigos, colocadas al rededor sobre una tarima de dos plés de alta y en los otros asientos bajos que ocupa el *bajo* clero, se notase otra cosa que bultos negros pegados á la ya negra y bien tallada madera de que está construido el interior del coro.

El ermitaño ó sea el caballero,—pues hasta que la crónica nos diga su verdadero nombre, tenemos que aplicarle el que le corresponda al modo como se nos presente,—se sentó como antes dijimos, en el asiento del centro, cuando á uno y otro lado estaban ya todos ocupados, menos los dos inmediatos á derecha é izquierda que tomaron el monge Pedro y el Fadrí de Sau.

Un silencio verdaderamente sepulcral reinaba en aquel lúgubre espacio, interrumpido únicamente por alguno que otro crugido de la madera, cosa que se nota siempre en los sitios donde existen grandes construcciones de esta materia, como altares, coro y demás que hay en las iglesias, y el vibrante sonido de las campanas al dar los cuartos y las horas.

La primera voz que se oyó fué la del presidente al pronunciar estas palabras, luego que se hubo sentado :

—Las manos.

Y el presidente, acompañando la acción á su palabra, dió la mano derecha al Fadrí de Sau y la izquierda al monge Pedro, que eran los dos que inmediatos tenia.

Estos, cada cual por su lado respectivo hicieron lo propio con el individuo inmediato, y así siguiendo la cadena, quedó esta formada en breve entre todos los *hermanos*.

El presidente se acercó al Fadrí y le dijo al oído :

—*San Jorge*.

El Fadrí contestó :

—*Barcelona*.

Luego el presidente se inclinó á su izquierda, haciendo lo mismo con el monge Pedro que dió la misma respuesta que el Fadrí, y así corriendo á derecha é izquierda y siempre al oído las mismas pregunta y respuesta, se pasó el santo y seña que, dado y recibido



Luego dirigiéndose á todos exclamó :

— *Hermanos* ; alguno de vosotros sabe quién mató al capitán Martín Andal ?

— Yo ! — contestó el Fadri con voz segura.

— Decid pues quien le mató.

— Yo ! — repuso con la misma voz y con admirable serenidad el Fadri.

— Vos matasteis al capitán Martín Andal ?

— Sí.

— Sabiais que pertenecía á la *Hermandad* ?

— Sí.

— Y en el momento de matarlo sabiais bien lo que ibais á hacer ?

— Sí.

— De suerte que no os arrepentís de ello ?

— Le volveria á matar cien veces — contestó el Fadri , sin perder un punto del tono de sus primeras respuestas.

— Decid , por qué le matasteis ?

— Por traidor.

— Explicaos.

— Por haber vendido el secreto de la *Hermandad*.

— A quién ?

— A la condesa de Fiorerosa.

— Y tentais pruebas de ello ?

— Completas.

— Decid como las adquiristeis.

— El capitán Martín Andal habia hecho la guerra en Italia. Era valiente y muy bien admitido por su condicion y prendas personales en la alta sociedad de aquel país. Allí trabó relaciones con una señora de elevado rango ; pero los caudales del capitán eran poco para aspirar á semejante enlace, y en sus empresas temerarias y sobrados actos de valor jamás pudo lograr el medio que apetecia para labrarse una fortuna que era lo único que le faltaba para llegar al término de sus aspiraciones. Volvió á España con la misma idea siempre fija, y al cabo halló medio de realizarla vendiendo, por una cantidad que ignoro, el secreto de la *Hermandad de la Muerte* á la condesa de Fiorerosa.

—Eso no son las pruebas de traicion que se os piden—observó el presidente.

—Iré á parar á ellas ; pero antes he querido explicar estos antecedentes á la *Hermandad*—repuso el Fadri.

—Continuad—dijo el presidente.

El Fadri continuó sin perturbarse y siempre en medio del mayor silencio por parte de los asistentes :

—Yo que supe, como digo, estos antecedentes, noté un día que salia del palacio de la Fiorerosa el capitan Andal, y aun, que por ser la condesa italiana y haber estado Martin en aquel país, no lo extrañé por el pronto, reflexionando luego que esa señora es la mayor enemiga que tienen los *Narros* en Barcelona, traté de averiguar que clase de relaciones existian entre ella y el capitan. Puesto pues de acecho y siguiéndole de cerca los pasos, un día ví que salia de su casa un criado de la condesa, y á poco salió él muy alegre dirigiéndose hácia Santa María. Su andar era precipitado, y al llegar frente á la iglesia tropezó con el comandante de una galera Genovesa, anclada en este puerto á quien sin duda conocia, por la familiaridad con que observé se saludaron, y al cual pude oír que le preguntaba Martin:

—Y cuando partirá la galera?

Y el comandante le contestó:

—Dispones para el amanecer, que se dará á la vela si como creo tenemos viento.

Entonces Martin sacó una bolsa llena de dinero, á lo que pude presumir, que entregó al comandante. Al sacar la bolsa se le cayó un papel que no advirtió él ni el otro con quien hablaba. Ambos partieron en distintas direcciones y yo cogí el papel, leíle y fuíme luego corriendo á ver si alcanzaba á Martin, que realmente conseguí en el callejon donde se le encontró muerto, que es el mismo punto donde yo le maté.

—Y qué era el papel que recogisteis del suelo, y que tan repentina y terrible determinacion os hizo tomar?

—Una carta.

—De quién?

—De la condesa.

—Pero esa carta?

—Era la prueba de la traicion de Martin, que se disponia ya á partir de España, conseguido el medio de llegar al objeto constante de sus aspiraciones.

—Conservais la carta?

—Aquí está—dijo el Fadrí presentándola al presidente.

El presidente tomó la carta y dijo dirigiéndose al monge Pedro:

—Es necesaria una luz aquí.

—Voy al momento por ella—dijo el monge levantándose.

Al cabo de segundos volvió el monge con un candelero y una vela en él encendida.

—Podeis dejar la luz sobre el facistol de en medio del coro—dijo el presidente.

El monge obedeció y volvió á su asiento.

—El *hermano* que ocupa el asiento trece empezando á contar por la derecha y desde este sitio, tomará esta carta y pasará á leerla á la luz y en voz alta—dijo el presidente así que se hubo sentado el monge.

El individuo á quien aludia el presidente obedeció la orden de este y se puso á leer la carta.

Decia así:

«Os envío el dinero que me pedís; pero necesito saber algo mas acerca de la *Hermandad de la Muerte* y espero que vendreis á verme esta noche en mi casa. Sobre todo averigüad quien es el presidente.

La condesa de Fiorerosa.

—¿Pero esta carta á quien va dirigida?—preguntó el presidente dirigiéndose al Fadrí.

—Léase el sobre, que no se ha leído—repuso este.

El sobre se leyó por el mismo *hermano* que acababa de hacerlo con la carta y decia así:

«Al señor capitán Martin Andal.»

—Hay alguno de los hermanos que conozca la letra y firma de la condesa?—preguntó el presidente.

—Yo—dijo uno.

—Reconoced la de la carta.

Suficientemente examinada y reconocida á la luz, el *hermano* dijo:

—La creo la misma letra y firma de la condesa de Fiorerosa.

Todos, despues de esto, volvieron á sus puestos, y el presidente hizo la siguiente pregunta á la reunion:

—Son suficientes las pruebas de la traicion del capitán Martin Andal que presenta el *hermano* que le mató para absolver á este de la muerte del primero?

Un silencio completo siguió á la voz del presidente, lo cual significaba como han notado nuestros lectores, la completa aprobacion á la conducta del Fadri.

El presidente continuó:

—Queda aprobada por la *Hermandad* la muerte del traidor Martin Andal.

Despues de un breve rato, el presidente volvió á tomar la palabra y dijo:

—Hermanos: por lo que acabais de oír acerca de la traicion y muerte de Martin Andal comprendereis el motivo porque he creído de mi deber reunirlos. La existencia de la *Hermandad* ha sido revelada á una mujer conocida por el mayor enemigo que tiene hoy nuestro partido en Barcelona; y digo por el mayor enemigo, porque la influencia de que goza esa mujer en altas regiones la permite causar todo el daño de que es capaz el encono con que nos mira. Sabemos que la existencia de la *Hermandad* ha sido revelada á la condesa de Fiorerosa; pero no sabemos bastante con esto, y para nuestro gobierno necesitamos averiguar algo mas.

Y el presidente dirigiéndose de nuevo al Fadri le interrogó en estos términos:

—Cuando disteis muerte al capitán Martin Andal, no descubristeis nada mas acerca de sus revelaciones á la condesa?

El Fadri contestó:

—Nada mas que la confesion de su crimen.

—Debisteis haberlo procurado—repuso el presidente.

—Así lo hice, pero fué en vano, por mas amenazas que empleé. Solo cuando se sintió herido de mi primero y último golpe,

me confesó que realmente nos habia vendido ; pero no tuvo tiempo de estenderse mas ; en el momento espiró.

— Hay algun *hermano* que tenga acerca de esto alguna noticia mas?—preguntó en general el presidente.

El silencio de todos respondió á su pregunta.

— De suerte—continuó, que lo único que sabemos es que Martin Audal reveló la existencia de la *Hermandad* á la condesa de Fiorerosa, ignorando si le dijo asimismo nuestro objeto, y hasta que punto se estendió tocante á palabras, signos y nombres de los *hermanos*, que él conocia. Pero hay en todo esto una circunstancia que me ha llamado la atencion, y es el no haber oido en ninguna parte que se haya descubierto una sociedad secreta con tal ó cual objeto, cuando esta noticia en el estado en que se encuentra hoy Barcelona debia naturalmente haberse divulgado con suma rapidez.

Y dirigiéndose de nuevo á la reunion en general, el presidente volvió á preguntar :

— Ha llegado esto á noticia de algun *hermano*?

Todos los hermanos callaron igualmente, lo cual queria decir que lo que preguntaba el presidente no habia llegado á noticia de ninguno.

— Ya comprendereis—continuó—que esto es singular, y da margen á dos conjeturas : ó la condesa por falta de datos, pues de su carta á Martin Audal se desprende que no tenia todos los que deseaba, no ha descubierto la existencia de nuestra sociedad al virey, lo cual cuesta mucho creerlo sin embargo ; ó bien la ha descubierto y el sigilo extraordinario que el gobierno lleva en este asunto es solo para mas fácilmente hallar el hilo de la trama. En uno y otro caso, creo que la *Hermandad* debe adoptar por primera providencia *palabras y signos* nuevos. Las primeras pueden ser *San Jorge, Barcelona*, que son las mismas que di la orden de sustituir preventivamente á las que teniamos.

— Adopta la *Hermandad* estas palabras ?

El mismo silencio de la reunion respondió afirmativamente al presidente.

Este dijo entonces :

—Quedan aprobadas como santo y seña las palabras *San Jorge, Barcelona*.

Luego con respecto á los signos el presidente repuso :

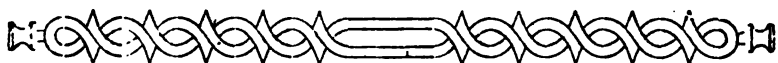
—Acerca de los *signos*, la variacion en mi concepto puede ser muy sencilla. No es necesario adoptar otros. Con solo hacer con la mano izquierda los signos que hacíamos con la derecha, queda salvado este punto. Y en cuanto á los *golpes* pueden ser cinco en vez de tres. ¿Se adopta esta variacion ?

Ninguno de los circunstantes opuso la menor observacion.

El presidente , como habia hecho antes con las *palabras* , dijo respecto de los signos :

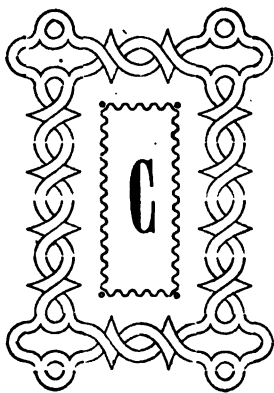
—Queda pues resuelto y convenido que los mismos *signos* se harán en adelante con la mano izquierda y que los *golpes* serán cinco en vez de tres como han sido hasta ahora.





XXVI.

CONTINUA LA SESION.



Como han visto nuestros lectores, ninguna prevencion descuidó el presidente de la *Hermandad de la Muerte*, para ponerla á cubierto de los efectos que la traicion de Martin Audal pudiera traer sobre ella.

Tomadas estas primeras medidas, se pasó luego á tratar de los asuntos que, como iremos viendo, eran el objeto de la *Hermandad*.

Así, el presidente volvió á tomar la palabra preguntando:

— Alguno de los *hermanos* sabe acerca de la condesa de Fiorrosa algo que pueda tener relacion con el objeto de la *Hermandad*?

— Yo! — dijo uno.

— Y yo — añadió otro.

— Yo tambien — dijo un tercero.

— Empezando por la derecha, diga lo que sepa el *hermano* á quien le toque.

— Hace cuatro noches, pasando yo por la calle en donde está el palacio de la condesa, y al llegar á la puerta principal vi salir á dos hombres cuya presencia en aquella casa me pareció de mal agüero.

— Conocisteis á esos hombres? — preguntó el presidente al que habia empezado á hablar.

— Sí—contestó este.

— Quiénes eran?

— Dos de los asesinos de Don Juan de Serrallonga: Colmenar y Miguel Monredon, el Alguacil Mayor.

— Proseguid.

— Yo les pude reconocer á la luz de la gran lámpara que ilumina el patio de la condesa, y como la noche era bastante oscura, así que estuvieron en la calle, pude seguirles sin que notaran mis pasos. Colmenar empezó por decirle á Monredon:

— « Por lo visto, esa mujer tiene toda la confianza del conde-duque. »

A lo cual Monredon contestó:

— « Para recibir carta de puño y letra del ministro, mucho valer es necesario y hasta muchísima confianza. »

— « Y tiene razon cuando acusa de débil al virey; pero pronto esa debilidad desaparecerá con nuestras escitaciones y mas que todo ante el miedo de que la condesa, si Santa Coloma sigue esta marcha dudosa, influya con el conde-duque para que este le despoje del vireinato. »

— Hé aquí lo que oí tan solamente, pues á estas palabras sucedió un completo silencio hasta llegar al palacio del virey donde se entraron ambos.

— Con que tenemos segun eso—dijo el presidente—que la condesa está en correspondencia con el conde-duque de Olivares; que la marcha de Santa Coloma en el gobierno es demasiado débil, es decir poco cruel, y que se confia en que sea mas fuerte, con las escitaciones de Colmenar y Monredon y por el miedo de que Santa Coloma pierda el vireinato de Cataluña, si no sigue las inspiraciones de la condesa.

—Es esto todo lo que podeis manifestar?—dijo el presidente al que acababa de hablar.

—Esto es todo lo que sé.

—Puede hablar el otro *hermano*.

Y el segundo empezó :

—El *hermano* que me ha precedido en la palabra está perfectamente enterado, pues sus noticias corresponden á las mias que son la consecuencia legítima de lo que ha oido de su boca la *Hermandad*. El virey se ha decidido segun parece por el terror, obedeciendo en un todo las indicaciones que recibe de la condesa conformes con las órdenes que tiene de Madrid, y presto, pues está acordado ya y decidido, las casas de los catalanes tendrán que dar, sino de grado por fuerza, el alojamiento á las tropas de Castilla.

—Sabeis esto positivamente?—dijo medio alarmado el presidente.

—De positivo.—Contestó con la mayor seguridad el preguntado.

—Proseguid.

—Y en prueba de ello, y como en celebracion de haber podido inclinar á este lado el ánimo del virey, la condesa da en su palacio un gran baile, que tendrá lugar lá noche del lúnes próximo, y al que concurrirán todos los *Cadells* seguramente.

—Habeis concluido?—preguntó el presidente.

—No puedo dar otras noticias.

Puede manifestar lo que sepa el *hermano* á quien toca hablar ahora.

El tercero habló de esta manera.

—La condesa es rica, muy rica y por consiguiente su gran fortuna le permite disponer de gruesas sumas de dinero que no escasea, siendo por otra parte espléndida á la prodigalidad, cuando así conviene á sus fines. Yo sé que la condesa tiene agentes en varios pueblos del principado, los cuales alistán diariamente á los hombres que pueden. No se les dice el objeto. Se pasa á cada individuo desde el momento en que quedan alistados una libra catalana cada tres dias y se le promete además el saqueo cuando sea

llamado á batirse. El objeto, repito, no se les dice, ni lo sé yo, pero puede presumirse; mas, puede asegurarse cual será y contra quien el fin que la condesa se lleve al lanzar á sus mercenarios en un dia dado.

—No sabeis nada mas? —preguntó el presidente.

—Abí está todo.

—Declaro —dijo entonces el Fadri— que lo que acaba de decir el último *hermano* que habló, es exactamente lo mismo que yo sabia y que noticié no ha mucho al presidente.

Este dijo entonces, corroborando lo del Fadri :

—Es cierto.

Luego pasando á considerar lo manifestado á la *Hermandad*, el presidente dijo :

—Ya veis, *hermanos*, que los enemigos de la patria, ayudados por esos hijos ingratos que en mal hora nacieran en este leal y honrado suelo, no descansan, y siguen con mayor empeño cada dia forjando las cadenas con que pretenden abogar los fueros y libertades, que el mismo conquistador prometió respetar, al unir la rica perla de Barcelona á la corona de Castilla. Sus trabajos, por lo que habeis oido, están ya muy adelantados, y en breve, si antes no les oponemos la valla de nuestro derecho apoyado por nuestra fuerza, invadirá nuestro principado la plaga de todos los males que puede traer sobre nosotros, la dominacion del que nunca puede, sin menoscabo de nuestra honra, sin mengua de nuestro decoro, ser nuestro árbitro y absoluto dueño. Yo creo, *hermanos*, que siendo el objeto de nuestra sociedad la emancipacion de Cataluña, nuestros trabajos han, cuando menos, de marchar al nivel de los que emplean para esclavizarla nuestros tiranos.... digo mal; han de marchar delante, porque la fuerza material que nos falta para igualarnos á su poder, es preciso que la supla la antelacion y la sorpresa. Creo, pues, prudente, y hasta necesario á la salvacion de la patria adelantar todo lo posible el dia en que saliendo á las calles y llamando á nosotros á todos los catalanes honrados y buenos, nos levantemos en rebelion proclamando la independenciam, la emancipacion de Cataluña.

Concluida esta especie de proclama que tal puede llamarse el dia-

curso improvisado y lacónico que pronunció el presidente, se dirigió á la reunion en general preguntando :

—Está de acuerdo la *Hermandad* con mis apreciaciones, y con adelantar el dia que teníamos prefijado? Decid claramente sí ó no y la opinion de cada cual, maniéstese clara y terminante. En asuntos que á todos atañen igualmente y en que todos arriesgan la cabeza el voto del primero vale tanto como el del último.

Y el presidente repitió la pregunta :

—Está de acuerdo la *Hermandad* con el parecer que he manifestado?

Un sí compacto y repetido dos veces fué la contestacion que obtuvo el presidente.

—Está bien—continuó.—Los *hermanos* mayores digan si están dispuestos sus grupos respectivos para el momento, ó bien los dias que necesitan para ello.

—Tres dias—dijo una voz.

—Tres dias—añadió otra.

Y así sucesivamente todos los *hermanos mayores* fueron repitiendo la voz *tres dias*.

—Dentro de tres dias pues, estará la *Hermandad* dispuesta para la primera orden—esclamó el presidente.

De acuerdo ya todos los individuos de la *Hermandad de la Muerte* acerca del punto que motivó su reunion y en el importantísimo del tiempo para prepararse, faltaba tratar del modo como mejor se llevaria á efecto la conjuracion tramada, para su mejor y mas probable resultado.

Pero esta era ya cuestion en la que habian de esponderse dictámenes y que tendria que discutirse probablemente.

El lector ha visto ya que en la sociedad, además del presidente, habia *hermanos mayores*. Una de las facultades ó atribuciones que á estos competian, era el tratar y establecer con el presidente, en caso de guerra—que era el nombre que se daba á las tentativas con las armas—el plan y forma del ataque. Hallándose pues próximo este caso, era evidente que sin perder momento habia de tratarse y establecerse en la misma reunion.

La facultad de convocar á los *hermanos mayores* para este caso

residia en el presidente, y conociendo este la premura del tiempo, se apresuró á decir:

—*Hermanos*: ya habeis visto el estado de los asuntos que hemos tocado en esta reunion, y yo me lisonjeo prometiéndome felices resultados de la unidad que reina en todos vosotros. El tiempo, como conoceis, es precioso y no podemos demorar un instante el tratar del modo como mejor pueda combinarse la tentativa que vamos á hacer en breve, para romper las cadenas que oprimen á la patria. *La Hermandad* sabe que los trabajos de preparacion para este caso corresponden á los *hermanos mayores* que debe convocar el presidente. Una vez que todos están aquí, en mi concepto, aquí mismo y en este momento debe empezarse á tratar de este asunto. Los demás hermanos, como que lo que aquí suceda y se diga no ha de ser un secreto para ellos, puesto que lo han de saber mas tarde y sobre todo porque no existen secretos para ningun individuo de la *Hermandad* en asuntos que á ella conciernen, pueden quedarse, ó retirarse. Los que quieran lo primero permanezcan en sus asientos; los que lo último, levántense y la puerta se abrirá para que vayan saliendo con el mismo sigilo que entraron.

Concluidas estas palabras del presidente gran número de los individuos que ocupaban el coro de la Catedral se levantó de pié, quedando otro mucho menor inmóvil en sus asientos.

Los que se habian levantado eran todos, sin escepcion, los *hermanos menores*. Los *mayores*, como se deja comprender, permanecieron inmóviles en sus asientos.

El presidente entonces dijo al monge Pedro:

—Abrid la puerta.

El monge obedeció.

El presidente continuó:

—Conviene que no salgan mas de dos á la vez.

Las mas leves indicaciones del presidente, eran, como habrá observado el lector, órdenes que se obedecian tan puntual como estrictamente.

Los *hermanos menores* fueron pues, saliendo con suma cautela y de dos en dos por la ya indicada puerta de la Catedral que guardaba, lo mismo que á la entrada, el monge Pedro.

Al salir del coro los dos últimos, el presidente dijo al Fadrí :

—Id á decir que puede ya cerrarse la puerta.

Momentos despues volvian el Fadrí y el monge Pedro que ocuparon otra vez sus asientos á derecha é izquierda del presidente.

Los demás *hermanos mayores* se fueron aproximando á la presidencia llenando los asientos mas cercanos á ella, que habian desocupado los que acababan de salir.

Nos parece que asaltará una curiosidad á nuestros lectores : la de saber si estaba allí tambien entre los individuos de la *Hermandad de la Muerte* el nuevo afiliado Orso de Monteferro.

Naturalmente ; estaba allí. Habia recibido el aviso igual que los demás, y Orso que era por naturaleza hombre que sabia fielmente cumplir todos sus compromisos, no podia faltar al primero que se le ofrecia, y menos en cosa tan delicada como él debia suponer lo era, viniendo de la *Hermandad*.

Allí, pues, estaba y de los primeros, nuestro jóven caballero Orso de Monteferro.

Al principio de la sesion, admirado—como sucederia á cualquiera, que en su caso y de improviso se encontrase—del esquisito cuidado con que aquella gente procedia, y luego despues del aplomo, brevedad y precision con que se hablaba, apenas le permitia su asombro calcular su posicion en aquel sitio. Así es que no hacia mas que volver la vista de uno á otro lado, encontrando en todas partes el mismo misterio, el motivo mismo de admiracion. El fantástico al par que grave sitio de la reunion, la hora de esta, las inmóviles fisonomías de los asistentes, las preguntas secas del presidente y respuestas nada estensas de los preguntados ; todo tenia al principio á Orso de Monteferro como pasmado y presa de una estraña pesadilla.

Poco á poco, sin embargo, fué volviendo de su asombro ; pero fué para entrar en un tormento terrible.

Orso oia que las preguntas del presidente eran satisfechas por los individuos de la *Hermandad* ni mas ni menos que si las hiciera el confesor ; oia mas todavía ; esto es, que sin preguntar directamente á un individuo, este se espontaneaba hasta el punto de confesar un homicidio ante la *Hermandad*, como lo habia hecho el

Fadri, Orso pensaba desde aquel momento, que no solo era deber entre los *hermanos* el responder la verdad de aquello sobre que fuesen preguntados, sino que tambien lo era el decir lo que supiesen acerca de las personas y cosas que pudieran interesar á la *Hermandad*.

Calcúlese ahora si seria tormento el de Orso cuando oyó que se hablaba de la condesa de Fiorerosa, acerca de la cual no sabia si era poco lo que el podia decir, y, en este caso, si haria un pobre papel ante la *Hermandad* con una *sútil* manifestacion, ó bien si perjudicaria á su proyecto de venganza, y obstaria para hallar á los asesinos de su padre, el decir el misterioso aviso que junto á la columna de la Catedral frente á la capilla de Santa Eulalia recibiera dias antes.

Entonces la voz misteriosa resonó otra vez en la mente de Monteferro y este volvía con frecuencia la cabeza desde el asiento que ocupaba en el coro de la Catedral, al sitio donde oyó la voz que le repetía dentro de sí:

«Orso de Monteferro, existe una persona que sabe quienes fueron los asesinos de vuestro padre y de vuestro tío. Es la condesa de Fiorerosa. Hacedos presentar en su casa y procurad arrancarla su secreto. No despreciéis mi consejo. Los ensangrentados manes de vuestro padre y de vuestro tío piden venganza.»

Esta idea, la idea constante que ocupaba la imaginacion de Orso á todas horas, con la doble circunstancia de oír en aquel momento el nombre de la condesa y hallarse en el mismo lugar donde recibiera el aviso, se dejó sentir como nunca en su cerebro en el cual amenudo se levantaban mil visiones de venganza contra el, hasta entonces, tan inútilmente buscado asesino de su padre.

Esto, como se comprende, acababa de tener absorto á Orso de Monteferro.

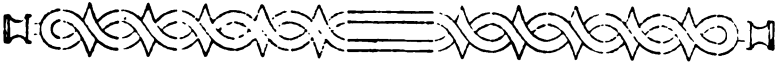
El presidente, que ya en otra ocasion, si mal no recordamos, dijimos tenia una vista de águila, al través de las sombras que envolvian el coro, distinguió desde el principio de la sesion á Monteferro que ocupaba un asiento poco apartado, nólando en su fisonomia una especie de estupor producido por grandes emociones de su

espíritu en aquel momento ; pero lo atribuyó á la estraña novedad que para Orso debia ofrecer el lugar y la clase de reunion en que se encontraba. Monteferro, por su parte, fijaba no pocas veces la vista en el presidente, y á pesar de que la luz escasa de la lámpara que penetraba en el coro, no le permitia distinguir claramente su fisonemía, sin embargo, el metal de su voz varonil y vibrante y sus desembarazados y libres movimientos, le tenian sobremanera confuso y pensativo.

Orso no podia dudar, puesto que lo veia en aquel sitio y desempeñando aquellas funciones, que aquel era el presidente de la *Hermandad de la Muerte*, y recordando al propio tiempo la figura del ermitaño, su rostro venerable, sus palabras tan llenas de verdad y sobre todo el acto de nombrarle por sí y ante sí *hermano mayor*, de lo cual no podia dudar tampoco Monteferro, puesto que como á tal y en virtud de las contraseñas comunicadas habia penetrado y se hallaba en aquel lugar; recordando, repetimos, todas estas circunstancias del ermitaño, no podia creer que este le hubiese engañado fingiéndose presidente de la *Hermandad*.

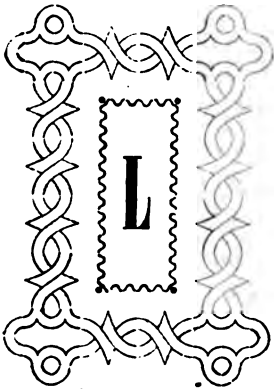
No se estrañará, pues, que un jóven del temple y carácter de Monteferro y que por conviccion y por instinto pertenecia en cuerpo y alma á la *Hermandad*, estuviese tan absorto y tan inactivo durante la sesion toda, abismado como se hallaba su espíritu, fluctuando en medio de aquel caos de confusas ideas y diversos sentimientos que á la vez le agitaban.





XXVII.

SEGUNDA PARTE DE LA SESION.—UNA BROMA PESADA.



La segunda parte de la sesion, pues segunda parte de la que hemos visto es la que vamos á presenciar, dió comienzo, así que todos los *hermanos mayores* ocuparon los puestos mas cercanos al presidente.

Este tomó en el momento la palabra y dijo:

—Al empezar á tratar del asunto que por primera vez va á ocupar á los *hermanos mayores*, debo hacer antes una advertencia de suma importancia. Ya conocéis lo delicado, delicadísimo de la empresa que vamos á acometer, y las tristes consecuencias que traeria sobre el pais'si saliese frustrado el plan que tratamos de llevar á cabo. En toda clase de asuntos á la luz de la discusion se descubre mas fácilmente el camino de la verdad. Importa, pues, que cada cual haga las observaciones que juzgue convenientes al plan que se presente,

sin miramiento de ningún género y sin traba de ninguna clase. Además, siendo, para este caso, iguales enteramente en atribuciones todos los que aquí estamos, reside igualmente en todos el derecho de esponder un plan de alzamiento, como el de rebatir el que se proponga, aunque dimanase del mismo presidente. Os ruego que no olvideis estas advertencias por miras puramente particulares, que deben desterrarse en este sitio donde no ha de oírse otra voz que la general de la patria oprimida. Ahora, empezando por la derecha, levántense los *hermanos* que quieran esponder algún plan ó idea acerca del modo como mejor crean que puede efectuarse el alzamiento.

A estas palabras del presidente dos individuos se levantaron quedándose de pié junto á sus asientos.

El presidente preguntó entonces:

—No hay ningún otro *hermano* que quiera esponder, á su vez, plan alguno?

Nadie más respondió.

—El presidente dijo á los que se habían levantado:

—Sentaos.

Luego señalando el más inmediato de los dos, añadió:

—Podeis empezar.

Y una voz mesurada y grave se dejó oír de esta suerte:

—Seré muy breve, porque mi plan es muy sencillo: Al amanecer de un día que señalará el presidente, dos ó tres *hermanos mayores* estarán apostados con el suficiente número de hombres armados en las cercanías del palacio del virey, los demás *hermanos mayores*, á juicio también del presidente, distribuidos en los cuatro ángulos de la capital con el resto de la gente que contamos para aquel día. En el campanario de la Catedral se colocan cuatro *hermanos menores* y dos en cada uno de los campanarios de las otras iglesias. A una hora dada, un toque de rebato general será la señal del ataque, y mientras los del palacio embisten apoderándose del edificio y de la persona del virey, los demás avanzan hácia el centro levantando al pueblo y batiendo á la tropa desprevenida á aquella hora en los cuarteles.

—Habeis concluido?—preguntó el presidente.

—He concluido.

—Quiere alguno esponer su opinion en contra?

—Yo —dijo uno de los presentes.

—Hablad—añadió el presidente.

—Creo, en primer lugar que la hora del amanecer no es la mas propia. La noche es sabido que en momentos de sorpresa aumenta la confusion del atacado y favorece el plan del que ataca. Esto sin contar con que cien hombres lanzados á la calle de noche, imponen mas que cuatrocientos de dia. Creo, pues, que debe adoptarse la hora de la noche. No creo asimismo fácil, si bien lo juzgo sumamente importante, apoderarse del palacio y la persona del virey, sin distraer la atencion de la guardia hácia otro punto cercano. Así pienso que debia buscarse un medio de hacer salir parte de la guardia y distraerla á otro punto, para mas fácilmente atacar luego el palacio. El toque de rebato general, desde el momento en que por las circunstancias especialísimas en que nos encontramos y el gran sigilo que es necesario en los preparativos de esto, no podemos de antemano participarlo á gran parte del pueblo, es, en mi concepto, innecesario por cuanto el toque de rebato sirve para convocar al pueblo cuando ya sabe á lo que va, y como en nuestro caso, gran parte de la poblacion, como ya he dicho, no puede estar enterada de ello, es de aquí que creo innecesario el toque de las campanas.

—Teneis otras observaciones que hacer?—preguntó el presidente.

—Ninguna mas.

El presidente entonces se dirigió á todos volviendo á preguntar:

—Le ocurre á algun otro *hermano* otra observacion que oponer al plan presentado?

Todos callaron.

—Se toman en consideracion los inconvenientes manifestados?—preguntó otra vez el presidente.

—Sí, sí—dijeron casi todos, saliendo el primer *sí* de boca del mismo *hermano* que habia espuesto el plan.

—Esponed ahora el vuestro—dijo el presidente al segundo que habia indicado antes deseos de presentarlo.

El segundo presentó su plan de esta manera :

—Puesto que sabemos la marcha de crueldad que va á adoptar el virey en virtud de las órdenes recibidas de Madrid y las instigaciones de la Figuerosa y Colmenar y Monredon, segun esta noche manifestó á la *Hermanidad* uno de sus individuos; empléese primero un día, el de mañana por ejemplo, en hacer saber al pueblo esta nueva. Para ello salgan á la vez de su casa todos los *hermanos* indistintamente y sublevada por este medio la conciencia de los vecinos de la capital, se prepara así á secundar el movimiento el día que se haga. Esto, hecho de casa en casa y como confidencialmente, sin decir una palabra acerca del alzamiento, llegaria no mas como un rumor del descontento del pueblo á oídos del virey, quien de seguro se inmutaria poco por ello. Preparado esto así no tendria inconveniente en aceptar el plan propuesto con las salvedades que la reunion ha tomado ya en consideracion.

—Habeis concluido? —preguntó el presidente.

—Sí.

—La reunion acepta las observaciones que acaba de oír?

—Aceptadas —dijeron todos á la vez.

—Son muy acertadas en mi concepto y creo que van á servir de mucho para el caso —añadió el presidente.

Luego, orillando las dificultades que ofrecia el plan presentado y conciliando los extremos, continuó:

—Con lo que la reunion ha oido, aprovechando las ideas emitidas, que han merecido ya vuestra aprobacion, creo que pudiera establecerse un plan que llevado á cabo con la estricta precision y buena inteligencia que requiere, nos llevaria al resultado que apetecemos. Será este: La condesa de Figuerosa da, como habeis oido, un baile dentro de breves dias. A este baile por el objeto que le motiva y á mas por la calidad y alta posicion de la condesa en Barcelona, acudirán desde el virey hasta la última persona notable que tenga el partido de los *Cadells*. Ahora bien: supongamos—que bien podemos suponerlo, puesto que vereis lo fácil que es,—que entre los convidados hay un número no despreciable de *Narros* y algun individuo de la *Hermanidad*. Esto he dicho que es fácil, porque la condesa, obedeciendo á la ley de la etiqueta, no dejará

de invitar á alguno de los nuestros que en Barcelona goza de buena posicion social, y además su carácter, naturalmente cruel y altivo, no desperdiciará esta ocasion de gozarse ante sus contrarios humillados con ese nuevo triunfo de la tiranía sobre la justicia y los derechos del pueblo. Algunos, pues, de nuestros *hermanos* estarán en el baile; porque si al fin no fueran invitados—lo que no es probable que suceda, pues que algunos de ellos se relacionan con la condesa,—se buscaria medio ó pretexto de que asistiesen; y sin perder de vista un momento al virey y demás personajes que en su defecto pudieran suplirle en un caso crítico, están atentos á la primera señal que se haga. Dada la señal, apodérense de las puertas de salida de la casa impidiendo á todo trance el paso. **Momentos** antes, se hacinan valiéndose de la oscuridad toda clase de combustibles, preparados de antemano, al rededor de la casa y dentro de las habitaciones bajas, para lo cual no faltará medio tampoco. Se prende fuego dejando libre la puerta principal que es por donde saldrán los nuestros solamente, pues la tendremos guardada desde afuera; y posesionados de las bocacalles contiguas, mientras contenemos ó derrotamos á la fuerza armada que acuda, quizás al apercibirse del incendio, nuestra gente desde los cuatro ángulos de Barcelona cae sobre los sitios donde están acuartelados los soldados y estos, en medio de la noche, con el natural sobresalto y el efecto de la sorpresa, sabiendo que el virey con los principales jefes es á preso, porque se hace cundir la nueva rápidamente, y ellos la creen al ver la falta de órdenes superiores, ó capitulan para salvar una vida que saben van á perder en medio de un pueblo que se bate á muerte, ó se encierran en sus cuarteles dejando el campo á la revolucion. Ganada la primera tentativa, tenemos tiempo para determinar lo demás. ¿Se aprueba el plan por la reunion?

—Completamente—dijeron á la vez todos los hermanos.

El presidente, apesar de esta satisfactoria acogida que tuvo su idea, continuó:

—No porque sea del presidente, *hermanos*, ha de estar libre el plan por mí presentado de las objeciones que os sugiera vuestra prudencia ó vuestra pericia. Ya os he dicho que en esta cuestion

arriesgamos todas nuestras cabezas y nuestras fortunas igualmente, y por lo mismo es y debe ser igual en cada uno el derecho de discutir y mirar despacio cosa que tan cara puede costarle. Ocorre, repito, á alguno de vosotros alguna observacion?

—Ninguna, ninguna—contestaron todos á la vez.

—Adelante, pues, con el plan adoptado—repuso el presidente, —llévese á cabo con la decision y confianza que debe darnos la santa causa que defendemos: y al brillar en el palacio de Fiorerosa la inmensa hoguera que abrase ese padron de nuestra esclavitud, su luz alumbré el dia de nuestra justicia y de la independéncia de la patria.

Al concluir el presidente estas palabras pronunciadas con todo el ardor que inspira el sentimiento santo de libertad é independéncia, el reloj de la Catedral daba las cinco de la madrugada.

—Las cinco—dijo el presidente.—Es hora de despejar porque es ya la de abrir las puertas de la Catedral.

El monge Pedro que oyó la hora y era efectivamente la de abrir las puertas, dijo:

—En este momento, es posible que estén esperando ya á las puertas algunas gentes que tienen la costumbre de oír la misa primera que se dirá dentro de media hora y no considero prudente que salga nadie en este instante.

—Entonces—dijo el presidente—cómo se arregla esto?

—Muy fácilmente—contestó el monge—los pocos que aquí estamos, podemos distribuirnos muy bien arrodillados en varios sitios. Los que entren por una puerta no sabrán si el que ven ya orando de rodillas entró antes por otra; y pasado un rato, cada uno sale cuando quiere.

—Perfectamente—dijo el presidente.

Luego dirigiéndose á todos concluyó:

—*Hermanos*, á orar pues cada uno al santo que tenga mas devocion.

Dos minutos despues los *hermanos mayores* se hallaban ya disminuidos, de pié unos y de rodillas otros, orando en varios sitios de la Catedral.

Al salir del coro, el Fadrí preguntó al presidente:

— Señor, y el preso?

— Es verdad. Habrá pasado una noche divertida!

— No pasará peor el día, si no hay ocasion de hacerle salir—
repuso el Fadri, en el mismo tono de chanza.

El presidente se acercó entonces al monge Pedro, y le dijo :

— Como lo arreglamos para hacer salir á aquel hombre que escondimos en aquel sótano? Pues seria cruel tenerle allí todo el día.

— Muy fácilmente, contestó el monge.—Tardará en amanecer lo menos una hora; él trae capa; se le emboza bien y por la puerta esa mas inmediata á la sacristía se le saca á la calle, y con las mismas precauciones que aquí se le trajo se le lleva á otra parte.

— Comprendes?—preguntó el presidente al Fadri que habia oido la esplicacion del monge.

— Perfectamente.

— A ello pues—dijo el presidente.

— Quién ha de llevárselo?—preguntó el monge.

— Yo—respondió el Fadri.

— Venid pues conmigo.

Y el monge y el Fadri se fueron hácia la sacristía mientras el presidente se arrodillaba, imitando á sus compañeros, junto á una columna de la derecha del coro.

Las campanas de la Catedral daban ya el toque de la oracion.

Dentro ya de la sacristía el Fadri y el monge, este le dijo :

— Sentaos en este banco, mientras yo me visto y voy á abrir las puertas.

En un abrir y cerrar de ojos el monge Pedro sacó de uno de los grandes cajones que hay en la sacristía de la Catedral, una sotana y un sobrepelliz que se puso y fuese en derechura á la puerta de la calle del Obispo, donde dejó colgadas las llaves. Abrióla y sucesivamente las demás, dejando paso á varios fieles que con efecto aguardaban de pié unos y acurrucados otros en los umbrales.

Concluida esta operacion, el monge volvió rápidamente al sitio donde aguardaba el Fadri.

—No hay que perder momento ; vamos—le dijo al llegar.

Y sin detenerse se internó por una puerta pequeña y forrada de hierro seguido del Fadri.

Presto se encontraron en el sitio donde el pobre caballero sin moverse ni articular palabra como se le habia prevenido, estuvo durante seis horas mortales.

—Os habeis salvado por ahora —dijo el Fadri al verle y notando que ni siquiera habia intentado quitarse ninguno de los pañuelos que le tapaban los ojos y la boca.—Por ahora os habeis salvado—continuó á fin de conservar el miedo del otro que tanto le interesaba—y dentro de un rato estareis libre completamente, si me seguís observando estrictamente lo que se os ha encargado. De lo contrario, ya os lo he dicho y os lo repito ahora, sois muerto.

Como habia permanecido seis horas, permanecería indudablemente un rato mas el asombrado caballero.

—Levantaos.

El caballero se levantó del asiento que ocupaba.

—Ahora embozaos bien en vuestra capa.

El caballero, obedeciendo como un autómeta al poderoso resorte de aquella voz, que no tenia por cierto nada de agradable, se embozó como se le mandaba.

—Perfectamente—añadió el Fadri.—Ahora dadme el brazo y seguidme.

El monge Pedro tomó la delantera, y el Fadri y el caballero, ni mas ni menos que dos amantes ó dos íntimos amigos cogidos del brazo, le siguieron hasta la sacristía.

Allí sin hablar una palabra se quedó el primero, y los dos últimos siguieron el camino antes indicado.

Al encontrarse ya en la Catedral el Fadri levantó el brazo que tenia libre, pues el otro ya hemos dicho que lo daba cordialmente á su compañero, y quitándose el gorro, llevó luego la mano á la cabeza del otro para quitarle el sombrero.

Esta accion fué muy oportuna, pues á pesar de la oscuridad, hubiera sido fácil que alguno notara como dos hombres iban cubiertos estando en la Catedral.

El caballero por su parte, puede decirse que agradeció esta aten-

cion, pues por *el olor* conoció, como anteriormente, que se hallaba otra vez en una iglesia.

Fuera ya, el Fadri cubrió cortesmente á su compañero y atravesando calles y callejones le llevó frente á la misma iglesia de Santa María.

Paráronse en medio de la plaza y el Fadri soltándole el brazo, le dijo:

—Permaneced aquí, hasta que yo vuelva á buscaros, ni mas ni menos que como habeis estado en el otro sitio. Debo repetiros que penseis que os va en ello la vida.

Y el caballero se quedó de pié é inmóvil como una estatua en la plaza, mientras que el Fadri á paso lento y sosegado se alejaba para quedarse luego parado y observando en una esquina cercana.

La oscuridad de la noche desaparecia, vencida por los albores matutinos, y la gente que pasaba por Santa María, yendo á la iglesia ó á sus respectivos quehaceres, notaba aquel especie de fantasma que en aquella hora se veia en medio de la plaza.

Su calidad de caballero, que tal parecia y era realmente, si bien hacia notar mas y mas á la gente aquella figura que parecia allí clavada, contenia la burla y la chacota del vulgo acostumbrado á respetar en todas partes á las altas clases, impidiendo que llegase á conocer el caballero todo el ridículo de su posicion en aquel sitio.

Las risas, pues, y los comentarios de la gente eran y se hacian por lo bajo, y el número de hombres y mujeres aumentaba á medida que los que por allí pasaban se iban uniendo al corro para contemplar y descubrir qué haria y por qué estaba así aquel caballero con los ojos vendados y tapada la boca con un pañuelo.

Difícil seria calcular hasta cuando hubiera durado tan singular espectáculo, pues no diremos el excesivo, sino el fundadísimo miedo del caballero que constantemente le hacia oír aquella terrible voz: *Permaneced aquí hasta que yo vuelva á buscaros, ni mas ni menos que como habeis estado en el otro sitio. Debo repetiros que os va en ello la vida*, no le permitia mover una mano siquiera, temeroso de que se cumpliese la terrible promesa del misterioso desconocido.

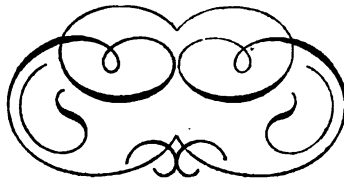
Por fortuna acertó á pasar por allí un capitán de las tropas castellanas, que atraído por la gente y mirando con atención al caballero, exclamó de repente y en voz alta :

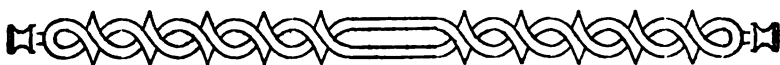
— Pardiez ! es el hijo del virey !

La gente allí agrupada, en medio de la sorpresa, ahogó apretando los dientes una risa que en otro caso hubiera sido tan general como ruidosa.

Oyóse sin embargo una fuerte carcajada que dejó escapar un hombre abandonando una esquina cercana.

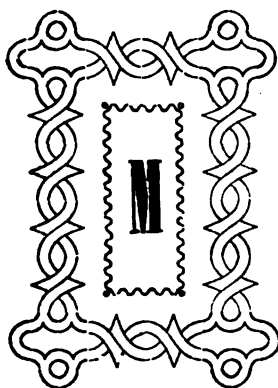
Era del Fadri de Sau que no pudo contener la risa al ver el desenlace de aquel incidente y conocer el nombre del caballero.





XXVIII.

PESQUISAS INÚTILES DEL BARON DE GUALBA.



MIENTRAS la *Hermandad de la Muerte* prepara sus trabajos y llega el día de poner en ejecución el pensamiento adoptado por todos, veamos que sucede en casa del baron de Gualba y lo que hace este después que entra en ella y nota la falta de Isabel.

Los maridos celosos son y han sido en todos tiempos los que más tiranizan á sus mujeres y los que más se desesperan cuando las pierden.

El baron de Gualba ya hemos dicho que era celoso en extremo, y, dicho sea con verdad, tenía sobrados motivos para serlo.

Su mujer era joven y hermosa, él bastante feo y casi viejo; ella con talento, él de escasa comprensión; él estaba enamorado de su mujer, y esta no lo estaba, ni mucho menos, de su marido.

El baron, aunque de escaso talento, como decimos, comprendía todo esto, y como la más terrible causa de los celos está en la con-

ciencia de la escasez del mérito propio, este sentimiento del baron de Gualba aumentaba haciéndose mas horrible cada dia, á medida que mas comparaba sus pobres merecimientos con las altas prendas de Isabel.

Lo primero que hizo al subir á su casa, despues que dejó á la condesa de Fiorerosa, fué preguntar á los criados por la señora.

— Ha salido—le contestaron.

— Con quién ?

— Sola.

— Sola!—dijo el baron asombrado.

— Sola, si señor—repuso una doncella.

— Hace mucho?—volvió á preguntar el baron con visible y marcada ansiedad.

— Como una hora.

— Como una hora! —dijo para sí y reflexionando profundamente.

Luego dirigiéndose á la doncella le dijo :

— Entra, Juana.

Y el baron, seguido de la doncella, penetró en uno de los salones de la casa.

De repente se paró y volviéndose á la doncella que le seguia le dijo :

— Óyeme atentamente, Juana, y responde bien á las preguntas que te haga.

— Os escucho, señor.

— Hace cosa de una hora que tu señora salió ?

— Sí, señor.

— Sola ?

— Sola.

— Bien. ¿ Qué traje llevaba ?

— Vestido y manto negros.

— Vestido y manto negros!—esclamó el baron con voz fuerte y dando una patada en el suelo.

— Señor!...—dijo la doncella asustada.

— Vestido y manto negros!—continuó el baron hablando consigo mismo y paseándose á largos pasos por la estancia.—Era ella! Sí,

era ella. Pero la salida de la condesa... Quién sabe... Tal vez la esperaba allí!...

Y volviéndose á la doncella le preguntó otra vez:

—Díme: la señora salió de casa esta tarde?

—No señor.

—Has visto qué ha hecho hasta la hora que salió?

—No señor.

—Pues?

—Ha pasado toda la tarde en ese gabinete—dijo la doncella señalando una puerta del salon.

—A quién ha recibido?

—A nadie.

—Lo sabes bien?

—A nadie absolutamente.

—Y recado?

—Tampoco.

El baron volvió á pasearse con la misma agitacion y al cabo de un rato con tono áspero é imperioso dijo á la doncella:

—Véte y dile á un criado que entre.

—A cuál, señor?

—A cualquiera, al primero que encuentres al paso—repuso el baron redoblando la aspereza del tono con que hablaba.

La doncella salió y el baron se metió, dando un fuerte empujon á la puerta, en el gabinete que antes señalara la doncella.

A los pocos momentos una voz temerosa y sumisa se oia en el dintel de la misma puerta.

—Señor...

—Adelante—contestó el baron desde dentro.

El criado dió dos pasos no mas para presentarse á su amo.

—Vas á salir de casa ahora mismo.

—Muy bien, señor.

—Y á volver mas presto que un relámpago.

—Muy bien—volvió á decir el criado.

El baron continuó:

—Sabes la casa del padre de la señora?

—Sí, señor.

—La de D. Juan de Colmenar?—repuso el baron para cerciorarse bien de que le entendia el criado.

—Sí, señor—repuso este á su vez.

—Pues volando vas allá y preguntas si está la señora.

—Y le digo....

—Que vas de mi parte á buscarla y la acompañas aquí.

El criado hizo una profunda reverencia como disponiéndose á salir del gabinete y el baron le detuvo con estas otras palabras.

—Oye: si no está en casa de su padre, ves con el mismo recado á la de la marquesa del Pí.

—Muy bien.

Y despues de otra reverencia, el criado salió.

—Oye: —dijo otra vez el baron. —Si no está allí tampoco, vas á casa de Tamarit.

—Muy bien—dijo el criado disponiéndose otra vez á salir.

—Oye: —volvió á gritar el baron.

El criado se detuvo.

—Si no, á casa de Mercader, de Fluviá, á cualquiera, á todas partes; pero que vuelvas presto, presto como un relámpago.

Entonces el criado salió ya definitivamente y como un relámpago, dejando al impaciente baron que llorase amargamente el rato que tardaria en volver.

El gabinete donde se habia entrado el baron, era el de labor y estudio á un tiempo, de la pobre Isabel. En un sillón de damasco carmesí que habia junto á un precioso velador, solia sentarse la jóven baronesa de Gualba, y en ese mismo sillón se sentó su marido así que entró en el gabinete.

Sobre el velador habia un pafuelo bordado de finísima batista que el baron reconoció en el momento de verle.

Era de Isabel.

El baron al verle envuelto, como si contuviera algun objeto, lo cogió con avidez.

El pafuelo no escondia otra cosa, sino infinitas lágrimas que habia secado y que podia conocerse guardaba todavía segun lo húmedo que estaba.

El baron de Gualba dijo para sí examinando el pañuelo y estrechándolo luego entre sus manos.

—Ha llorado y ha llorado mucho ! Pero ¿por qué? porque la quiero demasiado : porque me atrevo á decirle que su cariño no llega al mio! Y á esto llama una mujer impertinencia insoportable! tiranía cruel! Ah! tal vez tenga razon. Yo debiera mirarla con indiferencia, sin quejarme nunca de su falta de cariño. ¿Prometió acaso tenerme, cuando yo me empeñé en que fuera mi esposa y su padre la obligó? Yo quise obtener su mano sin tener antes su corazon y este se gana pocas veces despues de obtenida aquella!...

Y el baron de Gualba como si no pudiese sostener en su cabeza el peso de estas fuertes reflexiones, la dejó caer entre las manos.

Sobradamente justas eran estas reflexiones del celoso marido de Isabel, al cual la misma vehemencia del sentimiento hacia observar lo que á sangre fria no hubiese, quizá, ni siquiera comprendido.

El lector recordará que cuando el baron de Gualba dejó á la condesa de Fiorerosa en su casa, recibió esta al cabo de poco rato á Colmenar, padre de Isabel y á Monredon; y que estos despues de una visita, que no fué corta, se fueron á ver al virey con el cual hemos de suponer, por el motivo que allí les llevaba, una conferencia tambien de no breve duracion.

El criado, pues, que con tal prisa mandó el baron en busca de su mujer, no encontró ni á Isabel ni á su padre en la casa de este. Menos aun podia encontrarla, en las otras donde fué con este objeto.

Cada instante que pasaba era un siglo de agonía para el baron á quien un secreto presentimiento le anunciaba que aquella salida de su mujer tenia aquella noche algo de extraordinario.

La tardanza del criado que por mas que anduvo, como su amo le mandó, volando, era ya demasiada para el baron que media el tiempo y las distancias con el compás de su impaciencia, que le tenia, sobre todo, insufrible hasta para sí propio; y se levantaba del sillón dando largos y acelerados pasos por el gabinete, y volvía á sentarse y sacaba el reloj y volvía á levantarse para comparar la hora que él tenia con la que señalaba un péndulo del salón inmediato; hasta que, por fin, dió la deseada vuelta el criado.

El pobre subia, como es de suponer, temblando, la escalera,

aguardando una lluvia de improperios al manifestar á su amo lo infructuoso de su comision.

La condicion del criado se presta á consideraciones tristísimas por parte de todo aquel que comprende el amor propio y la dignidad que debe tener todo ser racional; y una, quizá la mas triste de estas consideraciones, es la del derecho que parece tiene el amo de descargar su mal humor y su cólera en insultos é improperios sobre el criado. Y esto que sucede hoy con toda la decantada civilizacion del siglo XIX, sucedia mucho mas trecentos años antes cuando los señores tan grandes preeminencias conservaban aun sobre la clase baja del pueblo.

El criado, pues, se presentó temblando á la puerta del gabinete.

—Señor —dijo con una voz temerosa que indicaba á un tiempo lo infructuoso de la diligencia y el miedo de tener que decirlo así al baron.

Este levantó rápidamente la cabeza y abriendo los ojos y poniéndose de pié, pues el criado le encontró sentado y cabizbajo en el sillón, exclamó:

—Qué!

—He ido á casa del señor de Colmenar....

—Y qué?

—Y á la de la marquesa del Pí....

El embarazo con que el criado hablaba, decia ya al baron que aquel no habia encontrado á su mujer.

Su impaciencia se aumentó al conocer esto y con tono ya casi iracundo, exclamó:

—Adelante!

—Y á la de Fluviá.... y á....

El baron no pudo resistir mas y estalló:

—Con doscientos mil diablos! Has encontrado á la señora?

—No señor.

—En ninguna de las casas donde te he dicho?

—No señor, en ninguna.

—Has preguntado si habia estado allí?

—Como el señor no me mandó....

—Necio! animal! Voy á arrojarte á pales de mi casa! —continuó

el baron redoblando los insultos, á medida que su cólera aumentaba, sobre el pobre criado.

Este, de pié en la puerta del gabinete y temblando como un azogado, no se atrevió á pronunciar una palabra, para disculparse, temeroso de llegar á sentir *materialmente* los efectos del furor de su amo.

—Quítate de mi presencia! —esclamó este.

El criado vió el cielo abierto, y desapareció súbitamente atravesando el salon en cuya puerta de entrada encontró á las doncellas y demás de la servidumbre agrupados y alargando unos cuellos de media vara, para mejor oír desde allí la tempestad que tenia efecto dentro del gabinete.

Todos siguieron á Tomás á la cocina, donde le rodearon pidiéndole esplicaciones que el pobre ni podia ni hubiera sabido dar en el estado de estupefaccion en que se encontraba.

Mientras los criados en la cocina hacian mil comentarios acerca del estraño suceso que así conmovia á toda la casa, sin darse cuenta del motivo, pues la escesiva prudencia de Isabel jamás dejó entrever ni á su doncella de confianza la menor señal de disgusto con su marido, el baron, paseándose agitado y con la impaciencia natural del momento, fluctuaba entre mil medios que á su imaginacion se agolpaban para salir de aquel estado de horrible y atroz inquietud.

No le quedaba ya la menor duda — pues nadie mejor que él sabía hasta que punto sufría su esposa — de que esta habia tomado por fin una determinacion suprema que la alejara de tanta impertinencia, y sobre todo, que la librase de los embozados insultos que envolvian no pocas veces las palabras del baron, cuando descargaba en presencia de su esposa todo el furor de los eternos é incurables celos que le devoraban.

De repente pareció decidirse á tomar una resolucion, y dirigiéndose al sitio donde estaba el velador tiró con fuerza de un cordon que pendia de la pared y cuyo extremo que remataba en una gruesa borla de seda, descansaba á un lado del sillón.

Instantáneamente el sonido de una campanilla que se dejó oír súbito y agitado á la parte de afuera, indicó á los criados que el baron llamaba y la prisa con que debian acudir.

Tomás apartando con ambas manos á los demás criados que le rodeaban, dió un salto y corrió á presentarse en la puerta del gabinete.

— Mi capa y mi sombrero — dijo el baron al ver á Tomás y sin pararse en el agitado andar con que iba y venia de un lado á otro del gabinete.

Tomás sin pronunciar una sola palabra y haciendo una profunda inclinacion de cabeza, desapareció súbitamente volviendo á los pocos instantes con los objetos que su amo habia pedido.

El baron cogió bruscamente el sombrero que se caló hasta las cejas, volviendo la espalda á Tomás que le puso la capa en los hombros.

Inmediatamente salió del gabinete, y atravesando el salon y dirigiéndose á la puerta que abrió Tomás, llegando á ella de un salto, se encontró en medio de la calle. Allí paróse un brevísimo instante, y embozándose hasta los ojos partió como una flecha por la primera bocacalle.

La direccion que tomó el baron de Gualba fué la de la casa de don Juan de Colmenar.

Cuando á un marido le sucede un lance de esta naturaleza con su mujer, lo primero que se le ocurre, y esto sin escepcion de clases y personas, es dar cuenta inmediatamente á su suegro. Y esta idea que envuelve en sí la de la responsabilidad del padre respecto de la conducta de la hija, se ocurre con mayor razon al marido, cuando mas grande interés mostró el suegro en el casamiento.

En nuestro caso, este interés habia sido sumamente visible en don Juan de Colmenar que fué quien con todo el poder de su autoridad de padre inclinó la voluntad de su hija, presentándole á cada momento las riquezas y alta posicion del de Gualba, á fin de que la repugnancia—que otro nombre no tiene—que sentia Isabel hácia la persona del baron, desapareciese ante la vanidad que su padre intentaba despertar en su corazon.

Los padres que se enamoran por sus hijas, relevan á estas implícitamente del deber de amar á sus maridos. Del mismo modo los maridos que se conforman con lo que el padre les da, sin tener en cuenta lo que les niega la hija, pierden el derecho de quejarse lue-

go, cuando echan de ver que la obediencia muda y resignada de la mujer no basta por sí sola á llenar el vacío que tarde ó temprano llega á sentir el corazón del hombre.

La culpa, pues, del trastorno que pesaba sobre el baron de Gualba, como del escándalo que al día siguiente iban á presentar la casa del baron y la del mismo Colmenar, con el suceso de la desaparición de Isabel, estaba primero en la sórdida codicia de Colmenar, que no tuvo reparo en sacrificar la felicidad de una hija á las riquezas de un hombre que ella no amaba, y luego en la falta de delicadeza, en la bajeza de sentimientos del baron que se contentó con la mano que le daba el padre, sin haber ganado antes el corazón de la hija.

El de Gualba llegó agitado á casa de su suegro.

—El señor está en esta? —preguntó brusca y apresuradamente al criado que le abrió la puerta.

—Ha salido, señor baron —contestó el criado.

—Aguardaré pues.

Y como quien entra en su propia casa, pasó adelante, sin dar apenas tiempo al criado de tomar una luz y precederle hasta el sitio donde el señor baron tuviera á bien pararse.

Llegado que hubo á la primera sala, volvióse al criado que venia con un candelero y una vela de cera encendida y le preguntó:

—La señorita Clara está en casa?

—Sí, señor.

—Decidle que estoy yo aquí y si puede recibirme.

—Al momento, señor —contestó el criado dejando la luz sobre una rinconera.

Y el criado salió inmediatamente á comunicar la orden á una doncella de la casa.

Clara de Colmenar, hija segunda de este, vivia sola con su padre y aislada casi del mundo. Joven de diez y ocho años, dotada de tiernísimos sentimientos, huérfana de madre y sin haber encontrado en el carácter descastado de Colmenar ese cariño tierno y constante que los hijos tienen necesidad de ver redoblado en el padre ó en la madre cuando en edad temprana pierden á uno de los dos, Clara habia concentrado toda la ternura de sus sentimientos, todo el cariño

de que su alma de ángel era capaz en su hermana Isabel. No necesitamos decir con esto si sufriría la pobre Clara á la vista de la pésima suerte que habia cabido á su hermana, de cuyas penas era la mejor, la única confidenta y depositaria.

Hé aquí porque apesar de sus diez y ocho abriles y de los encantos de la juventud unida á una belleza tan angelical como aristocrática, y sin embargo de los rendidos homenajes que por tales prendas merecia á mas de un almibarado caballero, la triste niña renunciaba casi por completo al distinguido puesto que para ella guardaba la sociedad, ante la cual no se presentaba sino por uno de esos compromisos que no pueden evitar las familias de cierta posición, y aun estas veces aparecia siempre triste y pensativa como la flor del valle que arrancada de su tallo languidece entre la cálida atmósfera de una sala de baile.

Cuando el baron de Gualba llegó á casa de Colmenar, Clara se hallaba en un oratorio que tenia la casa rogando arrodillada delante de una imágen de Santa Maria, por la dicha y la felicidad de su hermana Isabel, único objeto de su verdadero cariño.

La doncella abrió la puerta del oratorio.

Si no hubiésemos dicho ya bastante para que el lector se formase una idea de la bondad y dulzura de carácter de Clara, con solo hacerle notar la confianza con que la doncella abrió la puerta del oratorio y el acento que sin carecer del respeto debido imprimió á sus palabras, habia suficiente para conocer la estremada benevolencia de la persona que tal cariño sabia inspirar á sus criados, cuando estos así lo daban á entender en la circunstancia mas insignificante.

—Señorita—dijo la doncella apareciendo en la puerta del oratorio y con el tono cordial y respetuoso á la vez que hemos indicado.

—Qué hay, Ana?—respondió Clara volviendo la cabeza y sin perder la posición que tenia puesta de rodillas ante la imágen.

—El señor baron de Gualba que ha venido, quiere veros.

—Aguárdate ahí mismo un instante, Ana, que al momento concluyo.

La doncella permaneció de pié en el mismo sitio y Clara continuó sus oraciones que concluiría en brevísimo rato, pues se levantó luego, y, dejando un devocionario en que leia sobre una mesita que

había junto al pequeño altar donde antes oraba, hizo seña á la doncella que cerrase el oratorio, preguntándola inmediatamente:

—Conque dices que ha venido el baron?

—Ahí en la primera sala está aguardando.

—Mi padre no ha vuelto?

—Todavía no.

—Sabe que mi padre no está en casa?

—Se lo hemos dicho así, pues primeramente preguntó por él: luego ha dicho que aguardaría y en seguida preguntó por vos mandando que se os avisase.

—Hazle pasar al salon.

Y Clara se dirigió á este lugar diciendo para si y como quien presente una desgracia:

—Dios mio! si ocurrirá algo á mi pobre Isabel.

Presto los dos cuñados se encontraron en el salon.

El baron de Gualba tenia por lo general cara de pocos amigos, como vulgarmente se dice, y esta vez sobre el ceño suyo natural pesaba la impresion profunda del reciente suceso. Así es que Clara se puso á temblar como la hoja en el árbol apenas apareció en su presencia.

—Muy buenas noches—dijo con acento semibalbuciente y sin mirar apenas al rostro avinagrado del baron.

Este, sin contestar al saludo de Clara y con ese tono grosero que, apesar de lo distinguido de su clase, dan ciertos hombres de poco talento á sus palabras, cuando les oprime el tedio ó tienen algun pesar, la dijo:

—Habeis visto hoy á vuestra hermana?

—No.

—Ni habeis sabido de ella?

—Nada en todo el dia—repuso Clara mas balbuciente todavía, pues presentia ya una grave noticia, despues de las estrañas y alarmantes preguntas de su cuñado.

Este que al principio habia creído notar cierta turbacion en el rostro de Clara, se afirmó mas en su idea, y creyendo ya por la suma amistad que habia entre las dos hermanas, y, mas en aquel momento, por los señales que creia descubrir en el acento tembloroso de

Clara, que esta sabia algo acerca de su mujer, exclamó seca y bruscamente.

—Mentís!

—Caballero!— exclamó tambien Clara en medio del mayor asombro, pues á tal punto no sabia que pudiese llegar la falta de cortesía y la insolencia de su cuñado.

—Vuestro acento y la turbacion de vuestro semblante indican lo contrario de lo que decís—repuso el baron sin variar de tono.

En el rostro de Clara se pintó entonces toda la indignacion de que era capaz al verse tan baja como injustamente juzgada por su cuñado. Sin embargo procurando recobrar la serenidad y sofocando por un instante el efecto de tan insolentes palabras, dijo al baron:

—La turbacion mia puede esplicarse fácilmente por la espresion alterada de vuestro rostro y sobre todo por las alarmantes preguntas que me habeis hecho acerca de mi hermana, de quien vos debeis saber mejor que yo. Notais en mí una ansiedad terrible y es cierto, baron, que siento esa ansiedad; pero la habeis promovido vos cuya visita á estas horas y sobre todo cuyas estrañas preguntas me auguran una fatal desgracia acaecida á mi pobre hermana.

Y la sensible Clara olvidando al llegar á este punto los insultos del baron, rompió en un tan fuerte llanto, que el de Gualba no pudo menos de sentirse arrepentido por sus primeras palabras.

—Vamos, no lloreis, que hasta ahora no hay desgracia alguna que yo sepa —dijo bajando un poco el tono.

—Pero mi hermana, baron, ¿por qué preguntais así de mi hermana?

Porque ha salido esta noche de casa y todavía no ha vuelto ni se sabe donde para.

—Pero.... —repuso Clara indicando con los ojos al baron que se esplicase mas.

—No puedo deciros nada mas —concluyó el baron tomando otra vez el tono seco y brusco del principio.

—Pero —continuó Clara — habeis mandado en su busca?

—Sí.

—Y qué?

—Ya os he dicho que no se la encuentra en ninguna parte.

—Dios mio, Dios mio! —esclamó Clara rompiendo otra vez el llanto— apiadaos de mi pobre hermana.

—No tiene Dios piedad para la mujer que así abandona la casa de su marido! Ay de ella cuando la vuelva yo á tener en mi presencia!

El baron pronunció estas palabras con un tono tan terrible y amenazador, que Clara se sintió de repente como herida de un rayo, al considerar en un momento todo el peso de la cólera del baron y las consiguientes y nuevas desgracias que iban á caer sobre su hermana. Así es que apenas el baron acabó de fulminar la terrible amenaza, Clara dió un grito:

—Isabel! Isabel!

Y cayó sin sentido á los piés mismos del baron.

—Socorro! socorro!—gritó este levantando del suelo á su cuñada.

Todos los criados de la casa aparecieron súbitamente en el salon.

—Llevad á la señorita á su cuarto, que se ha desmayado —dijo á las doncellas que cogieron en brazos á Clara llevándola á su lecho.

—Esto es no mas que un ligero desmayo— continuó.

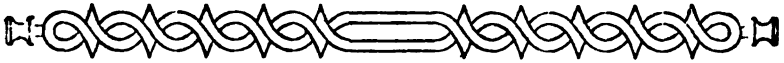
Los criados, sin pronunciar una palabra miraron con desconfianza y terror á la vez el rostro del de Gualba.

Luego dirigiéndose á los hombres solamente, les dijo:

—Salid ahora todos vosotros á buscar á D. Juan por todas partes. Que no volvais hasta haberle encontrado, y el primero que le vea que le diga que venga inmediatamente, que la señorita está enferma y que yo le aguardo aquí.

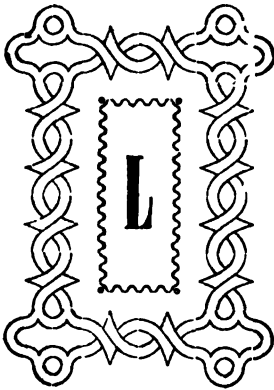
Los criados salieron inmediatamente, pero no á la calle como habia ordenado el baron. Replegáronse todos en un rincon del comedor y allí en brevísima sesion secreta, despues de haber pronunciado un *voto* unánime de *desconfianza* al baron, acordaron que saliesen unos en busca de D. Juan y otros se quedasen en la casa donde no era prudente dejar al baron con mujeres solas, despues del estraño suceso que acababan de ver.

Así se hizo en efecto: la mitad de los criados salieron en busca de D. Juan y la otra mitad se quedaron *de guardia* en el comedor, atentos á lo que pudiese ocurrir en el cuarto de la señorita y contando los fuertes pasos que daba el de Gualba paseándose agitado por el salon.



XXIX.

EL SUEGRO Y EL YERNO.



os criados de la casa de Colmenar, cuando se encontraron en la calle, se pararon un momento para determinar el modo como mas fácilmente y con mayor prontitud darían con su señor.

—A dónde nos dirigimos primero?— dijo uno.

—A casa de Montpalau, donde mas acostumbra ir el señor—respondió otro.

—O á la de Valls que está mas cerca.

—Mientras esté en cualquiera de las que sabemos y no en otra que quizás ignoramos.

—Qué quieres decir?

—Que don Juan es viudo y no tan viejo y que á la hora en que se retira algunas noches no concluyen las tertulias que frecuenta.

—Lo mejor es que dividamos las casas entre los tres—dijo el primero.

—Así va mejor y es mas seguro encontrarle—añadió otro.

—Pues bien—repuso el primero.—Tú á las casas de Montpalau, Valls y Fluviá. Este á la de Moncada, Castellnou y Ginesá y yo pasaré á la de Cardona y Riudor.

—Perfectamente. Así en menos de media hora damos con él.

—Cada cual , pues , á su direccion y hasta luego.

Y los tres criados partieron tomando cada uno su camino.

Así como donde uno menos piensa salta la liebre , esta , por consiguiente , suele yacer tambien donde uno menos imagina.

A ninguno de los criados se le ocurrió la casa del virey.

Así fué que á la media hora , que pareció medio siglo al baron , llegó uno y sucesivamente los otros dos criados sin la menor noticia.

La consternacion entonces fué grande en la casa de Colmenar , pues los criados que adivinaban algun suceso estraño en la familia con la visita del baron y lo que habia pasado á la señorita que aun no habia vuelto completamente en sí , estaban en la mayor confusion con la coincidencia de no encontrarse don Juan en ninguna de las casas donde por lo comun solia pasar la velada.

El baron , por su parte , no estaba menos confuso que los criados de su suegro , al saber por estos que don Juan no se encontraba en ningun lado.

Colmenar en tanto , concluida la entrevista con el virey , salia del palacio á paso lento y sosegado , platicando con Monredon acerca del buen resultado de su mision y felicitándose con el Alguacil de haber conseguido , por fin , que Santa Coloma entrase decidido en la senda del rigor con el pueblo que gobernaba.

Así llegaron á la puerta de la casa de Colmenar donde se despidió Monredon dejando á don Juan que subió tranquilamente la escalera.

Llamó y al golpe los criados exclamaron :

—Don Juan!

El baron oyó la exclamacion de los criados y su corazon saltó de sorpresa latiendo luego con violencia.

—Gracias á Dios, señor — exclamó una ama vieja al ver entrar á don Juan.

—Pues! Qué hay?—preguntó este sorprendido.

—La señorita, que si tardais un poco mas, no la encontrarais con vida—continuó el ama con ese acento lastimero que las mujeres, particularmente las viejas, dan á sus palabras en estas ocasiones.

—Cómo! — exclamó Colmenar!

—Ni mas ni menos.

—Y dónde está ahora Clara!

—En su cama la hallareis.

Y Colmenar, sin pronunciar mas palabra, se dirigió al cuarto de su hija.

—Clara!—exclamó al verla en el lecho con los ojos desencajados y casi sin sentido.

La pobre niña volvió la vista lánguidamente á su padre sin articular una palabra ni mover la cabeza.

—Pero qué ha sido eso? — preguntó Colmenar á la doncella que estaba á la cabecera de su hija.

—Un desmayo, á lo que parece.

—Y hace mucho rato que ha pasado eso?

—Como tres cuartos de hora. La hemos hecho respirar vinagre y este frasco de esencias—continuó la doncella mostrando á Colmenar uno que tenia en la mano—y parece que va volviendo en sí.

—No habeis mandado por un médico?

—No sé si el señor baron habrá enviado por él.

—Cómo! el señor baron?

—El señor baron de Gualba que se hallaba aquí y estará todavía seguramente en el salon, ha mandado á los criados que os fueran á buscar inmediatamente, é ignoro si habrá hecho lo mismo respecto al médico, pues nosotras no hemos salido de aquí al cuidado de la señorita.

Don Juan de Colmenar, á quien sorprendió la visita de su yerno, empezó á sospechar que el accidente ocurrido á Clara podia tener alguna relacion con la entrevista del baron y preguntó otra vez á la doncella:

—El baron habló con la señorita?

—Hablando con él cayó de repente y como muerta á sus piés—contestó la doncella.

D. Juan de Colmenar se asómó entonces á la puerta del gabinete y gritó :

—Pablo! Pablo!

—Señor —respondió un criado que se presentó súbitamente.

—Se ha ido por un médico?

—No, señor.

—Por vida de!....

—Cómo no se había dispuesto.... —contestó tímidamente el criado.

—Ciertas cosas no hay necesidad de que se manden. Corre al instante á buscar al de casa.

El criado partió velozmente.

—Entretanto, ya que eso la prueba bien, continuad vosotros haciéndola respirar esas esencias—dijo Colmenar á las doncellas, saliendo del gabinete y dirigiéndose á dondó estaba su yerno.

—Qué diablos sucede! que es esto? —preguntó Colmenar al de Gualba así que entró en el salon.

—Eso mismo me estoy preguntando yo : qué diablos será esto!

—respondió el baron.

—Pero vuestra presencia aquí á estas horas tan fuera de vuestra costumbre....

—Es muy sencillo.

—Decíd.

—He venido á casa de mi suegro á preguntarle por mi mujer.

—Cómo!

—Lo que ois.

—No os comprendo, baron—repuso Colmenar con la mayor ansiedad.

—Pues créo que me dejó comprender.

—Explicaos.

—Dije y repito que he venido á casa de mi suegro á ver si este sabe el paradero de mi mujer.

La confusion de Colmenar aumentaba, léjos de desvanecerse, con estas palabras del baron.

—Pero os chanceais!—repuso D. Juan asombrado cada vez mas de lo que oia.

—Sabeis que no lo tengo por costumbre —repuso el de Gualba

secamente— y debierais conocer que no así juega un hombre con lo que tan de cerca le atañe.

—Pero, Isabel...

—Ha huido esta noche de mi casa.

—Mi hija!

—Vuestra hija, señor de Colmenar, que ha mentido á su esposo la fé que le juró al pié de los altares...

—Baron! pesad vuestras palabras—interrumpió Colmenar gritando.

—Estoy en el principio de lo que tengo que deciros...

—Pero poco á poco—continuó Colmenar—vos decís que Isabel ha huido de vuestra casa.

—Sí.

—Y cómo lo decís? por qué?

—Porque ha salido esta noche y no ha vuelto aun ni se la encuentra en ninguna parte.

—Qué será esto, Dios mio!—esclamó Colmenar abrumado por las palabras del baron.—Y vos no presumís.....

—Lo que yo presumo es que vuestra hija me ha engañado vilmente.....

—Tened la lengua, baron — interrumpió vivamente Colmenar.

—No retiro la palabra—repuso enfurecido el de Gualba.—Me ha engañado y yo vengo á pedir cuentas al padre de la conducta de la hija.

—Qué vergüenza para mi casa!—dijo para sí Colmenar bajando la cabeza y fijando la vista en el suelo.

El suegro y el yerno permanecieron largo rato el uno frente del otro sin pronunciar una palabra, abismado cada cual en el fondo de sus propias reflexiones, y esperando el uno á que el otro rompiese el silencio.

Colmenar habló por fin:

—Me habeis muerto, baron!

—Y vos me habeis asesinado en mi honra, dándome una mujer indigna de ser mia.

—Por favor, baron! ¿Os parece que el nombre de Colmenar no sufre nada con esto? Pero yo sabré lavar la mancha que sobre él

ha caído, como sabré desagraviaros á vos buscando á esa hija infame y vengando en ella la afrenta que pesa sobre mi casa.

—Hay afrentas que no se lavan jamás; pero yo diré siempre que el lustre de la casa de Gualba vino á empañarse rozándose con la de Colmenar.

—Baron! retirad esas palabras—gritó Colmenar requiriendo la espada.

—Nunca! repitió el baron llevando la mano á la suya.

—Yo os las haré tragar—repuso D. Juan desenvainando el acero.

—¡Villano y ladron de mi honra!—gritó fuertemente el baron imitando la accion de su suegro.

—Salid!

—Marchad delante!

—Salgamos!

—Padre! padre mio!—gritó una voz de mujer que se interpuso al paso de los dos caballeros asiéndose fuertemente de las rodillas de Colmenar.

Era Clara que vuelta ya en sí y oidas las fuertes voces de su padre y el baron, saltó de la cama, corriendo al lugar de la escena sin que pudiesen detenerla las doncellas.

Los dos caballeros se detuvieron, bajando ambos la cabeza á la vista de los criados que acudieron en el mismo instante.

—Deteneos, padre mio—esclamó Clara abrazando las rodillas de su padre.

Colmenar volvió la vista al baron y le dijo en voz baja:

—Nos veremos mañana.

—Mañana nos veremos—contestó el de Gualba envainando su espada.

En esto se oyó un golpe á la puerta.

Colmenar aprovechó esta ocasion y dijo á los criados:

—Llaman! que haceis ahí! salid todos y abrid.

Los criados salieron y en el momento volvió uno de ellos diciendo:

—El médico.

—Que pase—dijo Colmenar.

Luego volviéndose á su yerno, concluyó:

— Vos podeis retiraros á vuestra casa y hasta mañana...

— Hasta mañana, pues— respondió el de Gualba con marcada intencion y dirigiéndose á la puerta.

El médico entró en aquel momento.

Las doncellas volvieron, desmayada otra vez, á la pobre Clara, tendiéndola en su lecho y el facultativo enterado de la causa del accidente, esto es del *susto*, á secas, que habia tenido Clara, empezó á propinarle los remedios de la ciencia.

Júzquese como volveria el baron de Gualba á su casa y como quedaria en la suya don Juan de Colmenar.

Hay ciertas situaciones que seria ocioso pintar; tempestades horribles del alma que no caben en el círculo estrecho de las palabras; dolores intensos del corazon que se sienten y no se espresan y cuyo efecto se debilita al querer describirlos minuciosamente, ni mas ni menos que pierde la mitad de su grandeza, trasladada á un pequeño lienzo una gran tempestad en medio del Océano.

Renunciamos por consiguiente á decir una palabra mas acerca de la situacion respectiva del baron de Gualba y de don Juan de Colmenar.

Debemos no obstante acompañar á este al gabinete que ocupaba Clara, donde entró á la madrugada y cuando por las doncellas supo que su hija se sentia ya casi bien del todo.

Colmenar no ignoraba la estrecha amistad que unia á sus dos hijas.

El cariño que estas merecian á su padre, ya sabe el lector que no era el mas acendrado, ni mucho menos.

Juzgó, pues, como el baron, que Clara debia saber algo acerca de la estraña desaparicion de su hermana, y entró á verla con este solo objeto, por mas que pareciera solicitud y afecto paternal, antes que otra cosa, el interés que revelaban sus palabras, á la cabecera de su hija.

— Clara, la dijo, acercándose á la cama y con voz tan dulce como estraña en Colmenar.

— Padre mio!

— Cómo te sientes?

—Mejor.

—Esto no será nada.

—Así creo.

—Lo sé de cierto ; porque el médico lo ha dicho.

Luego despues de un breve rato, Colmenar, entrando de lleno en su objeto, la dijo :

—Ya ves el disgusto que tenemos con tu hermana.

Dos gruesas lágrimas asomaron á los párpados de Clara.

—No llores—continuó su padre.—En casos como el que desgraciadamente nos está sucediendo , las lágrimas no sirven sino para ofuscar mas la mente que necesita de toda la serenidad para adoptar una medida que salve la afrenta que pesará mañana sobre nosotros.

Clara escuchaba este prudente razonamiento de su padre y procurando contener las lágrimas y los sollozos que nuevamente manifestaban la honda pena que sentia , contestó casi maquinalmente :

—Teneis razon. Bien , ya no lloro y os escucho , padre mio.

—Nuestra familia , puede decirse que ha quedado reducida á nosotros dos , y ahora con doble motivo ya que tu hermana ha querido arrojar de sí el limpio nombre que llevaba , para cubrirse con la infamia de su incalificable conducta.

Clara , ya hemos dicho anteriormente , que no podia oir sin vivo pesar la menor palabra que hiriese á su querida hermana. Asi cuando oyó las últimas de su padre se apresuró á decir :

—Quién sabe , padre mio ! no la condeneis antes de saber la causa que puede haber motivado este incidente.

—Qué causa ! Nunca la hay bastante para apelar á tan reprobados como vergonzosos medios.

—Repito , padre mio , que quién sabe !...

—Pero qué causa pudo ser esa ?

—Yo la ignoro fijamente ; aunque me atrevo á presumirla.

—Explicate—dijo entonces Colmenar que creia llegado el momento de saber cuanto entonces deseaba acerca de la desaparicion y tal vez el paradero de Isabel.

—Vos no podeis ignorar que mi hermana sufría mucho al lado del baron.

—Y á quién se quejó de este sufrimiento ?

—A vos, padre mio.

—A mí!

—Recordadlo bien. Fué una vez sola. Vos la contestasteis secamente que el deber de una buena esposa era obedecer ciegamente la voluntad de su marido y acomodarse al carácter que encontrase, prohibiéndola además que volviese á presentarse á vos con nuevas quejas.

—Es cierto; pero fué porque los que ella creía motivos de queja con el baron, eran cuando mas aprensiones de niña y bagatelas de mujer.

—Pues bien, desde entonces Isabel ha devorado siempre en silencio, menos cuando ha tenido ocasion de verme para depositarlas en mí, todas las penas imaginables que puede sufrir una esposa á tal estremo tiranizada por su marido.

—Pero porque no venia á depositar esas penas en su padre ?

—Vuestra primera observacion la detuvo siempre, y mi hermana, creedlo, reemplazó con el miedo á su padre la confianza que este le habia retirado.

Esta observacion de Clara por mas que fué manifestada con la sencillez propia de su edad y su candor, hirió como un dardo el corazón de Colmenar, que en aquel momento se acusaba á él solo de la catástrofe á que, tal vez, habia dado lugar con su conducta respecto á su hija mayor.

Así es que su ansiedad subió de punto aguijoneada por su propia conciencia y con acento medio contrito, dijo á Clara :

—Expílicate ya, hija mia, y no me ocultes nada, nada absolutamente de cuanto sepas acerca de tu hermana.

—No quiero acongojarme con la relacion de pormenores tristes.

—No importa.

—Os diré solamente que anteayer, sin ir mas léjos, el baron se escedió como nunca con mi hermana hasta el punto de insultarla groseramente, y esto quizás la haya obligado á huir de la casa de su marido.

—Ella te contó esto anteayer ?

—Por la noche.

—Y te diría la resolución que pensaba tomar?

—No me dijo más.

—Que no te dijo más? —insistió Colmenar en tono de desconfianza.

—Nada más.

—Clara, tú eres con tu padre tan reservada como tu hermana.

—Os juro, padre mio...

—No jures, añadiendo esto más á la falta que cometes con tu padre —repuso Colmenar reconviniendo agriamente á su hija.

Clara por toda respuesta llevó las manos al rostro enjugándose las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Con que no quieres decirme á donde ha ido tu hermana? —preguntó por última vez Colmenar.

—Os repito, padre mio, que lo ignoro, y creedme por la memoria de mi madre.

Clara tenia razon, pues efectivamente nada le habia dicho su hermana, que confió su fuga esclusivamente á Fontanellas.

Pero Colmenar, desconfiado como todos los hombres que llevan siempre la mentira en los labios, y para quien significaba bien poco el sagrado juramento que habia hecho Clara por la memoria de su madre, lejos de creer á su hija, se afirmaba más y más en la idea de que esta debia saber el paradero de Isabel, el cual le ocultaba por orden de ésta última, en quien suponía el miedo natural de que Colmenar haria todo lo posible para castigarla y devolverla á su marido. Así levantándose bruscamente de su asiento y con voz amenazadora, exclamó:

—No importa! yo averiguaré el paradero de esa infame, imponiéndola el castigo que se merece.

Y salió precipitadamente de la alcoba, dejando á Clara anegada en un mar de lágrimas.

Apenas estuvo fuera del gabinete, Colmenar se puso á pensar en otra cuestion de no menos importancia para él, no tanto porque nacia de la primera, cuanto porque le afectaba de una manera hábil *personal y directa*.

Esta cuestion consistía en la cita dada á su yerno; cuando Clara lea impidió que salieran...

En el primer momento, Colmenar, de carácter un tanto irascible...

herido de pronto por los insultos del baron, hubiera indudablemente salido á la calle fiando su suerte á la punta de su espada; pero esa misma irascibilidad de carácter y fogaosidad de alma, en un momento dado, desaparecia luego, siendo remplazada por la más fria calma y sobre todo por un cálculo soez al que Colmenar sujetaba siempre toda clase de negocios, pasado como decimos el primer ímpetu ó la primera impresión.

Bien se deja comprender con esto que en el negocio pendiente con el baron no queria ya tomar cartas don Juan de Colmenar.

Pero el dia empezaba á rayar, penetrando la luz por las rendijas de las ventanas y habia necesidad de escogitar un medio que guardando convenientemente el cuerpo, dejase en su lugar el valor del alma.

Colmenar era hombre de recursos, y este medio no le era difícil encontrarlo.

Pasó á su gabinete particular, ó despacho, como quiera llamarse, y púsose á escribir una carta al baron.

La carta era esta:

«Baron; el desagradable suceso que os trajo anoche á esta casa, envuelve una afrenta tan grande para vos como para mí. En casos de honra, la honra es lo primero, lo único que importa, y no es por cierto el mejor modo de volverla añadiendo un escándalo mayor al que presenciara hoy mismo Barcelona, si con toda la prudencia y reserva necesarias no conducimos á buen término el asunto de mi hija con vos. Al renunciar como renuncié á la descahellada contienda entre vos y yo, creo me hareis la justicia de pensar que esto que respecto de vos me dicta mi deber, sería precisamente lo contrario de lo que mi propia dignidad me impediría con otro.

«No salgais de casa que yo pasaré á veros mas tarde.

«Colmenar.»

Concluido el billete, Colmenar lo leyó para sí y adivinando con la mayor seguridad el efecto que produciria en el baron, dijo á media voz:

—Son razones convincentes que no dejará de atender.

Luego llamó á un criado que llevó volando el billete cerrado á casa del baron.

El de Gualba leyó una y dos veces la carta de su suegro y al cabo exclamó:

—Tiene razon.

Y en esto la tenia efectivamente Colmenar, por mas que otra consideracion le hubiese realmente impedido el demandar cuenta de las atrevidas palabras de su yerno.

En tanto la pobre Clara permanecia anegada en llanto, efecto del natural sentimiento que le habian causado las palabras de su padre, y sin una persona que la consolara, pues las doncellas que no habian visto salir del gabinete á D. Juan se guardaban muy bien de penetrar en él mientras no se las llamase ó su amo saliese.

Esta soledad de Clara duró sin embargo pocos momentos.

Por la puerta secreta de la alcoba asomó una cabeza cautelosa abriendo sus dos grandes ojos y sostenida por un cuello que conforme se iba alargando parecia querer hacerla llegar á todos los estremos del gabinete.

Cerciorada la persona á quien pertenecia aquella cabeza que no era de otra que de la doncella de confianza de Clara, adelantó un paso en el gabinete y dirigiéndose de puntillas á la cabecera de la cama dijo en voz bastante baja:

—Señorita, señorita!

Clara apartó las manos de su rostro dirigiendo sus grandes ojos de cielo al rostro de la doncella.

—Llorais otra vez?

—Déjame un momento, Ana—contestó la pobre Clara conteniendo sus sollozos.

—Es que traigo un recado para vos.

—Un recado! —dijo Clara sorprendida.

—Sí.

—A ver?

—Esperad.

Y la doncella dió unos pasos hácia la puerta para cerciorarse de que nadie habia inmediato á la parte de afuera.

Luego volvió á la cabecera de la cama y continuó:

—Un hombre del campo ha llegado ahora mismo preguntando

por mí, y llevándome al primer descanso de la escalera me ha repetido:

—Sois vos la señora Ana?

—Os he dicho ya que sí.

—Pues con la mayor reserva entregareis este billete á la señora Clara.

—Un billete! preguntó Clara sorprendida.

—Aquí está —añadió la doncella presentándole.

—Pero de parte de quién?—preguntó Clara sin mover la mano ni hacer el menor ademan de tomarlo.

—Eso he preguntado yo al hombre que lo ha traído.

—Y qué ha dicho?

—Que no lo sabia.

Yo no puedo tomar ese billete, Ana, ni tú debieras haberlo recibido —dijo Clara en tono de reconvencion á la doncella.

—Yo me resistia —repuso esta— á tomarlo, cuando no pudo ó no quiso decirme el nombre de parte de quien venia.

—Entonces.....

—Entonces el hombre que, aunque del campo, no tiene pizca de lerdo, ha porfiado de tal manera diciéndome que podia recibirlo y hacerlo llegar sin cuidado á vuestras manos, por cuanto encerraba noticias que os interesaban sumamente á vos y á otra persona que quereis tanto como á vos misma.

A estas palabras de la doncella, Clara manifestó un movimiento de sorpresa.

—Yo creí que al fin y al cabo no habia tanto mal en recibir un billete y lo he tomado, porque quien sabe lo que tal vez puede ser —concluyó la doncella.

—A ver el billete—dijo de repente Clara que habia reflexionado sobre las palabras del hombre que lo habia traído.

—Tomad.

Y Clara se puso á examinar el sobre.

Despues de un momento se incorporó apresuradamente y dijo á la doncella.

—Ana, vé á ver si hay alguien cerca de la puerta.

—Nadie—respondió la doncella despues de haber cumplido la orden.

—Cierra, pues, trae una luz y déjala en esta rinconera. Bien: ahora ponte de acecho junto á la puerta y hazme una seña si oyes que alguien se acerca.

—Descuidad, señorita.

Y la doncella se clavó como una estatua junto á la puerta, mientras Clara con mano trémula y agitada abría el misterioso papel.

La ávida mirada con que Clara incorporada en su lecho devoraba el escrito, daba bien á entender el vivo interés que para ella tenia.

Lo transcribiremos al lector.

El billete decia así:

«CONVENTO DE PEDRALVES.»

«Hermana mia de mi corazon:

«La conducta tiránica y hasta grosera de mi marido ha llegado
«á un extremo tal que me es de todo punto insufrible. Despues del
«modo como me trató hace dos dias, yo no podia permanecer mas
«en su casa. He huido, pues, de ella refugiándome en este santo
«asilo, ya que bajo el techo de mi padre no podia esperar la menor
«proteccion. Te suplico hagas por venir á verme inmediatamente,
«pues ahora mas que nunca necesita de tus dulces consuelos tu in-
«feliz hermana

«*Isabel de Colmenar.*»

«P. S. Comprenderás que te exijo la mayor reserva con todo el mundo, hasta con nuestro padre.»

Despues de vista la carta de Isabel y conocido el entrañable cariño que la tenia su hermana, no hay para que añadir una palabra que manifieste el efecto que en el corazon de Clara produciria el triste y á la vez consolador billete.

Decimos triste y consolador á la vez; porque si por un lado no podia menos de causar tristeza un escrito que á tal punto revelaba los sufrimientos de una persona tan querida, por otra parte no de-

jaba de consolar á Clara la noticia de que su hermana se encontraba en parage tan digno, cuyo techo bastaba por sí solo á alejar la menor especie que pudiera dañar la honra de Isabel y el nombre de la familia.

Así es que Clara, apenas la sorpresa del primer momento le dió tiempo de conocer y explicarse esta circunstancia que tanto atenuaba la conducta de su hermana, respiró con mas libertad sintiéndose tan alegre y con tales fuerzas como si nada hubiera sufrido aquella noche.

Tan cierto es que el abatimiento del cuerpo proviene no pocas veces de la postracion del alma.

—Ana!

—Señorita—respondió la doncella abandonando la puerta.

—Oye. ¿Sabes de quién es la carta?

—No, señorita.

—Ni lo has adivinado?—dijo Clara con cierto tono de alegría.

—Acaso de doña Isabel?

—Por Dios, Ana, no lo digas á nadie.

—Ya vos me conocéis, señorita—contestó la doncella por toda seguridad y garantía del secreto.

—Me encarga sobremanera que no lo diga á nadie; pero yo tengo en tí ilimitada confianza...

—Podeis tenerla, señorita—interrumpió la doncella con cierto orgullo y satisfecha de sí misma.

—Y además me es indispensable la ayuda de una persona, para lo que me pide.

—Disponed de mí.

—Me dice que vaya inmediatamente á verla.

—A dónde, señorita?

—Al convento de Pedralves.

—Ah!

—Qué?

—Difícil será que podais hacer eso así tan inmediatamente.

—Ana, se ha de buscar, pues, medio de poder hacerlo.

—Además, reflexionad que estais muy delicada.

—Nada de eso. Me siento tan bien como si nada me hubiera pasado.

La doncella miró á Clara y efectivamente si su acento resuelto y seguro no probase bastante lo que decia, lo corroboraba bien la animacion de su rostro.

—Sí, sí—continuó—por eso no hay cuidado: me siento perfectamente. Mira, acércame la ropa y me vestiré.

—Son nada mas que las cinco de la mañana, señorita.

—Qué importa? no me levanto otros dias á esta hora?

La doncella no replicó y acercó la ropa de Clara poniéndola sobre un taburete que habia en la alcoba y empezó á vestirla.

—No te se ocurre medio alguno que nos facilite ir hoy á Pedralbes, Ana?—decia Clara á su doncella mientras esta la vestia.

—En eso precisamente estaba pensando. Si pudierais salir esta mañana á paseo...

—Si hubiese medio de eso, perfectamente.

—Ya lo tengo—dijo de repente la doncella.

—Cuál? preguntó Clara con viveza.

—Una orden del médico.

—Y cómo se obtiene esa orden?

—Muy fácilmente.

—A ver.

—El accidente que habeis padecido esta noche no fué mas que un simple y pasajero desmayo. El mismo médico lo ha calificado así y lo ha dicho así mismo á don Juan, al retirarse.

—Es cierto; recuerdo que mi padre lo dijo esta noche, cuando entró á verme.

—Mejor que mejor.

—Sigue.

—Yo voy ahora á casa del médico.

—A esta hora?

—No importa. Los médicos no las tienen mas que para recibir á sus enfermos ó los recados de estos.

—Adelante.

—Le digo que vos os encontrais bien, muy bien.

—Es la verdad.

—Y que con su permiso saldréis hoy á dar un paseo. No creo que se oponga á eso.

—No lo parece al menos.

—Pues ya tenemos el medio y el motivo de salir.

—No comprendo todavía... Y mi padre?

—Se le dice que el médico lo ha ordenado, sin manifestarle, pues no hay necesidad ni convendría tampoco, que esta orden del médico, no es orden que haya dado, sino un permiso que se le sacó yendo á buscarle.

—Perfectamente — exclamó Clara. — Vé pues al momento, yo concluiré de vestirme sola. Vé, Ana, y vuelve al instante.

La doncella salió inmediatamente y Clara, concluido que hubo de vestirse, abrió la gran ventana del gabinete, poniéndose á respirar el aire fresco de la mañana.

Apoyada en el alfeizar y fija la vista en la calle reflexionaba acerca de los acontecimientos de la última noche, cuando le llamó la atención la figura de un hombre embozado en una larga capa y cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas, que pasó rápidamente por la acera de la casa. Al doblar la esquina el embozado dejó ver por un instante parte de su rostro, y Clara se afirmó mas en las sospechas que habia tenido acerca de quien fuera el caballero á quien queria conocer por el aire, pues cuando reparó en él habia pasado ya del sitio sobre que caia la ventana y por consiguiente no podia observarle sino por la espalda.

Separóse de repente de la ventana y tirando del cordón de una campanilla que pendia de una de las paredes del gabinete, aguardó al primer criado que se presentase.

—Señorita? — dijo el criado.

—Mi padre está en casa?

—No señora.

—Cuándo salió?

—En este mismo momento.

Clara no se habia engañado. Era aquella figura realmente la de D. Juan de Colmenar, que así que vió el dia claro, se apresuró á ir á la casa del baron de Gualba, al objeto que ya sabemos.

Después de despedir al criado, Clara volvió á la ventana esperando con doble impaciencia á la doncella.

Esta no se hizo aguardar mucho.

A los pocos momentos la vió Clara doblar la esquina de la casa, é instantáneamente casi entrar en el gabinete.

Y bien? —preguntó Clara sin dar á la doncella tiempo siquiera de respirar.

—Perfectamente —respondió esta— podeis salir, aunque abrigándoos un poco.

—Todo va bien, Ana.

—Todo, todo irá bien con la ayuda de Dios. Ahora falta decirselo á D. Juan:

—Acaba de salir en este instante.

—Salió?

—Sí.

—Tanto mejor. No habrá necesidad de decirle nada; y cuando vuelva quizá estareis ya vos en casa otra vez.

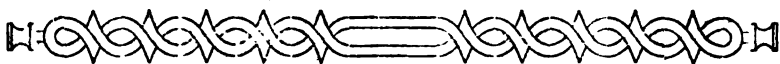
—Vamos pues á partir al instante.

—Quién os acompañará?

—Nadie mas que tú.

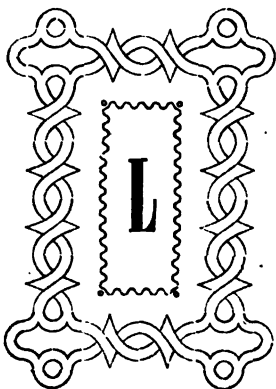
Y Clara y su doncella empezaron á disponerse para salir inmediatamente al convento de Predralves.





XXX.

EL ORIGINAL DEL RETRATO.



A huida de Isabel de Colmenar al convento de Pedralves puso aquella noche en conmocion á tres casas distintas. La de su esposo el baron de Gualba ; la de su padre, y la de Fontanellas que este habitaba con su amigo y compañero Orso de Monteferro.

Retrocedamos algunas horas, pues importa ver á los dos jóvenes caballeros, despues que dejaron á Isabel en el convento.

Orso de Monteferro que era sumamente discreto y de bastante talento para comprender ciertas situaciones de la vida, marchaba, de vuelta del convento, al lado de Fontanellas dirigiéndole de vez en cuando una mirada como de compasion al dolor que sentia su amigo ; pero sin articular la menor palabra.

Fontanellas, por su parte, vacio el corazon y llena la cabeza de tristísimas ideas, iba silencioso y abandonado al trote regular de su

caballo, que marchaba, lo mismo que el de Orso, floja la rienda y directamente á Barcelona.

Los nobles animales siguiendo libremente su instinto, fueron á parar en breve á la puerta de la casa de Fontanellas.

Apearonse nuestros caballeros, dejando los caballos á un criado y con el mismo silencio subieron la escalera, internándose uno en pos de otro en la habitación donde ambos dormían.

Fontanellas se dejó caer en uno de los sillones y Monteferro le imitó tomando asiento en otro, frente al primero. Así permanecieron igualmente mudos largo rato; pero Orso que si conoció en un principio que el dolor de su compañero necesitaba del silencio y casi de la soledad, comprendió así mismo despues, que no debía dejarle por mas tiempo abismado en sus negras reflexiones, rompió el silencio diciéndole en tono casi de broma:

— Pero es cosa de quedarse uno mudo para siempre?

— Qué sé yo — respondió maquinalmente Fontanellas, que como es de suponer tenía la cabeza, como suele decirse, bastante léjos del sitio donde estaba.

— Cómo, qué sé yo! — añadió Monteferro — pues no faltaba mas. Entonces mejor era meternos ambos cartujos: así al menos nuestro silencio significaría algo.

— Para lo que el mundo me tiene reservado, maldito lo que me importara pasar la vida en la Cartuja ó de otro modo peor.

— Perdiez! á mí sí me importaría! Cómo diablos iba yo á encontrar entonces á este ángel del cielo, que sin duda quiso dejarme esta bella efigie para que yo la reconociera un día en la tierra?

Y Monteferro, mientras pronunciaba estas palabras, sacaba de su pecho el medallón que encontró en el castillo de Gualba.

— Ciertamente — dijo entonces Fontanellas sobriundo.

— Y sobre todo, — añadió Orso — vaya una facha á propósito para pretender á semejante baldad, la de un cartujo!

— Estas tú de humor, ó lo finges para alegrarme á mí? — dijo benévola-mente Fontanellas.

— Las dos cosas á la vez.

— Me alegro de lo primero y te doy gracias por lo segundo.

—Pues qué, ¿te coge á tí de susto, ó te entristece el incidente de hoy?

—No me coge de susto; pero comprenderás que no puede alegrarme.

—Pues no lo comprendo. ¿No amas tú á Isabel?

—Y tú me lo preguntas?

—Pues bien: ¿padeces hoy mas porque sabes que está en un convento, que padecias ayer cuando se hallaba en poder del rinoceronte de su marido?

—Realmente esto debe consolarme y me consuela en parte.

—Y á propósito de su marido: —prosiguió Monteferro dando á la conversacion todo el carácter de broma que se habia propuesto.— ¿Sabes que ha sido el suyo un papel divertido?

—Ya lo creo.

—Y es aquella la célebre condesa de Fiorerosa?

—La misma.

—Simpatizaria fácilmente con esa mujer si no tuviese el alma tan negra como dicen.

—Ya te dije en otra ocasion que la condesa era un modelo de figura y amabilidad....

—Y de gran talento, á juzgar por el sublime recurso que ha empleado en obsequio de Isabel.

—Ah!—esclamó Fontanellas,—si no es por la condesa....

—Isabel se llamaria hoy la baronesa viuda de Gualba —dijo vivamente Monteferro.

—Monteferró! —esclamó Fontanellas, rechazando las palabras de su amigo.

—Qué diablos —repuso este— vista su tenacidad, no habia mas remedio; so pena de dejarle penetrar en la ermita. Por otra parte; si la cosa se hubiese prolongado, yo mismo te hubiese hecho retirar quedándome solo con el baron. Entonces la cuestion creo que hubiese concluido dentro de los buenos límites de la hidalguia y la caballerosidad.

—De todas suertes, nunca me hubiese yo perdonado un acto semejante —añadió Fontanellas.

—En fin, por suerte, no hubo necesidad de eso, ni mucho menos —concluyó Monteferro.

Y así los dos amigos, girando la conversacion sobre diferentes personas; pero sin moverse apenas del círculo de la consabida escena, pasaron la noche toda, apercibiéndose de ello, cuando la luz del dia siguiente penetraba por las rendijas de los balcones y ventanas.

—Pardiez! Cómo ha pasado la noche!—esclamó Monteferro.

—Efectivamente, volando. Y vaya un egoismo el mio....

—Por qué?

—Tenerte así en claro la noche entera y verdadera, hablando de cosas que no te atañen para nada.

—Pardiez —esclamó Monteferro que á menudo se servia de esta palabra— eso es una injusticia que me haces y que yo no merezco. ¿No me interesa á mí por ventura lo que á tí te toca, en cualquier concepto que sea?

—Gracias, Orso, amigo mio —respondióagradecido Fontanellas.

—Por otra parte, me interesaba á mí tambien y mucho algun objeto que lo fué, y no breve rato, de nuestra conversacion. Y si no, testigo este retrato de mi bello y adorado ángel desconocido —dijo Monteferro sacando otra vez y acercándose á los labios el medallon que conocemos.

—Ea, pues, Monteferro, véte á descansar.

—Y tú?

—Yo no voy.

—Yo tampoco.

—Pero que quieres hacer?

—Es muy sencillo: lo que tú hagas.

—Es que yo voy á salir.

—Es secreto el negocio?

—Sabes que no los tengo para tí.

—Entonces voy yo contigo.

—Es que me vas á tachar de ridículo y de necio tal vez.

—Por qué?

—Porque voy á montar otra vez á caballo y á volver á Pedralbes.

—Montaré yo también á caballo y te acompañaré otra vez.

—Eres muy buen amigo— exclamó Fontanellas levantándose y tendiendo una mano á Orso.

—Como lo eres tú conmigo— respondió este estrechando la mano de su compañero.— Pero dime: ¿qué vamos á hacer ahora en Pedralbes?

—Ya te he dicho que me tratarías de necio y de ridículo tal vez. Vamos nada más que á dar una vuelta al monasterio.

—Corriente. vamos allá. A mí me gusta ver el campo á la salida del sol; y mientras tú fijas la vista en las toscas paredes que encierran á tu adorada, yo la estenderé por la vasta llanura que domina el monte, contemplando como se cubre de granos de oro la verde alfombra de los campos y como en la superficie del mar se refleja la luz de este puro cielo que tanto se parece al de mi querida Italia, —dijo Monteferro, abriendo una ventana.

Luego, asomando la cabeza, añadió, variando completamente de tono:

—Pardiez! no veré nada de eso: el cielo esta nublado y parece que va á llover.

—Lo siento por tí y por tus poéticas ilusiones— contestó Fontanellas.

—No importa. También hay días nublados que ofrecen magníficas perspectivas, y si con la lluvia de esta noche se levantan vapores de la tierra, será bello también contemplar, desde la falda de San Pedro Mártir, convertida en un mar de leche la vasta llanura de Barcelona.

—Vamos, pues, dijo Fontanellas.

Y llamando al criado, le dió el orden de ensillar inmediatamente los caballos.

Pocos momentos despues los dos caballeros salian trotando por la puerta del Angel y camino de Pedralbes.

El lector habrá notado que Monteferro al asomar la cabeza á la ventana vió el día nublado y dispuesto el tiempo á llover.

Lo mismo notaron Clara y su doncella que salieron también poco tiempo antes por la misma puerta y en la propia dirección.

A estas últimas el tiempo debía ofrecerles y les ofrecia mayor cuidado que á los primeros.

Ellos iban perfectamente montados llevando además magnificas capas que les guareciesen de un chubasco, mientras que las dos mujeres caminaban á pié, como quien va de paseo, y sin otro amparo, para un caso semejante, que el leve aunque ancho y largo manto de seda que cubria á Clara desde la cabeza hasta los pies, y la especie de mantilla de flanela negra que llevaba la doncella.

Atendida la suma reserva que el caso requería, no se estrañará que una jóven de la condicion de Clara de Colmenar, prescindiese de las comodidades conque pudiera haber hecho la visita á su hermana, y que teniendo á su disposicion carruaje y caballos que tan bien en distintas ocasiones montaba, fuese á pié al monasterio.

Esto último, si bien mas trabajoso y aun diremos de grande incomodidad para una jóven de sus cortos años, nada acostumbrada á andar largo camino, permitia que la expedicion se efectuase con todo el secreto que requería la particular posicion de Isabel.

—Señorita—dijo la doncella, rompiendo el silencio que traian esta y Clara desde la puerta de su casa hasta la mitad del camino, que fue donde la doncella no pudo resistir más tiempo sin decir algo.

—Qué, Ana?

—No. habeis reparado como se va poniendo el cielo?

—No.

—Pues, vedlo, vedlo hácia este lado principalmente.

Y la doncella estendió el brazo señalando la parte de Levante.

Clara levantó sus grandes ojos azules que en aquella ocasion bien podia decirse sin mentir que eran mas hermosos que el mismo cielo, por cuanto este presentaba un aspecto nada seductor cubierto por espesos y negros nubarrones que iban agrupándose, amenazando una terrible y próxima tormenta.

Clara lo conoció así, y no pudo menos de estremecerse.

—Lo veis?—continuó la doncella—Quiera Dios que podamos llegar antes de que rompa la tormenta, á alguna casa del pueblo.

En aquella época no habia ni una choza siquiera en el camino que va de Barcelona á Sarriá, que era entonces un puñado de cuatro casas agrupadas allí donde ahora empieza el monte.

—Apresuremos un poco mas el andar y ya llegaremos, si Dios quiere, antes de que rompa la lluvia.

Con la condicion que le habia dictado la suma piedad de Clara, hubieran llegado indudablemente sanas y salvas antes que rompiese la tormenta, tanto si andaban despacio, como de prisa; pero el cielo, por lo que sucedió, tenia en aquel momento otras leyes que cumplir y á los deseos y al miedo de Clara respondió con un trueno seco y desgarrado que siguió á la vivísima y deslumbradora luz de un relámpago, inmediatamente despues de sus palabras.

—Dios mio! exclamaron á la vez las dos mujeres llevando la mano derecha á la altura del rostro y persigñándose con prontitud.

En el mismo instante, y como cosa de un cuarto de legua detrás de Clara y su doncella, dos caballos se encabritaron en medio del camino, espantados por la luz del relámpago y el trueno.

Los dos caballeros que, por lo visto, no se inmutaban por semejante cosa, recogieron serena y súbitamente las riendas, acariciando luego con la mano el cuello de los caballos para que recobrasen la calma.

—Pardiez!—esclamó uno de ellos—si no picamos la espuela llegaremos hechos una sopa, Fontanellas.

—Efectivamente—contestó este, la tormenta parece que se nos viene encima.

—Y no es cosa—añadió Orso, á quien por el *pardiez* habrán reconocido al momento nuestros lectores—de presentarse en tal estado á las rejas de la mujer atorada.

—No seré yo tan feliz que consiga que ella me vea esta mañana—dijo Fontanellas con ese acento desconfiado del amor en desgracia.

—Pudiera, sin embargo, suceder muy bien; y amante que va mojado poco fuego al fin despierta.

Fontanellas se sonrió, poniendo el caballo al trote largo, y calándose bien el sombrero para lanzarse al galope ó á la carrera, si el tiempo lo exigia.

Monteferro le imitó.

En breve tuvieron necesidad de redoblar la rapidez de su mar-

cha, pues un segundo relámpago seguido de otro trueno aun mayor, vino á espantar de nuevo los caballos.

Seguidamente uno de esos chaparrones que parece van á inundar el mundo descargó abarcando todo el llano de aquella parte de Barcelona.

La abundancia del agua que caía no dejaba ver á pocos pasos los objetos que se presentaban en el camino, impidiendo contiuarle á cualquiera que careciese, no diremos de valor, sino de la temeridad que á nuestros caballeros impulsaba en toda clase de empresa una vez comenzada.

Por consiguiente Orso y Fontanellas, sin dirigirse la menor palabra siquiera y como cosa ya de antemano prevista y esperada, tendieron los caballos al galope desafiando, ó mas bien despreciando la tempestad, y avanzando como si nada fuera por el camino.

No sucedió lo mismo á la pobre Clara y á su asustada doncella.

Apenas se vieron en medio de tal diluvio, el espanto se apoderó de sus corazones paralizando hasta su movimiento y haciendo completamente inútil el afán de apresurar la marcha que es lo que, primero se ocurre en semejantes ocasiones.

El primer momento, pues, del aluvion, se quedaron paradas y enteramente inmóviles en medio del camino.

Como la distancia que las separaba de nuestros caballeros era corta, como hemos dicho, y los caballos traian el galope largo, presto se encontraron en el mismo sitio.

El estado de las dos mujeres no las permitia oír otro ruido que el del trueno, ni ver otra cosa que la luz del relámpago; y aun que tal no fuera su estupefaccion en aquel momento, como los caballeros venian por la espalda, tampoco era fácil que se apercibiesen de su llegada, cuando estos que las tenian delante no podian verlas á causa de la espesa lluvia que caía.

Los caballos, pues, pasaron rozando con la doncella.

En el mismo momento un grito agudo y penetrante como escapado de las entrañas de la tierra hirió los oídos de los caballeros.

Ambos á la vez recogieron súbitamente las riendas; dejando á los caballos como clavados en medio del camino.

—Oíste?

—Sí.

—Fué un grito?

—Y de mujer á lo que parece.

—Si habremos atropellado á alguien?

—Yo no lo he notado.

—Ni yo.

Ambos volvieron á un tiempo la vista atrás; pero por pronto que refrenaran los caballos, estos, en la veloz carrera que llevaban, se quedaron parados ya á alguna distancia y los caballeros no podían distinguir otra cosa sino esa infinidad de hilos plateados que forman las gotas de agua cuando la lluvia es muy espesa, y que remedan una tela metálica que se interpone entre la vista y los demás objetos que tenemos delante.

Además el roce del caballo con la velocidad que llevaba, y el estado de alteracion en que se encontraban las pobres mujeres, fué mas que suficiente para hacerlas caer al suelo donde ambas se encontraban sobrecogidas de terror; y esta circunstancia era tambien otro inconveniente para que la vista de los dos amigos las descubriese.

—Pardiez! no distingo nada.

—Ni yo.

—Pues ello fué un grito, no hay mas.

—Yo casi lo juraria.

—Retrocedamos.

—Retrocedamos.

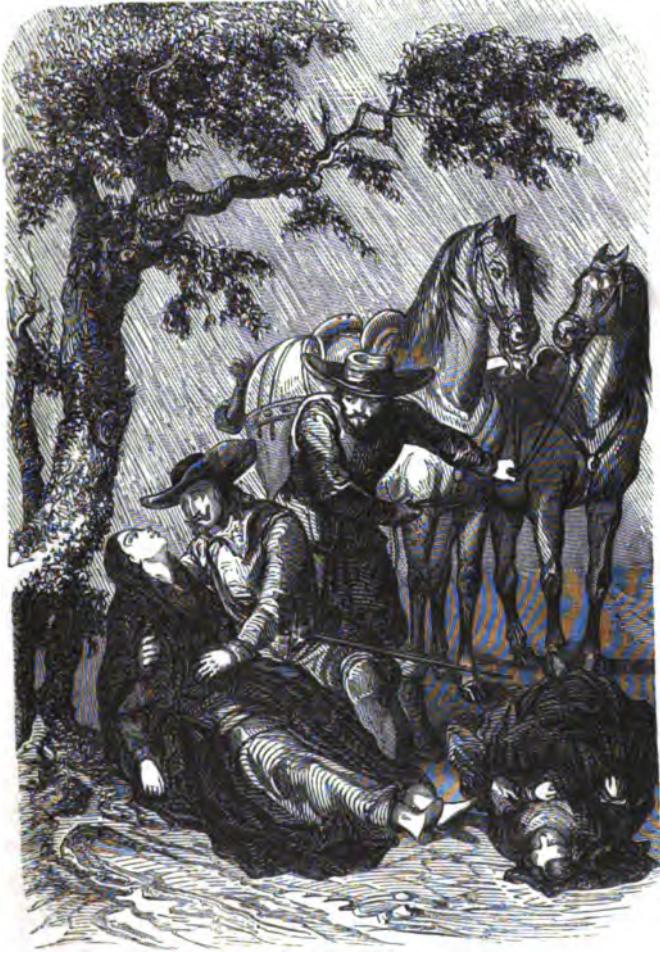
Y los dos caballeros á un tiempo volvieron las riendas retrocediendo por el mismo camino.

Los caballos que creyeron con esta conversion indicada la vuelta á casa, se dispararon al escape.

—Poco á poco! —gritó Monteferro, refrenando el suyo con toda su fuerza.

—Sí, poco á poco, ahora al paso —contestó Fontanellas imitando la accion de su compañero.

La prevision de los dos caballeros fué tan oportuna en aquel momento, que sin ella atropellados, y entonces bien de veras, á las pobres mujeres que iban á auxiliar.



No la conoces ?...



La luz de un nuevo relámpago, á los pocos pasos de desandar el camino, les probó lo acertado de esta prevision.

—Pardiez! —esclamó Monteferro.

—Dios mio! —gritó Fontanellas.

—Son dos mujeres tendidas en el suelo!

—Apeémonos.

—Sí, y cada cual cargue con una en la grupa.

Y acompañando la accion á la palabra, los dos amigos desmontaron sin soltar las riendas de los caballos.

—Si estarán muertas? —dijo Fontanellas al echar pié á tierra.

—Quién sabe! —contestó Monteferro. —Lo que es para ahogadas, tienen motivos y agua de sobra.

—Ea! manos á la obra.

—A ello.

—Ayúdame tú á colocar esta en mi caballo: luego monto yo, y, sosteniéndola con un brazo, te ayudaré con la otra mano á cargar la tuya.

Clara y la vieja Ana no sentian ni oían nada de lo que pasaba á su lado.

Monteferro que acababa de pronunciar las últimas palabras, se inclinó para levantar en brazos á la primera.

—Pardiez! —esclamó gritando y asombrado.

—Qué es eso! —preguntó Fontanellas asombrado tambien de verlo así á su compañero.

—Pardiez! —continuó Orso— no la ves?....

Y sosteniendo con el brazo derecho el cuerpo insensible de Clara la volvió la cabeza con la otra mano para que la observase su amigo.

—Es hermosa! dijo este sencillamente.

—Pero no la conoces? —preguntó Monteferro asombrado cada vez mas y mirando á Fontanellas.

—No por cierto.

—Presto! presto! por favor! Ayúdame á colocarla en mi caballo y partamos en seguida hácia la primera casa que encontremos.

—Vivo pues! —respondió Fontanellas, sin darse cuenta, ni menos detenerse á averiguar el nuevo interés que la jóven inspiraba á su compañero.

Este apenas pudo sentar á Clara en la grupa del caballo, se quitó la capa cubriéndola enteramente y se dispuso á montar.

—Pardiez no va bien así : En la grupa podremos sostenerlas con mucha dificultad : ayúdame á pasarla delante.

Así se efectuó, y Fontanellas fué inmediatamente á levantar á la otra.

—Dios mio—esclamó tambien Fontanellas, asombrado ni mas ni menos que Orso, al ver el rostro de la doncella.

—Qué es eso?—preguntó Monteferro.

Fontanellas, en el mismo caso respectivamente que Orso, imitó á este en la accion y en las preguntas de antes :

—No la ves?

—Es bastante fea...—contestó Orso á su vez y con la misma sencillez que Fontanellas anteriormente.

—Pero no la conoces!

—No por cierto; pero despáchate pronto porque muero de pena y de agonía hasta poner bajo un techo cualquiera la preciosa carga que llevo.

—Ayúdame—dijo Fontanellas.

—Acerca mas el caballo... dame que tenga yo las riendas con esta mano.

—Toma.

—Así... bien... Arriba!

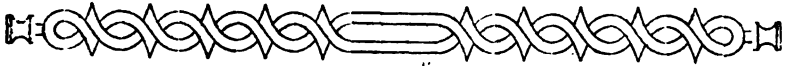
—Bueno!

—Vengan ahora las riendas.

—Ahí van.

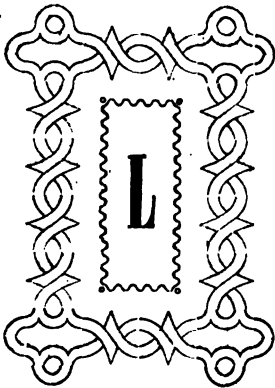
Y los dos amigos partieron otra vez al galope tendido, dirigiéndose de nuevo al inmediato pueblo de Sarriá.





XXXI.

CONTINUA LA TORMENTA.



A lluvia no cejaba, ni mucho menos.

Los truenos y los relámpagos menudeaban cada vez con mayor fuerza, y en medio de aquel terrible aguacero los dos caballos tendidos á la carrera avanzando por el desierto camino y saltando á veces para salvar las torrenteras que lo cruzaban, parecían dos genios maléficos arrastrados ó impelidos por la fuerza de la tormenta, volando hácia el monte en alas de la propia tempestad.

Monteferro, cuya ansiedad era mucho mayor, marchaba delante y á cortísima distancia le seguía Fontanellas.

Este iba asombrado y como estupefacto de llevar, habiéndola encontrado de aquella suerte, á la vieja Ana, á quien conocía ya, como pueden presumir nuestros lectores, por las relaciones y antiguo conocimiento de familia que tenía con la casa de Colmenar.

Orso, además de asombrado, estaba como fuera de sí en medio de

la grande agitacion que producian en su ánimo tantas sensaciones á la vez como experimentaba en aquel momento, y las cuales iremos viendo y analizando poco á poco, con solo observar atentamente lo que dice para sí, mientras no cesa de espolear á su caballo, y las distintas espresiones que va tomando su fisonomía á medida que su corazon se siente dominado por los diversos sentimientos que le agitan.

De cuando en cuando pasaba las riendas de una mano á otra, para acomodar mejor la capa que cubria todo el cuerpo de Clara desde la cabeza hasta los pies, á fin de que, al paso que la guareciese por completo de la lluvia, no la impidiese respirar libremente.

La vivísima y tierna solicitud que Monteferro mostraba en esa sola accion, hubieran dado á conocer al menos entendido que un sentimiento menos tranquilo que el de la humanidad inspiraba á Orso tan esquisitas atenciones con aquella jóven.

Del mismo modo cuando á menudo apartaba la capa del rostro de Clara sustituyéndola contra la lluvia con el ala de su sombrero, al inclinar la cabeza para contemplar el rostro de la jóven, se dejaba ver bien claro en aquella mezcla de embeleso y ternura que se retrataba en su fisonomía, que Orso sentia algo mas que el encanto que produce al contemplarla una belleza semejante; como podia tambien conocerse en el temor y la ansiedad que revelaba por el estado de Clara, otro interés mas grande y mas íntimo que el que podia inspirar, vista por primera vez en aquella situacion, una mujer de su juventud y su hermosura.

Este temor fué al cabo el sentimiento que dominó por completo el corazon de Monteferro.

Clara estaba como exánime y el ardoroso jóven, á la idea de que pudiera estar muerta ó morir luego despues á consecuencia de aquel extraño incidente que no podia ni estaba para explicarse, sentia un dolor tan intenso que no lo habia experimentado jamás ni en los azares de la guerra ni en ninguna otra ocasion de su vida.

—Sí estará muerta! pardiez!

Y apartaba, diciendo esto, un poco mas la capa que la cubria,

bajando la vista al seno de Clara para descubrir una sola palpitation que le respondiera de lo contrario.

Con esto solo basta para conocer que Orso estaba enamorado de Clara, y que su amor participaba de ese respeto profundo, especie de veneracion que inspira la mujer amada, cuando su belleza pertenece á ese órden superior que tan bien sabe hablar al alma sin decir nada nunca á los sentidos del hombre.

El movimiento mismo del caballo impedia que pudiese Monteferro conocer simplemente con la vista si el corazon de Clara palpita todavía; pero Orso ni ligeramente aplicaria la mano para saber lo que tan ardientemente deseaba.

De pronto levantó los ojos al cielo y exclamó:

—Dios mio! Si habré venido á encontrarla para recogerla muerta del suelo ó para que espire en mis brazos!

Y al bajar la vista la fijó otra vez en el marmóreo rostro de Clara.

El corazon de Monteferro saltó súbitamente dentro de su pecho. Habia visto que Clara acababa de hacer una de esas inspiraciones fuertes que se hacen al volver de un desmayo ó al salir de un profundo letargo.

—No me han engañado mis ojos!—dijo para sí bajando la cabeza para observarla mas de cerca.

Un hondo suspiro escapado de aquel seno que antes parecia exánime, afirmó al jóven corso en su idea, y su rostro poco antes tan triste y abatido, recibió de pronto nueva vida con la que parecia volver al precioso cuerpo que llevaba.

Monteferro queria pronunciar alguna palabra que animase á Clara, asegurándola que habia pasado ya todo peligro, pero en momentos semejantes la fuerza misma de la sensacion paraliza las facultades fisicas, y su voz no pudo pasar de la garganta, sin dejar al labio que articulase la menor palabra.

La hija de Colmenar seguia suspirando cada vez mas y con mayor fuerza, empero cerrados totalmente los ojos.

Orso á medida que se iba asegurando de que Clara volvia en sí, sentia como su corazon se ensanchaba, desahogándose del peso que le oprimia.

Pasados algunos momentos , Clara abrió por fin los ojos , y Monteferro que no los apartaba de su rostro , pudo entonces exclamar :

—Valor, señora, no teneis ya que temer el menor peligro! estais completamente á salvo!

—Ay!—suspiró Clara sin oir nada de lo que la dijo el caballero.

Aquel ay fué, si cabe espresarse así, una dulcísima espina que hirió el corazon de Monteferro derramando en él á la vez la mas viva de las alegrías.

—Valor señora—repetia Orso semibulbuciente á causa de la emocion que sentia.

Clara entonces oyó las palabras de este.

Fijó la vista de pronto en el rostro de Monteferro. Luego paseándola ó mas bien intentando pasearla á su alrededor para cerciorarse del sitio donde y como se encontraba, abrió los ojos de una manera que parecian salirle de las órbitas y gritó fuertemente.

—Ana! Ana!

—Señora!—contestó Monteferro estupefacto y sin saber que decir en aquel momento.

Clara entonces escondió el rostro prorumpiendo en un fuerte llanto.

Monteferro no sabia que decir ni que hacer para desvanecer el trastorno que tal vez una idea equivocada de su situación , habia dado en aquel instante á la hija de Colmenar.

Creyó lo mas oportuno, decimos mal ; sin creer ni pensar nada, sino instintivamente, repitió sus primeras palabras.

—Señora! no teneis que temer ya el menor peligro : estais completamente á salvo.

Clara no contestó sumergida en el copioso llanto que derramaba.

Orso mas tranquilo ya, desvanecida la primera causa de su mayor cuidado, pudo adivinar por el sentimiento que se notaba en el llanto de Clara y sobre todo por la vergüenza ó el rubor que suponía la accion de esconder la cabeza, apenas, vuelta en sí, conoció que se hallaba sola y en brazos de un desconocido; Orso repetimos,

conoció que la idea que antes hemos apuntado cruzó ó estaba fija en la mente de Clara, y se apresuró á desvanecerla:

—Os hallais, señora, bajo la proteccion de un caballero que perderia cien veces la vida antes de esponer una sola vuestra honra.

Las grandes verdades tienen el privilegio de aparecer igualmente claras á todos y en cualesquiera ocasiones; y esto que es indudable en la esfera de la ciencia y de la filosofía no lo es menos en la del sentimiento.

Además, la fuerza de la propia conviccion infunde y despierta la fe agena en aquello que se dice.

Clara, por consiguiente, al oir las últimas palabras de Monteferro, pronunciadas con tal acento de verdad, y sobre todo el ver que tambien respondian al sentimiento que en aquel entonces la dominaba, levantó los ojos sin miedo y su corazon esperiméntó una emocion indefinible cuando aquel en rostro varonil y simpático vió retratada la franqueza y la caballerosidad que dejaban conocer sus espresiones.

El pueblo se distinguia ya, y Orso volvió la cabeza refrenando un poco su caballo hasta dejar que se le uniese Fontanellas para preguntarle, como mas práctico del terreno:

—El pueblo está ahí?....

—No entramos en él.

—Hacia dondè pues?

—Por el primer camino de la izquierda.

Monteferro sin pronunciar ni esperar otra palabra, picó espuelas á su caballo torciendo las riendas al punto indicado por su compañero, y tomando á todo galope el camino.

Entrados ya en la nueva senda y á corto espacio andado de la misma, se descubria á breve distancia una magnífica casa de campo amurallada en el toño el vasto terreno que comprendia:

Esta casa era propiedad de la de Fontanellas.

—Su proximidad á la capital y la desahogada posicion de esta familia, permitian que esta preciosa quinta no careciese de ninguna de las comodidades que tenia la casa de Barcelona, inclusa la de la asistencia de criados y doncellas que no la abandonaban nunca, pues, como hemos dicho, la proximidad hacia que muchas veces los

señores se presentasen en ella de improviso y esto no debía ser un motivo para que les faltase nada de lo necesario.

Fontanellas al llegar á la distancia de unas veinte varas de un rastrillo de hierro que lindaba con el camino, gritó:

— A esa primera quinta!

Y en el mismo instante sacó un pañuelo blanco que agitó en el aire como para hacer una seña á dos personas que asomaban la cabeza por una de las grandes ventanas del caserío, y que parecían contemplar desde allí el magnífico cuadro que ofrecía la lluvia sobre el vasto campo que la casa dominaba.

Aquellas dos cabezas eran de dos criados de la casa que vieron desde luego la seña de su amo.

La ventana quedó sola al esconder Fontanellas el pañuelo.

Después de algunos segundos, los criados todos de la casa se movían yendo de un punto á otro de la misma, y el rastrillo de hierro se abrió de par en par para dar entrada á los caballeros que no tuvieron que aguardar ni un momento siquiera en el camino.

En el gran patio de la quinta aguardaban varios criados y dos doncellas juntamente con el ama de llaves que tenía el gobierno interior de la misma.

— Esta señorita y su aya quedan encomendadas á vuestra solicitud, Marta—dijo Fontanellas dirigiéndose al ama de llaves que se apresuró á ponersele delante como para indicar á Fontanellas que á ella correspondía recibir las primeras órdenes.

— Muy bien señor,—respondió el ama, volviendo la cabeza á las doncellas é indicándolas con un ademán que estuviesen prontas á sus disposiciones.

Marta cogió de un brazo á Clara, mandando á una de las muchachas que la ofreciese el suyo, mientras Ana sostenida por la otra doncella y un criado, seguía escalera arriba la dirección que tomaba la vieja ama de llaves hácia las principales habitaciones de la quinta.

Ya hemos dicho que el servicio de aquella casa estaba perfectamente montado. Así no se extrañará que ni Marta tuviese necesidad de mandar abrir ninguna de las puertas de las habitaciones, siempre cerradas cuando no estaban los dueños, para encontrarlas fran-

cás á su paso; ni que Fontanellas y su compañero tuvieran que dar la menor disposicion para acomodar los caballos, ni para nada absolutamente de lo que en aquel momento se requería con mayor prontitud.

Las hornillas, en las cocinas, ardieron instantáneamente, á la par que las chimeneas en las habitaciones. Y mientras los criados presentaban nuevos trages á los caballeros que como puede conocerse iban completamente calados, las doncellas sacaban vestidos de las señoras de Fontanellas, que presentaban á Clara ofreciéndose á desnudarla de los suyos, que estaban totalmente empapados de agua.

Los dos caballeros como que estaban en su propia casa, que del otro es la de un amigo, no hicieron, como se deja comprender el menor repulgo, y cambiaron desde luego sus trajes, disponiéndose á reponer sus estómagos con un refrigerio que se dispuso inmediatamente en una mesita, al calor de la lumbre.

Pero no así Clara y su doncella.

Sin volver en sí la primera del natural asombro que todo aquello habia de causarle, se resistió al principio á despojarse de sus vestidos y tomar los que una persona estraña y en una casa desconocida le ofrecia, si bien accedió luego á ello, ya por las reflexiones tan justas como respetuosas de Marta, como porque Ana le indicó discretamente y mas por tranquilizarla que por otra cosa, que conocia y era la de un caballero, la persona en cuya casa se encontraban.

Clara en vista de esto, pidió que la dexara sola con la doncella.

Marta inclinó profundamente la cabeza y dijo:

—Despejamos al momento, señorita. Si algo se os ofrece, tirad de ese cordón y al momento que suene la campanilla, me tendreis de nuevo á vuestras órdenes en este mismo sillio.

Clara se sonrió agradecida á la fina atencion de Marta, y esta salió con las dos doncellas, dejando á la primera con Ana.

Así que estuvieron solas, Clara exclamó:

—Pero qué es esto, Ana!

—No sé, señorita! yo estoy como sofiando con lo que nos sucede.

—Dios mio! Dios mio! —exclamó Clara saltándole las lágrimas de los ojos— pero en dónde estamos, ahora? Expílicate, Ana, ya que

antes me has indicado que lo sabias y me has asegurado que podía estar sin recelos.

—Antes conviene, señorita, que os quiteis esos vestidos tan mojados que podrian cansaros una enfermedad conservándolos así por mas tiempo.

—Eso es lo de menos: por otra parte, yo no quiero, no puedo sustituir los vestidos que llevo por otros que no sean míos tambien. Así cerca de la lumbre se irán secando sin necesidad de quitarlos.

Ana, menos escrupulosa en este punto y con más experiencia que Clara, no tuvo semejante miramiento que á su edad la hubiera podido causar grave daño y dijo:

—No insto mas en cuanto á vos; pero en cuanto á mí, os suplico me permitais mudarme, pues con mis años, señorita, esto me causaria una enfermedad.

—Puedes tú hacer lo que quieras, Ana; pero por Dios explícate y no me tengas mas tiempo con esa ansiedad que me asesina.

—Al momento, señorita.

—Oye: sin necesidad de retirarte. Aquí no entrará nadie: puedes mudarte aquí mismo, en esa alcoba inmediata, y mientras lo haces, empiezas á contarme lo que sabes.

La vieja doncella tomó un vestido de Marta que esta habia mandado traer con el indicado objeto y despojándose del que llevaba, dijo:

—Todo lo que yo sé es que conozco esta casa y á su dueño.

—Conoces á su dueño?

—Sí, es uno de los que nos han salvado.

—Y es... —añadió Clara impaciente.

—Todo un caballero y antiguo conocido de la familia.

—Cómo se llama?

—Fontanellas.

—Fontanellas! —gritó Clara de repente y asombrada.

—Qué os estrafia?

—Y cuál de los dos es Fontanellas?

—El que me llevaba á mí.

—Ah!... —respiró Clara sin que de ello se apercibiese la doncella.

—Vos no le conocéis —repuso esta— ni él creo os conozca á vos ; pero su familia es antigua conocida de la vuestra.

—Fontanellas! —repelía Clara para sí— Fontanellas en el camino de Pedralbes!

Ana se presentó ya con el nuevo traje y acomodando el suyo en el respaldo de una silla y junto á la lumbre, tomó asiento frente á Clara y al otro lado de la chimenea.

Clara, así que Ana se hubo sentado, volvió á preguntarla.

—Y el otro caballero que nos acompañó?

—No le conozco.

—Qué desgraciado incidente, Dios mio!

—No conozco á ese caballero —continuó Ana— pero conozco á Fontanellas y este que lo es en toda la estension de la palabra, con tenerlo, segun se vé, por tan amigo, debe garantizarnos completamente de él.

—Con efecto; —dijo Clara.

—Además que, al apearnos en el patio, aunque yo no estaba para pararme mucho en las caras que á mi alrededor tenia, quise, ya sabéis lo que somos las mujeres, ver que tal era la del caballero que os habia llevado á vos....

—Y qué?... preguntó Clara con cierta notable curiosidad.

La doncella continuó :

—Si el rostro, segun de muy antiguo se dice, es el espejo del alma, noble y bella ha de tenerla el caballero.

Clara se ruborizó ligeramente á las últimas palabras de Ana.

En tanto que así platicaban las dos huéspedas de Fontanellas, este y su amigo Monteferro no dejaban de hacerlo sobre el mismo asunto, si bien con la diferencia de su posicion y el desembarazo natural entre dos jóvenes de su clase.

—Pero, —decia Monteferro, —cómo diablos estaban esas dos mujeres tendidas en la carretera!

—No puede ser sino que la lluvia las asustó y.... qué sé yo, —contestó abrumado Fontanellas: —si quieres que te diga la verdad, no sé por el pronto á que atribuir este lance.

—Creo que seria oportuno que Marta entrase otra vez, —dijo Monteferro con visible impaciencia.

—Han dicho que llamarían ellas.

—Marta es la que les ha dicho que llamasen, si algo les ocurría. Ellas no han dicho nada—observó Monteferro con ese interés que guarda en la memoria hasta la menor palabra de un asunto que le tenga muy grande.

—Es verdad.

Y Fontanellas llamó entonces á Marta.

Esta se presentó en el momento.

—No ha llamado esa señora ?

—No señor.

—Id , pues , á preguntarla de mi parte como se siente y ofrecedla algún alimento , como así mismo á su doncella , pues ambas tendrán ya necesidad de tomar algo.

Fontanellas habia presumido bien. Despues del trastorno ocurrido á seguida de la noche que se pasó en la casa de Colmenar , no se necesita decir como estarian de débiles aquellas dos mujeres, principalmente Clara.

La vieja Marta , se disponia á salir cuando Monteferro la detuvo.

—Aguardad.

Marta se detuvo en medio de la sala.

Entonces Monteferro preguntó á media voz á Fontanellas.

—Por qué no mandas salir á la doncella y le preguntas algo ?

—Creo mejor que vaya ahora Marta con ese recado.

—Como quieras.

—Id, Marta.

El ama salió y á poco rato volvió á presentarse en la sala donde estaban los dos amigos.

—Qué han dicho?—preguntó Monteferro antes que Marta llegase á ellos.

—Dice la señorita que agradece en el alma todas vuestras atenciones ; pero que la lluvia ha cesado ya y con vuestro permiso se disponen á partir.

—Cómo !

—Eso han dicho.

—Volved—dijo Fontanellas—y decidle que el señor y yo pedimos permiso para presentarnos y ponernos á sus piés.

Marta volvió á salir y se presentó otra vez á su amo diciéndole :

—Os está esperando.

Y los dos amigos se levantaron dirigiéndose inmediatamente á la sala que ocupaba Clara.

Fontanellas iba casi tranquilo : á Monteferro el corazon le saltaba materialmente del pecho.

A pesar de las circunstancias, la presentacion se efectuó con todas las reglas de buena sociedad. Entre ciertas clases estas no se olvidan nunca y Clara por su parte recibió á los caballeros como hubiera podido hacerlo en su propia casa.

Apenas salió Marta con el último recado , Clara se acomodó en el sillón que ocupaba junto á la chimenea arreglando lo mejor que pudo el desórden de sus mal parados vestidos , y mandó á su doncella que se situara de pié y á cierta distancia, á su espalda.

Despues de un saludo sumamente cortés de parte de los dos amigos y que participaba en lo que respecta á Monteferro de todo el embarazo natural en aquella situacion, Fontanellas tomó la palabra el primero y dijo :

—Señora, no hubiéramos solicitado el permiso de llegar tan presto á vuestra presencia, sin el recado que acaban de darme.

—Caballero—contestó Clara procurando dar á su voz una seguridad que ciertamente no tenia, el cielo sabe cuan agradecida estoy á vuestras atenciones ; pero vos comprendereis que yo no puedo permanecer mucho tiempo en esta casa.

—Sin embargo es muy poco el que ha transcurrido para el estado en que os encontrais, y Ana que me conoce bien, sabe que podeis aprovechar en todo y para todo la casualidad que yo bendigo y que os ha conducido á esta casa.

—Salvándonos de la muerte tal vez,—esclamó Clara con una expresion tal de agradecimiento que encantó á los dos amigos, haciendo prorumpir á Monteferro.

—El cielo, señora, no podia permitir que uno de sus ángeles permaneciera por mas tiempo en aquella situacion.

Clara, cuyos ojos se encontraron en aquel momento con la ardiente mirada de Monteferro, bajó ruborizada la vista al suelo.

Orso casi se arrepintió de no haber podido contener aquel impulso de su corazón, que, sin embargo, no escedia los límites de la más cortés galantería.

—Yo me atrevo á suplicaros, —continuó Fontanellas— que aguardéis siquiera el tiempo necesario para reponeros del natural trastorno que debe haber os causado este incidente; y perdonadme, si para inclinaros á ello, os repito lo que antes indiqué para alejar de vos todo recelo. Yo me llamo Fontanellas, cuyo nombre, permitidme que lo diga, es una garantía que quisiera os bastára en este caso.

—Os conocia ya por lo que acerca de vos me ha dicho Ana— repuso Clara— y creed que os hago toda la justicia pensando de vos como merecis. Además os he conocido empezando por deberos uno de esos servicios que no se olvidan nunca, y yo, sin otro motivo, no pudiera nunca pensar de vos sino lo que debo.

—No recordéis el motivo que nos ha hecho conocer, sino para aprovechar, como he dicho, la casualidad que os ha conducido á esta casa, y reponeros para salir luego á donde queráis, en la inteligencia y completa seguridad de que así como no he preguntado ni Ana me ha dicho vuestro nombre, mi compañero y yo sabremos respetar como hasta aquí no solo vuestra persona, sino que también vuestro secreto, si puede haberlo en este caso!

Clara, única amiga y confidenta de su hermana Isabel, si bien por circunstancias que veremos más adelante no conocia personalmente á Fontanellas, le conocia de nombre, como puede suponer el lector: así es que aunque no estrañó la esquisita delicadeza y suma caballerosidad que encerraban las últimas palabras del antiguo amante de Isabel, no pudo ocultar el efecto de la agradable sensación que en su ánimo produjeron, ya porque así nacia de su propia situación en aquel momento, como porque la satisfizo y no poco, ver en el original el exacto parecido del retrato que su hermana le habia hecho tantas veces.

Con ser, pues, el caballero que la hablaba Fontanellas, y amigo de este el otro que habia delante, tenia Clara toda la seguridad que

en cualquier caso necesitará acerca de la discreción de los dos jóvenes.

Así, respondió confiadamente á Fontanellas :

—No existe motivo alguno de secreto en este caso; pero si existiera, nunca dudaria de vuestra discreción, ni de la de vuestro amigo, la hermana de Isabel de Colmenar.

—Cómo! —esclamaron á la vez los dos caballeros.

—La misma, señores.

—Clara! —preguntó, para acabarse de cerciorar Fontanellas.

—Clara de Colmenar —repuso esta sencillamente.

No es extraño que no os reconociera antes. Muy niña salisteis para pasar todos estos años en el convento de Santa Clara.

—Donde he permanecido hasta el casamiento de mi hermana, al lado de la superiora, mi buena tia.

Hé aquí como la hermana de Isabel era completamente desconocida á Fontanellas, quien aunque sabia su salida del convento y su vuelta á la casa de su padre, no habia tenido aun ocasion de verla, en medio del recogimiento en que vivia, retirada casi por completo de la sociedad á causa de lo mucho que la afectaban los sufrimientos de la de Gualba.

La sorpresa de Monteferro al conocer la familia á que Clara pertenecia y la satisfaccion y hasta viva alegría en que rebosaba su pecho ante este descubrimiento, son fáciles de explicar.

Clara habia por mil razones, de quedar amiga íntima de Fontanellas, y los amantes, todos los amantes se alegran igualmente cuando en el círculo de sus relaciones descubren que alguno de sus amigos ó amigas lo es de la mujer á quien pretenden.

Fontanellas no quiso desperdiciar esta primera ocasion de tocar un punto que tan de cerca le atañia y dijo con cierta intencion:

—Y como desde que salisteis del convento, raras, rarísimas veces habeis debido presentaros al mundo.

—Rarísimas en efecto —contestó Clara con doloroso y conmovido acento.

—Pocas han debido ser en verdad, cuando yo no tenia noticia de que tan bella hermosura se encontrase en Barcelona.

—Gracias, caballero; aunque no pueda admitir esa razon—

Las palabras *no pueda admitir* aunque dichas con la mayor sencillez é hijas puramente de la modestia de Clara, confundieron por completo á Monteferro.

La duda es el fantasma continuo que se interpone siempre á los primeros pasos del amor; y esta disposicion de todos los amantes en este caso, hizo que Monteferró viese en las citadas palabras un doble sentido que no tenian ciertamente.

Asi se limitó á contestar con una leve inclinacion de cabeza acompañada de una más leve sonrisa en los labios, recurso que ofrece siempre el instante cuando en semejantes ocasiones se niega la mente á dictar una respuesta.

Las palabras de Monteferró cortaron el hilo que queria seguir Fontanellas, quien conociendo al propio tiempo que el estado de Clara no la permitia platicar largo rato sin atender á lo que su propia situacion exigia, la dijo:

— Con mayor motivo repito ahora lo de antes y si es necesario lo exijo, en virtud de los títulos que me dá en este momento la antigua amistad de nuestras familias y la particular consideracion que toda la vuestra me ha merecido y me merece. Podéis disponer de los vestidos que habeis rehusado: son de mis hermanas y estoy seguro que ellas harian otro tanto en vuestro caso. Tomad además un refrigerio, que bien lo necesitáis tanto vos como la pobre Ana. Marta está aquí á vuestras órdenes y nosotros las aguardamos luego que esteis en disposicion de salir, cosa que no podéis hacer ahora antes de reponeros de este trastorno.

Las palabras de Fontanellas hicieron esta vez todo el efecto en el ánimo de Clara que sabía ya se encontraba en una casa amiga y sentia además que las fuerzas la iban abandonando.

Asi se apresuró á responder:

— Voy pues á aprovechar vuestra generosa hospitalidad.

— Gracias, mil gracias, Clara — exclamó Fontanellas como si acabara de recibir el mas grande de los beneficios.

Luego grito acercándose á la puerta:

— Marta!

Esta se presentó al instante:

— Esta señora — dijo Fontanellas, dirigiéndose al ama de Ha—

ves— nos hace el honor de aceptar lo que su estado necesite. Sabéis ya vuestro deber.

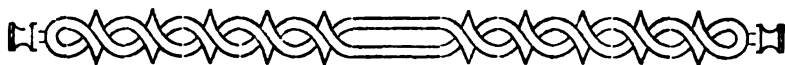
Y volviendo la cabeza á Clara, concluyó :

—Nosotros aguardamos fuera vuestras órdenes.

Y los dos caballeros saludando á la vez, salieron de la estancia.

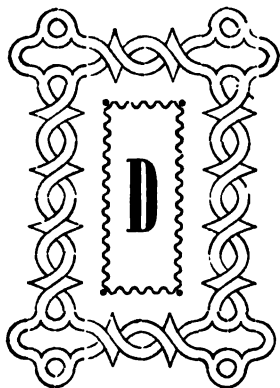
Al llegar á la puerta para repetir el saludo, pues ya hemos dicho que, á pesar de las circunstancias, en esta entrevista no se escluyó ninguna de las reglas de cortesía, los ojos de Monteferro se encontraron con los de Clara y el joven corso vió brillar otra vez la luz de una esperanza, que, apenas concebida, se habia visto ya eclipsada por la sombra de la duda.





XXXII.

AL CONVENTO DE PEDRALBES.



¡FÁCIL sería decir cual de los dos caballeros salió mas afectado de la presencia de Clara. Cada uno por su parte tenia motivos sobrados.

Ambos volvieron á la estancia que antes ocupaban, sentándose uno frente á otro á los lados de la chimenea.

Así permanecieron un rato sin pronunciar una palabra, hundido cada cual en sus propias reflexiones.

Fontanellas fué el primero que habló.

—Ya tengo despejada la incógnita—dijo de repente.

Montferro levantó la cabeza mirando á su amigo como quien despierta de un sueño.

—Qué?

—Que he despejado ya la incógnita.

—Qué incógnita?

—La del encuentro de Clara y su doncella.

—Ah! Y qué es?

—Toma! que iban á ver á Isabel al convento.

—Cierto. No parece ser otra cosa.

—Cuidado que ha sido feliz casualidad!

—Y tanta. Pero es mucho que tú no conocieras á Clara.

—Has oido ya el porqué.

—Sí, pero tambien estraño que en tanto tiempo y en tantas veces que hemos rondado juntos la casa de Colmenar y la del baron, no la viésemos nunca salir ó entrar ó asomarse á una ventana.

—Ahora, como si lo viera, dentro de un rato partirán al convento.

—Eres feliz, Fontanellas!

—Por qué! Y estraño que seas tú quien diga eso.

—Feliz en lo que cabe la palabra en tu situacion.

—No comprendo.

—Es bien fácil. Ahora irá Clara á ver á su hermana. Indudablemente le hablará de lo ocurrido y con este motivo, puedes estar seguro que serás tú exclusivamente y por largo rato el objeto de la conversacion de la mujer á quien amas.

—Esto es verdad; pero ya conoces que ni aun así y por tan breve momento me cuadra la palabra *feliz*—respondió Fontanellas.

—Y á mí, qué palabra me cuadrará en este instante?

—Cómo á tí?... No te entiendo.

—Voy á esplicarme; pero te pido antes que me perdones si por breve espacio he podido retenerte lo que me sucede.

—Ahora te entiendo menos; pero por el pronto sabe que ni por breve ni por largo espacio te perdonaré jamás que faltes á la completa confianza á que tengo derecho contigo.

—Te diré, Fontanellas. Ya sabes lo mucho que me interesa cuanto á tí toca y no estrañarás que hablando hasta ahora de asunto para tí de tanta monta y sobre todo tan palpitante, haya, no diré olvidado, pero sí prescindido hasta este momento de lo que á mí exclusivamente me atañe.

—Esplicáte, porque me tienes impaciente.

—No recuerdas, cuando en el camino encontramos á Clara y su doncella, al levantar yo á la primera, lo que te dije?

Fontanellas reflexionó un momento y respondió:

—No.

—Recuerdas que te pregunté asombrado y mostrándote el rostro de Clara *¿la conoces?*

—Sí, ya recuerdo.

Monteferro prosiguió:

—Y tú me contestaste simplemente: *Es hermosa.*

—Es verdad.

—Pues bien, ahora te repito la misma pregunta: *¿no conoces á Clara?*

—Ya sabes desde cuando, desde hace un momento.

—Y antes de ahora *¿no recuerdas haber visto su fisonomía en alguna otra parte?*

—No.

—De alguna otra suerte?...

—Tampoco; pero acabemos, Orso.

—Pues sí la has visto.

Y Orso sacó el medallon que llevaba siempre escondido en el pecho, mostrándoselo á Fontanellas.

—Mira!

—Cáspita!—esclamó Fontanellas.

—Es la misma?

—La misma exactamente.

—Escuso decirte nada acerca de lo que pasará por mí en este instante.

—Lo considero, chico. Pero dime cómo diablos adquiriste tú ese retrato? Que no recuerdo me lo hayas dicho nunca.

—Fué en una ocasion que no sé si tengo derecho de revelar....

—Basta. No quiero saberlo.

—Comprenderás que á ser el secreto exclusivamente mio, no lo fuera para tí.

—No tienes necesidad de sincerarte en este punto. Pero vamos á ver, que esto no creo pueda ser un secreto. Tú estás y de mucho tiempo enamorado de Clara, del original de ese retrato.

—Bien lo sabes tú.

—Y á qué altura te encuentras con ella?

—A ninguna.

—Cómo!

—Hoy me vé por la primera vez.

—Es particular.

—No hay mas.

—Y tú has visto á ella otras veces?

—Una sola, cuando adquirí el medallon.

—Mucho misterio es ese, Monteferro.

—Te digo todo lo que puedo decirte.

—Y sabe ella que tú la amas?

—No me conoce sino de hoy; y si ha descubierto, que bien pudiera ser, en mí ese sentimiento para con ella, casi tengo motivos para creer que no me corresponde.

—Sobrado caviloso eres y desconfiado. Qué motivos pueden ser esos en tan poco tiempo?

Monteferro se referia á las palabras que creyó equívocas en boca de Clara, las cuales manifestó á Fontanellas quien tranquilizó á su amigo riéndose de su estremada suspicacia y susceptibilidad.

Orso tranquilizado con efecto sobre este punto, añadió luego en contra de sus primeras sospechas:

—Aunque si se ha de considerar todo, debo decirte que al salir y cuando en la puerta repetimos el saludo, los ojos de Clara, ó es mucha vanidad la mia, ó me han desmentido cuanto yo habia pensado antes.

A este punto llegaban los dos amigos cuando Marta se presentó de nuevo en la estancia.

—Qué hay Marta? —preguntó Fontanellas.

—Esa señorita desea veros y suplica que paseis á la otra sala —respondió el ama de llaves.

—A mí solo?

—A vos.

—Di que voy en seguida.

—Aquí te aguardo, —dijo Monteferro.

Fontanellas salió y al cabo de pocos momentos, Orso oyó su voz á la parte de afuera que decia, al parecer, á uno de los criados.

—Prestó! los caballos al momento!

Y Fontanellas volvió en seguida al lado de su amigo.

—Salimos? —preguntó este al verle.

—Lo que yo dije; á Pedralbes.

—Pero las acompañamos nosotros?

—Sí, ellas irán á pié y nosotros las escoltaremos á cierta distancia.

—Oye Fontanellas: es muy posible que yo no tenga ya ocasion en mucho tiempo de volver á ver á Clara.

—Pudiera ser.

—Pues bien; yo necesito hablarla.

—Hoy no es oportuno, ni prudente, como conoces.

—No quiero eso. Yo sé demasiado el deber y la doble delicadeza que nos impone su misma posicion en estos momentos; pero quisiera al menos pedirle una ocasion de verla.

—Juzgo que eso será luego sumamente fácil.

—Cómo?

—Por medio de Ana.

—Pero....

—La doncella te conoce ya, y te conoce demasiado ventajosamente, para esquivarte cuando vayas á hablarla.

—Tienes razon.

—No necesito; porque ya tú lo sabes, decirte luego como debes manejarte, para conseguir esa ocasion.

Un criado llegó en este momento á avisar que los caballos estaban listos.

—Vamos, pues, á buscarlas y partiremos—dijo Fontanellas.

—Vamos—respondió maquinalmente Monteferro, cuyo corazon latia con esa violenta irregularidad que late siempre que nuestro ánimo se siente aguijoneado por esa mezcla de temor y de deseo, de duda y de esperanza que á un tiempo sentia Monteferro.

—Estamos á vuestras órdenes—dijo Fontanellas al presentarse en la estancia de Clara juntamente con Orso.

—No sé, señor de Fontanellas,—dijo Clara conmovida,—como espresaros mi gratitud, al dejar vuestra casa.

—Si recompensa mereciera—contestó Fontanellas—lo que en

nosotros ha sido un deber , la habria mas que sobrada en la honra que nos ha cabido.

Clara se sonrió dulcemente repitiendo así de nuevo las gracias á Fontanellas y dirigiendo á Monteferro una mirada de esas que no se describen, mezcla de amor y gratitud, de amistad y benevolencia, dijo :

—A vos , caballero , debo deciros que guardaré siempre en la memoria este acto de vuestra hidalguía y caballeridad.

Monteferro volvió á confundirse de nuevo.

Uno de los primeros efectos de las grandes sensaciones es que oscurecen la mente con la misma rapidez que ecsaltan el sentimiento.

Esta breve suspension del ánimo de Monteferro no pasó desapercibida á ninguno de los actores de aquella escena, notándola Clara principalmente.

Hasta despues de un segundo Orso no contestó :

—Y yo no olvidaré nunca este dia, que, sin el trastorno que vos habeis tenido, fuera para mí el mas feliz de toda mi vida.

Monteferro habló , como suele decirse, con el corazon en los labios , y Clara á su vez sintió oprimirse el suyo ante una declaracion que no sabia si deseaba ; pero que una vez oida, de seguro no se arrepintió de haberla provocado.

Clara se dirigió ya á la puerta siguiéndola Fontanellas y Orso y detras de estos , Ana.

Al llegar á la escalera , Monteferro la tendió una mano para bajarla.

Entonces uno y otro sin hablar la menor palabra , se hicieron y recibieron reciprocamente una de esas espontáneas , inevitables declaraciones de amor que en ciertos momentos y con absoluta independencia de la cabeza que no dicta , brotan libremente obedeciendo al corazon que manda.

El mútuo temblor de las manos hizo á la vez traicion á ambos rasgando completamente el velo con que en vano las consideraciones sociales querian cubrir el sentimiento que á los dos á un tiempo dominaba.

En el patio Clara se desprendió suavemente de la mano de Orso diciéndole con afectuoso acento :

—Adios ya, caballero.

Monteferro no pudo ya menos de preguntar entonces :

—Hasta cuando ?

—No sé—respondió Clara turbada.

—Me dais permiso para que procure veros ?

—Procuradlo—contestó Clara de repente y como si al salir esta palabra le abrasara los labios. Luego saludó á Fontanellas y salió del patio juntamente con Ana.

Los dos amigos montaron inmediatamente siguiendo á larga distancia á las dos mujeres que envueltas en sus mantos caminaban ya hácia el convento de Pedralbes.

Apenas llegaron al camino Fontanellas que habia observado, aunque sin oir nada, como Clara y su amigo cambiaron algunas palabras en el momento de despedirse, preguntó á este.

—Vamos y qué tal ? porque sino me equivoco, algo pasó al pié de la escalera.

—Observaste bien—contestó Monteferro—y soy el mas feliz de los hombres.

—Pues ?

—Me ama.

—Te lo ha dicho !—preguntó Fontanellas admirado.

—Una mujer de la condicion de Clara, no dice eso á un hombre tan así de buenas á primeras.

—Por eso.

—Pero una niña de su candidez, lo deja conocer.

—Muy bien dicho,—esclamó Fontanellas—y creo que no te equivocas, no porque yo juzgue á ella fácil en conceder su amor, sino porque tú lo mereces, Orso.

—Te chanceas, amigo mio ?

—Digo la verdad por Cristo. Y me alegro de veras porque este es un nuevo lazo que nos une.

—Efectivamente.

—Quiera Dios que seas tú mas feliz con Clara de lo que yo lo fuí con Isabel.

Aquí llegaron ya al punto del camino desde donde se descubre la parte alta del monasterio.

—Quién sabe? Acaso el porvenir me tiene reservada á mí mayor desgracia y á tí una suerte que no esperas, con la misma Isabel.

Fontanellas no oyó las últimas palabras de su compañero.

Desde que descubrió el monasterio, sus ojos fijos no se separaban de sus tostadas paredes recorriendo todas sus ventanas, hasta ver si en alguna de ellas descubría al dulce objeto de su cariño.

Orso, al ver que el otro no le respondía, le miró y conociendo por la direccion fija de sus ojos lo que ocupaba su pensamiento, dejóle abismado en él, y á su vez puso los suyos en Clara cuyos menores movimientos seguía, con esa esquisita atencion de los enamorados cuando van siguiendo á la mujer que adoran.

Al cabo de breve rato, Fontanellas exclamó:

—Monteferro!

—Qué!

—Distingues bien el monasterio?

—Sí.

—No ves la cabeza de una mujer en una ventana?

—Perfectamente.

—No es monja, verdad?

—Lleva la cabeza descubierta y va sin toca. No debe serlo.

—Si será Isabel?... —volvió á preguntar Fontanellas con visísima ansiedad.

—Fácil es.

—Su fisonomía no la distingues?

—No.

—Ni yo.

En esto la mujer de la ventana agitó un pañuelo á cuya accion contestaron con la mano Clara y su doncella que redoblaron á un tiempo el paso.

—No me habia engañado! —exclamó en seguida Fontanellas— es Isabel. Estaria seguramente esperando á su hermana.

—No cabe ya duda de que es ella —añadió Monteferro.

—Esa ventana cae al camino, recuerdas?

—No he estado mas que anoche en Pedralbes y el negocio com-

prenderás que no era para detenerse á observar la disposicion del monasterio —respondió Orso sonriendo.

—Es verdad. Pero sí, sí; esa ventana cae, sino precisamente al camino, muy cerca de él.

—Y qué?

—Que seria fácil hablar desde abajo con Isabel.

—Ya lo creo! y seria tambien muy probable que alguno lo observase y mas que seguro, en este caso, que sobre la honra de Isabel cayese una mancha que todo el amor de su caballero no lavaria jamás —contestó Monteferro con un aplomo tal que contrastaba notablemente con su juvenil y ardoroso aspecto.

—Orso, tienes razon.

—Como tú la tuviste al advertirme poco antes.

Es cierto que en materias de amor, si los amantes pudiesen de antemano comunicar á un amigo todo lo que van á ejecutar, se evitarian las tres cuartas partes de las indiscreciones, cuando no otra cosa peor, que siempre se cometen.

Conservando siempre la misma distancia, los dos caballeros acompañaron á las dos mujeres hasta el punto del camino donde concluye el llano y empieza la subida del monte.

Allí debian pararse ó tomar otra direccion, dejando á Clara y su doncella que solas se encaminasen al monasterio.

Isabel, á medida que fueron adelantando por el camino, fué observando mas y mas á los dos caballeros que venian detrás de su hermana, pareciéndole reconocer á Fontanellas y á su compañero de la noche anterior, conforme se iban aproximando.

Al fin no le cupo ya duda de que ellos eran, lo cual no estrañó por cierto, sabiendo como sabia el acendrado cariño que la tenia Fontanellas; pero su sorpresa fué inexplicable, cuando al llegar al punto que indicamos, vió que Clara volvia la cabeza, que saludaba y que ellos le contestaban de esa manera afectuosa que hace repetir dos ó tres veces el saludo, al despedirnos de una persona que bajo cualquier concepto nos interesa.

La puerta del monasterio se abrió á los pocos momentos presentándose luego Clara que se arrojó con las lágrimas en los ojos en los brazos de su hermana.

La superiora del convento era parienta y no lejana de la familia por parte de Colmenar, y conociendo toda la historia del casamiento y la triste vida que llevaba Isabel, no tuvo el menor reparo en recibir á esta en el convento, apesar de lo arriesgadísimo que era un paso de esta naturaleza sin la previa y superior autorizacion eclesiástica. Pero la buena madre que regia las ovejas encerradas en aquel solitario albergue, aunque aislada completamente del mundo y en la eterna contemplacion del cielo, tenia en la tierra, segun afirma la crónica, altas influencias que la escudasen y protegiesen su conducta en semejante caso, hasta contra el desagrado que por ello pudiera manifestar el mismo obispo de Barcelona.

A Isabel se le habia destinado desde luego una celda y era esta la misma á que pertenecia la ventana donde antes la vimos asomada.

Las dos hermanas, despues de las preguntas y respuestas que hizo y obtuvo de Clara la superiora, quien pueden figurarse nuestros lectores, no se quedaria corta cuando al carácter de que estaba revestida y á la proverbial curiosidad de toda monja unia el interés y el derecho de tia, partieron juntas á la celda.

Solas allí, Isabel se arrojó de nuevo en brazos de su hermana, rompiendo en copioso y amargo llanto.

La pobre Clara se puso á llorar tambien sin pronunciar una palabra, y abrazando fuertemente á la primera.

Pasados algunos momentos y separando suavemente á Isabel le dijo:

—Vamos, serénate, hermana mia.

—Sí, lo necesito —respondió Isabel sollozando y haciendo esfuerzos para contener el llanto— porque tengo que decirte y preguntarte muchas cosas.

—Habla.

—Antes de todo: ¿y padre?

—Hecho una furia.

—Lo sabe ya?

—Sí.

—Por quién?

—Por tu marido.

—Y saben dónde estoy?

—Eso no ; pero no pueden ni deben tardar en saberlo, como conoces.

—El baron fué á casa?

—Anoche, que por cierto nos la dió buena.

—Espílicate, espílicate sin ocultarme la menor circunstancia—dijo Isabel.

Y Clara empezó á contar minuciosamente á su hermana lo que ocurrió en casa de Colmenar entre este, el baron y ella, pasando luego al percance sufrido en el camino pocas horas antes.

Isabel, como era natural debia escribir á su padre y á su marido con objeto de darles cuenta de su persona, cosa de que no podia prescindir sin esponerse á suposiciones que ni su nombre ni su inocencia podian permitir.

Al baron era llano el modo de escribirle.

Pero no así á Colmenar, que era su padre.

Una esposa tiene siempre el camino abierto sin faltar á su propia condicion para esponer á su marido los motivos de queja que con él tenga ; pero una hija y una hija como Isabel, educada en el mayor respeto y veneracion á su padre, ¿ cómo escribir á este su situacion y los motivos de su conducta sin al menos indirectamente achacarle gran parte de la responsabilidad que á Colmenar cabia en semejante suceso ?

Ni Isabel sabia como hacerlo, ni Clara podia darle un medio.

La superiora que entró en aquel momento, vino á sacarlas del apuro.

—Escribe tú á tu marido—dijo á Isabel—yo me encargo de tu padre.

—Gracias, mi buena tia—esclamó Isabel estrechando la mano de la superiora—me dais con esto mas que la vida.

—Vamos, vamos, ya hablaremos luego de eso. Escribe ahora mismo aquí, porque el tiempo corre y no es bien tampoco que á estas horas no sepan de tí aun en Barcelona.

—Al momento voy, pues—añadió Isabel.

—Sobre esa mesa—continuó la superiora—hallará lo necesario para escribir.

Y la baronesa de Gualba fué á sentarse á la mesa que le indicaba su tia.

Esta continuó :

—Yo escribiré, juntamente contigo, á tu padre.

Y acompañando la accion á la palabra, se sentó junto con Isabel al otro lado de la mesa.

La tia y la sobrina empezaron á escribir sus cartas respectivas.

El corazon de Clara se ensanchó alejando todo temor respecto de su hermana al verla bajo la proteccion decidida de su tia.

Los corazones jóvenes se parecen en los pesares al cielo en el estío. La mas ligera nube á veces va estendiéndose tomando proporciones colosales hasta cubrir el firmamento; pero una vez descargada la lluvia, un solo rayo de sol la disipa enteramente dejando otra vez el vasto azul límpido y sereno.

Después de la horrible tempestad pasada en el ánimo de Clara, la sola idea de que su hermana se hallaba salva en poder de su tia, fué el rayo de sol que desvaneció instantáneamente todas las negras nubes de su pensamiento, y en su rostro fueron apareciendo otra vez aquellos sonrosados colores que envidiaria la mas serena mañana de mayo.

Todo lo que antes vió triste y sombrío, miraba ahora naturalmente alegre y risueño, y no necesitamos decir la bella primera imágen que se ofreceria á su pensamiento, libre ya de las ideas que poco antes le oprimian.

Ocupadas su tia y su hermana escribiendo, y ella como sola por esta razon en la celda, sus ojos se dirigieron rápidamente á la ventana.

Vaciló en el primer momento; pero luego resolvió asomarse.

Un movimiento brusco como si la ventana hubiese repelido á Clara en el acto de asomarse, fué lo que hubiese notado cualquiera que la observara en aquel instante.

La ventana, sin embargo, podemos asegurar que no hizo tal, ni menos la niña vió en ella cosa capaz de asustarla.

Pero las grandes impresiones son para las almas dispuestas á grandes sentimientos y la de Clara era una de esas almas.

Además, por el efecto, difícil sería reconocer la causa.

En los corazones esquisitamente sensibles diversas causas obran los mismos efectos de impresion.

Necesario es, pues, asomarse con ella á la ventana y observar que en el mismo instante dos caballeros que habia parados á un lado del camino, llevaron, al verla, la mano á sus sombreros saludándola profundamente.

Eran Orso y Fontanellas que por tercera ó cuarta vez volvian á aquel sitio.

Clara contestó con una inclinacion de cabeza, ruborizándose completamente al devolver el saludo.

—Partamos otra vez— dijo Monteferro á su amigo.

—Ahora precisamente que está Clara en la ventana?— respondió este.

—Ahora, pues, con mayor motivo — repuso Monteferro. — No quiero que se figure que estamos aquí parados toda la mañana.

Esta observacion fué naturalísima en Monteferro.

Los amantes que no son necios ni tontos, conocen intuitivamente que importa mucho parecer discreto á los ojos de la mujer que adoran, y pareciera y hubiera sido efectivamente una indiscrecion la presencia fija de los dos caballeros, como acechando el convento, despues que alguna gente hubo de ver la entrada de Clara en el monasterio.

—Volvamos la rienda, pues—dijo Fontanellas.

Y volviendo á saludar á Clara, Monteferro el primero, y contestando ella otra vez sin ruborizarse ya tanto como la anterior, los dos amigos volvieron á desandar el camino, acompañados de la mirada de Clara que no perdía el menor de sus movimientos.

Monteferro era feliz.

La salida de Clara á la ventana, aunque hubiera sido casual, que por cierto no lo era, tenia para Orso toda la encantadora intencion que los amantes atribuyen siempre á los actos mas insignificantes de las que aman, principalmente cuando el corazon, en el principio de sus amores, se encuentra en esa magnífica disposicion de recibir la demostracion mas leve como una gran prueba del cariño que desea.

Y si esto sucedía á Monteferro, Clara, mas niña, mas cándida, mas inocente, no debía experimentar nada menos.

Por consiguiente, cada vez que Orso volvía la cabeza para satisfacer un deseo siempre nuevo, Clara sentía también una dulce emoción que, aunque siempre la misma, parecía distinta y mas grata cada vez.

La hija menor de Colmenar, cuyo corazón seguía á sus ojos fijos siempre en los dos caballeros, hubiera permanecido en la ventana hasta toda una eternidad, abstraída completamente del sitio donde se encontraba; pero su falta de la casa de su padre no podía durar mucho tiempo, y esto que olvidó su pensamiento en aquellos instantes, lo advirtieron la tía é Isabel luego que concluyeron sus respectivas cartas.

—Clara!—dijo la superiora llamándola.

La hermana de Isabel volvió rápidamente la cabeza.

La superiora continuó:

—No puedes permanecer mucho tiempo fuera de casa. Tu padre notaría tu falta y esto sería para él un nuevo trastorno.

—Es verdad—dijo Clara volviendo á la pasada situación.—Partiremos, pues, en seguida.

—Sí, hija mía, parte con Ana, y aleja todo recelo respecto de tu hermana. El baron recibirá esta mañana mismo una carta suya y tu padre otra mía. Con la ayuda de Dios y mis esfuerzos todo quedará bien.

—Adios, pues, mi querida tía—dijo Clara besando la mano de la superiora.

—Él te guie, hija mía.

—Adios, Isabel!...

Las dos hermanas se arrojaron llorando una en brazos de otra.

La superiora no las separó. Sabía, quizá por esperiencia, que el llanto es un bálsamo muchas veces para las heridas del alma, y no quiso, insinuando una opinión ó costumbre tan vulgar como irritante en muchas ocasiones, privar á las dos hermanas de este consuelo.

Salió, pues, de la celda dejándolas con entera libertad.

Después de algunos momentos, Isabel deshaciéndose suavemente de su hermana, pero sin soltarle la mano, la dijo:

—Vendrás á verme muy amenudo ?

—Siempre que pueda, todos los dias que me permitan salir.

—Gracias, Clara mia, bello y único corazon que me queda en el mundo !

—No es el único el mió, Isabel...

—Como yo le necesito, es el único cuyo cariño puedo aceptar sin mengua.

Clara, aunque no respondió, comprendió perfectamente la decorosa cuanto delicada observacion de su hermana.

Ciertamente habia otro corazon que sentia por Isabel un cariño tan puro en su esfera como el de Clara. Era este el corazon de Fontanellas. Isabel lo conocia, pero sabia tambien que no podia aceptarlo sin mengua del decoro de una dama de su clase, y la consideracion que una mujer de sus principios se debe á sí misma, primero que á nadie.

—Un solo encargo, Clara, tengo que hacerte.

—Di.

—Despues del de venir á verme siempre que puedas.

—Eso lo necesito yo tanto como tú para que tengas necesidad de encargármelo.

—Fontanellas irá á hablarte, seguramente.

—Lo sabes tú ?

—Me lo figuro.

—Y con qué objeto ?

—Puedes presumirlo. El incidente de hoy le dará naturalmente motivo para acercarse á tí.

—Y bien ?

—Te hablará de mí al instante.

—Sí.

—Le haces observar de mi parte lo delicado de mi posicion y dile que suplico de su caballerosidad el sacrificio de no pisar una sola vez estos alrededores, mientras yo esté en el convento.

—Está bien.

—Lo recordarás, Clara ?

—Perfectamente; pero permítte que te diga que será este harto rigor para Fontanellas...

—Yo sé lo que á mí me duele, aunque jamás se lo diría á él; pero comprende, Clara, que conviene así, nó á mi tranquilidad que en esta no pienso siquiera; pero sí á mi honra el que no se vea por estos sitios rondar mas de una vez á un mismo caballero.

La voz de la superiora se oyó en este momento que llamaba desde la pieza inmediata.

—Clara!

—Vamos á partir ya—dijo esta.—Adios, Isabel; procura tranquilizarte; yo no olvidaré lo que me has encargado como no dejaré de volver inmediatamente que pueda.

—Adios, pues, Clara, y hasta que vuelvas —dijo Isabel acompañando á su hermana á la cual esperaban ya la superiora y Ana.

Así que la puerta del convento se cerró tras de Clara y su doncella que salieron camino otra vez de Barcelona, Isabel subió precipitadamente la escalera poniéndose otra vez á la ventana, para acompañar á su hermana con la vista el trecho que esta alcanzase.

Los dos amigos estaban ya de vuelta por cuarta ó quinta vez.

Al verlos Isabel no pudo contener un movimiento de alegría.

El corazón de la mujer no es nunca indiferente al afecto que inspira; y por mas que Isabel no tratase de corresponder jamás á un amor, que si fué por su parte santo y puro antes de su casamiento con el baron, era despues de esto criminal y loco, no dejó de sentirse lisonjeada ante esta nueva prueba de la solitud de Fontanellas, pues no dudaba que su permanencia en el camino era por ella exclusivamente.

Y esto era tanto mas notable y habia de satisfacer mas á Isabel, cuanto que nunca llenan tanto los buenos oficios y las muestras de estimacion como en medio de la desgracia.

Además habia otro motivo que hacia que Isabel no solo tolerase sino que agradeciese la presencia de Fontanellas y su amigo en el camino de Pedralbes, que en otro caso, como manifestó antes á Clara, la hubiera enojado.

Su hermana partia á Barcelona á pié y acompañada únicamente de su doncella, teniendo que andar un camino de una hora que es el espacio que media del convento á la ciudad.

Era evidente para Isabel, que, conforme lo hicieron á la ida, los dos caballeros escoltarian á su hermana á la vuelta.

En el mismo sitio donde antes se separaron, vinieron á encontrarse ahora.

Clara y su doncella pasaron sin detenerse por delante de los caballeros, saludándoles ambas sin pronunciar una palabra y sí solo con la vista y una ligera sonrisa.

Monteferro recibió, sin embargo, una doble mirada de Clara llena de todo el sublime sentimiento que en vano hubiese querido ella ocultar al pasar por delante de Orso.

Este y su amigo contestaron de la misma suerte, dejándolas marchar, para después, á una prudente distancia, seguir las como la otra vez.

Mientras las dos mujeres andaban, Fontanellas dirigía de vez en cuando una mirada llena de dolor á la ventana del monasterio.

Isabel distinguía aquella mirada y la contestaba elevando sus grandes ojos al cielo en señal de la santa resignacion que sabia tener y que encargaba con esta muda pero elocuente expresion de sus ojos á su antiguo amante.

No obstante la vista de ambos se encontró y por breve rato permaneció fija una en otra la mirada, estableciéndose, quizá por última vez, una corriente magnética, que comunicaba á los dos corazones todo el amargo sentimiento de que ambos rebotaban en aquel instante.

Monteferro vino á turbar esa especie de éxtasis, notando que Clara se encontraba ya á la distancia conveniente, y observando á su compañero:

—Están ya bastante léjos y creo que podemos volver.

—Es verdad —dijo tristemente Fontanellas.

Entonces este levantó otra vez la vista á la ventana y poniéndose la mano al corazon y luego á los labios envió á Isabel la mas delicada y ardorosa expresion de su cariño.

Isabel inclinó la cabeza contestando con un ligero besamanos.

Monteferro saludó tambien quitándose el sombrero, y los dos amigos partieron escoltando á sus protegidas.

Las figuras de estas y de aquellos fueron disminuyendo á la vista fija de Isabel á medida que mas crecia la distancia.

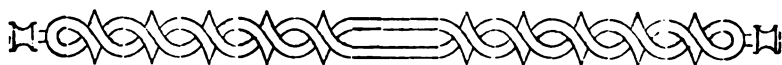
Cuando ya no distinguió sino pequeños bultos confundidos entre otros que iban y venian por el camino, de sus labios salió un hon-do y prolongado suspiro, y se retiró de la ventana.

Poco despues Clara y su doncella entraban ya en su casa, donde no habia regresado aun D. Juan de Colmenar.

—Adios, bella prenda mia! —dijo Monteferro casi á media voz, y como si Clara hubiera podido oir sus palabras, cuando al llegar á la puerta volvió la cabeza para saludar por última vez con una graciosísima sonrisa á los hidalgos caballeros, que entónces llegaban á la esquina.

Estos contestaron inclinando solamente la cabeza y poniendo los caballos al trote pasaron por delante de la casa de Colmenar, dirigiéndose á la de Fontanellas.





XXXIII.

EN QUE SE VE EL EFECTO QUE PRODUCERON LAS CARTAS DE ISABEL
Y DE LA SUPERIORA DE PEDRALBES.



si que la superiora de Pedralbes é Isabel concluyeron sus respectivas cartas para el baron y Colmenar, se despachó del convento un hombre con el encargo de llevar inmediatamente los dos billetes á su destino.

La entrevista de Colmenar y el baron de Gualba duraba todavía cuando el hombre llegó á Barcelona.

No relataremos, por no molestar al lector, los detalles minuciosos de esta entrevista cuyo motivo sabe ya, pudiendo presumir lo que pasaria entre el suegro y el yerno, y nos limitaremos á trasladar los últimos puntos de la conversacion, indispensables á nuestro objeto.

Ya hemos dicho otra vez que el marido de Isabel tenia escaso talento y aunque Colmenar, en esta parte, no sobresalia por cierto entre los hombres de regular inteligencia, tenia en su favor, para ganar la partida en semejantes ocasiones, una habilidad particular

en llevar á su interlocutor al terreno que mejor le convenia, y sobre esto, una sangre fria, que, aunque fingia alterarse, no perdia jamás.

Esto sucedia únicamente cuando Colmenar trataba con personas inferiores ó todo lo mas iguales á él en inteligencia.

En la entrevista con su yerno, al cabo de pocos momentos, dominó á este por completo en la conversacion, la cual versaba, segun se desprendia de la carta remitida por Colmenar al de Gualba, sobre la conveniencia de llevar con el mayor secreto posible un asunto que para ambos era igualmente perjudicial.

Sobre esto mismo, pues, y dominando ya completamente el ánimo del marido de Isabel, decia el padre de esta al primero:

—Lo que antes conviene en este caso, como en todos los de este género, es prevenirse contra el enemigo comun; y este enemigo vuestro y mio á la vez, no lo dudeis, baron, es la opinion pública pronta á lanzarse sobre ambos y destrozár sin compasion nuestros nombres, así que los esponga á su dominio un acto ruidoso y de esta especie.

El acto ruidoso á que se referia Colmenar era el desafio que quedó aplazado y convenido con su yerno la noche anterior.

—Efectivamente — contestaba el baron plenamente convencido por esta y otras razones cuya fuerza era doble presentada por la habilidad de su suegro.

—Despues—continuaba este alejando del ánimo del otro la menor sospecha de que sus palabras pudieran ser dictadas por el miedo;—despues, baron, las satisfacciones que yo os deba, estoy pronto á dáros las en el terreno que querais.

—Nunca, D. Juan—se apresuró á responder el de Gualba—y os pido mil perdones por un agravio cuya causa comprendereis que no estaba en mí en aquel instante.

—Sin embargo—continuó Colmenar queriendo recuperar por completo todo el terreno perdido la noche aquella—confesad que estuvisteis altamente injusto conmigo.

—Lo he confesado ya.

—No se hable, pues, mas de eso y concertemos los medios de averiguar primero con toda discrecion el paradero de Isabel.

—Ah! sí, sea eso lo primero, antes que todo!—dijo rápidamente el baron.

—Desde luego.

—Vos me ayudareis...

—A encontrarla?

—Sí.

—Y castigar de una manera ejemplar su incalificable conducta—dijo en tono solemne Colmenar.

—Incalificable!—repitió el de Gualba con acento reconcentrado. —Incalificable, teneis razon.

—Yo la tengo siempre, porque aun contra mí mismo examino las cosas con calma y reflexion. Isabel es mi hija desgraciadamente; pero esta circunstancia hace que á mis ojos sea doblemente criminal su falta.

La enorme contradiccion que se ve en las últimas palabras de Colmenar, pasó completamente desapercibida para el baron quien contestó agradecido:

—Veo y reconozco la rectitud de vuestro juicio y desde ahora me someto á él por completo, así que encontremos á Isabel, respecto de lo que merece su comportamiento.

—Y ahora empezando ya nuestras pesquisas —dijo Colmenar— ¿no presumís á dónde puede haber ido mi hija?

—Nó, ciertamente.

—No teneis ningun indicio que pueda indicarnos algo?

—Ninguno.

Mientras el suegro y el yerno estaban en estas preguntas y respuestas, un criado llamó desde la puerta:

—Señor.....

—Adelante—dijo el baron.

El criado se presentó.

—Qué hay?

—Este billete urgente que trae un hombre para vos.

—A ver?

—De Isabel!—gritó Colmenar que reconoció la letra del sobre, viendo la carta en manos del baron.

—Sí de Isabel—añadió este.

—Dónde está ese hombre? preguntó Colmenar al criado.

—Se fué ya.

—Cómo se fué?

—Por qué no le haciais aguardar? —preguntó el de Gualba con el acento rabioso que empleaba tantas veces.

—Se marchó apenas entregó el billete, señor —respondió el criado balbuciente.

—Dijo de dónde venia?

—No dijo mas que se os entregara inmediatamente ese billete, pues urgia en extremo.

—Véte, animal! —gritó el baron —antes que te eche de un puntapié fuera de mi presencia.

El criado hizo lo que hacen hoy todavía la mayor parte y hacian todos los criados entonces: bajar la cabeza y salirse de la habitacion sin pronunciar palabra, empezando á bufar y á gruñir así que estuvo bastante léjos de su amo.

—Vamos á ver, abrid presto la carta —esclamó Colmenar con la mayor impaciencia.

El baron rasgó malamente la oblea y desdoblando el billete, púsose á leer:

«Convento de Pedralbes.»

—Convento de Pedralbes! —esclamó Colmenar.

—Si —dijo el baron.

—Con qué Isabel está segun eso en el convento? —preguntó con acento de marcada satisfaccion.

—Así parece —respondió sencillamente el de Gualba.

—Ya decia yo que mi hija era incapaz de deshonorar el nombre, el limpio nombre que lleva.

—Con efecto, hallarse en el convento la disculpa en parte, pero de todas maneras abandonar así la casa de su marido...

—Quién sabe! —interrumpió Colmenar —leed.

El baron continuó:

«Baron; el lugar donde fecho esta carta, refugio santo de las almas que huyen del mundo, es el sitio donde he venido á buscar

« un amparo contra el duro cuanto inmerecido trato que habeis usado
« conmigo.

— Mentira!—gritó el baron interrumpiéndose á sí mismo en la lectura.

— Sin embargo á vos os lo dice...—observó Colmenar con cierta afectada sencillez.

— Os repito que esto no es cierto—repuso el de Gualba.

— Continúad...

El baron siguió la lectura.

« Al quejaros de mi desamor, sin que por eso pudierais seña-
« larme el menor motivo que condenara mi conducta como buena
« esposa y mujer honrada, debisteis tener en cuenta que muy niña
« me unieron á vos, no por propia voluntad que no podia yo mani-
« festar; sino por la fuerza de la de mi padre que yo debí obe-
« decer.

— Mentira!—gritó á su vez Colmenar.

— Sin embargo así lo manifiesta—dijo el baron que por primera vez en su vida tuvo talento bastante para responder á su suegro casi con las mismas palabras y el acento mismo que antes empleara Colmenar.

— Vuelvo á decir que eso es una infame mentira, una invencion de que ha echado mano para justificar su conducta!..

— Podrá ser; pero entonces—prosiguió el baron con ese improvisado y extraño talento, especie de fenómeno intelectual que en aquella ocasion se manifestaba por sus labios—pero entonces no veo un motivo para que deje de ser tambien una invencion lo que dice de mí mas arriba.

Esta observacion tan á tiempo y sobre todo tan inesperada de la escasísima inteligencia del de Gualba, desbarató por completo á Colmenar, quien fingiendo no hacer alto en las palabras de su yerno, exclamó:

— Ingrata! permitirse tal de su padre! pero yo la castigaré.

Y diciendo esto, se dispuso á salir.

— Aguardad—dijo el baron deteniéndole—aguardad á que conclaya la carta.

—Para qué? — repuso entonces Colmenar — para oír semejantes invenciones y calumnias por parte de una hija?

— Pero sepamos al fin lo que dice, pues creo conviene á nuestro objeto.

— Es verdad, proseguid.

El baron prosiguió :

« Vos , léjos de considerar esto , habeis pretendido hacerme la única responsable de vuestras cavilidades , y me habeis tratado , « lo repito , de una manera tan dura que no hubiese tolerado , no « digo una dama de mi calidad y una esposa inocente , sino que ni « una mujer culpable y de la clase mas vulgar .

— Oh ! esto es insufrible ! — exclamó sofocado el baron y parando la lectura .

— Así dice Isabel , que es insufrible — dijo entonces Colmenar que volvía á recobrar su posición .

— Quejas , las tenía realmente y se las manifestaba á vuestra hija , es verdad ; pero de eso al insoportable trato que supone . . . hay gran distancia — añadió el baron intentando en vano sincerarse de semejante cargo que aparecía evidentemente justo á los ojos de cualquiera que hubiese observado la confusión de su fisonomía y la poca seguridad con que pronunciaba sus palabras .

— Seguid , seguid — añadió friamente Colmenar .

El de Gualba , haciendo esfuerzos para disimular su coraje , continuó leyendo :

« Abandonada á vos y rechazada por mi padre cuantas veces le « he suplicado que interviniese en nuestras disensiones domésticas , « y sin otro amparo que Dios en el mundo , no estrañareis , baron , que « al huir de la casa de mi marido , teniendo cerrada la de mi padre , « haya venido á refugiarme en la casa de Dios .

« Isabel de Colmenar . »

— Eso sí que es insufrible ! — Esclamó Colmenar enfurecido .

Cada cargo que hacía la carta á Colmenar , producía una satisfacción en el baron , así como los que resultaban contra este hacían el mismo efecto en Colmenar .

Ambos querian sincerarse al paso que recíprocamente se condenaban.

Y este efecto de la carta tan igual en el padre y el marido , era una prueba bastante , cuando otros antecedentes no hubiera , de que Isabel tenia la razon contra ambos.

Ninguno de los dos , sin embargo , queria confesarla en presencia del otro , por mas que interiormente la reconociera.

Así la carta de Isabel fué para ellos un nuevo y poderoso motivo de discordia que les hubiera hecho retroceder al principio , ó , mejor dicho , al final que tuvo el primer altercado , si la suma prevision de Colmenar , para evitar desenlaces de esta naturaleza , no hubiese sabido conjurarlo.

—Nada, baron — dijo Colmenar recobrando por completo su fria calma y mirando el asunto por el lado esclusivo de la conveniencia — dejemos á un lado lo que la carta dice de vos y de mí y vamos á lo que principalmente nos interesa.

—Decid.

—Isabel está en el convento de Pedralbes.

—Sí.

—Lo que conviene primeramente es sacarla de allí.

—Ah! sí , eso es lo primero — añadió el baron que no veia ya el momento de recobrar á Isabel.

—Pero lo que hemos de determinar antes es el modo mejor de hacerla salir.

—Está indicado.

—Cuál?

—Claro está: yéndola á buscar al momento.

—Y nada mas?

—Qué mas quereis hacer?

—Y si se resiste?

—Se la obliga—añadió el baron á quien no se le alcanzaba otro camino que el recto del asunto.

—Poco á poco.

—Como se entiende? Yo, sabiendo donde está mi mujer que ha huído de mi casa, no puedo obligarla á volver á ella?—repuso el de

Gualba con ese tono despótico y grosero de los maridos que no ven otro derecho que el que la ley les da sobre sus mujeres.

—Podeis realmente.

—Pues?

—Pero no se trata de eso.

—De que se trata entónces? —dijo el baron que, repetimos no concebía otro derecho que el de la ley escrita, ni veía otro asunto que la vuelta de su mujer á su casa.

—De evitar con un escándalo la murmuracion y la maledicencia de la gente.

—Es verdad.

—Luego hablaremos de lo demás.

—Y qué pensais hacer?

—Pienso en primer lugar que una persona, que no sea ni vos ni yo, vea y hable á Isabel en el convento.

—Y á quién os parece que mejor confiaremos esta mision?

Colmenar sin responder de pronto al baron, se puso á reflexionar sobre la persona que mejor pudiera encargarse de este cometido.

En esto estaban el suegro y el yerno mientras el hombre que llevó la carta llegaba á casa de Colmenar que estaba mas léjos, con la dirigida á este último.

El hombre bajaba, despues de haberla entregado á los criados, cuando Clara subia la escalera.

Así que llamó Ana, todos salieron á recibir con la alegría en el rostro á su querida señorita.

Esta apenas entró, preguntó en seguida:

—Hay alguna novedad?

—Ninguna —contestó uno de los criados.

—Mi padre está en casa?

—No, señora.

—Tanto mejor —dijeron para sí y á la vez Clara y su doncella.

—Pero ha vuelto desde esta mañana?

—Todavía no.

—Cómo! —exclamó Clara sobresaltada.

—No ha vuelto, señorita.

Clara que pudo oír en la noche anterior las últimas palabras en—

tre su padre y su cuñado, temió naturalmente alguna desgracia, no habiendo vuelto á casa el primero desde las seis de la mañana.

—Es preciso que salgais á buscarle.

—Como mande la señorita.

—Ah! se me olvidaba —dijo entónces el que servia como una especie de ayuda de cámara á Colmenar— y tiene aquí una carta urgente, segun dice el sobre, que acaban de traer ahora mismo.

—Una carta urgente?

—Sí, señora.

—Traedla al momento á mi gabinete.

Clara entró seguida de Ana en la pieza que conocemos y se dejó caer en una silla, rendida de cansancio y de fatiga.

—Aquí está la carta —dijo el criado presentándola á Clara.

Esta la examinó diciendo para sí:

—No reconozco de quien pueda ser.

La última idea de que pudiera haber ocurrido alguna desgracia á Colmenar, ofuscaba á tal punto la mente de Clara que no pensó siquiera en que una carta urgente, debió salir poco antes de Pedralbes, para su padre.

—Cuando han traído esta carta?—preguntó Clara al criado que permanecía de pié en el gabinete.

—Momentos antes de que vos llegarais.

—No han dicho de parte de quién?

—No, señora.

—Quién la trajo?

—Un hombre del campo.

—El sobre dice *urgente!*—observaba Clara para sí—y es preciso que llegue cuanto antes á manos de mi padre.

Luego dirigiéndose al criado, dijo:

—Tomad esta carta y buscad al señor en los sitios donde vais á encontrarle otras veces y entregádsela.

—Está muy bien.

—Decidle que yo estraño no haberle visto en toda la mañana, y que si otra cosa ne se lo impide le suplico que vuelva cuanto antes.

—Muy bien, señorita.

Y el criado salia del gabinete cuando Clara le detuvo.

— Oid : primero pasad á casa del señor baron, donde es fácil le encontréis.

El criado partió inmediatamente.

Clara quedó reflexionando acerca de la tardanza de su padre y repitiendo sin cesar las últimas palabras de este con el baron, la noche anterior.

A los pocos momentos entró Ana.

— Decid, señorita.

— Qué ?

— Ya presumo de donde viene la carta.

— Cómo ?

— No me habeis dicho vos durante el camino que en Pedralbes se han escrito dos cartas ?

— Es verdad—respondió Clara viendo perfectamente lo que antes no podia adivinar.

— No puede ser otra la carta que ha llegado.

— Sí, sí, vamos eso es.

— Y tanto si es—continuó la doncella—como que es el mismo el hombre del campo que trajo la que vos recibísteis de doña Isabel esta mañana á primera hora.

— Sí ?

— Acaban de decírmelo, pues le han reconocido los criados, que le han visto las dos veces.

— Vamos no cabe duda ; eso es.

Clara indicó á su doncella que la dejase sola, pues queria descansar un rato en el mismo sillón donde estaba sentada, y rendida materialmente de fatiga.

Dejemos ahora descansar á Clara y volvamos á la estancia del baron de Gualba donde estaba este de pié junto á una mesa y Colmenar sentado y reflexionando acerca del asunto que ya sabemos : esto es, acerca de quien pudiera mejor encargarse de ir á ver á Isabel con el objeto de establecer, digámoslo así, las primeras negociaciones, para llevar al mejor término posible un asunto que sin el secreto con que acertadamente pensaba llevarlo Colmenar, podria traer conflictos y consecuencias fatales para ambas casas, en cuanto á su nombre y reputacion.

No era, pues, así tan fácil á primera vista, encontrar esa persona.

Habia otra circunstancia además que retraía á Colmenar de cuantos sujetos se le ocurrían para el caso.

Esta era naturalmente la de tener que confesarse, ante ese sujeto, causante del pasado por Isabel; y aunque el padre de esta hubiera mentido perfectamente en el momento de confiar la misión indicada, el engaño de sus palabras hubiese durado hasta que su hija manifestara los motivos de semejante resolución á la persona que la fuese enviada.

Colmenar comprendía por consiguiente que la mentira era ineficaz en este caso.

No habia pues mas remedio que ser, sino completamente, bastante explícito con esa persona; y esto, como es natural, se resistía á Colmenar, quien no abría su corazón sino al único hombre incapaz de ruborizarse ni extrañarse al contemplarlo en su desnuda fealdad, al alguacil Monredon; y este no era persona á propósito para presentarse delante de Isabel con semejante misión, que requería una prudencia suma unida á una delicadeza de que carecía totalmente el alguacil real.

Pero la casualidad, como decimos siempre que no podemos ó no sabemos descubrir el origen de un suceso cualquiera que se presenta de improviso, vino á sacarle de este conflicto ofreciendo el mejor y mas recto de los medios.

La voz de un criado, cuando Colmenar estaba en lo mas fuerte de sus reflexiones, se dejó oír en la puerta.

—Señor baron...

—Adelante! —dijo este sin moverse ni variar de posición junto á la mesa donde se hallaba de pié.

El criado adelantó unos cuantos pasos con una carta en la mano.

—Uno de los criados—dijo—de la casa de D. Juan ha venido con este billete.

—Para mí?—dijo el baron.

—Para el señor D. Juan.

—Venga—dijo este de repente.

El criado le entregó el billete añadiendo:

—Dice la señorita Clara que, si otras ocupaciones no os lo impiden, os suplica vayais presto á casa.

—Y qué mas?

—Nada mas.

—Dí, pues, que está bien y véte.

El criado desapareció y Colmenar desdobló inmediatamente el billete leyéndolo para sí con avidez.

Concluida su lectura, exclamó :

—Perfectamente, baron.

—Qué hay, pues?

—No adivináis de dónde puede venir este billete?

—No.

—Pues viene de Pedralbes.

—De Isabel?

—No.

—De quién pues?

—De la superiora.

—Supongo que hablará de lo mismo?

—Sí... y no.

—Pues?

—Se limita á darnos el medio que buscaba yo ahora de encontrar persona apropiado para intervenir en este asunto.

—Y quién es esa persona?—preguntó sencilla y rápidamente el baron de Gualba.

—La misma superiora.

—La misma superiora!

—Oid.

Y Colmenar se puso á leer en voz alta á su yerno el contenido del billete.

Decia así :

«Convento de Pedralbes.

« Don Juan ; vuestra hija Isabel se encuentra desde anoche conmigo en este monasterio. Deponed por consiguiente todo recelo acerca de su paradero, tanto vos como su marido el baron. »

« Solo ó acompañado de este último, os espera cuanto antes vuestra prima.

« SOR MARÍA DEL REMEDIO,

Superiora de Pedralbes.»

—No dice nada más?—preguntó el baron inmediatamente que Colmenar hubo leído la firma del billete.

—Qué más quereis que diga?

—Como indicásteis que la carta os daba el medio de encontrar la persona que buscábamos.

—Pues claro está.

—No comprendo quien pueda ser esa persona que no determina ni indica siquiera la carta.

—Pues es muy fácil de comprender.

El baron se encogió de hombros.

—La misma superiora—concluyó Colmenar.

—Ah!...—esclamó el baron sin acabar empero de comprender á su suegro.

—Nosotros—continuó este—no queríamos ir á Pedralbes, porque en el primer momento no convenia personarnos ni vos ni yo con Isabel.

—Es claro.

—Pero con este billete de la superiora voy yo ó vamos los dos á ver á esta, que será la mejor mediadora que hubiésemos podido elegir para el asunto.

—Entendido. Vamos, pues, inmediatamente.

—Poco á poco.

—El billete, leed, dice que vayamos los dos.

—Que vaya yo solo ó acompañado de vos.

—Es lo mismo.

Los deseos del baron eran lógicos y naturales; pero á Colmenar no le convenia semejante testigo á la primera entrevista que tuviese con la superiora su prima, á quien debia suponer enterada de todo por Isabel.

Además, la superiora, se dejaba comprender que estaria del lado y en favor de Isabel; y para defender la conducta de esta, era eviden-

te que debía echar mano de las razones que le diera su sobrina, y estas razones descansaban sobre todo en los antecedentes del casamiento; esto es, en la violencia de Colmenar con su hija, lo cual debía este evitar que se dijera así formal y positivamente en presencia de su yerno.

Así Colmenar respondió al empeño del baron :

— Aunque el asunto es puramente de familia y nadie por cierto mas interesado en él que vos mismo, sin embargo lo estais demasiado, para que sea conveniente vuestra presencia en la primera entrevista.

— No comprendo porque— respondió el baron que enamorado mas que nunca de su mujer, no veia el momento de marchar él mismo á recobrarla.

— Es muy sencillo: delante de vos ni la superiora dirá todo lo que tenga que decir, ni Isabel querrá presentarse así de pronto, despues de lo sucedido.

El baron pareció convencerse.

Colmenar prosiguió :

— Dejad, pues, que por boca de la superiora esponga libremente Isabel todos los motivos que tiene contra vos.

— Es que yo quiero desmentir esos motivos— respondió apresuradamente el de Gualba que creia firmemente que su pasion á Isabel escusaba todo el efecto de sus insufribles y ridículos celos.

— Pues eso precisamente es lo que no conviene hagais vos.

— Quién lo hará entónces por mí, si yo no lo hago? — preguntó el baron.

— Yo.

— Vos!

— Sí, yo, y con mas mesura — porque tengo mas años.....

— Y porque no se os acriminará á vos — interrumpió de pronto el de Gualba, sin comprender el valor de esta observacion.

Estas salidas que no meditaba el baron porque era incapaz de meditar y que por casualidad brotaban, aunque rarisimas veces, de sus labios, trastornaban á Colmenar en lo mejor de la ocasion.

Pero esta vez tuvo todo el talento para aprovechar en su favor las mismas espresiones de su yerno.

—Por eso mismo, pues —dijo.— Claro está que hablándose de mí no tendría, ni podría usarse sin mengua propia de la calma que usaré defendiéndooos á vos. Y no os quepa duda que saldreis mejor librado en concepto de la superiora, defendido por mí que á serlo por vos mismo.

El de Gualba quedó aquí convencido por completo y respondió :

—Teneis razon. Id vos solo á Pedralbes.

—Inmediatamente.

—Sí, sí, inmediatamente, y volved cuanto antes.

—Quizá con Isabel..... dijo Colmenar en actitud de salir.

A estas palabras los sentimientos que abrigaba por Isabel el corazón del de Gualba estallaron con toda la brusca espresion de su carácter, brotando de los labios con la misma casi repugnante libertad que el deseo se pintaba en sus ojos.

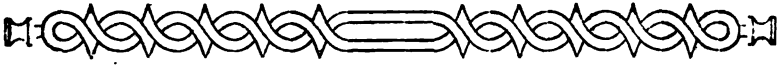
—Sí, sí, —decía cogiendo trémula la mano de Colmenar— que venga, que venga juntamente con vos. Yo la perdono, la perdono del todo con tal que vuelva al momento á la casa de su marido !

A otro padre que Colmenar le hubiese hasta repugnado no ver en las palabras del baron otro móvil mas digno y mas noble que el deseo que exclusivamente las dictaba : pero Colmenar que no conocia semejante delicadeza, mal podia echarla de menos en su yerno. Al contrario, esta ansiedad del baron, como que respondia perfectamente á sus fines, le satisfacía tanto como hubiese dolido á otro padre que quisiera en el marido de su hija otro interés que el deseo puramente material y otras dotes personales que las que adornaban al indigno esposo de Isabel.

—Volverá ! Yo os lo prometo por mi palabra de caballero, por mi palabra de padre.

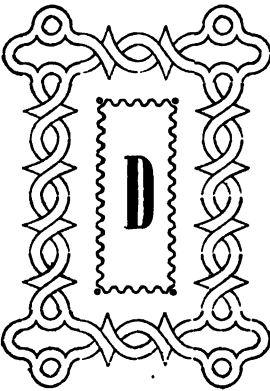
Y Colmenar dió al pronunciar estas palabras y como garantía de las mismas un fuerte apretón de manos al de Gualba, saliendo rápidamente de la habitacion.





XXXIV.

EN QUE SE DEMUESTRA UNA VEZ MAS QUE EL AMOR ES
SIEMPRE IMPACIENTE.



DEJEMOS, por ahora, á Colmenar y al baron en el arreglo del difícil negocio que los ocupa, y mientras el primero se dirige á Pedralbes sin acordarse siquiera del estado en que dejó á su hija Clara, ni menos de la impaciencia y cuidado que esta le manifestó por boca del criado cuando le mandó con la carta de la superiora á casa del baron, y en tanto que este pasa el resto del dia esperando la vuelta del suegro y gruñendo y maltratando á cuantos criados andan por la casa, volvamos á la de Colmenar donde Clara recibe la respuesta del recado que mandó á su padre.

—Señorita —dijo el criado ya de vuelta, y en la puerta del gabinete.

—Adelante. Has encontrado á mi padre? —preguntó Clara en seguida sin darle tiempo de hablar.

—Sí, señora.

—En dónde?

—En casa del señor baron.

—Le entregaste la carta?

—La entró otro criado de la casa.

—De suerte que tú no has visto á mi padre? —preguntó Clara con impaciencia.

El criado que como los demás de la casa habia sido testigo la noche anterior de la ruidosa y terrible escena entre Colmenar y el baron, comprendió al momento la causa del recelo de Clara y se apresuró á desvanecerla con esa solicitud hija del particular cariño que todos profesaban á su jóven señorita.

—Pero le he oido hablar desde afuera tan tranquilo y natural como siempre.

Clara respiró.

—Le dijo el otro criado que yo te suplicaba volviese á casa lo mas pronto posible?

—Sí, señora.

—Y qué ha respondido mi padre?

—No oí que dijera nada á eso.

—Quizá no oíste bien.

—Se lo pregunté de intento al criado del baron cuando salió y me dijo lo mismo que yo previne: que Don Juan no respondió nada á estas palabras.

—Está bien, puedes salir —dijo Clara al criado que salió inmediatamente.

La indiferencia, diremos mas, el abandono de Colmenar para con su hija dejaba á esta, cada vez que una nueva prueba se le ofrecia de ello, honda herida en el alma que no podia resistir tamaña frialdad en los sentimientos de su padre.

Es cierto que nuestra mente para encontrar la compensacion y consolarse del ódio ó de la indiferencia de una persona, busca desde luego éntre las otras que conoce la que mayor afecto nos muestra, resarciéndose con esta grata idea del dolor que produce la contraria.

Así la pobre Clara, despues de meditar acerca del descastado comportamiento de su padre, buscó en su imaginacion los nombres de

las personas á quienes mayor cariño merecia y sus labios bañados en las estremidades de la boca por dos gruesas lágrimas que allí se pararon despues de haber surcado sus mejillas, pronunciaron sollozando:

—Isabel!

Otro nombre habia sin embargo además de este en la mente de Clara; pero no salió de su boca.

Sus ojos se elevaron al cielo y fijos de ese modo particular que indica que la mente no lo está, presto vieron sin moverse del estrecho gabinete, el ancho cuadro que se ofrece á la vista en medio del camino de Sarriá; el horizonte empezando á cargarse de nubes que poco á poco cubren el firmamento; empezar á descargar la lluvia que crecia en medio de los mas terribles relámpagos y espantosos truenos; á dos mujeres en medio del camino sin mas amparo que la Providencia; luego á dos caballeros que generosamente las socorren, salvándolas quizás de la muerte; y cuando una de las dos mujeres mirando el bello rostro de su jóven salvador queria saber el nombre de este, en sus oidos sonó la voz de Fontanellas que decia:

—Orso de Monteferro.

Clara no pronunció este nombre despues del de su hermana, pero despues de recorrer en su imaginacion el incidente que acabamos de repetir, la voz de Fontanellas resonó en sus oidos nombrándole una y otra vez.

Al tiempo mismo que Clara á sus solas se repetia esta aventura, concluyéndola y volviéndola á empezar siempre con igual encanto, siempre con el mismo sentimiento de gratitud y ya podemos decir de amor á Monteferro, este y su amigo, hacian lo propio en la casa de Fontanellas donde, como hemos dicho, juntos vivian.

Las pocas horas que restaban del dia las pasaron aquella y estos pensando y discuriendo sobre el mismo punto, si bien cada cual segun y conforme á su respectivo estado.

La noche empezaba ya á dejarse notar cuando Monteferro dijo á su amigo.

—Ahora voy á pedirte un consejo.

—Dí.

—Será fácil que asuntos y obligaciones de interés mas general,

me impidan dentro de breve tiempo ocuparme de mis asuntos particulares. Entre estos últimos, uno de los principales, como tú sabes ya, es el amor acendrado que profeso á Clara.

—Pero estás tan decididamente enamorado, Orso?

—Esa pregunta...—dijo Monteferro, resentido por una parte de que su amigo dudase de lo que formalmente habia confesado, y extrañándola por otra porque parecia envolver cierto misterio.

—Te diré porque es esta pregunta que desde luego reconozco ha de parecerte estraña.

—Así es y espero que te expliques.

—Te pregunto, pues, si estás decididamente enamorado, porque solo el encanto de un grande amor podrá compensarte los disgustos, los infinitos disgustos que te amenazan.

—Pero qué género de disgustos?

—Vamos por partes. En primer lugar. ¿Estás tú cierto del amor de Clara?

—Sí.

—Qué pruebas tienes?

—La de que ella no puede mentir.

—Prueba es esa que cuadra tambien á su calidad como á tu delicadeza. La acepto. Y sabes si será todo lo constante que necesita ser la mujer que ama á un hombre de tu carácter?

—No hay razon para presumir lo contrario.

—Convenido tambien.

—Entonces... —dijo Orso sonriendo y como queriendo manifestar á su amigo que, siendo así, comprendia menos todavia los disgustos y sinsabores que le auguraba.

—Entonces — repuso Fontanellas — todavia con todo y con eso tendrás grandes disgustos y sobre todo al fin una valla insuperable para alcanzar la mano de Clara.

—Pero explícate — dijo Orso impaciente.

—Debo y quiero hacerlo.

—Te escucho.

—Tú sabes ya que yo amaba á Isabel.

—Sí.

Fontanellas continuó:

—Fuera modestia , porque con ésto será difícil probarte lo que necesito hacerte conocer.

—Adelante.

—Pues bien , yo , jóven , de no rara figura y con un nombre de familia ilustre y conocida en Barcelona , como único varon en mi casa , bastante rico...

—Efectivamente—interrumpió Monteferro.

—Ya ves que son circunstancias que no parece haya de desdeñar á primera vista un hombre como D. Juan de Colmenar que no es ningun príncipe.

—Claro.

—Pues las desdeñó. A pesar de que su hija me amaba , y él lo sabia , no me quiso porque no era bastante rico y me faltaba un título.

—Mucha ambicion es esa ó mucho amor á sus hijas.

—No es amor ni ambicion , es exclusivamente vanidad.

Fontanellas tenia razon.

La vanidad de los padres se disfraza muchas veces con la capa de amor á sus hijos que sacrifican bárbaramente á aquel defecto de que por desgracia no está libre muchas veces el cariño paternal.

—Entonces ese hombre es un malvado!—esclamó indignado Monteferro.

—Así es.

—Y ahora por consecuencia...

—A tí te toca sacarla—interrumpió Fontanellas, cuya delicadeza padecia al tener que hablar á Orso de ciertas cosas que sin embargo un deber de amistad le ordenaba manifestar.

Pero Monteferro con esa preciosísima ingenuidad y franqueza de carácter prosiguió :

—Si tú que eres rico y con un nombre ilustre y conocido, fuiste desechado por el padre, yo que no lo soy, con la calidad de extranjero y con un nombre que apenas conocen en este país...

—Yo he sentido vivamente, amigo mio, tener que provocar estas reflexiones—esclamó Fontanellas.

—Nada de eso, y hubiera sido una grave falta de amistad ha-

berlo dejado de hacer—contestó Monteferro, sin que en su fisonomía se notara la menor alteración.

Fontanellas le miraba, asombrado de que amando Orso á Clara como realmente le amaba, no manifestase el menor pesar ante semejantes visibles inconvenientes.

— Con que tenemos que, á todas luces lo natural y lo probable es que el padre me deseche.

— No es lo probable ; yo diría que es lo cierto.

— Corriente: no refiemos por la palabra. Es lo cierto que el padre me desecha.

— Sí.

— Y sabes tú mi conducta en ese caso?

— Tu conducta será la que tienen todos.

— Y la que tú has tenido?...

— Claro está.

— Pues ha de ser muy distinta.

— A ver.

— Si el padre es capaz de sacrificar á su hija yo lo soy y mucho de no dejarle cometer tal infamia.

— Pero espícate.

— Una salvedad antes: si la persona que don Juan destine á su hija Clara es mas digna que yo y bastante á labrar su felicidad uniendo á su mejor fortuna las prendas y dotes que adornan á un caballero, en cuyo caso no consentiría esa persona, una vez lo supiese, que Clara le entregase una mano que ella destinó para otro, entonces yo sacrificaría, sino con gusto, con toda la resignación el amor mio á la mayor felicidad de mi adorada.

— Perfectamente.

— Pero si el sustituto que el padre me pusiera fuese un hombre soez como el baron, sin otros merecimientos que su título y sus riquezas, entonces la robaría para salvarla, antes que dejar que su padre la sacrificase.

— Perfectamente hasta aquí.

— Ya ves.

— Pero falta prever otro caso—dijo intencionadamente Fonta—

nellas quien adivinaba un cargo á su conducta con Isabel, en las palabras de Monteferro.

—Cuál ?

—¿ Y si ella no consintiese nunca en dar ese paso?..

—Cómo !

—Prefiriendo obedecer ciegamente la voluntad de su padre ?

—En ese caso mi amor la abandonaria para siempre, no volviendo á mirar nunca á la mujer indigna de que yo la amase.

—Poco á poco, Monteferro.

—Lo dicho.

—La voluntad de un padre...

—Es santa siempre ; pero los hijos en este caso pueden desobedecerla y la prueba de ello está en la esencia misma del amor que se presume siempre en el casamiento. El padre al mandar á su hija que se case, le manda implícitamente que ame á su marido, y como esto no se puede mandar y es lo primero, he aquí porque puede no obedecerse lo segundo.

—Pero la sociedad...

—El valor de la mujer digna, de la que ama de veras, pasa por encima de esas tiránicas consideraciones.

—La educacion, sin embargo, que han recibido las hijas de Colmenar, las ha hecho débiles á este punto y esto conoces que no es culpa suya.

—Solo esta consideracion las disculparia, y esta habia yo de verla muy clara ; como disculparia tambien á una hija el que por salvar á su padre diera la mano á un hombre que no amase. Entonces la misma grandeza del sacrificio, borraría toda idea mezquina en la mujer. De otra manera, lo repito, hay tanta bajeza en el padre, como falta de dignidad en la hija.

Esta conversacion afectó igualmente á los dos amigos.

Fontanellas no contestó ya á las últimas observaciones de Monteferro y este se quedó callado tambien paseando arriba y abajo de la estancia donde se encontraban.

Pasado un largo rato, Fontanellas al ver lo afectado que se hallaba su amigo, conoció que debia distraerle de las ideas que habia provocado con una conversacion de que casi se arrepentia, y dijo :

—Monteferro.

—Qué?

—Creo que he sido todo lo indiscreto que podia ser provocando esta conversacion.

—Por qué?

—Porque sin ella no tendrias anticipado el pesar que sientes en este momento.

—Anticipado dices? —observó Monteferro fijándose desde luego en esta palabra.

—Sí.

—Segun eso crees que mas tarde lo habia de tener....

—Me lo parece así, Orso; porque francamente; entre tú y yo hay demasiados puntos de contacto para que sea muy distinta nuestra suerte en este punto.

—Tal vez —respondió Monteferro tristemente.

—Aunque si todo se ha de considerar, hay tambien en contra de esta y á favor tuyo una circunstancia.

—Cual?

—Que puede hacerte á tí mas afortunado con Clara de lo que yo lo fui con su hermana.

—Pero cuál es esa circunstancia? —volvió á preguntar Monteferro con visible ansiedad.

Fontanellas se quitó un peso terrible viendo que con una razon na despreciable, podia aligerar sino desvanecer el sentimiento de su amigo.

—La circunstancia es la de que viendo la suerte que le ha caido á Isabel, Clara miraria mas en el caso de tener que acallar por completo los sentimientos de su corazon, para obedecer ciegamente y contra su voluntad, la de su padre.

—Tambien esto es muy cierto. —respondió Orso con esa fé que tenemos y esa inclinacion natural á creer todo lo que nos es favorable.

—Naturalmente —añadió Fontanellas— el ejemplo de su hermana la habria muy alto en una situacion semejante.

—Lo creo así tambien.

—En fin, Orso, dejemos al tiempo y consuélate por de pronto con la idea de que Clara te ama.

—Así lo creo al menos, y necesito así créerlo, porque su amor es para mí mas que la vida.

—Pero ahora recuerdo una cosa.

—Qué?

—Que nos hemos desviado del primer objeto de la conversacion.

—De cuál?

—Tú dirás.

—Yo?

—Si, qué ibas á preguntarme poco antes?

—Nada —dijo Orso reflexionando.

—No ibas ó decias que ibas á pedirme un consejo?

—Ah!... sí, es verdad.

—Si no es inoportuno ya....

—No lo es, todo lo contrario.

—Di pues.

—Quería preguntarte, si sería demasiado pronto y si chocaría á Clara que yo procurase verla hoy mismo.

—En cuanto á eso, reflexiona friamente y sin pasion hasta que punto te autorizan para ello las demostraciones tuyas contigo.

—Estas, ya te lo he dicho, no han podido ser mas claras.

—Pues entónces...

—Además, que al pedirla yo permiso para eso, me lo otorgó.

—Entonces, yo en tu caso, no tendria el menor inconveniente en procurar verla desde luego.

—Voy, pues, á procurarlo.

—Por otra parte —añadió Fontanellas— cree que la mujer, y en esto no hay escepcion de la regla general, no ve nunca malamente, mientras no le repugne la persona que la pretenda, los esfuerzos que se hacen para conseguir sus favores.

—Segun eso, pues, y sentado que mi persona no repugne á Clara —dijo Orso sonriendo— puedo esforzarme en verla sin temor de enojarla.

—Por de pronto, puede asegurarse, por mas que al momento no

te conceda la cita, que no tomará á mal la prisa que tú tengas por obtenerla.

—Es ya casi de noche....

—Sí.

—Salimos, pues?

—Ahora mismo.

—Digo, si no es para tí inconveniente el acompañarme.

—Todo lo contrario, tendré una particular satisfaccion.

—Gracias.

—Además, me gusta pagar todas mis deudas y contigo tengo algunas de este género.

—Vamos, pues —dijo Orso tomando la capa y el sombrero:

—Vamos —añadió Fontanellas, imitando á su compañero.

Y los dos amigos salieron á la calle inmediatamente.

A los pocos pasos, dijo Orso:

—Creo que lo mas oportuno es dirigirnos á las inmediaciones de la casa.

—Para qué? —respondió Fontanellas.

—No juzgas tú lo mas á propósito y el medio mejor ir á ver si damos con la doncella?

—Sí.

—Pues entonces, á ningun punto podemos dirigirnos mejor que á los alrededores de la casa.

—Nada de eso.

—Entonces...

—Tú comprenderás—repuso Fontanellas--que yo he debido buscar á la doncella mas de una vez.

—Lo presumo.

—Pues bien. Como la doncella es tan conocida por todo aquel barrio y en la casa hay una niña jóven y bella, la honra de esta exige que no vean á la vieja Ana parada en una calle y hablando con un caballero de nuestro porte.

—Tienes sobradísima razon; pero entonces cómo se arregla el negocio y dónde se la ve sin esa esposicion?

—Dónde?

—Sí, dónde?

—En la iglesia.

—De esta suerte —dijo desanimado Monteferro— hasta mañana ya no será eso posible.

—No, que será esta misma noche.

—Y en qué iglesia?

—En la de Santa Clara donde va todas las noches al toque de ánimas.

—Que acaba de dar en este momento —dijo Orso apresuradamente y disponiéndose á marchar en seguida.

—No hay prisa.

—Ahora saldrá ó habrá salido Ana de casa.

—Sí, pero es mejor ir á encontrarla á la salida de la iglesia.

—Como quieras, y por qué es mejor?

—Entonces están las calles mas oscuras.

—Y mientras tanto, ¿qué haremos?

—Iremos poco á poco caminando hácia Santa Clara.

—Bueno.

—Entraremos tambien en la iglesia?

—No hay inconveniente.

—Allí hecha un ovillo y junto á la tercera columna de la derecha, veremos á Ana.

—Sí?

—Seguramente, allí se pone siempre, y como el rezo es corto, no tendremos que aguardar gran rato hasta verla salir.

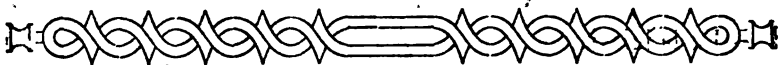
—Entonces seguimos tras de ella....

—Pues es claro; y á pocos pasos de la iglesia la paras tú, yo me quedo á distancia, y lo demás ya lo sabes demasiado.

—Bueno, Fontaneltas, amigo mio—éclamó Orso estrechándole la mano.

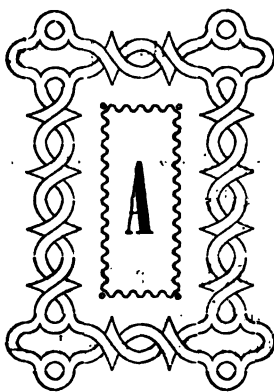
Y los dos caballeros, echaron á andar al momento con direccion á Santa Clara.





XXXV.

LA IGLESIA DE SANTA CLARA.



ENAS empezaba á cerrar la noche, era ya poca la gente que discurría por las calles de Barcelona y aun esa poca se paraba raras veces en las calles que seguía ó atravesaba yendo directamente con objeto y á un punto determinado.

Por consecuencia, los alrededores de Santa Clara, aunque punto muy céntrico de la ciudad, estaban poco menos que desiertos y bastante oscuros.

Solamente algunas personas afinan en cierto número de las varias calles contiguas, que entraban, sin pararse, en la iglesia.

Esta circunstancia no disgustaba á Monteferro.

A Fontanellas, no debía sorprenderle, como con efecto no le sorprendía, pues no ignoraba esto que había ya notado otras veces.

—Entramos directamente?—preguntó Orso así que llegaron frente á la iglesia.

—Aguardaremos un poco en esta esquina — dijo Fontanellas embobándose y arrimando el hombro.

—Como quieras — respondió Orso imitándole.

En este momento salió de la iglesia un sacristán con una escala al hombro y un gran manojo de astillas de pino resinoso debajo del brazo.

Dirigióse á una de las esquinas que forma el fróntis de la iglesia y apoyando la escala en la tapia subió poniendo la mitad del manojo en una especie de parrillas allí clavadas y salientes como media vara del ángulo y prendió fuego á las astillas.

Luego bajó y, practicada la misma operacion en el otro lado, se internó en la iglesia con la escala á cuestas.

—Por vida del sacristán! — exclamó Orso cuando la luz le hirió en el rostro.

—Es verdad! — dijo Fontanellas — ya no recordaba yo que á la entrada encienden todas las noches las *teyeras*.

Nuestros lectores recordarán que este nombre se daba á este primitivo alumbrado.

—Mal nos viene ahora esa luz — continuó Orso.

—No viene muy bien; pero dura poco, el tiempo de entrar la gente y nada más.

—Sin embargo, soy de parecer que nos metamos en la iglesia ó que nos retiremos más.

—Retirémonos.

—Y á la salida se repite la misma operacion?

—No: es sólo á la entrada. Después, por lo visto, no importa que los fieles se rompan las narices de un batacazo.

—Me parece — dijo Orso así que volvieron á pararse á mas largo trecho de la iglesia — que no seria malo dar una vista á ver si Ana se encuentra en el lugar de costumbre.

—Deja pasar un rato más, porque no es bien que la gente nos vea entrar y salir, y si vamos ahora, no tenemos más remedio que permanecer en la iglesia todo el tiempo que dure el rezo.

—Es verdad.

—Vale más entrar luego y así podemos todo este tiempo hablar libremente aquí fuera.

—Me dirás que es demasiada mi impaciencia; pero no sosiego hasta que sepa si Ana viene ó no viene esta noche á Santa Clara —dijo Orso que en realidad no podia resistir este deseo.

—Debe venir; ya te lo he dicho, mientras alguna incidente imprevisto en la casa, no se lo impida.

—Quizás el trastorno de hoy tenga á Clara enferma á estas horas.

—No tardaremos gran rato en saberlo.

—Me da esto mayor recelo que lo otro —dijo Orso con un acento que claramente dejaba traslucir el pesar que le ocasionaba esta idea.

—Puedes alejar ya todo cuidado—dijo repentinamente Fontanellas.

—Por qué me dices eso ahora con tanta seguridad? ... respondió Monteferro.

—Porque puedo afirmarte que ninguna novedad hay en la casa de Colmenar.

—Pero, cómo?... .

—Mira, ves aquella especie de cucurucho negro que anda por esa acera en direccion á la iglesia?

—Dónde?

—Que pasa ahora por frente mismo de aquella botica?

—Sí.

—Pues envuelto en aquel ropaje va el esqueleto de Ana.

—De veras?

—De veras.

—Vamos á salirle ahora al encuentro? —dijo Orso dominado siempre por la misma impaciencia.

—A qué?

—Toma, á qué la esperamos?

—Déjala que vaya primero á sus oraciones.

—Paseémonos, pues, no estemos aquí parados.

—Estás impaciente.

—Con franqueza, sí: y puedo jurarte que es la primera vez en mi vida que tengo este desasosiego que no se parece á ninguno de los muchos ratos de impaciencia que he tenido jamás.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Fontanellas— cuando en

este mismo sitio y con ese género de impaciencia tuya he pasado muchas horas de amargura y de felicidad á la vez.

Los dos amigos abandonaron la segunda esquina donde última-mente se habian situado y empezaron á pasearse arriba y abajo de la calle que viene horizontal al frente de la iglesia de Santa Clara.

Cuando Fontanellas, como mas práctico, lo juzgó oportuno, dijo á Orso:

—Me parece que podemos entrar ya en la iglesia.

La respuesta afirmativa de Orso no se hizo esperar.

—Vamos —contestó al momento.

Y los dos amigos penetraron al fin en la iglesia.

—Ves el ovillo? — dijo sonriendo y en voz baja Fontanellas á Orso.

—En dónde?

—En la misma tercera columna que te dije.

—Sí, efectivamente, veo allí al pié una especie de ovillo negro.

—Pues esa es Ana.

A la verdad la vieja Ana parecia un ovillo como decia Fontanellas.

Arrodillada y con la cabeza baja y encorvada un tanto al suelo, la larga mantilla de flanela que llevaba suelta, ocupadas ambas manos con el rosario, cubriéndola desde la cabeza á las rodillas, ó lo que es lo mismo hasta llegar al suelo, sin dejar adivinar la mas pronunciada de sus formas, la vieja Ana, mas que á mujer se asemejaba á lo que habia dicho Fontanellas ó bien á un vellon de lana negra arrojado al pié de la columna.

Nuestros caballeros estuvieron de pié á cierta distancia de Ana, sin perderla de vista Orso por si acaso se deslizaba sin ser oida por entre aquellas sombras, hasta concluido el tiempo del rezo cuyo fin no se hizo aguardar, calculado como lo tenia ya Fontanellas.

—Ya se ha concluido — dijo este á Monteferro que no apartaba los ojos de Ana.

—Sí, la gente empieza ya á levantarse y á desfilar.

—Retirémonos un poco á este lado.

—Para cuando salga Ana.

—Eso es.

No bien los caballeros acababan de pronunciar estas palabras, la doncella se levantó.

—El ovillo ya vuelve á ser cucurucho — dijo riendo Fontanellas á Orso.

—Ya veo que se ha levantado. Salimos ahora?

—Aguarda ; todavía no.

La doncella se dirigió á la pila del agua bendita y tomándola y persignándose permaneció todavía un breve rato de pié en aquel sitio.

—Ahora falta la última *Salve* — dijo Fontanellas.

—Sabes que estás tú muy enterado de todo eso?

—Me cuesta saberlo algunas horas de observarlo.

En esto Ana hizo una leve genuflexion persignándose ligeramente al propio tiempo y se dirigió á la puerta.

—Ahora — dijo Fontanellas.

Y este y su amigo salieron tras de la doncella.

—Tú me acompañas — preguntó Orso á Fontanellas al salir.

—A qué?

—A hablar á Ana.

—No lo necesitas.

—Como quieras.

—Ni es prudente tampoco.

—Entonces hasta luego — dijo Orso.

—Aguarda todavía un poco, hombre — dijo Fontanellas deteniéndole.

—Cuando voy pues á hablarla?

—Deja que llegue á la esquina de esa primera calle de la derecha que es por donde se meterá y entonces vas tú y la pillas en medio de la calle.

—Estará oscura esa calle?

—Como boca de lobo.

Ana llegaba ya á la esquina indicada.

—Voy pues que ya llega.

—Vé.

—En dónde me aguardas?

—Aquí mismo.

Ana habia doblado la esquina y Orso parti6 como una flecha.

Así que el caballero penetr6 en la calle que, desierta como estaba y estrecha como era, no podia ocultar el menor ruido, Ana conoci6 que un caballero se acercaba en su seguimiento tal vez, por el ruido de las pisadas y de las espuelas.

La doncella no se asust6 por ello ni mucho menos.

Conocia, por difícil que esto sea en la mujer, que ningun peligro corria su persona, y por otra parte, estaba ya acostumbrada á oír aquel ruido otras noches en igual sitio poco mas ó menos.

Ni extrañ6 la voz que á los pocos momentos oy6 que la llamaba:

— Ana!

La doncella fingió no oír la primera vez y sigui6 impert6rrita su camino.

Sin embargo dijo para sí:

— Lo dicho; no me equivoqué.

— Ana! — repiti6 Orso levantando la voz un poco mas que la vez anterior.

La doncella volvi6 entonces la cabeza y parándose á un lado de la calle dijo:

— Quién me llama?

— Un caballero que desea hablarte.

— Si de tal blasonais — replic6 Ana con esa especie de coquete-ría, permítasenos la palabra, que tenian las dueñas y doncellas del tiempo de Felipe IV, — si de tal blasonais, no cuadra muy bien á vuestra calidad, venir á encontrar á una mujer sola y en este sitio.

— Eso consiste en que no quiero pasar por indiscreto comprometiéndola con ello delante de la gente.

— Sin embargo... dijo Ana con la misma gatzmoñería.

— Además que ya tú me conoces y no tienes que recelar de mí.

A las primeras palabras habia Ana conocido á Monteferro.

No obstante, repuso:

— No sin que antes diga su nombre el caballero.

— Orso de Monteferro.

— Orso... —dijo Ana fingiendo ignorar el nombre—no recuerdo en este instante...

— Pues no hace tanto que me has visto.

— Dónde?

— En el camino de Pedralbes junto con don Cárlos Fontanellas. La doncella no pudo disimular mas.

— Es verdad, es verdad, perdonad, caballero...

— Dime antes que todo. ¿ Tu señorita cómo está?

— Un poco fatigada todavía; pero se siente bien por lo demás.

— Me alegro con toda el alma.

Con ella hablaba Orso al pronunciar estas palabras que volvian á revelar el profundo amor que á Clara profesaba.

— Gracias por ella, caballero.

— Ahora, Ana, me harás un favor que voy á pedirte?

— Decid, que, mientras yo pueda, tengo en ello una obligacion.

— Obligacion, ninguna — exclamó Orso con esa delicadeza que le era característica.

— Vuestro noble proceder de esta mañana, caballero, me dejará obligada toda mi vida.

— Olvida eso, Ana, y si acaso lo recuerdas, sea para pensar que en ello el favorecido y el honrado fuí yo, y que al salvar á tu señorita salvaba mi propia existencia tal vez.

— Segun eso, la amais? — preguntó Ana con tan perfecta cándidez que engañó á Orso.

— Con toda mi alma.

— Presto os habeis enamorado de ella.

— Eso, Ana, son secretos del corazon. Pero decias que estabas dispuesta á complacerme.

— Mientras á ello no se oponga mi propia honradez y mi decoro, cosa que no supongo por eso, en lo que vayais á pedirme.

— Eso jamás.

— Hablad, pues.

— Es muy sencillo: llevar un simple recado á tu señorita.

— Ya lo presumia yo.

— Era fácil y presumiste bien.

— Segun sea ese recado.

—Consiste solamente en decirla que yo le suplico cuanto antes una entrevista.

—Difícil es eso, caballero.

—Por qué?

—Porque en primer lugar lo es mucho que mi señorita lo conceda, y luego, porque no es probable aunque ello fuese, que pueda disponer de suficiente tiempo y espacio.

—Este será tan breve como ella quiera.

—Por otra parte, la ocasión....

—Mas cuando interesa mucho y la ocasión no compromete, se busca.

—Con qué tanto interesa?

—Sí.

—A vos?

—A ella, principalmente.

—En ese caso...

—Oh, sí, podeis decirle que la interesa sobremanera—repuso Orso que veia por este medio mas probable conseguir lo que deseaba.

—Y no podria indicarle yo algo de eso que tanto decís le interesa, para inclinarla mas á ello?

—Sí.

—Decid, pues, sin recelo, que vuestras palabras permanecerán en mi memoria el tiempo esclusivamente de trasladarlas á mi señorita.

—Conozco tu discrecion y fio completamente en ella así como en la confianza que tiene en tí tu señorita.

—Podeis hablar.

—Pues bien, díla que yo deseo esta entrevista para devolverla una preciosa prenda que perdió y que ella estima en mucho.

—Una prenda que perdió!—dijo Ana reflexionando.

—Sí.

—No recuerdo semejante cosa.

—Sin embargo, nada mas cierto.

—En fin se lo diré asimismo.

—Añade que necesito entregársela en sus propias manos.

—Descuidad, que no olvidaré una palabra de lo que me decís; pero y si mi señorita no recuerda tampoco.... —observó Ana con una ligera espresion de desconfianza.

Monteferro lo advirtió y esta, aunque ligera sospecha de la doncella, le hirió en lo mas profundo de su amor propio.

En seguida exclamó:

—Si ahora no lo recuerda, lo recordará cuando yo la hable; y por el momento debe bastarla para su completa seguridad en ello, mi palabra de caballero.

Orso dijo esto con un acento tan decidido y á la par tan digno, que Ana se arrepintió al momento de su ligera desconfianza y se apresuró á responder:

—No os ofendais por lo que yo haya dicho, caballero, lo cual en manera alguna puede incomodaros; pues fué una simple observacion mia, y, además, el concepto que mereceis á mi señorita....

Aquí Ana se mordió los labios y paró de repente sin concluir la idea que por otra parte dejó sobradamente adivinar á Orso.

Todas las mujeres han de hablar siempre, por discretas que sean, una palabra de mas.

—Conque sabeis el concepto en que me tiene vuestra señorita?

—Cualquiera lo presumirá, caballero —dijo entonces Ana con una calma y una sencillez que bien valian el perdon de la imprudencia de antes.

—Decid —insistió Orso con la misma impaciencia.

—El motivo que os ha hecho conocer —continuó Ana— no permite á nadie que sea medianamente agradecido, otra cosa que una excelente opinion de tan noble caballero.

No era esto lo que deseaba ó esperaba oír Monteferro de boca de Ana.

Así contestó simplemente.

—Me ofende, Ana, que volvais á hacer mérito de semejante incidente en tal sentido.

—Si no quereis que hable mas de ello...

—Pero os estoy haciendo perder tiempo.

—Si, es ya tarde y con vuestro permiso me marchó ya.

—Te acordarás bien de mi encargo, Ana?

—Sin perder una palabra.

—Oye.

—Decid.

—Se me olvidaba. La entrevista agradecería en el alma que fuese esta noche.

—Mucha prisa es esa.

—Es que mañana tal vez yo no esté en Barcelona.

—Oh! partís—preguntó Ana con sobresalto.

A Orsó no se ocultó tampoco esta vez el efecto de sus palabras en Ana.

—Pero, en todo caso, para volver.

—Con que, decid lo que teneis que encargarme mas.

—Eso, y luego que os tomeis el trabajo de hacerme saber la respuesta esta misma noche.

—Eso ya depende exclusivamente de mí y puedo hacerlo.

—Gracias, Ana.

—Todavía no me debéis nada.

—No importa, anticipadas.

—A las diez de esta noche en punto estareis á la esquina de casa ?

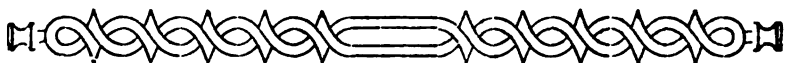
—No faltaré.

—Adios, pues, y hasta las diez.

—Hasta las diez.

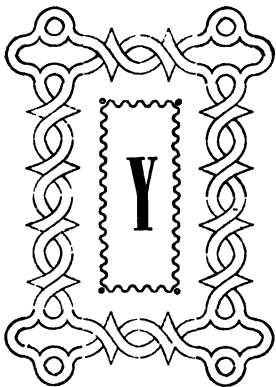
Y Orsó y la doncella se separaron tomando cada cual la direccion contraria de la calle.





XXXVI.

EN QUE VUELVE LA ESCENA Á CASA DE COLMENAR.



¿ Saben nuestros lectores la completa soledad en que Clara vivía ; ya conocen también el acendrado cariño que la profesaba Ana principalmente entre todos los demás criados de la casa. Fácil les será figurarse con esto la especie de desasosiego que sentía la vieja doncella encaminándose con semejante noticia á la presencia de su señorita.

Además, el natural suyo dado al mangoneo, permítasenos la palabra, y á los comentarios, como lo es el de las *doncellas* de cierta edad, hacia que los instantes le pareciesen horas en tanto que llegaba el de desahogar el gravísimo, el insoportable peso que llevaba con semejante noticia á Clara.

En cuanto á Monteferro, escusado es decir que su corazón saltaría de gozo al despedirse de la doncella que tan sumamente propicia había encontrado, al pensar en las palabras y en las ideas que sin querer había dejado adivinar y las cuales descubrían á la exaltada

imaginacion de Orso un nuevo y sonrosado cielo de amor y de esperanza.

Monteferro con esa facultad admirable que tiene el corazon enamorado de presentir lo mismo las desgracias que las felicidades que le esperan con el objeto de su cariño, acabó de penetrar completamente por medio de las palabras de Ana en el ánimo de Clara.

No le cabia duda de que, cuando menos, su persona inspiraba á Clara cierto interés y de que habia estado en su memoria y sido objeto de su conversacion en aquel mismo dia; lo cual, aunque sea naturalísimo despues del lance de la mañana, era no obstante sumamente significativo, una vez manifestado por la doncella.

Dícese vulgarmente que cuando los mudos hablan licencia tienen de Dios; y Orso añadía en nuestro caso; cuando las doncellas descubren algo, mucho mas ocultan sus amas.

Bien discurria Monteferro.

En materias de amor es esta regla fija y general que no suele faltar nunca.

Los instantes, ni mas ni menos que á la doncella, le parecian á Orso horas mortales hasta llegar al sitio donde le aguardaba Fontanellas.

La mayor parte de las alegrías perderian la mitad de su valor sin la expansion.

Orso para gozar toda la de que era capaz en aquel momento, necesitaba ver luego á Fontanellas y explicársela.

Así que salió de la estrecha calle donde acababa de separarse de Ana, sus ojos distinguieron como un bulto parado junto á una de las esquinas de Santa Clara.

Era Fontanellas que fijo en el mismo sitio, le aguardaba.

Orso se le acercó, y el primero, reconociéndole y abandonando la esquina, le recibió con estas palabras:

—Al fin concluyó la plática?

—Ha sido muy larga?

—Tú dirás, mejor que nadie.

—Yo no, que por cierto no contaba los momentos; pero podrás decirlo tú que me aguardabas, amigo mio.

—Y con todo el placer que cabe, pues presumo que no ha ido mal.

—Cómo lo presumes?

—Si el largo rato que habeis hablado no lo dijera bastante, lo descubriría la alegría tuya en este momento.

—Con efecto, chico.

—Con que ha ido bien?—preguntó Fontanellas con tanto interés como si suyo fuera el asunto.

—Como no podía esperarme.

—Espícate.

—Todo está dicho en dos palabras: que la buena de Ana se presta á todo y que Clara me ama.

—Pero como se arregló eso de la cita?

—A las diez saldrá Ana de casa viniendo á encontrarme á la esquina de la misma.

—Bueno.

—Qué hora es ahora?—preguntó Monteferro.

—No son las nueve.

—Vamos, pues, á pasar este rato donde quieras.

—A mí me es indiferente —respondió Fontanellas con tristeza— dí tú mismo donde quieres que vayamos.

—Estás triste, Carlos—dijo Monteferro reparando en el acento con que su amigo pronunció sus últimas palabras.

—No—contestó negligentemente Fontanellas.

—No disimules, que me haces con ello un agravio; estás triste y te has puesto así de pronto; yo lo conozco y te repito que no me lo disimules porque es inútil.

—Francamente, pues, Orso. He sentido, créeme, una viva alegría al ver el buen resultado de tus primeras tentativas, y sin saber porque, de repente me ha cogido una tristeza horrible.

—Sin saber de qué, dices?...—repuso Monteferro maliciosamente.

—Sí...

—Pues yo lo sé y te lo diré si quieres, ya que tú no te lo esplicas.

—Tal vez.

—A qué te ha venido Isabel de repente á la memoria.

—Es verdad.

—Ves ?

—Y que nunca como ahora la habia recordado en medio de un sentimiento tal de tristeza—añadió Fontanellas.

—Se comprende perfectamente.

—Esplicalo, pues, que yo no lo concibo.

—Las alegrías y las tristezas, nacen muchas veces de la compa-
racion que hacemos de nuestro estado con el ageno; así aquellas
aumentan ó disminuyen, segun sea mayor ó menor la felicidad de la
persona con quien nos comparamos si somos desgraciados, y al
contrario si somos felices.

—Quizá tengas razon.

—Esa tristeza tuya tan grande no lo fuera tanto por cierto sin la
felicidad mia que contemplas en este instante.

—Pues te juro—se apresuró á decir Fontanellas.

—Que te alegras de mi felicidad ?

—Con toda el alma.

—Ya lo creo: como yo me alegrara de la tuya, ó lo que es lo
mismo como siento yo tus aflicciones.

—Eso es.

—Pero no le hace. El dolor que sentimos, cuando somos des-
graciados, es evidente que aumenta con la felicidad agena, por mas
que veamos esta en una persona querida.

Orso discurría perfectamente.

La parte que tomamos en la felicidad de otro, nunca compensa
el dolor que por otra causa sentimos, por cuanto la primera la
esperimentamos en este caso, por simpatía, mientras que el segun-
do le sufrimos porque le abrigamos dentro de nosotros mismos.

—Ea, hablemos de otra cosa — continuó Orso—y con una con-
versacion distinta y un largo paseo por la ciudad te distraerás y me
distraré tambien, porque ambos lo necesitamos.

Y los dos amigos sin direccion fija echaron á andar abandonando
definitivamente los alrededores de Santa Clara.

En tanto la doncella llegaba ya á casa.

Al entrar en el patio, con el rápido paso que llevaba, tropezó con.

un hombre á quien ni siquiera habia visto entrar, á causa, mas que de la oscuridad de la calle, aunque esta era muy bastante, de lo ofuscada que iba, diciéndose y repitiéndose á sí misma el modo como mejor diria á Clara la consabida noticia.

—Quién vá! — exclamó el hombre con voz fuerte y mal humorada.

—Señor, perdonad... — dijo la doncella asustada — venia de prisa y como la oscuridad es tanta...

—En ese caso, se va despacio!

Y el hombre ó el caballero subió la escalera, siguiéndole Ana á cierta distancia.

El caballero era don Juan de Colmenar.

Acababa de llegar en aquel momento de Pedralbes, y aunque el tono de sus palabras no era por lo comun el mas cordial en el trato de los criados, sin embargo, respiraban tal disgusto las que dijo á Ana, que bien podia traducirse en ellas como habia ido el negocio que le llevó al convento.

En el modo de llamar á la puerta los criados le conocieron, poniéndose todos en movimiento, uno yendo á abrir inmediatamente, otro preparando una luz, para alumbrarle hasta la habitacion donde fuese, y los demás para... ó porque él habia venido.

Clara conoció tambien, al oir los golpes de la puerta, que eran de su padre y salió inmediatamente á recibirle.

—Padre mio! — dijo tomándole y besándole una mano.

—Adios — respondió este secamente.

—Ya anhelaba veros hoy.

—No he podido volver antes á casa.

—Lo he presumido cuando todo el dia habeis estado fuera.

—Tu hermana tiene la culpa — dijo Colmenar internándose en las habitaciones.

Clara le siguió sin pronunciar palabra.

La hija era algo mas discreta que el padre delante de los criados, por mas que supusiera, como no podia menos, enterados á todos, con el escándalo de la pasada noche.

Llegados al cuarto que servia de despacho á Colmenar, el criado que iba con la luz encendió las de un candelabro y salió inmediatamente.

—Pues sí.— continuó Colmenar dejando la capa y el sombrero — tu hermana tiene la culpa , con la locura que ha hecho.

—La habeis visto, padre?

—No, ni ganas ; pero he visto á tu tia la superiora de Pedralbes en donde está Isabel.

Clara no sabia mentir.

Era tal la repugnancia que esto le causaba que, aun sin preguntarla su padre de modo que la obligase á confesar de que estaba enterada de ello, temia acompañarle en la conversacion fingiendo con sencillas palabras una ignorancia que en su escrupulosísimo carácter era una mentira mas ó menos embozada.

—Pues sí — prosiguió Colmenar, ayer al huir de la casa de su marido, se fué á Pedralbes de donde no quiere salir sino á la fuerza.

—Dics mio! — exclamó Clara.

—Ni es fácil que de otro modo se la haga salir, amparándola como se ha permitido ampararla tu tia.

—Qué habia de hacer mi pobre tia!..—se aventuró á decir Clara.

—Cómo qué habia de hacer!—exclamó gritando Colmenar.

Clara bajó los ojos al suelo sin responder otra palabra.

—Arrojarla inmediatamente!

Clara no podia ya resistir mas y sus ojos se llenaban de lágrimas al oír á su padre que continuaba :

—El convento es para abrigar la virtud; no para albergar al crimen.

—Padre mio, por piedad — prorumpió al fin la desconsolada Clara.

—Sí, lo dicho! que crimen es y no pequeño huir así una mujer de la casa de su marido, esponiendo á la de este y á la de su padre á la pública vergüenza!

Clara no replicó ni una palabra á las últimas de su padre.

Este se paseaba agitado y á largos pasos por la estancia, mientras su hija de pié é inmóvil á un lado de la misma, hacia terribles esfuerzos para contener sus sollozos.

Colmenar estaba ya bastante incomodado y Clara no tenia toda la libertad para molestar mas á su padre con el llanto que su profundo sentimiento la arrancaba.

Toda esta confianza tenían con su padre las hijas de Colmenar.

La situación de Clara, por consiguiente, no podía ser en aquel momento más dolorosa.

Buscaba un pretexto para salir, y, como sucede siempre en tales ocasiones, su mente se negaba á socorrerla.

Además la principal dificultad estaba en que al salir había de decir algo á su padre, y el llanto que hasta entonces podía, aunque con indecible trabajo, sofocar, hubiera estallado, siendo imposible contenerlo, con la primera palabra que pronunciasen sus labios.

Clara sentía esto y no se hubiera atrevido á hablar.

Un criado que se presentó á la puerta del gabinete vino á cortar tan embarazosa situación.

— Señor.....

— Qué hay?

— Una visita.

— Quién es?

— El señor Alguacil Mayor.

— Que pase.

Clara sintió desahogarse su corazón de un peso terrible.

Su padre la dijo inmediatamente:

— Retírate.

La pobre niña sin decir una palabra, se dirigió á la puerta.

Monredon que á ella llegaba se hizo á un lado inclinándose profundamente la cabeza al pasar Clara por delante de sí.

— Adios, Monredon — dijo Colmenar al verle.

— Él os guarde, señor don Juan.

— Qué traéis de bueno?

— La impaciencia por veros y la extrañeza de no haberos visto en todo el día. Esto en primer lugar.

— He tenido graves y muy personales ocupaciones.

— Lo he presumido.

— Que no he podido dejar hasta ahora.

— De suerte que no sabreis nada?

— Qué hay pues?

— Una friolera.....

— Explicaos. Tomad asiento.

Y ambos se sentaron junto á la mesa que habia en el gabinete de Colmenar.

—Pues ocurre que ha llegado otro pliego de Madrid.

—Al virey?

—Sí.

—Sobre lo mismo tal vez?

—Es una carta particular de Olivares.

—Y qué le dice?

—Le traza admirablemente y con una verdad que sorprende el estado actual del principado.

—Olivares al virey?

—Pues?

—Eso sí que es gracioso!

—Y tan gracioso, que el virey sabe por indicaciones de Olivares lo que él ignoraba en el mismo Barcelona.

→Diablo!

—No hay mas.

—Y qué sabe Olivares que no sepa el virey?

—Lo que ignorais vos y yo y con nosotros todo Barcelona, á escepcion de la fiel y fina policía que, por lo visto, tiene en esta el conde-duque.

—Pero vamos á ver, qué es eso?

—La existencia de una hermandad secreta.

—Una hermandad secreta?

—Sí.

—Y con qué objeto?

—Ya podeis vos mismo presumirlo.

—Decid.

—Con el santo y laudable de cortaros á vos la cabeza.

—Cáspita --interrumpió vivamente Colmenar.

Y al virey y á mí y cuantos combatimos dentro y fuera de la esfera del gobierno á ese partido de los *narros*.

—Me dejais pasmado!

—Así se quedó el virey y yo mismo cuando lo he sabido.

—Quién os lo ha dicho?

—El mismo virey.

- Y cómo se titula la sociedad?
- No lo dice la carta.
- Ni quiénes la componen?
- Ya os lo he dicho, la hermandad está formada de narros.
- Pero quiénes? qué nombres cita el conde-duque?
- Ninguno.
- Entonces podrá ser eso muy bien una invencion de cualquiera.
- Y quién quereis que vaya así á inventarse semejante cosa?
- Que sé yo; cualquiera.
- Es asunto demasiado serio—continuó Monredon.— Además el caso que de ello ha hecho el virey, prueba que no fué cualquiera el que le mandó la noticia.
- Eso es verdad.
- Porque la noticia ha de haber salido del mismo Barcelona.
- Quién entonces podrá ser?
- Por lo pronto, sea quien quiera, puede afirmarse que el que ha escrito al conde-duque no es muy amigo del virey.
- Por qué?
- Es bien claro, si leal fuera con el virey hubiese antes avisado á este.
- Es cierto.
- Mientras que ahora no solo no le avisa sino que deja ó hace medios de que el ministro dé parte al virey de que este debía darla al ministro.
- Teneis mucha razon.
- Conque ya sabeis lo que pasa.
- Sí; y Santa Coloma qué dice á todo esto?
- Me mandó llamar al momento, enseñándome la carta, y reconviniéndome en términos nada flojos.
- A vos?
- A mí.
- Y por qué?
- Porque el conde-duque ha sabido eso primero que yo.
- Eso puede no ser cierto.
- Fué lo que yo le dije.
- Y qué contestó?

—Que lo era. Como lo eran asimismo otras cosas que yo no sabia.

—Qué cosas son esas?

—Eso mismo me atreví á preguntarle, y entónces me dijo una que realmente me ha pasmado.

—Decid, decid.

—Un lance que da mucho en que pensar y que ha sucedido esta misma noche al hijo del virey.

Y aquí Monredon esplicó á Colmenar el lance que conocen ya nuestros lectores y que concluyó con la graciosísima cuanto pesada broma del Fadri de Sau.

No habia concluido Monredon cuando Colmenar soltó una estre-pitosa carcajada.

El caso no era para menos al pronto.

Pero luego considerando la cosa no por lo que en sí era, sino por lo que suponía, Colmenar, léjos de reirse, se puso á reflexionar profundamente.

Al cabo de momentos observó á Monredon :

—Eso, amigo mio, es mas serio de lo que parece.

—Ya lo creo que lo es.

—Una cosa como esa no se hace en Barcelona, sin que exista cierto número de personas mancomunadas para un objeto. Y la circunstancia de haber notado el hijo del virey que habia caballeros de por medio por el ruido de espadas que oyó, debe hablarnos muy alto y tenernos muy sobre el aviso.

—Y vamos á ver que os parece que se hace ahora, para aconsejar ó dar un camino al virey? porque está con la carta y el lance de su hijo que la corrobora, trastornado en estremo.

—Hombre, á mí me parece que lo mejor seria...

—Qué?

—Lo mejor y mas acertado en estos casos.....

—Vamos á ver, qué?

—Porque es preciso tener en cuenta.....

—Pero qué?

Colmenar tenia su cérebro en prensa. Luego como si una luz le indicara un camino de pronto, exclamó :

—Habeis visto á la condesa de Fiorerosa ?

—No.

—Sabe eso ?

—Por nosotros al menos, no creo sepa nada.

—Pues sabeis que es lo mejor ?

—Decid de una vez—respondió impaciente Monredon.

—Ir á ver á la condesa.

Este recurso da una clara idea del talento de Colmenar en ciertas ocasiones.

Monredon se quedó frio esperando otra cosa de la inteligencia de su amigo.

—Bueno; vamos á ver á la condesa—respondió sencillamente.

—Qué hora es ?

—Las nueve y media.

—Muy tarde es ya para ir esta noche.

—Quedemos para mañana.

—A qué hora ?

—A la que digais.

—Por la mañana ?

—Bien.

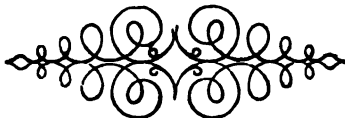
—A las once ?

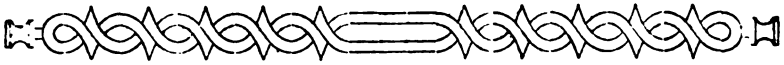
—A las once.

—Hasta mañana pues.

—Hasta mañana.

Y Monredon salió frio y cabizbajo de la habitacion de Colmenar de quien esperaba un gran remedio para este grave caso en que se encontraba el Alguacil Real.





XXXVII.

EN QUE ANA SE DESAHOGA AL FIN DEL PESO QUE LA OPRIME.



OLMENAR quedó solo en su habitación y poniéndose de codos sobre la mesa y cargando la frente en las palmas de las manos, empezó á reflexionar acerca de lo que acababa de saber por boca del Alguacil.

Su cabeza con los acontecimientos de aquel día y de la noche anterior había perdido en parte la calma que por lo común disfrutaba, aunque fingía muchas veces perderla ante ciertas personas y en determinadas situaciones.

Sobre todo lo que más le molestaba era el asunto de su hija Isabel.

Y esto no era realmente porque Colmenar tomara parte en el sufrimiento de su hija, ni mucho menos en las cuitas del barón, que bastante hemos visto que no era D. Juan hombre de afectarse por tal cosa; sino porque atendido el carácter del de Gualba, este se-

ria una especie de vegigatorio aplicado eternamente á Colmenar si el negocio no se resolvía de una manera satisfactoria.

Colmenar debía darle cuenta del resultado de su visita al monasterio ; pero tal había sido este que temía presentarse al baron , receloso de que las razones de Isabel dadas por boca de la superiora á Colmenar, provocasen otro altercado entre ambos.

—Si vuelvo ahora—decía para sí — á ver al baron que naturalmente tiene confianza en mis gestiones y no espera por lo mismo el resultado que han tenido, será cosa de que empiece de nuevo la cuestion entre él y yo, y esto ni me conviene, ni es bien que lo tolere segunda ó tercera vez. Lo mejor será decírselo por medio de una carta desentendiéndome por completo del asunto.

Efectivamente así lo ejecutó, como lo había pensado Colmenar.

Tomó al instante la pluma y escribió.

«Mi querido baron :

«Vuelvo de Pedralbes á hora bastante avanzada , y con lo fatigado que me siento como debeis presumir, con la noche y el dia que he tenido, no tengo aliento para volver á veros, quedándome en casa para descansar de tanto trastorno en tan corto tiempo sufrido.

«Presumo que esperaréis saber el resultado de mi visita al monasterio, y dedico estos instantes que robo á mi descanso para daros cuenta de ella.

«No he visto á Isabel ; he hablado no mas con la superiora. Mi hija sumamente afectada y en cama, segun me ha dicho mi prima, tiene orden especial del médico de no recibir á persona alguna, sea quien fuere, que pueda trastornarla.

«Como comprenderéis, no he querido empeñarme contra esta orden del médico.

«La superiora, sin embargo, tenia todas las instrucciones de Isabel y por ella me ha espuesto todas las razones que la obligaron á dar semejante paso, contestándome á mis insistencias para que volviera á vuestra casa.

«Las razones escuso trasladáoslas, pues la mayor parte son las que os dió en su carta, y las demás son hijas de aquellas.

«En cuanto á mis instancias, su negativa es absoluta. A la fuerza y solo á la fuerza la arrancarán, dice, del convento.

«Escuso deciros el nuevo y grave disgusto que con esto he tenido. «Presiento tambien el que vos tendreis.

«A este punto, yo no sé ya que deba ni que pueda aconsejaros.

«Vos conoceréis mi delicadísima posicion en este negocio.

«Es cierto que como padre debo condenar á mi hija por haber «abandonado á su marido; pero este mismo carácter de padre me «obliga á tener en consideracion el lugar de su retiro y los hechos «que ella espone como motivos de su conducta.

«En una palabra, yo soy parte demasiado interesada, para serlo «ni activa ni pasiva en este asunto que no puede ya resolver sino «el tribunal.

«Me atrevo sin embargo á deciros que probeis un medio de con- «ciliacion. Id vos á Pedralbes y hablad á la superiora.

«Es lo único que se me ocurre y que puedo deciros.

«Siento un pesar horrible y considero bastante el que vos ten- «dreis.

«Vuestro siempre

«JUAN DE COLMENAR.»

Concluida la carta, Colmenar la leyó toda para sí.

— Perfectamente—esclamó—ahora que se las arregle solo. Lo único que yo temia era que Isabel hubiese comprometido su nombre, cuando ignoraba su paradero; pero sabido este y siendo el sagrado lugar de un convento, mi único temor no existe ya.

En seguida cerró el billete, púsole el sobre y llamó á un criado. Este se presentó inmediatamente.

— Esta carta á casa del señor baron de Gualba.

— Muy bien.

— La dejas al primer criado que salga.

— Está bien.

— Al salir, dí que voy á recogerme y que, venga quien venga, no recibo á nadie hasta mañana.

— Ni al señor Alguacil mayor?—preguntó el criado que sabia que con Monredon no rezaba nunca una orden de este género.

Pero esta vez Colmenar no estaba para otra cosa que para dormir tranquila y sosegadamente.

Así, díjole al criado con voz fuerte y malbumorada:

—No he dicho que para nadie?

—Como otras veces....

—Basta.

—Está muy bien, señor.

—Puedes irte ya.

El criado salió con la carta; dió fuera la orden que habia recibido de su amo y partió á casa del baron.

Colmenar, como si nada fuera ya, empezó á desnudarse para recogerse.

Cuando el criado llegaba á casa del de Gualba, Colmenar respiraba tranquilamente en su lecho.

Cuando el yerno recibió la carta que le fué inmediatamente entregada, se puso á dar voces espantosas que hubiesen despertado al mismo suegro que roncaba como puede hacerlo un segador despues de su penosa fatiga.

Dejemos por unos momentos al baron en medio de sus pesares, que bien merecidos los tiene, y volvamos á ver á la doncella de Clara.

Así que aquella vió á esta entrarse con su padre en el gabinete de Colmenar, dijo para sí:

—Tambien es casualidad llegar precisamente en este mismo instante. Ahora quién sabe el rato que estarán allí!

Y yendo y viniendo á la puerta del gabinete que estaba cerrada, Ana no vivia hasta ver salir á su señorita para decirle la noticia que traia.

En una de las veces que Ana se llegó á la puerta, oyó las voces y las últimas palabras de Colmenar acerca de su hija Isabel; oyó tambien la exclamacion de Clara, y entonces la fiel doncella no se separó ya de la puerta, y al disgusto y á la impaciencia que tenia por dar á Clara el recado de Orso, sucedió súbitamente otro sentimiento que hacia apreciable en estremo el bello corazon de Ana.

La doncella sintió como una especie de indignacion, al oír las palabras y los sollozos de su señorita, contra el padre que no sabia mas

que hacer padecer á una hija tan tierna y tan bondadosa como era Clara para Colmenar.

Ana se puso á llorar también arrimada á un lado de la puerta esperando que Clara saliese.

Así que esta se presentó al dintel de la puerta, la doncella adelantó el paso para que su ama la viese, y esta se le dirigió al momento:

—Ana!

—Señorita!...

Clara se apoyó en el brazo de la doncella, caminando á su cuarto.

Allí sentóse en el sillón que ya conocemos y sin hablar una palabra se puso á llorar de nuevo.

—No lloreis, señorita, no lloreis.

—Debo llorar, Ana, no puedo menos, porque soy muy desgraciada.

—Quién sabe, señorita; á vuestra edad no se puede eso decir —continuó la doncella.— No hay suerte ni desgracia, por mucho que estas se manifiesten, á los diez y ocho años.

—Con ser tan jóven, pues, ya has visto tú misma....

—Pues por eso que he visto yo misma hablo —interrumpió Ana.

—Entonces no sé que motivos tienes para ello como no estén en tu buen deseo y en el cariño que me profesas.

—Verdad es esto último; porque ya sabéis que os quiero como quisiera á una hija; sí, señorita, á una hija no la quisiera mas y por eso aborrezco á todos los que no os quieren y quiero á los que veo que os aman.

—Gracias, mi buena Ana, gracias.

—Pero no creais que sea mi cariño solo el que me hace pensar que sereis dichosa.

—Qué es pues? —dijo Clara sonriéndose tristemente.

—Os lo voy á decir. En primer lugar sois jóven; no sois pobre; sois buena que se os puede querer aun mas por vuestro corazón que por vuestra hermosura.

—Mi hermosura!...

—Oh! en cuanto á eso, bien puedo yo responder.

—Las mujeres no somos voto, Ana.

—Como que no es voto de mujer el mio...—dijo la doncella con cierto retintin.

—Cómo que tu voto no es de mujer!...

—Quiero decir que el que yo espongo ahora no es voto solo mio, sino que lo es tambien de otra persona que segun vos misma, es mas competente que yo.

—Explicate, Ana, porque no te entiendo.

Ya hemos dicho en otra ocasion, y Clara con ser tan buena y tan sencilla lo prueba ahora, que no hay mujer que sea indiferente al afecto ó al encanto que inspira.

No hay tampoco en ninguna la falta de ese instinto que les hace adivinar instantáneamente ese mismo afecto y ese encanto por embizados que se presenten en las palabras ó en los actos de quien por ellas los sienta.

Y Clara cuyo talento además de esto era evidente, habia de conocerlo por precision á las primeras espresiones de su doncella.

—Me explicaré — continuó esta — y prestadme atencion; porque lo que yo os voy á contar es una verdadera historia.

—Habla.

—Esta noche, segun costumbre, he ido á Santa-Clara.

—Si.

—Entré en la iglesia, rezé como todas las noches y al salir y así que entré en la calle de San Honorato, oigo pasos á mi espalda. La calle está á esa hora oscura como boca de lobo y desierta.

—No tuviste miedo, Ana?

—Y de qué, quereis que tuviera yo miedo? No lo tuve. Los pasos fueron oyéndose mas cerca y entonces conocí que era un caballero el que venia.

—Cómo lo conociste?

—Por el ruido de las espuelas.

—Y era en efecto un caballero?

—Y de los mas apuestos que puedan presentarse.

—Le conociste?

—Sí.

—Quién era?

—Aguardad. Así que estuvo ya cerca llamó: « Ana! »

—Tú respondiste?

—Esta vez no; seguí mi camino como si tal cosa, luego volvió á llamar, ya tan cerca de mí que no pude escusarme y me paré respondiéndole y preguntándole que me quería.

Clara escuchaba con la esquisita atención que el lector puede presumir.

—Y á que no adivináis qué es lo que me quería el caballero?

—Yo! cómo quieres que lo adivine?

—Pues quería que os diese un recado á vos.

—A mí!

—Sí, á vos.

—Y lo has tomado?

—Sí, señora.

—Ana!

—Es decir he tomado, porque no podía menos, las palabras que me ha dicho.

—Ah!

—Además, señorita, que palabras solamente es muy difícil dejar de oírlas, cuando se pronuncian con el tono tan suplicante y sobre todo tan cortés que empleó el caballero.

—Pero vamos, qué te dijo?

—Que deseaba veros, para devolveros una preciosa joya que habeis perdido.

—Yo!

--Vos, así dijo.

--Eso es una broma que no comprendo.

—Creo que no lo es, señorita.

--Pero si yo no recuerdo haber perdido nada!

--Eso mismo observé yo al caballero.

—Y qué te dijo?

--Que sí, que habiais perdido una joya preciosa y que él necesitaba veros para devolvérosla.

--Eso será una invencion.

--Su nombre sin embargo le pone á cubierto de semejante pensamiento.

--Cómo se llama?

--Orso de Monteferro.

--Orso!—dijo Clara verdaderamente sorprendida, pues aunque al principio ya se afiguraba que era él el caballero, se habia distraido fijando la atencion en la pérdida estraña de la joya de que lo hablaban.

--Pero Monteferro te ha dicho eso?

--Lo que oís, señorita, y me lo ha dicho con tales instancias que no dudo será verdad.

--Pero si yo no he perdido nada!...

--Será tal vez un pretesto para hablaros?

--Poco le conozco, pero no le creo capaz.

--Lo mismo digo yo, señorita. Si vos le hubieseis oido creeríais ments aun que eso es un pretesto.

--No deja sin embargo de ser particular.

--Ah! se me olvidaba.

--Qué?

--En corroboracion de que eso será como él dice, que me ha encargado sobremanera que os dijese que la entrevista os interesa mucho á vos.

--Eso dijo?

--Lo mismo que oís, sin faltar una coma.

--Dios mio! no sé que hacer.

--Cómo no lo sabeis?

--Qué harías tú?

--Verle.

--Ana!...

--Qué mal hay en ello?

--Tal vez... aunque no le vemos nosotras.

--Y despues ¿quién lo ha de saber? El señor de Monteferro es un cumplido caballero.

--Eso sí.

--Entónces, contando con el absoluto silencio suyo...

—Pero lo que yo no comprendo —insistió Clara— es eso de la joya.

—Precisamente por saber que sea eso le concedería yo una entrevista.

—Y cómo?

—Es muy fácil.

—A ver.

—Sabeis el gabinete mio del piso bajo?

—Sí.

—No hay una reja grande que da á la calle?

—Sí.

—Pues le mandais que venga á la reja.

—Tengo miedo, Ana.

—De qué?

—Qué sé yo.

—No tomáis nada. La calle no puede estar mas oscura. Además yo estaré apartada á un lado del mismo gabinete.

—No, no, no me atrevo, Ana.

—Como queráis, señorita; pero creed que lo siento por él. Es tan noble y sobre todo tan cortés....

—Eso sí.

—Y os ama tanto....

—Te lo ha dicho?

—No ha podido contenerse.

—De veras?

—«Ah! con toda el alma!»—respondió cuando me atreví á preguntarle si os amaba.

—Dios mio, Dios mio, qué situacion!

—Y partirá el pobre tan triste....

—Cómo, parte?

—Así me dijo.

—Para siempre?

—No sé.

Aquí se vino abajo toda la perseverancia de Clara.

El momento de la partida de un hombre lo es de prueba para la mujer que ama.

Clara exclamó:

-- Ana, entonces quiero verle.

-- Bien, como vos queráis.

-- Cuando has de volverle tú á ver?

-- Qué hora será? -- preguntó Ana.

Clara dirigió la vista á un péndulo que habia en el gabinete y respondió:

-- Las diez menos cuarto.

-- Dentro de un cuarto de hora aguardará la respuesta en esa esquina inmediata.

El cuarto de hora habia pasado ya desde que Orso se encontraba en la esquina á donde habia llegado media hora antes de la cita con su amigo Fontanellas.

-- Y qué le mando á decir?

-- Que á las once, por ejemplo, de esta misma noche, esté junto á la reja del gabinete...

-- Ay, Ana, y mi padre?

-- Se ha recogido ya esta noche y duerme como un lirón.

-- Tu estarás en el gabinete.

-- Ya os lo he dicho.

-- Bien, pues, dile que vuelva á las once.

-- Muy bien.

Pasados algunos momentos el péndulo daba las diez al tiempo que sonaban en el reloj de la Catedral.

-- Las diez! -- dijeron á un tiempo dos mujeres en un gabinete y dos hombres en la esquina de una calle.

Los dos caballeros que en la esquina aguardaban fijaron la vista en la puerta de casa de Colmenar en cuyo patio resplandecía aun la luz del farol.

-- Yo me separo -- dijo uno.

-- Bien -- aguárdame en la otra esquina.

-- Sí porque luego saldrá.

-- Créés tú que no faltará la doncella?

-- Es Ana mucha mujer para faltar así á su palabra.

Fontanellas se alejó y Monteferro quedó solo en la esquina.

No bien el primero acababa de separarse, cuando una sombra ne-

gra igual á que vieron los dos amigos atravesar por frente á la botica yendo á Santa Clara , salió de la casa de Colmenar dirigiéndose lina recta al sitio donde aguardaba Monteferro.

El corazon de este latia con violencia.

La sombra se le acercó:

—Caballero!

—Ana! contestó conmovido Monteferro.

—Veis aquella reja baja , la última de la izquierda de la casa?

—Sí.

—A las once en punto de esta misma noche estareis junto á ella.

—Y....

—Nada mas , interrumpió Ana de repente. No faltareis?

—Solo faltándome la vida.

—Adios , caballero — concluyó Ana separándose.

—Adios , Ana.

Orso se dirigió loco de ansiedad y de alegría al sitio donde le esperaba su amigo.

Al llegar oyóse el estruendo que en la soledad de la noche producía el golpe de la puerta de la casa de Colmenar, al cerrarse.

—Qué tal? preguntó Fontanellas al verle llegar.

—Perfectísimamente.

—Pues?

—A las once en punto.

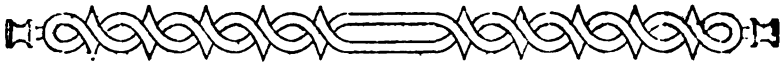
—La cita?

—La cita.

—Vamos pues á dar otra vuelta hasta las once.

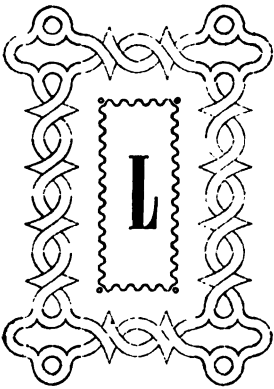
Y los dos amigos abandonaron por una hora los alrededores de la casa de sus adoradas.





XXXVIII.

LA CITA.



A hora de la cita llegó, demasiado pronto para Clara y demasiado tarde para Monteferro.

Toda la ansiedad que este tenía por verla llegada, era miedo de que llegase, en la primera.

Así que dió las once de la noche el reloj de la Catedral, el corazón de Monteferro saltó de alegría mientras que Clara que contaba los minutos y hasta los segundos en el péndulo de su gabinete, recibió como un susto, y un *ay* que no pudo contener se escapó de sus labios.

Ana que no la había abandonado ni un instante, exclamó :

—Qué teneis, señorita ?

—Qué sé yo, diria que tengo miedo.

—Miedo! de qué ?

—Me parece que no debia haber concedido tan presto esta cita á Monteferro.

—Alejad aprensiones infundadas. Además ahora ya no hay remedio y no estaria bien que faltaseis á vuestra palabra.

—Vamos—dijo Clara resueltamente.

Y Ana tomando un candelero con una bujía encendida, emprendió el camino del piso bajo de la casa, seguida de Clara.

En el punto mismo de dar las once, Monteferro se acercó á la reja.

—No te muevas tú de aquí, Ana—dijo Clara con ese temor de la inocencia y de la primera concesion de amor.

—Descuidad.

—Estará ya á la reja?....

—Ya lo creo, y mucho antes, seguramente, de bajar nosotras.

—Abre tú y veas si está.

Ana dejó la luz en una especie de antesala, y de modo que solo su débil resplandor penetrase hasta el gabinete y fué á abrir la ventana.

Monteferro suspendido su corazon y su pensamiento del mas ligero ruido, estaba allí de pié, oido atento é inclinada la cabeza á la reja.

Al primer chirrido del cerrojo que, como á las puertas, se ponía entonces á todas las grandes ventanas, el corazon de Monteferro dió un salto latiendo violentamente dentro de su pecho.

Una de las hojas se abrió.

Orso tenia fija la vista.

Ana asomó la cabeza.

—Clara —esclamó Orso á media voz y con ese acento vibrante del amor á los veinte años.

—Todavía no, caballero --dijo la doncella.

Orso se habia engañado. Tan cierto es que por mucho que miren los ojos no ven en muchas ocasiones sino lo que el alma desea.

—Ana! --dijo entonces Monteferro.

—Yo soy.

—Me habia engañado.

—No es extraño, la oscuridad....

—Y más que esto, Ana, el ardiente deseo que siente mi corazon por verla.

Clara oyó estas palabras y un estremecimiento general de nervios recorrió todo su cuerpo.

—Aguardad un momento que ahora vendrá.

—Aquí espero.

La doncella volvió á Clara diciéndole :

—Ahí está ya, señorita.

—Bien --dijo Clara con voz entrecortada-- no te separes tú de aquí.

—En la antesala estaré sentada.

Ana se alejó y Clara fué pausadamente, no sin haberse parado dos ó tres veces en tan corto trecho, á asomarse á la reja.

Monteferro no se hubiera, segnramente, equivocado esta vez.

La presencia de Clara creó instantáneamente en el sitio donde se encontraba ya y donde la aguardaba Orso, una especie de atmósfera que no se esplica, que está fuera del análisis de la razon, pero que siente perfectamente el corazon enamorado, cuando á él se acerca, trayéndola consigo, el objeto de su cariño.

—Orso antes de ver á Clara respiró ya esa atmósfera que embarga los sentidos, y sus labios movidos por el impulso de su corazon pronunciaron su nombre:

—Clara!

Esta se asomó entonces, y sin responder una palabra, sus grandes ojos azules dirigieron una rápida mirada al rostro del caballero, bajándola instantáneamente al suelo.

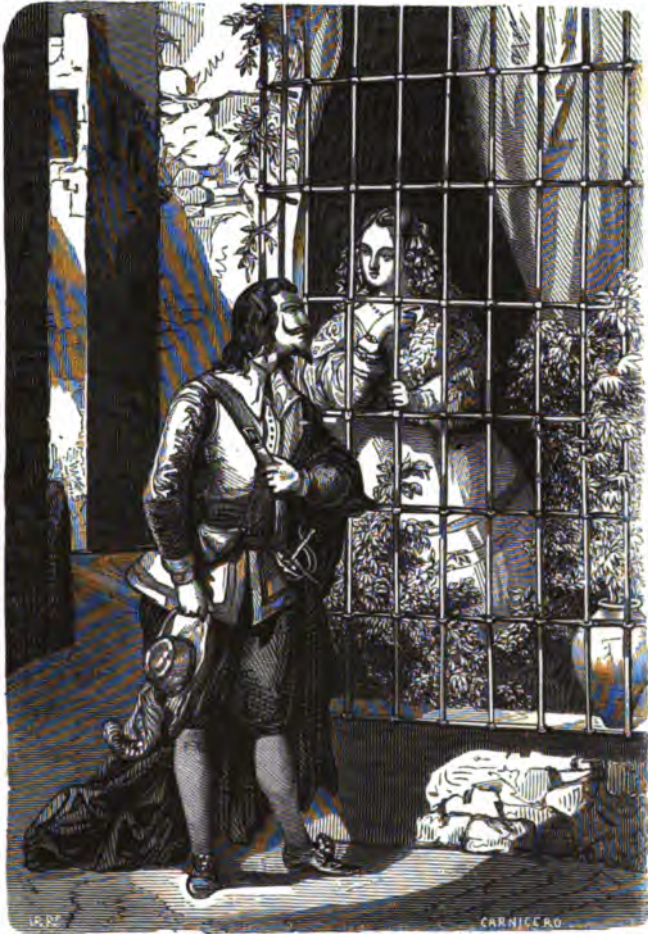
—Clara! --repitió Monteferro— gracias antes que todo, mil gracias por el señalado favor que merezco en este momento.

—Era casi un deber, caballero --dijo Clara sin poder dominar la agitacion que se descubria en sus espresiones.

—Ah! No me habéis de deber. Esta palabra en vuestros labios es un tormento para mi corazon.

—Porqué?—preguntó Clara un poco mas tranquila.

—Porque yo no quiero que hagais nada por deber, ni quiero que me debais ni penseis que me debeis nada; mientras que yo quiero debérselo todo, como os debo con la honra mayor que he tenido, la mas grande felicidad que he gozado en mi vida, acudiendo á mis súplicas de dejaros ver esta noche.



Clara! Monteferro!



—Sin embargo, caballero, yo no puedo olvidar nunca, ya os lo dije esta mañana, vuestra conducta y vuestra generosa acción de hoy.

—No hablemos más de ello, Clara, os lo suplico.

—Importa no obstante, caballero—dijo Clara con suma discreción—porque sin eso, sin el inmenso servicio que os debo y quiero deberos, por más que lo olvide vuestra delicadeza, conoceréis que mi propio decoro no me permitiría oír de vuestros labios las expresiones de un amor en que creo; pero que repentinamente ha nacido y tan pocas horas cuenta.

—Os engañais, Clara, oh! sí, os engañais al creer que yo os amo desde hoy.

—Cómo!—esclamó Clara sorprendida.

—Porque hace muchos días que este amor es el tormento de mi vida.

La confusión de Clara fué grande en este momento. No había ella visto jamás á Monteferro, por boca de este mismo sabía que le era á él desconocida hasta aquel día, pues así lo manifestó Orso en la quinta de Fontanellas, como recordarán nuestros lectores.

Lo primero que á Clara se ocurrió fué observar esto mismo á Monteferro.

Así, repuso:

—Pero cómo, cuando esta misma mañana habeis dicho que no sabiais ni me habiais visto nunca en Barcelona?...

—Y dije la verdad.

—Yo salí del convento, donde no creo que me vieseis...

—No.

—Para volver á casa de mi padre.

—Y no recordais haber estado, siquiera fuese por breves horas, en otra parte?

—No, ciertamente.

—Pues habeis estado, Clara, y yo os ví, y desde entonces que vuestra imágen no se ha apartado de mi memoria, como desde entonces no ha dejado de amarnos mi corazón.

—Quizás os engañeis, caballero.

—Oh no me engaño, porque no puedo engañarme. En la triste

noche de mi vida ví una sola vez el sol que iluminó aunque momentáneamente las tinieblas de mi alma, ¿y quereis que me engañe al reconocer ese sol que vuelvo á ver ahora?

Las palabras de Monteferro, dictadas por el inmenso amor que encerraba su corazon, y pronunciadas con ese acento tierno que tanto penetra en el alma de la mujer, tenian á Clara que las oia por primera vez en su vida y de boca del primer hombre que la interesaba, suspensa entre el encanto que sentia y la confusion que en su mente habian producido.

Monteferro continuó:

—Os estrañan mis palabras, y yo lo comprendo perfectamente, cuando toman origen de un suceso que es sin duda un gran misterio.

Clara sin pronunciar palabra, escuchaba á Monteferro.

—No quiero penetrar en ese misterio, ni mucho menos pido ni pediré jamás que me lo espliqueis, pero escuchadme.

—Hablad, hablad--dijo entonces Clara, cada vez mas confundida.

—Era una fria noche de invierno. Yo iba de camino montado en mi caballo y sin otra compañía que un hombre del campo que me servia de guia, pues como extranjero no conocia, como apenas conozco el terreno de Cataluña. El cielo fué cerrándose de nubes y al fin descargó en una lluvia tan copiosa como lo fué la de esta mañana. Fuerza era recogernos yo y mi guia en alguna parte, pues era imposible con aquel mal tiempo continuar el camino. La casa mas cercana era un castillo perteneciente á uno de los señores de Barcelona que de nombre y hasta de vista he conocido despues.

Clara oia el principio de este relato sin apenas respirar.

Orso prosiguió:

—Me albergaron aquella noche en el castillo. Tenia poco sueño y no pude conciliarlo en toda la noche. Me destinaron una sala baja del castillo. Tendido en mi lecho y despierto, veo de repente una sombra que atraviesa la sala. Me incorporé creyéndolo ilusion de mis sentidos; pero no, no era sombra ni ilusion mia, era realmente la figura de una mujer la que por delante de mí habia pasado.

Clara cuando aquí llegó Monteferro, empezó á sospechar, redoblando, si posible era, su atencion.

—Di un salto de la cama y me puse de pié. La figura habia abierto un balcon á flor de tierra que daba al jardin, saliendo por él. Yo fui hasta el balcon quedándome allí sin atreverme á pasar.

Clara dió entonces un fuerte suspiro. Orso lo notó y la dijo con tan amorosa como tierna solitud.

—Qué teneis?

—Nada, proseguid.

—Callo aquí, si vos lo mandais.

—No, no, proseguid, proseguid.

Orso continuó:

—Pasó un breve rato, y de pronto hiere mis oidos una voz que clamaba: *socorro! socorro!*

—Esa voz.... --interrumpió Clara deteniéndose en el mismo instante, sin decir mas palabra.

—Era la de una mujer. Yo no tuve ni podia tener mas calma. Oí que clamaban socorro y que la voz era de mujer. Salté al jardin al momento dirigiéndome hácia la parte de donde juzgué que habia salido el grito. Fui á parar á una plazoleta que por mas señas tiene un surtidor que consiste en un leon de piedra que arroja el agua por la boca.

—Es verdad! dijo Clara para sí.

—Al llegar á la plazoleta, el cuadro mas horrible se ofreció á mis ojos. Un hombre, un caballero tendido en el suelo, atravesado el pecho con una espada y una mujer á su lado sin sentido.

—Ah!—esclamó entonces Clara sin poderse ya contener.

—Cuando lo mandeis, paro el curso de mi narracion.

—No, no, proseguid, caballero, proseguid.

—Los rayos de la luna iluminaban aquel cuadro terrible! El rostro de la mujer, blanco como la luz de la misma luna, sus hermosos cabellos rubios tendidos en desórden, sus grandes ojos rasgados...

—Prosequid, proseguid — interrumpió Clara con un acento de tan delicada modestia que Monteferro espermentó como nunca el encanto de ese amor sublime que sentia.

La luna saliendo entonces de entre una ligera nube que la cu-

bria , y como si fuera llamada al relato de un suceso del cual habia sido el único testigo, apareció dando de lleno en el rostro de Clara que se presentó entonces á los ojos de Monteferro con toda la belleza de que estaba dotada la hija segunda de Colmenar.

Orso, mas enamorado que nunca , continuó :

—Yo no ví ya nada mas en aquel sitio que aquella mujer tan bella que tan presto y por la vez primera en mi vida , habia hecho latir mi corazon. A ella acudí primeramente. La tomé en mis brazos....

Aquí el rostro de Clara se cubrió de rubor ; pero de ese rubor virginal que tan bien pinta en el rostro la pureza del alma.

—Y la llevé por el mismo camino á la estancia de donde habia salido — concluyó Monteferro.

Imposible fuera pintar lo que Clara sintió en aquel momento. El rubor, mezclado de cierta satisfaccion que ninguna mujer deja de sentir al recuerdo de un suceso de esta naturaleza , tenia á Clara como estupefacta detrás de la reja.

—Dejé la preciosa carga que llevaba — continuó Orso — sobre un banco de la habitacion. Observéla atentamente por un instante y comprendí que no era aquello mas que un fuerte desmayo, que necesitaba sin embargo los primeros ausilios que sabemos todos para estos casos. Yo no conocia la casa ; pero el sentimiento mismo que embargaba mi corazon guió mis pasos y afortunadamente fui á parar al gran comedor, donde hallé por suerte agua y un farol semiapagado. Volví con ambas cosas y mi asombro creció entonces , cuando la hermosa mujer habia desaparecido del sitio donde la habia dejado. Volé otra vez al jardin , llegué á la plazoleta ; todo habia desaparecido. No quedaba en el sitio de tan horrible como misteriosa catástrofe, sino un charco de sangre en el sitio donde poco antes estaba tendido el caballero.

Clara á todo esto seguia callada.

—Volví á la habitacion con el alma atravesada de dolor al juzgar perdida para siempre aquella mujer á la cual me arrastraba un poderoso impulso de mi corazon , y al entrar otra vez en ella tropezó con un objeto que en el suelo brillaba á luz de la luna. Bajéme

para recogerlo, era una cadena de oro con un medallon del mismo metal.

—Ah! — exclamó Clara.

—Acerqueme al balcon para examinar el medallon , era el retrato de la hermosa que habia desaparecido.

—Es verdad —dijo entonces Clara.

—Yo recobré el retrato al perder el original; hoy que encuentro el original, parece justo que devuelva el retrato.

Y sacándose el medallon que llevaba al cuello lo presentó á Clara.

Esta permanecia inmóvil como una estatua sin saber que decir ni que hacer.

Por un lado le parecia que debia tomarlo y que tan presto no debia dejar semejante prenda en manos de su amante; mientras que por otro, conocia que nadie era digno de poseerlo como el que por tales circunstancias lo tenia en su poder y tanto sabia estimarlo.

Esta indecision de Clara dió tiempo á Monteferro para esclamar antes de devolverla el medallon :

—Pero permitidme antes, ya que tan cara prenda ha vivido por tanto tiempo sobre mi corazon, que al despedirme de ella imprima mis labios en objeto tan querido.

Y Monteferro imprimió en el retrato un beso ardiente que resonó en el fondo del corazon de Clara.

La accion de Monteferro fué, mirada escrupulosamente, algo atrevida; pero tan natural en aquel momento que Clara no solo no la repugnó, sino que la pagó con estas palabras:

—Guardad, Orso, ese medallon.

—Cómo! me dais el medallon?...

—Nadie mas digno que vos de tenerlo.

—Oh! —exclamó Orso besando el retrato en el transporte de la mas viva alegría.—Si entendeis que para ser digno de semejante joya basta un amor grande como nadie sintió jamás, digno soy, Clara, de tenerla, porque nadie podria amaros como yo os amo.

—Gracias, Orso. Lo creo así y necesito creerlo para hallar la recompensa que ha menester lo que yo siento tambien por vos.

—Vuelve otra vez á mí —dijo Orso poniéndose otra vez la ca-

dena — apreciada y querida joya. Como has estado junto á mi corazón, estarás siempre mientras yo viva.

— Oh ! Callad ! — dijo Clara asustada.

— Qué hay !

— No oís voces de hombres por aquí cerca ?

— Con efecto y ruido de espadas!..

— Que no os vean, Dios mio !

— No será, porque me voy.

— A dónde ?

— A ver que es eso.

— Ah ! no, no, Orso.

— Debo ir, Clara — exclamó Orso que sabia que por aquel lado le esperaba Fontanellas.

— No os espongaís.

— No tengais recelo — repuso alejándose de la ventana.

— Os lo pido por mi amor.

Clara pronunció estas últimas palabras con un acento tal que hizo al pronto vacilar á Orso ; pero este era hombre y amigo antes que todo y resueltamente contestó :

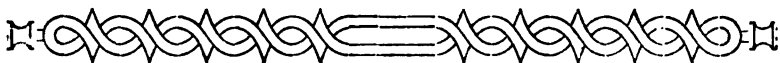
— Esperadme aquí mismo, que vuelvo al instante.

Y desapareció como una flecha.

Clara quedó estática en la reja y á los pocos momentos dejó escapar un *ay* agudo de su pecho.

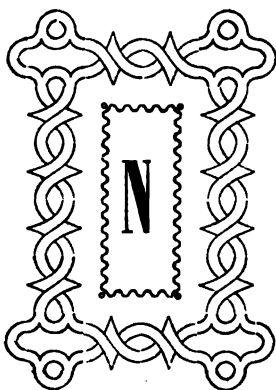
Ana se levantó precipitadamente de la silla donde estaba sentada en la antesala, corriendo al lado de Clara.





XXXIX.

EN QUE SE DESCUBRE UN MISTERIO DEL CASTILLO DE GUALBA.



o recordamos si hemos dicho, y si hemos olvidado decirlo, ya lo habrán supuesto nuestros lectores, que mientras Orso estaba en la reja de Clara platicando con esta, su inseparable amigo Fontanellas *le guardaba la espalda* situado y al acecho junto á una esquina cercana.

Oidas las voces que Clara fué la primera en percibir y el choque de las espadas hácia la parte donde Fontanellas estaba, con doble motivo se dirigió hácia aquel lado Monteferro.

Al llegar allí y al ver á su amigo plantado é inmóvil en la misma esquina donde le habia dejado, exclamó con sobresalto:

— Fontanellas!

— Ja... ja... ja...

Fontanellas soltó una estrepitosa carcajada.

— Qué diablos ha sido eso?

— Oíste algo?

—Por eso vengo.

—Pues fué una cosa muy graciosa. Ja... ja... ja...

Y Fontanellas soltó otra vez el trapo riendo con mayor estrépito.

—Oye, Fontanellas —dijo Orso—deja la risa para luego y sepa yo que es ó que ha sido eso.

—Atiende, pues. Yo estaba aquí guardándote la espalda.

—Sí.

—Por consiguiente no habia de permitir así de cualquier modo que pasara un desconocido ó conocido y te viese en la reja de Clara.

—Ciertamente.

—Pues bien; un caballero muy ufano y con mucho brío, se empeñó en querer pasar. Ya conoces que yo estaba aquí precisamente para empeñarme en lo contrario.

—Es decir, en que no pasara.

—Eso es. Eh! caballero —le dije embozado hasta los ojos y sin moverme de la esquina— á dónde vais? El caballero se paró inmediatamente respondiendo en tono altisonante y malhumorado:

—*Y qué le importa al curioso?*

—Me importa y mucho que no paseis —repliqué yo ahuecando la voz para disimularla.

—*Y quién ha de impedírmelo?* contestóme él.

—Yo — dije de repente tirando de la espada y poniéndome en medio de la calle.

—*Lo veremos* —repuso él montado en cólera y desenvainando la suya.

Monteferro escuchaba sin desplegar los labios.

—Aquí empezó el choque. Fui ganándole terreno poco á poco y cuando logré dominarlo por completo, lo cual no me ha costado mucho, empecé á hacerle retirar á prisa y á prisa, casi corriendo y entreteniéndome, sin herirle, en darle golpes en el hombro. Mi hombre, ciego de coraje en medio de su impotencia, echaba cada voto y cada juramento que hacia estremecer la tierra y á mí desternillarme de risa. Cuando ya le tuve á bastante distancia, dejéle que me tirara una vez para desarmarle con el quite. Así fué en efecto. Le hice saltar la espada de la mano y entonces echó á correr con todas

sus piernas, sin espada y sin sombrero, que tambien le cayó, á buscar refuerzo sin duda al palacio de Gualba.

Y Fontanellas al concluir su relato soltó otra vez la risa.

—Al palacio de Gualba, dices?—esclamó Monteferro.

—Sí —contestó riendo todavía Fontanellas.

—Pero, quién era el caballero?

—No lo has conocido aun? El baron!

—El baron!

—El mismo, chico.

—Motivo habia para impedirle el paso, pues iria seguramente á casa de su suegro.

—Eso pensé yo y por Cristo que no me arrepiento de ello, pues me ha dado un buen rato.

—Ya lo creo.

—Ahora pienso dar un final magnífico á la broma.

—Cuál?

—Aquí tengo yo la espada y el sombrero —dijo Fontanellas enseñando estos objetos á Monteferro.

—Y qué vas á hacer de ello?

—Mandarlo mañana con un criado á su casa.

—Pero, un criado tuyo?

—No: otro cualquiera que lo entregue para el señor baron, al primero que lo reciba.

—Oye: es capaz de volver...

—Ahora?

—Sí, á vengar la afrenta, acompañado de algun criado.

—Aquí le espero.

—Hazme, pues, una seña.

—Bueno. Y ojalá vuelva, que entonces la comedia tendrá una segunda parte mejor aun que la primera.

—Adios, pues, y hasta luego —dijo Orso alejándose y marchándose rápidamente á su principal objeto.

Fontanellas se quedó impasible arrimado á la misma esquina.

No debe estrañarnos la presencia del baron de Gualba en aquellas horas y por las calles cercanas á la de su suegro.

El billete de este habia producido en él todo el desagradable

efecto que puede presumir el lector; y atendido el carácter atollado del baron y el nuevo motivo de impaciencia que con la carta tenia, no es estraño, sino muy natural, que saliese de su casa con direccion á la de su suegro, única persona con la cual podia hablar el baron de su asunto; y aunque remedio positivo no encontrase en casa de Colmenar, hablaria al menos con este y tendria siquiera el consuelo de poder desahogar el amargo sentimiento que, solo, se veia obligado á devorar dentro de sí mismo.

Mientras Orso acudia al peligro en que suponía se encontraba Fontanellas, dejando la reja de Clara, al auxilio de esta corria Ana segun dejamos dicho al final del anterior capítulo.

—Qué es esto, señorita? — dijo asustada la doncella.

—Ay! no sé; unas voces que se han oido aquí cerca y luego el choque de espadas y Monteferro ha partido hácia allí como un rayo.

—Qué decís!

—Sin atender el ingrato á mis súplicas ni á mi llanto — dijo la pobre Clara que no cesaba de llorar.

—No se oye nada pues — dijo la doncella aguzando el oido.

—Ahora parece que no — contestó Clara.

—Oh! no le habrá sucedido nada.

—Ya podia, sin embargo, haber vuelto.

—Pero fué por mera curiosidad?

—Porque debia acudir allí, segun me dijo.

—A ver? si no me equivoco, allí viene un hombre.

—Sí, es él! Gracias, Dios mio! — exclamó Clara con el acento mas puro y mas espontáneo del amor en sus primeras manifestaciones.

Monteferro llegó á la reja y Ana se retiró á su sitio.

—Clara! — dijo al llegar el caballero.

—Orso! — respondió ella con voz enamorada.

—Perdonadme, amor mio, el que por un momento haya podido dejaros.

—Pero qué os ha sucedido? habeis recibido daño? — preguntó Clara sin atender á las disculpas que intentaba Monteferro, y cuidándose solo de averiguar como se hallaba este.

—No fué nada al fin.

Clara respiró, y dijo con ese tono encantador de tierna solicitud que la mujer sabe emplear en ciertos momentos :

—Lo demás no me importa.

Monteferro con ese afán insaciable de pruebas de amor que tiene un amante en los primeros días , preguntó :

—Tanto os interesa mi persona , Clara ?

—Y me lo preguntais todavía ?

—Es que no le basta á mi amor saberlo ; tengo necesidad de oirlo repetido por esos dulces labios.

—Qué mas quereis oir ?

—Oh ! nada mas , nada mas — respondió Monteferro, y yo soy un loco llevando mis pretensiones á donde nunca alcanzarán mis pobres merecimientos.

—No digais eso, Monteferro, que me ofendeis á mí misma sin pensarlo. Yo os amo, sí, ya vos lo conoceis y yo os lo digo sin rebozo. Os amo porque el cielo ha querido que os amase. En dos críticas situaciones de mi vida , he recibido de vos como de una mano providencial los primeros auxilios : una vez esta mañana , la otra, bien la recordais vos , en el castillo de Gualba.

—Ah ! Es verdad, la recuerdo y la recuerdo siempre porque no así puede olvidarse una noche como aquella.

—Y no habeis descubierto nada nunca acerca de aquel misterio ?

—Lo que he descubierto ya lo sabeis : que la hermosa de quien yo me prendé desde aquel instante para siempre, es hermana de Isabel.

—Y nada mas ?

—Nada mas.

—Pues oid, Orso, porque yo debo manifestaros y aclararos aquel misterio.

—Un momento, Clara —interrumpió Monteferro con esa esquisita delicadeza que le conocemos. —Si temeis que me asalte á mí la mas leve sospecha acerca de vuestra situacion en aquel momento, escusad toda explicacion.

—Gracias, Orso —contestó Clara agradecida á tan fina muestra por parte de Monteferro— pero no es eso.

—Entonces, decid.

—Vos sois amigo, y amigo íntimo de D. Carlos Fontanellas.

—Sí.

—Le acompañásteis, como tal, esta mañana al convento de Pedralbes, con el objeto de que él viese á mi hermana.

Monteferro no contestó.

—Comprendo vuestro silencio, Orso, pero es inútil desde el momento que yo sé que tambien le acompañásteis la pasada noche, escoltando á Isabel.

Monteferro no tuvo otro remedio que responder :

—Es cierto.

Naturalmente Isabel habia de habérselo explicado todo á su hermana.

—Supongo, por lo mismo —continuó Clara— que sabreis la historia, la triste historia por cierto, de los amores de mi hermana con Fontanellas, antes de conocer al baron.

—Sí, Clara, y creed que esa historia me ha dado mucho, muchísimo en que pensar, por mí mismo.

—Por vos, decís?

—Sí.

—No os comprendo.

—Y yo temo que me comprendais, pues no sé en verdad si con ello os ofendiera, ó hasta que punto tolerariais en mí ciertos recelos.

—Recelos, de quién?

—De vos.

—Hablad, Orso, hablad.

—Voy á hacerlo brevemente, Clara, y dispensadme si tomo ahora ocasion para desahogar un peso horrible que me oprime el alma.

—Oh! decid.

—Pues bien. Yo no ignoro, como debeis suponer, la causa que impulsó á D. Juan de Colmenar á preferir al baron obligando á Isabel, sin embargo del amor que sabia profesaba vuestra hermana á Fontanellas.

—Doloroso es decirlo; pero es forzoso. La causa estuvo únicamente en que el de Gualba tenia un título de que carecia Fontanellas y mayores riquezas que este—dijo Clara.

—Y si mañana contra mí que no soy título, ni menos un potentado...

—No prosigais—interrumpió Clara vivamente—Clara de Colmenar no será nunca sino del hombre á quien la incline su corazon.

—Gracias, Clara mia, y perdonad, lo que no ha sido mas que un pensamiento, hijo del miedo horrible que me da la idea de perderos.

—Permaneced tranquilo.

—Proseguid.

—Pues bien; casada ya Isabel y fuera, por completo, de toda relacion con Fontanellas, recibió un dia una carta de este en que solicitaba verla. Mi hermana dejó el billete sin respuesta, comprendiendo los deberes que le imponia su nuevo estado. Al cabo de algunos dias envió don Cárlos otra carta á mi hermana. La segunda era imposible que mi hermana dejara de atenderla.

—La contestó?

—No.

—Pues?

—En la carta le decia Fontanellas que le era indispensable, absolutamente indispensable verla aquella misma noche. Ya comprendereis que mi hermana no podia acceder á esto.

—Perfectamente.

—Añadia además Fontanellas que si aquella noche á la hora de las doce en punto no estaba en el castillo de Gualba y en la plazuela del surtidor del Leon, se daria muerte allí mismo.

—Eso dijo Fontanellas!

—Lo mismo que oís. Esta idea aterrorizó á mi hermana.

—Lo comprendo.

—Era, pues, necesario conciliar el deber de esposa, no con el sentimiento suyo de amor á Fontanellas, aunque mi hermana se lo tenia; sino de humanidad hácia un hombre que va á darse la muerte.

—Con efecto. Y cómo se concilió esto?

—Isabel me suplicó que fuese yo en su nombre, que oyese á Fontanellas y que le disuadiese exhortándole á la resignacion.

—Y vos fuisteis entonces al castillo...

—Pero llegué ya tarde! Fontanellas habia señalado la hora de las doce y llegué minutos despues!...

—De suerte—esclamó Monteferro—que el hombre que habia tendido en el suelo y atravesado con una espada...

—Era Fontanellas—interrumpió Clara.

—Fontanellas!...

—Sí, Fontanellas, que al oir las doce y viendo que en aquel mismo instante no aparecia mi hermana, cumplió su palabra fatal atravesándose el pecho con su propia espada.

—Esto es horrible.

—Cuando yo llegué y me encontré con tan desastroso espectáculo, las fuerzas me faltaron y caí sin sentido...

—Donde yo os encontré, prenda mia—esclamó Orso.

—Lo demás ya lo sabeis.

—Pero, vuestra desaparicion luego de la estancia que yo ocupaba...

—Ah! sí, creí que lo habia dicho. Volví en mí y al verme sola allí que era la habitacion que ocupaba un caballero alojado aquella noche en el castillo segun me dijo Gertrudis, la criada del mismo castillo que para ello me sirvió, me levanté, y mientras vos ibais por el agua y la luz, como habeis dicho, yo salí otra vez al jardin.

—Y Fontanellas?

—El cuerpo de Fontanellas entre Gertrudis y yo lo trasladamos á una habitacion de la planta baja, y de allí en una litera, que esto quedó al cargo de la muy discreta Gertrudis, se le llevó aquella misma madrugada á su casa de Barcelona.

—Pero en su casa al verle...

—Pudo restañársele la sangre, y vuelto ya en sí, él mismo se arregló para que esto quedase completamente oculto.

—Me dejais, Clara, atónito y asombrado.

En esto Ana que contaba las horas y era ya bastante avanzada la en que estaban, pues oyó dar las tres de la mañana, y reflexionando juntamente que Clara habia de descansar de tan penosas fatigas y trastornos como habia tenido que soportar y sufrir el dia anterior, se levantó y fué hácia la reja.

—Señorita , dijo en voz baja.

—Qué ?

—Habeis oido la hora que acaba de dar ?

—No.

—Ni yo , respondió tambien Orso que oyó la pregunta de Ana.

—Pues son las tres.

—Tan prestol...

Así pasan las horas á todos los amantes.

—Permitidme que me retire , Clara , pues bastante he abusado robándoos un tiempo que con el dia que tuvisteis ayer necesitabais para el descanso.

—Como querais—contestó Clara—pero decidme antes. Ana me ha indicado que partiais.

—Tal vez—contestó Orso.

—Pero para volver ? dijo Clara con inquietud.

—Dejaria yo de volver á Barcelona, Clara ? Pero por si no parto tan presto, y, en otro caso, para cuando vuelva , de qué medios he de valerme para veros ?

—Ana os lo dirá siempre.

—Adios , Clara mia. Y hasta muy luego.

—Adios , Orso.

Este se separó y la ventana se cerró inmediatamente.

A los pocos pasos que habia andado Monteferro, un rumor súbito hirió sus oidos. Alzó de repente los ojos dirigiéndolos al lado donde le esperaba Fontanellas, y vió un grupo que se movia y de en medio del cual salian voces y gritos descompasados entre el choque de las espadas.

Su primer movimiento fué desenvainar la suya, corriendo rápidamente al lugar de la refriega.

—A éll y rematémosle al momento —gritaba uno con acento trémulo de ira y de coraje.

—Algo os hade costar por mas que seais cuatro contra uno —respondió con sorprendente calma el que, segun se dejaba comprender, era el atacado.

Nuestros lectores habrán conocido ya á Cárlos Fontanellas que batiéndose en retirada y en combate tan desigual, estaba ya á punto

de sucumbir, pues no hacia otra cosa que defenderse y esto con gran trabajo, de las cuatro espadas que sin piedad le atacaban.

A ser otro Fontanellas hubiese ya desde el primer momento dado una señal á Monteferro.

Pero este, si bien por casualidad, llegó en su auxilio en el momento mas crítico y precisamente cuando uno de los que le atacaban decia :

—Date ó muere.

—No tan presto, pardiez!—gritó con voz de trueno Monteferro, cayendo como un rayo sobre los contrarios de su amigo.

Fontanellas respiró.

Los que le atacaban se quedaron por un breve momento como absortos.

Nada hay como una sorpresa que desbarate tanto en casos semejantes.

A bien que, la verdad sea dicha, hombres como Monteferro desbarataban lo mismo sorprendiendo, que viéndoles venir, una vez conseguian hacer vibrar su acero en medio de una refriega.

Orso aprovechó el primer momento, y descargando dos tajos á diestro y á siniestro con toda la fuerza de su poderoso brazo, inutilizó en un abrir y cerrar de ojos á dos de los que llamaremos ya sus enemigos, que soltando las espadas al impulso del dolor que sentian, abandonaron el campo precipitadamente.

Desde este momento la lucha se decidió. Los otros dos intentaron continuarla; pero se estremecieron de nuevo cuando Monteferro con esa seguridad de palabra que da la conciencia del propio poder, exclamó dirigiéndose á Fontanellas.

—Ea! tú uno y yo otro: partamos el trabajo que no ha de durar mucho.

Ni siquiera aguardaron á que empezara los dos restantes.

Inmediatamente volvieron la espalda y echaron á correr tras de los primeros de un modo tal que imposible fuera seguirles á los dos amigos, por mas que lo intentáran.

—Ja, ja, ja!

Monteferro echóse á reir estrepitosamente.

—No te lo dije yo, que era fácil que el baron volviese? porque

presumo que seria el baron con sus criados? Yo no le conozco,
—dijo Monteferro á Fontanellas.

—Él era, él.

—Pues digo, la segunda ha sido buena.

—Gracias á tí — exclamó Fontanellas — de lo contrario me juegan una mala pasada.

—Ya lo creo, cuatro contra uno..... en fin no hablemos mas de eso. Guardas la espada y el sombrero del baron?

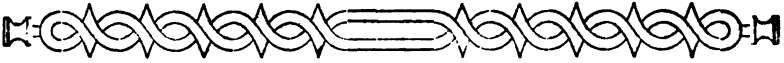
—Ahí en el suelo está.

—Pues mañana se le devuelve y se concluyó. Vámonos á casa que tengo que hablarte y mucho.

—Vamos — dijo Fontanellas.

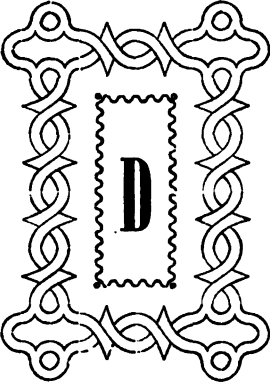
Y los dos amigos partieron dejando la calle en la mas completa soledad.





XL.

OTRA VISITA Á LA CONDESA DE FIOREROSA.



DEJEMOS por ahora al baron de Gualba que se reponga de los estragos que causó á sus *huestes* el poderoso brazo de Monteferro en la refriega con este y su amigo; á estos discurriendo sobre los acontecimientos que acababan de pasar; á Clara en el encanto y la dulcísima ansiedad que produce en el corazon de la mujer la llama del primer amor, y volvamos á casa de la condesa de Fiorerosa acompañando á Colmenar y Monredon.

La hora de la cita habia llegado y Monredon sin faltar ni un minuto se presentó en casa de Colmenar.

—Habeis sido puntual — dijo este al verle.

—Yo lo soy siempre, y mucho mas cuando se trata de cosa tan perentoria.

—Vamos? — dijo Colmenar que estaba ya dispuesto y que por lo visto tenia cuando menos tanta prisa como el otro por ver á la condesa.

—Vamos.

Y los dos salieron con direccion al palacio de Fiorerosa.

El dia amaneció y seguia claro y sereno, como sucede siempre despues de una gran tormenta como la que hubo el anterior.

La condesa de Fiorerosa, sentia un encanto particular cuando amanecia en uno de esos dias en que el sol despues de haber estado oculto entre espesos nubarrones, se manifiesta con todo su esplendor, y en que la tierra beneficiada con la lluvia parece que le envia agradecida el aroma de sus plantas y sus flores.

El palacio de Fiorerosa tenia un magnifico y vasto jardin y en él se encontraba la condesa cuando la avisaron la visita de Colmenar y Monredon.

Importa que digamos algo de la conversacion que estos traian por el camino.

—A la condesa le diremos, lo primero el resultado de nuestra entrevista con el virey la noche que fuimos á verle al salir de su casa?—dijo Colmenar.

—Eso es—respondió Monredon—y luego le esplicamos todo lo que ocurre además.

—Qué es fácil sepa la condesa.

—No lo creo.

—Yo sí.

—Sucedió ayer por la tarde.

—Y por qué no ha de haber tenido ella otra carta de Olivares como la vez anterior?

—Entonces, callo.

—En fin, veremos que dice. De todos modos os digo que me da mucho en que pensar lo que me habeis dicho anoche.

—Pues como ellos logren tomar un poco de pié, difícil será luego combatirlos.

—Ya vos sabeis si esto es difícil.

—Demasiado—dijo Monredon.—Sin poderlo remediar me sobrecorre cada vez que me viene á la memoria aquel maldito trapo negro con la calavera pintada en medio.

—La bandera que llamaban ellos de la *Muerte!*...

—Y que el nombre estaba, por Cristo, bien aplicado; pues nunca

he visto salir la muerte con mayor horror que de entre las malditas breñas donde ondeaba la fatal bandera.

—Cuanto sentí no poderla pillar en la última refriega!...

—De la cual me acordaré mientras viva.

—Ah! si no es por aquellos veinte soldados que como leones se arrojaron á salvaros, no la contabais, Monredon.

—En fin, afortunadamente—dijo este—cayeron aquel dia para siempre y será difícil que se levanten.

—Si se sabe cortarles los pasos. Es un partido numeroso é infatigable.

—Pero nosotros tenemos la fuerza.

—No la popular.

—Qué importa?

En esto llegaron ya á la casa de la condesa á la cual les anunció una doncella que bajó al jardin.

—Quiénes son esos caballeros?—preguntó la condesa á la doncella.

—Don Juan de Colmenar y el señor Alguacil Real.

—Condúceles aquí mismo.

La doncella desapareció.

—Me viene de perlas la visita ahora—dijo la condesa hablando consigo misma—veremos en que situacion de ánimo se encuentra el virey.

La doncella apareció otra vez seguida de Colmenar y Monredon.

—Adelante, señores—dijo al verles la condesa.

La doncella les dejó y ellos adelantaron á la especie de glorieta en que, sentada en un sillón, les esperaba la condesa.

—Os recibo de confianza, ya veis.

—Y nosotros os deberemos doble gratitud por esa doble honra que nos haceis.

—Hace un dia magnífico.

—Efectivamente, y se está mejor en un jardin que metido en una sala.

—Con la tormenta de ayer parece hoy el dia mas hermoso.

—Ayer fué horroroso.

—Fué un dia de tempestad que tiene tambien su hermosura.

—No la comprendo á fé—dijo sonriendo Colmenar.

—Pnes yo sí. Tanto que al oír los truenos y al ver los relámpagos, me subí á la torre de casa...

—Vos!

—Sí. Y no podeis figuraros el encanto que para mí tiene un día como el de ayer.

Monredon que desde que entró fijó la vista sobre un objeto que vió en el jardín, como la había fijado en la calavera que vió noches antes en el gabinete donde les recibió la condesa, al oír las palabras de esta última, la miró como estupefacto.

La condesa prosiguió:

—Ver el cielo completamente encapotado; la lluvia caer á torrentes, los truenos hacer estremecer la tierra y la eléctrica luz del relámpago iluminar desde la cumbre del Monseny hasta el horizonte, presentando el mar alborotado á impulsos del huracan, no podeis figuraros, repito, el placer que esto me produce.

Colmenar y Monredon estaban realmente asombrados.

Este último al oír hablar así á la condesa, apartaba la vista de un árbol vecino que como un imán atraía sus miradas desde que entró en el jardín, para fijarla en su semblante, y luego juzgándola mas bien demonio que mujer, al oírle semejantes ideas, la volvía á quitar de su rostro, para fijarla otra vez en el árbol.

—Pero, dispensadme—dijo la condesa—hemos tocado un punto que exalta mi imaginacion al estremo de que no reparo ni pienso en otra cosa. No os he invitado siquiera á que os sentarais.

—Oh! señora—dijo Colmenar inclinando la cabeza.

—Os ofrezco los muebles que aquí tengo—prosiguió la condesa—tomad asiento en ese banco rústico, y dispensad, repito, mi confianza.

Colmenar y Monredon se sentaron.

—Con que, hablando de otra cosa—dijo la condesa—fuisteis á ver al virey?

—Aquella misma noche al salir de aquí—contestó Colmenar.

—Y qué dijo Santa Coloma?

—Ya vos conoceis esa debilidad suya en el gobierno.

—Sí.

—Costó trabajo y no poco el vencerla. Una medida fuerte, siquiera haya de salvar al gobierno y al país, se resiste siempre á don Dalmacio; pero al fin, convencido ya, se dispuso á seguir el camino que nuestro buen celo, y mas que esto nuestro buen talento, le dictó.

La condesa inclinó ligeramente la cabeza sonriéndose ante esta que parecia adulacion, pero que realmente no lo era por parte de Colmenar.

—Y al fin...

—Se decidió por completo, prometiendo dictar la primera medida al instante.

—Cuál?

—La de los alojamientos.

La condesa respiró satisfecha. Sabia que atendido el carácter de los catalanes, nada les sublevaria tanto el ánimo como una órden de alojar las tropas castellanas en sus casas.

—Y se ha pasado ya esa órden?

—A todos los pueblos y ciudades del principado. De manera que los tercios que recorren Cataluña, se alojarán ya desde hoy en las casas de los vecinos, en los pueblos donde entren.

—Perfectamente —dijo la condesa.

—Y ahora otra cosa que puede ya que vos sepais.

—Cuál?

—Habeis tenido carta —dispensad la pregunta —del conde duque?

—La tengo á menudo —respondió la condesa —afirmando mas y mas la importancia que esto le daba.

—Pero desde anteayer?

—No.

—Entonces no sabreis seguramente otra novedad que ocurre.

—Decid.

—El virey ha recibido otro pliego de Olivares.

—Si? —dijo la condesa fingiendo la mayor ignorancia.

—Y mas terrible para él que el otro.

—Qué le dice pues?

—Lo que os va á asombrar á vos como asombró á Santa Coloma y á nosotros.

—Qué es pues?

—Que en Barcelona existe una sociedad secreta.

—Sociedad secreta!... —dijo la condesa con el mayor asombro— verdaderamente me pasma eso.

—Ya os lo dije yo.

—Y con qué objeto?

Ya podeis presumirlo. Las sociedades secretas son todas siempre enemigas del gobierno.

—Entonces.... —continuó la condesa fingiendo la misma sorpresa— siendo el único enemigo del gobierno en Barcelona el partido de los narros....

—Es claro que ellos son los de la sociedad.

—Pero el virey no sabia....

—Nada absolutamente.

—Y vos? señor Alguacil —dijo irónicamente la condesa á Monredon.

Este apartó la vista del árbol y respondió distraido:

—Cómo?

—Vos —prosiguió la de Fiorerosa— no sabeis tampoco nada de eso que dice el conde-duque?

—Nada absolutamente.

—Dónde está, pues, vuestra policia?

—Es que puede ser muy bien que no sea verdad — dijo Monredon.

—Poco á poco, amigo Monredon —esclamó Colmenar— que vos lo ignoreis no es una razon para que eso no exista.

—Pero....

—Nada de pero. Tampoco sabiais nada del lance ocurrido ante anoche al hijo del virey.

Monredon no supo que responder.

—Y sin embargo fué verdad.

—Y qué es ello? —preguntó la condesa.

—El lance mas gracioso que podais imaginaros.

Y Colmenar refirió punto por punto el caso ocurrido al hijo del virey.

Apenas concluyó con el desenlace de la broma, la condesa soltó una estrepitosa carcajada; pero tan espontánea que no pudo conte-

nerla á pesar de las conveniencias sociales que estrictamente procuraba guardar con las dos personas que delante tenia, y tan espansiva que pudo oirse hasta de las habitaciones de la casa.

—Ja, ja, ja.

—El mismo efecto me hizo á mí cuando me lo contó Monredon.

—Pero á quien no ha de hacerlo, si es lo mas gracioso que puede uno imaginarse?

—Pero convenís, condesa, en que, aparte de lo gracioso de la broma, eso es bastante serio?

—Ya lo creo que lo es —dijo la condesa sin poder contener la risa por mas esfuerzos que hacia.

Colmenar y Monredon carecian del suficiente talento para descubrir la verdadera satisfaccion que en esta risa hubiera visto otro mas fino observador.

—Y no habeis podido — dijo luego — descubrir ni por indicios el rastro de esa mala pasada?

—Hasta ahora no — respondió Monredon.

—Pues importaria descubrirlo.

—Ya lo creo que importaria — dijo Colmenar.

—Comprendo, con ese doble motivo, el doble disgusto del virey.

—Y qué os parece, condesa, vos cuyo talento sabe siempre encontrar un recurso en las mas difíciles situaciones....

—Gracias, aunque sea adulacion, señor de Colmenar — interrumpió la condesa.

—Todos lo sabemos, condesa....

—Decid.

—Que os parece que podríamos hacer ahora para calmar al virey de modo que ni Monredon principalmente, ni yo, perdiéramos la privanza suya que tanto sabeis interesa para llevarle adelante en la nueva senda que ha emprendido?

—Eso es difícil de aconsejar, don Juan. Santa Coloma necesita cuanto antes sincerarse con el ministro de los justísimos cargos que le dirige. El modo de sincerarse ya vos lo sabeis. Puesto que no hallais medio de descubrir lo que el conde-duque indica, debeis trabajar incesantemente para dar cumplimiento cuanto antes á lo

que el gobierno manda. De esta suerte Santa Coloma recobra la gracia que tiene ya casi perdida...

—Lo creéis vos así? — interrumpió vivamente Colmenar.

—No lo dudeis, don Juan. — Y si don Dalmacio no da en breve muestras de haber obedecido las órdenes de Madrid, será, yo os lo aseguro, depuesto de su cargo con una ignominia á la que no podrá sobrevivir una persona de su clase.

—Ya lo oís, Monredon — dijo Colmenar.

El alguacil apartó, al oír su nombre, la vista del árbol y la fijó en Colmenar.

La condesa no perdía ninguna de esas transiciones de Monredon.

—Sí, sí... — contestó este maquinalmente.

—Tened la bondad de concluir, condesa.

—Ya podeis haberme comprendido. La nueva conducta que parece se propone observar Santa Coloma, le devolverá la confianza del gobierno; y como quien le habrá inducido á adoptar esta nueva marcha habreis sido vos y Monredon, el virey os devolverá á su vez la gracia que él recobre.

Colmenar quedó altamente satisfecho del consejo de la condesa que, sin embargo, maldito si resolvía por el pronto la cuestion, que era lo que deseaba aquel y el alguacil.

Pero la condesa tenía cierta magia en la palabra que atraía maravillosamente, y ese mismo efecto hacia que Colmenar y Monredon viesan un gran medio de salir, principalmente este último, del apuro en que se encontraban con el virey, siendo así que el consejo de la condesa no era otra cosa que las instigaciones que dos días antes habian visto ya en la visita que recordará el lector.

—Segun eso, vos creéis que el mejor medio es hacer que el virey se resuelva á dar en breve una muestra al gobierno de Madrid, de la energía que le encarga.

—Eso creo, y es mas; no veo otro recurso, si Santa Coloma quiere conservar el vireinato y su propio nombre.

—Gracias, condesa.

—Volved á ver al virey y sin rebozo hacadle esto presente.

—Ahora mismo.

Colmenar se levantó y en tono así medio de chanza dijo á Monredon que habia quedado sentado y como estupefacto al lado de la condesa y fija la vista en el árbol.

—Ya lo habeis oido , señor Alguacil.

—Qué—dijo este maquinalmente.

—Veo que está muy distraido el caballero Monredon —observó la condesa.

—Francamente—dijo el Alguacil—soy algo caviloso y estaba pensando...

—No lo estrañeis, condesa —interrumpió Colmenar que habiendo dado ya algunos pasos se hallaba fuera del cuadro á fin de que Monredon lo notase y se levantara. — La última visita que hizo al virey le tiene mohino todavía.

—No es eso—dijo Monredon.

—Entonces no sé que pueda ser.

—Os lo diré francamente y dispensadme , condesa , la impertinencia de la pregunta.

—Decid.

—Así que entré en el jardin me llamó la atencion un objeto estraño que teneis aquí.

—Un objeto estraño?—dijo la condesa con la mayor candidez.

—Sí, que me la llamó ya tambien la última vez que tuve el honor de estar en esta casa.

—Decid...

—¿No recordais que me permití preguntaros la otra noche que significaba aquella calavera puesta sobre aquel secreter que teneis en el gabinete donde nos recibisteis ?

—Sí.

—Pues eso mismo me atrevo á preguntaros ahora.

—Lo que significa aquella calavera ?

—No aquella , sino esa que me ha herido los ojos así que entré en el jardin.

Y Monredon estendió la mano señalando el árbol donde tuvo fija la vista durante toda la visita y en el cual habia realmente un cráneo en medio de dos huesos humanos en forma de cruz.

—Esa calavera significa pues, lo mismo que la otra. Es el escudo de mis armas.

—Ya recuerdo que me dijisteis ese.

—Son armas muy originales, en verdad, condesa —observó Colmenar, mirando también al árbol y sin volver un paso de la distancia que le separaba de la condesa y Monredon.

Este permanecía tan estúpido y tan sentado.

—Sí —dijo la de Fiorerosa indiferentemente.

—Tendría, si no fuera molestaros demasiado, un gran placer en saber de donde toma origen vuestro escudo.

—Os prometo explicároslo otro rato. Ahora necesitáis el tiempo para asuntos mas urgentes.

—Es verdad —dijo Colmenar—con acento marcado y mirando á Monredon.

Este entónces se levantó por fin.

Colmenar continuó dirigiéndose á la de Fiorerosa:

—Pero no os eximo del cumplimiento de la promesa.

—Yo no salto nunca á las mias —dijo la condesa con dignidad— y os aseguro que la historia os ha de interesar muchísimo....

—Contada por vos.... —observó Colmenar con aquel tono que recordarán nuestros lectores se atrevió á dar á sus palabras noches antes, al despedirse de la misma condesa.

—Oh! sí —repuse esta— permitidme que tenga en ello vanidad; nadie como yo contaría seguramente esa historia!...

Sin saber por qué, las palabras de la de Fiorerosa hacian un efecto extraño en Colmenar y Monredon.

El primero principalmente que es el que llevaba siempre la palabra, volvió á encontrarse en una de esas situaciones críticas de las cuales no sabia salir sino dejando el sitio.

Así, creyó lo mejor, puesto que ya estaban de pié, dar por terminada la entrevista, diciendo:

—Conque, condesa, adios, y vamos al momento á poner en práctica esos vuestros consejos, que tan buen efecto producen cerca del virey.

—Gracias, Colmenar, y á ver si de una vez conseguimos que impere fuerte y enérgica la voluntad del rey en Barcelona.

—Lo conseguiremos.

—Así sea.

—Adios, condesa, dijeron á un tiempo saliendo Colmenar y Monredon.

—Adios, señores.

La condesa quedó sola en el jardin.

Al bajar la escalera, Monredon dijo á Colmenar:

—Sabeis, don Juan, que esa mujer tiene algo de misterioso que me da mucho en que pensar? No sé si vos habeis observado lo mismo; pero yo, que quereis que os diga, veo en ella cierto misterio que me confunde.

—Vos hablais por eso de la calavera?—dijo sonriéndose Colmenar.

—Habeis adivinado.

—No deja de ser extraño.

—Y como yo tengo tan presente ese diablo de emblema...

—Eso es lo que os lo hace mas chocante. Sin la bandera de la *Muerte* maldito lo que os hubiese chocado el escudo de Fiorerosa.

—Podria ser.

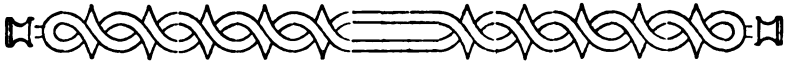
—Lo cierto es, misterio ó no misterio, que á la condesa, principalmente, deberemos el que el virey conserve su puesto y nosotros la importancia que su privanza nos da.

—Ah! esto es cierto tambien. La condesa no haria mas siendo en vez de extranjera, de una casa catalana, que lo que hace en favor de Cataluña y del partido de los *Cadells*.

Mientras así hablaban Colmenar y Monredon dirigiéndose al palacio del virey, la condesa de Fiorerosa arrodillada delante del árbol, en donde el cráneo estaba, como hubiera podido en una iglesia ó delante de un altar, oraba en voz baja y sus ojos fijos en el cráneo, se elevaban de vez en cuando al cielo.

Los confidentes de Santa Coloma llegaron al palacio cuando la condesa se levantaba del suelo.





XLI.

NUEVAS ZOZOBRAS DE ORSO DE MONTEFERRO.



UESTROS lectores saben ya que una de las mayores contras que tenia Santa Coloma para el recto ejercicio de su gobierno en el principado, era la debilidad de su carácter.

El virey, como hijo de Cataluña, amaba naturalmente el país que le vió nacer; pero como virey de este mismo país y colocado en tan elevada posicion por la merced del conde-duque de Olivares, que al ministro y no al rey se debía entonces cuanto emanaba de la corte de Madrid, sentia esa especie de apego de que nunca está libre el corazon humano, á la dignidad que gozaba, y á mas la consiguiente gratitud á quien en tan elevado puesto le habia colocado.

El conde de Santa Coloma, pues, fluctuaba entre dos sentimientos que horriblemente martirizaban su ánimo en la época á que nos referimos: el amor á su patria y la gratitud al gobierno del rey.

Habia además otra circunstancia.

Los hombres que no deben á la naturaleza ese temperamento privilegiado que se resiste á todo acto que pueda parecer servil y que tan bien sabe deslindar en ciertas circunstancias de la vida la gratitud de la baja, sin comprender que incurren en esta última, se prestan, creyéndolo una ley de su reconocimiento, á los actos mas indignos que pueda dictarles la persona á quien se juzgan obligados.

El conde de Santa Coloma no tenia por un lado el temperamento de rebelarse ante actos de esta índole, ni el talento suficiente para comprender que el cargo de virey de Cataluña no podia eximirle de otros deberes para con su patria, ni mucho menos hacerle olvidar su propia dignidad, que lastimosamente posponia á los despóticos mandatos del soberbio ministro de Felipe IV.

Con un carácter semejante, las instigaciones de Colmenar y Monredon que redoblaron cerca del virey inmediatamente despues de la última visita á la de Fiorerosa, surtieron todo el efecto que el mas encarnizado enemigo de Cataluña pudiera desear.

Santa Coloma, pues, confirmó la orden que poco antes habia dado de que las tropas que recorrian el país, se alojasen en las casas de los pueblos con la obligacion impuesta á los vecinos de albergar á los soldados y darles toda clase de asistencia.

Cataluña que se creia bastante fuerte por sí para la defensa del país, y que por lo mismo sufría con disgusto la presencia de un ejército que de nada servia, en concepto de los catalanes, para la seguridad del territorio contra las armas de Francia; vista la negativa ó la indiferencia del gobierno á las solicitudes que varios pueblos le habian dirigido con este objeto, Cataluña toda, pues, manifestaba el resentimiento que por ello guardaba al gobierno, á los soldados que sobre el país vivian.

De aquí, el odio de los soldados á los catalanes y por consecuencia la creciente antipatía de estos á aquellos, que se entregaban, ya por que la escasez en que se hallaba el ejército lo traía consigo, ya tambien para castigar esa antipatía, á los mas escandalósos despojos.

Los catalanes, tenian con esta conducta de los soldados, mayor motivo todavía de aborrecimiento, y de aquí tambien que las tropas

aumentaran el suyo propio y no se limitasen á despojar á las casas de lo que el ejército necesitaba solamente, sino que dando ensanche á toda la cólera que abrigaban contra un pueblo que creían y era realmente su enemigo, se entregasen á los mayores desórdenes devastando los campos, incendiando las casas y hasta maltratando á los hombres y violando á las mujeres.

Con esto ya tiene idea bastante el lector para comprender como sería recibida por los pueblos de Cataluña la orden terminante del virey, mandando á los vecinos alojar á tales huéspedes.

Sin escepcion en todos los puntos del principado, el efecto de semejante medida fué el mismo.

Apenas espedita la orden, llegó envuelta en el clamoreo general á oídos del presidente de la *Hermandad de la Muerte*.

—Perfectamente — dijo para sí el ermitaño. — Esta es la gota de hiel que viene á colmar el vaso de la amargura que por tanto tiempo guarda el principado. Ahora un leve soplo bastará para que esa hiel se derrame, haciendo que estalle de una vez el ódio general por tanto tiempo reprimido. Vamos á dictar las primeras órdenes.

Y llamando á un, al parecer su criado, y que pertenecía, por lo que se dejaba comprender, á la sociedad, le hizo circular las siguientes palabras á siete de los hermanos mayores.

«Mañana juéves á las siete de la mañana, en la cabaña del ermitaño.»

En tanto la condesa de Fiorerosa, que era seguramente la mano que tan presto hizo mover en este sentido el ánimo del virey, se preparaba para dar una magnífica fiesta en su palacio y en celebración de la victoria alcanzada sobre la conocida debilidad de Santa Coloma.

La fiesta consistía en un baile.

La de Fiorerosa señaló el día del domingo para celebrarlo, pasando tres días antes el aviso á todas las casas principales de Barcelona, especialmente á las de los conocidos como *Cadells*.

Así que Orso tuvo noticia del baile la sangre helósele en las venas.

Ni un momento, como es de suponer, á pesar de las aventuras de

aquellos días, se había apartado de su imaginación el terrible legado de su padre moribundo.

Con este solo objeto había venido á Barcelona.

La voz que oyó en la Catedral junto á la capilla de Santa Eulalia, sonaba á sus oídos con mayor fuerza, si cabe, desde que supo la noticia del baile que iba á dar la condesa.

Naturalmente: la condesa poseía el secreto que él buscaba tanto tiempo, y en la sesión que tuvo la *Hermandad* en la Catedral, se dictó la sentencia de muerte contra la condesa, al convenirse el incendio de su casa en la noche del baile.

Muerta la condesa, como era seguro moriría estando á tales manos su suerte encomendada, moría también el secreto que buscaba descubrir Monteferro, y quedaba por consiguiente imposible la venganza del asesinato de su padre.

Esto que era bastante para hacer cavilar á un hombre que medianamente hubiese querido al autor de sus días, era para Orso motivo de desesperación, pues además del inmenso cariño que á su padre tenía, era Monteferro hijo de un país donde la venganza no se abandona jamás, y en que el odio por un daño recibido se trasmite á veces como un vínculo de familia de generación en generación, hasta dejarle completamente satisfecho en el último vástago de quien lo hubiese causado.

Apenas supo la noticia del baile fué á buscar inmediatamente á Fontanellas.

—Oye—le dijo—me dijiste en cierta ocasión que me presentarías ó me harías presentar á la condesa de Fiorerrosa.

—Es verdad.

—Estás en lo mismo?

—Ya lo creo que estoy.

—Pues necesito que me presentes.

—Es lo mas sencillo. Cuando quieras.

—Esta mañana.

—Esta mañana!—preguntó asombrado Fontanellas.

—Si—respondió resueltamente Monteferro.

—Diablo! Pero de qué nace ahora eso tan de pronto?

—Me conviene.

—Comprendo que te convendrá , aunque ignoro el motivo.

—Despues lo sabrás.

—Oh ! no es por saberlo. Pero no puede ser eso esta mañana.

—Pardiez ! y por qué ?

—La razon es muy sencilla.

—Cuál?

—Yo voy muy de tarde en tarde á visitar á la condesa , y mis visitas son meramente de cumplido.

—Y qué ?

—Que para eso que tú desees es necesario otra ocasion. El domingo da la condesa un baile , esa es la ocasion mas á propósito.

—Es tarde.

—Hombre , no falta tanto para el domingo.

—No importa , es tarde.

—Y para eso me valdria yo todavía del marqués de Tamarit que la trata con mas confianza.

—Repito que es tarde y ha de ser antes del domingo.

—Veré entonces á Tamarit ; pero repito que sin un pretesto como ese que indiqué , no comprendo como eso pueda hacerse , sin que sea de una manera violenta y poco conveniente.

Monteferro se puso á reflexionar.

Despues de breves momentos dijo :

—No veas á Tamarit.

Orso habia reflexionado que no le convenia tampoco testigo ninguno en su ontrevista con la condesa.

—Pues ?

—Es inútil.

—Pero es que desistes de ello ?—preguntó Fontanellas medio asombrado de ver lo que pasaba en Monteferro y que él no podia adivinar

—No. Voy yo solo á casa de la condesa.

—Tú solo!

—Sí , y ahora mismo.

Cárlos Fontanellas que no estaba acostumbrado á la menor reserva por parte de Monteferro y que veia á este por otra parte so-

breescitado por una causa que, repetimos, no comprendia, se atrevió á preguntarle:

—Pero, Orso, dispénsame si el estado de inquietud en que te veo, me hace tal vez indiscreto.

—Tú no eres, ni puedes ser nunca indiscreto conmigo ; pero vas á preguntarme á qué voy á ver á la condesa ?

—Francamente. Sí.

—Pues no puedo responderte por ahora.

—Callo y dispensa.

—Es que es historia un poco larga y por eso no te la cuento, Fontanellas. Es cuestion de tiempo, no de confianza.

—Ve, pues, si tanto te interesa.

—Hasta luego.

Y Monteferro salió precipitadamente dirigiéndose al palacio de Fiorerosa.

Con la misma prisa subió la escalera principal.

La gran puerta labrada y con molduras de bronce que se encontraba al fin de la escalera, estaba abierta de par en par.

Monteferro se quedó parado, al dintel de la puerta.

—Ah de casa!—esclamó despues de un momento que allí estaba parado.

Nadie le respondió.

Entonces adelantó dos pasos y vió en el interior de la casa infinidad de criados y criadas que iban y venian de uno á otro lado con muebles y otros objetos que colocaban ó quitaban de las salas.

—Ah de casa!—llamó con mayor fuerza Monteferro, dirigiendo su voz al salon donde pululaban los criados.

Uno de estos volvió la cabeza y al ver un caballero plantado en el recibidor, se dirigió al instante al sitio donde estaba Monteferro.

—Caballero....

—La señora condesa de Fiorerosa.... --dijo Orso preguntando.

—Aquí es.

—Decid que hay aquí un caballero que desea verla.

—Perdonad, caballero...

—Como—interrumpió Monteferro—sin dejar concluir al criado.

—La señora condesa no está.

—Pues ?

—Ha salido.

—Pero cuándo vuelve ?

—Seguramente el domingo por la mañana.

—Con qué no volverá hasta el domingo ?

—No señor.

—Y no podreis decirme dónde estará estos tres dias ?

—Se ha dirigido á la casa de campo que posee á la falda del Monseny, para dejar completa libertad al mayordomo de arreglar estas habitaciones para el baile del domingo.

—Pardiez !—dijo entre dientes Monteferro.

El criado le observaba parado delante de Orso.

Este volvió á preguntar :

—Y hácia qué lado cae la casa de campo de la señora ?

—No puedo decíroslo , caballero , pues lo ignoro ; pero puedo preguntarlo si os conviene.

—Si , preguntadlo.

—Aunque—observó el criado—ahora pienso que es casi inútil.

—Por qué ?

—Porque aunque la señora se ha dirigido allá segun creemos y ha dicho , á veces ni un momento para en la casa.

—Qué hace , pues ?

—O empieza inmediatamente una cacería separándose hasta la distancia de leguas, ó, sin otro objeto que recorrer el Monseny, se interna por aquellas peñas con dos ó tres criados , de manera que es muy difícil encontrarla.

—Entonces , no preguntes nada—dijo Orso aburrido ya.

—Como querais.

—Adios.

—Adios , caballero.

Y Orso tomó precipitadamente la escalera.

—Es fatalidad !—decia para sí andando ya en la calle.—Precisamente se le antoja ahora á ese diablo de mujer abandonar Barcelona. No me queda otro remedio que verla el domingo por la mañana... Si no es que no vuelve hasta la noche...

Y así hablando consigo mismo, se dirigió precipitadamente á su

casa, es decir á la de Fontanellas donde estaba hospedado desde que encontró á D. Cárlos en Barcelona.

Monteferro penetró en la habitacion, mohino y cabizbajo.

Fontanellas al verle, adivinó al momento que el negocio que habia llevado á su amigo á casa de la condesa no habia salido conforme á los deseos de aquel.

Entre dos amigos es difícil que á la mirada del uno se escape el disgusto ó la alegría que siente el corazon del otro.

—De mal talante vienes—dijo Fontanellas apenas estuvo el otro dentro de la habitacion.

—Sí.

—Has visto á la condesa?

—No.

—Por qué?

—Que sé yo—respondió Monteferro con displicencia.

—Sí... no.... y que sé yo....—continuó Fontanellas repitiendo las breves respuestas de su amigo con un tono que imitaba perfectamente el de Monteferro—Vamos, no te pregunto mas.

—No es eso, Fontanellas, es que tengo una ansiedad y un disgusto que me consume.

—Pero, hombre....

—La condesa no está en casa. Está fuera de Barcelona.

—Dónde?

—En su casa de campo del Monseny.

Y aquí Orso trasladó toda la relacion del criado á Fontanellas.

—Triste es eso, si tanto te conviene.

—Daria por verla hoy, diez, veinte años de mi vida.

—Tanto te interesa el asunto?..

—Mas que mi misma existencia.

—Creo que no necesito hacerte nuevas protestas de mi amistad para que sepas que puedes contar con ella en todo y para todo, si te sirve en este caso.

—Gracias, Cárlos, pero es asunto este que me compete á mí solo.

—Sin embargo de que no sé cual es, ni de qué se trata.... pero yo tendria pocos en que tú no pudieras servirme.

—Tú podrias, podrás mañana cuando llegue el caso querer servirme, sí; pero es que no puedo, no debo yo admitir compañero en este asunto.

Fontanellas se encogió de hombros.

—Oye—dijo Orso—Tú amarás mucho á tu padre?

—Ya sabes tú si le amo.

—Pues bien: si mañana un hombre asesinara á tu padre....

—Oh! calla! calla! Gritó horrorizado Fontanellas.

—Es horroroso, pero oye—prosiguió Orso con acento reconcentrado—si mañana, repito, llegara este caso, á quién encargarias la venganza?

—A quién?

—Sí, á quién?

—Viviendo yo?

—Por supuesto.

—Con tal que me quedara solo una mano, esa sabria empuñar la espada ó disparar la pistola contra el asesino.

—Yo pues que tengo á Dios gracias dos manos buenas y sanas, habia de admitir ayuda en este caso?

—Monteferro!—esclamó asombrado Fontanellas.

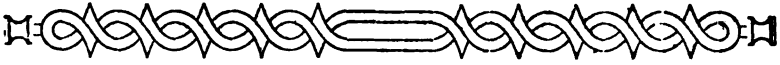
—Lo que has oido.

—Pero....

—Oye, Fontanellas, tú eres mi amigo y debes saberlo.

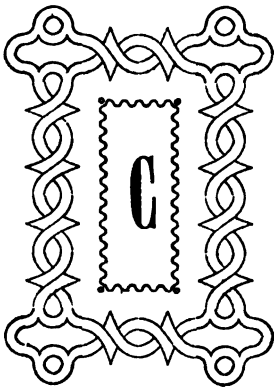
Y aquí empezó Orso á relatar á D. Carlos la historia de la muerte de su padre.





XLII.

PROSIGUE EN SUS TRABAJOS LA HERMANDAD DE LA MUERTE.



ON la celeridad y exactitud que circulaban las órdenes emanadas del presidente de la *Hermandad de la Muerte* fué comunicada la última que hemos visto dió el ermitaño.

Inútil es decir , puesto que ya en otras ocasiones la hemos tenido de observarlo, la puntualidad con que semejantes órdenes eran obedecidas.

A la hora designada se hallaban, sin faltar uno, los siete hermanos mayores en el sitio á donde los llamó el presidente.

El sigilo con que en toda clase de asuntos obraba esa formidable sociedad , sino lo hubiésemos notado ya en los trabajos que hemos presenciado , lo veríamos bien palpable observando á dos de los *hermanos* que se encontraron en el camino.

Eran el uno el marqués de Tamarit , el otro D. Juan Ginestá.

—Salud , señor marqués.

—D. Juan ! Vos por estos caminos ?

—Sí. Me pareció el día bastante bueno y salí á dar un largo paseo á caballo.

Es de advertir que Tamarit y Ginestá se habian encontrado mas de una vez juntos en sesiones de la *hermandad* y por consiguiente sabian el uno del otro que á la misma pertenecian , como sospechaban en aquel momento que ambos iban á la choza del ermitaño.

—Igual idea me dió á mí—dijo Tamarit con la misma sencillez que el otro.

—Pensais alargar mucho ?

—Hasta la falda del Monserrat.

—Hasta allí os acompaño. Luego tomo la izquierda , pues quiero ver si por aquel lado adquiero noticias de buena caza.

—Hace tiempo que no me dedico yo á la caza , como solia.

—Pero conservais todo el aparato.

—Ah ! eso sí, tengo igual número de perros, los arreos cuidados lo mismo , en fin todo dispuesto siempre como si hubiera de salir el día de mañana.

Y así hablando de la caza y nada mas que de la caza , los dos caballeros llegaron á la falda del monte.

—Hasta aquí—dijo Ginestá como habia prometido.—Si quereis acompañarme...

—Gracias. Voy á dar una vuelta por este lado , y hácia Barcelona en seguida.

—Adios pues , señor marqués.

—Adios, don Juan.

Y ambos se separaron , tomando uno la derecha y el otro la izquierda por dos veredas del monte.

Los asuntos que trataba la *Hermandad de la Muerte* eran todos igualmente importantes , como conocerá el lector , por consiguiente todos sus actos iban precedidos y acompañados siempre de las mismas precauciones y formalidades.

La reunion que en su cabaña iba á tener el presidente , era , como sabemos , sumamente corta , pues que constaba solamente de siete personas que eran las que allí fueron llamadas. Esto no obs-

lante , era forzoso guardar las formalidades y las prevenciones prescritas.

Un cuarto de hora antes de la indicada para la cita , el criado que servia al ermitaño se situó á la parte de afuera de la puerta , sentado en un poyo de piedra que junto á la misma habia , y tejiendo como una especie de cesto con hebras de esparto y mimbres.

Cualquiera que hubiese visto la figura de aquel hombre en tal sitio, tan humilde y en tan modesto trabajo empleado, con su vestido de paño burdo y la cabeza inclinada sobre el pecho, abstraída al parecer de cuanto le rodeaba, y fijos los ojos en el trabajo que hacia , le hubiera tomado por el anacoreta mismo que aquella humilde choza habitaba.

Pero bien pronto hubiese conocido que aquel traje y aquella ocupacion no eran otra cosa que una máscara de las varias que el hombre escoge para presentarse al mundo, segun las situaciones de su vida , al oír la voz del ermitaño que presentándose en el umbral de la puerta le llamó con este nombre :

—Fadri!

—Señor — respondió este volviendo la cabeza.

—No pueden ya tardar en venir.

—Creo que no.

—Ya sabes , serán siete.

—Ya sé.

—El santo á todos...

—Descuidad.

El ermitaño desapareció internándose otra vez en la cabaña y el Fadri volvió á bajar la cabeza , siguiendo ó haciendo como que continuaba el trabajo que tenia entre manos.

A los pocos momentos un ruido como de pisadas de un hombre hirió el finísimo y experimentado oído del Fadri.

Este sin levantar la cabeza alzó los ojos dirigiéndoles al sitio de donde el ruido venia.

Un hombre se ofreció á su vista que con paso grave y seguro se dirigia á la cabaña.

El Fadri permanecia con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Buenos días , buen hombre! — dijo el recién venido.

—*San Jorge!* — exclamó el Fadri como asustado.

—*Barcelona!* — respondió gravemente el otro.

—Pasad — dijo el Fadri.

Y el hombre sin hablar mas palabra entró en la choza.

Seis veces seguidas tuvo que repetir el Fadri el mismo papel con otros seis hombres que sucesivamente fueron llegando.

Ya todos dentro, el ermitaño salió y dijo al Fadri:

—Sube á ese picacho vecino, veas si hay gente cerca y, en tal caso, qué clase de personas sean y vuelve.

Una cabra montés, si tuviera el conocimiento del Fadri, no hubiese practicado con tanta celeridad y presteza, subiendo por aquellas breñas, la diligencia que ordenó el ermitaño.

Al cabo de brevísimos instantes el Fadri volvió.

—No se ve un alma en dos leguas á la redonda—dijo.

—Entra, pues, y cierra la puerta.

En una especie de salita al interior de la cabaña, el ermitaño y el Fadri habian colocado una mesa y frente á esta ocho taburetes de pino que fueron ocupando á medida que entraron los siete conjurados.

El Fadri se sentó en el último, así que el presidente ocupó el suyo detrás de la mesa.

Apenas se hubieron sentado, uno pocos momentos despues del otro, dos de los hermanos se dirigieron una mirada, acompañada de una ligerísima sonrisa que se hubiese escapado al mas fino observador.

Eran el marqués de Tamarit y D. Juan de Ginestá.

—Salud, hermanos—dijo el presidente al sentarse.

—Salud! —contestaron ocho voces á un tiempo.

—En virtud de las facultades que concede al presidente la *regla* de la *Hermandad para casos de guerra*, os he llamado á vosotros esta mañana. He sabido de una manera positiva que el virey acaba de espedir una de esas órdenes que un país no sufre de sus gobernantes, sin mengua del decoro propio y de la honra en que debe ser tenido por los demás. Esta orden es la del alojamiento de las tropas castellanas que se impone á los catalanes, en todos los pueblos y ciudades del principado. En celebracion de tan *fausto*

acontecimiento para ese abominable partido , la condesa de Fiorerrosa ha señalado la noche del domingo para el gran baile , de que anteriormente se dió cuenta á la *Hermandad*. La noche de la última sesion quedó decretado el incendio del palacio de Fiorerrosa como medida salvadora , y medio de sorpresa á nuestros enemigos en la lucha que va á empezar. El objeto por el cual os he llamado , es para adoptar los medios que mas súbito y mas fácil hagan el incendio , y al propio tiempo , para que cada uno de vosotros se encargue , en la parte que mejor pueda , de procurar esos medios.

Los ocho *hermanos* escuchaban con religioso silencio y sin perder una sílaba , lo que decia el presidente.

Este continuó :

—Empezando por el *hermano* de la derecha , proponga la reunion los medios que crea mas á propósito y hagan el plan de mas fácil ejecucion.

—Creo, salvo siempre el parecer de la reunion—dijo el hermano que ocupaba la estrema derecha—que lo que conviene inmediatamente es buscar un sitio á propósito cerca del palacio donde reunir gran copia de leña, ramaje seco, y cuantos combustibles puedan proporcionarse. Tenerlo allí á prevención, y la noche del baile y en el momento que se indique, á fuerza de hombres sacar los combustibles y hacinarlos instantáneamente al rededor del palacio , sobre todo á las puertas, y prender fuego.

—Es eso todo ?—preguntó el presidente.

—Esto.

—Me parece—dijo uno—que siendo el sigilo y la cautela tan sumamente necesarios en casos como este , y hasta diré indispensables, el acto de llevar cosa de tanto volumen cerca del palacio, donde no existe ninguna clase de industria que semejantes materiales necesite , podria despertar alguna sospecha, mayormente en la época que atravesamos , en que á menudo el gobierno ve fantasmas en todas partes. Además el acto de trasladar los combustibles del lugar donde se depositen al palacio , embarazaria demasiado, siendo, por otra parte, muy de advertir, que el incendio por fuera es mucho mas lento , y en nuestro caso conviene que sea muy rápido. De todas suertes creo, en primer lugar, que el incendio ha de ser interior y

luego que ha de promoverse por medios menos complicados y sino menos complicados , de no tan ruidosa preparacion.

—Se atienden las razones que ha espuesto el *hermano* que acaba de hablar?

—En un todo—contestaron á la vez los ocho que allí estaban.

—Yo voy á proponer otro medio —dijo el presidente.—El palacio de la condesa de Fiorerosa tiene grandes almacenes. Podríamos disponer desde hoy de esos almacenes?

—Sí—dijo uno.

—Cómo ?

—Están desalquilados y se alquilan.

—Perfectamente.

—Quién se encarga de alquilarlos hoy ?

—Yo.

—Ya tenemos el punto principal—esclamó el presidente.

Luego dirigiéndose al que dijo se encargaba de esta primera operacion, advirtió :

—Los almacenes se alquilan para depósito de artículos de comercio.

—Bien.

—Tenedlo presente. Ahora, quién se encarga de buscar, para perderlas, treinta ó cuarenta ó mas, segun la capacidad de los almacenes, pipas de vino vacías ?

—Yó las tengo.

—Para perderlas ?

—Sí.

—Las pipas se colocarán, pues, distribuyéndose en todos los almacenes. Faltan ahora tres ó cuatro cargas de alcohol.

—Se encontrarán.

—Cuándo ?

—Hoy mismo.

—Perfectamente. En pipas mas pequeñas ó grandes garrafones se distribuye el alcohol en los almacenes. Cuando se dé la señal, se suelta el alcohol si está en pipas , ó se rompen los garrafones que lo contengan, y á un tiempo mismo, aplicada una tea en cada almacén, se prende fuego, y el incendio es general é instantáneo.

Los hermanos se quedaron absortos ante la diabólica idea del presidente.

Este preguntó:

--Se aprueba este medio?

--En todas sus partes—respondieron todos á la vez.

--Los otros cuatro *hermanos* que no han tenido ocasion de prestarse, habiéndose hallado ya los medios suficientes á nuestro objeto en los tres primeros, ayudarán á estos en el negocio.

Una señal de asentimiento fué la respuesta que recibió el presidente.

Luego continuó:

--La caja general de la *Hermandad* se halla hoy con los fondos suficientes para no exigir un sacrificio de dinero á ninguno de los *hermanos*. Esta misma mañana, pues, tendrán los tres en su casa los fondos que crean haber menester. Para el alquiler de los almacenes ¿cuánto cree aproximadamente necesitar el *hermano* encargado de esto?

--Nada.

--Pero....

--Nada.

--Está bien. La *Hermandad* lo agradece y que Dios os lo premie.

El presidente se dirigió al segundo de los encargados.

--Para procurarse las pipas de vino vacías, qué juzgais haber menester?

--Ya he dicho que yo las tenia.

--No importa. Juzgad entonces su valor.

--Ninguno.

--Repito que la caja de la *Hermandad* tiene fondos de sobra.

--Mañana estará sin ellos, con las jornadas que se preparan.

--Si os empeñais, la *Hermandad* os lo agradece.

Con las respuestas de los dos primeros, fácil es colegir cual seria la del último encargado de procurar el alcohol.

Esta era, como ha sido siempre, una materia sumamente costosa, y el presidente que así lo conocia, sin embargo de prever la contestacion, quiso observar al *hermano* antes de preguntarle:

—El alcohol es líquido que vale mucho, y es grande la cantidad que para nuestro objeto se necesita.

—La que se necesite se encontrará.

—Decid, pues, no obstante lo que habeis oido á los dos *hermanos* que os han precedido, qué cantidad creéis...

El individuo á quien el presidente se dirigia, ni le dejó siquiera concluir.

—Ninguna, absolutamente.

—Dios os lo premie, *hermanos*—esclamó el presidente levantándose. Ante semejantes ejemplos de abnegacion, que tambien revelan la voluntad firme y decidida, la fé profunda en nuestra empresa, el resultado no es dudoso. El tiempo vuela y aquí hemos ya concluido el objeto para que os he llamado. Sabeis ya todos vuestro deber; id y que Dios os guie.

Los *hermanos* inclinaron la cabeza ante el presidente.

—Salud, *hermanos*, y PATRIA Y LIBERTAD.

—Salud!--dijeron todos y salieron de la cabaña.

—Fadrí!--dijo el presidente cuando todos hubieron salido.

—Señor!

—Al instante te dirigirás á Barcelona.

—Estoy dispuesto.

—A pasar órden á todos los *hermanos* mayores.

—Cuál?

—Esta: «*Guerra! Domingo dia 10 de marzo, á las doce de la noche junto al palacio de Fiorerosa.*»

El Fadrí partió inmediatamente.

A las pocas horas los *hermanos* mayores de la de la *Muerte* tenían ya la órden comunicada por el presidente.

La palabra *guerra*, como deja conocer por sí misma, significaba que el objeto de la llamada era la revolucion, y por consiguiente que debia acudirse al llamamiento armado y con todos los medios defensivos y ofensivos que cada uno pudiese llevar consigo.

Los *hermanos mayores* al recibir la órden reunieron, tan pronto como á cada uno fué posible, sus grupos respectivos, y comunicada esta, les dieron las instrucciones que el lector recordará quedaron convenidas en la sesion de la Catedral: esto es, que cada cual, por

todos los medios que á su alcance estuviesen, y viendo á todos sus amigos y conocidos, hiciese correr la nueva de las horribles medidas que se proponía adoptar el virey; de las vejaciones ejercidas por los agentes del gobierno fuera de los pueblos y ciudades del principado; del clamoreo general, y, en una palabra; de todo aquello que dentro de los límites de lo verosímil y verdadero, pudiese difundir la alarma en la ciudad y preparar al pueblo á secundar el movimiento que iba á intentar la Hermandad.

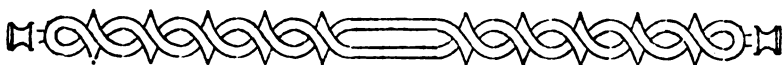
Como *hermano mayor* Orso de Monteferro recibió así mismo la orden del presidente.

Atendido el estado en que se encontraba, sin embargo de que tal nueva no le cogía de susto, le trastornó sobremanera, pues le hizo pensar nuevamente en la imposibilidad de descubrir el secreto del asesinato de su padre, que era lo que en primer lugar ocupaba siempre su imaginación.

Esto no podía Monteferro comunicarlo á Fontanellas.

Así montó á caballo y se dirigió rápidamente á la cabaña del ermitaño.





XLIII.

OTRA ENTREVISTA DE MONTEFERRO Y EL ERMITAÑO DE MONSERRAT.



ABIZBAJO y sobremanera pensativo iba Orso de Monteferro montado en su caballo y camino de Monserrat.

El corazón del hombre es expansivo por naturaleza y aquellos que carecen de esta bella disposición del alma, sufren doblemente por cuanto con dificultad encuentran salida á los sentimientos que les oprimen.

Monteferro no pertenecía á esta clase, que harto lo hemos observado en el curso de esta historia; pero en el caso en que se hallaba, esta misma disposición de su ánimo á la expansión le hacia padecer doblemente.

A Fontanellas no le habia dicho, porque esto no podia decirselo, atendida la suma discreción que se llevaba lo mismo respecto á las personas que á los asuntos de la *Hermandad*, ni el peligro que corria la condesa de Fiorerosa, ni mucho menos sus relaciones con el ermitaño.

Con nadie mas que con este podia Orso hablar libremente y desahogar todo el peso que su corazon sentia.

Habia además otra circunstancia que producía suma ansiedad en el ánimo de Monteferro.

El lector recordará que el ermitaño le habia casi prometido entregarle el puñal que contenía el secreto del nombre de los asesinos de su padre, y tendrá tambien presente la conversacion del Fadri con el presidente de la *Hermandad de la Muerte* la noche que se celebró la gran reunion en la Catedral, de cuya conversacion resultó saberse como el Fadri no encontró los objetos en su presencia enterrados y en sitio solo de él conocido.

Orso guardaba esta promesa del ermitaño en su memoria, sin dejar un dia de pensar en ella y cada uno que pasaba era para él un doble tormento, que hacia aumentar el ansia de aquel corazon sediento de la sangre de los asesinos de su padre.

Esta última idea fué, al poco rato de andar el camino, la que se apoderó por completo de la imaginacion de Monteferro.

La distancia de la ciudad al monte era bastante larga y aunque nuestro jóven corso montaba buen caballo, habia necesidad de ponerle á veces al paso para no reventarle á la mitad del camino, en un trote demasiado largo y prolongado.

Monteferro que conocia esto, lo hacia así primeramente; pero no cuidó ya de ello desde el momento en que su cabeza no pensaba ni podia pensar mas que en una cosa: en el asesino de su padre y en la cabaña del ermitaño que habia ofrecido revelarle el secreto.

El caballo de Monteferro corria pues al escape en alas de la impaciencia del ginete.

De repente el fogoso animal sin obedecer al poderoso acicate ni menos á la voz que por sí sola bastaba á obligarle tantas otras veces, paró su carrera cayéndose de rodillas al suelo.

—Pardiez! — gritó Monteferro — arriba! Ruth!

Pero Ruth, que este era el nombre italiano que daba á su caballo, lanzando copiosa espuma de la boca al compás de su fatigado aliento, dirigia una lánguida y dolorosa mirada á su amo como queriendo decirle *ya ves, no puedo mas.*

Monteferro desmontó y cruzándose de brazos con ese ademán del hombre fuerte en medio de la contrariedad, exclamó :

—Buena la hemos hecho!..

Nuestros lectores conocen ya el sitio donde se hallaba Monteferro.

Era el mismo donde se separaron , tomando el uno la derecha y el otro la izquierda , el marqués de Tamarit y Don Juan Ginestá , cuando ambos recatándose el uno del otro , se dirigian á la choza del ermitaño.

Allí el camino se partía en otros dos mas estrechos ó sea veredas que se internaban en el monte.

La cabaña del ermitaño no estaba ya léjos de aquel sitio.

Monteferro lo sabia de otras veces y no obstante que sin gran trabajo hubiera podido llegar á pié , se detuvo sin moverse del lado del pobre Ruth.

Orso, de alma tan fuerte como sensible de corazón, no sabia dejar al pobre animal abandonado de aquella suerte despues de los servicios que le habia prestado en otras ocasiones y en aquel mismo dia acababa de prestarle.

Acercóse , pues , al pobre animal y púsose á acariciarle con la mano , cuando de repente hirieron sus oidos las pisadas de otro caballo que bajaba ó salía del monte.

Volvió la vista y sus ojos tropezaron con un caballero de marcial continente, que, al notar tambien á Monteferro , paróse á bastante distancia , observóle un momento y luego volvió grupa desapareciendo súbitamente é internándose en el monte.

—Pardiez !—exclamó Monteferro —me gusta. Aunque su aspecto no lo parece , no falta mas , sino que sea este un capitán de bandidos y vuelva luego á prenderme con los suyos.

Luego sacó dos pistolas que llevaba en la silla y desenvainando la espada que dejó á un lado , dijo :

—Veremos. Si acaso , algo caro ha de costarles.

Se pasó bastante rato , durante el cual Monteferro que escuchaba atento á fin de no ser sorprendido , nó oyó sino la fatigosa respiracion del pobre Ruth á su lado y el ruido del viento entre las hojas de los árboles y matorrales.

Luego le pareció percibir un ligero rumor.

Levantó la cabeza y al mismo tiempo oyó una voz á su izquierda que le llamaba :

—Monteferro !

Volvió rápidamente la vista al lado de donde la voz habia salido.

—Quién me llama ?—esclamó.

Y en el momento mismo vió la venerable figura del ermitaño que se le acercaba.

—Orso !

—Señor !

No creemos haya necesidad de decir al lector quien fuese el caballero que poco antes habia aparecido y desaparecido súbitamente á los ojos de Monteferro.

—Qué haceis ahí ?—preguntó el ermitaño.

—Lo que veis—respondió Orso—iba á veros á la cabaña y quise obligar tanto al pobre Ruth que al fin ha caido al suelo rendido de fatiga.

El ermitaño se acercó al caballo y examinándolo dijo :

—Dejadle así por ahora. Aflojadle la cincha y luego con un pedazo de pan que le daremos empapado en vino, estará en disposicion de llevaros otra vez á Barcelona. Vamos entre tanto y descansaréis vos en la cabaña.

Y el ermitaño echó á andar seguido de Orso hácia la choza que, como hemos dicho, se hallaba á corta distancia de aquel sitio.

Llegados allí, el ermitaño dijo señalando á Orso un taburete rústico que habia junto á una mesa.

--Sentaos.

El ermitaño se dirigió á una especie de alacena, y sacando un vaso, una botella de vino y unas pastas, continuó :

—Tomad este refrigerio.

--Mil gracias.

--Cómo! rehusais ?

--Es que no tengo gana de nada.

--Probad un poco de este vino que os hará bien. Venís trastornado, yo os lo conozco. Luego hablareis .

Monteferro con el profundo respeto que al ermitaño tenia, no resistió mas, y echando un dedo de vino en el vaso bebió.

El ermitaño tomó otro taburete y se acercó á sentarse á la mesa.

—Y bien. ¿Qué nuevas me traéis de Barcelona?

—Yo nuevas á vos?—respondió Orso. Al contrario, he venido precisamente para que tengais la bondad de dárme las á mí.

El ermitaño que comprendia perfectamente el objeto de la visita de Monteferro, estaba como entre ascuas, al reflexionar el disgusto que aquel tendria al saber la triste nueva que le aguardaba acerca del importante asunto que allí le habia traído.

—Supongo ya lo que quereis saber?....

—Ya vos conoceis, señor, la grande ansiedad que tiene mi corazon por descubrir el secreto y obtener la prenda que me prometisteis en la última entrevista.

—Poco á poco. Yo no os prometí absolutamente entregárosla.

—Segun eso....

—Os dije no mas que probablemente el puñal vendria á mis manos y, en tal caso, de las mias á las vuestras.

—Y qué me decís hoy?—preguntó Monteferro con toda la impaciencia que podemos presumir.

El ermitaño no podia ni debia diferir por mas tiempo la triste noticia á Orso.

—Hoy os digo que no puede venir á mis manos el puñal por el conducto que yo creia.

—Pues!...—dijo Monteferro con zozobra.

—Hay aquí un misterio que no sé como esplicarme.

—Decid.

—Solo una persona, la que ayudó á enterrar lo que sabeis á don Juan de Serrallonga, sabia el sitio donde se hallaba. Esa persona fué á buscarlo... y...

—Y qué?...

—Y ya no lo encontró.

—Es decir—observó Monteferro con dolorosa inquietud—que lo han quitado de allí?...

—Así parece.

—Y esa persona...

—Qué ?

—Dispensadme la pregunta.

—Decid francamente cuanto penseis.

—Es de toda vuestra confianza ?

—Tanto como vos mismo.

—Entonces , no hay remedio por este lado — dijo tristemente Monteferro.

—Por este lado no ; pero quién sabe ?... á veces... mañana tal vez podemos tener un indicio y este por leve que sea , una vez llegue á nuestra noticia nos ha de descubrir lo demás.

Este consuelo del ermitaño alivió poco , como se supone , á Monteferro.

Así permaneció pensativo algunos momentos y luego pasando á la segunda parte de su objeto dijo :

—Ya que por este lado está perdido completamente , por qué no probamos otro medio ?

—Cuál ?

—El de la condesa de Fiorerosa.

—La condesa !

—Sí.

—Ya os dije que esa mujer tiene alma de Cain.

—Pero...

—La condesa , si , por maravilla , posee el secreto , ha de saber tambien que vuestro padre era amigo de Serrallonga y esta sola circunstancia , creedlo , Orso , será suficiente motivo para que su alma condenada imagine todo el daño posible contra vos á quien el talento de la condesa , porque lo tiene , ha de suponer heredero de la venganza á un tiempo y de las ideas de vuestro padre.

—Convengo en ello ; pero quién sabe el misterio que puede haber en eso? y yo , como conoceis , por la memoria de mi padre , debo seguir todo rastro que me indique el camino de la venganza que me legó.

—Id pues á ver á la condesa.

—No puede ser.

—Por qué ?

—Porque está fuera de Barcelona.

—Fuera de Barcelona! — dijo sobresaltado el ermitaño.

—Sí.

—Es imposible.

—Lo he preguntado yo mismo esta mañana en su casa.

—Y el baile del domingo?

—Para el domingo estará de vuelta.

—Ah! — respiró el ermitaño.

—Ya conocéis que no tengo tiempo de verla.

—Efectivamente.

—Y ahora, señor, no podría yo pedir os un obsequio?

—Sabeis, Orso, porque yo os lo dije y comprenderéis que yo no digo jamás sino lo que siento, que teneis en mí un segundo padre.

—Tengo pruebas de ello y por eso me atrevo á pedir os un gran favor que solo vos podeis hacerme.

—Hablad.

—Ya conócéis lo que me interesa descubrir ese secreto que desde mi país me ha traído á Barcelona.

—Sí.

—Que daría mi vida entera por saberlo, con tal de que se me dejara el tiempo preciso para cumplir con el legado de mi padre.

—Sí.

—Pues bien, hallándose fuera de Barcelona la condesa, á quien yo no veré hasta la hora del baile, no podré saber lo que deseo... Porque despues no existirá ya la condesa.....

—Y qué?

—No podría diferirse el golpe del domingo?

—No.

—Vos sin embargo podiais hacerlo....

—Oid, Orso, y retirad al momento la especie de reconvencción que envuelven vuestras palabras.

—Yo me guardaré muy bien, señor, de reconveniros. No ha sido ese mi ánimo.

—Oid: una de las obligaciones que se imponen los *hermanos* de la *Muerte* y previene espresamente la *regla* de la *hermandad*, es sacrificar el interés particular al general, y por grande que sea el primero nunca puede anteponerse al último; y mucho menos

cuando hubiera de revocarse una resolución tomada por acuerdo de todos, como visteis vos mismo. Este solo hecho desvirtuaría para siempre la fuerza moral de la sociedad.

Orso á estas palabras, miraba tristemente al ermitaño sin responder ni afirmar nada.

—Yo no creo—continuó el anacoreta--que vos queráis eso en general; ni mucho menos esponerme á mí en particular á las consecuencias que de una contra orden semejante y sin motivo que á todos afectase, resultarían, viniendo á caer sobre mí exclusivamente.

--Lo comprendo.

--No veo aquí mas que un remedio respecto de la condesa.

--Cuál?

--Vos teneis que asistir al baile....

--Ya sabeis las razones porque no puedo faltar.

--Teneis medio de que os presenten á primera hora?

--Creo que sí.

--Con quién ireis?

--Con Tamarit.

--Decidle, pues, que os conviene sobremanera el que os presente á la condesa, así que entreis en el baile.

--Y entonces?

--Vais derecho al asunto.

--Así lo haré, pues no queda otro remedio.

--Ya digo, de todas suertes--repuso el ermitaño--dudo que la voz que oisteis en la iglesia, sea otra cosa que un lazo que pretendía tenderos la de Fiorerosa.

--Pero siendo esto tan secreto, no os llama la atención que lo sepa esa mujer?

--Sí; pero la condesa con la inmensa fortuna que posee y el talento que tiene, encuentra medio de saberlo todo. Es difícil adivinar como haya sabido eso; pero lo que es fácil demostrar porque en mas de una ocasion lo hemos visto, es que todo lo sabe.

--Con vuestro permiso, pues, os dejo.

--Aguardad, que llevaremos la medicina para el pobre Ruth.

--No os molesteis, dádmelo á mí.

—Tomad pues.

Monteferro tomó el pan mojado en vino para el pobre caballo y despues de haber estrechado la mano del ermitaño salió de la cabaña.

No habia andado cuatro pasos cuando este le llamó.

—Orso !

—Señor.

—Sobre todo no intentéis siquiera salvar á la condesa!...

Monteferro por toda contestacion alargó segunda vez la mano estrechando con fuerza la del ermitaño.

El pobre Ruth vió el cielo abierto—perdónesenos la frase tratándose de un caballo—cuando llegó Orso.

Este le tomó la rienda, el animal se levantó ya casi ágil del todo.

Comió en dos bocados el pan que le traia su amo y un relincho de alegría indicó á Orso que su caballo estaba ya en disposicion de volver á emprender el camino.

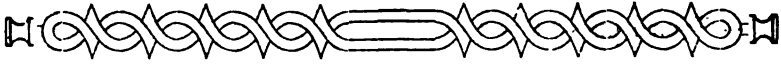
Apretóle la cincha que antes le aflojara y montó, partiendo en seguida á Barcelona.

A los cinco minutos que Orso andaba poco mas que al paso para no volver á fatigar al *convaleciente* Ruth, oyó á su espalda el galope de otro caballo que en la misma direccion venia.

Sin darle tiempo de volver la cabeza, el caballo pasó por su lado llevando á un caballero que ni la vista volvió siquiera á Monteferro.

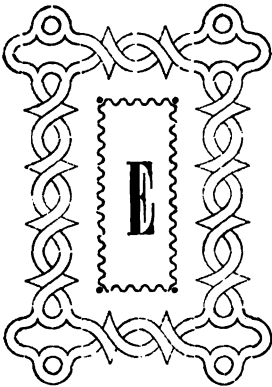
Era el mismo que poco antes habia aparecido y desaparecido súbitamente á sus ojos, al pié del monte.





XLIV.

PREPARATIVOS.



El palacio de la condesa de Fiorerosa era un vasto edificio cuadrangular y completamente aislado.

Olvidámos decir, cuando, en el lugar correspondiente, reseñamos la sesión de la *Hermandad de la Muerte* habida en el coro de la Catedral, que uno de los *hermanos* presentó una objeción al proyecto de incendio del palacio. Esta era, la de que las casas contiguas iban naturalmente á participar de las llamas; á cuya objeción se le opuso la circunstancia de que el edificio estaba completamente aislado.

Consignamos esto, porque fieles en nuestra narración á la historia de los sucesos que vamos escribiendo, no queremos que por una omisión semejante queden desfigurados el carácter de las personas ó la índole de los sucesos que nos ocupan.

La *Hermandad de la Muerte*, pues, acordó y votó el incendio del palacio y nada más que del palacio de Fiorerosa, por los motivos que ha visto ya el lector.

Sigamos ahora el hilo de nuestro asunto.

Era en día de sábado, por la mañana, víspera del domingo, por tanta gente y por tan diversos motivos esperado.

Los individuos de la sociedad secreta abandonando sus respectivas ocupaciones ordinarias, para cumplir con la orden terminante que cada uno tenía, salían de sus casas para ir reclamente ó pasar por casualidad, según las particulares circunstancias de cada uno, á las casas de sus amigos y conocidos, sin despreciar por esto la ocasión de parárlos si en la calle los encontraban, donde con el mayor sigilo se entablaba, poco mas ó menos, el siguiente diálogo entre el hermano y la persona á quien este se dirigía.

—Guárdeos Dios, Maese Pedro — si así se llamaba el amigo ó conocido del hermano — dónde vais tan de mañana?

—A tal ó cual parte — respondía el otro. — Y vos?

El hermano entonces ponía una cara particular, esa cara que sin decir nada determinado, deja conocer á la persona con quien se habla, que quiere decir mucho, y que está como pidiendo una de estas frases: *estais trastornado, que aspecto teneis hoy*, y sobre todo la pregunta: *qué os sucede?*

Arreglada así la fisonomía y oída la pregunta, que en ningún caso se hace esperar, el hermano contestaba saboreando ya el efecto de sus palabras:

—Pach! qué quereis que tenga? Lo que luego tendreis vos, ya que no ahora, pues pareceis ignorante de lo que sucede.

—Qué hay pues? — respondía el otro sobresaltado.

El hermano, sin levantar la mano mas arriba de la barba y haciéndole seña de que bajara la voz, dirigía al rededor una mirada recelosa, y diciéndole con los ojos dobles de lo que con las palabras, proseguía:

—He mirado quien podia haber por aquí cerca...

El ciudadano, ya que sin esponernos á mentir no podemos llamarle por su nombre, sentía ya una impaciencia irresistible.

La impaciencia predispone siempre mucho al efecto, y este falta rarísimas veces, despues que se ha logrado despertar aquella.

Esto que pocos se esplican, instintivamente lo conocen todos.

El hermano queria por consiguiente llevar la impaciencia del

otro hasta el último grado para también hasta el último grado conseguir luego el efecto que procuraba.

—Pero qué es esto, decid!

—Es que no sabéis nada de veras?

—Nada!....

—Pues lo que hay es lo siguiente: en primer lugar el virrey ha decretado ya los alojamientos.

—Cómo!

—Lo que oís.

—Eso se intentó ya en otra ocasión, y no oreo que se consiga ahora tampoco.

—Se ha conseguido ya.

—Es posible!

—Sí. En varios pueblos los vecinos se han visto obligados por la fuerza á alejar á los soldados.

—Esto es un atropello!

—Y no es esto todo, ni lo peor.

—Decid, decid.

—Que á la menor resistencia, á la mas pequeña señal de disgusto por parte del dueño de la casa, el alojado se permite los mas groseros insultos y tomando el hogar de las familias como país conquistado, dispone y se aprovecha de cuanto á su vista se ofrece, maltratando de obra á hombres y mujeres sin distinción de clases ni de edades.

—Esto es horrible!

—Pues es lo que pasa, ni mas ni menos.

—Y el conde de Santa Coloma, hijo de Cataluña y ejerciendo el mando superior del Principado, permite tamaños desafueros?

—No los permite solamente, los autoriza, ó, mejor dicho, los motiva con sus disposiciones.

—Parece esto mentira en el conde de Santa Coloma.

—No lo creáis. El conde es ambicioso.....

—Qué mas desea con la dignidad de virrey?

—Desea en primer lugar conservar esa dignidad, y para ello es preciso que acceda á las exigencias del ministro de Madrid. Luego se lleva también otras miras.

—¿Cuales?

—Al conde le conviene granjearse el aprecio de los soldados.

—Por qué?

—En primer lugar, porque es la única fuerza que en un momento crítico le queda, perdidas como tiene las simpatías del pueblo.

—Es verdad.

—Y luego porque le han nombrado ó le van á nombrar muy pronto general de los tercios del principado.

—Qué decís?

—Lo sé positivamente. Así es que para corresponder dignamente á las exigencias de su nuevo cargo, sus primeras medidas han sido para favorecer en todo lo posible al ejército.

—Contra los fueros y goces del pueblo?....

—El pueblo no ha de hacer al conde virrey ni general... —dijo el hermano.

—Pero puede arrastrarle por las calles y cortarle la cabeza.

La cuestion habia llegado al punto que el hermano deseaba y se habia propuesto.

Poco restaba que hacer ya con aquel ciudadano y era preciso concluir para aprovechar el tiempo con otros.

Así el hermano dijo disponiéndose á separarse:

—En fin, no hablemos mas de esto y preparaos para recibir *cardinalmente* en vuestra casa á los soldados que hoy ó mañana os alojén...

—Yo?...

—Hay algunos tercios que se hallan á los alrededores de Barcelona y será fácil que los manden entrar.

—Lo que es en cuanto á mí...

—Vos los alojareis...

—Veremos.

—Y les dareis toda asistencia.

—Veremos.

—Y no os opondreis.

—Veremos.

—Y si os oponéis, sufrireis sus insultos, cuando no el castigo de su propia mano...

—No será sin que antes la mia mande al otro mundo á los que alcance.

—Y si vuestra mujer...

—Qué!

—Le parece bonita á alguno de ellos...

—Por San Jorje!—esclamaba el ciudadano dando una patada en el suelo.

—Como ha sucedido ya en alguna parte...

—Pero hasta aquí no puede llegar...

—*Veremos*, digo yo á mi vez—replicaba el *hermano*.

—Pues veremos—esclamaba el otro resueltamente.

—Adios, que es ya tarde y estoy sediento por noticias. Ya veremos lo que hace el virey y lo que haremos los barceloneses.

—Allá veremos—decia el *hermano* despidiéndose.

A los dos pasos volvia llamando al otro:

—Ah! se me olvidaba...

—Qué?

—Lo mejor de todo.

—Decid.

—Mientras el pueblo se encuentra en la escasez que sabeis y rabiando tanto tiempo con la conducta del virey...

—Sí...

—Ellos van á celebrar con una gran fiesta la disposicion acerca de los alojamientos.

—Cómo! Esto mas!...

—Con tan *fausto* motivo dará un baile mañana domingo en su palacio la condesa de Fiorerosa.

—Y el pueblo no sabrá quemar la casa con todos los que estén dentro?

—Pst....—decia el *hermano* poniéndose el índice en los labios.

—*Veremos... veremos.*

Figúrense nuestros lectores dos ó trescientos hombres, vecinos y conocidos todos en Barcelona, esparcidos en una misma hora por la ciudad con el objeto y el encargo que hemos visto desempeñar al *hermano* que dejamos ahora seguir con su mision á otra parte; figúrense repetimos, el efecto que lograrían en la conciencia del

pueblo, cuando cada uno con quien hablaban se convertía inmediatamente en otro predicador, en otro agente, sin saberlo, del plan que llevaba la *Hermandad*.

A las pocas horas Barcelona era un hervidero de noticias, á cual mas atroz, acerca de los desmanes de los soldados, protegidos abiertamente contra el pueblo por el virey.

Los mismos *hermanos* de la *Muerte*, al ir á catequizar á un individuo, se encontraban con que este se adelantaba con ellos al mismo fin: tal fué la suma rapidez con que fueron corriendo, tomando cada vez mayor consistencia y mas grandes proporciones, los rumores esparcidos por la *Hermandad*.

Peró esto que sucedía, afectando tan profundamente los ánimos, en las clases baja y media del pueblo, ni siquiera se notaba en la aristocracia, á escepcion de alguna que otra casa identificada en las ideas que animaban á la *Hermandad*.

Así en la mayor parte de las casas aristocráticas, no se hablaba de otra cosa que del suntuoso baile preparado para el día siguiente, y de los accesorios que trae consigo un acontecimiento semejante para la gente del gran mundo.

Unos hablaban con este motivo, de la esplendidez y hasta prodigalidad de la condesa de Fiorerosa en las fiestas que habia dado, augurando para la próxima un fausto no visto hasta entonces en Barcelona.

Otros, siguiendo el mismo tema obligado de todas las conversaciones, intentaban adivinar el objeto que pudiera tener la residencia de la opulenta italiana en la capital del principado, inventando especies y fábulas ya relativas á su origen de todos desconocido, ya á sus planes ó á sus miras de todos igualmente ignorados.

En tanto en el palacio seguía el trágico y el mayordomo con ese amor propio que todos tienen y esa vanidad en el desempeño de cometidos de esta especie, iba y venía sin cesar de un lado para otro, dando acá y allá disposiciones, á fin de que la condesa nada encontrase de menos cuando al llegar del campo recorriese los salones dispuestos ya para la fiesta.

Poco á propósito era ciertamente aquel día para tratar con el mayordomo, que á un tiempo hacia las veces de procurador de la con-

desa en Barcelona, asuntos que no fueran los que en aquel momento le ocupaban; pero un hombre con todos los visos de comerciante en caldos que pausadamente subía la escalera y en busca del procurador-mayordomo para un objeto bien ageno del baile, ignoraba seguramente todo esto: y aunque lo hubiese sabido, yendo como buen comerciante derecho y sin vacilar á su asunto, tememos que poco le importara, á juzgar por la tenacidad con que se empeñó luego en tratar con el agobiado procurador del objeto que á verle le llevaba.

— La señora condesa? — preguntó el comerciante á un criado que atravesó el recibidor pasando por delante del primero que estaba parado al dintel de la puerta de la escalera.

— No está — respondió secamente el criado al ver que el hombre que le preguntaba no vestía el traje de caballero, pues en aquella época, aunque se les exigía tal vez que lo fuesen mas, no se les permitía parecerlo tanto á los comerciantes.

— Y á qué hora se la podrá ver?

— Hoy á ninguna.

— Es asunto que puede serle muy provechoso á la señora, pues se trata de alquilar todos los bajos del palacio.

— Ah! esas son cosas del mayordomo.

— Y me diréis si se puede ver al mayordomo.

— Tampoco se le puede ver hoy.

En este momento apareció entre ambos interlocutores el mayordomo que pudo oír las últimas palabras del comerciante y del criado.

— Qué es eso? — dijo poniéndose en medio de los dos.

— Este hombre — respondió el criado — que viene preguntando por vos para alquilar los bajos del palacio.

— Volved mañana: hoy no estoy yo para eso.

— Ya se lo dije yo — refunfuñó el criado marchándose.

— Pero si es cosa que en breves momentos queda lista y corriente — replicó el comerciante que por lo visto, no podía aguardar á mañana.

— Os digo que no puede ser.

— Entonces, como que me conviene hoy mismo el local, voy á

otra parte á pagar lo que me pidan, que es lo que es habiese dado á vos.

Aquí el mayordomo dejó la plaza al procurador y viendo con este carácter que no debía desperdiciar tan buena ocasión para los intereses de su señora, por un lado, y por otro conociendo que no desagradaría á la condesa la noticia de haber alquilado los almacenes, lo cual siempre decía algo en favor de su buen eslo, dijo:

—Hombre, si es que tanto es conviene...

—Tanto—dijo con disimulada satisfacción el comerciante previendo el buen resultado de su misión—que no sé, en otro caso, donde colocar dos ó trescientas pipas vacías que se han de llenar muy en breve.

—Ya veo vuestro compromiso—continuó el procurador—y por eso voy á hacer un sacrificio en obsequio vuestro.

—Yo os lo agradeceré en el alma.

Aquí el procurador poniendo la cara que todos los procuradores ponen en el acto de un arriendo, empezó á ponderar al comerciante las ventajas del local; su capacidad, ventilación, condiciones de piso, etc.

—El precio, el precio, dijo el comerciante con visible impaciencia.—Ya conozco los almacenes.

El procurador, al ver la urgencia del comerciante aumentó un guarismo mas al número que tenía pensado y dijo:

—El precio... ya veis... el paraje es céntrico y cerca del mar...

—Sí, ya veo—dijo el comerciante mas impaciente todavía.—El precio, el precio.

El procurador á quien parecia que acusaba la conciencia, exclamó al fin.

—Ciento cincuenta escudos.

El comerciante sacó una bolsa y sobre una mesa grande que había en el mismo recibidor dejó la cantidad designada.

—Qué comerciante tan espléndido! —dijo para sí el procurador—cuando venga la señora se pasmará de ver lo que he logrado sacar de los almacenes.

El comerciante, así que hubo sacado el dinero dijo al procurador.

—Ved si es eso.

—Oh! perfectamente.

—Ahora, como mi negocio corre prisa, quisiera las llaves.

—Al momento, pero sentaos. Ah! dispensadme que no os lo haya dicho antes...

—No hay necesidad.

—Está uno en días como estos tan abrumado....

—Sí, sí, yo también lo estoy bastante. Con que hacedme el favor de las llaves.

El procurador recogió el dinero y desapareció volviendo como un relámpago con un manojo de gruesas llaves atadas con una tira de cuero.

—Aquí están las llaves.

—Bien — dijo el comerciante alargando la mano para tomarlas.

—Aguardad.

El comerciante ardía de pura impaciencia.

—Ved, todas las puertas tienen su número.

—Sí.

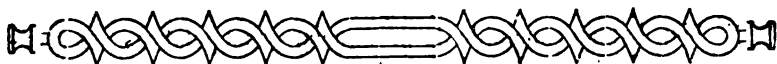
—Y cada una de las llaves en el pedacito este de madera le lleva igual al de la puerta á que corresponde.

—Bien, ya está entendido. Ahora disponed de vuestro vecino y adios, hasta otro rato.

—Igualmente — dijo el procurador deshaciéndose en saludos.

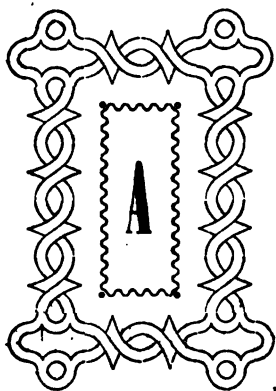
Así que el comerciante hubo salido, el *procurador* dejó á su vez la plaza al *mayordomo*.





XLV.

CONTINUAN LOS PREPARATIVOS.



si que hubo salido de casa de la condesa de Fiorerosa el *hermano mayor* á quien hemos visto hacer con el procurador—mayordomo, no el papel de comerciante, aunque como tal se habia presentado, sino simplemente el de un hombre que alquila por el precio que le piden un local que le conviene, se dirigió á la plaza de Santa María.

Tendió la vista al rededor y viendo que no habia persona alguna de las que buscaba, dijo para sí:

—Todavía yo soy el primero. No deben tardar en llegar.

Efectivamente, al poco rato un caballero se le presentó preguntándole.

—Cómo estamos?

—Aquí tengo las llaves de los almacenes.

—Y yo las pipas dispuestas—añadió el recién llegado.

No bien habían concluido de pronunciar estas palabras, se acercó otro personaje, diciendo á los dos primeros :

—Tengo los garrafones llenos á vuestra disposición.

—Manos á la obra pues.

—Yo voy á dejar los almacenes abiertos.

—Y nosotros á mandar eso al momento.

—Vos estareis en el almacén?—preguntó uno al que lo había alquilado.

—Naturalmente.

—Es que no conviene, me parece, que vayamos entonces nosotros, no sea que infunda alguna sospecha vernos á los tres ocupados en semejante negocio, extraño á nuestra conocida posición.

—Efectivamente.

—Nada, vos estareis en el almacén y recibireis y mandareis colocar convenientemente lo que os mandemos.

—Está bien: Cuántas pipas han de llevar?

—Hay quinientas, y se llevarán hasta que vos digais á los mozos que no cogen más.

—Entendidos pues.

—Una palabra.

—Decid.

—Los mozos...

—Son *hermanos menores*.

—Perfectamente.

—Salud.

—Que Dios os guarde.

Y los dos personajes últimamente llegados partieron en distintas direcciones, mientras el del almacén se dirigía con las llaves al sitio que acababa de alquilar.

En todas las calles de los alrededores del palacio de Fierocosa los vecinos tenían una especie de alarma con motivo del baile y los preparativos que en el palacio se hacían con este objeto.

En las casas, principalmente, contiguas no paraba hacia tres días la misma conversación que las impresionables gentes de la calle tenían de puerta á puerta y de ventana á ventana con sus respectivos convecinos.

—Decid, señora Tomasa, según lo que se ve, habrá en el baile la mitad de los nobles de Barcelona—decía la mujer de un colchero á una tendera de enfrente.

—Cómo la mitad! Pues ahí es nada el preparativo que se hace. Todos los nobles irán.

—Cuántos escudos!—decía otra vecina que tomaba por sí y ante sí parte en la conversacion.

—Con la mitad de lo que cuesta tenía yo bastante.

—Ya lo creo!

En esto otra mujer de la vecindad que salió á su puerta y oyó la plática de sus vecinas, se acercó á la tendera y la habló en voz baja.

—Cómo!—esclamó la tendera.—Esto sí que está mas gracioso todavía!

Y diciendo estas palabras dirigió una mirada solamente significativa á las otras mujeres con quienes hablaba.

De sobra tuvieron estas con la mirada de la tendera.

Cada cual fué abandonando su puerta ó su ventana, y en breve formaron un corrillo en la acera y justo á la misma tienda.

—¿Conque es decir—decía una—que no contestos con tantas y tantas vejaciones, todavía nos dan en los hocicos con una fiesta semejante!...

—Mientras el pueblo rabia!...

—Eso es.

—Ellos se divierten!

—Mientras nosotros apenas tenemos que comer...

—Ellos derrocharán miles de escudos á nuestra vista!...

—Y en tanto que no sabremos quizá mañana donde encontrar un pedazo de pan para nuestros hijos...

—Habremos de mantener á esos zánganos de soldados que nos alojarán en nuestras casas.

—Y nos robarán lo que tengamos.

—Y nos maltratarán.

—Y nos....

—Por San Antonio que tengo en la capillita del portal y es el patron de mi casa, que el condenado que á mí se arrime!...—decía una de las mujeres puesta medio en jarras y capez de meter miedo

con solo su actitud no á un soldado, sino á un verdadero condenado, como ella decia, que á probarla saliese del mismo infierno.

—Pero es así como dicen! — exclamaba una que se resistia á creer tanto desman como se contaba de los soldados.

—Pues no! Que no están ahí los pueblos de Riu de Arenas, y otros que acaban de verlo.

—Pues cuando entren algunos tercios, en Barcelona.....

—No digo nada. Aquí sí que á manos llenas podrán hacer de las tuyas.

Al pronunciar esto una de las mujeres, pasaba precisamente por delante del corrillo un hombre que acababa de salir de la casa de la mujer misma que habló en voz baja á la tendera y cuyas noticias fueron el motivo del corrillo y de la conversacion que tenian.

El hombre oyó al pasar las últimas palabras y dijo para sí:

—Por estas calles no hay necesidad ya de ver á nadie: el gallinero á lo que yo está suficientemente alborotado.

No creemos haya necesidad de manifestar que el hombre aquel era otro de los *hermanos* de la *Muerte*.

Ni creemos tampoco preciso, para ofrecer exactamente el estado de la capital con la efervescencia que movia todos los ánimos, ir de calle en calle para referir al lector lo que acaba de ver en los alrededores del palacio y lo que recordará del encuentro del *hermano*, á quién primero ha visto funcionar, con el ciudadano que paró en medio de una calle.

Estos dos ejemplos darán idea tan clara como exacta del estado en que pusieron al pueblo las primeras escitaciones que hábilmente le fueron dirigidas por la *Hermandad*.

En el corrillo de las mujeres continuaban y seguian los comentarios, cada vez con mayor animacion.

El pueblo cuando se halla en situaciones semejantes saca partido del mas leve incidente.

Las mujeres vieron abrirse de pronto y de par en par las puertas de los almacenes que como hemos dicho, habia en la planta baja del palacio.

—Hasta abren los almacenes—decia una.

—Los habilitarán seguramente para el baile—decia otra.

—Qué grandes y qué hermosos son!

—Porque no alojan en ellos á los soldados?

—Necios fueran teniendo vuestra casa y la mia para alojarlos.

—Pues allí se ve un hombre que no parece del servicio de la condesa.

—Efectivamente.

—Habrá alquilado tal vez los almacenes?

—No podemos tardar mucho en saberlo.

En esto por el extremo de la calle apareció una especie de casti-
llo ambulante custodiado por cuatro hombres que iban detrás.

Era un carro cargado á no poder mas de pipas de vino vacías.

Conforme el carro fué adelantando en la calle mas llamó la aten-
cion de las mujeres del corrillo.

—Demontre! — decia una — qué es aquello!

—A qué viene á los almacenes?

—Son pipas?

—Y de vino!

—Ah! entonces á los almacenes viene, será el repuesto para el baile.

—Ja... ja... ja...

—Y no nos hemos engañado!

El carro paró á la puerta primera de los almacenes.

Instantáneamente los cuatro hombres que siguiéndole venian, des-
cargaron las pipas colocándolas en la cuadra que á la primera puer-
ta correspondia.

Los chistes y las estrañas y graciosísimas especies que á las mu-
jeres se ocurrieron con la súbita aparicion de las pipas en aquel mo-
mento, fueran dificiles si no imposibles de trasladar al papel.

El carro partió otra vez y no bien habia traspuesto la primera es-
quina, apareció otro por el mismo lado que el anterior y como este
igualmente cargado.

Los cuatro hombres se quedaron con el que les habia recibido en
el almacen.

Mientras las mujeres á la vista del segundo carro redoblan sus
pullas y sus comentarios, oigamos un poco á los hombres de las
pipas.

—Cuántas cuadras hay?—dijo uno.

—Cuatro. Una á cada lado de la casa.

—Con el primer carro casi se ocupa la primera cuadra.

—Sí.

—Con otros tres habrá suficiente.

—Viniendo cargados como este, sí, creo que habrá bastante.

—Abrid la segunda puerta — dijo el *inquitino* del almacén á uno de los cuatro.

—Sí, que viene ya otro carro.

—Esc que se aguarde un momento.

—Pues?

—Las pipas ~~est~~ no están bien.

—Por qué?

—Porque es necesario que quede un vacío entre ellas y el suelo.

—Ah. Ya comprendo... de esta suerte el aire...

—Hará que prenda el fuego con mayor rapidez.

—Si tuviésemos unos cuantos maderos...

—No importa; se colocan en desórden unas sobre otras.

—Es verdad.

—Cerrad pues esa primera puerta y los cuatro manos á la obra.

Así se hizo efectivamente y al cabo de pocos momentos, nuestros hombres, corriendo ya la primera cuadra, recibían el otro carro en la puerta de la segunda.

—Carretero!

—En este carro hay tres ó cuatro pipas menos.

—Tres menos que en el otro.

—Pues?

—No ha podido arreglarse la carga mejor.

—Podrán añadirse á los otros?

—Ya lo creo.

—Pues decid que con otros dos hay bastante.

—Está muy bien.

El carro partió vacío: nuestros hombres continuaron la faena y las mujeres siguieron en el corrillo.

—Estas pipas van á arder mas que la misma lumbre—decia uno de los cuatro hombres mientras las iban colocando como habian hecho con las anteriores en la primera cuadra.

—Están muy secas.

—Pues dígol con el techo que tienen estos almacenes, sin prender el fuego!

El palacio de Fiorerosa, como todas las grandes casas en aquella época tenía profusion de madera en los techos principalmente que estaban contruidos casi de esta sola materia.

—Será una cosa horrible.

—En menos de un cuarto de hora el palacio todo es un ascua.

—Entonces que bailarán á buen compás....

—Basta, basta! que las paredes á veces tienen oídos—dijo el hermano mayor que dirigia toda aquella maniobra.

—Ya está aquí el tercer carro.

—A la otra cuadra, pues.

Y así conforme fué llegando el resto de las pipas se fueron colocando en los almacenes que faltaban llenar.

Despues de concluida esta operacion el director de la misma ó sea el hermano mayor, pues que los cuatro restantes lo eran como sabe el lector menores de la Hermandad, dijo á estos:

—Ahora falta todavía otra cosa que no tardará seguramente en llegar y quedamos listos de esto por hoy.

—Aguardaremos—respondió uno.

—Sí, faltan unos garrufones de alcohol.

—Alcohol?....

—Sí.

—Para qué ha de servir el alcohol?

—Para derramarlo en el suelo y sobre las pipas á fin de que prenda mejor el fuego.

—Otra cosa hay mejor para eso que el alcohol.

—Cuál?

—El agua-ras.

—Con efecto. Y como se podria obtener una partida de eso?

—Yo bien sé donde la hay.

—Sí?

—A disposicion del que vaya por ella.

—Podeis ir vos ?

—Como querais.

—Tomad pues.

Y el *hermano mayor* dió al otro un bolsillo lleno de escudos.

—Ajustad cuatro garraiones ; uno para cada cuadra y que los tengan á vuestra disposicion.

—Está bien.

—Luego ireis por ellos, con gente que sea de los *nuestros*, pues no podemos fiar á otro ni el mas leve encargo referente al plan que llevamos.

El *hermano menor* partió en seguida.

—Entonces el alcohol....—repuso otro de los que quedaron con el primero.

—Será á mayor abundamiento. Por mucho pan nunca es mal año. Yo quisiera que instantáneamente pudiera hacerse volar todo el palacio : y si no fuera porque nosotros hemos de estar cerca y padeceríamos con la explosion, la mitad de las pipas hubiese llenado yo de pólvora á estas horas.

—Me pareció—observó uno—que oíge el ruido de un carro.

—Puede ser que vengan los garraiones del alcohol.

—Salgo ?

—Asomaos á ver.

El individuo á quien iban dirigidas las últimas palabras se asomó á la puerta volviendo al instante y diciendo :

—El carro trae grandes garraiones y viene hácia aquí.

—A descargar pues—dijo el *hermano mayor*.

Al salir los tres mozos á la puerta, una de las mujeres del corrillo reconoció á uno de ellos.

—Maese Juan ! —le dijo.

—Buenos días, señora Teresa.

En esto el carro llegó á la puerta.

—Parece—dijo la mujer—que no andará escaso el vinillo....

—Cómo ?

—En el baile de mañana : con tanta pipa como habeis descargado!....

—Ah! sí..... efectivamente. Pues ahora acaba de llegar el mejor.

—Sí?

—En estos garrafones. Será el vino de los postres.

—Lo que es ese, creo que no les haga daño—observó con sorna la mujer.

—Puedel..... quién sabe!....

—Pocas palabras, pocas palabras—dijo á media voz el *hermano mayor*.

Los otros descargaron los garrafones que fueron distribuyendo en las cuatro cuadras sobre las pipas.

Concluido esto, llegó el cuarto que volvia ya de su cometido.

—Está ya el agua—ras á punto.

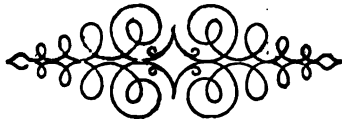
—Ahora hemos trabajado ya bastante. Esta tarde á las tres volvereis aquí dos no mas de vosotros y la traeremos y colocaremos en su sitio.

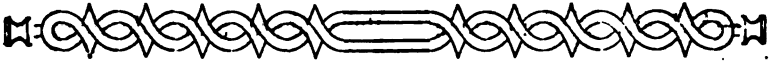
—Bien está.

—Salud pues, y hasta la tarde á las tres.

—Hasta la tarde á las tres—dijeron á un tiempo los *hermanos menores*.

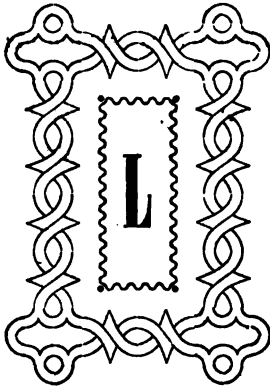
Y se alejaron del palacio dejando al *mayor* que, cerradas las puertas, marchóse luego tranquilamente y con todo el aire de un comerciante.





XLVI.

EN QUE AUMENTAN LAS ZOZOBRA DE MONTEFERRO.



A zozobra de Orso de Monteferro aumentaba á medida que el tiempo transcurría.

Así que llegó á Barcelona de vuelta de la cabaña del ermitaño, subió á su cuarto y se dejó caer en un sillón exclamando:

—Pardiez! qué horrible situación!

Fontanellas, cuando Orso regresó, estaba fuera de casa y el primero con la ausencia de su amigo pasó aun larguísimo rato solo y abismado en las profundas y dolorosas reflexiones á que su imaginación se entregaba en tan crítico trance.

Por fin Fontanellas entró en la habitación.

—Dónde diablo has estado?—preguntó á Orso, que le miró al entrar sin moverse del sillón.

—Fui á dar un paseo por el campo—respondió Monteferro tristemente.

—Y largo, por lo visto.

—Sí; bastante largo.

—Te aprovechó al menos?

—Todo lo contrario. Fatigué inútilmente al pobre Ruth y he vuelto tan mohino ó mas aun que lo estaba.

—Pues creo que no hay motivo inmediato para tanto, francamente—dijo Fontanellas sentándose junto á su amigo.

—Le hay, le hay, Carlos—añadió Monteferro.

—Hombre, lo único que puede hoy tenerte así impaciente y hasta triste es el secreto que buscas descubrir.

—Y te pareco poco?

—Me parece muy bastante.

—Entonces.....

—Pero teniendo la esperanza fundada que tienes de descubrirlo...

—Esperanza!.....

—Naturalmente. No faltan veinte y cuatro horas para el baile, allí hablarás á la condesa, y verás que satisfecho y contento sales luego.

—Ah! sí, muy satisfecho y muy contento.....

—Además que tú no has pensado en otra cosa que habrá tambien en el baile.

—Cuál?

—No lo adivinas?

—No por cierto.

—Ahora conozco que estás verdaderamente trascordado.

—Espícate.

—Clara.

—Cómo!

—Sí, Clara irá tambien al baile.

—Lo sabes tú?

—Lo presumo.

—Ah...

—En una fiesta semejante, donde concurrirá lo mejor de Barcelona, no faltará la bella hija de Colmenar.

—Pero cómo sabes tú eso?

—Lo presumo por muchas razones.

—Dí, dí.

—La primera la que he dicho, porque la condesa ha convidado, y esto me consta, á todo lo notable de Barcelona. Y la segunda porque es amiga de Colmenar y no faltarán ni él ni su hija.

—Oh!

—Qué tienes!

—Fontanellas; padezco horribilmente.

—Pero hombre!... me dejas mas estupefacto cada vez — dijo Fontanellas mirando asombrado á Monteferro.

—Esto mas! — exclamaba este hablando consigo mismo.

—Pero hombre, de una vez! qué diablos te pasa! Soy ó no digno yo de que me confies un pesar que no puedes ya ocultarme?

—Sí, Fontanellas, sí.

—Entonces....

—Pero es que no puedo!...

—Tan poca confianza te merezco, Monteferro? — preguntó con sentimiento Fontanellas.

—Toda, Cárlos, toda.

—Entonces....

—Es que no puedo revelarte, porque no es mia, la causa de mis horribles sufrimientos de estos dias.

—Siendo así Orso....

—Podia, de otra suerte guardar yo silencio contigo?

—Es verdad y ahora te pido perdon de haberme quejado.

—Tiempo llegará en que pueda decirlo todo.

—Como prueba de tu amistad, Orso, no lo necesitaré jamás.

—Pero lo necesitaré yo para desahogar algun dia mi oprimido corazon.

—Al menos indica un medio, algo que pueda yo hacer para aliviarte.

—Sí.

—Habla.

—Ayudarme á pensar un medio.

—Para qué?

—Para que Clara no vaya mañana al baile.

—Para que Clara no vaya al baile?

—Sí.

—No vas tú?—volvió a preguntar Fontanellas cada vez mas asombrado de las contradictorias palabras de su amigo.

—Yo sí voy.

—Entonces no comprendo como puedas , en lugar de desearla ardientemente , huir la brillante ocasion que el baile te ofrece para hablar un buen rato y sin miedo con Clara.

—Ya te he dicho que llegará día en que lo sabrás todo, y entonces no estrañarás , léjos de eso, entenderás perfectamente lo que ahora no comprendes y te parece tan contradictorio.

—Basta , basta—dijo Fontanellas resignado.

—Con qué—prosiguió Orso—á ver de qué medio nos valemos para que Clara no vaya al baile.

—Es difícil encontrarlo.

—Pues se ha de encontrar.

—Yo no veo otro sino el de que ella no quiera ir.

—Cómo ?

—Digo, hacer de modo que ella no tenga gana de ir al baile. Entonces es claro que no vá.

—Pero cómo se consigue eso ?

—Abí está! Cómo se consigue...

—Pidiéndola que no vaya...

—Para eso es necesario esponerla un motivo justo.

—Es verdad. Y qué motivo ?

—Sin él , fuera una ridiculez.

—Y tanto !

—Y ahora se me ocurre otra cosa.

—Qué ?

—El que Clara no tenga ganas de ir al baile es lo de menos.

—Por qué ?

—Porque presumo que no tendrá muchas con lo que sucede á su hermana.

—Es cierto.

—Otro inconveniente encuentro yo.

—Dí.

—Que su padre se lo mandará y ella no tendrá mas remedio que obedecer.

—Es muy posible.

—Tan posible que es seguro. Yo conozco á Colmenar y lo mismo sucedia con Isabel antes de casarse.

Aquí pararon ambos amigos la conversacion poniéndose á reflexionar profundamente.

Al cabo de un rato Orso rompió el silencio.

—Ya tengo el medio—dijo.

—Cuál?

—Y seguro.

—A ver?

—Si en Barcelona fuese público el lance de Isabel, ni el padre ni menos la hermana irian á una fiesta.

—Naturalmente que nó; pero eso ha quedado secreto entre la familia.

—Se hace que no lo sea...

—Monteferro!—esclamó Fontanellas, mirando á Orso de hito en hito—seria eso digno de nosotros!...

—Perdóname, Cárlos—dijo Orso bajando ruborizado la vista al suelo.

—No por mí, ni por su padre, ni menos por su marido...

—Por ella!...—añadió Monteferro.

—Por Isabel, Orso.

—Tienes sobradísima razon, y perdóname que me haya atrevido á pensar eso, pues cree, Cárlos, que ni sé lo que me hago ni lo que me digo, de dos dias á esta parte.

—En fin, no desmayes, aguzemos el ingenio.... se puede probar eso.

—El qué?

—El hacer por otro medio que Clara no vaya.

—Es necesario encontrar un motivo que esponerla.

—Volvemos á tropezar con la misma dificultad de antes.

—Pero á todo esto, no sabemos de cierto si piensa ó no piensa ir Clara.

—Ya te he dicho que eso es casi seguro.

—Importa antes saberlo.

—Veamos á Ana.

—Es lo mejor.

—Esta noche pues en Santa Clara.

—Entretanto, por si acaso, piensa en el motivo.

—Estás fatigado?—preguntó Fontanelas.

—Por qué?

—Porque saldríamos á paseo.

—A caballo?

—No, á pié.

—Por eso, porque el pobre Ruth, no creo que esté en tal disposicion.

—Pero tú quieres salir?

—Por mí vamos, me es igual.

—Así al aire libre pensaremos mejor.

—Vamos pues.

—Vamos.

Y los dos amigos tomaron la puerta dirigiéndose á la calle.

Orso, desde la noche en que Clara le concedió la cita, no habia vuelto á verla, si bien no faltó ningun dia al anochechar á la iglesia de Santa Clara donde por medio de Ana recibia noticias de su adorada.

Que Orso no hubiese solicitado en tres dias otra cita de Clara, no lo estrañará el lector que ha tenido ya ocasion de conocer la suma delicadeza con que procedia el jóven amante.

Pero habiendo pasado ya el tiempo suficiente de la primera cita, para no parecer demasiado impaciente, Monteferro con los motivos que sabe el lector tenia, estaba decidido á solicitar otra entrevista para aquella noche de la amabilidad de su hermoso dueño.

En tanto en casa de Colmenar, que fué una de las primeras que se invitó para el baile, se estaban haciendo los preparativos que debemos suponer para la fiesta.

Una duda inquietaba á Clara al par de Monteferro, aunque por bien distintos motivos.

Era de si Orso iria ó no iria al baile.

—Qué te parece, Ana?—decía Clara á su única confidenta en sus primeros amores.—Irá?

—No sé que os diga, señorita. Una persona de su condicion debe haber sido invitada.

—No es tan conocido Monteferro en Barcelona.

—Si no ha sido invitado, debe tener las suficientes relaciones para poder ir.

—Eso me parece que sí.

—Y él buscará medio, así que sepa que vais vos.

—Eso falta.

—Eso es lo mas sencillo. Esta noche, como todas irá á Santa Clara.

—Y tú se lo dirás?...

—Claro que sí.

—De mi parte, Ana?...

—O de la mia, eso es material.

—Ah! no lo es... díselo como si saliera de tí.

—Lo haré así mismo.

—Si Monteferro no va, que triste noche me toca pasar!.... El recuerdo de la pobre Isabel...

—Dejad, dejad ideas tristes.

—Si su marido consigue arrancarla del convento...

—Quién sabe? puede que no lo alcance.

—Hasta ahora no se ha entablado ninguna peticion formal por parte del baron. Se han hecho solamente algunas gestiones particulares cerca del señor obispo, pues se conduce todo con el mayor secreto.

—Y el obispo que dice?

—Trata de arreglarlo pacíficamente.

Sobre estos dos puntos versó la conversacion de Clara y su doncella en aquel dia.

Llegó la noche y la hora de las ánimas, y mientras Orso atento al primer toque se lo anunciaba á Fontanellas, Clara decia á su doncella.

—Ana, las ánimas.

Admirable coincidencia por mas que no sea estraña entre dos amantes.

Ana se echó la larga mantilla y se dispuso á salir.

—Oye, Ana.

—Decid.

—Sobre todo que no te se escape el que yo le aviso eso del baile.

Como si Orso, lo mismo que otro cualquier amante, pudiera desconocer que eran todas del ama, las palabras que salian de los labios de la doncella!

—Descuidad, descuidad, respondió esta.

Y partió al momento con direccion á Santa Clara.

Los dos amigos estaban ya en la esquina de costumbre.

Ana los divisó al desembocar en la calle que conduce recto á la iglesia.

Llegaba á la botica, poco mas ó menos como aquella noche que recordará el lector, cuando la divisó el primero Fontanellas.

—Ya tenemos aquí el cucurucho—dijo sonriéndose.

—Voy á hablarla ahora.

—No seas impaciente.

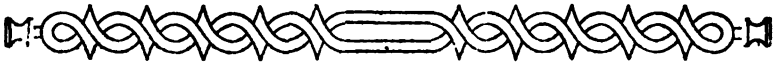
—Da lo mismo.

—No da lo mismo. Deja que haga el rezo, porque de lo contrario al salir no se acuerda de nada.

—Tienes razon.

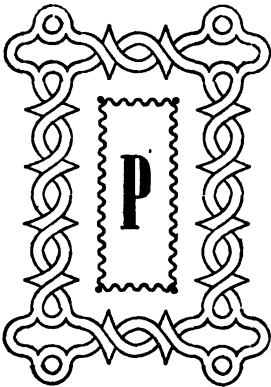
Ana entró en la iglesia y los dos amigos aguardaron fuera á que saliese de sus oraciones la devota doncella.





XLVII.

EN QUE SE PRUEBA EL BUEN CÁLCULO DE FONTANELLAS EN TODO LO QUE CONCIERNE Á LA CASA DE COLMENAR.



OSIBLE era que Ana con el rezo olvidara lo que le dijera Montefero antes de entrar en la iglesia; pero lo cierto fué, que con lo que pensaba que el caballero la diria y ella á él, olvidó casi las oraciones aquella noche.

Ya mas de una vez hemos visto á la fiel Ana participar de los mismos sentimientos que su señorita en favor de las personas á quienes ella distinguia, y afectarse, como si de cosa propia se tratara, con lo que á Clara sucedia.

Ana estaba impaciente en la iglesia.

Habia tambien á su vez columbrado á Monteferro en la indicada esquina.

Quizás arodillada al pié de la columna sostenia una terrible lucha con su conciencia que allí la tenia clavada, y la inclinacion de su ánimo que arrastraba su imaginacion fuera de la iglesia.

La conciencia por fin salió vencida, pudiendo añadirse esta nueva

derrota á los anales que de semejantes luchas hay escritos en el corazón de la mujer.

—Pardiez ! —dijo Monteferro.

—Qué? —esclamó sorprendido Fontanellas.

—Ya se ha concluido el rezo?

—Todavía no—añadió el otro sencillamente.

—Pues mira, ya está fuera el *cucurucho*, como tú dices.

—Es verdad.

—Voy á verla.

—Aquí te aguardo.

Y Monteferro se fué rápidamente al encuentro de Ana.

En la misma calle y, poco mas ó menos, en el sitio mismo donde les vimos otra vez, la paró Orso.

—Ana!

—Caballero—respondió esta volviéndose.

—Cómo está Clara?

—Buena, y vos?

—Amándola mas que nunca. La diste mis espresiones de ayer.

—Ya sabeis que se las doy siempre.

—Las recibió bien?

—Como todas las noches, y os las devuelve cordialmente.

—Gracias, Ana, gracias. Oye ahora.

—Decid.

—Podria yo verla esta noche?

—No sé, pero me parece difícil. No siempre hay ocasion para ello—respondió la doncella.

Te agradecería en el alma que me lo dijeras luego.

—Lo haré; pero si no podeis verla esta noche ya os daré yo un medio para mañana.

—Para mañana?

—Sí; vais vos al gran baile que da la condesa de Fiorerosa, mañana á la noche?

Monteferro se sintió como herido de un rayo.

—Va Clara? —preguntó azorado.

La doncella tradujo de bien distinto modo la impresion que hicieron sus palabras en el ánimo de Monteferro.

Bien es verdad que era difícil, ó mejor, imposible á cualquiera que estuviese ignorante de lo que pasaba, comprenderla en su verdadero sentido.

Ana no vió en esto sino la súbita alegría que da á todos los amantes en la situación de Orso la noticia de una inesperada ocasión de ver á su amada.

Así respondió con la mayor sencillez:

—Ya lo creo que va, y allí la podreis ver y hablar bien libremente por cierto.

Orso se quedó pensativo.

La doncella prosiguió:

—Sobre todo no digais que yo os lo he dicho, ain que vos me lo preguntarais.

Monteferro no oyó las últimas palabras de la doncella y preguntó de nuevo:

—Con qué, decididamente va al baile?...

—Ya os lo he dicho. No tiene grande humor de ir; pero cuando sepa que ireis vos...

—Ah! es que yo...

Monteferro no sabia mentir. Se le ocurrió, como medio de impedir á Clara que fuese, decirle á la doncella que él no iba al baile, pero hubiera sido esta la primera mentira que salia de los labios de Orso, y se quedó cortado, sin concluir la frase.

Ana en la idea única y constante del natural alborozo que habia de causar á Monteferro una ocasión de poder ver á su amada, no descubria en la fisonomía ni en las palabras del joven caballero sino las señales de su alborozo; y sin embargo hemos visto ya cuan distinto era el sentimiento que embargaba el ánimo de Orso.

—Oídme, Ana—dijo por fin á la doncella:—Es preciso que yo vea de todas suertes esta noche á doña Clara.

—Ya os he dicho que es difícil.

—Ha de procurarse pues.

—En fin yo no puedo deciros ahora, sino que esta misma noche y á la hora, poco mas ó menos de la otra, saldré de casa para daros la respuesta.

—Gracias, Ana. Con que no faltareis?

—Perdéd todo cuidado.

—Hasta luego pues.

—Hasta luego.

La doncella partió y Monteferro retrocedió á encontrar á su amigo.

—Qué hay? — dijo Fontanellas al verle llegar.

—Lo que tú dijiste.

—Que va al baile?

—Sí.

—Ves? no me engañaba yo.

—Desgraciadamente.

—Y cómo has quedado con Ana?

—A la doncella iba á decirla , pero no la he dicho nada.

—Entonces....

—Quiero decir acerca del baile; pero he mandado que le suplicase á Clara otra cita para esta noche.

—A la misma hora, por supuesto.

—Sí, á las diez volverá Ana con la respuesta , como la otra noche.

Dejemos un instante á los dos amigos que no hemos de tardar mucho en encontrarles y vamos á presenciar la entrada de la doncella en el cuarto de Clara.

—Le has visto, Ana? — preguntó esta sin apenas dejarla respirar.

—Pues ya lo creo.

—Y qué? cuenta , cuenta.

—Mas enamorado que nunca.

—De veras?... — dijo Clara con un gozo difícil de explicar.

—Tanto, que lo que es esta noche hasta he observado que se le entrecortaban las palabras.

—Le dijiste lo del baile?

—Sí señora.

—Irás?

—Pues no faltaba mas!... Ahora otra cosa.

—Qué?

—Que está tan sumamente enamorado y tan impaciente por veros

esta noche, que me ha suplicado en gran manera os dijese si podiais concederle una entrevista.

—Cuándo?

—Esta noche.

—Qué le has dicho tú?

—Simplemente que le llevaria la contestacion vuestra á eso de las diez.

—Qué hago, Ana? Padre retirará esta noche muy tarde tal vez.

—Cuando venga don Juan....

—En tal caso, entonces.

—Bien, dejadlo á mi discrecion.

Llegó la hora de las diez.

Monteferro y Fontanellas estaban ya en la esquina consabida.

Ana salia.

—Ya viene Ana, dijo Fontanellas á Orso.

Este se adelantó.

—Qué ha dicho, Ana?—preguntó á la doncella.

—Que bien. Que bajará esta noche á la reja.

—Gracias, gracias.

—Pero son necesarias hoy algunas precauciones.

—Se guardarán exactamente las que digais.

—Don Juan retirará tarde tal vez.

—A qué hora?

—Es difícil decirlo: á veces viene á la madrugada.

—Bien, que es lo que debo hacer entonces?

—Desde las once, porque no viene nunca antes de esa hora, estareis al acecho en cualquier punto oscuro de por aquí cerca.

—Sí.

—Aguardad hasta que le veais venir.

—Y entonces....

—Cuando él se meta en casa, al cabo de un rato, iréis á la reja donde estará ó bajará luego doña Clara.

—Perfectamente, Ana, y ten la bondad de darle repetidísimas gracias de mi parte.

—Se las daré. Con qué entendido?

—Entendido.

—Adios.

—Adios, Ana.

Monteferro volvió ya mas consolado al lado de su amigo.

—Vamos, señor amante—dijo este en tono de chanza y de la mayor benevolencia—me parece que no vienes tan disgustado.

—No, efectivamente.

—Hay cita, hé?

—Sí, pero hemos de aguardar á que retire su padre.

—Eso importa poco.

—Quiera Dios que se recoja pronto.

—Retírate!—dijo de repente Fontanellas dando un paso y señalando á Orso un lugar mas apartado.

—Por qué?—dijo este moviéndose maquinalmente y medio asombrado.

—Retírate, ven acá.

Monteferro sin decir mas palabra siguió á Fontanellas que se paró á corta distancia, encajándose, digámoslo así en el hueco de una puerta.

—Pero qué es eso?—preguntó Monteferro poniéndose al lado de su compañero.

—Aguarda que ahora lo verás.

En esto un caballero de elevada estatura y envuelto en una larga capa pasó por la esquina inmediata.

Fontanellas señaló á Orso con el dedo la figura del caballero.

Despues que hubo pasado, dijo:

—Le conoces?

—No ciertamente.

—Ven pues.

Y se llevó á Monteferro al mismo sitio de antes.

Allí volvió á decir.

—Mira donde se mete.

—En casa de Clara!

—Sí, como que es el dueño.

—Don Juan!

—El mismo.

—Soy mas feliz de lo que creia — dijo Orso. Presto bajaré ella á la reja.

—Con tal de que no se le antoje volver á salir.

—Aguardaremos.

Nuestros jóvenes estuvieron paseando un buen rato, sin notar alma viviente que saliera de la casa ni transitara por la calle.

—Lo dicho, de algo ha de valerme la experiencia — exclamó de repente Fontanellas.

—Qué es pues? — dijo Monteferro.

—Que vuelve ya don Juan.

—Pardiez!

—Mejor para tí. Retirémonos otra vez para dejarle pasar.

Efectuada esta segunda evolucion y cuando estaba ya algo léjos don Juan de Colmenar, Orso preguntó.

—Por qué dices que es mejor para mí?

—Porque ahora podrás hablar sin riesgo.

—Y cuándo vuelve?

—Tardará. A mí me cuesta por desgracia conocer sus hábitos. Y cuando yo le vea venir te hago una seña avisándote.

—Ahora hasta las once — dijo Orso.

—Es posible que Ana baje antes.

—Voy á acercarme á la reja.

Monteferro púsose á pasear haciendo el menor ruido posible por delante de la reja, junto á la que se paraba á veces inclinando la cabeza y aguzando el oido.

No percibia nada y volvía á su paseo, parándose luego otra vez para hacer lo mismo.

Fontanellas, inmóvil como una estatua y atento al primer incidente que ocurrir pudiera, estaba fijo en la esquina.

Ciertamente que el desgraciado amante de Isabel, que poco antes hacia alarde de su experiencia y buen cálculo en predecir los pequeños accidentes que pudieran ocurrir á Monteferro en su entrevista con Clara, tenia motivos de hacer semejante alarde.

No es tampoco estraña tal experiencia si atendemos á que don Carlos se habia encontrado antes infinidad de veces en igual caso que

su amigo, cuando iba á solicitar de Isabel los favores mismos que Orso recibia de Clara.

Al cabo de poco rato, pues, como habia previsto Fontanellas y al aplicar Monteferro el oido á la reja por sexta é sétima vez, percibió un ligero ruido.

Quedó clavado en el sitio el caballero y á poco la media hoja de madera se abrió y apareció la cabeza de Ana.

— Ah! estais ahí! — dijo esta al verle.

— Sí, Ana.

— Esperad puds un momento.

Sin que mas tiempo pasara, Orso que tenia fija la vista en la reja entreabierta, vió asomarse el bello rostro de su adorada.

— Clara!

— Monteferro. No creí poder bajar tan pronto. Padre volvió á casa.

— Ya la he visto.

— Y salió otra vez.

— También le vi.

— Aprovecharemos estos momentos que no serán largos, porque si volviese.

— Oh! No temais. Yo sabré cuando vuelva.

— Cómo! — dijo Clara asustada — hay alguien...

— El único que puede saber nuestro amor. Carlos Fontanellas. Es, mas que mi amigo, mi hermano; y además vos sabeis que era imposible ocultárselo.

— No recelaré yo jamás de don Carlos.

— Le haceis justicia, Clara.

Despues de estas pocas palabras que no pudieron evitarse, porqué asi vinieron, Monteferro entró de lleno en el asunto.

— Conque vais mañana al baile de la de Fierroosa?

— Sí, Y vos?

— Yo, Clara, no puedo ir...

— No habia otro remedio, Orso tuvo que mentir esta vez, para luego evitar con su mentira un daño mayor.

— Cómo! no vais? — dijo Clara sobresaltada.

— Con sentimiento mio, pero no puedo ir.

—Entonces...
 —No hay mas remedio—dijo Orso empezando á tantear el vado
 —que conformarme á pasar solo y paseando en la calle la noche que
 voy pasareis quizá disfrutando del baile.

Como las primeras que oia de boca de Orso en este sentido; estas palabras hicieron todo el efecto en el virgen corazón de Clara.

Al pronto no sabia qué responder, limitándose á esclamar:

—Orso!

Este se arrepintió inmediatamente de lo que habia dicho al conocer la honda impresion que sus palabras habian producido en el ánimo de Clara.

Así se apresuró á contrarestar su efecto diciendo:

—Perdonadme, Clara, si la fuerza de ese mismo amor que en mí habeis despertado ha podido ofuscar un momento mi reflexion; pero desde que Ana me ha dicho que ibais al baile... que sé yo... en mi mente han aparecido de improviso aquellos grandes salones profusamente iluminados... las mas bellas damas de Barcelona discurrendo por ellos con jóvenes y elegantes caballeros... luego os he visto entrar á vos atrayendo las miradas de todos... y seguidamente rodeada de los más nobles y apuestos, cambiar palabras de cortesía; pero salian de sus labios y las contestabais vos... y... en fin, Clara, no quiero deciros mas de lo que no ha sido sino una horrible, muy horrible pesadilla; cuyo efecto me hace pensar todavía con dolor en el baile de la condesa de Fiorerosa!

Esta especie de relacion de Monteferro, incoherente como las ideas que en aquel momento ocupaban su imaginacion, y que salió á borbotones de sus labios al impulso irregular de los latidos de su pecho, hizo en Clara, que amaba á Orso y que veia en su relato una prueba de su amor la más encantadora y de las que más lastiman el alma de la mujer, un efecto mágico que la obligó á esclamar:

—Oh! nunca, nunca, Orso! en el baile de la condesa yo no hablaré á nadie, no miraré á nadie, porque no debo... porque no podria tampoco á ningun otro que á vos.

—Conozco que voy á pareceros ridiculo, Clara, pero disimúlades-

lo á mi amor. Siento un dolor profundísimo con la idea de que vais á ir á ese baile.

—Si estuviese en mi mano, Orso, creed que no iría.

—Quién os lo impide?

—Mi padre.

—Pero á la fuerza... es posible....

—No gusta nunca de que contraríen su voluntad en nada; y además, creyendo yo que vos iriais, hasta manifesté, cuando me lo dijo, cierta alegría, que no podría menos de extrañar ahora, si buscase un pretexto para no ir.

—De suerte, Clara, que tendré que resignarme á pasar la noche mas horrible que he pasado en mi vida...

—Pero permitidme, Orso, ¿no estais seguro de mi amor?

Entonces Monteferro no pudo ya contener en tan estrechos límites el tormento que sentia y exclamó:

—Es que no es desconfianza en vuestro amor, Clara, en el que creo como creo en Dios, como creia en el amor de mi madre. No es tampoco un indigno egoismo que me induzca á privaros de un placer que yo no puedo gozar; es que tengo un presentimiento fatal, presentimiento que no sé, no puedo explicaros, pero que me atormenta de una manera horrible.

La pobre Clara con estas estrañas manifestaciones de Orso se hallaba sumida en la mayor confusion. Monteferro, por su parte, que no podia en manera alguna descubrir á Clara el motivo de su fundadísimo temor, buscaba en vano un medio, una razon cualquiera en que apoyar tan estrañas pretensiones, á los primeros dias de su amor.

—Pero presentimiento de qué?— dijo Clara por fin— explicaos, Monteferro.

À este entonces le ocurrió una magistral respuesta.

—Los presentimientos del corazon, Clara, raras, rarísimas veces alcanza la razon á explicarlos, y por desgracia suelen salir mas ciertos aquellos que menos verosimilitud presentan. Yo no sé en este caso, sino una cosa, no os riais de ella sobre todo: es que tengo miedo de que vayais á ese baile.

—Respeto esa aprension vuestra, aunque no sea mas que pura

aprension, Orso; y debéis creer, que si en mi mano estuviera, desde este momento renunciaria á esa fiesta que habia, francamente, esperado con afan, creyendo que iriais vos; pero que ahora, es mas bien para mí motivo de disgusto que causa de placer.

—Creo todo eso, Clara mia...

—Podeis creerlo.

—Y os doy gracias por ello de todo corazon.

—Pero ahora, Orso, vos comprendereis perfectamente la crítica situacion mia. Al carácter de mi padre es imposible oponerse aun en las cosas mas pequeñas. Yo me guardaria tanto ahora de decirle que no tenia gusto de ir al baile, como en otro caso de manifestarle deseo por ir.

—Es decir que segun eso no alcanzais medio...

—Por ahora no, tal vez mañana puede surgir un motivo cualquiera que pueda yo aprovechar; pero por el momento lo veo imposible.

—Adios, Clara, dijo de repente Monteferro.

—¿Os vais ya?

—¿No habeis oido un pequeño silbido?

—Me parece que sí.

—Es que vuelve vuestro padre.

—Ah! Adios; Orso, adios; pensad en mí y procurad distraeros; mañana ved á Ana.

Clara pronunció estas palabras con gran precipitacion y cerró la ventana.

Orso se separó.

A los pocos pasos se encontró de frente con un hombre que venia á paso lento y envuelto en una larga capa.

Era D. Juan de Colmenar que volvia á su casa.

Sin apenas mirarse, y ambos embozados, pasaron el uno por el lado del otro.

Fontanellas al ver llegar á su amigo le dijo:

—Ya veo que has oido.

—Sí.

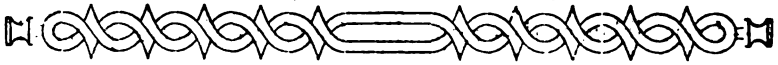
—Va al baile?

—Irremisiblemente! — respondió Monteferro á secas y con el acento del mas profundo pesar.

—Vamos , vamos á casa — dijo Fontanellas .

Y los dos amigos se alejaron de aquel sitio, dejando otra vez la calle desierta.





XLVIII.

CONTINUAN LOS PREPARATIVOS.



LEGÓ el domingo por la noche.

La hora de las diez era la señalada para empezar el baile.

El palacio de Fiorerosa que, como dijimos antes, era un vasto edificio cuadrangular y aislado, tenía como una especie de plazoleta que proyectaba la irregularidad de la calle frente á la puerta principal que le servía de entrada.

A las nueve y media se veían ya pulular por los alrededores del palacio gentes de todas clases que se paseaban en la plazoleta formando pequeños corrillos y observando desde allí el aspecto que presentaba el patio y la ancha escalera adornados é iluminados convenientemente.

El mayordomo de la condesa que era un italiano como casi todo el servicio que la de Fiorerosa tenía, había servido al difunto conde que era tan espléndido como la sobrina, y estaba acostumbrado ya á disponer fiestas de este género.

La práctica, pues, en esta clase de cometidos y el gusto esquisito que el mayordomo tenía, se dejaban notar ya á la entrada y en el patio.

Este se veía rodeado de varios arbustos puestos en macetas y junto á las paredes, que de entre su follaje despedían rayos de luz de variadísimos colores, pues tenía cada uno colgado un pequeño farol de caprichosa y elegante forma al estilo de Venecia.

En los cuatro ángulos del patio formaba perfecto contraste con el color verde-oscuro de los arbustos, la blancura de cuatro grandes estatuas allí colocadas, representando las cuatro estaciones del año.

En medio se levantaba una especie de colosal ramillete formado en su base por macetas con flores y cuidadosamente agrupadas, destacándose del centro un pequeño y preciosísimo naranjo cargado de su dorado fruto.

Las baldosas del pavimento estaban sembradas de hojas de naranjos y limoneros que llenaban la atmósfera de su grato y perfumado aroma.

Por su la escalera, cubierta desde el pié con una rica alfombra, tenía asimismo un tiesto de flores en cada grada y hachones encendidos á distancia en ambos lados.

A cada lado del primer escalon, é inmóviles como otras dos estatuas, habia de pié dos lacayos de gran librea: al remate de la escalera y al mismo dintel de la puerta, otros dos en la misma forma.

Los curiosos, que otro nombre no hemos de dar por ahora á la gente que al rededor del palacio se veía, se fueron replegando en la plazuela, dejando un semicírculo frente á la puerta de entrada, semicírculo que se rompía cada vez que un carruaje llegaba, para volverse á cerrar luego que la gente mas se acercaba para mejor poder ver los ricos trajes, y el lujo que cada familia á porfía desplegaba.

Un caballero de unos cuarenta años, ricamente vestido aunque sin alarde vano de lujo, y embozado en una larga capa se paró á las diez en punto ante una de las puertas de los almacenes.

De estas puertas, es preciso advertir que ninguna daba á la fachada ó sea parte anterior del palacio.

Otros cuatro hombres fueron llegando sucesivamente de uno en uno hasta reunirse al caballero.

No diremos que clase de personas eran aquellas, para que el lector las conozca, como asimismo el objeto que llevaban envuelto en el misterio que al parecer precedía á sus más leves acciones.

Bastará que digamos lo que hizo cada uno de los cuatro al acercarse al caballero y observemos luego la cortísima conversación que tienen junto á la puerta.

—Ejem! ejem! ejem! — tosió el primero de los cuatro hombres.

El caballero contestó la tos, exclamando luego:

—*San Jorge!*

—*Barcelona!* — contestó el recién llegado.

—Separaos cuatro ó seis pasos y aguardad recatándoos todo lo posible junto á la tapia.

El hombre obedeció, sin murmurar más palabra y se quedó á la distancia prevenida y pegado como una sombra negra á la negruzca tapia del palacio.

Lo mismo exactamente sucedió al llegar los dos sucesivos:

Cuando vino el cuarto, se reunieron todos en cetro á una señal del caballero.

Este les preguntó:

—Llevais martillo?

—Sí.

—Pedernal, eslabon?...

—Tambien.

—Yesca?

—Todo.

—Bueno — continuó el caballero — cuando oigais tres silbidos del pito que conoçais junto á la cerradura de esta puerta, martillazo á las vasijas del alcohol y del agua-ras y fuego inmediatamente!

—Entendido! — respondieron los cuatro hombres á la vez.

—Ahora, pasad la llave, y entrad.

Iba ya uno de los cuatro á abrir la puerta y el caballero le detuvo:

—Aguardad! poned un pañuelo bien apretado de suerte que vista todo el anillo de la llave.

—Ya está.

—Así; bien! De esta manera se mata el chirrido de la cerradura.

—Y ahora? —preguntó el que tenía la llave.

—Dejailla pasada —contestó el caballero — y al ruido del primer carruaje que venga dais la vuelta y entráis todos.

—Está muy bien.

—Al cerrar, cuando esteis dentro, guardareis las mismas precauciones.

Acababan de dar las diez, como hemos dicho, el caballero iba ya á separarse, cuando rompió la música en los salones.

—Ahora! — dijo á los cuatro hombres — entrad y cerrad en seguida.

Y abandonando la puerta se dirigió á la esquina que dobló lentamente entrando con la majestad de un príncipe en casa de la condesa.

Al pié de la escalera esperaban dos caballeros, agnardando para subir que lo efectuasen otros, y varias señoras que antes habían llegado.

Eran el marqués de Tamarit y Orso de Monteferro, que como indicamos anteriormente debia ser presentado por aquel á la condesa.

—Señores — exclamó, al verlos, el que acabamos de ver entrar en el patio.

A la voz y á la presencia del recién llegado, Orso se estremeció.

—Señor don Pedro — dijo el marqués tendiéndole la mano.

Orso no hacia mas que mirarle asombrado.

—Tengo el gusto de presentaros un jóven tan noble como valiente — continuó el marqués — que ha peleado juntamente con nuestros tercios en Italia; Orso de Monteferro.

Orso inclinó la cabeza sin saber que responder en medio de la confusion en que se hallaba, contentándose al fin con articular esta palabra:

—Señor...

—Don Pedro Margarit — añadió el caballero, como concluyendo la frase que habia empezado Monteferro.

—Tened la bondad — prosiguió entonces Orso — de contarme en el número de vuestros servidores.

—De mis mejores amigos—dijo Margarit alargando la mano á Orso.

Al tomarla este, sintió un sacudimiento de nervios.

Margarit acababa de darle la seña con que se daba á conocer el presidente de la *Hermandad de la Muerte*.

Con los antecedentes que Orso ya tenia de otras ocasiones ya no estrañó luego que aquel caballero no fuese otro que el ermitaño de Monserrat, ni que la voz de este se pareciese á la que oyó del que presidió la gran sesion en la Catedral.

Monteferro le volvió la seña, é inmediatamente hablando entre sí de cosas indiferentes subieron la escalera.

Conocido como tiene el lector al ermitaño y al presidente de la *Hermandad de la Muerte*, poco en verdad habrá que decirle acerca de la figura de don Pedro Margarit.

Este caballero, que era de una de las mas distinguidas familias de Cataluña, pertenecia con alma y vida al partido de los *Narros*.

Dotado de un corazon fuerte y encarnado en él el sentimiento de amor á la patria y con un talento clarísimo al par que profundamente reflexivo, sentia vivamente los males que affligian al principado, bajo el gobierno de un favorito déspota y tirano, y aborrecia con el alma á aquellos hijos bastardos de Cataluña que, viles mercenarios de un poder estraño, no tenian inconveniente en sacrificar á sus ambiciones y lucros particulares el sosiego de sus hermanos y la honra de la madre patria.

Pero estos sentimientos de D. Pedro, gracias á la esquisita prevision que va unida siempre á talentos como el sayo, eran ignorados completamente en Barcelona.

Margarit no pasaba por *cadell*, pero tampoco era tenido por *narro*.

Vivia casi retraido de la sociedad, ante la cual no se presentaba sino en ocasiones señaladas como la en que ahora le vemos; y esta especie de retraimiento daba todavia mayor precio á las altas dotes que todos en él reconocian.

Sin ser sospechoso á uno ni á otro bando, era igualmente considerado por ambos.

Esto, por otra parte, le daba la mas completa libertad para obrar en cierto terreno.

La circunstancia de no ser visto de nadie da una gran ventaja para poder ver y observar bien á los demás.

Margarit lo conocia y hábilmente habia procurado lo primero, para mejor hacer luego esto último.

Ahora, si una cabeza como la suya seria temible ó no á cualquiera de los partidos que fuese contraria, una vez conocida, es inútil decirlo, despues de ese genio astuto, poderoso y altamente organizador que le hemos observado, tanto en la creacion de la *hermandad* que presidia, como en los trabajos perfectamente practi-cados á qué sin tregua ni descanso se entregaba.

Pero esto, repetimos, que lo sabian poquisimos *narras*, única-mente los mas inmediatos á Margarit, de los cuales á menudo tenia que valerse y con quienes era de todo punto imposible guardar un absoluto incógnito, era completamente ignorado de los *cadells*.

Es inútil decir que Margarit, á quien la condesa no conocia personalmente, habia sido invitado al baile.

Así que se presentó en el primer salon, los caballeros que le divisaron fueron inmediatamente á tenderle la mano, y cien labios á media voz repitieron sucesivamente: ¡Margarit, Margarit!

Antes de que la condesa tuviese lugar de verlo, el nombre de aquel llegó á sus oidos.

La de Fiorerosa habia oido muchas veces hablar del caballero que por vez primera se presentaba en su casa aquella noche, y á quien por primera vez iba á ver.

Todas las mujeres tienen, poco mas ó menos, igualmente desarrollado el órgano de la curiosidad, y cuando un hombre es el objeto de esta curiosidad, aumenta de una manera increíble ante la fama que bajo cualquier concepto ese hombre pueda tener: y si las circunstancias de este llegan á hermanarse con la ilusion que una mujer se haya formado de él, entonces la curiosidad deja de serlo para pasar á la categoría de un deseo irresistible que poquísimas mujeres alcanzan á dominar.

Si en esta regla general hay alguna escepcion, ciertamente no se encuentra en una mujer de talento.

La de Fiorerosa descaba por instantes que Margarit se presentase á ofrecerla sus respetos.

Pero aquella se hallaba en el último de los salones , y este , que recibia á cada paso nuevos saludos de la inmensa concurrencia que llenaba el palacio , no podia llegar tan pronto.

Una circunstancia además vino á interrumpir á Margarit.

Un caballero en traje de baile que acababa de entrar , fué á encontrarle y le tendió la mano.

Margarit hizo un movimiento tan imperceptible , que no fué notado por nadie.

Al estrecharle la mano el caballero , le apretó con el dedo pulgar la segunda falange del índice.

Luego se separó discretamente.

Margarit no le perdía de vista , le fué siguiendo así como distraído , y al llegar frente á la puerta , el caballero desapareció por la escalera.

Pocos momentos despues bajaba Margarit.

En la calle habia todavía bastante gente.

Margarit tomó la derecha , y al llegar á la segunda boca-calle, un hombre que en la esquina habia parado , le detuvo.

— Señor...

— Fadri , qué hay?

— Un pliego.

— De dónde?

— Del pueblo de Santa Coloma.

— Hay por aquí cerca sitio donde leerlo?

— En esa calle primera viven tres ó cuatro *hermanos*.

— No son mas que las diez y media ; estarán en casa todavía.

— Seguramente.

— Llama , pues , y vuelve.

El Fadri partió y al llegar á la tercera puerta de la calle inmediata dió en ella *tres golpes*.

Sin preguntar desde adentro ni responder la menor palabra la puerta se abrió al poco rato.

— *San Jorge*— dijo una voz al asomar una cabeza por la puerta entreabierta.

—*Barcelona*— respondió el Fadri.

—Entrad— dijo el dueño de la casa.

El Fadri entró y la puerta volvió á cerrarse.

—Es para pocos momentos— dijo el Fadri.

—Sea para lo que quiera— repuso el otro.

—Teneis un cuarto reservado?

—Toda la casa lo es bastante á estas horas. No hay en ella sino mi mujer que duerme, y si no duerme, no saldrá de su alcoba.

—Esperad pues que luego vuelvo con otro.

—Aquí os aguardo.

El Fadri salió y á los pocos momentos, los precisos de ir y venir, volvió con Margarit.

Repitió los tres golpes, y el dueño de la casa sin responder palabra, puesto que no la emplearon tampoco los recién llegados, abrió y cerró luego la puerta y marchando delante con una luz, llevólos á un cuartito del primer piso.

—Dejad la luz y despejad—dijo Margarit.

El Fadri y el dueño de la casa le dejaron solo en el cuarto.

—Veamos que nuevas tenemos.

Abrió el pliego y púsose á leer con mucha atención.

Llegó al fin, volvió al principio, y luego exclamó:

—Demonio de mujer!

Asomóse en seguida á la puerta del cuarto y dijo:

—Entrad.

—Los dos que antes salieron se presentaron inmediatamente.

—Ved lo que dice este pliego— dijo Margarit.

Y leyó:

«Santa Coloma :

«Acabo de saber en este momento que en este pueblo, como en los demás del alrededor, todos los vecinos jóvenes que por causa del mal tiempo han quedado sin trabajo, cobran un salario todos los dias, y han prestado juramento de obedecer en cambio al jefe que se les presente en un dia dado.

«Se les ha prometido el saqueo, y los fondos me consta que salen de las arcas de la condesa de Fiorerosa.

«Advierto que el número de esta gente asciende lo menos á las

tres cuartas partes que habrá de hombres hábiles para un día dado.»

Aquí concluyó la lectura.

—Qué decís á esto?— preguntó Margarit.

—Que esa mujer y todos los suyos deberian estar ya quemados y requemados en esa infame morada— respondió precipitadamente el dueño de la casa.

—Mal veo lo de Santa Coloma y todo lo de aquella parte, Fadri,
—dijo Margarit.

—Con efecto —respondió cabizbajo el Fadri.

—Y en momentos como estos, peor que peor.

—Quién sabe? Nosotros adelante por eso con nuestro plan, y á sangre y fuego por todo.

—Adios, hermano— dijo Margarit al dueño de la casa, saliendo del cuarto.

El hombre tomó la luz y dejándola en el primer descanso de la escalera, de modo que solo llegase abajo el resplandor preciso para ver donde se ponía los piés, tomó la delantera yendo á abrir la puerta.

Salieron Margarit y el Fadri.

En la calle el primero dijo á este:

—Es necesario no perder momento.

—En vos está dar la señal.

—No te separes de la esquina, que dentro de dos horas oirás ya mi pito desde una ventana ó balcon.

—Allí estaré y fijo, para trasmitirla al momento al agujero de la puerta.

—Eso es.

En esto llegaron otra vez al sitio donde antes estaba el Fadri.

Este se quedó y Margarit volvió al baile.

Hemos dicho que la condesa de Fiorerosa esperaba con ansia que se le presentase Margarit.

Los primeros momentos no lo extrañó, calculando que la gran concurrencia que tan marcadas muestras de aprecio le manifestaba, le detendria un tanto; pero pasó ya demasiado rato para que la condesa dejara de extrañarse, pues Margarit le faltaba ya casi como señora y dueña de la casa.

Llamó entonces á uno de los criados de confianza, aunque, todos

lo eran para la condesa , escogidos como los tenia , y le dijo :
— Veas donde está don Pedro Margarit y vuelve al instante á decirme con quién está y qué hace.

El criado volvió á los pocos momentos con la respuesta.

—No está en el baile.

—Cómo !

—Hace un rato que volvió á salir.

—Bueno ; véte.

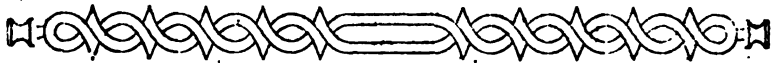
Este incidente llamó profundamente la atencion de la condesa.

Si volverá — decia para sí. — Pero dónde habrá ido y con que objeto ?

Estas y otras mil reflexiones se agolpaban á la imaginacion de la condesa , para quien la salida de Margarit era un misterio de gran significacion.

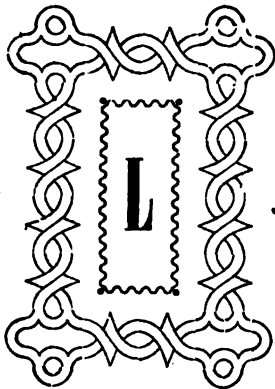
En tanto Margarit bien ageno por cierto á los cuidados de la condesa , aunque bastante abismado en los suyos propios , subia otra vez lentamente la escalera.





XLIX.

PRESENTACIONES.



A condesa de Fiorerosa en el baile mas bien que simple condesa parecia una reina en medio de su corte. Sentada en uno de los magnificos sillones de terciopelo carmesí que decoraban entre otros lujosísimos adornos el salon principal, vestida con un traje de raso azul al gusto de la época y bordado de flores de plata, con una pequeña diadema condal que coronaba su tocado, estaba verdaderamente hermosa y el brillo que la rodeaba oscurecia el mérito de las otras damas que la miraban con envidia, así como atraía las miradas de todos los caballeros que la contemplaban con deseo.

Y eso que la condesa no era un prodigio de hermosura.

Tenia ya treinta años y en su rostro que no conservaba aquella frescura y aquel encanto de la juventud, se descubrían señales de largos sufrimientos, que no eran bastantes á ocultar ni la perfecta

y robusta constitucion de que gozaba ni el desahogo con que entonces vivia.

Pero en ciertas mujeres y para ciertas fisonomías esas huellas del dolor son todavía un nuevo atractivo que seduce al contemplarlas.

Así para sustituir á la de Florerrosa en la general atencion aquella noche, era precisa una de estas tres cosas en la mujer que tratara de reemplazarla: una hermosura sobrenatural, la calidad de una princesa ó de una reina, ó bien un lujo extraordinario y verdaderamente deslumbrador; y aun este no bastaria sin un fisico por lo menos como el de la condesa.

Al poco tiempo de empezado el baile un rumor general en la concurrencia dió la señal de que la condesa tenia ya una rival en la fiesta.

Todas las miradas se dirigieron á un punto.

Acababa de entrar en el salon una pareja compuesta de un caballero de unos cincuenta años y una niña de diez y ocho.

El caballero que por el traje que llevaba parecia pertenecer, y no podia menos de suceder así hallándose en el baile, á una clase distinguida, no revelaba por cierto semejante distincion sino en su vestido; su fisonomía era regularmente vulgar, y nada se observaba en él capaz de llamar la atencion de aquella concurrencia.

El murmullo general, la admiracion de todos, fué debida, pues, á la presencia de la jóven á quien á un tiempo se dirigian todas las miradas.

Vestia traje blanco sin otro adorno que una guirnalda de flores que sujetaban las doradas trenzas de sus cabellos y una sarta de perlas que parecian engastadas en el nácar de su purísimo cuello.

La modesta mirada de sus grandes ojos rasgados, el candor del alma rebosando en aquella frente angelical, que se cubria de un ligero rubor ante la admiracion que su belleza inspiraba, tenian, sin inspirar envidia á las mujeres, suspensos á los hombres que al paso la contemplaban.

El lector quizás estrañará que el sentimiento de la envidia que parece tener su natural albergue en el corazon de la mujer, no hiciese morder el labio á mas de una bella despechada ante la her-

mosura que acababa de entrar en el baile. Para esto habia dos razones: la primera que aquella hermosura era desconocida á la mayor parte de las personas allí reunidas, y la admiracion de los primeros momentos, unida á la curiosidad, acallaba las demás pasiones; y luego que la alteza misma, la sublimidad de aquella fisonomía estaba, mas que en la perfección de sus líneas, en esa expresión indecible que dan al rostro la sublimidad y la alteza del alma.

Y ante el encanto que inspiran hermosuras de este género, el corazón siente levantarse el sentimiento de lo bello que sofoca la voz de las demás pasiones bajas y ruines.

Pero ¿quién era aquella joven que tal efecto hacia en un baile donde brillaba lo mejor y maspreciado de la aristocracia de Barcelona?

Olvidamos decir que en medio del rumor que se levantó á su entrada en el salón, su nombre se repetia clara y distintivamente corriendo de boca en boca á todos los ángulos; este nombre era el de Clara de Colmenar.

En un ángulo del salón y como esperando turno para ofrecer sus respetos á la bella señora de la casa, rodeada, como antes hemos dicho, de una verdadera corte, estaban dos caballeros; uno de mediana edad, simpática fisonomía, serena mirada y al parecer con la mayor calma, y otro mas joven, de rostro varonil, de marcial y apuesto continente, y clavada la vista al suelo como profundamente abismado en algun triste pensamiento.

El primero era el marqués de Tamarit, el segundo, era Orso de Monteferro.

Este último al oír el nombre de Clara, sintió como un fuerte golpe dentro de su mismo corazón que saltó violentamente en su pecho.

Tamarit oyó sí el nombre, sin sentir, empero, ni experimentar la menor sensación, fuera de la ligerísima que causa un nombre cualquiera oído por la primera vez. Por consiguiente permaneció inmóvil sin la menor alteración en su sitio.

Orso, por el contrario, en el acto de oír el dulce nombre de su amada, se precipitó instintivamente y como atraído por la podero-

sa é irresistible fuerza de un iman, hácia el punto donde las miradas de todos se dirigian, que era donde bella y hermosa como nunca estaba Clara.

Esta al pasar levantó por vez primera los ojos, y su confusa y vacilante mirada se encontró con la sombría y triste de su amante.

Clara palideció y bajando instantáneamente los ojos, siguió al lado de su padre y hácia el sitio donde estaba la condesa.

El efecto que produjo en Clara la vista de Monteferro es fácil de imaginar.

Orso la habia dicho la pasada noche que no iria al baile: con este motivo principalmente, exclusivamente deberíamos decir, puesto que Orso no la espuso otro, la suplicó que no fuera, mostrando grandisimos recelos por ello y un empeño harto visible en evitarlo; y sin embargo Monteferro estaba en el baile!...

¿Qué seria, qué podria haber motivado el empeño primero de Orso y luego su presencia en aquella misma fiesta para él de tan mal agüero?

En vano trataba de explicárselo la pobre Clara en un principio.

Pronto, sin embargo, resolvió para sus adentros el problema de la manera que los corazones vírgenes, aquellos en los cuales arde con todo su fuego la antorcha de la fé, resuelven los problemas de esta naturaleza.

La incógnita que no lo es nunca para las almas jóvenes cuando aman, está siempre en el amor de la persona querida, y Clara, como hubiese dicho cualquiera otra jóven amante en su caso, dijo para sí:

—Ha visto que de todas suertes iba yo al baile; él no pensaba ó no podia ir; pero al fin por mí ha vencido todos los escrúpulos, y quizás ha hecho un sacrificio viniendo á pasar á mi lado esta noche.

Esto pensó Clara en aquel momento.

En cuanto á Monteferro, ya podemos presumir lo que pensaria.

Desde el punto en que vió á Clara en el salon, el suntuoso palacio de la Fiorerosa no le pareció ya tal palacio, sino todo un infierno ardiendo en vivisimas llamas; y en medio del horrible fuego que abrasaba á tantos condenados, su imaginacion presa de

tan horrible idea, le presentaba un ángel del cielo gritándole socorro, é implorando su auxilio en ayes dolorosos.

Así fué tan brusca y repentina su salida del lado del marqués, que le signió esclamando:

—Diablo, caballero Monteferro, que se conoce teneis la sangre tan viva en el campo de batalla para los hombres, como en los salones para las bellas.

Orso volvió en sí á estas palabras del marqués y reponiéndose como pudo le contestó:

—Perdonadme, señor marqués, es efecto de mi temperamento que no puedo dominar en muchas ocasiones.

—Oh! se comprende perfectamente á vuestra edad. Por otra parte, yo que no conocia á esta hermosa, concibo ahora la especie de fuerza magnética que os ha arrastrado á verla.

Monteferro sintió en aquel momento todo el orgullo de un jóven ante la admiracion que causa la mujer á quien adora.

—Es verdaderamente un prodigio de belleza — concluyó el marqués.

Orso no decia una palabra temeroso de que los sentimientos en que rebosaba su corazon asemaran por sus labios.

En tanto Clara y su padre llegaban al sitio donde estaba la condesa.

Esta al verles se levantó de su asiento adelantando dos pasos para recibirles.

—Señora condesa — dijo Colmenar — tengo el honor de presentaros á mi hija Clara.

—Y yo un sumo placer en recibirla. Ya mas de una vez — prosigió la condesa — habia oido celebrar la belleza de esta señorita, y con todo y la honra que con haberla traido os debo esta noche, todavia tengo que resfiros, don Juan, por no haberlo hecho antes.

Clara confundida por los finos elogios de la condesa, se limitó á inclinar levemente la cabeza sin responder á ellos una palabra.

—Mi hija ha vivido hasta hace poco en el convento que rige la hermana de su madre, y no debeis estrañar que tan pronto no la haya presentado al mundo. Sin embargo, y esto es una prueba de

que yo me anticipé al honor que la teniais reservado, es vuestra casa una de las primeras que visita.

—Os doy gracias por tanta distincion — repuso la condesa. — Y vos, señorita, tened la bondad de sentaros aqui á mi lado.

—Gracias, señora — dijo Clara sentándose en el sitio que le señalaba la condesa.

—Luego os acompañaré yo misma á recorrer los salones.

Como hemos visto, la condesa no conocia antes á Clara. Al verla, sin embargo de que como ella mismo indicó habia oido ya elogiar su belleza, no pudo contener un movimiento de sorpresa.

Es que Clara aquella noche estaba hermosa sobre todo elogio y ponderacion.

—Lástima que semejante padre, tenga semejante hijâ! — exclamó para sí la de Fiorerosa — porque es imposible que á rostro tan cándido y tan bello, no acompañe un alma igualmente bella y cándida á la vez.

A los pocos momentos la condesa se convenció de la verdad de su raciocinio. Habia hablado con Clara y al buen talento de la Fiorerosa no habia de ocultarse lo que saltaba á la vista de las personas mas vulgares que se acercaban á la hija segunda de Colmenar.

De esta observacion que hizo la condesa, resultó al momento lo que resulta siempre en casos semejantes; una súbita y viva simpatía hácia la persona que tan digna de ella se nos presenta.

Monteferro, como es de suponer, no apartaba en tanto la vista del rostro de Clara á quien veia en seguida y á veces bastante animada plática con la condesa. Porque es de advertir que la simpatía de la condesa hácia Clara, halló bien pronto completa correspondencia en la simpatía de esta por aquella.

Ya conocemos, para que esto pueda estrañarnos, la exquisita finura y amabilidad de la de Fiorerosa en el trato social, y eso que se llama *don de gentes*, circunstancia que poseia la condesa hasta el punto de atraerse la simpatía de las personas que con prevencion la miraban, cuanto mas la de una niña como Clara, que por otra parte no tenia el menor motivo de esa prevencion con la condesa.

La impaciencia de Orso que no apartaba la vista de Clara, crecía por momentos.

No hay para repetir al lector los poderosos motivos de esa impaciencia.

La hora de las doce era la convenida para dar el golpe y esa hora se adelantaba con horrible rapidez en la imaginación de Monteferro.

—Si llega la hora —decía para sí— y no tengo tiempo de arrancar el secreto á la condesa, queda imposible la venganza de mi padre!... Si no tengo tiempo, por otra parte, de llevarme á Clara, va á perecer abrasada entre las llamas!...

Con estas reflexiones Orso no podía sufrir un momento más.

Así dijo á Tamarit:

—Señor marqués, dispensadme la pregunta que no quisiera tradujeseis por un exceso de libertad que me tomo con vos...

—Decid, entre los amigos nunca es excesiva, la libertad que uno se toma.

—Mil gracias.

—Decid.

—Pensais retardar mucho mi presentación á la condesa?

—Ab! ya entiendo.... Las pocas horas que faltan.... quereis aprovecharlas.

—Precisamente!... —dijo Orso haciendo un esfuerzo superior para ocultar el motivo de su ansiedad.

—Cuando gustéis, pues.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Vamos pues.

Y los dos caballeros se dirigieron al sitio donde estaban Clara y la condesa.

A Monteferro le temblaban las piernas y todo su cuerpo tiritaba como si de repente le hubiese cogido un frío general.

Clara y la condesa les vieron venir.

No hay para que decir lo que sentía la primera. Un color rosado fué tiñendo sus ligeramente pálidas mejillas, subiendo de punto hasta llegar al color del verdadero rubor que se extendió hasta su frente.

No pensaba , ni queria , ni dejaba de querer nada en aquel momento. Estaba solamente ruborizada.

La condesa , que divisó á Monteferro así que este se adelantó para ver pasar á Clara , y que desde entonces no le perdió de vista , dijo para sí al observar que hácia ella venia :

—Gracias á Dios!

Solo Tamarit , iba sin objeto que le interesase á figurar en la escena de la presentacion.

—Condesa.... —dijo saludándola y haciendo estensiva la cortesía á Clara.

—Adios , marqués.

—Tengo el honor de presentaros á este jóven extranjero é íntimo amigo mio.

—Bien venido , caballero—respondió afectuosamente la condesa mirando á Orso.

Clara bajó la vista al suelo.

—Es italiano y ha servido con nuestros tercios en aquel país.

—Doble motivo para que yo me lisonjee de esta ocasion.

—Cuya honra , señora , no sé yo como pagar—interrumpió cortesmente Monteferro.

—Aceptando de hoy para siempre la franqueza y cordialidad con que en todas ocasiones sereis recibido en esta casa.

—Gracias , señora.

—Con que sois italiano ?

—Y me llamo Orso de Monteferro.

—Conozco el nombre de vuestra familia , y le tengo en el aprecio que se merece.

—Nuevas gracias , señora , por tanta bondad.

Estas palabras de la condesa llenaron de satisfaccion á un tiempo á Clara y á Monteferro. A la primera porque amando como amaba á Orso sin conocer sus títulos ni su origen y sí solamente por la nobleza de sus acciones , se complacia al oír el elogio tan desapasionado que la condesa hacia de su nombre , y el considerar , por lo mismo , que el hombre á quien habia concedido su amor , era digno de él ; y á Monteferro porque el tono que la condesa empleó en sus palabras fué una luz que empezó á presentarle fácil y espedito el poco

antes escabroso camino de sus averiguaciones.

—Y hace mucho tiempo que estais en Barcelona? — prosiguió la de Fiorerosa.

— Oh, mucho tiempo hace ya.

—Debisteis saber entonces, mucho antes de ahora, que existia aquí la casa de una paisana vuestra...

La condesa acompañó estas palabras con una mirada á Orso que para nadie sin embargo pudo ser inteligible sino para él.

—Sí... — contestó confuso — con efecto, lo sabia...

—Y no obstante, no habeis tenido hasta hoy la complacencia de venir á verla...

Esta fina reconvenccion de la condesa acabó de despertar en Orso toda la esperanza que poco antes habia concebido.

—Despues de agradecer esa reconvenccion que tanto me honra, debo deciros en descargo mio que antes lo procuré.... — respondió Orso mirando á su vez, á la condesa y dándole á entender que comprendia su intencion.

—No tengo noticia.... — dijo sencillamente la de Fiorerosa.

—No hace pues dos dias.

—Ah! estaba yo fuera de Barcelona.

—Eso me dijeron los criados.

—En fin no es tarde.... repuso la condesa con toda intencion.

—No es tarde!... — repitió Orso para sí. — ¡Quiera el cielo que no sea tarde!...

Y el efecto de estas palabras se pintó de tal manera en su fisonomia que Clara que cien veces levantó la vista á su rostro bajándola en seguida otras tantas al suelo, no pudo menos de notarlo con cierta estrañeza.

Monteferro era seguramente la mejor figura de hombre que habia en el baile.

Pero este efecto que notó Clara con los ojos del amor, pasó desapercibido á la condesa que en aquel momento separó su atencion de Monteferro, para fijarla completamente en otro caballero que á saludarla venia.

Era este el señor de Margarit, ó el ermitaño ó bien el presidente de la *Hermandad de la Muerte*.

Rato hacia que la condesa aguardaba este momento, y la vista microscópica de Margarit pudo descubrir bien en su rostro las señales de su impaciencia, y la satisfacción que sentía al verle llegar hasta ella.

—Señora condesa — dijo Margarit ya delante de ella — tengo el honor de presentaros mis respetos y mi consideración más distinguida.

—Y yo un verdadero placer al recibirlos de tan cumplido caballero — contestó la condesa.

—Os doy infinitas gracias por haberos acordado de mi humilde persona para esta fiesta.

—Pensé en honrar mi casa esta noche con lo más selecto de Barcelona y ya veis que debía acordarme de vuestro nombre.

—Vuestra bondad, suplió en este caso los títulos que para ello me faltan.

—No os hagais el pequeño, señor de Margarit, con quien *sabe* como yo cuales son y lo que valen vuestros títulos...

A estas palabras Margarit no supo por de pronto que contestar.

¿Qué sabía la condesa respecto de él, fuera de lo que era conocido á todo Barcelona?

La condesa, además, acompañó sus expresiones con una tan significativa mirada, que acabó de confundirle.

Reponiéndose, empero de pronto, dijo, afectando la mayor serenidad y prescindiendo por completo del tono y la mirada de la condesa:

—Repito, señora, que mis mejores títulos para este caso están en vuestra amabilidad.

La de Fiorerosa comprendió que Margarit se hizo el indiferente á sus primeras indirectas, y esto, lejos de desvanecer su primera sospecha, acabó de afirmarla más en ella.

Como mujer del gran mundo, y dotada de ese desembarazo que tan pronto logra establecer la familiaridad en los altos círculos entre dos personas que se ven por la primera vez, la condesa quiso aprovechar todo el partido que las circunstancias le ofrecían, para marchar directamente al objeto que se llevaba con Margarit.

Así dijo, dirigiéndosele de nuevo:

—Habeis visto ya mis salones?

—Apenas he tenido tiempo sino de ponerme á vuestras órdenes ; pero , por lo poco que he podido ver , la fiesta de esta noche afirma mas y mas la buena opinion de que gozan todas las que dais en vuestra casa.

—Sed , pues , mi caballero , y yo iré con vos á recorrerla.

Y diciendo esto , se levantó de su asiento.

—Me haceis demasiado honor , señora — dijo Margarit , ofreciéndola el brazo.

La condesa lo tomó , y luego dirigiéndose á Monteferro , le dijo :

—Vos entretanto ocupad mi asiento.

Monteferro no sabia lo que le pasaba.

Ya el lector recordará que Clara estaba sentada al lado de la condesa.

Esta prosiguió con toda intencion :

—No con todo el mundo tendria yo deferencia semejante.....

—Sabe Dios , señora , que os la pago con toda la gratitud de mi corazon.

La condesa indicó á Orso con la mano el asiento que aquella ocupaba , y este se sentó al lado de Clara.

Pasaron unos momentos sin que ni uno ni otro se dijeran una palabra.

Orso sin embargo dijo para sus adentros al marcharse la condesa del brazo con Margarit :

—Esta mujer es un ángel ó un demonio.

En cuanto á Clara hubiese de seguro abrazado á la condesa.

—Hé aquí una mujer — exclamó luego Monteferro — á la cual es preciso querer por fuerza desde este momento.

—Tan agradecido la estais? — respondió Clara.

—Y me lo preguntais vos?

—Como anoche , léjos de desealarla , queriais evitar esta ú otra ocasion que hubiese podido presentarse hoy....

—No hablemos de anoche , Clara....

—Como gusteis — concluyó Clara secamente.

—Vos habreis estrañado verme en el baile.

—Podeis presumirlo.

—Y quién sabe lo que habreis pensado , Clara ?

—Es difícil que pueda yo pensar nada fuera de lo que vos me digais. Sin embargo , Orso , vos , que no conoceis á la condesa....

—Ya habeis oido vos misma mi conversacion con ella.

—Habeis notado , como yo , la marcada deferencia que le habeis merecido.

Orso , alejando toda interpretacion de celos en las palabras de Clara , dijo :

—Sí , y yo , aunque ignoro el motivo , bendigo esa distincion , sin la cual no estaria hablando con vos á vuestro lado.

—La condesa ignora que nos amamos....

—Permitidme , Clara , pero creo que en este momento haceis una injusticia á su gran penetracion y á su buen deseo.

—No comprendo....

—Creeis que tan difícil es á una mujer del talento de la condesa descubrir el amor entre dos jóvenes , como nosotros , puestos frente á frente en su presencia?...

Clara se ruborizó ligeramente.

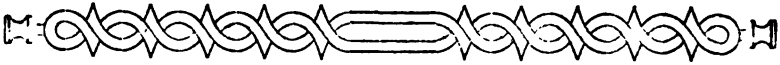
Orso prosiguió :

—Lo ha conocido Clara , no lo dudeis , y quizás ha presentido tambien que yo esta noche os amaba mas que nunca , que necesitaba estar á vuestro lado , no separarme de vos.... Y ha hecho porque yo cumpliera esta necesidad de mi alma!..

Clara no pensaba ya ni oia otra cosa , sino las dulces y sentidas palabras de su amante.

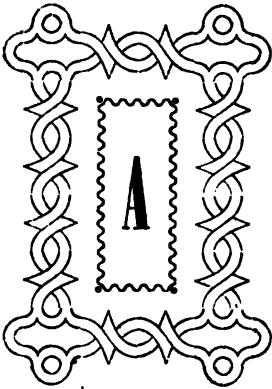
Entretanto que los dos enamorados siguen aprovechando todo el partido que la ocasion les ofrece , vamos nosotros tras de Margarit y la condesa.





L.

LA CONDESA DE FIOREROSA Y EL PRESIDENTE DE LA HERMANDAD DE LA MUERTE.



sí que se separaron del sitio que ocupaba la condesa, esta y Margarit, se encontraron ambos en una de esas situaciones embarazosas, tan frecuentes entre dos personas cuando por medio de rodeos y no directamente, han de ir á parar á un punto de marcado interés.

La situacion sin embargo era mas difícil para la condesa que habia de empezar, que para Margarit que habia de aguardar á que aquella empezase.

Pasaron el primer salon y el segundo sin salir de lugares comunes en la conversacion y devolviendo ambos los cumplidos que al pasar recibian de los varios caballeros que discurrían de uno á otro lado.

Junto á la ancha puerta de la escalera, que bajaba al jardin, habia una sala menos frecuentada que las primeras y allí la condesa

desplegó, digámoslo así, las primeras guerrillas para el ataque que proyectaba.

—Pues sí, señor de Margarit, no contaba á pesar de mi invitacion tener el gusto de veros por acá.

—No?...

—Francamente; no lo esperé, al invitaros.

—Ya veis, pues, que me hicisteis tanta injusticia á mí como os la hicisteis á vos misma, porque ni teniais, permitidme que os lo diga, motivos para sospechar que yo desatendiese la invitacion de una dama, y debiais conocer que, aun en este raro caso, yo no hubiera podido negarme cuando esa dama erais vos.

—Gracias, señor de Margarit, por tan fina galantería.

—Soy justo y franco á la vez.

—Teneis opinion de ambas cosas, y yo quiero corresponderos siendo franca tambien.

—Yo procuraré merecer tanta distincion.

—Pues tenia aun otro motivo para sospechar que vendrias á este baile.

—Cúal?

—Sabeis el objeto de este baile?...

—No.

—Seguis siendo franco, señor de Margarit?... —preguntó con cierta maliciosa sonrisa la condesa.

Nuestros lectores ya saben ó pueden presumirse lo que en política y en la alta sociedad significa la palabra *franqueza*.

—Si sigo siendo franco? — preguntó Margarit á su vez afectando la mayor candidez.

—Sí.

—Dejando á un lado el que yo lo soy siempre, como vos misma habeis confesado, no veo un motivo en negar, si se sabe, una cosa tan simple como es el objeto por qué ó para qué se da un baile.

—Pues bien, yo os lo diré y vereis en ello que soy yo mas franca con vos de lo que vos lo sois conmigo...

—Pero, señora, no puedo permitir que permanezcáis en un error que tan poco me favorece con vos — repuso Margarit afectando la

misma candidez y parapetándose tras de ella para que la condesa se decidiese á entrar de frente en el asunto.

—No os hago cargo alguno sobre ello , nada de eso ; muy al contrario, aplaudo vuestra suma discrecion. Además , si yo puedo ser franca con vos ahora , vos no podeis serlo igualmente conmigo, al menos en este momento.

—Os escucho, señora , como veis , sin responderos hasta ver donde vais á parar.

—En breve lo sabreis — prosiguió la condesa — y aunque no espero tampoco que salgais de vuestra reserva aun cuando yo llegue al punto donde voy , mas tarde dejareis de usarla conmigo , cuando veais que se puede confiar en mí.

Todas estas palabras de la condesa contra la cual tan prevenido estaba Margarit , eran para este de poquísimo ó ningun efecto.

Si algo significaban en su concepto , era por cierto bien desfavorable á la opinion de sumo tacto y elevado talento que gozaba la condesa , pues no era este seguramente el modo mejor ni mas apropiado para conseguir que con ella se espontaneara un hombre como Margarit.

—Pues volviendo al punto primero de nuestra conversacion os diré que he dado este baile en celebracion de haber entrado el vi-rey en el camino que tanto tiempo le señalaba su deber , como fiel vasallo y servidor de Felipe IV, y la voluntad del conde-duque de Olivares , su ministro.

—Yo , como sabreis tal vez — continuó Margarit en el mismo tono que se habia impuesto — vivo bastante retirado y ageno á la política para ocuparme de la marcha del gobierno y sus agentes.

—Sin embargo , permitid que os observe — continuó la condesa — que no dice esto muy bien en un hombre de vuestro carácter y de vuestra consideracion. La indiferencia por la suerte del pais es tolerable en un villano , no en una persona como vos.

Aquí la condesa dió una prueba irrecusable de su talento á los ojos mismos de Margarit que lo habia puesto en duda poco antes , pues ante semejantes palabras no habia contestacion evasiva , sino inspirada por un talento tan claro como el de Margarit.

Así se apresuró á salir del compromiso con estas palabras:

—Ciertamente; pero de la confianza á la indiferencia media una gran distancia.

—Como.... — dijo la condesa que no conocia donde iba á parar Margarit.

—España toda en general y el principado de Cataluña en particular están encomendados, para que pase cuidado por su suerte una persona tan humilde como yo, á manos bastante espertas y á personas de suficiente capacidad, entre las cuales, respecto del principado, no ocupais vos el último lugar.

A este cumplido ó mas bien epígrama acerado de Margarit, la condesa le miró de frente y le contestó:

—Acepto la ironía por lo bien dicha y lo oportuna.

—Señora, no puedo yo permitirme....

—Ya sabeis, ó mejor, ya os he dicho el objeto del baile....

—Sí.

—Y ahora necesitaré deciros tambien por qué creia que no asistiriais vos?

—Os digo *francamente* que no comprendo....

—Os lo diré. Creí que no asistiriais precisamente porque se daba con este objeto.

—Ya veis pues que os habeis engañado.

—Sí; en la apariencia confieso que me engañé: no así en el fondo....

—Pero....

—Yo debí haber pensado que vos cuyo talento ha sabido permanecer tan neutral entre los dos partidos que trabajan el principado, vendriais á este baile por no señalaros, siquiera aborrecieseis el motivo con toda vuestra alma.

—Pero, señora, quisiera que esplicitamente me dijerais en que fundais todo eso que me ofenderia quizá de boca de otra persona que vos.

—Os lo diré; pero antes permitidme que os felicite por una cosa.

—Decid....

—Por el estremo tacto con que sabeis conducirlos.

—Decid, decid, señora; que yo, repito, os escucho hasta que lle-

que el momento en que, siendo completamente esplicita, pueda responderos sin rodeos.

—Bien, sigo. He dicho que teneis un finísimo tacto y os felicito por ello, porque solo así pudisteis ponerlos al abrigo de toda sospecha y trabajar por consecuencia libremente en la obra que habeis emprendido.

Una ligera sonrisa se deslizó en este momento por los labios de Margarit.

—Podeis sonreiros, no le hace; yo sé que en vuestro interior aceptais, pues que es justa, mi felicitacion: así como sé que, partiendo de mis labios, os da mas bien miedo que otra cosa.

Margarit prometió hábilmente no responder á la condesa hasta que la conversacion llegase á cierto punto y esto le evitó el compromiso de tener que contestar sin saber que decir á ciertas palabras, como hubiera sucedido en este mismo momento.

—Aun que esto último — prosiguió tenazmente la condesa — el miedo, podeis alejarlo por completo. Ya vos sabeis que yo no delato!...

Demasiado lo sabia Margarit.

—No es verdad, señor de Margarit, que me habeis tenido por todo lo del mundo menos por delatora?...

Aquí ya no fué posible que Margarit permaneciese callado; aunque respondió con la misma reserva.

—Señora, os conozco desde hoy, y os tengo en el concepto que mereceis...

—Os acordais de la muerte del capitán Martin Andal?

—Martin Andal?...

—Sí, que murió asesinado.

—Sí.... recuerdo efectivamente esa desgracia....

—Pues Martin Andal murió por haberme revelado la existencia de una sociedad secreta.

Margarit estaba como sobre de ascuas.

—De una sociedad secreta — continuó la condesa — tan hábilmente organizada, que me dió mucho en que pensar para descubrir el origen de ella, quiero decir la cabeza que la habia promovido y la regia despues.

—Y disteis con ella?...

—Sí— dijo resueltamente la condesa.

—Esto hace todo el elogio de vuestra sagacidad y de vuestro talento.

—Pues sabiendo yo eso de la sociedad, el gobierno lo ha ignorado hasta el otro día:

—Que se lo habeis revolado.... —añadió Margarit que, sin perder su aplomo, iba, no obstante, tomando parte en la conversacion;

—Sí.

—Habeis hecho bien....

—Mas de lo que vos os crecis, señor de Margarit. El gobierno con saber á secas la existencia de una sociedad secreta en Barcelona, no sabe nada; pero tiene motivo suficiente para reprender fuertemente al virey que la ignoraba, y hacer que este se decida á entrar en la senda del rigor que el pueblo necesita....

—Del rigor que el pueblo necesita.... es verdad.

—Sí, señor de Margarit— repuso la condesa con acento reconcentrado— para levantarse de una vez y hacer pedazos el látigo con la mano que lo castiga!

Margarit estaba asombrado oyendo las palabras de la condesa.

Con la seducción que esta tenia en los ojos y en los labios, con la simpatía que sabía inspirar, y sobre todo con el acento de verdad que supo imprimir á sus últimas palabras, cualquiera que hubiese tenido menos aplomo, menos sangre fria que Margarit, se hubiese visto insensiblemente arrastrado por tan poderosas fuerzas. Pero el presidente de la *Hermandad de la Muerte* ni olvidaba esta calidad, ni entonces dejaba de ver un momento en la condesa de Fiorerosa á la enemiga declarada de su partido, á la que escitaba al rigor al virey, á la que pagaba los peisanos para que á su voz se levantasen en un día dado en los pueblos del principado; y por último, á la que tenia el atrevimiento de dar un baile aquella misma noche, en celebracion de un acontecimiento que horaba el pueblo con lágrimas de dolor.

Pero queriendo que llegase al último punto de su objeto, dijo:

—Segun eso.... vuestros afanes y el objeto que generalmente se les atribuye....

—Son diametralmente opuestos á lo que parece.

—Entonces grave injusticia os hace el pueblo al juzgaros como os juzga— dijo irónicamente Margarit, que no tenia inconveniente en usar ciertas palabras, atendido lo cercano que se hallaba el momento en que todos los *hermanos* de la *Muerte* debian aparecer á la luz del dia luchando en defensa de la patria.

—Ya sé que el pueblo que no juzga mas que por apariencias, me juzga así. Dia llegará en que me juzgae de otro modo. Eso no corre prisa. Lo que yo necesito ahora es que empeceis vos por rectificar vuestra opinion acerca de mí.

—Yo, señora!...

—Si, vos.

—Y ¿qué os importa mi opinion en este punto?

—Mucho

—No comprendo.

—Es que sin vuestra opinion, me veo privada de seguir con la ayuda que yo necesito en mis proyectos.

—Ahora os entiendo menos. Por otra parte, á mí me basta cuanto vos digais, y mi opinion ya la teneis en este sentido; porque, repito, no tengo un motivo para formarla, sino de vuestras mismas palabras.

—Sin embargo, señor de Margarit, no me dariais de ello la prueba que yo os exigiese....

—Una prueba....

—Si.

—¿De qué?

—De que me teneis en la opinion que resulta de lo que he dicho.

—Y ¿qué prueba puedo yo daros de esto?

—Una irrecusable: sin esa, perdonadme, no os creo.

—Decid.

—Admitidme como *hermano* de vuestra sociedad.

—Señora! —dijo asombrado Margarit.

—Lo dicho.

—Pero ¿por quién me tomáis, condesa?

—Por el hombre de talento que ha sabido organizarla y que es su presidente.

—Perdonad, condesa. A este punto nuestra conversación no puede continuar. No sé á qué género pertenece la broma que habeis tenido la bondad de darme; pero si diré, que versa sobre asunto barto delicado, para no poder ocasionarme graves disgustos mañana. Dispensadme que así os hable; pero vos comprendereis perfectamente que yo trate de evitar un compromiso de esta especie; cuyo motivo, siendo en sí una tontería, lo harian de suma gravedad las circunstancias en que se encuentra hoy el principado.

La condesa miró un momento á Margarit y dijo con el acento del mas vivo pesar:

—No esperaba, señor de Margarit, que hicierais semejante injusticia á mi conducta con vos; si menos que vuestro buen talento no saliese del circulo del vulgo para juzgarme.

Estas expresiones, dichas como las dijo la condesa, hicieron esta vez un efecto indecible en Margarit.

—Pero, señora, tened la bondad de juzgar las cosas desde mi lugar, y vereis que no merezco esa reconvencion de parte vuestra. Yo creo cuanto me habeis dicho de vos; creo, por más que no lo parezca, que trabajais en favor del pueblo, cuando escitais á sus enemigos á que le castiguen con mayor rigor... todo eso creo; porque vos lo decis; y añadiré francamente que de tal modo lo habeis dicho y de tal manera habeis explicado vuestra conducta, que no es imposible cuanto habeis manifestado; pero se me figura que de eso á hacerme creer de mí una cosa que yo mismo ignoro.... comprended, señora, que hay un poco de distancia.

—Oid, Margarit, y valgan para vos lo que valgan estas palabras.

—Os escucho.

—Yo sé que vos sois el presidente de esa *Hermandad* porque nadie puede ser sino vos. Estoy de ello intimamente convencida y desde hace mucho tiempo.

—Pero....

—Oid. Así que mis sospechas fueron adquiriendo visos de verdad, empecé á practicar diligencias para adquirir pruebas.

—Y esas pruebas... —interrumpió sonriendo Margarit, cuya posición se hacia ya embarazosa.

—Vais á saberlas. Yo tengo en mi casa un criado que traje con-

migo de Italia y de cuya perspicacia escuso deciros nada , pues vos mismo conoceréis , por lo que voy á referiros , hasta donde llega. Le mandé que se informara de vuestra casa que yo ignoraba y que procurase tomaros bien de vista. Yo le dí para ello nada mas que vuestro nombre. Ahora vos sabreis si son ó no ciertas las noticias de mi criado ocupado durante mucho tiempo en este delicado servicio. Todos los dias me las traía. No os molestaré refiriéndolas todas minuciosamente. Os diré solamente, si la noche del veinte y uno del mes pasado salisteis de vuestra casa á las once. Decidme si es verdad.

— Sí.

— Fuisteis á parar por delante de la Catedral?

— Sí.

— Luego os parasteis en una esquina?

— Sí.

— Un hombre fué á hablaros , y con él volvisteis á la calle del Obispo?

— Es verdad.

— Allí os echasteis encima de un caballero y despues de haberlo llevado á la plazuela inmediata lo metisteis en la Catedral , cuya puerta cedió al primer empuje vuestro?...

— Aquí Margarit no contestó.

— No importa que no respondais , á mí me basta que sepais que yo estoy enterada de todo eso — repuso la condesa.

Luego continuó sonriendo.

— Por cierto que mas tarde me reí mucho cuando supe que el sorprendido y preso luego fué el hijo del virey á quien se jugó por cierto una broma pesada , pero sobremanera graciosa. Yo juzgué que lo hicisteis con el solo objeto de libraros de él aquella noche en la citada calle , porque ibais á tener sesion en la Catedral... sitio por cierto que tampoco le ocurre á nadie mas que á un hombre como vos.

Margarit aquí se enojó de hombros.

— Mi criado observó que por la misma puerta por donde habiais entrado , penetraron antes y despues que vos varios hombres que con mucha cautela venian por la calle del Obispo. Hé aquí por que

yo colegí que tendríais sesión aquella noche y en aquel sífo. Vos ahora sabreis si la tuvisteis ó no.

A pesar de que la condesa no podia decir casi mas á Margarit, este permanecia afectando la mayor sangre fria, encogiéndose de hombros á las últimas palabras de aquella.

—Ahora bien, señor don Pedro, yo supe eso á las doce y minutos de la noche, cuando todos vosotros estabais dentro. ¿Y no os oboca que un enemigo al parecer tan encarnizado como yo del partido de los *narros* no diese inmediatamente parte al virey que tenia tiempo de sobra para haberos cercado y cogido luego infaliblemente dentro de la Catedral?

Verdaderamente la condesa no podia presentar á Margarit otra prueba mejor que esta para sineerarse en su opinion de la fama que el vulgo le daba.

—Así es que Margarit, que no veía inconveniente, por otra parte, en conceder esto sencillamente á la condesa, exclamó:

—Ciertamente. Si lo que el criado os dijo no fué una mera ilusion suya, viendo fantasmas en la calle del Obispo...

—Ya sabeis vos, don Pedro, que no fué ilusion de mi criado, ni meaos eran fantasmas los que entraron en la Catedral y ataron antes al pobre hijo del virey.

—Pero vuelta, condesa, en que yo he de saberlo. Sabeis si me conoce bien vuestro criado y si no hay, caso de ser cierto cuanto dice...

—Yo os lo afirmo — dijo resueltamente la condesa.

—Poco á poco: por boca de vuestro criado. A haberlo visto vos yo me guardaria muy bien... aunque no hubierais seguramente visto tanto...

—Concluid, don Pedro.

—Pues decia, sabeis vos ó sabe vuestro criado si hay en Barcelona otra persona que se me parezca mucho?

—Dispensadme, don Pedro, ese recurso no es digno de vos.

Tenia razon la condesa y Margarit se sintió como confundido después de estas palabras.

—Yo no blasono de grande ingenio, que en este caso tampoco necesito.

—Pero dijisteis que mi criado ha podido engañarse, respecto de vos....

—Sí.

—Es que hay á mas de mi criado otra persona que no se ha engañado tan fácilmente en muchas otras ocasiones...

—Y esa persona dice tambien...

—Oid. Mi criado siguiéndoos la pista, como tenia prevenido, llegó un dia con la nueva de que vos ibais y pasabais largas horas en una ermita de Monserrat.

A pesar suyo aquí Margarit palideció.

Este efecto no pasó desapercibido á la condesa que continuó tenaz é imposible:

—Otro dia me dijo que sospechaba que vos sustituiais al ermitaño en la ermita, por la sencilla razon de que al poco rato de entrar vos en la chozá salia aquel hácia el monte; y en una ocasion mi espía observó que á pesar de haber salido el verdadero ermitaño, asomó luego á la puerta de la misma cabaña la figura de otro ermitaño que vestia exactamente el mismo traje que el primero.

Margarit escuchaba cada vez mas asombrado á la condesa.

—Ahora viene lo de la otra persona — continuó esta. — Otro dia otro sugeto que mi criado, un viajero italiano que llevaba toda la barba, fué á la ermita con objeto de preguntar al anacoreta noticias acerca del monasterio.... Estuvo largo rato, bastante tiempo conversando con él.... y al fin volvió diciéndose á sí mismo, «yo conozco al verdadero ermitaño y este con quien acabo de hablar no lo és....» Qué decia á eso, don Pedro?

—Que hasta ahora esa persona, ese viajero italiano...

—No prueba mas que mi criado....

—Ciertamente.

—Pero el italiano que es algo sino bastante fisonomista, procuró guardar bien aquellas facciones que no se pueden ocultar, como los ojos, las cejas, la nariz....

—Y qué?

—Que aquellos ojos, aquellas cejas y aquella nariz.... y sobre todo aquella espresion de fisionomia que no se escapa á un observador experimentado, es exactamente la vuestra.

—Pero , señora , volvemos á lo mismo , ese italiano...

—Era yo!

—Vos! — gritó Margarit en medio del mayor asombro.

Esta exclamacion que brotó de sus labios , franca y espontánea , independiente de la cabeza , vendió por completo á don Pedro Margarit.

La condesa con toda la satisfaccion del triunfo obtenido , continuó asegurándolo por completo :

—Y si estas pruebas no tuviera , bastaria para constituir la plena el asombro que acabais de manifestar , don Pedro.

Margarit la miraba estupefacto sin pronunciar palabra.

—Ya conoceis , don Pedro , que despues de lo que acabo de manifestaros , seria ridiculo por vuestra parte el obstinaros en negarme por mas tiempo lo que veis sé tan perfectamente.

En verdad que hubiera sido ya ridiculo para Margarit , continuar negando lo que la condesa le habia presentado tan claro como la luz del dia.

Así exclamó de una vez :

—Pues bien , señora ; yo soy ese ermitaño y el presidente de esa sociedad secreta que se llama *la Hermandad de la Muerte*. Me conoceis y os conozco.

—Poco á poco , don Pedro — exclamó la condesa.

—Sé que sois nuestra mortal enemiga — continuó Margarit que en su exaltacion no hizo alto en la interrupcion de la condesa — y á esta hora no me importa que esteis iniciada en secretos que dentro de breve no lo serán ya para nadie.... Oid! — continuó Margarit cogiendo no con mucha suavidad á la condesa de la mano y llevándola al lugar mas apartado de la sala. — Sabed que aquí en vuestra misma casa , donde habeis tenido la desgraciada ocurrencia de reuniros para insultar con vuestro lujo al pueblo que desangrais , aquí os tengo presos á todos.

—Cómo! — exclamó asombrada la condesa.

—Silencio! señora! porque á una sola señal mia veriais esas ricas alfombras convertidas en un lago de sangre , y en monton de cenizas y escombros esos dorados techos y magníficos tapices!...

—Oh! escuchadme , don Pedro.

—Es inútil y no puedo ya oiros despues de lo que me habeis dicho á mí, y yo os he dicho á vos!...

—Pero deteneos un momento y decid: por qué cuando yo hubie-
ra podido perderos en la Catedral no lo hice?

—Vos lo sabeis.

—Porque comprendí que trabajabais por la misma causa que yo.
¿Por qué despues cuando supe que erais vos el ermitaño y este
el presidente de la *Hermandad*, no solo no os descubrí, sino
que hice salir léjos, muy léjos de España, al criado que habia
descubierto vuestro secreto, temerosa de que en sueños pudiese
revelarlo?

Estas razones empezaban á hacer cierto efecto en el ánimo de
Margarit.

No obstante, contestó tambien como la otra vez con la misma
sequedad:

—Vos lo sabreis.

—Por qué, léjos de querer ocasionaros el menor dafío, hubiese
dado mis tesoros todos para ayudaros?

Entonces Margarit recordó, al oír la palabra *tesoros*, la carta
que aquella misma noche habia recibido, y dijo á la condesa:

—Si los hubieseis derramado como los derramais ahora en reclu-
tar gente en Santa Coloma y demás pueblos inmediatos!...

—¿Quién os ha dicho eso?

—¿Haceis esta pregunta al presidente de la *Hermandad de la
Muerte*?

—Es que os han informado bien. Es cierto.

—Y esa gente á la cual se ha prometido el saqueo....

—Es tambien verdad — dijo firmemente la condesa.

—Estará alistada para favorecernos en un dia dado.... — obser-
vó irónicamente Margarit.

—Vos lo habeis dicho. Eso es.

—Voy á hablaros con franqueza, y uso de esta palabra en su
verdadero sentido; porque así conviene en este momento. Vos me
dispensareis asimismo que al punto en que hemos llegado prescindamos
con vos de las consideraciones que en otro caso vuestra calidad y
vuestro sexo me impondrian como caballero. Aquí el uno frente del

otro desaparecen en este momento la condesa de Fiorerosa y Margarit para dejar por completo el lugar á la agente del conde-duque en Cataluña y al presidente de la *Hermanidad de la Muerte*. Bajo este concepto oid mis últimas palabras, condesa.

—Decid.

—Vos comprendeis que yo no he de ser tan cándido para fiarme en lo que vos digais, por la sola consideración de que sois vos quien lo dice....

—Qué quereis significar con esto ?

—Que necesito una garantía que me asegure de la verdad de las intenciones que me habeis manifestado.

—Estais muy en vuestro lugar al exigir esto de mí ; pero por el pronto no puedo daros otra seguridad que la de mi palabra á secas.

—Dispensadme , pero comprendereis que no basta. Podeis darme otra garantía ?

—Sí, y de tal naturaleza que enmudeceriais de seguro ante ella entregándoos á mí por completo.

—Dádmela pues.

—Os he dicho que no puedo por ahora.

—Ved, condesa, que si es cierto lo que me decís os pesará dentro de una hora.

—Ved, don Pedro, á vuestra vez lo que haceis, para que luego no os arrepintais de no haberme atendido.

—Lo que yo haré dentro de muy poco rato tal vez ya os lo he indicado dándooslo bastante á conocer.

—Con que estais resuelto?...

—Sin remision.

—Pues bien, don Pedro. Seguid adelante. Asaltad con los vuestros mi palacio para vengar las ofensas del pueblo en los tiranos que encierra ; reducidlo si quereis á cenizas , no importa, en medio de la catástrofe vereis como se levanta sobre todos vosotros y quien es la condesa de Fiorerosa ! Pero si por la precipitacion con que obrais , se malogra la empresa, cosa que puede muy bien suceder, si precipitando el golpe no me dais tiempo de reunir mis elementos, entonces , don Pedro , preparaos á sinceraros de los terribles cargos que mas tarde voy á dirigiros.

—Me dais la garantía?—preguntó por última vez Margarit.

—Hoy, no.

—Adios, condesa y daos, en el caso que decís, la culpa á vos misma.

—Adios, don Pedro, y preparaos á responder de ella.

En esto dieron las once en el magnífico péndulo que habia en el salon principal.

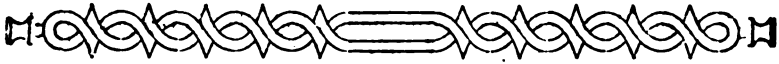
Al oír la hora Orso que estaba hablando con Clara dirigió la vista á la labrada esfera y exclamó: las once!

—Qué teneis?—preguntó Clara sobresaltada.

—No os movais de este mismo sitio, Clara, os lo suplico; ya sabreis luego porque.

Y levantándose de repente se dirigió en busca de la condesa por los salones.





LI.

SIGUEN LAS PRESENTACIONES.



▲ pobre Clara con el nuevo exabrupto de Monteferro quedó estupefacta y clavada en su asiento.

Pueden figurarse nuestros lectores las mil cosas que pensaría, para explicarse esos extraños repentes que de dos días observaba en su amante.

Empero como la explicación era tan difícil atendida la suma reserva de Orso que no había querido darla la menor explicación sobre este punto, Clara casi creía que aquellas escurriduras de Monteferro tendrían su origen en su cerebro, tal vez trastornado por causa del amor mismo que la profesaba.

En tanto Orso atravesaba los salones mirando á todos lados como un loco por ver si daba con la condesa.

De tal manera iba, que á verlo Clara entonces, de seguro se con-

vertía para ella en certeza lo que no era todavía sino una sospecha de la inocente y cándida hija de Colmenar.

En breve llegó Monteferro á la última sala donde estaban la condesa y Margarit que acababan de separarse.

Este último se encontró al salir con Orso que entraba en la sala.

Al verle le tendió la mano, diciéndole en voz baja:

—Preparado....!

Orso palideció mortalmente poniéndose á temblar como un azogado.

—Ya decia yo!—esclamaba para sí—que no tendria tiempo de nada!

Y recorría con mayor avidéz la sala en que estaba.

—Ah!—esclamó de repente.

Habia visto á la condesa.

Dirigióse línea recta á ella procurando aunque en vano contener la emocion que sentía.

La condesa al verle, se le adelantó diciéndole:

—Cómo! habeis dejado el sitio que os cedi?

—Para venir á encontraros, señora—dijo Orso queriendo desaprovechar un tiempo precioso..

—Eso sí que es de agradecer, teniendo como teniais un tan buen lado, lado que me consta estimais mucho.

—Efectivamente, señora, pero eso mismo os dirá que no estimo menos el vuestro.

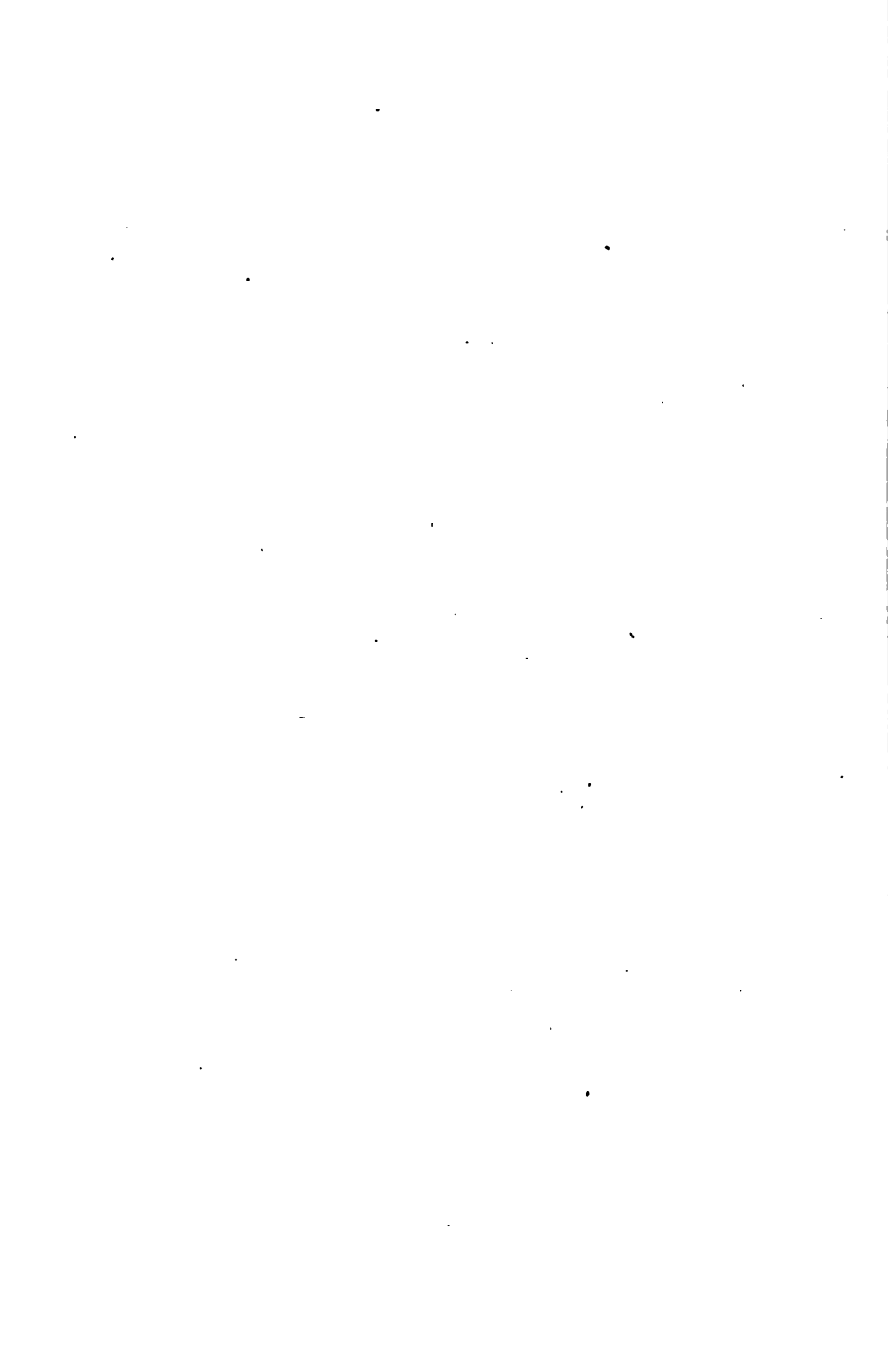
—Dadme pues el brazo, y sustituireis al caballero Margarit.

Orso dió el brazo á la condesa y ya iba á preguntarla directamente acerca de la voz que le fué dada en la Catedral, cuando un incidente que Orso maldijo con todo su corazon vino á distraerle de su objeto, ó, mejor dicho, á ponerse de por medio imposibilitando su decidida intencion.

Dos caballeros parados á un lado de la sala en animada conversacion se ofrecieron á la vista de la condesa.

La de Fiorerosa al verlos sintió saltar el corazon del pecho y en sus ojos brilló una alegría semi-salvaje.

Eran don Juan de Colmenar y el alguacil real Miguel Moaredon que estaban hablando del negocio que sabemos tenian ambos.





Os he llamado para presentaros este caballero.

—No quiero desperdiciar semejante ocasion—dijo para sí la condesa al verlos.—Será una escena sublime!

Y levantando graciosamente la mano les hizo seña de que se acercasen.

Colmenar y Monredon obedecieron instantáneamente.

—Conque he de llamaros yo todavía para tener el gusto de saludaros?—dijoles la condesa con cierta coquetería, si cabe semejante palabra en una mujer de su carácter.

—No, condesa—respondió con satisfacción don Juan de Colmenar—recordad que antes...

—Me habeis hablado vos, sí; pero fué un momento nada mas: y en cuanto al señor hasta ahora....

—Hubiésemos ido antes sino estuviéseis tan ocupada, señora.

—No es reconvenccion, señores.....

—Con mejor gusto la aceptamos, aunque lo sea, pues no haria sino probar una vez mas vuestra amabilidad para con nosotros—dijo satisfecho Colmenar.

—Os he llamado para presentaros este caballero que ha venido de Italia.

—Muy señor nuestro—dijeron á la vez Colmenar y Monredon. Orso inclinó ligeramente la cabeza.

—Es un valiente que ha probado su valor hasta la temeridad peleando en vuestros tercios en el Rosellon.

—Señora....—dijo Orso bajando ligeramente la cabeza.

—Se conoce bien en su porte—añadió Colmenar.

—Gracias, caballero, pero os suplico—añadió Orso dirigiéndose á todos—que no continueis esa conversacion que es para mí embarazosa.

—Estos caballeros son don Juan de Colmenar y el señor alguacil real don Miguel Monredon.

—Muy señores míos—dijo Monteferro que hizo un ligero movimiento al oír el nombre del padre de su amada.

Luego añadió la condesa señalando á Orso á los asesinos de su padre:

—Y este jóven se llama Orso de Monteferro.

—Monteferro!—esclamaron á un tiempo Colmenar y Monredon palideciendo mortalmente.

En los labios de la condesa brilló una sonrisa de satánica alegría.

—Le conoceis ?

—No—dijeron á la vez los interpelados.

—Como repetisteis su nombre...—añadió con afectada candidez la condesa.

—Es que su terminacion me hizo recordar al principio otro nombre que no puedo oir sin horror —dijo Colmenar con toda la habilidad del disimulo que tenia en ciertas ocasiones.

—Cuál?—preguntó la condesa que gozaba admirablemente acosando á los dos.

—El de Tallaferro, condesa—respondió perfectamente Colmenar.

—Lo mismo me ha sucedido á mí—añadió Monredon que de buena gana hubiese abrazado á su compañero por tan magnífica salida.

La condesa la comprendió desde luego, y como para vengarse de la parte de placer que le quitaba, continuó refiriéndose á Monteferro.

—Es corso... ya sabeis, de ese país donde la venganza es como un precepto de religion....

Colmenar y Monredon estaban como sobre ascuas.

La condesa á medida que más lo conocia proseguia con mas gusto :

—Ya habeis ambos estado en aquel país...

—Sí —dijeron los dos á un tiempo, haciendo terribles esfuerzos para disimular la profunda sensacion que les causaban las palabras de la condesa.

—Ya habreis oido decir como se vengan los corsos !

Colmenar y Monredon estaban en un potro.

Monteferro aunque en bien diverso sentido, padecia tambien horriblemente. Veia que el tiempo transcurria con mayor celeridad de lo que él hubiera deseado y á aquella mujer que ignoraba la terrible ansiedad de su corazón se entretenia en vulgaridades, así lo creia Monteferro, con aquellos dos hombres que con un soplo hubiera por esta sola circunstancia, hecho desaparecer de su presencia y hasta de la faz de la tierra.

—Oh! se vengan de una manera terrible! — dijo Colmenar respondiendo á las últimas palabras de la condesa procurando dar á su acento toda la posible serenidad.

—Y vos participais tambien , Monteferro —continuó la condesa —de la misma índole que vuestros compatriotas?

Orso no comprendia como la condesa podia entretenerse destrozando su corazon tocand^o un punto semejante y tratándolo , así al parecer , con tal indiferencia. Así contestó brevemente :

—Sí, señora.

—De suerte que si tuvieseis alguna injuria que vengar...

—Buscaria al que me la hubiese inferido , aunque se escondiese en las entrañas de la tierra!...

Colmenar y Monredon palidieron.

La condesa sentia una satisfaccion inexplicable.

Orso dijo luego para sí , pues notó esta satisfaccion de la condesa :

Ahora comprendo lo perversa que debe ser esta mujer , cuando sabe lo que yo sufro y se entretiene tan á sangre fria , gozando aun en una conversacion sin otro objeto que desgarrarme el alma.

La condesa continuó :

—Lo hariais así?

Orso que no podia ya mas , exclamó con acento terrible :

—Y no dormiria ni tendria una hora de reposo , hasta encontrarle y clavarle mi puñal en el fondo de su corazon!

Y sus ojos al pronunciar estas palabras arrojaban chispas del fuego de la venganza en que su alma se abrasaba.

Monredon y Colmenar que oyeron perfectamente las palabras de Orso , no perdieron su terrible mirada.

La condesa entonces concluyó :

—Cuidado , señores , pues , en jugarle alguna á este jóven!...

—Nosotros.... dijeron á un tiempo balbucientes y confundidos el álg. acil y don Juan.

—Señora! — exclamó entonces Orso sóriamente — os chanceais , os buriais acaso de mí?...

—Yo no me burlo nunca de nadie y menos de una persona como vos — respondió gravemente la condesa.

Luego dirigiéndose á Colmenar y al alguacil y en tono mas jovial repuso:

—No debeis estrañar , señores , esta suceptibilidad de mi jóven caballero ; es corso por una parte , y por otra viene de una raza que no tolera ni la chanza en materias de este género. Oh! he oido hablar bastante de su familia y son tan terribles como nobles ; tan buenos amigos , como malos enemigos....

—Os dejamos , condesa — dijo Colmenar que no podia resistir ya mas.

—Pues ?

—Vamos á hablar de un asunto que luego os participaremos.

—Esta salida fué otra de las tonterías que á veces cometia Colmenar.

—Como gusteis — dijo la condesa.

—Hasta luego.

Y asi saludaron sin dirigir á Orso la menor palabra y si solo inclinando ante él ligeramente la cabeza.

Monteferro no hizo tampoco mas que imitarles.

Al alejarse Colmenar y el alguacil, Orso respiró como si acabara de aliviarse de un gran peso.

Lo era, efectivamente, y no pequeño para él, la presencia tan inoportuna de aquellos dos nombres en momentos tan críticos y tan preciosos.

—¿Qué decis á esto , Monredon? — preguntó Colmenar á su amigo , asi que se hubieron separado de la condesa.

—¿Qué quereis que yo diga? que es una terrible casualidad.

—¿Habeis observado la cara de ese jóven ?

—¿Por qué?

—¿La habeis mirado bien ?

—Sí.

—A quién se parece ?

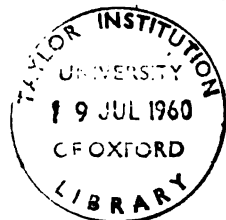
—Es la misma de su padre.

—Exacta.

—Y á qué habrá venido á Barcelona ?

—Que sé yo....

—Y no lo adivináis ?



—No.

—Pues ha venido á buscarlos á nosotros.

—¡A nosotros!

—Sí.

—No comprendo....

—¿Que no comprendéis?...

—¿Para qué?

—Para vengar á su padre.

—¡Disparate!

—El corazon me lo dice , Monredon.

—Hace ya muchos años....

—No importa.

—Y este chico debia ser entonces un niño.

—No le hace.

—Monteferro , además , murió sin hablar....

—Quién sabe....

—Son recelos vuestros infundados.

—No , Monredon ; el corazon me lo dice , y en semejantes casos no me engaña nunca mi corazon.

—Alejad todo cuidado , porque ahora recuerdo una circunstancia , que no da lugar á tenerlo.

—Cual ?

—El chico habia de saber nuestros nombres .

—Sí....

—Pues al oírlos de boca de la condesa no le han hecho la menor impresion.

—¿ Vos no lo habeis reparado ?

—No.

—Pues yo sí— dijo Colmenar.

Es cierto que el miedo aumenta los objetos.

Colmenar , que tenia un instinto bastante inclinado á la observacion , habia visto realmente cierta ligerísima impresion , que dió á conocer Monteferro al oír el nombre del padre de Clara , pero esto , que en cualquiera otro caso hubiere despreciado Colmenar por pequeño é indiferente , lo recordaba entonces , dándole la interpre-

tacion y la magnitud á que el estado de su ánimo le inducia.

—Pues yo no observé nada— replicó Monredon.

—Yo sí, y no lo dudeis— repuso Colmenar— he observado la impresion que nuestros nombres han producido en él.

—Pues la ha disimulado bastante.

—No tanto que yo no la conociera. Además el corso une á su instinto de venganza la sagacidad y el disimulo, y antes vereis el golpe encima que habreis tenido tiempo de prevenirlo.

—Segun eso, vos temeis....

—Que ese hijo de Monteferro viene directamente á vengar la muerte de su padre, y que no debemos aguardar á tener una prueba cierta de ello, pues si esperamos esta prueba, es fácil que la veamos en nosotros mismos cuando ya no sea tiempo.

—Y ¿qué pensais hacer?

—Qué pienso?

—Sí.

—¿Qué hicimos con el padre?

—Pero con el hijo, no hay pretexto....

—Se busca.

—Conforme.

—Ese muchacho, no lo dudeis, Monredon, será una sombra que nos seguirá siempre y á todas partes.

—Pues esa sombra se desvanece....

—Y cuanto antes.

—Pensemos el medio mejor.

—Y sabeis— continuó Monredon— que ha sido ocurrencia la de la condesa sacando semejante conversacion?

—Una ocurrencia fué de diablo.

—Como todas las suyas.

—Y ¿de qué conocerá á Monteferro?

—Qué sé yo.

—Convendria saberlo.

—¿Para qué?

—Porque, segun la intimidad de la condesa con él, tal vez por ella podríamos saber....

— De ninguna manera. A la condesa no debemos ni mentarla eso siquiera.

— Como juzgueis....

— Porque si no lo sabe....

— ¿Cómo ha de saberlo?....

— Esa mujer es el mismo diablo, y nunca con mas razon podria decir el vulgo que tiene pacto con él, á estar enterado de los secretos que posee sin saber cómo, y de otras circunstancias estrañas y misteriosas....

— Como por ejemplo el singular escudo de sus armas.... — añadió Monredon, que no podia quitarse nunca de la cabeza la presencia de aquella calavera en el gabinete y en el jardin de la condesa.

— Pues decia que no es prudente decir ni indicar nada de eso á la condesa, porque, si no lo sabe, será darla á conocer que tememos algo de Orso, y esto podria comprometer mas nuestra situacion; y si lo sabe, cuando esta se ha reservado con nosotros sobre esto, es inútil pretender sacarla de su reserva.

— Teneis razon.

— Aquí lo que importa es ir cuanto antes directamente á destruir el primer vestigio que, despues de tantos años, descubrimos ahora.

— Sí.

— Nosotros debemos obrar en este caso independientemente de la condesa y de todo el mundo. Este Monteferro es hijo de aquel. No sabemos de una manera positiva, aunque tenemos motivos de presumirlo, si viene á Barcelona con el objeto de vengar la muerte de su padre; pero puede ser. Antes, pues, de que él nos alcance á nosotros, alcancémosle nosotros á él.

— No se hable, pues, mas del asunto; sino para convenir en el medio de llevar presto á cabo nuestro proyecto.

— Ese medio será muy fácil.

— ¿Cómo?

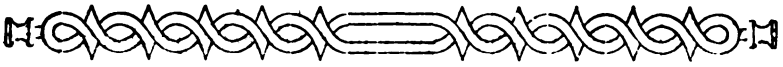
— Y ¿me lo preguntais vos, siendo alguacil real?....

— Teneis razon — dijo Monredon, comprendiendo y aceptando la idea de Colmenar en hacer servir tan vilmente el

oficio que el infame cómplice de esto desempeñaba en Barcelona.

En tanto que Colmenar y Monredon piensan y convienen en el modo de hacer desaparecer á Monteferro, voltamos á este y á la condesa, sin abandonar á Margarit.





LII.

ORSO Y LA CONDESA. — SOSPECHAS DE MARGARIT.



El presidente de la *Hermandad de la Muerte* se alejó profundamente afectado del lado de la condesa.

Lo que esta le habia dicho, y que afirmaba mas y mas la fama que gozaba de su sagacidad y privilegiado talento que talento y sagacidad al par que una gran constancia, se necesitaba, para pensar primero, en que fuera Margarit el autor y presidente de la *Hermandad*, y luego una regular constancia en espiarle para tener de ello una prueba, hasta el punto de ir ella misma disfrazada de hombre á su cabaña; todo esto, pues, que la condesa habia dicho á Margarit, no afectaba á este tanto como la expresion de verdad con que le afirmó y hasta cierto punto le probó que no era amiga, ni mucho menos del partido dominante en Barcelona.

A eso de las doce pensaba Margarit dar la señal para el golpe, esto es, para el incendio; pero al separarse de la condesa, pensó

adelantar la hora , creyendo que , pues ella sabia ya cuanto podia saber , no debia demorarse mas.

Así lo indicó claramente cuando , al pasar por delante de Monteferro , le tendió la mano , dándole la voz de *prevenido*, que heló la sangre en las venas al hijo que no podia vengar á su padre y al amante que tal vez no podria salvar la vida á su amada.

Margarit bajó rápidamente á la calle.

Eran las once y cuarto.

Pocas personas vió de consiguiente por su alrededor.

El público , curioso , se habia ya retirado.

Aquellas pocas personas que se veian ya plantadas frente á la casa figurando meros curiosos , ó pasando de uno á otro lado de la calle , no eran suficientes en número para dar el golpe con todo el estrépito que requeria.

No es estraño , antes al contrario , que los *hermanos* que tenian la órden del presidente para las doce , no se hubiesen anticipado sino en corto número.

Ya hemos visto que las órdenes de este se obedecian exactamente en todas partes , sin faltar en lo mas mínimo , ni en el tiempo ni en la materialidad de la ejecucion.

— ¡Hay poca gente! — dijo Margarit , despues de haber salido y reconocido la plazoleta y calles contiguas. — No hay mas remedio que aguardar.

Luego se dirigió al sitio donde estaba antes el Fadri , en el cual ó cerca del cual permanecia esperando las órdenes de Margarit.

— Fadri.

— Señor....

— Poca gente se ve todavía....

— No es la hora que designasteis.

— Ya lo sé.

— Ya veis que hasta las doce....

— Pensaba , no obstante , adelantar el golpe.

— Pues ?

— Ese diablo de mujer lo sabe todo.

— ¡Cómo! — dijo sobresaltado el Fadri.

— Sí , todo.

—Pero ¿lo de esta noche tambien ?

—Eso se lo he dicho yo....

—Ahora os comprendo menos , señor.

—No hay miedo por eso ; del modo como lo tenemos , lo mas que podria suceder es que se delatase ahora que tenemos un gran plan para esta noche ; ya ves que al primer sintoma de delacion que notásemos , daríamos el golpe sin que pudiesen prevenirlo. Todo consistiria en que habria mas ó menos gente en los primeros momentos , pues luego acudirian instantáneamente todos los nuestros.

—Eso es verdad.

—Pues sí , lo sabe todo — continuó Margarit insiguiendo la idea que tenia fija en la imaginacion.

—Además de lo que la reveló Martin Andal ?

—Sí, sabe que yo soy el autor de la sociedad y su presidente y la reunion de la Catedral y que voy á la cabaña de Monserrat donde sustituyo al ermitaño cuando me conviene , en fin todo.

—Pues señor , es el diablo esa condesa.

—Lo que es una mujer de un talento privilegiado y una penetracion maravillosa.

—Es preciso concluir con ella.

—Poco á poco. Porque entre las mil cosas que pienso en este momento, me ocurre una, que por estraña que sea... quién sabe... á veces....

—Decid , si es que puedo yo saberlo....

—Sí puedes saberlo y eres tal vez la única persona que pudiera dar una luz sobre esto.

—Oh! decid, decid.

—Entre otras cosas que me ha dicho la condesa y que me han admirado verdaderamente, la que mayor impresion me ha hecho, es la de que ella no es amiga del gobierno y sí del pueblo.

—De veras ?

—Lo que oyes.

—Se necesita toda la poca vergüenza y toda la desfachatez de la persona que se atreve á dar un baile con el objeto y el motivo que tiene el baile de esta noche.

—Pero no es esto todo.

—Hay mas todavía ?

—Sí : hay que me ha dado razones tan poderosas que casi me han probado lo que me decia.

—De que ella no era amiga del gobierno ?

—Y de que trabajaba para que el pueblo llegando al colmo de su irritacion , se levantase un dia.

—No deja de ser extraño lo que decís....

—Y tanto , Fadri. Porque la condesa sabe todavía otra cosa....

—Cuál ?

—Quien tiene el puñal que tú no encontraste ya en el sitio donde lo escondió don Juan.

—De veras ?

—Lo que oyes.

—Imposible !

—No sacaron de allí el puñal ?

—Sí.

—Pues alguien tenia que saberlo....

—Es verdad.

—Hace dias que yo sabia eso, porque fué una voz que le hizo dar á Monteferro en una iglesia, diciéndole que fuese á ver á la condesa, que le informaria de quien tenia el nombre de los asesinos de su padre; pero de eso simplemente, no hice caso entonces : mas al considerarlo ahora unido á las varias otras cosas que veo en esa mujer, me da mucho en que pensar.

—Efectivamente.

—Sobre todo la última que me ha dicho al dejarla.... tiene una grandísima significacion.

—Cuál ? — preguntó el Fadri á quien la confianza de Margarit le daba en cierto modo un derecho de permitirse esta libertad.

—Cuando yo le he dicho que si no me daba en el momento una garantia que me asegurase de la verdad de sus palabras, dentro de pocos momentos iba á convertir en un lago de sangre aquellos salones y á reducir tal vez el palacio á cenizas, pues que el edificio estaba ya tomado por mí, me ha respondido que en ese caso se levantaria ella tambien poniéndose á nuestro lado, y que todos, incluso yo,

la respetaríamos y hasta la acataríamos con sola una palabra que pronunciase.

—Eso ha dicho?

—Eso.

—Quién es entonces esa mujer?

—Es la misma que me preguntó yo, Fadri. ¿Quién es esa mujer?

—Es particular! — dijo el Fadri reflexionando profundamente.

—Oye, Fadri.

—Decid, señor.

—Tu conocerías á doña Juana?

—¿Qué decis?... — preguntó el Fadri sobresaltado ante semejante pregunta.

—Si conocerías á doña Juana?

—Pero porque me preguntais eso? Creéis acaso...

—Yo no creo, ni debo creer nada en este momento.

—Imposible, señor!... — exclamó el Fadri anticipándose á lo que iba á decirle Margarit.

—No corrió la voz de que doña Juana se había escapado?

—Sí; pero esa voz adquirió poca consistencia. Desgraciadamente, no puede haber duda de que murió.

—Puede ser que eso sea; pero ¿no eres muerto tú mismo para todo el mundo, escepto para mí, y no hay quién juraría que te he visto morir y reñirla hasta con su hermano si le sostenía que éras vivo?

—Es verdad; pero este otro caso es distinto.

—Es igual, Fadri.

—Y bien, qué pensabais decirme?

—Que tú deberías conocer á doña Juana?

—¡Ojalá! señor. Ya lo creo que la conocerías, aunque se difrazara, de que os diré, de obispo, la conocería yo!... ¡Ojalá! como ella me conocería á mí también... ahora, siendo cierto que es cadesa, como reina que fueras.

—Mira, no perdemos nada. Entre nosotros ha de quedar el secreto; y en caso de que no salga como yo pienso, tú sabrás guardarle siempre, pues sería, para mí especialmente, ridícula semejante credulidad.

- Decid,
- Convendría que vieses á la condesa.
- Que yo me presentase!...
- No, verla no mas.
- No hay inconveniente.
- Ha de ser ahora mismo porque no nos queda tiempo apenas.
- Pero cómo lo hago para verla?
- Subiendo arriba á los salones.
- Con mi traje!
- Es verdad. El traje se muda; tomas otro más.
- Pero yo la cara, señor... y el porte! no se muda eso tan fácilmente!

—Qué diablos, no van ahora á reparar... y sobre todo conviene.

—Basta, señor.

—Ve pues á mi casa, vistete y vuelve.

—Vos me aguardais!...

—Aquí mismo; si no me encuentras en este sitio, espérame.

El Fadri partió volando.

Margarit se quedó en la calle paseando embozado por el sitio mas apartado y reflexionando sobre el presentimiento que tenia.

Mientras este aguarda al Fadri, volvamos un momento á ver á la condesa y á Monteferro.

Orso tenia ya con la conversacion que la de Fioreressa habia provocado con el Alguacil y Colmenar, el camino trillado para ir derecho á su asunto.

Apenas se vió solo con la condesa, exclamó:

—Dispensad mi franqueza, señora; pero me molestaba sobremanera la presencia de esos hombres.

—Ved; pues, que al uno principalmente estais en la obligacion de quererle.

—Por qué?—preguntó sencillamente Monteferro.

—Porque es el padre de la mujer que amais.

—Y quién os ha dicho...

—Oh! no querais nunca averiguar como yo sé las cosas que os digo; ved solamente si es cierta esa.

—Con efecto, señora, es verdad.

—Me place en extremo que hayais tenido tan buena elección, vos la merecéis, así como ella os merece á vos.

—Es un ángel.

—Y su padre un condenado! pero decidme con franqueza, Orso; amais mucho á Clara?

—Con toda mi alma!

—Y os seria muy difícil romper con ese amor?

—Por qué me decís eso, señora?

—Respondedme.

—Me seria mas fácil pues desprenderme de la misma vida!

La condesa levantó los ojos al cielo bajándolos luego al rostro de Monteferro en señal de la mas profunda compasion.

Orso ante aquella mirada exclamó:

—Por Dios, señora, que vais á volverme loco si os habeis propuesto jugar con las dos cosas que para mí hay mas sagradas en el mundo....!

—No me juzgueis tan mal, Monteferro. Sois muy jóven y os aconsejo que no seais precipitado en formar tan ligeros juicios de la gente.

—Pero, señora, es que no sé que pensar, por mucha que sea la confianza que en vos tengo y que me habeis inspirado desde el primer momento de veros; pero en una ocasion, la primera que oí vuestro nombre, de parte vuestra, segun creo, me diéron un avist misterioso en la Catedral hablándome de la venganza que me legó mi padre. Por los términos del aviso concebí que venia de vuestra parte y esta noche he pedido persuadirme de ello por el doble sentido de vuestras frases, cuando tuve la honra de presentarme á vos y luego por la conversacion que acaba de pasar....

—Sí.

—Despues, salís ahora hablando de mi amor de una manera.... que....

—Concludid sin rebbo.

—Que no sé como calificar, pues parece os gozáis acumulando sobre mí los mayores tormentos que pueda yo tener.

—Pues con todo eso, os equivocais grandemente al juzgarme de mal carácter.

—En fin, condesa, ya sabéis por qué estuve á veros el otro día que no os encontré y por qué he venido esta noche á este baile.

—Sí.

—Vos al parecer, sabéis quienes son los asesinos de mi padre.

—No.

—Entonces... —esclamó Monteferro sobresaltado y mirando con desconfianza á la condesa.

—Pero puedo encontrar medio de descubrirlos.

—Ah! pronto, condesa, pronto! dadme por Dios ese medio.

—Despacio, despacio, caballero.

—Oh! no os goceis más en atormentarme de esta suerte.

—Os he dicho y os prevengo ahora que no volváis á usar semejante especie, si no quereis que cede todo entre los dos.

—Oh! perdonadme, señora, pero vos no sabéis lo que yo sufro. Yo daría diez años de mi vida, que diez años de toda mi vida, mi mismo amor, por descubrir ese secreto y por el tiempo necesario de cumplir con el santo legado de mi padre. Porque mi padre, señora, fué asesinado!

—Ya lo sé.

—Pero lo fué vilmente y encargó al morir su venganza á su hijo.

—Sé todo eso.

—Pero no sabéis seguramente lo que es una venganza!

A estas palabras los ojos de la condesa brillaron con un fulgor siniestro, en sus labios se deslizó una sonrisa llena de amargura.

—No sabéis — prosiguió Monteferro — no porque no podéis saberlo, que cuando esta venganza tiene el origen en el dafío, en la muerte alevé y traidora de una persona querida que imposibilitada de tomarla por sí, la legó al morir como única herencia á su hijo y la voz de la víctima resuena constantemente en los oídos excitándole á tomarla!

—Basta! Monteferro — interrumpió la condesa.

—Vos no sabéis eso, señora!

—Basta os digo! — repuso con tal acento de autoridad que Monteferro á pesar de la inocencia que sentía, no tuvo valiente para replicar, dominado por aquella mirada severa y aquel acento soberano.

Orso. Volved á verme mañana y hablaremos.

—Mañana...

Clara. ¡Si mañana!

Orso. Será tarde, señora.

—Por qué?

Orso. Porque vos digis que será tarde. Yo una vez no puedo tampoco decirlo más.

Clara. Pero está tarde en qué concepto? decid.

Orso. En qué concepto?... preguntó vacilante Monteferro.

Clara. ¿En qué concepto?

Orso. En concepto de que mañana ya no existirá.

—Entonces... os lo juro; vengaré yo á vuestro padre—repuso acampanado la condesa.

Clara. Es que vos...

Monteferro se detuvo como el caminante al pié de un precipicio que de repente se abrió á sus piés.

—Yo... qué? decid.

—Qué os importa á vos, señora, los asesinos, de mi padre?

La condesa volvió á sacarse con igual amargura que antes y sus ojos brillaron de nuevo con aquel mismo siniestro fulgor.

—En fin, condesa, podeis ó quereis darme ese medio?

—Ya os he dicho que por hoy no puede ser: aguardad á mañana y hablaremos sobre ello.

—Repito, por última vez, condesa, que mañana será tarde!—esclamó Orso con tan lastimoso acento que la condesa no pudo menos de conmoverse.

Bien hubiese querido la de Fiorocosa revelar con una sola palabra todo el secreto que Orso deseaba tan ardentemente descubrir, entregándole á la vez el puñal en que consistia todo el legado de su padre; pero la detenía una grave consideracion.

Habia observado y conocido el amor que Orso profesaba á Clara; aquel le habia dicho poco antes, cuando con toda intencion se lo preguntó, que amaba á esta tanto, que diera por su amor hasta su misma existencia; y ¡cuán triste habia de ser la situacion del jóven amante, cuál su desesperacion al abrir el fatal secreto del arma

que le legó su padre, para leer la terrible sentencia que él mismo tenia que ejecutar en el de su amada!

La condesa comprendia esto, y se tomaba tiempo, sino para salvar semejante alternativa, para aminorar su efecto en el ánimo de Monteferro.

Además, Clara, la bella y candorosa Clara, cuya bondad de corazón se revelaba en su hermosísimo rostro, había también interesado á la condesa, y el trastorno que á la pobre niña esperaba, no pesaba menos que lo otro en la consideración de la de Fiorerosa.

Hé aquí porque la condesa retenia á Orso el secreto, en virtud del cual habia ella misma hecho darle el aviso de que fuera á verla con el objeto de descubrirselo.

Pero Monteferro que ni por sueños podia imaginar semejante causa en la conducta de la condesa, y que por otra parte veía volar el tiempo, pues creía firmemente que dada las doce no estaria ya la condesa para ocuparse de él, se desesperaba mas y mas á cada momento.

Así dijo por última vez y soltando el brazo de la condesa:

— Señora! Quereis descubrirme quiénes son los asesinos de mi padre si lo sabeis, ó bien dónde encontraré el legado suyo en el cual los señala á mi venganza?

— Pero Monteferro...

En este momento dieron las doce.

— Ah! — gritó Orso.

Varios caballeros acudieron á este grito.

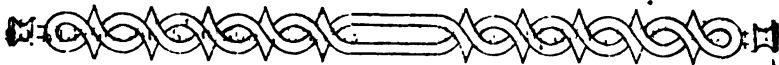
Orso se serenó de repente.

— No es nada, señores: tengo una herida en una pierna... senté malamente el pié y me ha hecho dar este grito... Mil gracias... dispensadme, que no es nada... ya lo sé de otras veces...

Y diciendo esto, corrió al lado de Clara, exclamando en su interior:

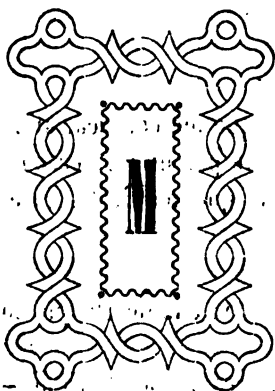
— ¡Ah! Al menos vamos á salvar á Clara!

Al decir esto, Orso se volvió hacia la condesa, y con un ademán de desesperación le dijo:



LIII.

EN QUE SE VE QUE ES MAS FÁCIL VESTIRSE DE CABALLERO
QUE PARECERLO.



MONTEFERRO fué á sentarse al lado de Clara, pues todavía encontró desocupado el sitio que le habia dejado la condesa.

Y no porque no fuese aquel el lugar mas codiciado del salon, sino porque ninguno de los jóvenes caballeros que alli habia, conocia á Clara de trato y poquísimo de vista, y además que aunque esto en buena sociedad ni entonces ni ahora ha sido un inconveniente, la hermosura de la hija de Colmenar pertenecia á ese género

de belleza que impone al tiempo que cautiva, y que por sí establece cierta respetuosa distancia hasta con los hombres mas atrevidos.

Además, todos sin escepcion notaron antes que aquel sitio habia estado ocupado por Monteferre, y el continente del joven corso

imponía tanto, aunque en distinto sentido, como la hermosura de Clara.

A su lado, pues, como decimos, volvió á sentarse Orso, aguardando la primera señal de la catástrofe para arrebatlarla fuera de aquel sitio.

En tanto Margarit que veía ir acudiendo al rededor del palacio la gente por su órden allí citada, esperaba en la referida esquina la vuelta del Fadri.

Este no se hizo esperar.

Un ruido descompasado de botas y espuelas, como si la persona que las llevaba tratara de sacudirlas al lanzar el pié, hirió los oídos de Margarit y al volver la cabeza se encontró ya á su lado con el Fadri hecho todo un caballero.

—Perfectamente! — exclamó. — Ahora arriba porque han dado ya las doce y no hay tiempo que perder.

—Pero, señor....

—Qué?

—Lo habeis pensado bien?...

—El qué?

—El que yo suba al baile!...

—Esta tenemos ahora?...

—Es que me van á conocer....

—A tí.

—No digo á mí, que no hay nadie en él que me conozca, aunque fuera con mi propio traje; y además que por un raro caso he tenido la precaucion de ponerme esta barba que me desfigura el rostro por completo.

—Pues?

—Sino porque.... que sé yo.... el dios.... va á indicarle que no soy caballero al que pase por mi lado.

—Irás de mi brazo y si alguien pregunta, eres un caballero aragonés que vives retirado en tus posesiones.

—Vamos, vamos.

—Además que la cosa no ha de durar gran rato.

Dicho esto ambos como habia dicho Margarit, se cogieron del brazo y entraron con la mayor serenidad en el baile.

La escalera continuaba iluminada con la misma profusion de hachas, y Margarit tuvo que morderse mas de una vez el labio para no reirse, cuando al subir volvia la vista y observaba la facha que hacia su compañero.

Este subia impasible mirando al frente y sin hacer caso de nada, incluso dos tropezones que dió al subir.

Cuando Margarit y el Fadri entraron en el baile la condesa estaba ya otra vez en el salon principal.

Monteferro, al verla, se levantó ofreciéndola á su vez el asiento que poco antes le habia dejado.

La de Fiorerosa, como si nada hubiese sucedido, le dijo:

—Podeis aprovecharlo todavía, yo me encuentro mejor paseando y vos juzgo que estareis tambien mejor sentado ahí.

No habia medio de guardar rencor por mucho tiempo á aquella mujer, con tal de que tuviese otra ocasion de poder hablar á la persona que antes hubiese resentido.

Con una palabra, en un momento, la condesa recuperaba toda la simpatía que hubiese podido enagenarla cualquiera otra circunstancia.

Monteferro inclinó la cabeza dejando deslizar por sus labios una ligera sonrisa de verdadero agradecimiento á pesar de todo; porque prescindiendo de lo poco antes sucedido, á la amabilidad de la condesa debia entonces la proximidad en que se hallaba de Clara y por consiguiente la mayor probabilidad de poder así salvarla cuando llegase la catástrofe que esperaba por instantes.

—Pardiez!— Decia Orso para sí, mirando y volviendo á mirar el péndulo y viendo cada vez que la aguja pasaba mas allá de las doce.
—Cómo todavía no!...

Ya era con efecto extraño, no ver despues de diez minutos de las doce, arder el palacio en abrasadoras llamas, ó, cuando menos, envuelto en una nube de humo, atendida la prontitud y precision con que se llevaban á ejecucion todos los acuerdos, de cualquier género que fuesen, que tomaba la *Hermandad de la Muerte*.

Lo mismo extrañaban los demás *hermanos* que en las salas contiguas estaban esparcidos, temiendo y con fundada razon que algun agente del gobierno observase aquellas sombras que se mo-

vian al rededor del palacio y diese luego parte á las autoridades; lo cual si no hubiese evitado, porque del modo como la cosa estaba dispuesta era de todo punto imposible, que estallase el golpe que preparado habia, hubiese cuando menos traído mas de un estorbo que hubiera embarazado bastante en los primeros momentos.

Margarit tenia tambien sus cuidados sobre este punto, así es que tratando de ganar todo el tiempo posible y llevando del brazo al Fadri, cuyo aspecto y cuya cara, no vista ni conocida de nadie en los salones, llamaba bastante la atencion de todos fijando no poco esta circunstancia la del antiguo bandolero; Margarit, decimos, á fin de dar cuanto antes con la condesa, atravesaba los salones abriéndose paso entre la concurrencia, con mas impaciencia tal vez de la que conviene en semejantes sitios.

Poco le importaba por otra parte que su compañero llamase ó no la atencion.

La circunstancia de llevarlo él del brazo debia ser y era en efecto garantía suficiente para todos.

Presto se hallaron en el salon principal.

Margarit llevó al Fadri á un ángulo del salon.

—Veis en aquel extremo junto á aquel grande espejo de marco dorado una señora con otras dos y tres caballeros?

—Sí.

—Lleva vestido azul...

—Sí, y está de pié, y de medio lado.

—Eso es, que ahora menea la boca.

—La veo bien.

—Y qué?...

—Dejad que vuelva mejor la cara, ó vamos á otro sitio.

—La distinguirás bien desde aquí?

—Ya lo creo.

—Pues estamos bien.

En este momento Orso respiró como desahogándose de un terrible peso.

Con la impaciencia natural en que estaba esperando el terrible accidente de un momento á otro, no cesaba de volver la vista de

uno á otro lado , por ver si podia descubrir la primera señal de alarma que en el baile habia de notarse, y en aquel instante , decimos, mirando hácia el lado donde se hallaban Margarit y el Fadri, habia visto y conocido al primero conversando con el último *tranquilamente*, pues el modo y ademanes de una conversacion tranquila tal vez indiferente, eran los que afectaban para no despertar la mas leve sospecha.

—Pardiez! qué será esto! — decia en su interior Orso que no comprendió la presencia de Margarit en el baile con tal tranquilidad y en aquellos momentos tan sumamente críticos, en que su persona parecia necesaria en otra parte.

El Fadri en tanto no perdía de vista á la condesa.

—Ahora vuelve la cara — dijo de repente Margarit que á su vez tampoco la dejaba de ojo.

—Ya la veo.

—Mírala bien.

El Fadri la tenia fija la vista sin pestañear.

—Es?... — preguntó con la mayor impaciencia Margarit.

—Aguardad.... — respondió el Fadri medio confuso.

—Qué!...

—Me parece... que sé yo.... diria.... no sé lo que me sucede en este instante!

—Pero la ves bien?

—Sí la veo bien.... y por un lado me parece que tiene algo de aquella fisonomía....

—No te turbes, ni te ofusques.

—Si pudiéramos acercarnos un poco mas....

—Nos acercaremos, ven.

Y el Fadri tomando otra vez el brazo de Margarit siguió á este á otro sitio mas cercano del que ocupaba la condesa.

—Desde aquí bien puedes verla.

—Sí, dijo el Fadri sin mirar todavía, para aprovechar todo el efecto del primer golpe de vista.

—A ver! — dijo con redoblada impaciencia Margarit.

El Fadri fijó los ojos en el rostro de la condesa y exclamó:

—Ella es!

—De veras! — dijo con sobresalto y alegría á la vez el presidente de la Hermandad.

—Aguardad un momento....

—Qué!....

—Que me parece ahora....

—Qué te parece?

—Que ya no me lo parece tanto!....

—Por Cristo! — exclamó Margarit.

—Es decir, parecido, lo tiene y no bastante, sino mucho esa fisonomía con aquella.... pero....

—Habla....

—Todo lo demás....

—Qué es lo demás?...

—Sus movimientos y ademanes....

—Míralo bien, Fadri!

Este se pasó la mano por los ojos como para quitarse una nube que en ellos tuviese, sacándola bañada del sudor que inundaba su rostro en el momento de la mayor agonía que sin duda tuvo en toda su vida.

De su respuesta, es decir del resultado de su observacion, pendia en aquellos contados instantes un acontecimiento de gravísimas consecuencias.

El Fadri conocia esto, y semejante idea que no se apartaba de su imaginacion vacilante, hacia perder á la vista gran parte de su natural seguridad.

—Vamos y presto, que no podemos entretenernos mucho rato— dijo Margarit.

El Fadri sintióse doblemente oprimido con estas apremiantes palabras, empezando á sudar pez, como vulgarmente se dice, por todos los poros de su cuerpo.

En este instante oyóse un súbito y mas que regular estruendo en el salon.

El corazon de Monteferro fué el primero que respondió al golpe.

Todos dirigieron la vista sobrecogidos al lugar del ruido....

No era nada; un gran jarro de flores que habia caido al suelo en un ángulo del salon.

Una carcajada se oyó en medio del silencio general é inmediatamente despues del ruido.

El Fadri exclamó de repente :

— ¡Ella es!...

La carcajada era de la condesa.

— ¿Estás cierto?...

— ¡Si! esta vez no me engaña.

— ¡Vámonos pues! — dijo Margarit , llevándose al Fadri.

Todos los concurrentes se agruparon al salon para inquirir la causa del ruido , apiñándose luego hácia el ángulo donde habia caido el jarro para contemplarle en el suelo.

La escogida concurrencia se convirtió en aquel momento en un público vulgar como otro cualquiera. Solo un hombre permanecié en su sitio , dirigiendo á todos lados su intranquila mirada que se apartó desdeshosamente del sitio *de la catástrofe* apenas supo la causa.

Al ver salir á Margarit , aquel hombre se puso pálido como la muerte , exclamando casi á media voz.

— ¡Ahora!...

Era Orso de Monteferro.

Margarit y el Fadri llegaron á la calle.

— Conque ya has visto , Fadri.

— ¡No puedo volver de mi asombro!

— Ahora , como comprendes , debe quedar sin efecto lo de esta noche.

— Precisamente.

— Vamos , pues , á pasar la contraórden.

— Desde luego.

— Mientras me llego yo mismo á la puerta de los almacenes , recorre tú esa plazuela y los alrededores de la casa.

Margarit y el Fadri se separaron.

El primero acercó los labios al agujero de la cerradura y *tosió* tres veces.

De adentro contestaron inmediatamente.

— ¡Paz! — exclamó Margarit — ¡paz! y se alejó.

Esta voz , como deja conocer por sí misma , significaba toda la

suspension del golpe proyectado y preparado para aquella noche.

Al doblar la primera esquina, el presidente de la *Hermandad de la Muerte* tropezó con una de las *sombras* que por aquellos alrededores se veían.

El embozado hizo como que estornudaba *tres veces*, y, contestado que le hubo Margarit, dió á este la voz de *paz*.

Era que, comunicada ya por el Fadri, corría de boca en boca entre todos los *hermanos*.

Dentro de pocos momentos, la plazuela como los alrededores del palacio de Fiorerosa, quedaron completamente desiertos.

Sin inquirir el origen de semejante contraórden, todos los *hermanos* se retiraron á sus casas.

—¡No hay nadie ya!— dijo el Fadri.

—No? Aguárdate aquí, que yo subo otra vez al baile, á ver si hablo con ella.

—Aquí espero.

Margarit subió, y el Fadri se quedó otra vez plantado como un poste en la esquina que sabemos.

La zozobra de Orso no disminuía con la tardanza del *golpe*. Estrañaba, sin embargo, que tanto tiempo trascurriese, sin que la menor señal lo indicase.

—¡Cómo diablos es esto!— decía en su interior— siendo el acuerdo general y estando preparado para esta noche.... si se habrá tomado otra resolución!... ¡Pero imposible!

Aquí recordaba todavía la última espresion de Margarit aquella noche: *prevenido*, y esto de boca del mismo presidente de la *Hermandad*, era suficiente para alejar en Orso toda esperanza en este sentido.

Pero lo cierto era, en medio de todo, que el tiempo transcurría y el golpe no se daba.

¿Habria habido algun entorpecimiento, por causa de un obstáculo material al tiempo de la ejecucion?

—Si eso fue — volvía á decirse Monteferro — si por este feliz motivo no se efectuase esta noche.... mañana oh! mañana tendria tiempo de todo!...

Y su vista, como antes, no dejaba de vagar por todas partes esperando por eso la primera señal.

—Ah!—esclamó de repente.

Acababa de aparecer en la puerta del salon la grave figura de Margarit.

En la espresion de su fisonomía Orso creyó descubrir algo... No se esplicaba la causa, pero la presencia de Margarit en aquel momento que bien podia anunciar la proximidad de una terrible catástrofe en aquellos salones, léjos de decirle eso como debiera con los antecedentes que tenia, le alegró, sin saber, repetimos, la causa.

Es que en ciertas situaciones de la vida el corazon es el nuncio mas fiel del bien ó del mal que nos aguarda.

Monteferro estaba entonces mas intranquilo que nunca.

Empezaba á dudar que se llevase á efecto ya el plan preparado.

La duda es la madre de la intranquilidad.

No pudo con ella permanecer quieto en su asiento y se levantó yendo á encontrar á Margarit.

Este que vió en la fisonomía de Monteferro la huella de los horribles sufrimientos de su corazon durante aquella noche, y en antecedentes, por otra parte, como estaba, no necesitó que le dijese el otro el objeto con que iba á encontrarle.

Antes, pues, de que Orso preguntara le respondió Margarit.

El primero se acercó con esa mirada insinuante que dice mas que todas las palabras el deseo que tenemos de alguna noticia, y el último se apresuró á decirle á media voz :

—Paz!

Es imposible manifestar la emocion que sintió en aquel momento que no pudo menos, creyendo apenas lo que oia, de preguntar:

—De veras?

—Sí—dijo sonriendo Margarit que, apreciando como apreciaba á Orso, participaba de la satisfaccion de este que comprendía perfectamente.

—Me dais con ello la vida!...

—Habeis descubierto algo?

—Todavía no.

—No desmayeis, pues, repuso con cierta seguridad Margarit.

—Mañana hablaremos , me ha dicho.

—Mañana , pues ó mas tarde, lo sabreis. Yo os lo fio.

—Cómo ?

—No puedo deciros mas en este momento.

Monteferro no insistió mas. Tenia á Margarit demasiado respeto para volver á preguntarle, á pesar del sumo interés que para él tenia el asunto, y el grandísimo que en su ánimo habian despertado las palabras del presidente.

—Con vuestro permiso pues—dijo Monteferro en actitud de separarse.

—Adios, Orso. Id á verme cuando querais á mi casa.

—Iré, señor.

—Adios.

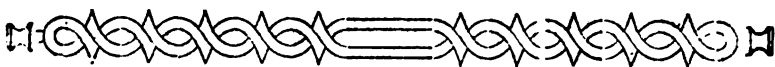
Y Monteferro, tan alegre y tan otro volvió al lado de su amada, que esta no pudo menos de sorprenderse al observar aquel nuevo y repentino cambio.

Margarit tendió la vista y vió á la condesa sentada á la izquierda del salon frente á su primitivo sitio.

—No hay un lado que poder ocupar...—se dijo á sí mismo—veremos si luego consigo hablarla otra vez.

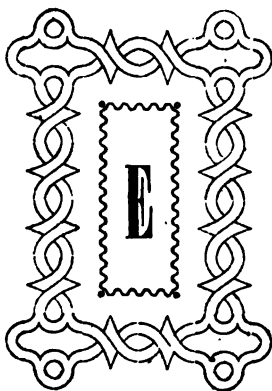
Y salió del salon , dirigiéndose al jardin.





LIV.

EN QUE CAE EN UN POZO EL GOZO DE MARGARIT Y EL FADRÍ.



El jardín de la condesa estaba poco frecuentado, y Margarit podía pasearse en él á sus anchas, y entregarse á las reflexiones que le sugeria el notable descubrimiento que acababa de hacer con la ayuda del Fadrí de Sau.

—Sí, sí— se decia á sí mismo— hé aquí como sabia el secreto de Monteferro; hé aquí como tambien, conociendo el de la existencia de la Hermandad, le supo guardar, hasta que, sin comprometernos, pudo revelarlo al gobierno de Madrid, y esto para dar un disgusto al virey y obligarle poniéndole, para reconquistar la confianza perdida, en el caso de obedecer ciegamente las órdenes que apenas atendia del ministro, y en la necesidad por consecuencia de apremiar más y más al pueblo.

Esto pensaba Margarit, y era lo natural.

y del cabo pende desenredar una madeja, por enmarañada que esté.

Esto lo experimenta todo el mundo y muy especialmente un talento como el de Margarit, dado de suyo á la induccion y á la deducccion.

A Margarit le pareció, pues, ahora claro como la luz del dia cuanto veia antes oscuro y tenebroso; así como todo lo que antes era motivo de ódio con la condesa de Fiorerosa, se convertia ahora en gérmen de consideracion y afecto con doña Juana de Torrellas.

A las pocas vueltas que dió por el jardin, llegó casualmente á la glorieta que en medio se levanta.

En otra ocasion hemos visitado ya esa glorieta acompañando al alguacil Monredon y á don Juan de Colmenar, cuando en ella les recibió la condesa en la segunda visita que aquellos le hicieron.

Los ojos de Margarit tropezaron con un objeto blanco que se destacaba del fondo verde-oscuro del ramaje.

Se acercó á examinarlo, y no pudo contener al pronto un movimiento de sorpresa.

Era la calavera que tanto preocupó á Monredon.

Pasado el primer momento, el presidente de la *Hermandad* recobró su sangre fria, y se esplicó lo de la calavera por el mismo sistema que lo demás.

—Hé aquí otra nueva prueba—se dijo.—Este cráneo es el escudo que brillaba en la *Bandera de la Muerte*, enarbolada por doña Juana en la montaña. Con esto solo que hubiese visto yo antes, seguro estaba de permanecer el corto tiempo que he estado en duda, ni de haber menester al Fadrí para que me sacase de ella.

Tal vez Margarit hubiese pensado lo mismo; pero ¿hubiera pensado la verdad? Lo pensaba, lo sabia ahora?

No podemos tardar en verlo, siguiendo, sin detenernos, el curso de nuestra crónica.

Margarit se encontraba á su placer en el jardin despues de este nuevo dato, y paseaba sin cesar formando ya los planes mas brillantes para lo futuro.

Dejémosle un momento, y volvamos al salon, donde no tardaremos en encontrarle otra vez.



Ya os dije que era ese el escudo de mis armas.



Orso de Monteferro, como hemos visto, habia vuelto tan contento y tan libre de cuidados al lado de su amada, y con ella platicaba alegremente desvanecidas las negras ideas que por la mente de Clara habia hecho cruzar aquella noche la estraña conducta del enamorado mancebo.

Entre dos amantes, cuestiones de esta naturaleza se arreglan fácilmente.

Una de las causas porque son tan breves las riñas de amor; es la de que el agraviado siente tanta necesidad de desagraviarse, como el otro de procurarlo, y los cargos que se formulan son con el ánimo mas bien que de condenar, de oír las disculpas para absolver.

Con esto está dicho lo que ocuparia esta vez á los dos jóvenes y tiernos amantes.

La condesa estaba sentada frente á Clara, como hemos indicado ya en el capítulo anterior.

Colmenar y Monredon, convenido el modo de librarse de Monteferro, volvieron al salon.

Si Margarit hubiese pensado que en aquel momento podia tener un lugar al lado de la condesa, seguramente que hubiera subido del jardin y ocupado un asiento que acababa de dejarse libre á su lado.

—Allí está la condesa— dijo Colmenar.

—Maldita la gana que tengo de volver á verla—esclamó Monredon.

—Efectivamente; pero que quereis hacerla... son ideas suyas...

—Decís bien, porque las tiene tan estrañas á veces y tan fuera del comun sentido de las gentes, que puede decirse que son suyas esclusivamente.

—Vamos allá....

—Si os empeñais....

—Apenas la hemos hablado esta noche.

—Y lo poco estuvo bien de mas.

—Conviene, Monredon; y además esta noche precisamente tenemos, fuera de todo, obligacion de verla y hablarla.

—Vamos, vamos— dijo resignado Monredon.

Y se dirigieron al sitio donde estaba la condesa.

—Condesa.

—Habeis concluido los graves negocios que parece os ocupan?

—Ya lo dije! — exclamó en sus adentros Monredon.

—Negocios graves! Ya vos sabeis, condesa, que negocios pueden ser.

—Yo?...

—Pero de qué tratábamos esta noche no podeis saberlo vos.

—No lo pretendo.

—Prohibís al momento que uno elogia algo que os atañe á vos, seguir adelante...

—Ya sabeis, don Juan, que no gusto de la adulacion, y que la tomo con mayor disgusto cuando viene de mis amigos.

—Eso es: adulación! Hé aqui porque cuando uno conoce que estos salones están verdaderamente regios, que la concurrencia es brillantísima...

—Formais vos parte de ella... — dijo la condesa con un tono tan entre la ironía y el fino cumplido, que Colmenar apesar de su fatuidad no supo á que atenerse, respecto de su verdadera intencion.

—Gracias á vuestra estremada bondad.... Y sobre todo —añadió Colmenar completando su primera idea — que si uno piensa que la señora de la casa es la verdadera reina de la fiesta...

—Seguid....

—Uno tiene que decirlo donde vos no lo oigais.

—Para recogerlo luego junto, y venir á presentármelo como un ramillete arreglado de antemano — dijo la condesa oportunamente.

Colmenar se quedó cortado.

—Sentaos, don Juan — repuso la de Fiorerosa con benévolo acento que parecia dirigido á calmar el efecto de sus últimas palabras.

Y señaló el ancho asiento de su lado, donde holgadamente cogian sus dos interlocutores.

Pero la intencion de la condesa que tan cruel habia sido poco antes con los mismos y que no tenia ahora motivo para ser mas pia-

dosa, fué, la verdad sea dicha, bien otra y bien distinta de lo que parecía.

Colmenar y Monredon se sentaron.

La de Fiorerosa les miraba así al descuido.

No bien tocaban el asiento ambos hicieron un movimiento convulsivo, y Colmenar, especialmente, casi volvió á ponerse de pié por un momento.

La condesa se sonrió malignamente preguntándoles con afectadísima candidez:

—Qué teneis?...

—Nada... — respondieron ambos á un tiempo.

Habian visto de repente, al sentarse, la figura de Monteferro de que antes no pudieron apercibirse teniéndola á la espalda.

—Con que — prosiguió la condesa como si nada fuera — os parece bien el baile ?

—Oh! magnífico! — respondió Monredon.

Colmenar no apartaba la vista de Monteferro.

—Sin embargo no parece haber sido la fiesta del completo agrado de todos.

—Por qué decís eso ?

—No habeis notado esta noche la falta de alguien?

—No.... ciertamente.... —dijo Monredon.

—Y vos, señor de Colmenar?

—Cómo?—dijo este.

—Estais distraido?

—No.... si, efectivamente.... dispensadme, estaba distraido.

—Oh! continuad....

—Repito que me perdoneis, condesa; pero fué nada mas que un momento, porque estoy observando una cosa que me choca.

—Cuál?

—Os la diré francamente. Es acerca de vuestro protegido....

—De mi protegido! —esclamó la condesa admirada.

Demasiado sabia ella sin embargo lo que quería decir y á quien se referia Colmenar.

—Vuestro protegido.... ó vuestro paisano....

—No es lo mismo.

—Como queráis. Pues estaba observando que no pierde el tiempo á lo que parece....

Orso no habia visto, ni Clara los habia notado tampoco, á don Juan y al alguacil cuando se asentaron al lado de la condesa.

Entre los caballeros que yendo y viniendo de un punto para otro del salon lo impedian, por una parte, y por otra que los dos amantes gozaban los primeros momentos de verdadera armonía aquella noche, tenian estos harto en que ocuparse con lo que á cada uno tocaba, para fijar la atencion en lo demás que en frente tenian.

Así platicaban ancha y libremente figurándose, si acaso en ello pensaron, lo que se figuran todos los amantes; esto es, que nadie se cura de ellos, porque ellos no se curan de nadie.

—Con qué habeis observado que mi paisano no pierde el tiempo?—preguntó la condesa.

—Sí, por cierto—repuso Colmenar mordiéndose el labio inferior.

—Eso prueba que ese jóven tiene tan buen gusto, como cortés galantería....

—Gracias por lo primero.

—Es justicia, don Juan, y vos por ser padre, no habeis de desconocer lo que ve todo el mundo.

—Pase si os empeñais.... pero en cuanto á lo segundo....

—Qué!

—No quisiera enojaros....

—Oh! decid, decid.

—Me parece muy animada la conversacion por parte de ese jóven.

—Oh! no seais raro antes de tiempo, don Juan; no estais todavía en esa edad....

Colmenar, á pesar del disgusto que sentia y que faltando en cierto modo á la condesa, no pudo reprimir, se sonrió satisfecho á estas palabras, que ella dijo con toda la intencion y segura de su efecto.

Estaba la de Fiorerosa en el caso de dar una leccion de buena

sociedad á Colmenar por haberse permitido semejante observacion, y lo hubiese hecho con gusto en otro caso tomando la cosa un poco mas s6ria ; pero esto hubiera tal vez traído el que Colmenar hubiese con un pretexto cualquiera separado á su hija del lado de su amante, y la condesa queria y tenia un placer en que Clara y Orso se entendiesen.

La leccion en cierto modo se la dió aunque con toda la finura posible, pues le dijo luego:

—Y ahora, por otra parte, permitidme que en justicia y por deber mio en este momento, defienda á mi paisano. Su misma condicion de caballero le impone la obligacion de dar en sociedad conversacion á la dama que tenga á su lado ; y vos comprendereis, por lo que decís que parece aquella muy animada , que no ha de hablar Monteferro á una ni6a j6ven y hermosa como Clara de santos y rosarios en un baile..

Colmenar que bastante entendia por sí que no hablaba de semejante cosa Monteferro con su hija , se mordió otra vez el labio al oir explícitamente de boca de la condesa lo que 6l ya presumia y en su interior se habia dicho.

—Y por otra parte— continuó la de Fiorerosa— al levantarme yo de aquel sitio , que comprendia iba á ser asediado por muchos, lo ofrecí á la persona que lo ocupa, y que no es seguramente la menos digna de la reunion , don Juan.

—Basta , condesa , que en vuestra casa se halle y sea vuestro amigo....

—Conque , contestadme , que nos hemos distraído....

—Decid.

—No habeis notado la falta de alguien en el baile?

—No , por cierto.

—De veras , don Juan?

—De veras.

—Sabeis que invité al virey?

—Ah!

—Pues le invité.

—No sabia nada....

—Ni yo....

—Es:aria quizás indispuesto...— dijo Monredon— yo no le he visto desde ayer.

—Eso mandó á decirme.

—Entonces....

—Entonces , es que no ha querido , ó mejor , ha temido venir.

—Temer !— exclamó asombrado Monredon.

—Sí.

—Y por qué?

—Se esplica muy sencillamente.

—No lo comprendo.

—El virey sabia el objeto de este baile?

—Sí , yo hablando de eso , se lo dije dias antes.

—Pues ha temido que el pueblo dijera que Santa Coloma tomaba parte en ese alarde , que realmente lo es, de la energia y de la fuerza del gobierno.

—Creo , y dispensadme , condesa , que no vais acertada en este punto con semejante opinion.

—Estoy segura de ello ; y os autorizo , hasta os suplico que se la trasladeis al virey....

—Pero ¿con qué objeto?...

—Con el mismo que llevamos siempre. Decid que esos temores vulgares son indignos , así lo creo , de su condicion y de su autoridad.

—En cuanto á eso...— dijo Monredon.

—Quizá tenga la condesa razon— añadió Colmenar , á quien un secreto poder obligaba siempre á hacer el duo á la condesa en todo género de cuestiones.

—Y es necesario , señores , ahora que felizmente ha empezado bien , no dejarle avasallar otra vez por esa debilidad de carácter que tanto nos perjudica á todos y á Santa Coloma mismo , como habeis tenido ocasion de ver.

—Esto es muy cierto— añadió ya Monredon , convencido por completo.

—Sí , hacedme , hacedme el favor de darle á entender que yo he conocido eso y que os lo he manifestado asimismo.

—Perded todo cuidado , que se hará así.

La conversacion paró aquí un momento , y Colmenar , aprovechando los claros que le dejaba la gente al pasar , volvía la vista al frente para contemplar , con toda la rabia que podemos presumir, la conversacion de su hija con Orso de Monteferro.

La condesa observó esto , y estuvo callada mas tiempo de lo que lo hubiese estado sin este motivo , para dar lugar á que don Juan tragase toda la mala saliva que en sus labios trémulos á veces de coraje acudia.

Despues de un breve rato , Margarit , que habia reflexionado ya bastante en el jardin , volvió al salon.

En el momento en que entró , promovía la condesa otra vez la conversacion.

Margarit , al ver las personas con quienes hablaba , no pudo contener un movimiento de profundo disgusto.

Conocía perfectamente á Colmenar y á Monredon , y su sola vista le inspiraba hasta repugnancia.

—No puedo comprender—decía para sí,—como doña Juana puede permanecer un momento al lado de esos hombres.

En tanto la condesa continuaba hablando con la mayor familiaridad.

—Y habia mucha gente en la calle ? — preguntaba.

—Cuando yo entré , estaba lleno.

—Lo mismo cuando llegué yo.

—No observasteis ademanes , ni oisteis así alguna palabra....

—No.

—Tampoco ha llegado nada de eso á mis oidos— repuso la condesa.

—Y qué queriais que dijese ?

—Nada , es verdad ! Y el virey teme todavía á ese pueblo?...

—Ya veis....

—Para temerle se necesita ser tan débil , y casi diré , tan cobarde como el virey!...

—Ciertamente.

—A mí jamás me pasó por la imaginacion que pudiera tener ó dejar de tener tal ó cual efecto el desagrado que mostrase por este baile.

pueblo , los trabajos de la *Hermandad de la Muerte* para aquella noche.

A Margarit se le figuró que doña Juana estaria mal con aquellos dos hombres á quienes su posicion le obligaba á tolerar en aquel momento , y juzgó que agradeceria el primer pretexto que se le diese para librarse de ellos.

Se dirigió , pues , hácia aquel sitio , y pasó por delante mismo de la condesa.

Esta no observó cuando pasó Margarit.

Así lo creyó este , cuando , con intencion de saludarla , la miró al pasar , y vió que ella no le miraba siquiera.

Volvió á pasar el *presidente*, y la condesa parecia bastante ocupada en la conversacion , puesto que tampoco reparó en él.

—Diablos! — se dijo— pues está mas interesada en la conversacion de lo que yo me creia.

Margarit ya casi tomaba la cosa á puntillo.

Al cabo de un rato volvió á pasar.

Su mirada se encontró esta vez con la de la condesa. Saludóla; pero ella contestó friamente á su saludo , y siguió sin interrumpirse la conversacion.

Margarit esperimentó como un frio en todo su cuerpo.

—Qué será esto! — se decia — si habré yo sido tan débil!... pero qué demontre! no le he dicho nada que ella no supiese... ¿Quién sabe? Tal vez fué en su mayor parte una estratagema suya!... Si así fuese , yo no tendria perdon! Pero las observaciones del Fadri, que al fin aseguró que era ella!

Con estas reflexiones Margarit estaba como en el mas terrible de los tormentos.

Se alejó del salon, y volvió al jardin, como sitio menos frecuentado por los convidados.

Allí siguió el hilo de sus tan contradictorias reflexiones.

—Pero semejante frialdad en el saludo.... acaso para disimular.... —pero disimular ¿qué? Acaso me conocen Colmenar y Monredon , ni nadie del baile, fuera de ella sola?

Al concluir estas palabras , salió del jardín , tomó la escalera , y saltó á la calle.

Dirigióse inmediatamente á la esquina donde estaba el Fadri.

Inmóvil , como una estatua , le aguardaba en ella el antiguo bandolero.

—Fadri!

—Señor.

—Acaba de sucederme una cosa singular!...

—Qué?...

—Que la condesa es otra desde hace un momento.

—Cómo! — dijo sobresaltado el Fadri.

—Sí , desde que he vuelto á verla , despues de lo que sabes.

—Oh! decid , decid!

—En dos palabras : está hablando en animadísima conversacion con el alguacil y Colmenar , y cuando yo he vuelto , no tan solo no ha tomado el pretexto que yo le ofrecí para volver á hablar , sino que , como esquivando mi presencia , apenas ha contestado mi saludo.

—Ah , señor! — exclamó el Fadri con profundo pesar.

—Qué!...

—Que se me figura que la hemos hecho buena!...

—Habla!

—Cuando á vos os sucedia eso , yo estaba pensando en que tenemos una prueba que destruye todas las que creíamos tener hasta ahora.

—Cuál?

—La carta de la condesa que yo recogí al caersele á Martin Andal.

—Y qué?...

—Que no es de letra de doña Juana.

—Qué dices!

—Lo que oís. La conozco bien , como la mia propia.

—Santo cielo! — exclamó Margarit , pero lo has visto bien?

—Tanto , aunque de ello no habia necesidad , que en un abrir y cerrar de ojos fui por un escrito que yo conservo de doña Juana y

nada absolutamente.

—O esta mujer es el diablo, ó la fatalidad hace que estemos esta noche tan torpes y tan sumamente desgraciados.

—Yo tengo la culpa, señor....—dijo el Fadri con gravísimo pesar.

—Pero—prosiguió Margarit, mas bien que con ánimo de reprochar al Fadri con el de probar nueva fortuna—¿no te aseguraste y saliste bien persuadido del baile?

—Qué sé yo!... Salí persuadido realmente; pero luego reflexioné y.... la luz.... el sitio.... tanta gente.... el tiempo que hace desde el dia fatal en que por última vez vi á doña Juana.... la ansiedad misma que yo tenia... en fin, señor, presentí luego que vos me dejasteis, que me habia engañado!... y me acordé al momento de la carta que destruye todas nuestras ilusiones!

—Estamos perdidos, Fadri.

—Todavía no!—esclamó de repente este que no podia resignarse á semejante desgracia.

—Cómo!

—Los almacenes están igualmente preparados?

—Sí.

—Pues fuego á ellos!

—Cuándo?

—Ahora mismo!

—No estamos aquí mas que tú y yo y algun otro arriba en los salones.

—Sobramos!

—Si pudiésemos pasar ahora el aviso!...

—Es imposible.

—Por qué?

—No por pasarlo, que esto se haria fácilmente; sino por la cuestion del tiempo.

—Es verdad.

—Por poco que en ello se emplee, entre que se avisa y acuden todos, pasan dos horas, y de aquí á dos horas no queda nadie en el baile, porque todos ó casi todos se habrán retirado ya.

—Tienes razon.

—Son las dos y media.

—Dadas.

—Nada, señor, lo dicho! entremos, prendemos fuego y arda Troya!

—No puede ser.

—Luego vos y yo á la puerta, espada en mano los dos, bastamos para acuchillar á todo el baila!

—Seria otro disparate, Fadri.

—Entonces....

—Vamos á casa.

—Pensadlo bien, señor.

—Nada, acompáñame á casa.

—Como mandeis.

Y sin decir mas palabra ambos tomaron la direccion de la casa de Margarit.



LV.

EN QUE SE VE EL MAL EFECTO DEL TERROR DE LOS PADRES
CON SUS HIJAS.



El baile terminó sin otro accidente que merezca particular mención.

La condesa se retiró satisfecha por una parte y disgustada por otra, de la suntuosa fiesta dada en su casa.

Habia arrancado á un hombre como Margarit una confesion dificilísima y esto no podia menos de satisfacerla.

Habia dado el baile con el determinado objeto que sabemos y la actitud del pueblo aquella noche por las noticias que adquirió, le dió á conocer que este se habia curado poco del objeto del tal baile, fuera el sentimiento de la curiosidad que le atrajo á sus puertas para contemplar el brillo de los trajes y el lujo de los trenes. Esto la tenia disgustada.

Colmenar y Monredon, meditando en el medio de mejor librarse de Monteferro, se marcharon con la natural zozobra en que semejan-

te encuentro les tenia, y con el ánimo por otro lado de continuar bajo la inspiracion de la condesa, sus buenos oficios cerca del virey.

Margarit y el Fadri ya hemos visto si se fueron contentos y satisfechos.

Solo dos personas salieron del baile con la dulce memoria que deja una fiesta de este género en los corazones á cierta edad y en determinadas circunstancias de la vida.

Estas eran la enamorada Clara y el mas enamorado todavía Orso de Monteferro.

Pero la alegría de Clara no podia durar mucho.

El dulcísimo recuerdo que del baile habia llevado, debia en breve amargarlo un grave disgusto que tanto mas habia de trastornarla en cuanto era el primero de tal naturaleza que sufría.

Colmenar durante su no corta estancia junto á la condesa y en frente de Clara y Monteferro, no habia perdido de vista á los dos amantes.

El amor se adivina fácilmente, y los padres tienen, dígase lo que se quiera, una vista microscópica para ellos.

Don Juan conoció que Orso hablaba de amor á su hija : esto por sí solo, tratándose del hijo de aquel Monteferro, era suficiente para disgustarle.

El corazon del hombre malo, acostumbrado á aborrecer, distingue principalmente con el sentimiento de su ódio á las personas que por vínculos de amistad ó de parentesco están ligadas con alguna de sus anteriores víctimas.

En el hombre bueno aunque en diverso sentido se experimenta el mismo fenómeno.

Dispuesto siempre á hacer bien, lo hace sin embargo con mayor gusto al hijo de un antiguo protegido, sin mas razon que la de que antes hizo bien al padre.

Pero Colmenar conoció mas observando á su hija y á Orso.

Conoció que Clara no era indiferente ni mucho menos á las expresiones que aquel le dirigia, y esto le indujo á sospechar otra cosa que le irritaba mas todavía.

¿ Conoceria ya Clara á Monteferro ? ¿ Le amaría tal vez corres-

cándida niña se presentaba tan liviana de pronto en un baile, que con tal complacencia oía las amorosas palabras de un caballero que veía por la primera vez?

Colmenar se hacia estas preguntas, naturales si se quiere y que envolvian un terrible dilema.

A cualquiera de los extremos que respondiese sentia igual tormento. Ambas respuestas eran para él peores.

Llegó á casa con su hija, devorando y conteniendo durante el camino la hiel que sofocaba su corazon.

Sin aguardar el dia siguiente, sino en el momento mismo que padre é hija llegaron á su casa, aquel llamó á esta á su gabinete.

Clara acudió á la voz de su padre, bien agena por cierto y por consiguiente nada preparada á la horrible tempestad que la esperaba.

—Llamabais, padre? — preguntó con la mayor candidez.

—Sí, señora.

Aquí podríamos decir aquello: *Cuando en mi casa me tratan de usted*, si no fuese un anacronismo que nos señala el mismo tratamiento de *usted* de épocas mas modernas; pero las máximas y los refranes, etc., como que son producto de la observacion no de costumbres sino del sentimiento, y este es de todas las épocas, son igualmente de todos los tiempos, si no en la forma, en la esencia que contienen.

Clara pues al ver el tratamiento que la daba su padre, dijo para sí poco mas ó menos de esta suerte:

—Cuando mi padre me llama *señora*....

—Decid — continuó agriamente Colmenar — conocéis á la persona con quien hablabais esta noche?

—A cuál? — dijo Clara para ganar tiempo mas que para hacerse bien cargo de la pregunta.

—Al *galante* caballero que teniais á vuestro lado.

Al pronunciar la palabra galante, Colmenar dejó notar toda la cólera que sentía.

Clara se asustó.

—Sí, señor — contestó.....

—Y de qué le conoceis?

Aquí la situación de Clara fué en extremo difícil.

Salió de ella , no obstante , como salen todas las niñas en su caso , con una mentira.

Y conocido el carácter de Clara , tan cándida , tan buena y sobre todo tan inocente , el lector estrañará tal vez que mintiese á su padre.

No debe , pues , estrañarlo.

Es que los padres obligan en muchas ocasiones á mentir á sus hijas , y suya esclusivamente , suya es la culpa.

Colmenar, insiguiendo la costumbre de todos los hombres de sus sentimientos , ó la de aquellos otros que , aun teniéndolos buenos, les falta cabeza para obrar con acierto en casos semejantes , lo primero que hizo fué aterrorizar á su hija.

En tales ocasiones , la cuestion no es de terror , sino de confianza.

El padre quiere una confesión espontánea de su hija , y la espontaneidad, que nace de la confianza, mal puede obtenerse cuando se aleja esta por medio del terror.

Clara , pues , contra su costumbre, contra su misma naturaleza, mintió á su padre por miedo de decirle verdad.

—Desde esta noche— respondió.

—Cómo le habeis conocido ?

—La condesa me lo presentó , y lo hizo sentar á mi lado.

—Y qué os decia ?

—Nada....

—Cómo , nada ! Mentis á vuestro padre ?...

—Quiero decir....

—Que habeis dicho una mentira que yo sabré castigar.

—Padre mio , escuchadme !

Clara creyó que su padre , al referirse á la mentira , aludía á la que realmente le habia dicho , y de pálida que estaba como la muerte , se puso encarnada de pura vergüenza al considerar la enormidad de su falta con su padre.

—Conque os atreveis , en mis barbas , á decirme que no os decia nada , cuando os ha estado hablando toda la noche ?

Clara respiró.

Conoció que Colmenar no se refería á la mentira real y verdadera que le habia dicho, sino á la palabra *nada*, tan común y adoptada generalmente, cuando se quiere significar que lo que se ha hablado ha consistido en naderías, ó cosas indiferentes y de ninguna importancia.

Mas tranquila con esto, añadió:

—He querido significar que la conversacion era indiferente.....

—Mentira!

Lo era en efecto, como lo seria todo lo que Clara dijese á su padre sobre este punto.

Habia empezado y tenia que concluir mintiendo por la fuerza de las circunstancias.

Clara calló.

—Ya he conocido yo, que os observé atentamente, lo que él podría deciros, y vos escuchabais con harta complacencia! Pero yo sabré poner remedio á eso! Yo cortaré el mal de raíz!... No quiero que una hija que lleva mi nombre, se acuerde siquiera de un nombre semejante! Sabed que es un miserable aventurero, un bandido!..

—Oh! no, padre mio!— prorumpió Clara sin poder contener sus palabras, que, dictadas por el corazon, brotaron, sin que ella pudiese prevenirlas, de sus labios.

—Cómo! os atreveis á salir á su defensa!—esclamó Colmenar apretando los dientes y los puños.

—Es que....

—No me engañaba yo!... Esto mas!...

—Es que tal vez os hayan informado mal, padre mio.

—Y quién os ha informado á vos? Él mismo seguramente!

—No, padre mio, os juro que no me ha dicho una palabra sobre esto.

—Entonces....

—Pero la condesa hablando de Monteferro....

Colmenar se estremeció al volver á oír este nombre de boca de su hija.

—Ha dicho precisamente todo lo contrario....

—De lo que yo digo!...

—No, padre mio! sino....

—Es decir —continuó Colmenar; sin dejar que, según eso, las palabras de la condesa val las mias....

—No, padre mio! —esclamó Clara llorando.

—Lo cual es lo mismo que decir que yo mi

—Por piedad, padre mio!...

—Qué decirle una hija á su padre, á su pad

—Es que la persona que á vos os haya inform

—Basta! —interrumpió Colmenar con voz de Clara calló poniéndose las manos en el rostro còpioso llanto.

—Yo sé el remedio que tengo que poner á castigar vuestro indigno proceder y el atrevimien

Y Colmenar empezó á dar largos pasos por el

Clara ni á mirarle se atrevia de pié inmóvil estatua junto á la mesa.

Después de algunos momentos, don Juan escl

—Preparaos para volver al convento.

—Al convento!

—Sí, mañana mismo.

—Como mandéis, padre mio —respondió la p mente.

—Para no salir jamás!...

—Pero, padre mio! —dijo Clara juntando las do un paso hácia Colmenar.

—Basta! —dijo este interrumpiéndola. —Ya lo

Clara bajó las manos y la cabeza en señal de resignacion.

—Podeis salir!

Sin pronunciar mas palabra, salió Clara del dre dirigiéndose con paso inseguro y vacilante a

En él la aguardaba la fiel Ana que no se había dormido un momento siquiera mas que por deber que su ama no lo hacia.

Clara al entrar se dirigió á su lecho dejando

clamó en medio de un fuerte llanto:

—Madre mia! madre mia!

—Qué es esto!—esclamó Ana sobresaltada, levantándose de su asiento y pasando de un salto á la alcoba.

—Madre mia! madre mia!

—Pero ¿qué es esto, señorita?—continuaba Ana que no podia adivinar la causa de aquel repentino trastorno.

Clara no respondia á las solícitas preguntas de su doncella. No podia responder tampoco hasta haberse desahogado un tanto del profundo pesar que sentia.

Colmenar en tanto, despues de haber descargado sobre su hija todo el peso de la cólera que le abrumaba, se acostó ya mas tranquilo de lo que habia venido del baile.

Ana no se separaba ni un instante del lado de su señora, esperando á que calmasen sus sollozos que no la permitian pronunciar ni una palabra.

Largo rato pasó, porque siendo esta la vez primera que Colmenar reprendia á su hija, lo habia hecho de una manera tan agria y hasta diremos tan brutal, que no pudo menos de afectar hondamente el sencillo corazon de Clara.

Mitigóse por fin un tanto el efecto de tan inconsiderado reproche, y al notarlo la doncella volvió á decir:

—Vamos, decidme que teneis, desahogaos en mí, señorita; yo conozco que teneis necesidad de hacerlo y con nadie podeis mejor que con vuestra fiel doncella.

—Si, Ana, sí.

—Ha sido cosa de don Juan, verdad?

—Sí.

—Y....

—En dos palabras está dicho. Vió á Monteferro á mi lado en el baile y me ha refido por eso de una manera...

—Y Clara se puso á llorar de nuevo.

—Ya presumo como habrá hecho, como acostumbra!...

—No tengo palabras para explicártelo!...

—Sosegaos, sosegaos primero; luego continuareis.

—Está ya casi concluido!...

—Pero...

—Todo se reduce á eso y á que me manda otra vez al convento.

—Al convento!

—Sí.

—Por eso!

—Nada mas!...

—Y cuándo va á ser eso?

—Mañana, ha dicho.

—Mañana, es decir hoy mismo! porque á esta hora ya es mañana.

—Eso no sé.

—Y vos qué pensais hacer?

—Como qué pienso hacer?

—Sí, respecto de eso?

—No pienso ni debo pensar otra cosa que obedecer á mi padre.

—No quiero decir eso, señorita.

—No te entiendo entonces.

—No ha de darse parte, ni consultarse eso á nadie?

—Lo segundo á nadie, yo para obedecer á mi padre no consulto nunca sino á mi corazón que me dice siempre que haga su voluntad.

Ana que veía á Clara amenazada al lado de su padre por la misma desgracia que pesaba sobre Isabel, hubiera querido que desde el momento le consultara á Orso sobre este punto y que Clara hubiese salido, en poder de su esposo, del de su despótico é inconsiderado padre.

—Ahora lo primero, sí, hemos de hacerlo saber á Orso.

—El caso es que no vamos á tener tiempo tal vez.

—Por qué?

—Si don Juan ha entendido el mañana que ha dicho por el día de hoy...

—Y entonces, Ana?

—Porque vos quisierais poder hablarle....

—Oh! sí!...

—No sé como podrá eso arreglarse.

—Ni yo.

—Porque en el convento....

—Ah! en el convento, imposible!

Ana púsose á reflexionar.

Era realmente mujer de recursos, como hemos visto ya otra vez, y lo era, sobre todo, cuando se trataba de cosas de tanto interés, como el que tenia para la fiel doncella, cuanto afectaba á su querida ama.

De repente exclamó:

—Ya tengo el medio.

—Si?... .

—Sí, para que podais hablarle y todo.

—A ver.

—Vos os quedais en cama....

—Sí.

—Porque os sentís mala.

—Vendrá el médico....

—Mejor. Creéis que el médico os encontrará muy buena despues del trastorno que habeis tenido?

—Es verdad, Ana.

—Pasais todo el dia, y por consiguiente, la noche....

—Sí....

—Don Juan no sabe nada mas sino lo que ha visto esta noche en el baile?

—Nada mas.

—Perfectamente. Entonces no hay inconveniente en que el señor de Monteferro venga esta noche á la reja....

—Eso es.

—Os parece?

—Muy bien.

—Dejad, pues, lo demás á mi cargo.

—Esta noche irá él á Santa Clara? Yo no le dije nada ayer.

—Y si no va.... haré yo de manera que le encuentre.

—Gracias, Ana, gracias.

—Ahora acostaos, y descansad.

—Bien.

—Yo , cuando don Juan se levante , le di
al médico , porque vos no estais buena.

—Eso es.

—Así empezamos á prevenirle.

Clara se acostó , y Ana fué tambien á recoger
Fontanellas no fué al baile.

La razon es muy sencilla.

Don Cárlos amaba á Isabel , y no queria , ni
fiesta , mientras ella estaba tal vez llorando en
dralbes.

Esperaba tambien , sin acostarse , á su amigo

Orso , al llegar , le esplicó , como era natura
el baile , reservándose , por supuesto , lo referente

—Conque , mañana , es decir , hoy mismo ,
como has de obtener el legado de tu padre?

—Sí.

—Deseo con ansia saberlo.

—Lo sabrás así que lo sepa yo.

Los dos amigos estuvieron conversando largamente
el baile , hasta que les sorprendió la luz del dia



LVI.

UN RAYO DE ESPERANZA.



MARGARIT y el Fadri llegaron á casa del primero , sin haber pronunciado ni uno ni otro una sola palabra durante el camino.

Don Pedro hizo entrar al Fadri en su gabinete.

Aquel estaba pálido como la muerte , y á este no le tocaba , como suele decirse, la camisa al cuerpo.

—Siéntate— dijo Margarit al Fadri.

Este se sentó en una silla junto á la mesa de despacho que en el gabinete habia, y aquel ocupó el sillón de la misma mesa.

—Es decir , si tienes sueño y quieres acostarte , puedes dormir todavía dos ó tres horas.

—Sueño yo! Teneis vos mucho , señor...

—Lo que yo tengo, Fadri, es el remordimiento mayor que pueda tener en mi vida , y el despecho mas grande que pueda sentirse.

—Esto lo concibo, pero lo primero....

—Sí, sí, Fadri! me remuerde la conciencia ; porque calculo lo que puede sobrevenir del chasco que nos hemos llevado esta noche.

—Qué diablo!— exclamó el Fadri queriendo tranquilizar á Margarit—la intencion ha sido buena ; si no ha salido , nuestra conciencia no debe tener ningun peso sobre esto. Además , que aquí el remordimiento es todo mio, esclusivamente mio, señor.

—Y mio tambien!...

—Yo tenia obligacion de haber conocido si la condesa era ó no era doña Juana....

—Es que hay aquí circunstancias singularísimas!...

—Y tanto como las hay. Si á pesar de la carta , volviendo á juzgarlo ahora todo de nuevo , no me atreveria á jurar....

—Si lo es?—preguntó Margarit vislumbrando otra vez un rayo de esperanza.

—Francamente; porque aquella carcajada , burlándose del susto de los demás , y aquel ademán sobre todo era tan de doña Juana!...

—Esto no puede quedar así, Fadri.

—Pues claro está que no puede quedar.

—Tú has de volver á ver á la condesa.

—Pero de día.

—Sí , de dia y hablarla.

—Entonces sí que juro por mi nombre que no se me escapa.

—Y esto ha de ser pronto como tú mismo condces....

—Cuando vos digais.

—Hoy mismo.

—Bien.

—Ahora veamos de que medio te vales.

—El medio dejadlo á mi cargo. Ahora no se me ocurre ninguno; pero se me ocurrirá despues.

—A ver, á ver. Lo que conviene es salir de una vez de este terrible estado de duda.

—Saldremos , yo os lo juro. Que me ahorquen , si hoy mismo no puedo yo deciros de una manera segura si es ó no la condesa de Fiorerosa mi capitana doña Juana de Torrellas.

—Con que vas á hacer esto hoy?

—Porque no podemos antes tomar otra determinacion ; ni acordar nada , sin caminar bajo pié seguro sobre este punto.

—Ya tengo el medio.

—A ver ?

—La condesa tiene una magnífica casa de campo al pié del Monseny....

—Efectivamente.

—Yo soy un propietario de la heredad inmediata que va á prometerle la compra de aquella heredad.

—Muy bien.

—Os parece ?

—Perfectamente.

—Hoy pues veremos de que pié cojea la tal condesa.

—Quedamos ya acordados. A qué hora volverás por acá ?

—Para no equivocarlo, fijemos la del anochecer.

—Eso es. Yo por otra parte estaré todo el dia en casa.

—Mandais otra cosa ?

—Nada mas, Fadri.

—Con vuestro permiso entonces me retiro.

—Vé con Dios, Fadri.

—Con él quedad , señor.

El Fadri salió y Margarit quedó sino del todo tranquilo , con el consuelo que siempre siente uno al volver á distinguir siquiera sea un pequeño rayo de la esperanza que perdió.

Siempre que la condesa daba una fiesta de este género , sentia inmediatamente una necesidad imperiosa de salir en seguida al campo.

Todos los que salieron del baile , cansados y mareados entre la danza y la música , y acaso mal dispuestos con motivo de la esplendidez con que la de Fiorerosa obsequió por otra parte á sus convidados , ansiaban por momentos el lecho para reposar durante el dia del cansancio de la noche.

La condesa por el contrario , deseaba el aire puro del campo para contrarestar el efecto de aquella atmósfera cálida y pesada ; el ancho cielo y el dilatado horizonte para ensanchar su corazón oprimido en aquel estrecho recinto.

Lo que para los demás era la quietud y el sosiego de la alcoba, era para ella la tranquilidad del campo y el apacible ruido del viento, el cantar de los pájaros y el acompasado murmullo del riachuelo.

Cuando los convidados hubieron todos salido, la condesa sin despojarse de otra cosa que de la magnífica diadema que llevaba á la cabeza, se dejó caer en un ancho sillón y llamó al mayordomo.

—Al rayar el alba me despertareis si estoy dormida.

—Muy bien, señora.

—Saldré inmediatamente al campo y á caballo.

—Quién ha de acompañaros?

—Pablo, Fiameta y Carolina á caballo también. Tenedlo todo dispuesto.

—Adónde va la señora?

—A la quinta del Tibidabo.

—Manda la señora condesa otra cosa?

—Nada más.

El mayordomo salió y empezó á dictar órdenes y á tomar las medidas necesarias despachando criados y mozos á la quinta inmediatamente, para que la condesa no echase nada de menos á la hora de su llegada.

Amaneció y Carlos Fontanellas y Orso de Monteferro se asomaron á una de las ventanas de la habitación donde estaban.

La ventana daba á la calle.

Seguían la conversacion en que les dejamos, cuando hirió sus oídos el ruido de las pisadas de caballos que se acercaban.

El día no era del todo claro.

—Son caballos que vienen hácia acá!

—Así parece.

—Alguna partida de caza.

—Puede ser.

En esto atravesó el extremo de la calle, la condesa con su corta comitiva.

—Diablo! —esclamó Fontanellas.

—Qué es?

—Has visto quién era?

—La condesa!

—Qué condesa!

—La de Fiorerosa.

—No puede ser.

—Que lo era no lo dudes.

—Pues buena estará la condesa ahora para salir á paseo á caballo!...

—Te repito que era ella.

—Pero hombre! despues del baile?...

—Sea como quiera.

—A no ser que estuviese loca!...

—En fin no disputemos.

—Pronto se sabrá.

—No has de ir tú esta mañana á su casa?

—Sí, por eso digo que pronto lo sabremos. Y ahora me recuerdas una circunstancia que es una prueba en contra de lo que te figuras.

Y es que anoche me citó para hoy en su misma casa.

—No tiene esto que ver, puede volver mas tarde.

—A ver si conoces ahora esotro que viene?

—El qué?

—Esa especie de sombra negra que hácia aquí viene.

—Pardiez! es Ana!

—La misma es.

—Y mira hácia aquí.

—Efectivamente...

—Si habrá sucedido algo?

—Vé á verlo.

—Sí.

Y Monteferro se precipitó fuera de la sala tomando la escalera y saliendo al encuentro de Ana.

—Dónde vas á estas horas, Ana?

—A buscar el médico.

—Para quién?—preguntó sobresaltado Monteferro.

—No os asusteis. Pero es para doña Clara.

—Cómo! qué tiene!

—Casi nada, no os asusteis.

—Pero para ir á buscar el médico á estas horas!...

—Oid.

Y aquí la doncella relató fielmente á Orso lo sucedido entre Clara y su padre al salir del baile.

—Conque al convento!

—Sí.

—Oh! no será cómo ella quiera!

—Conque esta noche estareis á la reja?

—Ah! no faltaré, Ana, no faltaré.

—Ahora me voy porque no puedo detenerme mucho.

—Pero aguarda un momento mas.

—No puedo. Don Juan se ha levantado ya. Está con un humor de perros. Poco ó nada pienso que habrá dormido esta noche.

—Conque tan furioso se halla por eso?...

—Como no podeis imaginar. Así que se levantó, como habíamos convenido con doña Clara, fui yo á decirle que estaba bastante mala y á preguntarle si queria que fuese por el médico.—Vé y vuelve volando—me ha respondido; — conque ya veis que no puedo detenerme.

—Vé pues, Ana, y díla de mi parte que no desmaye, que la quiero mas que nunca... que... en fin, Ana, hasta la noche.

—Hasta la noche.

La doncella siguió su camino y Orso volvió al lado de Fontanellas.

—Qué hay— le preguntó este.

—Lo que tú habias previsto.

—Cómo?

—Que don Juan me vió esta noche hablando en el baile con su hija....

—Ah!...

—Sí, y que la encierra en un convento!

—Es mucho hombre!

—Fatalidad, fatalidad como la mia!... —esclamó Orso desesperado.

—Pero Carlos!...

—Todo menos eso. Además que no debe cogerte tan de susto semejante noticia : en estos ú otros términos te la habla anunciando yo.

—Es verdad!... y sin embargo me hace el mismo efecto que si me cogiera de nuevo!...

—Y ahora qué piensas tú hacer?

—Cómo que pienso hacer?

—Sí porque es seguro que la encierra.

—Llévámela antes que lo haga.

—Monteferro, cuidado!

—Lo dicho.

—Mira bien lo que haces.

—Lo dicho, Carlos. Ese padre desnaturalizado no sacrificará á otra hija mientras yo vele por ella!

—Es que hay consideraciones por cima de las cuales no podrás pasar.

—Yo no considero mas sino que la amo y que nadie en el mundo, incluso su padre, tiene derecho á quitármela. Clara me pertenece desde el momento en que me ha concedido su corazon, y yo tomaré sin escrúpulo lo que me pertenece.

—Conque estás resuelto?

—Decidido completamente!

—Y si Clara te falta?

—No puede faltarme.

—Por qué?

—Clara está en otro caso que Isabel. Yo he recibido de sus labios una seguridad que tú no tenias de su hermana...

—Es cierto.

—Y ella no faltará á su promesa. *Os juro*, me dijo, *que mi mano no será de nadie mas que del que elija mi corazon.*

—Recuerdo que me referiste eso, y creo que Clara no te faltará, por lo mismo. Pero esto te obliga mas á tí á ser circunspecto, Orso. No te precipites y cree á un amigo que juzga el asunto con tanto

interés como tú sin la efervescencia que tú sientes en este momento.

—Cárlos , no hablemos mas de ello. Esta noche me llevo á Clara.

—Estás completamente decidido?

—Basta.

—Entonces nada tengo ya que decir. Cuenta conmigo.

—Gracias, Cárlos. Ahora vamos á disponernos para ver á la condesa.

—Te aguardo en casa sin salir.

—Sí , te lo agradeceré.

—Sin agradecimiento, Orso. Aquí me tendrás á la hora en que vuelvas , porque segun lo que resulte de la entrevista con la condesa , puedes necesitar de mí.

—Seguramente.

—Aunque estoy en que ahora no la encuentras.

—Veremos.

Orso se arregló un poco el traje algo descompuesto, pues era el mismo del baile, y se dirigió al palacio, donde con tanta zozobra, al principio, tanto miedo luego y tanta felicidad despues habia pasado la noche anterior.

Llamó y preguntó al criado que abria la puerta.

—No está la señora en casa— respondió este.

—Fontanellas tenia razon—dijo Orso para sí.—Ha salido fuera de Barcelona?

—Al campo.

—Cómo os llamis , caballero? y dispensad la pregunta— djole el mayordomo que acudió á la puerta.

—Monteferro.

—Ah! entonces tened la bondad de pasar.

Entró Orso precedido del mayordomo , á la primera sala , y allí le dijo :

—La señora , al salir , encargó , que si vos veniais , os dijéramos que esta noche estaria de vuelta , y que os tomaseis la molestia de volver á pasar.

—A qué hora? porque muy tarde no podrá ser....

Orso pensaba en la cita de Clara.

—Anochecido. No señaló precisamente la hora , pero juzgo que al anochecer podeis volver.

—Está bien : decidle así que llegue, que yo estuve esta mañana, y volveré esta noche.

—Descuidad , caballero.

—Adios.

—Él os guarde.

Y Monteferro volvió á la puerta , precedido , lo mismo que á la entrada , del mayordomo.

Al bajar Orso la escalera , se encontró con un hombre que , por el traje parecia del campo, con todas las trazas de un labrador acomodado.

—Orso saludó sin mirarle.

El labrador se dijo al verle :

—Orso de Monteferro.

Nuestros lectores habrán conocido ya en el tal labrador al Fadri de Sau.

Llamó , y obtuvo del mismo criado igual respuesta que Orso.

Preguntó tambien dónde habria ido la condesa , el criado se lo dijo , y , sabida la hora en que aquella volveria , el Fadri tomó otra vez la escalera.

Chocóle y mucho , sabiendo , como sabia , la proverbial inercia de la gente aristocrática , y sobre todo el deseo de descanso que se tiene siempre á la mañana siguiente de un baile , que la condesa saliese al campo sin haber tenido tiempo de reposar , calculando, como calculó el Fadri , la hora en que la fiesta concluyó , y la en que la condesa habia salido.

—Tampoco hace esto ninguna mujer , sino otra del temple de doña Juana!— se decia bajando la escalera.

Luego en la calle continuó hablando tambien consigo mismo.

—Segun me ha dicho el criado , ha salido sin otra compañía que dos doncellas y un hombre del servicio.... Si fuese á encontrarla en el camino... Porque, si no era doña Juana... entonces allí mismo!... no va mas que un hombre!... Veamos antes á don Pedro.

Y el Fadri se dirigió línea recta á casa de Margarit.

—Despues del baile!

—Ahí teneis , despues del baile.

—Es particular!... Como no se haya hecho

—Con lo que el criado me ha dicho, es impo

—No lo comprendo.

—Tambien me cuestará mi trabajo compra
que doña Juana.

—He pensado otra cosa.

—Cuál?

—Una prueba inequívoca.

—Esplicáte.

Aquí el Fadri espuso el nuevo plan que había
café podíamos viéndote desarrollar?

—Me parece bien—dijo Margarit.

—Pues salgo en seguida , que el camino no
encontrarla lo más lejos que pueda de Barcelona:

—Vé pues, Fadri.

—Hasta la noche.

—Oye!

—Qué mandais?

—Si resulta no ser doña Juana....

—Muere sin remedio!...

—Bien ; pero es que puede ir á la veñida , p
depa, maq de un hombre con ella....

—Y qué!

—No es que dude de lo que tú bagas por esta

—Pues...

—Pero si mueres.

—Que Dios me perdone—dijo sencillamente el

—Cómo lo sabré yo con la prostitud que nece

—Muy fácilmente.

—Di...

—Si á las ocho de la noche no he vuelto, co
mundo....

—Pero puede sucederte alguna otra contri
mueras.

esa hora.

—Adios, Padri.

—Hasta la noche.

El Padri se dirigió á su casa.

Despojése inmediatamente del traje que llevaba; con un pedacito de corcho quemado se pintó unas ligeras líneas negras y horizontales en la frente y en los ángulos de los ojos y se puso una larga barba negra.

Luego abrió un cajon y sacó un traje viejo y completo de peregrino.

Vistió inmediatamente aquel traje.

Sacó entonces de un pequeño cuarto oscuro que habia al lado de la alcoba una caja de madera forrada de hierro y como de dos palmos cuadrados.

Abrióla y sacó un paño negro que envolvía un objeto.

Al desplegar el paño para sacar el objeto que ocultaba, se destacaba de su fondo negro un cráneo blanco pintado sobre dos huesos en forma de cruz.

El objeto no era tampoco otra cosa que un cráneo; pero este era realmente tal.

Era el cráneo mismo de don Juan de Serrallonga, que habia recogido y guardaba el Padri.

Dejó el cráneo sobre una mesa, metió otra vez el paño negro que lo envolvía en la caja, cerróla y la volvió al cuarto oscuro.

Luego tomó el cráneo, escondiólo debajo del hábito que llevaba, y tomando un par de pistolas cargadas, un cuchillo de monte que acomodó en el cinto, tambien debajo del toco y roido sayal, cerró la puerta y saltó á la calle.

Ya tenemos al Padri andando camino del Tibidabo, disfrazado, hecho un verdadero peregrino.

Dejémosle un momento que no nos necesita para seguir un camino que tiene harlo trillado, y mientras él llega al punto que le parece conveniente para esperar á la condesa, demos una vista á alguno de nuestros personajes que se nos queda rastgado.

Ana volvió con el médico á casa de Colmenar.

El doctor, encontró á Clara realmente enferma menos de estarlo con el trastorno sufrido mal su grado, que aguardar á otro dia para efelacion habia ya resuelto : para llevarla al conv

La pobre niña respiró cuando el médico la ferma.

Como era la visita en presencia solo de Ana siquiera, se dignó entrar una vez en el cuarto. lla pudo bien preguntar al doctor cuando este binete :

— Pero no es cosa de cuidado.

— Nada de eso — contestó el médico — que ten y mañana ya está buena.

— Pero, si quisiese levantarse esta tarde por

— Puede, muy bien ; si quiere y se siente levante. Y don Juan?...

— Bueno... — respondió el ama — cuando n anamente ocupado.

— No le digo nada, pues.

— Como gusteis.

— Dadle mis expresiones.

— Sereis obedecido.

El médico se fué, y Ana entró inmediatamente.

— Ya ha venido el médico.

— Y qué? — preguntó Colmenar agriamente.

— Que doña Clara está enferma.

— Eso ya lo sabemos esta mañana.

— Perdonad, señor ; pero como lo ha dicho.

— Y qué mas?

— Que no salga de casa, y tome lo que manda

— Ha dicho si era cosa de dias?

— De pocos, señor, afortunadamente.

— Bien ; salid.

No aguardó Ana que se lo dijeran segunda vez.

Como un relámpago se fué al lado de Clara.

— Nos hemos salvado! — dijo al entrar.

dre.

—Qué tall!

—Perfectamente.

—Me alegro mucho. Ahora vengo de ver á don Juan. Tiene peor cara que nunca; le dije lo que ha mandado el médico, y se resignó.

—Bien, Ana. Ahora otra cosa.

—Ya sé. Le pasado, como me habiais muy bien indicado, por la casa del señor de Fortanellas. En una ventana y mirando á la calle estaban don Carlos y el señor de Monteferro. Así que me ha visto, ha bajado como un relámpago á encontrarme.

—Si?

Y aquí Ana le refirió la corta entrevista que tuvo con su amante.

—Que no será si yo quiero, ha dicho!...

—Eso, y se conoce que está muy dispuesto á perder hasta su vida por vos.

—Ah! sí, sí, me ama!

—Mas que á sí propio. Si le hubieseis visto como yo esta mañana!...

—Pero eso de oponerse á la voluntad de un padre... Ana!

—Dios no lo tolera sino cuando es para obedecer la voluntad de un esposo!...

—Ana!...

—Y qué! No teneis bastante ejemplo con lo que ha sucedido á doña Isabel?

—Demasiado!...

—No os ama el señor de Monteferro, y no le amais vos, y ha de uniros, tarde ó temprano, el santo nudo de la Iglesia?

—Efectivamente....

—Pues qué mas da hoy que mañana?

—Sin embargo, Ana, no quisiera por este lado causar el mas leve disgusto á mi padre.

—Es que es preciso que entendais que solo de esta suerte os librareis de seguir la misma de doña Isabel.

—Quién sabe?... tal vez mas tarde, cuando mi padre sepa quien es Orso, pues por lo visto está hoy muy equivocado acerca de su

- Del todo.
- A otra cosa, pues.
- Decid.
- Qué habeis pensado acerca de Monteferro?
- Tengo una idea que puede sustir grande efecto del modo como se encuentra hoy el virey....
- Cuál?
- Aprovecharnos de eso mismo de la *sociedad secreta*....
- Explicaos, porque no comprendo aún vuestra idea — dijo Colmenar.
- Si Orso perteneciese á esa sociedad....
- Y cómo lo sabreis?
- No me habeis comprendido. Figurate que Orso pertenece á ella.
- Bien.
- Entonces se le delata al virey, y está perdido.
- Pero se necesita una prueba.
- Esto es lo mas fácil.
- Decid.
- Se le manda una carta á su nombre, por un agente nuestro, y en el momento de recibirla, me presento yo, le ocupo la carta, y me lo llevo.
- Perfectamente, sois hombre de provecho — exclamó Colmenar dando un golpecito en el hombro al infame alguacil que sonrió malignamente.
- Luego este continuó :
- Por supuesto que la carta firmada por tres estrellitas ó por un anagrama, contendrá sapos y culebras contra el gobierno...
- Contra el mismo virey... interrumpió Colmenar.
- Contra todo el mundo que quiera el Orden y la tranquilidad.
- Hablando de proyectos de incendio....
- De asesinato....
- De despojo....
- Eso, eso es; perfectamente.
- Cómo redactamos la carta?
- Así.
- No quiero decir eso. ¿Quién la escribe?

—Cualquiera.

—Letra nuestra no puede ser.

—De ninguna manera.

—Aunque desfigurándola....

—No, no. Es preciso que la escriba otro.

—Y ha de ser persona de confianza; porqu
gracia el virey á descubrir una trama semejant

—Entonces seria horrible su cólera con nos

—A ver, pues; vos debéis tener agentes vu

—Uno tengo apropósito para esto.

—A él, pues.

—Hace la letra que quiere y como quiere.

—Sin perder tiempo, Monredon.

—Inmediatamente.

Y Monredon salió á ejecutar el infame proy
cebido.

Colmenar respiró como la buena que descubre
za que va á devorar.

Monredon, como habia dicho, se dirigió inme
ca del agente de confianza.

Despues de atravesar algunas calles se detuv
de una casa de mas que modesta apariencia.

Llamó y un hombre salió á abrirle.

Este hombre era la persona que el alguacil bu

Tenia como unos treinta y cinco años.

Cualquiera que supiese el objeto que á ver a
ba Monredon y hubiese reparado en la fisonomía.
luego hubiera notado el extraño contraste que p
tro de espresion franca y hasta noble en cierto
cio que al parecer ejercia.

El hombre condujo á Monredon á un cuartí

—Hemos de escribir una carta—dijo el algu

—Como gustéis.

—Con una letra estraña, pero bien clara.

—Ya sabeis que hago la que quiere.

—Escribid pues, que yo os dictaré.

—Cuando queráis.

Monredon empezó :

«*Hermano:*

Esta noche se os espera en el lugar que sabéis para tratar del plan que en breve vamos á ejecutar.

El agente hizo aquí una suspension y un ligero movimiento que Monredon no advirtió paseándose mientras dictaba por la sala.

—*Ejecutar*—dijo el agente despues de haber escrito lo dictado.

Monredon continuó :

Es preciso acabar de una vez con toda esa gente desde el vi-rey abajo ; ahorcarlos á todos, saquear las casas é incendiar-las luego para borrar hasta el último rastro de su existencia. Conque no falseis porque os espera vuestro...

—*Vuestro...*—dijo el escribiente.

—Ahora tres estrellitas debajo.... Eso es. A ver?

Monredon leyó la carta.

—Perfectamente—dijo.—Cerradla y poned el sobre.

—Ya está cerrada.

—*Al señor Orso de Monteferro.*—dictó el alguacil.

Puesto el sobre , Monredon cogió la carta y dijo :

—Ahora otra con distinta letra.

—Empezad á dictar.

—«*Señor alguacil real don Miguel Monredon.*

Si quereis descubrir el hilo de una terrible sociedad secreta que trabaja contra el poder del Rey Nuestro Señor , vigilad de cerca la persona de un caballero italiano que se llama Orso de Monteferro.»

—*Monteferro*—dijo el agente.

—Ahora—continuó Monredon—poned á guisa de firma :

«*Un amante del orden y de la paz del principado.*»

—Ya está.

—Perfectamente. Ahora ya os avisaré el dia que debéis llevar la primera de las cartas.

—Estoy siempre á vuestras órdenes.

—Adios.

—Adios.

Monredon salió.

El hombre salió también en seguida.

Monredon entró luego en casa de Colmenar.

El hombre se paró frente á una casa de aristocrático aspecto.

Llamó, y entró en seguida.

Era la casa del marqués de Tamarit, *hermano mayor de la de la Muerte*.

Volvamos ahora á nuestro peregrino.

Andado un buen trozo del camino, llegó á una especie de vuelta, en la cual se levantaban unos matorrales á la orilla de la senda por donde debía regresar necesariamente la condesa de Fiorrosa.

Por entre los matorrales, desde un claro que habia, capaz para dejar pasar sin trabajo el cuerpo de un hombre, se descubria una pendiente quebrada que llevaba á un barranco, en cuyo otro lado se veia un espeso bosque.

—Aquí— se dijo el Fadri parándose— por esta pendiente no bajará seguramente ningun caballo, y si bajara uno ó mas hombres, trabajo les mando hasta que me alcancen.

Y dicho esto, se sentó en una piedra que habia junto á los matorrales.

No tuvo que aguardar gran rato el fingido peregrino.

Las pisadas de los caballos que levantaban el eco de aquellas montañas le indicaron bien pronto que la condesa regresaba con su comitiva.

Al oír esto, se puso otra vez de pié, sin moverse del sitio que habia elegido junto á los matorrales.

El ruido de las pisadas fué apercibiéndose mas claro, y en breve apareció la gentil figura de la condesa, montada en un fogoso potro, color de perla.

El peregrino adelantó un paso en el camino.

La condesa llegó á él.

Llevaba á la comitiva unas diez varas de ventaja.

El Fadri tendió la mano, diciendo:

—Una limosna por amor de Dios.

En la otra mano se veía formando un extraño contraste el cráneo indicado.

—Toma— dijo la condesa, alargándole una moneda.

El Fadri se acercó para tomarla, fijando la vista en el rostro de la dama.

La condesa reparó entonces en el cráneo.

—Qué significa esa calavera que llevais ahí?

—Este, es señora, el cráneo de don Juan de Serrallonga— exclamó el Fadri con su voz natural.

—Fadri !!

—Doña Juana !!

—Ah !!..

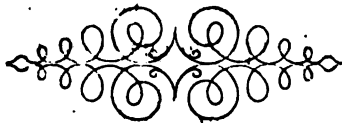
—Señora !!..

—Silencio! Sabes mi casa ?

—Sí.

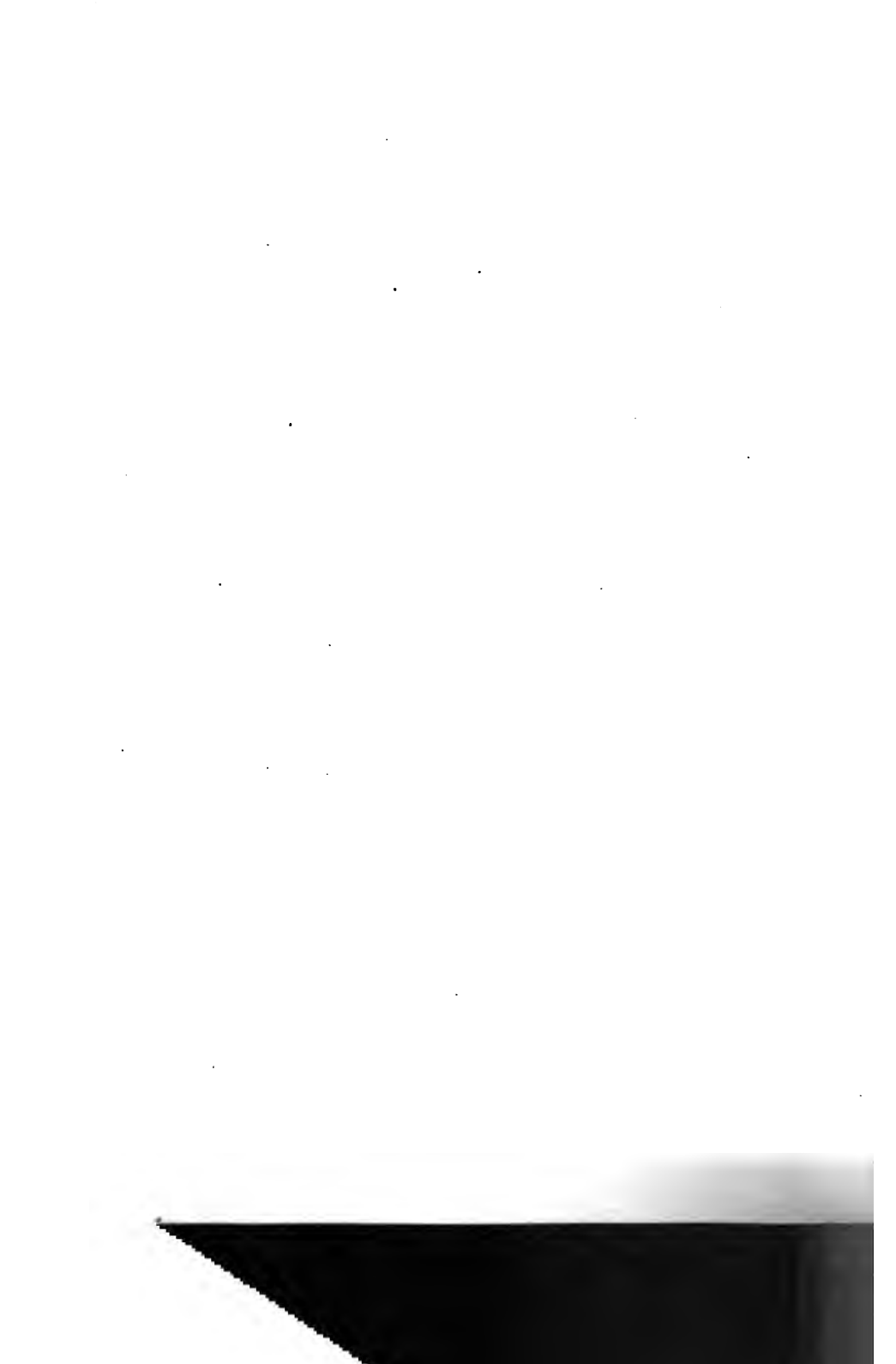
—Allá te espero.

Y la condesa tendió su caballo al galope, dejando al peregrino que recogía las monedas que el resto de la comitiva le arrojó al pasar.





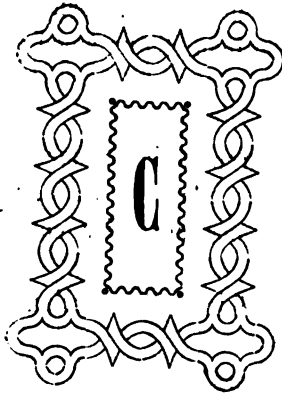
El peregrino.





LVIII.

EN QUE SE PRUEBA LAS GRANDES RAMIFICACIONES
DE LA HERMANDAD DE LA MUERTE.



LAO es que el escribano
Monredon para la escuela
fué á contar el caso pu-
marit.

La *Hermandad de*
nia un individuo en la
asimismo en todas partes
del mismo palacio del vi-

El tal agente, pues,
que un *hermano menor*
aquello fué á dar cuer-

su grupo.

Tamarit se quedó altamente sorprendido; no
dad secreta que demasiado sabia lo fácil que era
llegase á oídos del virey sabiéndolo la condesa,
sesion de la Catedral; sino por el tiro directo á
cerraban las cartas.

Seguidamente el marqués comunicó, de palabra por supuesto, el asunto á Margarit.

Este llamó al momento á Monteferro.

—Esto hay, le dijo refiriéndole el caso.

Orso se quedó sorprendido, como era natural.

—Conque mucha prevision y sobre todo cuidado con recibir carta alguna....

—Estaré prevenido.

—Y ahora ¿no atináis—preguntó Margarit—que pueda haber dado motivo á eso respecto de vos?

—No, ciertamente—respondió Orso.

Y se puso á reflexionar.

Luego preguntó:

—Monredon habeis dicho?

—Sí.

—Yo he oido este nombre....

—Es el alguacil real.

—Ah! sí. Ya tengo el secreto de eso.

—A ver?

—Anoche me le presentó la condesa juntamente con don Juan de Colmenar. Yo tengo amores con la hija de don Juan. Es un ángel y aunque su padre....

—Eso es aparte, decid.

—Esta mañana he sabido que don Juan reprendió duramente á su hija por haberme visto anoche hablar con ella á su lado, y he sabido mas; que trataba de perderme por cualquier concepto.

—El medio es bien digno de quien se ha valido de él! —esclamó Margarit.

—Si no fuese el padre de Clara.... yo os juro!...

—Eso queda de cuenta de otros!...—repuso Margarit. Vos lo único que debeis hacer es lo que os he prevenido.

—Descuidad.

—Habeis visto ya á la condesa?

—Esta noche la veré.

—Hasta mañana pues....

Monteferro salió y volvió á su casa asombrado, pues no le alevosía cupiera en la mente de aquel hombre

—Qué diablos era eso?—le preguntó Fontanellas

—Que Colmenar es el hombre mas infame de España

—Nada mas que eso?

—Se ha valido para perderme del medio mundo

—Digno de él!...

—Oh es horrible!

—Y qué es lo que proyectaba?

—No lo puedo decir, Cárlos.

—Pero hombre, sabes que.... francamente,

—Sé lo que vas á decirme—Interrumpió Monteferro

—Mejor, así resalta mas mi razon.

—Con efecto, Fontanellas; pero es necesario

—Que se requiere ser todo lo amigo tuyo que yo soy para fé en tu amistad, para creer que realmente tienes un centenar de motivos poderosos para reservarte de mí

—No hay cien motivos, hay uno solo, Cárlos!

—Bien, uno; pero como son tantas y tantas cosas que me interesan en diversos asuntos tambien te has reservado igualmente

—Con una sola palabra se desvanecerán un dia todos los motivos que puedas tú ahora tener; y te ruego que no te precipites en la temeraria creencia de creer que falto por eso á tu buena amistad, porque yo no por tí mismo, que sentirias mucho luego haberme faltado injusticia.

—Pues señor, calla otra vez y como si nada hubiera pasado Fontanellas sonriendo benévola y encarecidamente

—Gracias, Cárlos, mi buen amigo, cree que yo soy una prueba de ciega confianza que me das.

—Hablemos de otra cosa.

—Ah! se me olvidaba, si viene alguna carta que me escribas, me la recibes.

—Que no se recibe ninguna carta que venga por mí

—Sí.

Y el mismo Monteferro se echó á reir.

ya bastantes dias....

Con esto Monteferro , léjos de ponerse serio soltó el trapo mas y mas.

—Es que me rio yo mismo—dijo sin poder contener la risa que le obligaba á hablar á tropezones—de ver el efecto que á tú debe hacerte eso, ignorando la causa.

—Efectivamente, me choca; porque no puede menos. Ponte tú en mi lugar y verás.

—Es cierto, y yo haria peor, porque no sé si hubiese tolerado eso tanto tiempo....

—Ya ves, pues... Conque, si es broma, Orso, concluyámosla, que ya basta.

—Es serio y mas serio de lo que puedes figurarte , Cárlos—dijo Monteferro formalmente.

—Bueno. Conque no ha de recibirse en casa ninguna carta que venga para tí?

Y entonces, dicho esto se echó á reir Fontanellas.

—Nada, Cárlos, lo arreglaremos de otro modo, porque tomado esto así riendo podríamos mas tarde llorarlo los dos.

Y alargando la mano al cordon de una campanilla tiró de él.

Un criado se presentó inmediatamente.

—Cuando venga alguna carta para mí, no se recibe.

—Está muy bien —dijo el criado.

Monteferro le indicó con la mano que despejase.

El criado salió.

—Ahora lo creo — continuó Fontanellas— que hasta aquí, francamente, tan estraño es eso, que no creia fuese de veras.

—Pues va, Cárlos, de veras y muy de veras.

—Es triste! Ese hombre hará la desgracia de sus dos hijas.

—Lo que es de la una...

—La hizo ya, y la otra....

—Esa le ha de costar algo mas sacrificarla á su sórdida ambicion. Porque es claro, al verla tan hermosa—continuó Orso— como estaba en el baile y al oir que cuando me presentó la condesa no decia el baron, el conde ó el marqués de Monteferro, sino Monteferr-

ro á secas, diria para sí su padre: «Mi hija cierto que vale y merece algo mas que la humildad, ni donde encontrará su padre un corazón y con mayor ternura!

Fontanellas que tantas veces habia dicho en igual caso lo mismo que su amigo, le miraba con labra.

—Yo seria el primero que tendria la abnegación, de sofocar mi amor para que libremente me entregara á otro que la hiciese mas feliz; pero habia seguridad.

—Esa seguridad, Orso, seria difícil que tuviera, porque el amor trae consigo la idea de que nada puede hacer la dicha de la persona á quien amamos.

—Oh! yo le perdonaria á don Juan el darme á hacerme; pero el que ocasiona á Clara no se le puede perdonar.

Dejemos otra vez á los dos amigos, puesto que ya tenemos los puntos sobre que versaria su conversacion en la casa del ya impaciente don Pedro Margarit.

Habia ya anochecido y conforme se hacia se aumentaba la curiosidad del presidente de la *Hermandad de*

—Las siete y cuarto—esclamó mirando el reloj, los cuartos de hora todavia para la que él ha fijado.

Así cada cuarto le parecia un año á Margarit.

Dió la media, los tres cuartos, y el Fadri no se movia.

Consideremos que era bastante larga la distancia que habia que dar el Fadri, y que, desde el punto donde él se encontraba, necesitaban piernas como las suyas para llegar al punto dicho á Barcelona.

Dieron las ocho, y el Fadri no estaba todavia en el punto.

—Las ocho!—esclamó este aterrizado. Bien se ve que el corazón.

Pero por desgracia de la humanidad, eso que se llama sentimientos y corazonadas no sale cierto sino cuando se ha de venir. Cuando es lo contrario, nos engañamos.

En el momento en que Margarit iba á salir p

tiempo y la ocasion perdidos , entró el Fadri.

—Albricias , señor!

—Fadri!

—Albricias.

—Dí , presto.

—Ya tenemos á doña Juana.

—De veras!

—Era ella.

—Al fin!...

—Ella! y tan varonil , tan ella como siempre.

—Ah! espílicate , espílicate , Fadri.

—Qué mas quereis que os diga despues de esto?...

—Pero cómo fué?

—Hice lo que sabiais.

—Sí.

—Y ella me conoció al instanté.

—Te llamó....

—Por mi nombre.

—Y tú luego....

—La he conocido tambien , pues está claro! Yo fui muy torpe anoche , si tiene la misma cara de antes.

—La misma... algo debe haber variado. Yo la habia visto alguna vez cuando niña. No conservo especie de la fisonomía.

—Es decir , está mas fina de cútis , y mas blanca , y no tiene aquellas huellas del sol y del relente , y lleva otros adornos á la cabeza , y....

—Entonces está desfigurada completamente.

—Eso sí ; pero para mí , qué diablos , está lo mismo!...

—Y bien , no habeis hablado?

—No , porque venia luego la comitiva.

—Pero habeis quedado en algo.

—Sí. Me ha dicho : «sabes mi casa?» Sí , señora , la dije : «pues ven á verme en seguida.» Y partió al galope.

—Es preciso ir cuanto antes.

—En seguida.

—Sí, sí, al momento.

—Voy, pues.

—Cuándo vuelves?

—Cuando salga de allí.

—Oye.

—Decid.

—Puedes decirle todo lo de anoche...

—Es claro! No va á reirse poco cuando llegue lo del incendio!

—Díle que yo pasaré luego á verla.

—Se lo diré.

—Adios, pues, Fadrí.

—Hasta mas tarde, señor.

El Fadrí partió, y Margarit quedó lleno de gozo, aguardando otra vez la vuelta del antiguo teniente de Serrallonga.

Mientras doña Juana estaba fuera de casa, llegó á esta otro personaje, no en el sentido literal de esta palabra, sino en la acepción que se le da cuando se aplica sin distincion á los actores y personas que figuran en un drama ó una novela.

Este personaje era un criado ó agente de la condesa á quien como tal no conocemos sino de nombre.

En uno de los anteriores capítulos, no recordamos cuál; pero en aquel en que se refiere la primera visita de Colmenar y Monredon á la condesa, el lector recordará que esta recibió dos cartas que leyó antes de que aquellos entrasen en el gabinete. Una carta era del virey; la otra de un tal Ramon, en la qual le daba cuenta de sus trabajos alistando gente en Santa Coloma y pueblos vecinos.

Pues bien, el personaje que llegó y que se quedó en casa á pesar de que la condesa estaba fuera era Ramon.

La condesa le habia mandado que bajase á Barcelona para hablar con él mas largamente de lo que una carta permitia.

El mayordomo conocia á Ramon y las atenciones que fué objeto por parte de aquel cuando llegó, traducian bien el aprecio que este á su ama merecia.

Ramon preguntó naturalmente por ella y el mayordomo le explicó punto por punto á donde y como habia salido.

de los caballos en la calle.

Ramon voló al patio como una exhalacion.

Tras de Ramon , bajó un perrazo enorme dando ladridos de alegría.

Al entrar la condesa en el patio, Ramon tomó la falsa rienda del caballo junto al bocado y la condesa apoyando una mano en su hombro echó pié á tierra.

—Adios, Ramon.

—Él os guarde, señora.

El perro se levantó de manos delante de la condesa.

—Ola , tú tambien ?—dijo esta acariciándole con la mano.

—Es mi constante camarada, y quisierais que se hubiese quedado?

Un criado llevó los caballos y la condesa subió la escalera seguida inmediatamente de la corta comitiva á la cual se unieron Ramon y el enorme perro.

—Entra, Ramon—dijo á este la condesa metiéndose en el gabinete aquel que conocemos.

Sentóse en el sillón indicándole á Ramon el sofá.

—Conque aquello está tan bien ?

—Perfectamente, señora.

—En todos los pueblos?

—Principalmente en Santa Coloma.

—Bueno.

—Han resistido muchos á alistarse?

—Como no iba yo á buscar, sino gente á propósito para ello, nadie ha resistido.

—Y están realmente dispuestos ?

—Para el día que se quiera.

—Se sabe ya allí lo de los alojamientos?

—Sí señora.

—Y qué tal se ha recibido la nueva ?

—Todo lo mal que podais imaginaros.

—De suerte que cuando vayan los soldados....

—Mal recibimiento les aguarda.

—Y esto es general en el pueblo ?

—Con escepciones contadas.

—En los demás pueblos sucederá lo mismo?

—Exactamente.

—De manera que segun y como, podria aprovecharse la efervescencia de aquellos momentos con el disgusto que causará eso de alojar los soldados ?...

—Para qué ?

—Para levantar el territorio.

—Ya lo creo!

—Tal vez se haga así.

—Pero tened en cuenta que ha de ser muy en breve si acaso.

—Por qué ?

—Los tercios irán de un momento á otro.

La condesa no quiso por el pronto saber mas y dijo :

—Bien, Ramon. Ahora véte al recibidor.

—Bien , señora.

—Estáte allí y si llama un hombre de mediana edad pidiendo por mí hazle entrar.

—Muy bien.

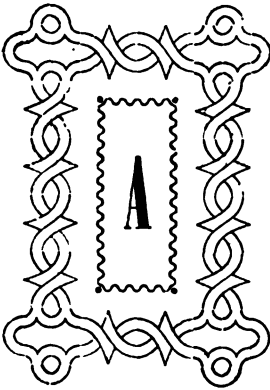
—Si viene un caballero jóven , lo mismo.

Ramon salió y la condesa se quedó en el gabinete aguardando á Monteferro y al Fadri que eran las personas á quienes esperaba.



LIX.

EL PUÑAL DE LA VENGANZA.



PENAS anocheció, Monteferro que aguardaba con impaciencia la caída de la tarde para volver á casa de la condesa, como le habia dicho el mayordomo cuando estuvo por la mañana, se dirigió al palacio de Fiorerosa.

Ramon sabia que habia de ir un caballero jóven segun le habia su ama prevenido y así que vió á Orso al abrir la puerta cuando este llamó, le dijo:

—Tened la bondad de pasar.

Monteferro entró.

—Aguardad aquí un momento. ¿A quién anunciaré á la señora?

—Monteferro.

Ramon volvió.

—Podeis pasar — le dijo.

Y, precedido de Ramon, Orso penetró en el gabinete donde le esperaba la condesa.

que entretenernos en inspeccionarle de nuevo.

En la misma disposicion que cuando le vez, estaba su corto quanto lujoso mueblaje.

El secreter de ébano coronado por aquel cr estaba sentada la condesa á un lado delante de pejo á cuyos lados ardian los caprichosos y bronce ; todo, enteramente todo, ocupaba su n

—Señora condesa—dijo Orso al entrar é n cabeza.

—Adios, Monteferro.

Luego dirigiéndose á Ramon que aguarda puerta le dijo la de Fiorerosa :

—Que nadie venga hasta que yo llame.

Ramon hizo una profunda reverencia, y sin

—Sentaos, Monteferro—dijo la condesa sofó.

Este se sentó.

—Me dispensareis que haya salido hoy de c

—Señora....

—Ayer os dije *mañana* y sentí cuando al vo habiais estado.

—No importa.

—Ya dejé recado, sin embargo, para vos.

—Me lo han dado y yo os doy gracias ahora.

—En fin todavía es *mañana*.

—Sí...

—Aquel mañana que anoche dijisteis que no

—Oh ! señora, os suplico que no hablemos

—Sois muy jóven y como tal impaciente y

—Puede ser.

—Si: y creed Orso que la reflexion para una cualidad de gran precio que ahorra mucha aminorar no pocos en ciertas situaciones de la vi

Orso miraba estupefacto á la condesa y decia

—Ayer se burló primero de mí y luego me

ura, al fin, á parar todo esto ?...

—Sí, Orso ; se necesita en la vida y mas cuando se trata de ciertas personas arrojadas en medio del torbellino del mundo, mucha, muchísima reflexion ; y me duele en el alma comprender que vos no poseeis esta cualidad....

—Pero, señora—esclamó Orso que no comprendia á donde iba á parar la condesa con tan estraño exordio.

—No porque vuestro buen talento y vuestra cabeza no estén dispuestos á ella, sino porque á vuestra edad las pasiones que se dejan sentir mas fuertemente en temperamentos como el vuestro, cierran la voz del juicio, para abrir por completo las puertas al corazon.

—Me permitireis, señora, que os haga una pregunta ?

—Decid....

—Yo estimo en lo que valen y agradezco tan buenos y sabios consejos.... pero....

—No habeis venido á eso, ¿ no es verdad ?

—Señora....

—Hoy mismo comprendereis que no en valde os exorto tanto á la resignacion, esto es á la prudencia, á esa preciosa facultad del alma que sabe mantenerse tranquila, cuando en su derredor rugen las tempestades, permitiéndola ver y seguir serena el camino de la razon.

Orso estaba en un potro.

—Concluyo acerca de este punto diciéndoos : Monteferro, consultad muy mucho con vos mismo antes de decidiros á dar uno de esos pasos que llevan consigo la felicidad ó la desgracia de toda la vida.

Orso empezaba á cansarse ya, si no estaba cansado del todo.

—No olvidaré, señora, tan prudente consejo—contestó Monteferro por pura cortesía.

—Tenedlo presente, creedme ; pues no estais quizá léjos del momento en que pueda aprovecharos.

—Hasta cuándo durará esto, pardiez!— se decia Orso.

—Ahora á otra cosa.

Monteferro respiró.

—Permitidme que os repita algunas preguntas de anoche.

—Todavía!— dijo interiormente Monteferro.

Y respondió á la condesa.

—Como gustéis.

—Me dijisteis que amabais mucho á Clara de Colmenar?

—Sí.

—Y sabéis ya quién es su padre?

—Sé que es un infame!— respondió Monteferro sin poder disminuir la cólera que le dió el solo nombre de Colmenar.

—Y vos quereis á su hija?...

—Qué tiene eso que ver?

—Efectivamente, para quien, como vos, tenga el sentimiento de la justicia que en eso solo mostrais, no disminuye el mérito de una dama si es buena, por tener un padre tan malo....

—Ya veis, pues....

—Pero tales cosas podian venir, que hiciesen imposible vuestro amor á Clara....

—Nada de este mundo pudiera obrar en mi corazon una variacion semejante!...

—Quién sabe?...

—Nada!

—Y si el amor de Clara os impidiese tomar la venganza de vuestro padre?...

Monteferro miró asombrado á la condesa.

—Decid.

—Señora, tales suposiciones haceis.... que....

—Qué?

—Que eso no puede suceder nunca!

—Pero si sucediera?...

—Pues bien, en ese caso, señora, mi padre lo primero, mas que le pesara á mi amor.

—Bien, Orso!— exclamó la condesa.

—Pero, señora, para saber hasta que punto sabré yo cumplir el legado de mi padre, me habeis puesto en tan dura alternativa?

—No, Monteferro.

—Entonces!...

mundo , he querido ver , si llegado ese caso , os detendria semejante consideracion .

—Ya habeis visto , pues , que no , aunque semejante caso es imposible que llegue .

—Quién sabe , Orso?...

—Cómo! qué quereis decir , señora!...

—Lo que habeis oido simplemente : que quién sabe si ese caso puede llegar?...

—Oh! por Dios , condesa , concluyamos de una vez....

—Comprendo , Orso , que estareis ya hasta aburrido de tanto preámbulo ; pero luego comprendereis que no ha sido estraño é injustificable capricho mio .

La condesa se levantó .

Orso se puso tambien de pié .

—No os movais , no salgo .

Orso , sin embargo no se sentó .

Fué la condesa al secreter , abrió , sacó el puñal que ya conocemos , y volvió á sentarse en el sillón .

Monteferro , de pié delante de la condesa , dirigió una mirada al arma fatal , y respiró , como desahogándose de un peso terrible .

La condesa exclamó con voz solemne y presentando el puñal :

—Hijo de Monteferro! este es el puñal de la venganza de vuestro padre!

Orso alargó la mano .

—Tomadlo , y sabed ser digno del nombre que llevais , del país en que nacisteis .

—Oh! gracias por fin , condesa , gracias .

—Por mi parte creo que no tengo ya nada mas que deciros .

—Pero este puñal— dijo Orso , como queriendo saber algo mas de la condesa .

—Es el que os legó vuestro padre .

—Sí .

—Él ha de servirnos para la venganza .

—Pero contra quién ?

—En el mismo puñal está el secreto .



Hijo de Monteferro...



Inútilmente por entonces.

El secreto estaba tan perfectamente disimul
Orso miraba no podía descubrirlo.

—No descubro nada...—dijo.

—Está, pues, en el puñal.

—Vos lo sabeis?

—No.

—Pues?

—Sé solo que está en el puñal positivamente
cubierto, ni lo he intentado. Eso os toca á vos.

—Entonces yo lo descubriré.

—En él hallareis el nombre del asesino de

—Nuevas gracias, condesa.

Y Monteferro guardó el puñal.

—No os detengo mas ahora....

—Sí, condesa, dispensadme que salga, p
paciencia que podeis presumir por descubrir el

—Adios, Orso.

—Adios, condesa.

Monteferro salió y Ramon le acompañó hasta
calera.

Los preámbulos de la condesa habian hecho
el ánimo de Monteferro.

El objeto que á este le habia acercado á la con
clusivo: el de adquirir el medio de llevar á efecto
gada por su padre.

A qué, pues, mezclar en ello á Clara?

Qué tenia que ver el amor de Clara con el as
Orso?

Esto, repetimos, habia naturalmente hecho
honda impresion.

Pero en eso de impresiones, sucede como en
lo menos.

Así que Monteferro recibió el deseado puñal
desa, no pensó en otra cosa ni en ninguna tamp

y que él recibía entonces como de propias manos del difunto, agonizando asesinado en el lecho del dolor.

En un bolsillo interior del pecho del jubon que llevaba habia colocado el puñal , y temeroso sin duda de que pudiera perdersele, iba por la calle, metida la mano y acariciando el mango.

El secreto es lo que le inquietaba un poco.

Pero qué diablo! En la hoja no habia de estar el secreto: habia de ser precisamente en el mango.

Esto pensaba Monteferro.

—Si no doy con él , destruyo el pomo! así lo encontraré en seguida.

Dentro de pocos minutos de haber salido del palacio de Fiorerosa entró en casa de Fontanellas.

Este, como sabemos, le aguardaba.

Sabia que su amigo se encontraba en uno de esos críticos períodos en que el hombre se encuentra en la vida , y aunque ignoraba los motivos que no podia tampoco por aquel entonces revelarle Monteferro, hacia tan suya y tan propia la situacion de este, que sin salir de casa le aguardaba esperando el resultado de aquella que podemos llamar verdadera crisis de su compañero.

Este llegó por fin.

—Qué tal?—preguntó con verdadera ansiedad Fontanellas al verle llegar.

Monteferro por toda contestacion metió la mano en el pecho, y sacándola luego levantó el puñal.

—Un puñal—esclamó don Carlos.

—Sí.

—Y qué quiere decir ese puñal?

—No lo adivinas?

—No.... Es decir....

—Es el puñal de la venganza!

—Al fin lo has descubierto?...

—Sí , Carlos. Al fin el legado de mi padre, su muerte infame y alevosa va á-ser vengada por su hijo!

—Y quién es....

—Sí.

—No lo sé todavía.

—Entonces...

—Pero tengo el secreto aquí.

—En dónde?

Monteferro señaló el puñal.

—En el puñal!

—Sí.

—Habrá algun escondido resorte...

—Eso vamos á ver ahora.

Y acercándose á la luz que ardia en una p
sa, se pusieron ambos á examinar el puñal.

—En tan pequeño objeto no ha de ser dif
del secreto.

—No debe serlo.

Pero por mas que miraban y volvian á mi
mente, el tal secreto no daba el menor indicio

—Diablo! en la hoja no estará—esclamó F

—Claro es que no.

—Pero tú estás cierto de que el secreto está

—Así me lo ha dicho la condesa.

—Y será así....

—Oh! no lo dudo. Ahora no puede haber
masiado formal la entrega que me hizo y de
tambien las palabras que me dijo—esclamó l
á mirar el arma.

—Pues yo no atino donde puede estar.

—Ni yo....

—Y si no lo encontramos?

—Lo encontraremos.

—Pero cómo?

—En último caso destruyendo el pomo.

—Seria sensible, porque es magnífico.

El pomo era efectivamente una preciosidad.

—Cuál ?

—Yo he visto, es decir no los he tenido ; pero hay puñales.... á ver? deja.

—Toma.

Fontanellas cogió el puñal y dió un golpe con el extremo del pomo sobre la mesa.

Ya recordará el lector que el secreto se abria con esta operacion.

Esta vez, pues, como la en que por casualidad hizo lo mismo la condesa de Fiorerosa, el secreto quedó abierto.

—Ah ! —esclamó Monteferro.

—Acerté—dijo Fontanellas.

Orso se abalanzó al puñal.

El secreto contenia aquel papel escrito de mano del padre de Monteferro.

El hijo lo abrió y lo devoró con la vista.

—Ah!—gritó.

Y cayó de espalda y sin sentido.

—Monteferro—gritó Fontanellas, acorriendo á su amigo.

Orso no respondia.

—Monteferro !

Lívido y pálido el rostro como la muerte, el desgraciado amante de Clara yacia en el suelo sin sentido y por consiguiente, sin oír las palabras de su amigo.

Fontanellas le cogió en brazos y lo llevó al lecho que inmediato estaba.

Tiró luego inmediatamente del cordon de una campanilla.

Monteferro en este instante abrió los ojos y viendo la accion de su compañero le dijo :

—No llares á nadie, Cárlos, ya no tengo nada!...

—Pero qué es eso?

—Toma, lee, lee en este papel.

Monteferro le tenia dentro del puño cuando cayó y no lo habia soltado.

Fontanellas tomó el papel y se acercó á la luz.

La recordara el lector lo que decía el pa
«Hijo mio: el asesino de tu padre
que se llama don Juan de Colmenar , y
cial español, llamado Miguel Monredon

ORÉ



LX.

DOÑA JUANA DE TORRELLAS Y EL FADRÍ DE SAU.



OMENTOS hacia que Monteferro habia salido de casa de la condesa , cuando entró otra vez Ramon en el gabinete.

—Señora , un hombre que dice ser el *peregrino* , pregunta por vos.

—Condúcele al momento.

El Fadrí pasó precedido de Ramon.

Este le dejó en la puerta del gabinete, y desapareció á una seña de su ama.

—Fadrí!

—Doña Juana!

La condesa , es decir , doña Juana de Torrellas , se levantó alargando la mano al Fadrí.

Este se resistió respetuosamente.

—Tómala , Fadrí , si no de doña Juana , de tu capitan de ayer.

—De mi capitan de hoy!—esclamó el Fadrí estrechando la mano que se le ofrecia.

—Siéntate.

—De qué hemos de empezar á hablar ,

—Ni yo mismo lo sé , señora.

—Tantas cosas han pasado!...

—A mí grandes.

—A mí mayores , Fadri.

—Lo presumo.

—Yo te creia muerto.

—Y yo á vos.

—Ya me lo figuro.

—Dijeron que os habiais escapado ; persistencia , y al fin , todos creyeron que creto.

—Me escapé , pues , á favor de una murtró en mi prision.

Aquí doña Juana esplicó al Fadri lo que modo como se libró de las garras de sus en-

—No fué , pues , menor fortuna la mia.

El Fadri á su vez esplicó á doña Juana hemos.

—Ahora te llamará la atencion mi titulo celona ?

—Naturalmente.

—Cuando me libré , procuré al momento de , perdidos como estábamos todos , era in seguir , por mí sola , la idea que me habia en la montaña....

—Claro.

—Y donde á duras penas conservaria una prometida y amenazada á cada momento.

—Es verdad.

—Pasé , pues , á Italia. Allí vivia el cond de mi madre. Se halla soltero á la edad de oc me , pues me presenté inmediatamente , me hacerlo un padre con una hija. No permitió , saliese de su casa á alojarme en otra parte. /

pitalidad de mi buen tío que me vino de perlas en aquella ocasión en que , para llegar á Italia , tuve que dar á vender en una posada las joyas que llevaba conmigo ya desde mi casa.

El Fadri escuchaba la relacion de doña Juana con la mas profunda y religiosa atencion.

—El buen conde tenia altas relaciones con los principales personajes de Italia y de las demás naciones , especialmente con el conde—duque de Olivares. No tardé yo en poseer la confianza toda de mi tío. Era la única persona de su sangre que estaba á su lado, y además mi cariño , que se lo tenia verdadero en gratitud á las finas atenciones de que me colmaba, hacia que el suyo fuese en aumento cada dia. Los achaques y la edad le impedian muchas veces contestar á cartas que él no confiaba á nadie y que escribia por lo mismo de su puño. Yo suplí su falta , llegando , al fin , á ser su secretario. Desgraciadamente le asaltó la última y mas terrible enfermedad. Escuso decirte mis cuidados á la cabecera de mi segundo padre.

—Los concibo , señora.

—Murió al fin el conde , y al abrir su testamento , ví con sorpresa que me nombraba heredera sola y universal de todos sus bienes y de su título.

—Y desde entonces....

—Me llamé la condesa de Fiorerrosa.

—Acerca de las rentas que van unidas al título , te diré tan solo que son de las mayores que hay en Italia.

—Gran providencia , señora , fué la vuestra en medio de todo.

—Realmente fué grande, Fadri, y yo que noté en esa súbita fortuna mia la mano de esa providencia que dices, creí que era mi deber, así como era mi voluntad, suplir con el dinero los medios de venganza que perdí cuando pereció en aquel terrible dia mi valiente *Banda Negra!*

—De la que no queda ya mas que el capitan y el indigno teniente! —esclamó el Fadri con dolor.

—Es verdad—dijo con voz entrecortada doña Juana á quien se le saltaban las lágrimas.

El Fadri se enternecia tambien.

que quieres, Fadri? —Conmigo donda el fragor del combate.

—Demasiado lo he visto!

—Ni me detiene la carnicería, ni aminorarlo, ver como caen mis valientes!... por ellos despues que murieron.... que quiere

Y doña Juana llevó la mano á los ojos por Fadri imitó su accion porque lloraba lo r

—Cualquiera que nos observase, Fadri...

—Si no tenia alma fiera, diria que el sent con el valor.

—Es verdad!...

—No llorará ninguno de aquellos infames pañeros suyos que hicimos caer aquel dia!

—Sigo adelante—dijo la condesa serená

—Proseguid.

—Creí pues que mi gran fortuna debia ser al fin para cumplir mi venganza.

—Cuya idea no os abandonó un instante..

—Ni en sueños, Fadri. Escribí, pues, á varios ó casi todas las que tenian relaciones con el conde para saber su muerte. Llegué á la carta del conde—d

—Le escribisteis tambien?

—Pensando mucho la carta; y como era de amigos de mi tio, tuve motivo para estenderla igualmente y con igual amistad la casa de Fiori por completo.

—El conde—duque os contestó?

—Inmediatamente y del modo mas satisfactorio. Guardo la carta todavia. Estas relaciones convenian á mi objeto y fueron las que principiaron á tener cultivándolas mas y mas cada dia. Arreglados los asuntos pertenecientes á la herencia, reduje un viaje á Nápoles y vine á Madrid en seguida.

—A ver tal vez al conde—duque?

—Cabal.

—Comprendes ?

—Del todo.

—Pues, como yo esperaba, mi presencia acabó de estrechar nuestras relaciones.

—El conde—duque no os conocia ?..

—Por mi primer nombre ?..

—Sí.

—Qué disparate! Claro está que no.

—Por eso.

—Como mi tío á causa de sus achaques vivia retirado en una casa de campo, ni la sociedad de Nápoles, que era la ciudad mas cercana de la quinta, me vió una sola vez.

—Todo os salia á pedir de boca.

—Todo. La gente no supo que el conde tenia una sobrina que le habia heredado, hasta que él murió.

—Ya comprendo.

—El conde—duque sabia que mi tío era inmensamente rico, y yo que conocia ya de antemano el carácter de Olivares, no desperdiçé ocasion de ponderarle mas y mas, así al descuido, las riquezas que habia heredado. Surtió esto tambien su efecto.

Quando creí que habia llegado al punto de la confianza que necesitaba con el favorito, díjele que habia visto ya bastante Madrid y queria ir á ver el resto de España. Me preguntó en seguida á donde pensaba dirigirme. Le contesté que á Barcelona. El virey tuvo al momento una carta particular del conde—duque recomendándome eficazmente, y con el virey todo lo mas notable de la capital.

—Me dejais pasmado !

—Ahí tienes el secreto de mi importancia en Barcelona.

—Repito que me dejais pasmado.

—Hay motivo realmente.

—Ya lo creo !

—Ahora paso á decirte como me he aprovechado de esos medios.

—Decid, decid.

—Así que llegué, conocí el poderoso influjo de las cartas del conde—duque no solo respecto del virey, sino que tambien de

parte de los señores principales, pues Olivares si tenia conocimientos en Barcelona , y yo le me dijo que en breve tendria todos los de sus nidas , pues , llovieron el dia siguiente de m que de antemano habia mandado comprar y domo. Contesté todas las bienvenidas y devol das las visitas ; y héme aquí con mas relacio ambicionar en la capital del principado.

—Ya lo creo.

—Nadie ignoraba y todos lo tienen todaví el favorito del rey de España , el rey de hec recibiria como obsequio á él mismo las conside me tuviesen. Y quién de todos estos señores d de complacer , complaciéndome á mí, al poder

—Alguno habria , no obstante....

—Algunos, afortunadamente , Fadri ; pero : el conde-duque.

—Naturalmente.

—Yo me dejaba querer , como se dice vulga mayor motivo á esas atenciones y abrir paso á era necesaria en esta sociedad , resolví correspo ras , con una fiesta á la cual convidé toda la ar dad. Poquísimas familias nobles ó de alguna aceptar el convite. Pero cuál fué mi sorpresa asistentes , se me presenta Colmenar....

—Ah!

—Y Monredon!

—Qué situacion!

—Figúratela , Fadri.

—Procuré hacérmelos míos al instante.

—Lo cual conseguiriais sin gran dificultad.

—Desde luego.

—Ellos son los satélites mas inmediatos que !

—Sí.

—Y pensé que por su medio conseguiria er que yo creia necesario , el corazon de Santa Co

—Ya lo sé.

—Hé aquí porque teniendo mil ocasiones cada día para vengarme, haciéndoles dar horrible muerte, de los asesinos de don Juan, á quienes he tenido solos en mi casa hasta altas horas de la noche, viven todavía.

—Admiro vuestra calma, que no comprendo como hayais podido tenerla tanto tiempo.

—Es que no es tan solo preciso vengar á don Juan, Fadri. Yo soy la heredera suya en la venganza de su muerte y en el objeto que él llevó á la montaña, y que aquella misma muerte desgraciada le privó de cumplir.

—Es verdad!

—Conocí que tiempo me quedaria para hacer desaparecer de la faz de la tierra á los infames asesinos.

—Ya lo creo!—dijo el Fadri con una seguridad que espantaba.

—Y que mi venganza no debia impedirme el servirme de ellos al objeto por que nuestro partido trabaja.

—Esa es doble abnegacion que nadie mas que yo comprende, señora.

—Y así, pues, yo soy la confidenta, la consejera de Colmenar, Monredon y hasta el resorte que mueve estas dos repugnantes figuras del triste cuadro que presenta Barcelona.

—Se necesita toda la fuerza de voluntad que vos teneis.

—Figúrate ahora lo que habré sufrido conferenciando tantas veces, *amigablemente*, con esos dos hombres!...

—Lo concibo!...

—Los efectos de este ímprobo trabajo mio los habrás podido tú mismo conocer en Barcelona, desde la nueva actitud que ha tomado el virey, cuyo fenómeno, puedo decir que se debe á mí sola.

—Sabia todo eso, que sabe todo el mundo de la condesa de Fiorerosa.

—Pero no lo sabes todo.

—Tal vez....—dijo sonriendo el Fadri.

—En los pueblos de....

—Santa Coloma—interrumpió el Fadri.

—Riu de Arenas y demás teneis un agente q
bres que han quedado sin trabajo....

—Pero cómo sabes tú eso ?

—Soy *hermano mayor*.

—Ah !

—De la *sociedad* que Martin os reveló.

—Pobre Martin.

—Yo le maté.

—Tú , Fadri !

—Qué hubierais hecho en mi lugar ?

—Es cierto —dijo con sentimiento doña Juana

—Quién habia de decirme entonces que la
Fiorerosa erais vos ?..

—Verdaderamente. Pero como pudiste ó pudist

—Yo que seguí los pasos á Martin Andal ,
él de esta misma casa le cogí una carta que se le

—Yo se la escribí dias antes.

—Y apropósito de esa carta.

—Qué?

—Que me ha dado un tormento horrible anoche

—Anoche?

—Sí. Pero dejadme antes explicaros una cosa q
No me acordaba.... es que tiene uno tantas cosas
momento.

—Y tanto. Pero explica esa.

—Anoche íbamos á incendiar este palacio.

—Anoche !

—Sin remision.

—Ahora comprendo las palabras de Margarit.

—Del presidente.

—Ya lo sé.

—Pues anoche. Si bajais á los almacenes ver
preparativo!...

—Y cómo os detuvisteis ?

—El presidente sospechó si seriais doña Juana.

—Y se detuvo?

—Me hizo subir á mí y yo bajé convencido de que lo erais. De consiguiente se dió contraórden al momento.

—De buena me salvé.

—Ya lo creo! Pero es el caso que cuando no habia ya remedio, yo pensé en la tal carta y le dije al presidente que mis ojos me habian engañado y que tenia una prueba en contra que destruia todas las en que antes nos apoyábamos para creer que fueseis vos doña Juana.

—Y qué prueba era esa?

—Vuestra carta á Martin.

—Mi carta l...

—Cuya letra no es la vuestra.

—Es verdad.

—Ya veis....

—Que anduviste muy torpe en eso, Fadri.

—Torpe!

—Quién no dice al momento que la condesa de Fiorerosa no habia de tener la misma letra que doña Juana?

—Teneis razon.

—Debiste haberlo pensado al momento.

—Pues no lo pensé, y eso dió motivo á que fuese á esperaros hoy en el camino, probándoos con lo que habeis visto.

—Ha sido realmente una prueba. Y dónde has dejado el cráneo, Fadri?—preguntó tristemente doña Juana.

—En mi casa donde está como en un sagrario.

—Tráemelo.

—Ya pensaba eso mismo, señora, y os lo traeré al momento.

—Ahora quiero ver á Margarit.

—Vendrá en seguida.

—Bien.

—Y por cierto que estará esperándome ya impaciente.

—Vé pues, Fadri, y si esta noche misma, pudiese venir contigo Margarit....

—Ya sabeis que es lo que desea.

—Ve pues, por el, que conviene tenerlo
trevista los tres.

El Fadri se levantó y cuadrándose d
dijo:

—A la órden, pues, mi capitan.

Doña Juana se sonrió.

—Aguarda. Voy á darte á conocer al muc
pre para recibir cuando está en Barcelona
siempre y á cualquier hora la entrada franca

Y doña Juana tiró del cordon de una camp

—Qué nombre tomarás?—dijo al Fadri—
que no se puede usar el tuyo propio.

—El mismo que antes tomaba : el de Caye
Ramon se presentó en el gabinete.

—El señor se llama Cayetano—le dijo s
conocerás para darle siempre y á cualquier h
le tengas bien presente.

—Ya conozco yo al señor Cayetano—respo

—Si? —dijo admirado el Fadri.

—No se me ha despintado vuestra fisonomía.

—Pero desde cuándo?... volvió á pregunta

—Vos no os acordais de mí. En verdad que
conocería... entonces no era yo persona como h
mi generosa señora...

—Pero espílicate—repuso el Fadri.

—No os acordais de Mochuelo, el otro
Gualba, el compañero de Turco?

—Y es verdad !.. —esclamó con alegría el

—Ya sabes lo que he esplicado acerca de est
desa al Fadri.

—Sí, sí.

—Y este fué tambien el agente de los puel
y demás.

—Diablo de Mochuelo ! Conque entendidos

—Entendidos.

El Fadri saludó á doña Juana diciéndole:

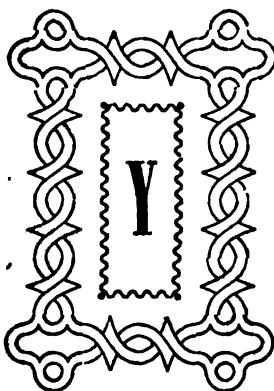
—Hasta luego, Fadrí.

Y este se marchó precipitadamente y con una inesplicable alegría, en busca de Margarit.



LXI.

LUCHAS DE AMOR Y DE



▲ hemos visto la
quedó el desgraciado
al descubrir el fatídico
nos de su padre.

Ciertamente no
hombre situación

Gran rato se p
nunciase una pal
dirigiese la men
diendo que no h
que pudiese inte

profundo en medio del cual dos grandes y e
se disputaban la victoria, luchando fuertemente
Monteferro.

Al fin este fué el primero en hablar.

—Habrás una alternativa, Fontanel

—Ciertamente es cruel, Orso.

—No te pregunto siquiera lo que harías

—Ni yo sabría tampoco decírtelo.

—Porque el dudarlo solo me parece ya una grave falta que cometo con mi padre!...

—Es verdad!...

—Y por otra parte, aunque Colmenar sea tan infame y tantas veces merecedor de una muerte cruel, su hija, Carlos, su pobre hija... qué va á ser de ella, sin que la quede siquiera mi amor en el mundo!

—Pero Clara, bien mirado....

—Es la hija del asesino de mi padre....

—Pero es inocente!...

—Un mar de sangre media entre los dos.

—Monteferro, sé justo ante todo.

—Para ser justo he de matar al padre, y doy luego mi mano á su hija!...

Fontanellas no contestó.

Orso repuso:

—Dar á una mujer una mano manchada con la sangre de su padre!... Oh! jamás, jamás.

—Entonces....

—Mataré, no á su padre, al asesino del mio, despidiéndome para siempre de Clara.

El mismo silencio volvió á reinar entre los dos amigos.

En medio de aquella quietud que se observaba en la sala, en la cual no se oía sino el acompasado golpe del péndulo que, colgado en una pared habia, dieron las diez de la noche.

Al oír la hora, Orso se estremeció, exclamando:

—Las diez!

—Sí, las diez!...

—A esta hora....

—Estará Clara aguardando en la reja!...

—Dios mio! Dios mio!—exclamó Monteferro.

—Qué vas á hacer, Orso?...

—No sé.

—Piénsalo bien.

—Debo ir á verla.

—Eso creo yo.

—Y á despedirme para siempre!

—Cuida sobre todo....

—De qué?

—De que no pueda traslucir....

—Jamás , Cárlos. El único obsequio que esta situacion á esa mujer que tanto he querido toda mi alma , es ocultarla el verdadero motivo pararme de ella para siempre.

Y Orso tomó el puñal que estaba aun escondiéndolo en el bolsillo del pecho.

—A dónde vas con eso ahora?...

—Esto no se separa ya un momento de mí.

—Pero por esta noche....

—Podria esta noche encontrar á Monredon!

—Vamos.

—Me acompañas , Cárlos?

—Y tú me lo preguntas?

—Gracias , Fontanellas, gracias.

Y los dos amigos salieron dirigiéndose al punto de Colmenar.

A las diez en punto, hora en que este no se dejó la enamorada Clara á la reja , acompañada de

Pasó un buen rato , el que hemos visto en conversacion á los dos amigos , y el tiempo de largo tambien que otras veces , atendido que impaciencia que guiaba los pasos de Monteferro Por fin llegaron.

—En esta misma esquina me quedo—dijo Fe

—Bien , Cárlos....

Y Monteferro se dirigió pensadamente á la reja

Entretanto Clara , que notaba la tardanza de no estaba acostumbrada , todo lo contrario á esa doncella :

—Pero qué será esto , Ana?

—No ha pasado gran rato aun.

No la hacia realmente ; pero no es extraño que Clara lo creyese.

—El te ha dicho que no faltaria?

—Sí , y no faltará.

—Ay , Ana , no sé que me da el corazon.

—Aprensiones vuestras!

—Qué sé yo.

—Ya vereis como llega luego mas enamorado que nunca. Lo que yo temo es una cosa.

—Cuál?

—Que, segun le ví esta mañana, y decidido, como parece, á libraros de la suerte que cupo á doña Isabel , al ver que vos no tenéis valor para tomar pronto una resolucion....

—Quién sabe , Ana. Ahora siento , al considerar que tal vez sea esta la última noche que pueda verle , que me siento con mas valor que esta mañana.

—Ya viene—dijo de repente la doncella.

—Ah!—esclamó Clara.

—Yo me retiro á mi sitio.

Monteferro llegó á la reja.

Ana fué á sentarse en el recibidor inmediato.

Orso temblaba de piés á cabeza como un azogado.

Clara observó , porque esto no escapa á ninguna mujer en semejante situacion y en momento semejante , que Monteferro se presentaba distinto de otras veces.

—Cuanto habeis tardado—le dijo , viendo que su amante no desplegaba los labios al instante mismo de llegar , ni la llamaba con la dulce y amorosa espresion de otras veces.

—No he podido venir antes—dijo Orso brevemente.

—Yo bajé hace media hora , que me ha parecido medio siglo.

Monteferro empezó á sentir latir su corazon con una mezcla de dolor y de placer que no habia sentido jamás. Amaba tiernamente á Clara , y las palabras de esta no podian menos de obrar su efecto en aquel corazon consagrado poco antes á ella , al paso que la idea de su padre , de aquel padre tan indigno de una hija que era un

ángel , le atormentaba de una manera que no habia experimentado nunca.

—Gracias , Clara—dijo despues de un momento y con un tono bastante frio.

Clara acabó de convencerse de que su amante no estaba con ella como los demás dias.

—Qué es eso , Orso?...

—Qué!...

—Por qué me hablais con ese tono?...

—El de siempre....

—Oh! no , no. En vano quereis disimular. Yo os amo demasiado para que vos consigais ocultármelo.

—Pero....—dijo Orso que no sabia ya que responder , y eso que estaba en el principio de la conversacion , á las palabras amorosas de Clara.

—Dispensadme, Orso; pero abrigo con vos un resentimiento que no puedo guardar por mas tiempo desde el instante en que , léjos de enmendaros , veo que me dais nuevos motivos de tenerle.

—Decid—añadió Orso , que no podia ni sabia que pretexto tomar para llevar la cosa al punto que se habia propuesto antes de salir de casa de Fontanellas.

—Sí—continuó Clara—de pocos dias á esta parte os veo distraido , caviloso , y hasta en momentos olvidado de mí completamente...

—Ah! no , no!—dijo Orso de repente sin que pudiera contenerse.

—Ah! sí , sí! Orso; pero eso os lo disimulaba y hasta me abstenia de preguntaros la causa , comprendiendo á una ligera insinuacion que me hicisteis , que serian motivos secretos independientes de nuestro amor , y lo olvidaba ante las seguridades que me prodigabais de ese amor mismo que sentiais por mí. Me sentia satisfecha y léjos de querer reconveniros lo olvidaba todo ante vuestras dulces y amorosas palabras. Pero hoy , Monteferro, hoy veo en vos lo que no habia visto aun , ni hubiese podido soñar jamás.

Clara al pronunciar estas palabras , balbuceaba ya como si el sentimiento la embargara la voz y el movimiento de los labios.

culpase.

—Qué es lo que veis....

—Os diré: primero acudís tarde....

—Ya os dije que no me ha sido posible venir antes.

—A una cita—continuó Clara—para la cual sabeis el sacrificio que yo he hecho....

←Os agradezco ese sacrificio.

—No lo digo porque me lo agradezcáis; sino para que veais que supone en mí lo contrario de lo que la tardanza significa en vos.

—Puede suponerlo pero no es cierto y os ruego no lo tomeis en este sentido.

—Dejadme concluir.

—Decid.

—Eso ya os he dicho que fuera eso lo de menos; pero lo que yo noto en vos esta noche, lo que me hiera en el alma lacerando un corazón que yo os había consagrado, es el tono frío, la sequedad de vuestras palabras en un momento en que, como sabeis por Ana, estoy próxima á ser encerrada en un convento, donde no podré ya oír las de vuestros labios!...

Clara no pudo ya contener la fuerza del sentimiento que la dominaba y prorumpió en un copioso llanto.

Escusamos pintar el efecto que produjeron en el joven y ardoroso amante las lágrimas de aquella mujer á quien amaba mas que á sí mismo; pero á la cual no podia ya ni decirselo, sin faltar á otro sentimiento tan santo cuando menos y tan sagrado como el amor que á Clara profesaba.

—Oh! no lloreis, Clara, no lloreis por Dios.

Pero ni una palabra mas de consuelo salió para la pobre niña de los labios de Monteferro.

—Ah! vos no me amais.

—Clara!

—No, mil veces no! A haberme amado como deciais, como creí yo misma al concederos mi amor, no estariais vos tan indiferente á la desgracia que me amenaza.

—Clara, Clara! Os juro que os amé....

—Concluid!—dijo Clara de repente y con tono seco é imperioso.

Monteferro se asustó ante la actitud de Clara y no pudo menos de decir:

—Y.... os amo todavía.

—Oh! no, no! no era ese el modo como ibais á concluir! decid que si ayer me amasteis, ó pudisteis figuraros que me amabais, hoy no me amais ya!...

—Oh! no, no; os amo, Clara, como os amaba ayer, como os amaré siempre—esclamó Monteferro no pudiendo resistir al llanto y á las palabras de Clara.

—Orso!

—Sí, Clara mía, sí! Cómo no amaros á vos, mi ángel, mi vida, mi cielo, mi todo en la tierra!

Clara recobró un poco el aliento.

—No me engañais, Orso?—preguntó Clara con el mas dulce y enamorado acento.

—Oh! no, amor mio, no.

—Entonces ¿ por qué atormentarme de ese modo, dando lugar á tan terribles dudas?...

—Es que....

—Qué? decid. ¿ No soy yo lo que mas amáis en el mundo? pues á quien mejor que á mí. podeis confiar lo que siente vuestro corazón. Por qué, decid, quiero saberlo, por qué dais lugar á semejantes dudas?...

—Es que no soy yo, Clara, es la fatalidad que se interpone en mi camino.

—La fatalidad!...

—Sí, Clara, la fatalidad!...

—No os comprendo!...

—Ni querais comprenderlo nunca!...

—Pues es menester que lo comprenda, porque yo necesito comprenderlo. Yo necesito, sí, quiero saber en que consiste esa fatalidad que os distrae de mí, que hace que me olvidéis á veces y, sobre todo, que pone en vuestros labios esa espresion que he observado esta noche tan desamorada y fria.

Al hablarle Clara de los motivos de su conducta aquella noche, se representó de nuevo en su imaginación la triste imagen de su padre moribundo y la odiosa figura de su asesino.

—Clara de Colmenar —esclamó— os amo, sabedlo por mi desgracia, por la vuestra tal vez ; pero no sereis, no podeis ser jamás la esposa de Orso de Monteferro.

Clara oyó estas palabras como hubiese oído el rugido de un león á su lado, y lo mismo que en este caso, se quedó fria, estática, y fijos los espantados ojos en el rostro de Orso.

—Adios—dijo este secamente.

—Monteferro—esclamó entonces Clara asiendo fuertemente una de las manos de Orso que estaba apoyada en un hierro de la reja.

Orso iba á desasirse, pero no pudo.

La fuerza de Clara no era fuerza de niña ni de mujer; era una fuerza superior á la natural de Monteferro.

Al oír el adios de este la habia asaltado uno de esos terribles ataques nerviosos que cogen particularmente á las mujeres de cierto temperamento, inmediatamente despues de una grande impresion de dolor, y los delicados dedos de Clara eran fuertes hierros que sujetaban la mano de Monteferro.

Este al notarlo no tuvo tampoco corazon de desasirse por medio de un movimiento violento.

—Orso, Orso—decia Clara.

En el mismo instante Monteferro oyó un pequeño silbido.

Su corazon saltó entonces violentamente en su pecho.

Volvió la cabeza y vió que por la acera opuesta venia un hombre embozado en una larga capa.

Al verle llevó súbitamente la mano al puñal.

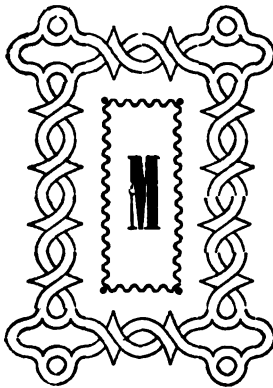
En el mismo instante, y al querer desasirse Orso, Clara por un segundo movimiento convulsivo y mas fuerte que el primero, estrechó ó sujetó mas y mas la mano de su amante.

El hombre pasó y se metió en la casa de Colmenar.

Era este mismo, salvado en aquel momento por su hija.

LXII.

PRIMERA TENTATIVA DE MONREDON CON ORSO



MONTEFERRO no pudo
Clara porque esta ha
tido.

Ana se la llevó á
se separó de la reja.

—Bien, Monteferr
hombre—le dijo
llegar.

Orso no comprend
amigo.

—La mayor victo
canza sobre sí mismo, y en este sentido te feli
la palabra en la situacion en que te encuentras

—No comprendo lo que me dices.

—Oíste un silbido?

—Sí.

—Y qué?

—Comprendiste lo que significaba?

—Me acordé de la otra noche, al paso que me lo dió ya el corazón. Al volver la cabeza, le ví.

—Pues bien; yo te digo ahora que te has portado como hombre y como caballero dejándole por esta noche.

—Debia dejarle....

—Hiciste bien.

—A la fuerza.

—Cómo á la fuerza?

—La Providencia le ha salvado.

Aquí Monteferro refirió lo que le habia pasado con Clara.

—Verdaderamente parece esto providencial.

—Mañana será otro día!...—esclamó Orso.

—De suerte que por hoy habeis quedado lo mismo tú y Clara?

—Qué sé yo.

—Mañana ten por seguro que la lleva al convento.

—Tanto mejor.

—Efectivamente, si piensas lo mismo que antes.

—Yo la amo, Carlos, y la amo mas que á mi vida; pero cómo se borra nunca de mi memoria que su padre fué el asesino del mio!

—Es verdad, aunque esto nada deberia rezar con la hija, que es un ángel.

—Ni cómo—repuso—la entrego yo mas tarde una mano manchada con la sangre de su padre, siquiera sea justamente derramada?

—Si pudiera evitarse esto último....

—El qué!

—No digo la venganza.

—Pues?

—Sino el que la ejecutaras por tí.

—No puede ser, porque es necesario que se cumpla por mi mano.

En tanto la pobre Clara se hallaba tendida en su lecho y presa de un terrible parasismo.

Colmenar, que llegó á su casa preocupado por una idea, al parecer grave, por cuanto ni la figura de un hombre al pié de una

reja de la casa le dejó notar cuando pasó por
en que Monteferro estaba, dió así que entró lo
necesario para un viaje.

—Cuándo parte el señor?—preguntó el
orden.

—No sé; mañana, pasado ú el otro.

—Está bien.

—Quiero decir que todo esté á punto pa
desde mañana.

—Muy bien, señor.

—Voy solo.

Y haciendo una seña al criado, le mandó a
Entonces púsose á reflexionar un momento
doncella de su hija.

Ana entró temblando, pues habiendo llega
Clara y Orso á la reja, tal vez se hubiese ape
el no haber habido inmediatamente un escánd
ba Colmenar, la hacia creer que, por rara f
notado.

—Señor....

—Adelante!

Ana se presentó.

—Qué mandais?

—La señorita estará mañana buena?

—Ay, señor....

—Qué!

—Que está peor.

—Cómo!

—Y muchísimo peor.

—De suerte que no podrá mañana salir de
guntar Colmenar á quien la salud de su hija
llevarla al convento.

—Ni levantarse de la cama á lo que presun

La pobre Clara estaba realmente enferma a

El criado de antes entró de nuevo.

—El alguacil mayor, señor.

—Que pase y salid vosotros.

Ana volvió al lado de su afligida señorita y Monredon entró en el gabinete.

—Qué hay —preguntó Colmenar sobresaltado— que venis á estas horas?

—Dejadme respirar, porque vengo fatigadísimo.

—Sentaos.

—Monredon se sentó bufando de cansancio.

—Pero qué diablos ocurre?—preguntó otra vez y con mayor ansiedad don Juan.

—Que tendremos que salir antes que pensábamos.

—Pues ?

—Sí.

—Ha recibido el virey alguna otra noticia?

—Al salir vos del palacio.

—Y qué es ello? esplicaos.

—Que los pueblos se resisten tenazmente á dar cumplimiento á la última disposicion del virey.

—No quieren alojar los soldados?

—No.

—Tanto mejor.

—Por qué?

—Así se podrá mejor sentarles la mano.

—Ciertamente ; pero es que por otra parte, si la rebelion se generaliza , no sé como se va á componer esto.

—Eso será luego cuenta del rey.

—Conque estad dispuesto para el primer momento en que se os avise, pues saldremos con mi tercio á restablecer el orden.

—Por mí desde mañana , desde esta misma noche estoy dispuesto si es necesario.

—Ahora otra cosa.

—Venga.

—Conociendo que esto distraeria nuestra atencion , llevando nuestras personas á otra parte , del asunto que tenemos pendiente...

—Con efecto.

casa de Monteferro.

—Muy bien pensado.

—Mandé, pues, el agente, y yo con cuatro peraba en la esquina inmediata para subir a apoderarme de la carta y de Orso.

—Y eso habeis hecho esta noche?

—Hasta aquí, sí.

—De suerte que ya....

—Aguardad. El agente subió, y el mismo la puerta, pues, según parece, acababa de momento, puesto que llevaba capa y sombrero que el criado tardaba mucho....

—Si—dijo Colmenar como queriendo apalguacil.

—Me acerqué al fin á la puerta y... por n

—Qué!

—El agente estaba tendido al pié de la esc

—Muerto!

—No, sin sentido no mas.

—Pero qué fué?

—Cuando le abrieron, es decir, cuando Monteferro, dijo el pobre agente al volver en la carta, sin preguntarle de parte de quién ni dió tal empellon, que fué rodando escalera abajo quedó sin sentido del fuerte batacazo que recib

—Es particular!...

—Y mucho que lo es....

—Porque Monteferro no podia saber....

—Por dónde?... ,

—Por eso mismo.

—El caso es que se quedó sin efecto nuest

—Cómo!

—Por eso.

—Por eso! y por eso habeis desistido?

—Cómo queriais que lo hiciera?

--No la veo.

--Cuando con los cuatro hombres os constituisteis en el patio de la casa de Orso y visteis un hombre tendido al pié de la escalera, debiais haberle registrado inmediatamente, le encontrabais la carta, es claro, subís arriba y prendéis á la persona á quien iba dirigida.

--Es verdad--dijo Monredon con todo el pesar de no haber sabido valerse de tan brillante ocasion.

--Luego con la referida carta y la que se os dirigió á vos, presentais el conspirador al virey, y lo demás corria luego de cuenta nuestra.

--Teneis razon! He sido muy torpe!

--Oh! habeis tenido un descuido imperdonable esta vez.

--Demasiado lo veo, pero ya no hay remedio ahora.

--Sí le hay.

--Cómo?

--Esta noche no, pero mañana se practica la misma diligencia.

--Será preciso mandar á otro con la carta; porque el que hoy fué, no vuelve ni á tiros.

--Ese es chico pleito. Lo que importa es hacerlo cuanto antes por medio de quien quiera que sea.

--Mañana mismo --dijo Monredon levantándose.

--Hasta mañana, pues.

--Hasta mañana.

En tanto Margarit y el Fadri, que habian hecho ya la visita á la condesa, salian del palacio de Fiorerosa, dirigiéndose á la casa del primero, con el objeto de prepararse y adoptar medidas para apoyar la actitud que iba tomando el pueblo.

Margarit, una vez de acuerdo con la condesa, pasó la siguiente orden á la *Hermandad*.

Sesion general. A las doce de la noche del miércoles al miércoles, en el piso principal del palacio de Fiorerosa.

Como todas las que emanaban del presidente, la orden se comunicó al amanecer del siguiente dia, con la rapidez y precision acostumbradas.

Aquella noche fué de terrible ansiedad para todos los principales

—Ha pasado muy mala noche , y es probable que no se encuentre muy bien ahora.

—Pero tú no la has visto esta mañana?

—Esta mañana precisamente , como es tan temprano todavía , no señor.

—Cómo , pues , lo aseguras !...

—Yo , señor....

—Véte!

El criado salió , y Colmenar tras él se dirigió al gabinete que ocupaba su hija.

Ana , la fiel Ana , se hallaba sentada en una silla y apoyando un brazo á los piés de la cama.

Al ver á don Juan , se levantó de repente.

—Señor....

—Cómo está mi hija ?

—Padre mio—dijo esta , que oyó su voz.

—Cómo te sientes ?

—Bastante aliviada , no tengais cuidado alguno , hoy quizá estaré bien.

Pero el acento con que Clara pronunciaba estas palabras y su fatigosa respiracion desmentian bien lo que decia.

Ana al propio tiempo hacia seña á don Juan de que su hija se engañaba á sí misma.

—No podreis tan pronto levantaros , y esto os libra por ahora de volver al convento , porque yo tengo que salir de Barcelona , y no sé cuando volveré. Pero tened entendido que si á mi vuelta sé que habeis abusado de mi ausencia....

—Padre mio!

—Ya me entendeis !..... preparaos á un castigo ejemplar!

Y salió del gabinete , sin dar tiempo siquiera de que Clara le respondiese.

—Este hombre tiene entrañas de tigre—dijo para sí la doncella.

—Has oido , Ana!...

—Demasiado , señorita.

—Poco sabe él que su órden no hace ya falta!...

Y Clara rompió otra vez aquel llanto amargo que tan fielmente descubria el dolor de su corazon.

Como hemos indicado ya anteriormente , el descontento por las últimas providencias del virey de Cataluña acerca de los alojamientos , era general en todos los pueblos y ciudades del principado.

El momento de la ejecucion de la orden irritó por consiguiente á los primeros pueblos donde se trató de llevarla á efecto.

Fueron estos pueblos el de Riu de Arenas y Santa Coloma.

Uno de los tercios que recorrían aquellos alrededores era mandado por un tal Moles , hombre antipático á primera vista , de carácter duro y despótico , poco reflexivo , y con un instinto natural de llevar la ley de su capricho sobre la razon y el derecho de los demás.

Despues del desacierto que cometió el virey en dictar la orden, no podia elegir para llevarla á cabo con todas sus terribles consecuencias otro hombre mas á propósito que el citado Moles.

Entró en el pueblo de Riu de Arenas , y mandó alojar los soldados que traía ; señalándoles él mismo las casas donde debían estar.

Los vecinos opusieron ante esta arbitrariedad y violencia los fueros y costumbres del país ; pero Moles , léjos de atenderles y oírles , para luego por medio del convencimiento y blandura de razones , hacer que se cumpliese sin tanto disgusto la orden que traía, maltrató á los paisanos , señalando á los suyos las casas para que de ellas se apoderasen , ni mas ni menos que si fuese país conquistado ó tomado al enemigo.

Los vecinos , en vista de semejante violencia , se decidieron por adoptar el medio mas terrible : el de la resistencia pasiva.

Abandonaron todas sus casas , dejando á Moles con su tercio dueño único y absoluto de la poblacion.

Moles comprendió las terribles consecuencias que podia traer al país en general semejante conducta seguida por los demás pueblos del principado , y trató de intimidar á los habitantes de Riu de Arenas para que volviesen á sus casas , diciéndoles que los que dentro de un breve término que señaló no estuviesen en sus hogares, verían estos saqueados por el tercio al que se entregarían á discrecion las casas abandonadas.

precio, y no solo no surtió el efecto para que fué dictada, sino que, al oirla los vecinos, que aun no habian salido del pueblo, le abandonaron tambien y fueron á reunirse con los demás en las montañas ó en los otros pueblos vecinos.

Figúrense nuestros lectores la especie de cruzada que levantarian á su tránsito los vecinos de Riu de Arenas.

Por todas partes no se oian sino quejas y gemidos. Las mujeres lloraban, y los hombres maldecian, jurando vengar á la primera ocasion tamaños desafueros cometidos en sus haciendas y hasta en sus personas.

Porque en casos semejantes es imposible, cuando la soldadesca tiene esa licencia que le concede el jefe, es imposible, repetimos, evitar desmanes particulares que el pueblo traduce al momento como una órden general dictada con el objeto de vejarle y de irritarle mas y mas.

Las casas fueron, pues, saqueadas y talados é incendiados los campos comprendidos en el término.

La noticia de estos sucesos, que corrió con la rapidéz que corren todas las de este género, llegó en breve á Barcelona.

El pueblo de la capital del principado como el de las demás ciudades y villas de Cataluña, no podia estar mejor dispuesto á recibirla.

Pero en Barcelona principalmente, minada ya de antemano por los trabajos de la *Hermandad de la Muerte*, hizo todo el efecto.

A oidos del virey llegó antes por las voces que hasta él alcanzaron que por el propio que se le mandó con este objeto.

Santa Coloma palideció estremeciéndose y asustándose de su propia obra, como suele decirse.

Considero desde luego, como pensó Moles y hubiese pensado cualquiera, que si las demás ciudades y pueblos seguian aquel ejemplo, el conflicto en que iba á verse sumido el principado, daría dias muy amargos al gobierno y principalmente á su delegado en Cataluña.

Entonces fué cuando llamó á Monredon, diciéndole que saliese

con su tercio hácia aquel punto , para proteger al de Moles , y obligar á los vecinos á que permaneciesen en sus casas.

Ya en otra ocasion , como recordará el lector al principio de este libro , hemos visto al alguacil Monredon en campaña acompañado de Colmenar y el baron de Gualba.

A estos mismos eligió el alguacil cuando el virey le preguntó qué personas queria que le acompañasen.

La partida , pues , se dispuso en pocos momentos , y al frente del tercio de Monredon salieron este , Colmenar y el baron de Gualba , con direccion á Riu de Arenas.

El presidente de la *Hermandad de la Muerte* , en tanto que no perdía , como hemos visto , ocasion de aprovechar cualquier incidente que pudiera favorecer sus fines , hizo pasar á todos los *hermanos* la siguiente orden :

«*El pueblo de Riu de Arenas, por haberse resistido á cumplir la orden de alojamientos, ha sido saqueado, talados los campos, y arrojados los vecinos de sus casas. Corra.*»

La palabra *corra* dice ya bastante por sí para que expliquemos su significado.

Recibida la orden , todos los hermanos salieron de sus casas á difundirla con los colores convenientes por la ciudad.

Al dictarla el presidente , el Fadri estaba con él.

—Tú estás eximido de cumplirla—dijo sonriendo el primero.

—Como querais.

—Vé á ver á doña Juana.

—Decid.

—Cuéntale esto mismo, y al propio tiempo díla que se prevenga porque está muy cerca ya con esta noticia el momento nuestro.

—Voy pues al instante.

No obstante el Fadri se dirigió antes á su casa.

Entró en el cuarto que ya sabemos y sacó aquella misma caja donde guardaba el cráneo de don Juan de Serrallonga.

Ocultóla envolviéndola en un pañuelo y, puesta debajo del brazo, se dirigió á casa de la condesa.

Llamó y la voz de Ramon respondió preguntando :

—Quién ?

La puerla se abrió y Ramon dijo :

—Pasad y os conduciré donde está la señora.

El Fadri precedido de Ramon pasó á una pequeña sala donde la condesa estaba.

—Adios, Fadri—díjole afectuosamente al verle.

—Él os guarde, señora.

—Traes eso ?

—Sí, en esta caja donde lo he tenido todo este tiempo.

—Dame, dame, Fadri.

—Aguardad un momento porque tiene un resorte que os seria difícil encontrar.

—Ábrela pues.

El Fadri abrió la caja y sacó el cráneo de don Juan de Serrallonga entregándolo á doña Juana.

—Ven á mí, querida prenda mia !—esclamó doña Juana imprimiendo un beso en aquella frente seca y fria como la muerte que representaba.

Y las lágrimas le saltaban de los ojos.

El Fadri llevó al propio tiempo la mano á los suyos.

—Pronto se halla el dia de tu completa venganza, calumniado mártir de los fueros de la patria—esclamó doña Juana.

—Si—esclamó tambien el Fadri—próximo se halla el dia en que los dos asesinos que todavía no han pagado la infamia que cometieron contigo, satisfagan la venganza que juramos al pié de tu cadalso !

Un momento de silencio siguió á estas exclamaciones de doña Juana y el Fadri.

La primera se hallaba cada instante mas afectada y este dijo :

—Señora, dispensadme ; pero si quereis creerme depositemos esta sagrada reliquia otra vez en su urna donde tiene digno paño...

Y diciendo esto sacó de la caja el paño negro desplegándolo ante la condesa.

Esta al verlo exclamó :

—Gracias, Fadri, el mas valiente, el mas digno compañero de don Juan y mio, gracias en nombre de tu capitan, gracias tambien en mi nombre.

El paño desplegado no era otra cosa que la misma *Bandera de la muerte* salvada y guardada por el Fadri.

—Con estos objetos santos, enseña del valor y del heroísmo, la victoria no será esta vez dudosa, presentándolos como los presentaremos en medio del combate.

El cráneo fué otra vez envuelto en la *bandera* y colocado en la caja.

—Ahora—dijo el Fadri—guardadla vos hasta que llegue la ocasion.

—Vamos á otra cosa que interesa muchísimo.

—Decid.

—Ya sabes lo de Riu de Arenas.

—Sí.

—Pues esta mañana han salido fuerzas para apoyar al tercio de Moles.

—No importa.

—Es que tú no sabes que tercio ha salido.

—¿Cuál?

—El de Monredon.

—Cómo!

—Lo que oyes.

—Y él tambien por consiguiente.

—Juntamente con Colmenar y el baron de Gualba.

—Esto mas!

—Ya ves que esto destruye en gran parte nuestro principal objeto.

—Y cómo se arregla esto ahora? porque yo muero de pena si esos bribones la entregan en otras manos que las mias.

—Es necesario ir allá.

—Y pronto, muy pronto; porque además de esto, con un refuerzo semejante, esos infames tercios van á asolar la mitad del principado.

...—Eso se ha de tratar en la sesion de esta noche, tomándose un acuerdo definitivo y pronto.

—Y apropósito de la sesion de hoy; ¿sabeis que lo que menos imaginaria la policia, es que la condesa de Fiorerosa tuviese semejantes visitas esta noche?

—Ese Margarit es el diablo.

—Aquí sí que viene bien aquello de lo que va de ayer á hoy.

—Sí.

—Porque anoche la casa dispuesta para ellos y con un magnífico baile ; y hoy....

—No sabes lo mejor.

—Qué?

—Mira.

Y doña Juana abrió una pequeña puerta de la sala dejando ver un tapiz negro que ocultaba la habitacion á que daba paso.

—Levanta ese tapiz—continuó la condesa.

El Fadri hizo lo que doña Juana decía quedando sorprendido al ver lo que descubrió el tapiz levantado.

—Conoces la sala principal que viste anoche?

—Es esta !...

—La misma.

—Ciertamente que no la hubiese conocido.

—Y qué te parece?

—Me parece, recordando aquella, que forma un singular contraste.

—Y no adivinas el objeto?

—Me lo figuro.

—Estará bien aquí la reunion ?

—Perfectamente. Y de aquí á la calle!

—Veremos esta noche.

—Sobre todo que vaya yo tras de Monredon y Colmenar.

—Hablabamos á Margarit antes.

—Ya se lo diré yo ahora cuando salga.

—Y yo lo propondré esta noche á la reunion. Y ahora se me ocurre una cosa.

—Cuál ?

—Qué habrán dicho los *hermanos* al saber el lugar de la cita?...

—Nada. No teneis una idea del modo como se procede en los asuntos todos de la *Hermanidad*.

—Lo presumo.

—Como la órden vaya en regla , de modo que no pueda haber

duda acerca de su autenticidad , aunque se les diga á los *hermanos* que han de reunirse en el mismo palacio del virey, van todos sin faltar uno.

—Cuando vienen á casa de la odiosa y odiada condesa de Fiorerrosa....—dijo sonriendo doña Juana.

—Ahí , pues , vereis como no faltará uno.

—Véte ya, Fadri, que Margarit acaso no sepa todavía la salida del tercio de Monredon. Siempre es por otro lado uno menos en Barcelona , y es necesario que cuente con esto el *presidente*.

—Hasta luego pues, doña Juana.

—Adios , Fadri.

El Fadri , ya como Pedro por su casa , fué solo á la puerta que le abrió Mochuelo, y se dirigió á casa de Margarit.

Decian este y la condesa que ninguno de los *hermanos* faltaria á la cita dada por el presidente, aunque el lugar fuese el palacio del mismo virey.

Esto era cierto ; pero , sin embargo, la última orden del presidente estrañó á todos, como no podia menos de suceder, y especialmente á Orso de Monteferro.

Desde aquel momento la figura de la condesa de Fiorerrosa se presentó á la exaltada imaginacion de Orso como uno de esos fantasmas que por todas partes en todos los asuntos , de dia y de noche se interponen en el camino del mortal que sufre su inevitable influencia. Monteferro deseaba que llegase la hora de la reunion para ver si de una vez aclaraba tanto misterio.

El Fadri llegó á casa de Margarit.

Este sabia ya la salida del tercio de Monredon hácia el pueblo de Riu de Arenas.

—Vos sabeis que Colmenar y Monredon son los dos asesinos que quedan de don Juan de Serrallonga ?

—Sí.

—Es que sentiria yo y le pesaria mucho tambien á doña Juana que esos infames muriesen á otras manos que las nuestras.

—Y bien qué es lo que quiere ?

—Riu de Arenas y los demás pueblos del alrededor no se dejarán así á beneficio de los tercios....

—Claro es que no.

—Saldrá alguna fuerza nuestra de Barcelona ?...

—Sí.

—Pues quisiera yo formar parte de la espedicion.

—Es fácil.

—Me hareis en ello un grande obsequio, pues ya sabeis mi objeto. Juré vengar por mi mano á don Juan, y sentiria que por esos dos no se cumpliese por entero mi juramento.

—Veremos lo que esta noche determina la reunion.

—Eso es.

—Yo lo propondré al llegar á este punto, y creo que no será desatendida mi propuesta.

—Muy bien.

—Qué mas te ha dicho doña Juana?

—Nada mas.

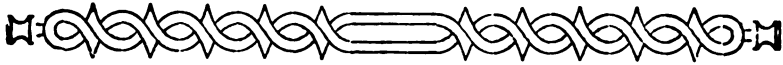
—Puedes salir si quieres y vuelve esta tarde.

El Fadri salió, y Margarit se sentó á su despacho, poniéndose á reflexionar, apoyado el codo sobre la mesa y descansando la barba en la palma de la mano.

Luego sacó un papel en que habia muchas líneas, poniéndose á escribir con gran aplomo en otro.

El primer papel era el plano de Barcelona; en el segundo escribia el plan, ó mejor, añadia algunas observaciones al plan que tenia formado para el ataque.





LXIII.

OTRA SESION DE LA HERMANDAD DE LA MUERTE.



oco antes de la hora señalada por el presidente de la *Hermandad* para la sesion en el palacio de Fiorerosa, el Fadri se presentó á doña Juana.

—Vengo antes para recibir á los *hermanos*—le dijo.

—Bien.

—No sabeis cómo se efectúa esto ?

—No.

—Pues á las doce en punto os colocareis conmigo detrás de la puerta.

Inútil es decir que aquella noche no habia en el palacio otra persona del servicio que Mochuelo ó Ramon como ahora se llama.

Y no porque hubiese en la casa un solo criado que no mereciese la confianza de la condesa ; sino porque era este asunto de tal naturaleza, que no podian saberlo sino las personas que la *regla* permitia, y estas eran solamente las que pertenecian á la sociedad.

aquella misma noche.

Dieron las doce.

El Fadri dijo á doña Juana:

—Vamos á colocarnos detrás de la puerta.

—Vamos.

El Fadri la abrió, dejándola entornada.

Luego sacó una larga daga y, empuñándola con la mano derecha, se puso al lado por donde la puerta se abría.

Doña Juana estaba junto á él.

Al cabo de poco rato, y sin que el mas leve ruido de pisadas se notara en la escalera, la puerta se entreabrió como por sí sola.

Un hombre penetró hasta medio cuerpo.

—*San Jorge!* — exclamó el Fadri.

—*Barcelona!* — respondió el otro.

—Pasad, y dejaos conducir.

Ramon, que allí tambien estaba con este objeto, condujo, sin hablar palabra, al recién venido al salon principal.

—Hé aquí como recibimos á nuestros *hermanos*—dijo el Fadri.

—Ya veo.

—Ahora se hace lo mismo con todos conforme vayan viniendo.

—Hasta cuándo?

—Hasta que lleguen todos.

—Y si tardan?

—No se tarda aquí nunca; pero hay tiempo cuando en la órden no se señala, como hoy, de media hora nada mas.

—Eso está bien.

—En dando la media de la una, se cierra la puerta.

Los demás hermanos fueron llegando recibéndolos de igual modo el Fadri, hasta que dió la media de la una en el reloj de la Catedral.

En el mismo instante de dar la hora entró Margarit.

—Fadri!

—Señor.

—Cierra ya.

El Fadri cerró la puerta.

—Y doña Juana ?

—Adios, Margarit—dijo esta, que se adelantó al oír las palabras del presidente.

—Adios, señora. ¿Teneis un aposento cerca del en que va á celebrarse la sesion ?

—Inmediato , con una puerta que comunica al principal.

—Perfectamente. Tened , pues , la bondad de esperar allí hasta el momento en que yo os llame ó vaya á buscaros.

—Muy bien.

—Y ese chico dónde está ?

—Aquí—dijo el Fadri , haciendo señá á Ramon de que se acercase.

—Ahora—continuó Margarit , necesitamos ir á otro aposento.

—A ese mismo que dice doña Juana — observó el Fadri.

—Cualquiera es bueno. Vamos.

Y Margarit , el Fadri y Ramon se metieron en el gabinete.

A los pocos momentos aquel Mochuelo , aquel *perro* del castillo de Gualba salia del gabinete para tomar asiento en el salon.

Era ya *hermano* de la *Muerte*.

Cuando estos salieron , doña Juana entró en el gabinete.

Dejemos un momento á la viuda de Serrallonga , aguardando en el citado aposento , y sigamos á los tres primeros al salon principal , preparado para la sesion.

Si la pluma tuviese la facultad del pincel , que así habla á la inteligencia como á los sentidos , de seguro sorprenderíamos aquí la vista del lector con el cuadro que de repente se le ofreciera al penetrar en el salon en donde le introducimos.

Y decimos que el lector se sorprenderia , por cuanto , sin que les cogiera de susto , no pudieron menos de sorprenderse Margarit y el Fadri.

En breves palabras , ya que no nos es dado pintarlo , describiremos este cuadro.

Las paredes del vasto salon en el cual la noche anterior hemos visto aquella lujosa y brillante fiesta , estaban todas tapizadas de negro : el techo , el piso y los asientos á dos órdenes , que formaban un óvalo en el salon , cubiertos de tela del mismo color : en el

con una silla a su izquierda : sobre la mesa ardian dos blandones de cera , reflejando su luz en la blanca calavera de Serrallonga que se destacaba del fondo negro en el tapiz del centro , dirigiendo sus secos y hundidos ojos á la *Hermandad* , y como presidiendo la sesion debajo de una especie de dosel que encima formaba la misma *Bandera de la Muerte*. Al rededor del salon se veian las caras mudas y graves de los *hermanos* como otros tantos espectros evocados de los sepulcros.

El presidente ocupó el sillón, y el Fadri y Ramon se sentaron al lado de los demás *hermanos*.

Así que se hubo sentado, Margarit exclamó como en la sesion de la Catedral.

—*Las manos*.

Luego hizo seña al Fadri que diese el santo y seña.

Cumplida esta formalidad, precisa en actos tan delicados , y de la cual por consiguiente no se prescindia nunca , Margarit tomó la palabra en estos términos :

—*Hermanos*: lo primero que á mi deber cumple en esta sesion, es daros cuenta de los motivos que me obligaron á suspender el golpe que se acordó para la pasada noche en la reunion de la Catedral. El golpe estaba sin embargo preparado, y preparado de tal suerte, que aun en este mismo instante se hallan los almacenes, sobre los cuales nos hallamos ahora , llenos de combustibles , que con una sola chispa reducirian á cenizas en un momento este vasto edificio. No necesito esPLICaros , puesto que todos lo sabeis demasiado, los constantes trabajos empleados durante tanto tiempo por la condesa de Fiorerosa para vencer esa debilidad del virey, que malo por una parte y bueno por otra , unas veces catalan de corazón y otras castellano por cálculo, tenia al pueblo en una constante indecision , sin permitirle que formara su juicio para de una vez amar ó aborrecer al conde de Santa Coloma. Vosotros sabeis el grande obstáculo que esa indecision del pueblo ha sido para los trabajos de la *Hermandad*, que no puede obrar de un modo seguro, si no cuenta con que el movimiento que pueda iniciar encuentre decidido y pronto apoyo en la conciencia popular. Pues bien, los

trabajos de la condesa de Fiorerosa poniendo al virey en la precisa alternativa de seguir abiertamente el bueno ó mal camino, han hecho que, por fin, Santa Coloma se presentase tal cual es : es decir un renegado de su patria, vendido por un miserable vireinato al gobierno del favorito de Felipe IV. Decidido el virey, el pueblo se ha decidido tambien. Y ahora pregunto yo : ¿ á quién se debe esta situacion clara y despejada del dia que permite ya obrar á la *Hermandad*, contando como cuenta, con la indignacion del pueblo con sus tiranos? Ya lo he indicado al principio : á la condesa de Fiorerosa. ¿A dónde va, pues, esa mujer á quien tanto talento se supone con esos trabajos que, siendo al parecer, en contra del pueblo, así levantan la conciencia de este contra sus tiranos? Esos trabajos van, y no os asombreis *hermanos*, van dirigidos á levantar á ese mismo pueblo que parecia dormido ante la equívoca conducta del virey. Luego la condesa de Fiorerosa, direis vosotros, es la mayor y mas formidable enemiga del gobierno. ¿Quién es, pues, esa mujer?

Salid, condesa, y decid vuestro nombre á la *Hermandad de la Muerte*.

Un tapiz se levantó junto al presidente y apareció la figura de la condesa esclamando :

—La viuda de don Juan de Serrallonga!

—Doña Juana!!—esclamaron todos á la vez.

—Yo soy, *hermanos*, yo soy la misma doña Juana de Torrellas, como ese cráneo que os preside es el mismo de don Juan de Serrallonga, cobijado por aquella misma Bandera de la Muerte que su viuda levantó para vengarle!

Imposible seria pintar aquí el asombro de toda la *Hermandad*, y renunciamos por lo mismo á decir una palabra sobre él.

Si hemos sabido presentar aquella interesante situacion, del fondo de la misma ha debido saltar al lector; y si no lo hemos conseguido, seria inútil que intentásemos reproducir uno de sus principales efectos.

—Sentaos, doña Juana—dijo á esta Margarit, señalando la silla que á su lado tenia.

Doña Juana se sentó.

—En virtud de las facultades que la regla de la *Hermandad*

concede al *presidente* para nombrar por sí hermanos hasta el grado de mayores, hubiese podido hacerlo con el valiente capitán de la temida *Banda Negra*; pero como quiera que hablando en justicia, la *Hermandad* no hace sino seguir el pensamiento que dió motivo á que aquellos valientes se levantaran, y siendo doña Juana, la viuda de Serrallonga, la personificación de aquel pensamiento, he querido que su recepción fuese ejemplar en presencia de todos los *hermanos* y en una sesión como la de hoy.

—Bien! bien!—esclamaron todos.

Margarit entonces dijo:

—Capitán de la Banda Negra, levantaos.

Doña Juana se puso de pié.

Margarit le preguntó con voz solemne:

—Cómo os llamais?

—Juana de Torrellas.

—Vuestra calidad?

—Condesa de Fiorerosa.

—Conoceis la sociedad en que vais á entrar?

—Sí.

—Sabeis de qué se ocupa?

—Sí.

—Quién os lo ha dicho?

—Un hermano que murió por haberme revelado el secreto.

—Segun eso, comprendois el castigo que os espera, si vos le revelais?

—Sí.

—Y lo aceptais?

—Por completo.

—Decid: de qué sabeis que se ocupa la *Hermandad*?

—De la defensa de la patria, de la reconquista de sus fueros y de la destrucción de sus tiranos.

—Y vos deseais entrar en ella?

—Sí.

—Con qué objeto?

—Con el de coadjuvar por mi parte al que se propone la *Hermandad*.

Margarit sacó entonces un puñal que llevaba en el cinto, y continuó:

—Tomad , pues , este puñal , signo de la venganza contra los agresores de la patria.

—Doña Juana tomó el puñal.

—Jurais vengarla ?

—Juro.

—Condesa de Fiorerosa , la *Hermandad de la Muerte* os admite desde hoy en su seno.

Admitida doña Juana , despues de estas imprescindibles formalidades , volvió á ocupar su asiento al lado de Margarit.

Este continuó:

—*Hermanos*: la tiranía y el despotismo con que se trata al principado de Cataluña han llegado á su colmo. La orden de alojamientos, espedida últimamente por el virey, es la mas fiel imágen de esa tiranía , y un indicio seguro de que Santa Coloma , colocado ya en la pendiente , no parará hasta haber arrastrado consigo el último giron de la desgarrada bandera de nuestra dignidad y nuestra honra, pisoteadas ya en algunas villas, como se os ha dado parte en la orden de hoy. El tercio del alguacil real Miguel Monredon que lleva tambien á don Juan de Colmenar , ha partido esta mañana para apoyar al tercio de Moles que teme la opinion compacta pronunciada ya en contra suya. Es necesario que á esta fuerza la *Hermandad* oponga la suya. Los hermanos que tengan gente disponible para marchar allá, que se levanten de sus asientos.

Una tercera parte de los hermanos se levantó.

Doña Juana se puso tambien de pié.

—Estarán todos prontos á partir esta madrugada ?

—Todos—dijeron á la vez los que se habian levantado , menos doña Juana.

—Y los vuestros ? — la preguntó el presidente.

—Están ya allí , y son casi toda la gente útil del pueblo de Santa Coloma y gran parte del de Riu de Arenas , que aguardan la señal mia.

—Está bien ; se ha de nombrar , pues , un individuo de la *Hermandad* que , con los poderes de esta , se ponga al frente y

proponga este jefe de nuestro seno. |

—Cedo mi voto al presidente—dijo el primer *hermano*.

—Lo mismo —dijo el segundo.

—Lo mismo —fueron diciendo todos.

—Gracias, *hermanos*, por esa nueva prueba de confianza; yo la acepto con doble placer, puesto que, siendo por una parte fácil de cumplir este cometido cuando mi eleccion ha de recaer precisamente en alguno de vosotros, por otra voy á daros á conocer á un valiente que existe entre vosotros, y cuyo valor ha de responder mañana del acierto de este acto.

Y el presidente, haciéndole una seña con la mano, concluyó.

—Acérquese el *hermano* que ocupa el tercer lugar izquierdo de la fila primera.

Era Monteferro.

Levantóse, y fué al sitio de la presidencia.

Margarit exclamó :

—La *Hermandad* os nombra su delegado y jefe del movimiento en el radio de Santa Coloma.

—Acceptais?

—Acepto.

—Volved á vuestro lugar.

Orso se sentó otra vez.

—Desde este momento disponeis ya vos. ¿Donde quereis—continuó dirigiéndose á Orso — las fuerzas que saldrán de Barcelona esta madrugada ?

—En las afueras de la puerta del Angel—respondió Monteferro.

—La condesa de Fiorerosa os transmitirá las facultades que ha dicho tenia en aquel radio. Al levantarse la sesion os pondreis de acuerdo con ella.

—Hermanos, es cuanto debíamos tratar hoy. Para la próxima sesion se pasará el aviso correspondiente. El jefe de la expedicion pasará inmediatamente á mi casa á recoger el dinero que necesite y las armas en el sitio donde se hallan.

—Una palabra—dijo la condesa.

—Hablad.

—Lo primero, es decir el metálico, lo llevará en suficiente suma al salir de aquí el jefe de la expedición.

—La *Hermandad*, cuando no los necesita, no exige sacrificio alguno de ningún individuo, dijo el presidente.

—No es sacrificio, y pido yo que lo acepte la *Hermandad*.

—Aceptado; y que Dios os lo premie.

Inmediatamente el presidente concluyó:

—Le ocurre alguna observación á algún hermano?

Todos callaron.

—Se disuelve la reunión.

Los asistentes se levantaron yendo todos á felicitar á doña Juana, y desapareciendo luego de uno en uno por la puerta de la escalera.

—Fadrí!

—Señora.

—Tú vas, al fin.

—Sí.

—Pues oye; además de la venganza nuestra particular, tengo por otro lado un interés directo en que mates á la primera ocasión á Colmenar....

—Oh! perded cuidado!...

—Es que Monteferro quiere matarle él, y es preciso que lo evites.

—Descuidad.

—Confío en ello, Fadrí.

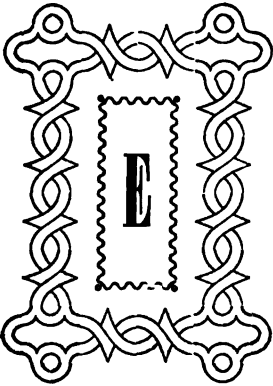
La condesa dió luego las instrucciones necesarias á Orso para aprovechar los elementos con que contaba en Santa Coloma, y á Ramon que iba también con él la orden de ponerlos todos á su disposición.

El jefe de la expedición recibió en metálico una gruesa suma que la condesa puso en sus manos y esta quedó sola al poco rato en el palacio donde acababa de celebrarse la importante reunión.



LXIV.

EN QUE SE VE COMO AL FIN LLEGA SU DIA Á COLMENAR
Y Á MONREDON.



SPARCIDOS por los campos inmediatos á la Puerta del Angel se hallaban los individuos que los *hermanos* de la *Muerte* habian dispuesto para la expedicion.

Poco antes de rayar el alba, Monteferro salia de la ciudad acompañado del Fadri y de Ramon.

El jefe reunió la gente. Les hizo una pequeña arenga relativa al objeto de la expedicion, encareciéndoles lo que de ellos esperaban aquellos pueblos maltratados,

y los dividió en tres grupos:

El primero lo encargó al Fadri que tomó la vanguardia.

Ramon se puso al frente de Orso que debia seguir á retaguardia.

Monteferro se quedó con el del centro.

Dispuesta así la partida, emprendieron el camino de Riu de Arenas.

Monredon llevaron sus tercios al de Santa (Inútil es decir como estarían los vecinos. ducta que los soldados y sus jefes observat Santa Coloma siguió el mismo ejemplo q Los vecinos salían cuando los soldados abandonándolas por completo.

Moles se irritaba con esto y Monredon vía.

Colmenar que comprendía el origen de no estaba en otra parte mas que en el parti numeroso en ambos pueblos , halló pretes mas la cólera que con tal partido abrigaba.

—Que decís á esto, don Juan ? Si así van sino cementerios en adelante y las casas nich redon.

—No, las casas siempre serán casas y quienes no será indiferente el perderlas.

—Cómo que no ?...

—Es claro.

—Ved lo que acaba de pasar en Riu de Ar

—Porque se cometió la torpeza de hacerlo tante antelacion.

—Qué quereis que os diga .

—No lo dudeis , Monredon. Si á los de hubiese dicho : los que dentro de tal ó cual sus hogares, los verán reducidos á cenizas , n sino la primera casa .

—Ya se les dijo.

—Sí, al paso que se les quemaba.

—Y ahora creeis vos....

—Que debe hacerse eso que yo digo.

—No harán caso.

—Sí harán.

—Y si empezamos á quemar.... al virey no

—El virey nos pierde á nosotros y se pierd

pero si no sale bien y luego....

—Qué!

—El virey me juega una trastada?...

De suerte que la débil resistencia que oponia el infame Monredon á la idea de Colmenar, no tenia otro origen que el temor de que disgustase al virey por el perjuicio que esto pudiera traerle.

—Dejaos de aprensiones ; dad la órden, mas que luego cargueis sobre mí la responsabilidad.

—Voy pues.

—Hacedlo como yo os digo.

Demasiado sabia Colmenar que ningun vecino volveria al pueblo por el miedo de que le quemasen su casa : los conocia demasiado, y esta era doble razon para el placer que sentia con la idea de verlas pronto abrasarse todas.

Monredon dió inmediatamente la órden, que hizo publicar en la plaza , previniendo á los vecinos, que si dentro del término preciso de una hora, no volvian á sus hogares, serian entregadas al saqueo y á las llamas todas las casas de los que faltasen de ellas.

Lo del saqueo casi podria decirse que fué un verdadero epígrama, por cuanto antes de darse la órden , lo habian efectuado ya la mayor parte de los soldados en sus respectivos alojamientos, así que sus dueños los abandonaron, y aun muchos en presencia de estos mismos , para no aguardar á que dejasen la casa libre.

La órden publicada en la plaza no fué ni oida, cuanto menos obedecida por ningun vecino.

Llegó sin embargo á su noticia , llevada por alguno á los campos y montes inmediatos donde se habian refugiado.

La hora pasó.

—Veis?—dijo Monredon á Colmenar.

—Qué ?

—Ya pasó la hora.

—Arda, pues, una casa , vereis como vuelven.

La casa ardió.

· Pasó otro gran rato, el suficiente para que un pueblo mas medroso se doblegase ante tan desastrosa medida.

Nadie pareció sin embargo.

—No lo veis?—dijo Monredon—como no hacen caso.

—Arda, pues, otra casa—respondió Colmenar, cuyos ojos brillaban como los de una hiena.

La cosa era fácil.

Ardió otra casa.

—Está visto, don Juan; será preciso quemar todo el pueblo.

—Se quema.

—Cómo!

—Pues qué! os asustais? quereis pararos al principio para que digan luego que, siendo el fuerte, tuvisteis miedo?

—Miedo yo!

—Eso dirán, pues. Y además Monredon, no sabeis que este es el pueblo de Santa Coloma?...

—Demasiado.

—Aquel pueblo, que tantas veces ocultó la partida de Serrallonga y que á su proteccion se debió el incremento de aquella gente que tantos trabajos, tantos sustos y, sea dicho entre nosotros, tantas palizas nos ha dado?...

—Es verdad.

—Pues ya que esta es la nuestra, aprovechémosla.

No necesitaba mas y aun con menos tenia bastante el infame Monredon.

—Teneis razon. Arda el pueblo....

—Es lo que hay que hacer.

—Y luego veremos.

Y saliendo á la puerta de la estancia en que estaban, llamó:

—Ola!

Un soldado se presentó.

—Por la parte donde arden las dos casas, que se siga prendiendo fuego á las demás.

—Así—dijo Colmenar satisfecho.

Colmenar, Monredon, Moles y el baron de Gualba, mientras las casas ardian, estaban ocupando una de las principales al otro extremo del pueblo.

—Antes no llegue aquí el incendio, habremos tenido tiempo de

fria.

Los soldados, por su parte, despues de haberlas saqueado, iban prendiendo fuego una tras otra á las casas que seguian á las dos primeras que se incendiaron , armando la mas irritante algazara, ya la misma luz de las llamas las orgías mas brutales.

En tanto la expedicion de Monteferro avanzaba á paso redoblado hácia Riu de Arenas , donde bien inútilmente hubiese llegado muy en breve.

Pero la casualidad vino á advertirles de que debian tomar en seguida otro camino.

Encontró la expedicion un paisano que bajaba de aquel pueblo, al cual , como es consiguiente , preguntaron.

—No vais bien hácia Riu de Arenas—contestó el labrador.

—Pues ?

—Ya han salido de allí , despues de haber dejado hecha un cementerio la poblacion.

—Pardiez ! — exclamó furioso Monteferro. —Y hácia qué parte se han dirigido ?

—Hácia Santa Coloma , donde los encontrareis si os dais prisa. Tomad ese camino de la izquierda , que es atajo , y ganais mucho tiempo.

—Gracias , buen hombre.

La expedicion , redoblando la marcha , tomó el atajo que el labrador indicó.

No tardó muchas horas Orso en descubrir el pueblo.

Los vecinos que divisaron la expedicion desde los campos y picachos inmediatos , donde se habian refugiado , conocieron al momento , por el aspecto de aquella tropa , que no eran soldados ni fuerza subordinada al virey.

Saliéronles al encuentro inmediatamente.

Reproducir aquí las exclamaciones de las mujeres , los gritos de los hombres y las lágrimas de los ancianos así que supieron el objeto de la expedicion , fuera materia de todo punto imposible.

Se comprende tan solo , haciéndose cargo antes de la triste situacion de un pueblo tan horriblemente invadido.

Monteferro dió orden de que se quedasen las mujeres y los ancianos , y mandó seguir los hombres, los cuales, en su mayor parte , eran ya de los comprometidos anteriormente por Mochuelo. Este acabó de ponerles entonces á disposicion de Orso.

Olvidamos decir que la espedicion , cuando salió de Barcelona, llevaba mas armas que hombres , pues el lector recordará que en la sesion habló Margarit de armas á Monteferro.

Se repartieron estas , y como no bastasen aun así para los agregados , los que no pudieron obtenerlas , en breve se armaron de palos , picos y cuantos objetos ofensivos pudieron hallar por las casas de campo.

Inmediatos ya al pueblo , Orso dispuso que una parte de la espedicion tomase las tres avenidas , metiéndose él con el resto de repente en la poblacion.

En lo que menos pensaban los jefes de los tercios era en la especie de nube que de improviso cayó sobre Santa Coloma , arrollando á los soldados que se hallaban en las calles , y los cuales , como se vieron de tal modo sorprendidos por un número superior y léjos de sus jefes , ni siquiera intentaron la resistencia , huyendo á la desbandada y permitiendo á la gente de Orso que acabara con ellos degollándolos y fusilándolos en las mismas casas.

Cuando la gritería y el estruendo de las armas llegó á oidos de Monredon , Colmenar y Moles, que tranquilamente y bien agenos á todo en aquella apartada casa se hallaban , era ya imposible que pudieran rehacer los tercios completamente perdidos.

Algunos soldados se refugiaron en la citada casa, y en ella intentaron hacerse fuertes Moles , el baron de Gualba y los dos asesinos del padre de Orso.

Este llegó en breve al sitio aquel , intimándoles inmediatamente la rendicion.

Monredon y Colmenar , que lo conocieron en seguida . sospecharon que no habria para ellos perdon si se entregaban, y contestaron hasta con bravatas , hijas mas que del valor , de la propia desesperacion.

Orso mandó asaltar la casa.

Era esta , sin embargo , bastante fuerte , y empezaba á costar

tan corta distancia y detrás de parapeto , permitia aprovechar todos los tiros.

En esto un hombre, vecino del pueblo, se acercó á Orso, diciéndole:

—Ved, señor, que tomar la casa ha de costar mucha gente.

—Harto lo veo—respondió con sentimiento Monteferro—pero, ¿qué remedio?

—Uno.

—Cuál?

—Incendiarla por los cuatro costados sin permitir á nadie la salida.

—Nunca.

—Por qué ?

—Entonces, ¿qué diferencia habria de ellos á nosotros? ¿qué diria el dueño de esta casa?

—Nada.

—Cómo lo sabeis?

—Porque la casa es mia....

—Vuestra!—esclamó Monteferro ante semejante rasgo.

—Y yo os pido que la incendieis.

—Ved que....

—Nada, nada! Fuego á la casa y sin tardar! ¿No veis como mueren nuestros hermanos ?

Orso no resistió mas, y mandó prender fuego á la casa.

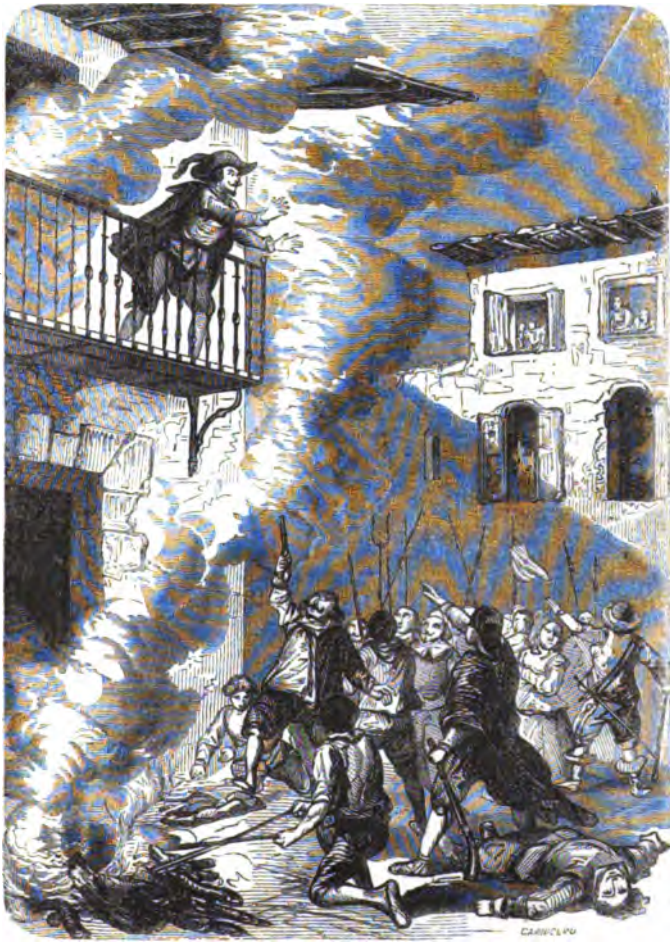
Nada decimos tampoco en este momento de la situacion de los sitiados.

Cuando la casa estaba ya envuelta en humo y las llamaradas, aun en plena luz del dia, se veian como genios maléficos levantarse á considerable altura sobre el techo, un hombre salió á uno de los balcones, gritando con ayes de dolor.

—Piedad, piedad !!!...

Aquel hombre era Monredon medio chamuscado ya por el fuego.

—Infame!—le contestó una voz desde abajo—la tuviste tú de don Juan de Serrallonga?



Y Moredon exhaló el último suspiro entre las llamas.



—Ah!—gritó Monredon, conociendo que ya no habia compasion posible para él.

En este instante el balcon minado ya completamente por la accion del fuego, se desplomó con una parte del edificio, cayendo el alguacil entre las abrasadas ruinas.

Estaba, sin embargo, con un resto de vida.

El Fadrí se le acercó.

—Piedad!—volvió á gritar Monredon.

—Asesino de don Juan de Serrallonga, pídesela al infierno que te ha abortado y al que te vuelves aun antes de acabar tu desastrosa vida!

Una viga encendida vino á caer sobre aquel monton de ruinas, acabando de aplastar al alguacil, y Monredon espiró al fin entre las llamas.

Colmenar, en tanto, buscando como un desesperado por toda la casa un sitio donde refugiarse, maldecia de Dios y de su propia existencia, como un verdadero loco en medio de su impotencia para salir de aquel trance.

De repente volvió los ojos, y vió que el baron de Gualba se metia en una especie de trampa del piso bajo.

Sin inquirir otra cosa, Colmenar se metió detrás.

Era una mina que daba al campo.

—Estamos salvados!—dijo al baron.

—Tal vez sí—contestó este sin pararse en el subterráneo camino.

El hombre, dueño de la casa, se acercó á Orso.

—Recuerdo ahora que hay un sitio para poder escapar.

—Cómo?

—Sí, la puerta de una mina que va al monte, y si han dado con ella, se pueden salvar todos los que la aprovechen.

—Al momento! Fadrí!

—Señor.

—Con este hombre á buscar la boca de esa mina.

El Fadrí salió corriendo precedido del hombre, y Mochuelo les siguió acompañado de su fiel Turco, que no le abandonaba jamás.

Pero Colmenar y el baron, cuando los otros salieron, desembocaban ya por el agujero de la mina.

—Estamos salvados!—esclamó Colmenar respirando al verse al aire libre.

—Trepemos por el monte—dijo el baron.

Y empezaron á subir la montaña.

—Por vida de Satanás! esclamá el Fadrí.

—Qué hay?—preguntó Mochuelo.

—No son dos hombres aquellos que trepan el monte?

—Sí, y con el traje de caballeros!

—A ellos!

Y el Fadrí y Ramon echaron á correr, dejando á su guia que en vano hubiese querido seguirles.

Turco iba al lado de Ramon.

Colmenar y el baron de Gualba entre el susto que llevaban, el barro de la mina de que iban llenos, y el terreno escabroso á que no estaban acostumbrados, adelantaban poco camino para lo que su situacion exigia.

En breve estuvieron cerca el Fadrí y Ramon.

—Nos persiguen!—esclamó Colmenar.

—Sí—dijo asustado el de Gualba.

—Alto—gritó con voz de trueno el Fadrí.

Colmenar y el baron redoblaron su marcha.

—Vereis como los hago parar yo, al menos á uno de los dos—esclamó Ramon.

Y cogiendo al perro, gritó:

—A ellos, Turco!

Turco salió disparado, echándose en un abrir y cerrar de ojos sobre el baron que iba detrás y haciéndole presa en el cuello.

—Ay—gritó el de Gualba.

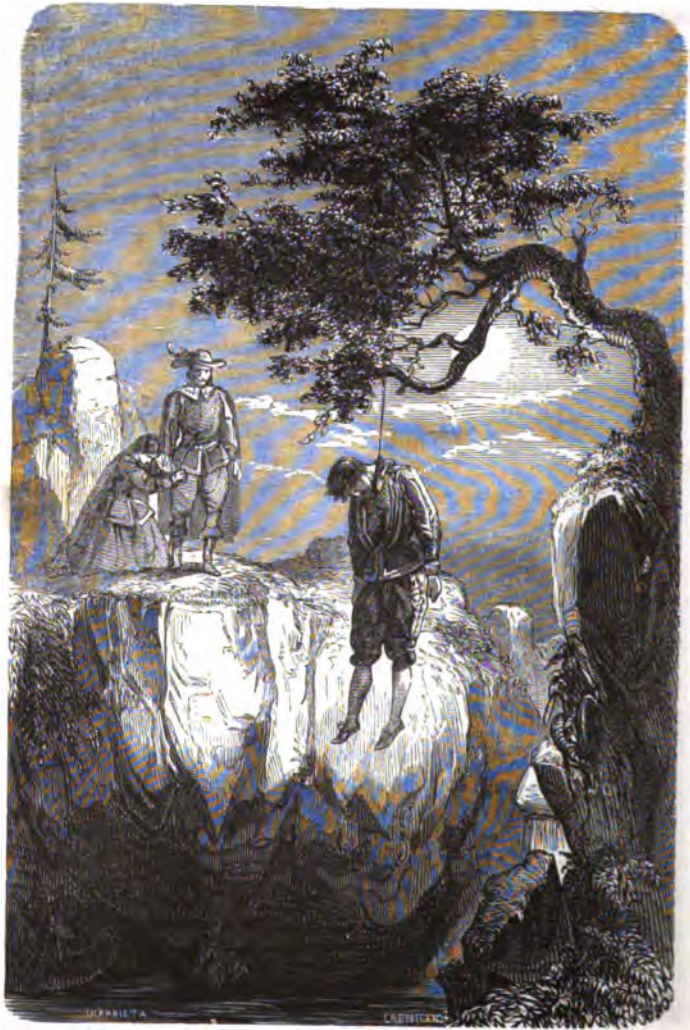
El perro dejó la presa.

Conoció la voz del baron que habia oido muchas veces en su castillo de Gualba.

Pero ya era tarde para el baron.

El colmillo de Turco atravesó una de las arterias del cuello que





Erax un aspectuulo horribile

se llaman yugulares, y el de Gualba, como desangraba por momentos.

No hay que decir si le socorrerian Fadri

El primero redobló la prisa con que corrió, tú, infame asesino de don Juan de Serrallon,

El Fadri sacó una pistola, y apuntándose

—Si intentas levantarte, eres muerto.

Colmenar volvió el rostro.

—Ah!—esclamó el Fadri—bendito sea el cielo, tú, infame asesino de don Juan de Serrallon,

—Piedad—dijo cobardemente Colmenar.

—La tuviste tú de don Juan?

Y sacando un cordel que llevaba, le ató la cabeza con la espada.

Mochuelo llegó.

—Levantaos, señor de Colmenar, y ponete a trabajar lo posible que ni en el cielo pueda hallar misericordia para vos.

—Qué vais á hacer de mí?

—Ahorcaros.

—Cómo?

—Poniéndoos un cordel al cuello, y colgáoslos de una rama de encina que veis ahí.

—Oh! piedad, piedad!

—Tres minutos de tiempo para arrepentirse.

Pasaron poco mas ó menos los tres minutos, y Colmenar al árbol entre Ramon y el Fadri, veniente, le soltaron, dejándole colgado de un árbol.

—Cuando el Fadri regresó, Orso le preguntó

—Qué habeis hecho?

—Ahorcar á uno, y dejar que *Turco* degollara á los otros.

—Quiénes eran?

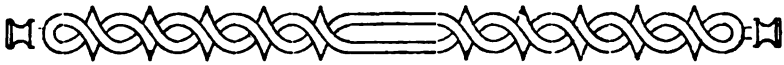
—Colmenar y el baron de Gualba—respondió

—Dios lo ha dispuesto así, padre mio—dijo Orso—al cielo—y bien sabes tú que tu hijo también fue ahorcado!

Y al pronunciar estas palabras, respiró como aliviándose de un grave peso.

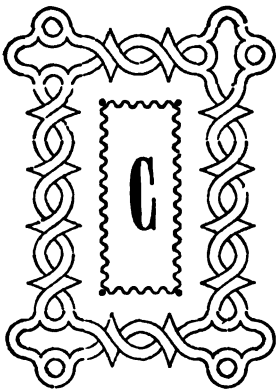
Era que la voz de su amor no gritaba ya á sus oídos : *tus manos van á mancharse con la sangre del padre de tu amada!*





LXV.

EL PUEBLO REY.



ONCLUIDO así lo de Santa Coloma , Monteferro mandó al instante un propio con el parte detallado al presidente de la *Hermanidad de la Muerte*.

El Fadri dió tambien parte á doña Juana , aunque no con tantos detalles acerca de su particular objeto en la espedicion.

El parte del Fadri estaba concebido en estos términos:

«Estamos vengados. Los dos asesinos han pagado su crimen muriendo Menredon

tostado y aplastado y Colmenar ahorcado. El baron de Gualba degollado por *Turco*.»

Pero , aunque estos partes , reservados ambos , y que de seguro no comunicaron á nadie que pudiese divulgarlos , por las personas á quienes iban dirigidos , fueron los únicos que llegaron á Barcelona ; como acontecimientos de este género se estienden con

preñada de ellos la atmósfera donde tienen efecto , luego se extendió la noticia por toda la ciudad.

Decíase que fuerzas considerables se habían reunido en Santa Coloma , atacando y destruyendo por completo los tercios que la ocupaban , que Monredon , Moles , Colmenar y todos los jefes habían sido arcabuceados , y por fin , que mandaba las fuerzas un bravo jóven , llamado Orso de Monteferro.

El virey , que no recibió ninguna noticia oficial de los suyos , tuvo que dar , mal de su grado , asentimiento á la voz general , y temiendo fundadísicamente las ramificaciones de semejante suceso en los demás puntos del principado , espidió al instante órden á todos los tercios de concentrarse en la capital.

La noticia llegó tambien á oídos de Clara , convaleciente aun de los graves trastornos de los últimos dias.

La pobre niña , á pesar del cruellísimo trato de su padre , al considerar el peligro en que este podia hallarse , si afortunadamente no era todavía cierta la noticia que se daba de su muerte , no tuvo otra idea que la salvacion del autor de sus dias.

—Ah! el cielo quiere—decia—que Monteferro sea el jefe que manda aquella fuerza ; yo me presentaré á él y me atenderá ; sí , me atenderá , como habrá atendido el nombre de mi padre al saber que era el mio , si ha caído en su poder.

Y haciendo estas reflexiones , dió inmediatamente órden de que preparasen el viaje para Santa Coloma.

En breve estuvo Clara en marcha acompañada de un criado de confianza.

Aunque bastante niña en momentos como aquel tan supremos , para las almas verdaderamente grandes , desaparecen los débiles obstáculos de la edad y del sexo.

Clara , montando como pudiera hacerlo el mejor ginete , y mudando caballos que pagaba á gran precio donde los encontraba , para reventarlos en seguida , llegaria en brevísimo tiempo á Santa Coloma.

A la distancia de tres ó cuatro leguas encontraron un hombre del campo á quien le preguntaron la distancia de allí al pueblo.

El hombre les dijo la que habia , y añadió :

—Tomando ese atajo , llegaríais antes de una hora ; pero ese es camino que no andarán caballos :

—No importa, se andará á pié—respondió Clara resueltamente, y desmontando sin aguardar la ayuda de su criado.

Luego preguntó al campesino:...

—Decid, buen hombre, ¿ tiene pérdida el camino?

—Ninguna absolutamente, aparte las sinuosidades y altos y bajos que tiene ; pero os conducirá al pueblo él mismo.

—Gracias, y guardad en pago estos caballos :

—Que el cielo os guie y os bendiga—dijo asombrado el campesino.

Clara y su criado tomaron inmediatamente la vereda.

Concluido todo en Santa Coloma , y repuestos ya los vecinos en sus casas , Monteferro alojó , y esto sí que fué sin la menor resistencia por parte de los habitantes, á la que llamaremos tropa que mandaba, aguardando allí la orden de la *Hermandad*.

Con los acontecimientos de aquel día y los trastornos anteriores que todós se agolparon á la exaltada imaginación de Orso durante aquella noche, no pudo en toda ella conciliar el sueño.

Al rayar el alba del siguiente día, salió solo y sin direccion fija á respirar el aire puro de la mañana.

Monteferro se estendió como una media hora de la población subiendo y bajando picos y pequeños torrentes.

Después de todo lo sucedido, el amor de Clara, á quien amaba con todo su corazón, era lo que mas le afectaba, sin separarse un momento de su memoria.

Así iba solo y pensativo, cuando de repente exclamó :

—Pardiez ! me engañan mis ojos.

Habia visto á Clara que venia por el atajo.

En el momento mismo vió Clara tambien á Monteferro.

—Orso !

—Clara ! Clara !

—Qué felicidad la de encontraros !

Orso bajó la vista al suelo sin responder.

—Monteferro ! Monteferro ! Ya podéis figuraros á que he venido !...

no sabia que decir, comprendiendo la venida de su amada.

—Pero, es que antes quiero saber....

—Venid al pueblo, Clara....

—En vos confío, Orso !..

Y este conduciéndola de la mano siguió por el mismo atajo.

Al subir á una pequeña colina, Clara se paró de repente.

—Qué horrible espectáculo es aquel!

Orso tendió la vista cayéndole el alma á los piés.

Era Colmenar colgado todavía de la rama del árbol.

—Orso ! —exclamó Clara reatregándose los ojos.

—Clara ! —dijo este, poniéndosela delante.

—Ah !

Clara cayó sin sentido comprendiendo que aquel aborcado era su padre.

Monteferro que no sabia el sitio ni se apercibió de ello al pasar, la condujo sencillamente por aquel camino mismo que era el mas recto para llegar al pueblo.

Cuando Clara volvió en sí se encontró en un mullido lecho, con una mujer á la cabecera.

Aquella casa era la misma donde estaba alojado Monteferro.

Este, despues de lo sucedido, muerto ya Colmenar providencialmente por otras manos que las suyas, y teniendo en aquel estado y en su casa á la mujer que tanto amaba, no vió ya en la desgraciada Clara á la hija del asesino de su padre, sino á una pobre y desdichada huérfana como él, sin mas amparo en el mundo que el que la Providencia pudiera depararla.

Sin remordimientos y hasta sin rebozo podia presentarse á los ojos de Clara.

Apenas esta recobró el sentido, Orso se presentó en el gabinete.

Comprendía que en los males del alma el mejor remedio es el que al alma se dirige y trató cuanto antes de calmar el ánimo de Clara en lo que fuese posible en aquel tremendo caso.

—Clara !

—Orso , Orso !

—Valor, las grandes situaciones son para las almas grandes.

Oídme pues, seré breve. No intento calmar vuestro dolor ni secar vuestro llanto por la muerte de vuestro padre. Llorad, que en vuestras lágrimas mejor que en mis palabras está el consuelo que Dios envía en medio de tales desgracias. Por lo que á mí hace, solo tengo que deciros, que juraréis bajo mi sagrada palabra de caballero, que acaeció sin mí y hasta sin yo saberlo la muerte de don Juan. En este sentido Monteferro que os amaba ayer como os ama hoy, es tan digno hoy de vuestro amor como pudiera serlo ayer. Ahora os dejo, pues comprendía que necesitaba esta esplicacion de mi parte.

—Oh! no os vayais, Orso—esclamó Clara.—No sabeis en medio del dolor mio el consuelo que encuentro en esas palabras.

En este momento llamaron á Monteferro.

Salió y le entregaron un pliego cerrado que habia traido un hombre.

El pliego abierto decia así:

«En nombre de la *Hermandad de la Muerte*:

El hermano jefe de la expedicion á Santa Coloma, regresará inmediatamente con la misma á Barcelona.

El presidente

Margarit.

—Tengo que salir al momento para Barcelona, Clara.

—Os vais?

—Es preciso y creed que se queda á vuestro lado mi corazón. No salgais de aquí hasta haberos repuesto. Yo mismo volveré á buscaros. Adios, Clara mia, y pensad que os amo mas que nunca y que soy digno de vos, porque nadie como yo os amo, pudiera amar en el mundo.

Clara quedó en su lecho sin responder palabra, afectada como se encontraba por tantas razones en aquel momento, y Orso salió.

Reunió la expedicion y se puso, como le ordenaban, en marcha camino de Barcelona.

Por pronta que los tercios tuvieron la órden de replegarse sobre Barcelona, no pudieron llegar tan presto á la capital, hallándose,

principado.

Pero en cambio se aproximaba otra clase de gente que , aunque humilde y pacífica siempre que á grandes bandadas acudia á la capital, lo cual efectuaba todos los años, en aquellos instantes inspiraba ciertos temores al virey , receloso de que llegase tambien contaminada por el espíritu que se habia revelado en los pueblos de Rin de Arenas y Santa Coloma.

Esta gente erán los segadores que en aquella época del año affian á la ciudad para celebrar los tratos de siega con los señores y dueños de las tierras.

El virey , siguiendo su desgraciada conducta é inspirado por aquel genio del desierto que parecia dictar todas sus disposiciones, prohibió , sin otro motivo que sus recelos , la entrada á los segadores en Barcelona.

Esta medida , despues de las adoptadas anteriormente por Santa Coloma , acabó de exasperar los ánimos.

Presto el pueblo empezó á agitarse por las calles.

La tardanza de la fuerza que el virey habia llamado le impidió cortar el tumulto en su origen y este fué creciendo hasta llenar la plazuela donde estaba el palacio del virey.

En vano algunos soldados que custodiaban la casa intentaron despejar la multitud ; los gritos y los insultos respondieron á su propósito , y una lluvia de piedras que sobre ellos cayó de improviso, les obligó á meterse dentro del palacio y á cerrar las puertas.

—Eso es—decia uno—responder á las peticiones del pueblo con los mosquetes!

—Tiene acaso el virey otro modo de responder? —añadia otro irónicamente.

—Que se permita la entrada á los segadores! Segadores! —gritaban mil voces á la vez.

El virey salió al balcon de palacio.

La actitud del pueblo le amedrentó.

—Segadores! segadores! —volvieron á gritar.

—Hoy no puede ser! mas tarde entrarán—respondió el virey.

—Hoy!

—Ahora.

—En seguida.

—Segadores! Segadores!

El virey cerró el balcon.

Una lluvia de piedras rompió en el mismo instante todos los cristales.

—Fuego al palacio—gritó una voz.

—Sí, sí. Fuego.

—Fuego, gritaron todos.

Y en un abrir y cerrar de ojos, porque es maravillosa la rapidez de las operaciones del pueblo en estos casos, se vieron hacinados á las puertas del palacio todo género de combustibles.

El palacio iba á arder en breve.

Solo un poder sobrehumano podia detener en aquel momento la furia del pueblo.

La comunidad de San Francisco que habitaba en un convento frente á la casa de Santa Coloma, trató de evitar aquel daño.

Cuando las teas encendidas iban á aplicarse á las puertas del palacio, una voz sonora y grave como salida del fondo de la tierra exclamó:

—Deteneos, sacrílegos! y prosternaos ante el cuerpo del Señor.

Era el prior de la comunidad que con el divino Sacramento en la mano se presentó en medio de la multitud.

El pueblo arrojó las teas y se prosternó ante el divino Sacramento.

El reverendo padre pronunció un breve sermón, condenando aquel acto en nombre de Dios, y el pueblo en un siglo esencialmente religioso y en que la verdadera religion no habia salido aun de la especie de tinieblas que fueron desvaneciéndose luego siglos posteriores y acabaron de disipar por completo las luces del xix, bajó la cabeza y oyendo la voz de Dios por los labios del fraile se retiró silencioso de aquel sitio.

Pero el espíritu de la poblacion no calmaba por eso, ni mucho menos.

El virey pensó ponerse á salvo y lo efectuó á favor de las sombras de la noche, refugiándose en el fuerte de la Tarazana que te-

Esta noticia cundió al amanecer y el pueblo volvió á replegarse ante el fuerte con ánimo de asaltarle.

Pero esto era ya mas difícil.

Los soldados que dentro habia , podian defenderse bien y lo hacian sin descanso.

El pueblo sin embargo atacaba.

De repente vense los sitiadores acometidos por la espalda.

Era un tercio que acababa de llegar. Trábose un combate reñido que iban á decidir en favor del virey los soldados de dentro que efectuaron una salida , alentados por el refuerzo recién venido.

Pero en aquel mismo instante entraba Monteferro con los suyos por la puerta del Angel, que tuvo que rendir antes, dando paso á todos los segadores.

En una de las casas inmediatas á la puerta habia la figura de una persona, hombre al parecer, envuelto en una larga capa.

Su fisonomía revelaba la mayor impaciencia, teniendo fijos los ojos en la puerta como si esperase á alguien con mortal ansiedad.

Apenas entró Monteferro con los suyos, aquella figura saltó en medio de la calle arrojando la capa y desplegando una bandera negra.

Al despojarse de la capa se vió que la figura era la de una mujer: doña Juana de Torrellas en traje completo de campaña.

La bandera era la de la Muerte.

—A mí, valientes!—gritó.

—Viva doña Juana!

—A la Tarazana! gritó esta.

—A la Tarazana! respondieron todos.

Cuando llegaron el pueblo estaba ya á punto de sucumbir.

Los *hermanos* todos de la de la Muerte llegaban tambien en aquel momento.

La suerte, sin vacilar apenas, volvió á decidirse en favor del pueblo.

Los soldados volvieron á meterse retirando en desorden al fuerte.

El pueblo dió un asalto, lo repitió, volvió á él y por fin penetró en aquel baluarte que era la clave, el primer punto estratégico de la ciudad.

El virey intentó huir y lo efectuó realmente en una barca que le



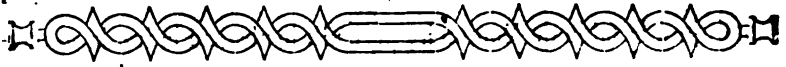


Y el virey cayó lleno de heridas.

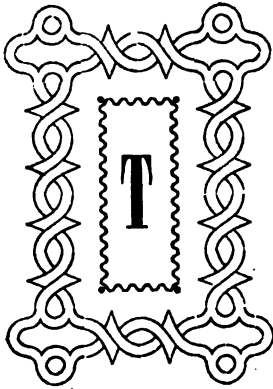
blo, contra él principalmente irritado y Sa
y acribillado de heridas , en la falda misma
Barcelona quedó en poder de su legítim
mismo pueblo.

FIN DE LA BANDERA DE LA



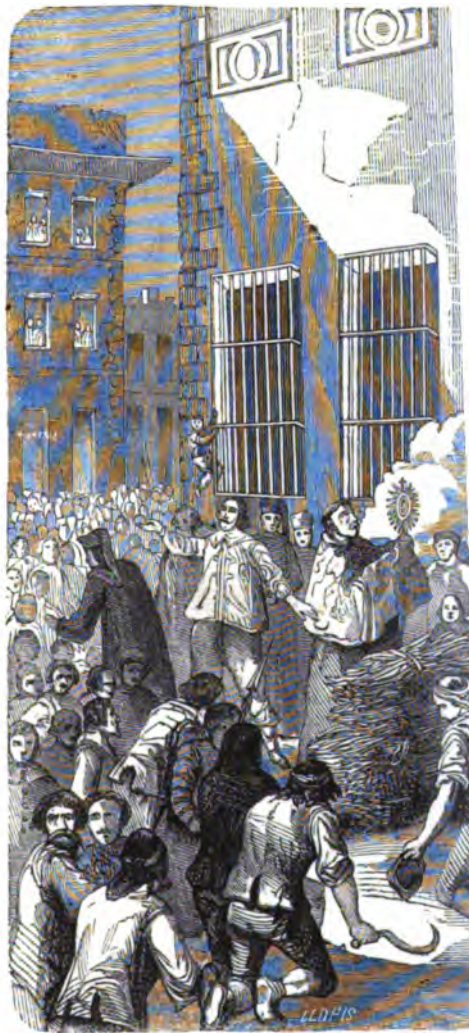


EPÍLOGO.

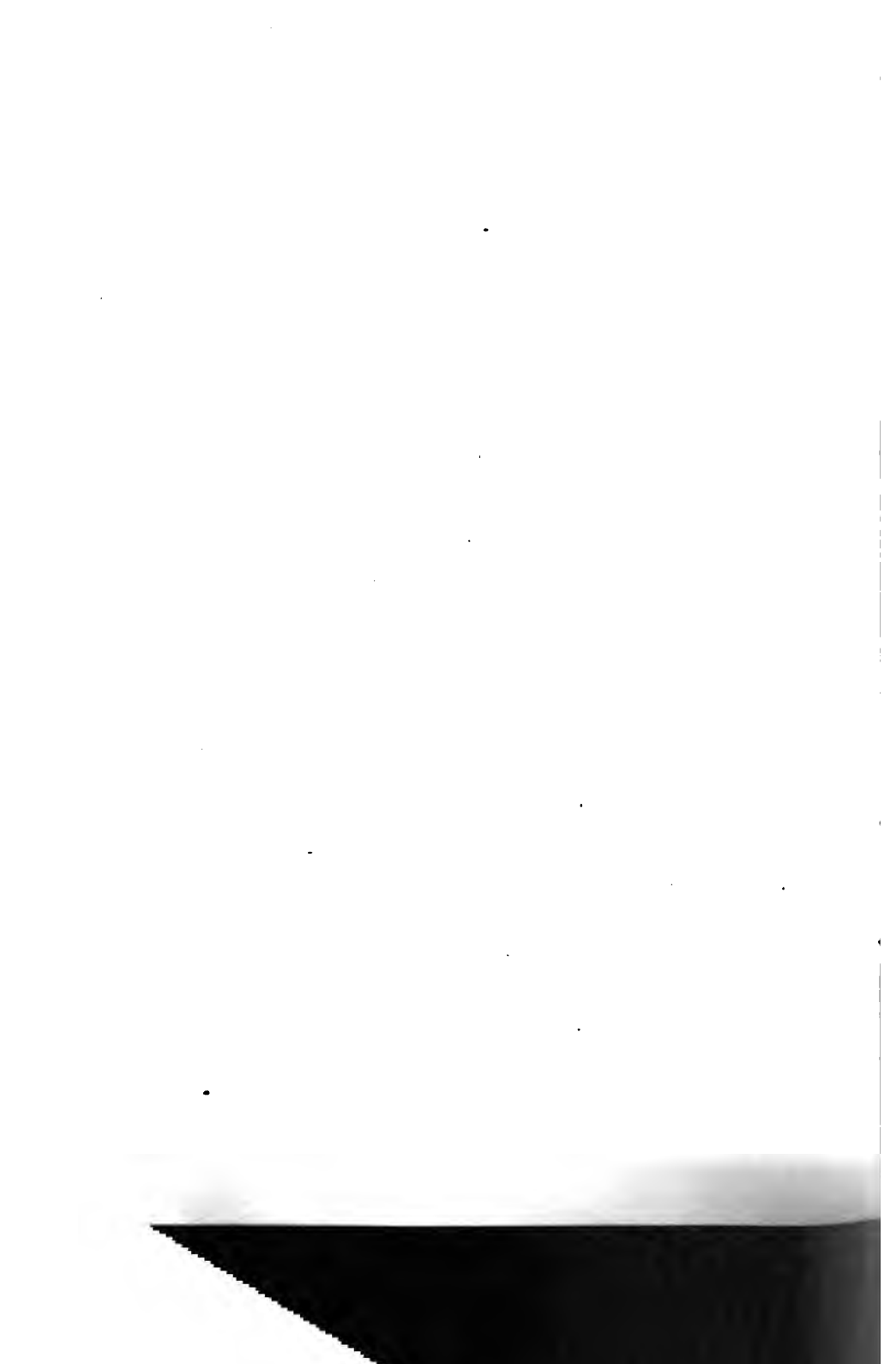


TRIUNFANTE la revolucion en Barcelona y libres los oprimidos del yugo de los opresores, la *Hermandad de la Muerte* habia cumplido el principal objeto de su institucion. Doña Juana de Torrellas ligada como hemos visto al pensamiento que llevó á la montaña al infortunado don Juan de Serrallonga y heredera por completo de los propósitos y venganza de su esposo, cumplió tambien con los primeros agregándose á la Hermandad despues de haber preparado el terreno como hemos referido y satisfizo la última con la muerte de los dos asesinos de don Juan á quienes todavia no habia alcanzado el brazo de esta venganza. Lo mismo diremos del Fadri de Sau respecto de uno y otro punto.

Doña Juana pensó, pues, en alejarse para siempre de Cataluña, país que si por un lado guardaba sus mas tiernas afecciones, estaba por otra parte manchado con la sangre de don Juan, y determinó retirarse á Italia donde radicaban los inmensos bienes que le



El la vista del Sacramento el pueblo.



quien nombró procurador general y á M
inmediato servicio.

Orso de Monteferro, cuyos sentimientos
comprender mas y mas cada dia que era
responsables á los hijos de las faltas de los p
hermosa é inocente Clara á la hija del ases
donándose por completo al amor que por e
fin llevándola consigo á Italia y no léjos de
sidencia habia elegido doña Juana.

Esta que llegó á saber quien fuera la mi
castillo de Gualba la salvara de una muerte
rible noche que siguió á la derrota de la
pagar este inmenso favor y con toda la del
carácter escribió lo siguiente á Monteferro:

« Juntamente con los objetos que vue
Juan de Serrallonga, se hallaba la suma c
debía ser entregada, cuando sus asesinos h
tigo que merecieron. Cumpliendo fielment
mando este dinero que es vuestro y del cua
mente. »

Monteferro, como no podia menos acept
no ya á librarle de la miseria, sino que á
tranquilo y desahogado.

Réstanos para concluir dar cuenta de Fo
Este fué menos afortunado.

Pasados algunos dias de la muerte del bar
los se dirigió al convento de Pedralbes.

Su objeto es fácil de entender.

Libre Isabel, iba á ofrecerle su mano y
podia aceptar la esposa, pero despues pod
viuda del baron de Gualba.

Al llegar á la puerta de la iglesia h
ciendo todo su cuerpo, la música que res
templo.

Don Carlos, sin comprender al pronto lo

música, penetró en la iglesia con paso vacilante y latiéndole violentamente el corazón que presentía un golpe desgraciado.

La iglesia de Pedralbes estaba iluminada. A los sonos angustiosos del órgano se unió en breve el canto de las monjas que en procesion atravesaban la nave dirigiéndose al altar mayor.

Don Carlos las observaba sin pestañear ni respirar apenas.

Cuando llegó la abadesa que cerraba la procesion se escapó un grito del pecho de Fontanellas que tuvo no obstante suficiente fuerza de voluntad para sofocarlo en la garganta.

Al lado de la abadesa iba Isabel con el traje de religiosa de Pedralbès.

Fontanellas clavó la vista en su rostro.

Isabel al pasar le miró tambien, y levantando los ojos á la bóveda, señaló con el índice el cielo.

Fontanellas bajó la cabeza, como si medio mundo le hubiese venido encima.

Una hora despues, Isabel de Colmenar era ya monja profesa de Pedralbes.

Pasados tres dias la familia de Monteferro contaba con un individuo mas. Era Carlos Fontanellas que fué tambien á Italia á buscar el consuelo que perdia en Barcelona, en los brazos de su amigo.

FIN DEL EPÍLOGO.

- LXII — Primera tentativa de Monredon c
teferro.
- LXIII. — Otra sesion de la Hermandad de
- LXIV. — En que se ve como al fin llega su
á Monredon.
- LXV. — El pueblo rey.

FIN DEL ÍNDICE.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS



¡Qué horrible misterio era aquel! . . .

Guerra á muerte.

Abrióse el buque como un cráter de volca.

Hé aquí el espacio, hé aquí la libertad. . .

El hermano leyó.

¿No la conoces?

Clara! Monteferro!

Os he llamado para presentaros este caba!

Ya os dije que era ese el escudo de mis a

El peregrino.

Hijo de Monteferro.

Muerte de Monredon.

Era un espectáculo horrible.

Y el virey cayó lleno de heridas

DOS PALABRAS DEL EDITOR.



El editor se halla en el deber de manifestar que la obra que se acaba de leer está escrita por dos autores.

La empezó y pensaba continuarla D. Víctor Balaguer, á cuya pluma fué confiada por ser el autor de *D. Juan de Serrallonga*. Circunstancias inevitables é imprevistas obligaron al Sr. Balaguer, cuando tenia ya comenzada la obra, á emprender un viaje á Italia al objeto de asistir á las operaciones de la guerra que tenia entonces lugar en Lombardia.

La guerra podia prolongarse, y podia ser muy larga, por consiguiente, la ausencia del Sr. Balaguer.

El editor, en la alternativa de no poder continuar la obra hasta el regreso de su autor ó confiarla á otro literato, eligió en beneficio de los suscritores esta última idea, y D. Antonio Altadill se encargó de completar la *Bandera de la Muerte*.

El Sr. Balaguer escribió hasta el capítulo XX inclusive, es decir, hasta la página 243.

Todo lo demás hasta la conclusion es obra del Sr. Altadill.

El editor cumple con su deber poniéndolo en noticia de los lectores.

Barcelona 16 de Noviembre de 1859.

Salvador Manero. ✠

- I. — El espectro blanco de Gualba.
- II. — En que se trata de un extranjero y
- III. — De la noche que pasó el extranjero
Gualba.
- IV. — En la montaña.
- V. — Guerra á muerte.
- VI. — La historia de Orso de Monteferro.
- VII. — Concluye la historia de Orso de M
- VIII. — Nuevos personajes.
- IX. — Un tigre.
- X. — De qué manera y por qué causa volv
el espectro blanco de Gualba.
- XI. — Un capítulo histórico.
- XII. — Los dos hermanos de armas.
- XIII. — De uno de los varios peligros á
que sigue á una tapada.
- XIV. — El embozado.
- XV. — Un medallon y una carta.
- XVI. — Capítulo que no tiene nada que ver
la obra.
- XVII. — El ermitaño de Monserrate.
- XVIII. — Prosigue hablándose de la condes
- XIX. — En el que no se habla una sola palabr
- XX. — Por fin aparece la condesa.
- XXI. — La condesa de Fiorerosa.
- XXII. — Una visita á tiempo.
- XXIII. — Justos recelos de la Hermandad d
- XXIV. — En que se ve el sigilo y precaucio
ceden las sociedades secretas.
- XXV. — Continúan las precauciones.—Al
- XXVI. — Continúa la sesion.
- XXVII. — Segunda parte de la sesion.—Un
- XXVIII. — Pesquisas inútiles del baron de
- XXIX. — El suegro y el yerno.
- XXX. — El original del retrato.
- XXXI. — Continúa la tormenta.
- XXXII. — Al convento de Pedralbes.

XXXIII. — En que se ve el efecto que produjeron las cartas de Isabel y de la superiora de Pedralbes.	380
XXXIV. — En que se demuestra una vez mas que el amor es siempre impaciente.	395
XXXV. — La iglesia de Santa Clara.	406
XXXVI. — En que vuelve la escena á casa Colmenar.	416
XXXVII. — En que Ana se desahoga al fin del peso que la oprime.	427
XXXVIII. — La cita.	438
XXXIX. — En que se descubre un misterio del castillo de Gualba.	447
XL. — Otra visita á la condesa de Fiorerosa.	458
XLI. — Nuevas zozobras de Orso de Monteferro.	469
XLII. — Prosigue en sus trabajos la Hermandad de la Muerte.	478
XLIII. — Otra entrevista de Monteferro y el ermitaño de Monserrate.	487
XLIV. — Preparativos.	497
XLV. — Continúan los preparativos.	505
XLVI. — En que aumentan las zozobras de Monteferro.	514
XLVII. — En que se prueba el buen cálculo de Fontanellas en todo lo que concierne á la casa de Colmenar.	522
XLVIII. — Continúan los preparativos.	524
XLIX. — Presentacion.	544
L. — La condesa de Fiorerosa y el presidente de la Hermandad de la Muerte.	556
LI. — Siguen las presentaciones.	571
LII. — Orso y la condesa.—Sospechas de Margarit.	581
LIII. — En que se ve que es mas fácil vestirse de caballero que parecerlo.	591
LIV. — En que cae en un pozo el gozo de Margarit y el Fadri.	601
LV. — En que se ve el mal efecto del terror de los padres consus hijos.	614
LVI. — Un rayo de esperanza.	624
LVII. — El cráneo de don Juan de Serrallonga.	634
LVIII. — En que se prueba las grandes ramificaciones que tenia la Hermandad de la Muerte.	645
LIX. — El puñal de la venganza.	654
LX. — Doña Juana de Torrellas y el Fadri de Sau.	664
LXI. — Luchas de amor y deber.	675

59605622



